LUIS ALBERTO DE HERRERA

POR LA PATRIA

Tomo II

POR LA PATRIA

LUIS ALBERTO DE HERRERA

POR LA PATRIA

LA REVOLUCION DE 1897
Y SUS ANTECEDENTES

Tomo II

1953
BARREIRO Y RAMOS S. A.
MONTEVIDEO



El Dr. Luis Alberto de Herrera
al finalizar la revolución de 1897.

POR LA PATRIA

APARICIO SARAVIA EN RIO GRANDE

Muchas eran las exageraciones tejidas alrededor del general Aparicio Saravia que emigrado en Bagé, procuraba reunir la mayor cantidad posible de elementos para lanzarse cuanto antes a la invasión. La inmensa distancia mediante entre los revolucionarios de la Argentina y los del Brasil, prestaba pie a mil informaciones equivocadas y a trastornos casi insuperables. Hasta la comunicación oficial entre ambos grupos carecía de facilidades: ya en el mes de diciembre hemos visto al emisario de la Junta de Guerra peregrinando por la frontera en busca de un personaje rebelde a la notoriedad. Así pues, nada extraña saber que en Buenos Aires se atribuyeran recursos mil a los invasores del norte, supuestos numerosísimos y supuestos abundantes de entusiasmo, de armas y de protección vecinal.

A pesar de ser infundadas algunas de tales presunciones, es indudable que el último de esos elementos enumerados era franco y eficaz dentro de cierta relatividad.

Quizá por vez primera desde que empezaron sus agitaciones armadas, el Partido Nacional podía descansar sin desasosiego la vista en nuestra divisoria terrestre. Profundamente modificada la situación dentro del escenario brasileño, ya no serían idénticos los factores dominantes.

En efecto, el régimen imperial había caducado con el advenimiento de la República que tuvo su primer mandatario en un

militar, el mariscal Deodoro da Fonseca. Las charreteras usurpando el sitial sagrado de las insignias civiles, importaban un mal presagio, y si bien la opinión americana pudo saludar con innegable contento la caída de un sistema de gobierno reñido con las tradiciones democráticas, los espíritus pensadores divisaron vislumbres de anarquía y torbellino en esa primacía de la espada, siempre letal y siempre repudiable.

Poco tardó en entrar en ebullición el contenido heterogéneo de esa gran marmita que se llamara el Imperio, y aquel país que posee en sus razas, en sus producciones, en sus climas y en sus riquezas, todas las irisaciones imaginables sin tener la unidad cromática del arco iris, conoció demasiado pronto los desbordes de pasiones turbulentas. El contagio perduraba en la atmósfera continental. Hasta entonces, sólo la cota de malla monarquista había conservado inmune a esa nación monstruosa reclinada como adalid cansado sobre la costa de un océano que desde el Cabo Frío hasta los dinteles del Plata, murmuraba sus lamentaciones a las plantas de un mismo trono.

Pero otras fueron las circunstancias cuando la sublevación de 1889 en Río Janeiro, nuevo grito de Ipiranga, aflojó las viejas costuras al despertar de su somnolencia a los apóstoles cansados de la tendencia federativa.

Aunque el descontento se infiltraba en los cerebros, nadie hubiera querido ir contra don Pedro II que abriera horizontes halagüeños a su dinastía fundando el poderío político y militar de su nación. La campaña contra el Estado oriental, de 1865, que asentara la autoridad sometida del Partido Colorado sobre las cenizas sangrientas de Paysandú, y la guerra del Paraguay que concluyera con un enemigo de ambiciones napoleónicas, habían redondeado dentro de sus dominios, ya que no en el exterior, los merecimientos de un Emperador bueno y sabio que se honraba con la amistad de Víctor Hugo y con un proselitismo moderado.

El «Imperio es la paz» pudo decir él, utilizando una frase famosa que lanzada en la Europa feudal fuera una mentira y que

repetida en la América libre encarnaba una verdad contradictoria.

La desaparición del mando supremo de aquel monarca puro y patriota que lucía en su luenga barba blanca el mejor símbolo de su personalidad, señaló el palenque de peligrosas controversias.

El brazo fuerte de un hombre joven pudo menos que la majestad tranquila de un gran anciano, y el Brasil simultáneamente con la práctica de los dogmas republicanos, aprendió la indisciplina y se enamoró de la rebelión.

Eso tenía que suceder. Ni fué culpa de éstos ni fué culpa de aquéllos tal resultado impuesto por las exigencias de una geografía demasiado vasta para designarse bajo una sola denominación. Sólo la presión autocrática podrá salvar a la Rusia centenaria de futuras disoluciones: sólo la persistencia de una leyenda de oro escrita con pluma de hierro, había alejado por tantos años del porvenir brasileño, los dolores de un parto decretado.

Ya Bolívar en su maravillosa profecía había dicho, más de medio siglo atrás, que allí fermentaba el trueno. De consiguiente, no pueden sorprendernos las nerviosidades localizadas que atacan a la joven República durante el período presidencial del mariscal Fonseca y que recrudecen durante el mandato tempestuoso de su sucesor el mariscal Floriano Peixoto. ¡Mucho ruido de aceros!

La primera provincia que da el ejemplo es Río Grande, poseedora de una tradición propia, con sus altiveces orgánicas, con sus prosperidades ganadas sin la ayuda central, con su guerra de *farrapos* que constituye una epopeya poco conocida pero adorada.

En otros puntos retoña la simiente. San Pablo se agita intranquila; el Paraná interroga; de Bahía parten extraños rumores; y hasta en las selvas de Matto Grosso dejan un eco tantas nuevas trepidaciones.

Aquí y allá consigue imponerse la autoridad de Río Janeiro, pero recogemos un dato significativo en el hecho de que ese movimiento revolucionario iniciado por la escuadra sublevada a las órdenes del almirante Custudio de Mello, traslada su sede a la

provincia de Río Grande cuando allá lejos se le aplasta. Una corriente de misteriosas afinidades liga a dos centros distantes y convierte en abnegado jinete al infeliz almirante Saldanha da Gama.

Este bravo marino llega a los últimos cuadros de un drama que ha durado tres años, como si el destino le trajera a sellar con sangre de alta estirpe el final de una obra dramática. La revolución de Río Grande fué para aquella provincia lo que la guerra de los nueve años para nosotros. Allá como acá, ella se caracterizó por el bárbaro imperio de bárbaros rencores; por el sacrificio de los intereses más sagrados a las concupiscencias más mezquinas; por un dualismo guerrero sólo extinguido con el último aliento del vencido; por desórdenes y por excesos que aun contados horripilan. Una ráfaga satánica pasó sobre aquel territorio dejando por huella odios encendidos, venganzas desatadas y ruinas por todas partes: escombros sociales, escombros políticos y escombros financieros.

Los hechos que esbozamos integran una página de horrores que funda a su vez una preciosa enseñanza. Ese duelo a muerte convirtió en cementerio lo que hasta ayer fuera frondoso parque, y un cisma de sangre, tan profundo como la sed de venganza de ambos bandos, dividió en dos partidos hasta las tumbas de los caídos en el mismo suelo y bajo la misma bandera.

La victoria de los republicanos quedó grabada sobre un cráneo. Los federales vencidos, conocieron entonces las amarguras superlativas del destierro cuando no el fúnebre significado de las tablas de Sila.

Aparicio Saravia a las órdenes de Gumersindo, primero, y en condición dirigente, después, había formado en las filas del ejército federal. El partido republicano abrumado por la campaña recién terminada y conocedor del extendido prestigio de este jefe, debió mirar con desconfianzas sus nuevas agitaciones.

La intentona de noviembre fué juzgada por el gobierno vecino como un preliminar travieso a nuevas correrías dentro del territorio riograndense. Pero el pasaje tranquilo por la línea, del gene-

ral Saravia, convenció a los republicanos de cuán injustificados eran esos recelos.

Entrevistado el inquieto huésped, durante su permanencia en la ciudad de Bagé, a fin de dar colorido categórico a sus manifestaciones aisladas, expuso sin mayor preámbulo, que prometía bajo palabra de honor no intervenir directa ni indirectamente en la política interna del Estado. Notorios eran los antecedentes de su intromisión romancesca en los asuntos locales; pero enterrado su hermano y concluída la campaña que él iniciara, sus compromisos personales quedaban extinguidos. ¡Bastante campo a sus actividades de caudillo guerrero se le ofrecía en su país, carcomido por intensas podredumbres!

Tan amplias expansiones venidas de un hombre que hace de su palabra una firma y de su firma un evangelio, produjeron singular alivio en la conciencia de las autoridades provinciales. Garantida la prescindencia de Aparicio en las cuestiones domésticas, hasta era acto de habilidad política ayudarlo en su audaz empresa a fin de gastar en la raíz sus antiguos cariños.

Alejado el motivo de recíprocas prevenciones, el general Saravia encontróse rodeado del día a la mañana por la consideración servicial de sus adversarios de la víspera. Comprendiendo que perdían su más robusto brazo, intentaron una reconquista los federales valiéndose como intermediarios de sus principales afiliados.

Pero Saravia que ya sólo vivía para su país y para su partido, rechazó resueltamente todas las risueñas proposiciones emitidas.

La conducta del gobierno de Río Grande fué benigna para la causa revolucionaria. Nada de indecoroso tiene la aceptación de ese concurso pasivo. Fuera de que ni unidades tácticas, ni armas — que todas se compraron en dinero sonante —, aumentaron por ese lado la vitalidad reaccionaria, es indiscutible que la circunstancia de partir esas simpatías de autoridades republicanas en el sentido amplio de la palabra, aleja hasta la sombra de un impulso fraternal heterogéneo.

Tanto en la Argentina como en el Brasil libre, se siguió con afecto el desarrollo de un propósito reivindicador que, al limpiar de mercaderes la actualidad de la patria, concurría a honrar la tradición democrática del continente americano.

Esos concursos recibidos con delicadas restricciones, complementan el carácter popular de la causa nacionalista, capaz de imponer sus prestigios dentro y fuera de la nación, y prestan punto de paralelo con las deprimentes intervenciones de tiempos tristes señalando lo mucho que se ha cultivado nuestra razón política.

PREPARATIVOS FINALES

Pero a pesar de todo, lucía por su absoluta pobreza la elaboración revolucionaria del norte. Con el objeto de entrar en relaciones serias con el Comité, delegó el general Saravia su representación en *Chiquito*, quien acompañado por el comandante Basilio Muñoz y por Benito Viramonte, se dirigió a Buenos Aires por vía Río Grande.

Este acercamiento oficial fué de beneficiosos resultados. De una y otra parte se disiparon perjudiciales dudas e ilusiones quedando acordada, en primer término, la invasión a todo trance, y luego, el envío a los conspiradores del norte de algunos cientos de armas con sus respectivas municiones.

Chiquito que había llegado a fines de diciembre, regresó al punto de partida a principios de enero, siguiendo al efecto viaje por tierra. En su retorno lo acompañaron el digno oficial don Norberto Acevedo Díaz y el joven Ramón Cabrera. Sabiendo que la nobleza es el rasgo saliente de la familia Saravia, casi está demás hablar de la muy favorable impresión dejada por el sencillo emisario en el espíritu de cuantos lo trataron. ¡Ninguno volvería a verlo!

En cumplimiento de la obligación contraída, fué que se remitieron por el Uruguay, dirigidos a Bagé, trescientos fusiles de que

ya hicimos mención en el primer tomo de esta obra, ochenta mil tiros, con un pequeño agregado de espadas y cuatro cajones de dinamita.

Después de conferenciar con el general Saravia, el coronel Mena, embarcado de lleno en el afán revolucionario, estuvo ultimando sus aprestos en la ciudad de Buenos Aires de donde partió para la frontera a plantar bandera de viril enganche.

De Goya se trasladó al pueblo de Caty, en compañía de su hermano Ignacio.

Juan Francisco Mena llevaba con su apellido, pronunciado con respeto por las voces campesinas, una tradición de positivo valer. Su padre, jefe distinguido del Partido Nacional, después de dar a su causa todo lo que tenía prestóle el contingente de un brazo nervudo.

Durante la cruzada gloriosa de 1870 murió como un bravo en la acción del Chafalote.

Juan Francisco heredó inclinaciones militares que pronto entraron a ejercitarse. Oficial de línea, destaca desde subalterno por las vehemencias a veces indómitas de su carácter apasionado que unidas a una bizarra presencia le conquistan envidiable notoriedad.

Una audacia difícil de olvidar, lo rodea en pocos días de fantástico prestigio. Nos referimos a su correría de 1885 en alianza con aquel bravo coronel Máximo Layera, de noble memoria. Penetran ellos al país con pequeñísimo grupo de compañeros por las barrancas del Uruguay, en el litoral del departamento de Río Negro, juegan a la guerra con Santos Arribio y con Salvador Tajes, y después de poner en profunda alarma al tirano don Máximo Santos, salen por el otro extremo habiendo trazado una caprichosa diagonal sobre el suelo de la República.

Aquel atrevimiento fué el trueno que precedió a la tormenta de 1886 como la cruzada de Saravia en noviembre, el vestíbulo de la conmoción de 1897.

La jornada del Quebracho lo cuenta entre sus mejores jefes

de caballería. Después del desastre fijó su residencia en La Plata figurando con presillas en las fuerzas militares de la provincia. Los preludios del hermoso arranque de marzo no suenan antipáticos a los oídos de Mena acostumbrado ya a enrolarse en las filas cuando su partido lo reclama. Conceptuado un jefe de escuadrón insuperable, capaz de reproducir en miniatura las heroicas intrepideces de los divisionarios del Emperador, concebido fuerte en las cargas y fuerte en sus ideales de soldado, quizá pudo haber ganado para sí la jefatura del ejército de operaciones a no haber surgido ya, al conjuro de un patriotismo delirante, la figura arrobadora del humilde vecino del Cordobés. El mismo Mena lo alcanzó así y tal vez supuso factible un ensueño de honor que debía halagar al más desinteresado de los corazones.

Sin embargo, el destino que tantas sorpresas prepara, quiso otra cosa y Juan Francisco Mena ocupó puesto de segundo rango, a la par de muchos valientes y meritorios veteranos. Acontecimientos que han provocado una controversia más prolongada de lo indispensable, lo arrancan del Ejército después del primero y parte del segundo período de la campaña.

El plantel de la división del coronel Mena fué reducidísimo; y para que se acredite cuál era el calibre de las exageraciones corrientes, expondré que cuando en la capital argentina se atribuían a aquel militar ochocientos a mil hombres armados, éste sólo contaba bajo sus órdenes con sesenta a setenta hombres desarmados.

La invasión concertada se produciría de un momento a otro. Saravia, con o sin elementos, sólo esperaba instrucciones determinantes del Comité para proceder. Combinada una clave telegráfica, por medio de un simple despacho, que él debía contestar para exhibir su acuerdo, se impartiría la señal decisiva.

A espera de tales novedades el general de la revolución asimilaba recursos, improvisando por lo pronto su campamento con precaucional disimulo, en la costa del arroyo Pirahy. Por su cuenta compra tiros, adquiere lienzo para hacer municioneros, obtiene

armas de diferentes sistemas, se hace de reses — pagadas a peso de oro — para el consumo de la gente; mientras su esposa con otras damas patriotas, se ocupa en preparar vendas, divisas y banderolas para las lanzas.

Las armas consignadas desde Buenos Aires y salidas de Uruguayana un mes largo atrás, no arribaban a su destino, con inmensa contrariedad de los interesados.

Por lo demás, el coronel Mena, cumpliendo órdenes superiores, se ponía en marcha de Caty con rumbo al este, para efectuar su fusionamiento con aquellos compañeros. En condición imperfecta, escaso de caballos, se desliza con lentitud por la frontera y recién el 28 de febrero consigue operar su incorporación con el general Saravia. Trae un contingente de setenta y seis hombres.

LA INVASION

Por fin, recibe Saravia la anunciada consigna: el 5 de marzo sin falta, deberá invadir por el norte a la vez que así lo hacen el coronel Lamas y la columna de Núñez por el sur y los expedicionarios del litoral por el oeste. Con este fausto motivo se apresuran los preparativos. El 2, se incorpora don Tomás Borches con 50 hombres; el 3, llegan en carreta, con procedencia de Bagé, trece voluntarios del departamento de Rocha mandados por un teniente Pereyra, y con ellos Basilio Muñoz con algunos ejemplares del manifiesto que se dirige al país explicándole el significado y causas de la invasión; el mismo día, se incorporan el benemérito coronel don Enrique Yarza y los doctores Andrés Ceberio, José Luis Baena y practicante Casás; el 4, el General en persona reparte las divisas y las insignias de las lanzas, que son mitad celestes y mitad blancas, se nombra director del Hospital de Sangre instalado en Cuchilla Seca, al señor don Ramón Moreira, y llega de Bagé el ciudadano don Abdon Aróztegui. En esa fecha y siendo las dos de la madrugada, se reciben las municiones y parte de las

armas que vienen conducidas por dos carretas; a esa misma hora se las distribuye a la luz artificial de grandes hogueras.

El tiempo urge y las dificultades sobran.

Al aclarar el histórico 5 de marzo se pone en movimiento, con rumbo a la línea, aquella columna que tiene un solo corazón y piensa con un mismo cerebro en abatir un mismo régimen de oprobio con un mismo esfuerzo redentor. A trescientos ochenta y tres alcanzan los invasores, armados a lanza y fusil. Dos carretas los siguen haciendo el papel de parque y conduciendo además a algunos de los muchos compañeros que se incorporan a pie por carecer de caballos. He ahí la estampa nítida y fiel del derecho y de la libertad, llamada a vagar durante siete meses, intangible para la derrota, imponente como un espectro y ágil como un fuego fatuo, por el territorio calcinado de la patria. Contando los cuatrocientos fusiles rémington, máuser, comblain y winchester comprados por los hermanos Saravia con fondos particulares, la empresa cuenta con un par de cientos recién recibidos, pues el resto ha quedado por el camino en compañía de la dinamita y demás pertrechos. Las municiones escaseaban.

A las once del día, frente ya a los Marcos, se acampa Brasil adentro, en las caídas del Cerro Carpintería.

A las cuatro vibra por última vez en el extranjero el clarín de las cruzadas legendarias, ese clarín de Camundá que por boca de aquel negro descalzo y semidesnudo, regala a los vientos santas reminiscencias libertadoras; y siendo las cuatro y cuarenta y cinco se pisa el suelo de la tierra, flotantes las golillas y alta la frente. Aquella magnífica tarde de verano parece coronar a los campeones con guirnaldas de esperanza. El cielo profundamente azul, ostenta como testimonio de profecía, los colores de una divisa honrada y misericordiosa.

El general Saravia manda formar cuadro y todos escuchan descubiertos una briosa arenga del sincero correligionario don Abdon Aróztegui, mientras Luis Ponce de León, bien elegido para tan selecto propósito, flamea una bandera nacional ofrecida

al ejército por la esposa del infatigable Abelardo Marquez, nuestro Jefe de Fronteras. Al oscurecer se acampa sobre el Paso de Las Piedras del río Negro. El sol de ese día había visto dos sucesos memorables llamados a modificar hondamente la suerte del país. A ciento cincuenta leguas redondas de distancia, sobre el arroyo de la Mina, descansaba esa misma noche el coronel don Diego Lamas con su grupo de compañeros. Desde esa fecha, ambas fracciones se buscarían atraídas por idéntico imán hasta fusionarse y crear la legión invencible.

Al amanecer se pone en movimiento la columna. Contando ya con algunas caballadas, el General devuelve los animales que le han prestado generosamente para efectuar la cruzada, diferentes amigos de la provincia vecina. Se vadea el río Negro hacia el norte por una picada falsa acampando. A las seis, nueva evolución para despistar cualquier vigilancia, nueva pasada del río citado y nueva instalación en el paraje de la víspera. Cae prisionero un soldado del enemigo.

Las mismas precauciones indicadas, el día 7. Se repasa el río Negro y al empezar la tarde se acampa bajo lluvia en la costa del arroyo Hospital, departamento de Rivera. Se marcha toda esa noche y ya el sol asoma muy alto sobre el horizonte, cuando el clarín toca pie a tierra en Zanja Honda, paraje este tristemente célebre.

El sueño gobierna absoluto toda esa tarde, pero a las cinco se mueven los revolucionarios tomando una dirección que se modifica radicalmente cuando cae la noche, para detenerse en el departamento de Cerro Largo. Acampan, después de pasar el río Negro por la picada de Aguiar, al concluir el día 8. Provocan verdadero interés estas evoluciones del general Aparicio que si no obedecen a una estrategia dispuesta en los libros de aula militar responden al capricho ingenioso de un soldado inteligente y sagaz que ha leído muchas páginas, de letra metida, en el libro sin rival de la propia experiencia.

Después de marchar desde la madrugada, se hace alto el 9,

en la costa de Fraile Muerto, arroyo éste que tiene gorduras de fraile vivo. Algunos grupos de voluntarios se incorporan. A las once de la noche y después de una regular jornada se hace verdadero campamento en el Cerro de las Cuentas.

El 10, coronando una marcha que tuvo su intervalo de reposo necesario, se acampa en el Avestruz Grande, departamento de Treinta y Tres. Saravia se interna, se interna, con suavidades de gato e intenciones de miura. Dase la primer Orden del Día confiriendo algunas designaciones militares.

El amanecer del día 11 sorprende en marcha a los invasores que almuerzan en el Avestruz Chico y sofrenan sus fletes — todos van bien montados — en el arroyo Lagarto. Los alcanzan rumores halagüeños.

El 12 a medio día descanso en el arroyo Las Pavas, Paso de la Atahona, y cuando el sol declina, nueva jornada hasta la costa de Averías donde se pernocta.

PASEANDO LA BANDERA

El 13 desmiente la superstición oscura, pues en vez de abocar desgracias, se señala por distintos hechos agradables. En efecto, apenas emprende marcha la columna aparece en lontananza una fuerza bastante numerosa que resulta ser amiga. La componen los voluntarios de Florida, alrededor de 500 hombres, que manda el coronel don Miguel Aldama, caudillo de los tiempos viejos que no conoce el miedo. En su merecido elogio corresponde decir que esa fué en todo el curso de la campaña la fuerza departamental más respetable por el número. A las cinco de la tarde se incorporan el oficial Pellejero con 12 hombres; el coronel Urtubey, siempre brioso para el deber, con 30, y el coronel don Bernardo G. Berro con 70. Este digno ciudadano, inalterable en su consecuencia nacionalista, ha levantado con éxito todas las policías del departamento de Treinta y Tres.

Temprano del 14 se reinicia la marcha para hacer alto en las puntas de Las Pavas. Se descansa esa noche en inmediaciones del Paso de San Juan del Cordobés, departamento de Durazno. Y ese silencio adversario que nada interrumpe ¿a qué responde? Difícil o fácil contestar a esa pregunta. El gobierno carece de plan, carece de jefes aparentes y carece de valentía. La podredumbre corriente ha gastado hasta las virtudes más proverbiales de la raza. Todas sus ilusiones descansan en un traidor. Hace diez días que la revolución se pasea sin recibir la menor molestia y están sobre las armas veinte y tantos mil hombres!

El 15 se toma rumbo a Melo acampando hasta el 16 en Lechiguanas chico. En las primeras horas de ese día se mueve el ejército hasta las puntas de Tupambaé, donde se incorpora el prestigioso coronel don Nicasio Trías con 600 hombres mal armados y mucha caballada por delante. Acompañan a este patriota octogenario distinguidos caudillos de la causa revolucionaria. Vienen entre ellos, el coronel don Celestino Corbo, queridísimo en el departamento de Minas, que acosado por la fatiga asmática y por el reuma, desoye sin embargo sus dolores físicos para atender solícito a las quejas morales de la tierra; el coronel don Celestino Alonso, un impetuoso simpático con su valimiento propio nacido en los pagos de Solís — como el arroyo entre dos grandes vertientes —, entre el prestigio plateado de los veteranos Trías y Saura; el comandante don Juan José Muñoz, de sólidas preferencias entre los minuanos, que reúne positivas condiciones de probidad; el comandante Miguel A. Pereira, de Rocha, correcto y fiel colaborador; el comandante don Tiburcio Barrera, de cabeza nevada y corazón templado; el comandante Juan Gualberto Zabaleta; el comandante don Manuel Albarracín, jefe después de la Escolta del coronel Lamas, distinción ésta que todo lo dice, y otros estimables oficiales de menor graduación.

Veamos las peripecias corridas por ese hermoso núcleo incorporado con tanta fortuna.

La vigilancia gubernista era tan severa aun antes de estallar

la revolución, que muchos se vieron en el caso apurado de alzarse en actitud rebelde adelantándose a los sucesos.

Eso ocurría con el coronel Alonso, quien en los primeros días de marzo levantó vuelo en Solís agrupando a toda prisa algunos elementos de Migues, Pando y San Jacinto, para seguir luego hacia el noroeste en procura del coronel Trías acatado por todos los amigos de esas regiones como jefe superior. En la Sierra de las Animas se abrazan el 4 los dos camaradas, que marchan en seguida juntos amaneciendo el 5 sobre el río Santa Lucía, donde se agregan el coronel Corbo y el comandante Muñoz con los contingentes de Minas, y el comandante Miguel A. Pereira con los de Rocha.

El último citado, servidor leal y puro de su partido, fué el primer jefe sublevado en nuestro único departamento oceánico. Obrando en consonancia con el coronel Corbo, había preparado las cosas dispersando su gente, corrida por las persecuciones policiales, en la Sierra, Cerros e Islas del Chafalote.

Dada la inmensa distancia a recorrer, su pronunciamiento debía adelantarse a los sucesos y así ocurrió en efecto. El 14 de febrero abandonó sus guaridas emboscándose esa noche en el arroyo Alférez, barra del Aiguá, después de recorrer una distancia de diez y ocho leguas. Conociendo con exactitud los nombres de los patriotas que le acompañaban sería cruel injusticia no mencionarlos. Eran los siguientes: Rosalío A. González, Feliciano Acuña y Sosa, Juan Pedro Pereyra, Celedonio Pereyra, Ciriaco Pereyra, Celestino Alzuri, Valois Acuña, Julio Amaral, Pedro Chirivao, Adrián Espeleta, Angel Ignacio Silva, Genuino Decuadra, Pedro Castaño, Constancio Rodríguez, Pablo Aguerre, Nicanor Izcua, Victoriano Izcua, Carmelo Prudente, Casildo Pereyra, Leandro Acuña, Prudencio Delgado, Pedro Campos, Teodoro Martínez, Eloy González, Eloy González (hijo), Luciano González, Juan Benítez, Angelino Benítez, Mauro González, Marcos Sosa, Ventura Amorín, Fermín Gauna, Juan Rivero, Isabelino Pereyra, Antonio Vila, Alfredo Izcua, Juan Sosa (hijo), Wenceslao Prieto (hijo),

Juan De León, Félix Chirivao, Miguel Píriz, Juan Carlos Cabrera y José Cabrera.

Al día siguiente tomaron rumbo a la picada de Aparicio, pero la proximidad de un piquete policial que podía descubrir el levantamiento, motivó un retroceso hacia la picada de Graña, sobre el Aiguá. El 16 se acampaba en la propiedad de don Celestino Corbo, quien con una partida esperaba ésa y otras agregaciones, marchando luego unidos hacia la Sierra de Polanco, donde permanecieron acultos hasta el día 3 de marzo. El 5, como lo hemos visto, se encuentran todos los grupos en el Paso de Roldán de Santa Lucía, representando un total de 417 hombres. En esa misma fecha y en ese mismo paraje, se arrebata una caballada y se le matan dos soldados al comandante Falero, comisario de la sección.

A la noche, se emprende marcha en dos columnas paralelas, destacándose al frente las canas venerables del viejo Trías. La dirección es a puntas del Soldado. En movimiento ya se produce una confusión que provoca falsas alarmas y ocasiona la muerte de un joven Menchaca de la gente de Alonso.

La consigna es buscar al general Saravia, quien se supone haciendo tiempo por las quebradas de Cerro Largo.

En el trayecto se incorporan, el 6 a la noche en la Barra de Casupá, el comandante Albarracín con cuarenta y tres hombres, el patriota Temístocles Ortiz, uno de los fieles, con otros tantos pertrechados; el 8, en puntas de Polanco, el capitán Ramón Batista con siete; y el 11, en Zapicán, los hermanos capitanes Virgilio y Santos Pintos con veintidós.

Confundidos con el ejército el 16, prosigue éste su avance al noreste acampando en las puntas de Tarariras. El día anterior se ha incorporado un jefe benemérito, el inolvidable comandante don Lidoro Pereyra, soldado pundonoroso y resuelto. Este digno amigo mereció ser bajado preso al cuartel 3º de Cazadores en compañía de su hijo Lidoro, joven de diez y ocho años, cuando la pasada de noviembre. Puesto en libertad a fines de enero, el coronel Zoilo

Pereyra, autoritario Jefe Político del Durazno, le ordena a principios de febrero que baje a la Jefatura a recibir instrucciones, por ser oficial de línea. Sospechando lo que se intenta, niégase Pereyra a obedecer y esa misma noche se subleva al frente de una treintena de correligionarios entre los cuales se cuentan Andrés Blanco, Lidoro Pereyra, hijo, Reginaldo Verdun, Isabelino González, Nicolás Varela, Cipriano Padilla y Pedro Caraballo.

Algunas semanas corren hasta tener conocimiento de la aproximación del General. Cuando el comandante Pereyra se propone salirle al encuentro, lo avanzan esa noche las fuerzas del valeroso *Chiquito* que cree haber sorprendido a una partida del enemigo.

Disipado el error la alarma se traduce en efusiva alegría.

También se han reunido en las muchas vueltas dadas, el coronel de Florida, Manuel Castro, y los oficiales Santiago de Anca, Esteban Chiappara, Nicolás Botana, Senen Aparicio, Abel Sierra, Isidoro Noblia, Ventura Latorre, Sena, Pedro Mones, y otros muchos que irán apareciendo con carácter honorífico en el curso de estas páginas.

Gracias a estas incursiones parciales en el campo de nuestro recuerdo y de los recuerdos ajenos, hemos podido reconstituir con minuciosa exactitud el cuadro animado de aquel despertamiento simultáneo. De todos los rumbos llegan representantes selectos, de convicciones entrañables, a brindar la ayuda de su brazo. Un gauchaje enardecido por la memoria de fantásticas proezas, ha tirado la taba jugando la vida y con lujo de tranquilidad, trayendo muchísimos entusiasmos y contadas armas, montan a caballo nuestros paisanos en fletes de cola trenzada y de largas crines, mantenidos a maíz desde hace tiempo para que soporten sin quebranto las penurias de la revolución «que se viene». El beso de convulsiones eléctricas ha llegado hasta el fondo de los montes del Cebollatí; ha resbalado por la Laguna Merín; ha cruzado el río Negro en sus cabeceras; ha rebotado como sobre una muralla, en el Uruguay perdiéndose aquí, en la Sierra de Mahoma, allá, en los confines del Plata, arriba, en las planicies fronterizas, abajo,

en el Chuy, lejos, en las ondulaciones del Salto y cerca, en las calles de Montevideo. Y ya que nombramos a este centro de las palpitaciones malas y de las buenas, pondremos la prueba al canto, mencionando la audaz salida en actitud rebelde del valiente comandante don Antonio Saavedra. Este fervoroso correligionario, utilizando al efecto las pocas armas de una sociedad de Tiro instalada en la calle 25 de Mayo, salió con un grupo de veinte amigos hacia los bañados de Carrasco. Escondidos a pie entre aquellas lagunas, pudieron ellos burlar la persecución de medio batallón de Artillería Ligera, que aliado a las policías del paraje los buscó con encarnizamiento. Después de una cruzada hábil y relativamente victoriosa, se incorporan estos voluntarios al Ejército en la mañana del 19.

Con este inesperado contingente quedaba constituída la columna del general Saravia, que pudo sumar entonces a lo más, 1.800 hombres, de los cuales más de la mitad armados con chuzas.

El 17 se ensilla de madrugada desmontando después de una parada intermediaria a la altura de Sarandí del Quebracho, en el Paso de la Arena del Fraile Muerto. Se sorprende durmiendo en el monte a dos desertores de la Urbana de Melo. Salen de vanguardia los escuadrones de Pedro Sánchez y de Tomás Borches: ochenta hombres más o menos.

El 18 a mediodía, se churrasquea en el Bañado de Medina anocheciendo en los campos de Morales. Corren rumores de bulto que dan muy cercano al enemigo. Se prohibe rigurosamente hacer fuego.

JUSTINO MUNIZ

No pecaban por cierto de inexactas las versiones que presumían muy inmediato al ejército enemigo. Bajo el mando superior del general don Justino Muniz, habían acampado esa noche en la Sierra del Arbolito, los gubernistas que tampoco ignoraban la proximidad del adversario.

La fatalidad de los sucesos pondría frente a las falanges nacionalistas a un solo jefe alistado mucho tiempo atrás en esas mismas filas.

Justino Muniz era un enemigo temible, dotado de una entereza a toda prueba y de notorias condiciones de sagacidad. Su reputación de hombre capaz de afrontar cualquier peligro, le venía desde lejos. Sujeto de cincuenta años, sus antecedentes personales arrancaban de la cruzada del general Venancio Flores. Por aquella época, era Justino Muniz un muchachón humilde, si por algo distinguido, señalado por su carácter bravío, áspero y duro cual las piedras de los cerros donde se criara. Hijo del medio, extraño a los más elementales roces de la vida social, Muniz vivió y se formó como esas plantas perdidas entre las breñas, que brotadas sin saber cómo, tienen por caricias los golpes de helada en invierno y en verano el contacto de cierzos quemantes. Las exigencias del ambiente fortificaron sus innatas arisqueces. Nunca pudo pensar en abrir su inteligencia a las claridades de una educación modestísima, quien para cubrir sus carnes sólo contaba con un mal chiripá, y con el esfuerzo atlético de su brazo para llenar las primeras necesidades de la vida. Cumplido su desarrollo, Justino no pasó de ser un gauchito vulgar, sobrio de palabras y de actitudes, que llegaba a tiempo para enrolarse en las guerras de partido que sufrían entonces unas de sus más apasionadas evoluciones. El, inclinado a las correrías militares sin saberlo, porque hasta aquel cerebro virgen y defendido por una enmarañada melena renegrida, difícilmente alcanzaban los chasques de la luz, aceptó la misión impuesta por el destino a una generación de paisanos y se ciñó a la frente el trapo celeste, el mismo que servía de divisa a Dionisio Coronel, jefe absoluto del departamento entonces. Fué y volvió de la guerra sin exhalar una queja ni pedir para sí una preferencia. Nada podían suponerle las penurias, a quien saltó de la cuna recibiendo de la intemperie los primeros besos y buscando diversiones infantiles en el caballo, movido por ese instinto secreto que también hace abandonar a los pichones de pato el nido y lanzarse

en busca de agua para zambullir con desprecio de los cuidados maternales, apenas rompen la cáscara aprisionadora.

Estaba escrito que Muniz dividiría su dominio con la naturaleza, con potros, con reses y con alimañas.

La visión de las dramáticas ocurrencias desarrolladas ante sus ojos observadores y en las que pusiera algún concurso de fuerza y de bravura que él no había sospechado, encendió, ya que no en aquella cabeza, en aquel pecho de robusteces de toro, algo así como una llamarada de altanerías. El, que se creyera de buena fe el último de los últimos; que nunca pensó en rivalizar con nadie en nada porque fuera de las escabrosidades de las guaridas del Tacuarí y del Olimar, en ninguna parte era capaz de una familiaridad; él, reacio a los halagos de la civilización, sin amigos, ni enemigos, sin amores ni enconos para lo que no morara dentro de las nativas selvas, trajo de la campaña un lote de inexplicable orgullo y desprecio. No todos se paraban donde él frente a las divisiones adversarias.

Conozco un episodio de ese período de su existencia que lo pinta y caracteriza. El orden legal yacía por tierra en 1867; la autoridad engreída del vencedor, pesaba fuerte sobre todas las jurisdicciones del país. Invertidos los colores, el toque de silencio fué cumplido. En determinado paraje de Cerro Largo se realizaban por esa fecha unas carreras. Decir carreras en campaña y decir reunión estruendosa del vecindario de veinte leguas a la redonda, es cosa idéntica. Allí cayeron confundidos unos y otros, ansiosos de ganarse los pesos que cabalgaban amontonados entonces en aquellas onzas de oro famosas. Un jefe adversario muy mentado, empezó a hacer en la reunión de las suyas, buscando pretexto para lucir el largo alcance de sus caprichos señoriales. En la cancha donde se jugaba a la taba encontró amplio campo para sus compadrazgos. En ese sitio y entre los mirones estaba Justino Muniz, seguramente sin un medio en el bolsillo, pues el cuero de carnero con que cubría sus recias espaldas por encima de la camiseta, denunciaba una evidente pobreza. Como tropezara su visual

con la de aquel gauchito de apariencia tan infeliz, dijo dirigiéndose a él, nuestro hombre:

—¿Y esa oveja tan ruin qué hace en esta majada?

—Ruin!... — contestó el aludido — más ruin será su casta; que por lo demás, no crea que de cualquier modo me va a esquilar.

Con respuesta tan atrevida ya estaba hecho el zafarrancho. Justino armado de un cuchillo con mango de madera tosca, atropelló sin perder serenidad a su ofensor, y fué tanto su empuje y su maestría que pronto lo puso en fuga dejándole su marca en la cara.

Tomada la res por las astas nada que no fuera violencia había que hacer. El motivo del alzamiento airado acababa de surgir y el protagonista en aquella escena jamás pensó en esquivar las responsabilidades compradas a caro precio.

Roto el convencionalismo de una pasividad intolerable, Justino Muniz que pusiera en la ocasión exhibida, pedestal de imprudente guapeza a su prestigio personal, no se detuvo en la senda espinosa a que lo impulsaba un destino lleno de incertidumbres sangrientas, y fué en adelante cabecilla de acaloradas resistencias.

Cuando hasta en el corazón frágil de una mitad del género humano gana el valor de cuño verdadero más admiraciones que ninguna otra virtud masculina, ¿es arriesgado afirmar que Muniz poseía las aristas salientes de un caudillo, y que el porvenir lo empujaba resueltamente a esa jerarquía? Agente de enterezas en dominios boscosos, alejados aun en la actualidad de la vigilancia metropolitana, empezó a crecer su renombre como crecen los troncos: de adentro para afuera. La noticia de la invasión del general Timoteo Aparicio no lo sorprende y sin mucho masticarlo acepta el ardoroso convite. Sólo precisa sobar algunos maneadores y sacar a relucir sus mejores prendas de ensillar, porque todavía en aquellas jornadas que vieron a Pampillon enredado a lanza con Gil Aguirre y a Goyo Suárez encarnizado con Aparicio, se iba a las peleas ostentando el mayor lujo, como a un torneo de caballeros; pero estos, hijos de la pasión heredada, sólo llevaban por coraza su innato brío.

Acaudillando falanges que a él responden, se presenta Justino y sirve durante toda la campaña a órdenes de su tío el patriota general don Angel Muniz.

Soldado de caballería, pronto se acredita por sus hechos. Cuando retorna al pago vuelve consagrado jefe y de los buenos.

He aquí otra anécdota verídica que hace más resaltante su temple. Frente a la autoridad local de Muniz se levantaba atrevida la de un jefe nacionalista cuyo nombre omtimos porque aun vive el aludido. El nuevo rival tenía aspiraciones de predominio absoluto, que naturalmente chocaron con las de Justino, idénticas aunque tal vez más legítimas. La continuación de aquello era imposible. Alguno de los dos prestigios sometería al otro, porque los caudillos de cuño viejo como las mujeres celosas, no entendían de dividir con nadie sus cariños. En casa neutral y con motivo de una riña de gallos, se encontraron cierto día los dos preferidos del gauchaje. Cada cual llevaba su séquito de aparceros. Allí estaban todos los cabecillas de ambos bandos. Por eso, las compadradas, los dicharachos y las bromas con más filo que un cuchillo, saltaban de aquí para allá.

La última de ellas que envolvía una provocación, brotó a causa de haberse agotado el lote de los peleadores. Entonces exclama con tono socarrón el jefecito rural:

—Parece que ya se acabaron los gallos!

A lo que contestó Justino, saltando al medio de la cancha:

—Se equivoca. Aquí hay gallo que no dispensa espuela ni peso. Póngale pareja.

Nadie chistó ante aquel rasgo de audacia que era un guante de desafío campero. Pero también desde esa fecha nadie intentó disputar su primacía a este dueño de las selvas.

Después pasan los años y Muniz empieza a torcerse. Poco entendido en distingos morales, envolviendo en una acepción confusa sus ideas ciudadanas, para él toda la nacionalidad se encierra en sus cuevas del Cerro Largo, todos los cariños germinan en campos que el casco de su caballo golpea de continuo, y

todos sus horizontes tienen por límite aquellas sierras impenetrables, donde de niño buscara nidos de pájaros y de hombre tuviera generoso y constante refugio. Los gobernantes se empeñan en solicitar su adhesión política a quien sólo sabe domar baguales, y Justino Muniz, tan escaso de escrúpulos como de ambiciones honestas, hace alianza con Máximo Santos porque éste le promete respetar los fueros de su dominación fronteriza. Favorecido él y contentos sus allegados, músculos todos de una misma pierna, — poco le importa de lo demás: del bien público, de la situación de la patria, de sus desgracias y sentidos lamentos, cosas muy dignas de tomarse en cuenta, según los «dotores», pero indiferentes y estúpidas para esta hechura de la barbarie. En 1886, instrumento servil de la tiranía que lo condecora coronel, Muniz levanta su división en armonía con Higinio Vázquez, frente a la columna reivindicadora integrada por las fuerzas fusionadas del coronel colorado Nicasio Galeano y del comandante nacionalista Bernardo Berro.

Siempre reverenciado en sus pretensiones indómitas, continúa luego vegetando. Centro ya de una política local degenerada, a cuyas explotaciones se presta con las mansedumbres de un falderillo, muchos aspirantes le adulan y hasta el mismo Gobierno imita ese ejemplo confiriéndole el grado de general de brigada. Las variantes del tiempo y las costumbres serviles que adopta como más cómodas, han pervertido hasta las entrañas a un tipo errante que pudo haber alcanzado meritorios blasones con todo de su irregular fisonomía.

Habituado, pues, a hacer el sacrificio de sus convicciones sin arista, cuando el interés así lo decreta, los primeros latidos de la propaganda periodística que vino a despertar el espíritu público, lo encuentran adherido a la situación combatida. La campaña iniciada era de condena resuelta a todos los oprobios de la época y pronto Justino Muniz sintió en carne propia el formidable flagelo. No han faltado censuras para tal actitud. Quizá mirado el asunto

a la luz incierta de problemáticas conveniencias de fracción, irrogó perjuicios ese merecidísimo ataque; pero la sana moral que ilumina todas las encrucijadas del propio criterio con claridades insospechables, nos dice que se hizo obra de higiene política y de patriotismo, imprimiendo la señal de hierro en la espalda de un cacique pervertido, por más que ese cacique gozara de efectivas influencias dentro de un medio degenerado. Esta rudeza imparcial denotó el carácter amplio de la cruzada. El Partido Nacional fué sólo implacable con sus miembros prostituídos.

Pero en la conducta falaz de Muniz, corresponde larga responsabilidad a un grupo de sus amigos civiles que aprovechando de la inconciencia ciudadana del caudillo analfabeto, se sirvieron de su persona como de un suizo. Los doctores Martín Aguirre y Juan José Segundo y los hermanos Collazo, empujaron siempre en sentido adverso a las soluciones populares, al general citado.

LA BATALLA DE ARBOLITO

Justino Muniz, que se conceptuaba dueño absoluto del departamento de Cerro Largo, vió una imperdonable audacia en el levantamiento autónomo de Aparicio Saravia, corriendo el mes de noviembre.

Agravios cosquillosos de índole insignificante, mantenían desde tiempo atrás alejados a aquellos dos vecinos de una misma zona. Es acto de nobleza reconocer que la muerte trágica y fatalísima del niño Muniz, relatada en el anterior volumen, bastó para cavar un abismo donde antes se diseñara una simple quebrada. Ya entonces Justino, de antemano mal dispuesto y mal aconsejado, delineó su actitud de hostilidad abierta a la causa revolucionaria. Retoñada la reacción en el mes de marzo con nuevo brío, Muniz, de probada consecuencia gubernista, ocupó puesto en acecho de sus correligionarios. Idiarte Borda había concluído de cautivarlo

nombrándolo jefe de la frontera de Cerro Largo y poniendo a sus órdenes todas las fuerzas disponibles de la región.

Cuando la invasión se produce, el general Muniz se preocupa de juntar gente, y como su prestigio no ha muerto, porque aun sin raíces posee lozanías a la par de los grandes árboles que arrancados de cuajo todavía florecen, consigue formar una sólida base miliciana. También es cierto que el ejercicio infatigable de *la leva* fué su mejor auxiliar.

En conocimiento de la internación de Saravia, Muniz no lo persigue. Hombre vivo, se queda en la retaguardia ordenando sus elementos: Aparicio después de tropezar con las demás fuerzas bordistas dará la vuelta para el norte porque le escasean las municiones, y entonces, el general Muniz pedirá papel.

Algo semejante ocurre. El ejército revolucionario que no ha recibido — por trastorno que luego explicaremos — las prometidas instrucciones, retornó a Cerro Largo, donde se sabe fuerte y en expectativa al ejército de Muniz.

Como lo hemos visto, recién en la noche del 18, se descubren ambas columnas. Se descansa bajo el anuncio de un combate, y la mañana del 19 encuentra a los adversarios en bélicos preliminares.

Hay quien afirma que el general revolucionario quiso evitar el sangriento choque.

En tal caso, la impetuosidad temeraria de *Chiquito* habría contrariado sus propósitos.

Cuesta emitir opinión decisiva al respecto sabiendo que Saravia guarda adoración fervorosa a la memoria de su hermano. Nunca le he oído romper su reserva al hablar de ese acontecimiento. En cambio, sus ayudantes repiten conceptos que arrojan luz cierta, recogidos esa mañana de boca de los mismos interlocutores. Según ellos, *Chiquito* invitó a Aparicio diciéndole:

—Vamos a atropellarlos, hermano, que los derrotamos.

A lo que agregó más o menos el coronel Juan Francisco Mena:

—Esos, no nos hacen nada.

Entonces Aparicio contestó, moviendo la cabeza como quien no se siente dominado por mayor entusiasmo:

—Bueno; vamos a pelearlos.

Al amanecer del día 19 y bajo una espesísima neblina, el general Saravia desplegó de vanguardia al coronel *Chiquito* al cual incorporóse en ese instante el comandante Antonio Mena que convaleciente de un balazo recibido en el pie cuando la cruzada de noviembre, había acompañado sin embargo al ejército marchando en una jardinera.

La misión de esta fuerza consistía en avanzar camino de manera a interponerse entre la columna de Muniz y un contingente de unos doscientos hombres bien armados y municionados que venía a su encuentro con procedencia de Melo.

Cuando abrió el día el ejército revolucionario hizo suyo el rumbo seguido por aquella avanzada. Pronto un chasque enviado por *Chiquito*, puso en conocimiento del general Saravia la rendición — que después llamóse pasada, — de este grupo de enemigos. Con brillante acierto se había llevado un plan cuya feliz consumación cercenaba importantes elementos al adversario.

El jefe del núcleo sometido era el comandante Juan Derquin o Alarquin, nacionalista al servicio oficial en calidad de comisario de Melo. Estorbado este militar en su afán de incorporación, despachó a Gumersindo Collazo con una escolta, al campamento de Muniz en demanda de ayuda mientras los suyos mantenían un vivo tiroteo. De lo contrario estaba perdido, pues los revolucionarios lo tenían rodeado. Esa indispensable protección no llegó a tiempo. Cuando los gubernistas coronaban a marcha forzada las alturas del horizonte, Juan Derquin o Alarquin se había rendido obligado por sus oficiales y simulando un fusionamiento espontáneo con los vencedores en este acto parcial.

Tan fué así, que en seguida pasó a la cabeza del ejército revolucionario que también ya llegaba al que pronto sería campo histórico, para saludar al general Saravia. Derquin o Alarquin

abrazó al gran caudillo pidiendo sólo puesto de pelea y caballadas de refresco que se le proporcionaron.

Los resultados obtenidos hasta entonces no podían ser más favorables. Eran las diez de la mañana de un día caliginoso cuando quedaron tendidas ambas líneas de combate fuertes y nutridas. Como ya lo adelantamos, contarían los invasores con 1.800 hombres y con número igual o muy poco menos, el enemigo. Los mismos datos trasmitidos por Muniz en su parte oficial nos acercan a esos cálculos. Dice él en un párrafo: «Según las informaciones más verídicas que he recibido, la columna batida en el Arbolito alcanzaba a más de 2.000 hombres *lo que no obstante no puedo garantir*. Las fuerzas de mi mando alcanzarían a 1.400 hombres». Sabiendo que invariablemente los generales aumentan el número de enemigos y retacean el de sus soldados, para lucir heroicos, podemos modificar sin error aquellas cifras hasta confundirlas con nuestras apreciaciones. En cuanto a la tropa revolucionaria, la simple suma de incorporaciones grandes y chicas enunciadas en el curso de estas páginas, sobra para prestar testimonio de irrecusable veracidad a nuestros comentarios. Con respecto al ejército de Muniz, la afirmación tampoco puede ser equivocada reflexionando que, a las 400 plazas del 3º de caballería se agregaban 100 de la Urbana, todas las policías departamentales remontadas y más de mil milicianos reunidos en cuatro meses de constante *razzia*.

Numéricamente el duelo se vislumbraba parejo. En lo que refería a armamento, no tanto, pues los bordistas estaban todos en perfecta condición defensiva y poseían un nervio excelente de escuadrones disciplinados. Debe recordarse que los invasores integraban un conjunto heterogéneo, aun sin amores recios y ciegas confianzas para su general, y extraño a todo principio militar. La ausencia de la condición indispensable que fundó el primer triunfo de la causa, iba a motivar si no su primer desastre, por lo menos su primer desaliento.

Justino Muniz, en antecedentes de los apuros de Derquin, había

destacado esa madrugada dos escuadrones, uno del regimiento y otro al mando del comandante Cabrera, con orden de protegerlo en su avance. Este auxilio llegó tarde para cumplir su propósito aunque no para entrar en pelea, pues inició fuego contra la gente de *Chiquito*, que esperaba en línea el ataque. Como esto ocurría dos horas antes de llegar al campo ambos ejércitos, resulta que la batalla fué sostenida en su primera parte por las respectivas vanguardias. *Chiquito* tenía a sus órdenes 400 hombres municionados a doscientos tiros cada uno.

En las mismas nacientes de la sierra del Arbolito jugábase el terrible desafío. Situado a cuatro leguas de la ciudad de Melo, es este paraje — que después conocimos — un nudo de cerrilladas muy escabrosas que ostentan espesas chilcas a fuer de exuberante cabellera salvaje. Al costado norte está el Cerro Largo que da nombre a uno de nuestros departamentos más pintorescos; al oeste constituye linde el arroyo Guazunambí (palabra compuesta que en guaraní significa oreja de venado); y cerrando por el sur el marco estratégico, están las pequeñas corrientes de agua del Campamento y de Laureles. Siendo tan caprichosa la fisonomía del paisaje, que muestra por un lado enormes pedregales, y por otro, hondonadas y barrancas protectoras; siendo aquella precisamente región muy conocida para los generales a la vista, es fácil comprender que las posiciones tomadas por ambos ejércitos fueron inmejorables. La lucha se presentaba singularmente interesante.

La línea nacionalista quedó tendida en una extensión de media legua larga, partiendo su extrema derecha de las faldas del Cerro Largo y apoyando su extrema izquierda en un cerco de piedra, propiedad del señor Ramón Lébano, después de describir un semicírculo aprovechando como posiciones principales las casas de don Miguel Perdomo, don Andrés Vázquez y don Juan Falco.

La cabeza del ala derecha la ocupó *Chiquito* con sus siete escuadrones mandados por los comandantes Basilio Muñoz (hijo), Modesto Coito, Antonio Mena, Manuel Rivas, Mariano Saravia,

Cayetano Ferreira y Pedro Sánchez. Seguían luego, en el orden que los citamos, el plantel de infantería «Patria» al mando del comandante Esteban Chiappara; el escuadrón del comandante Tomás Borches; la Escolta del General, compuesta de veinticinco hombres. En el centro, los coroneles Nicasio Trías y Celestino Alonso; y formando el ala izquierda, siempre por su orden, los coroneles Bernardo Berro y Juan Francisco Mena, el comandante Juan José Muñoz y el coronel Miguel Aldama en la cabecera.

Una quebrada de pasaje difícil a caballo o a pie, separaba a los revolucionarios de la gente gubernista que dominando una altura de cresta paralela, había dispuesto sus unidades teniendo a la izquierda el 3º de caballería mandado por el coronel Julio Gutiérrez, militar de alcances y de antecedentes vulgares, en seguida la Urbana, a órdenes del capitán Gerónimo Iriondo, que conceptuada poco fiel quedaba así bajo la vigilancia constante del regimiento, después la Escolta del general, al mando del sargento mayor Profecto Muniz, y como ala derecha compacta, las milicias mandadas por los coroneles Carlos Chagas, Estomba, Cicerio Saravia y Juan Aguirre.

En las filas nacionalistas figuraban antiguos compañeros de armas de Muniz. Por consiguiente, no es raro que a pesar de las recalcitrancias serviles de aquél, algunos pensaran en arribar a un acuerdo patriótico antes del choque. El ciudadano don Abdón Aróztegui, consultado al efecto y a solicitud principal del mayor Miguel A. Pereira, se hizo intérprete de tan laudables deseos ofreciéndose para llevar palabras de concordia hasta el campo enemigo. En esa comisión partió acompañado por dos o tres amigos. Previamente se había impartido orden de suspender el fuego, iniciado ya por la derecha. Esa orden fué mal dada, mal entendida o mal acatada en el calor de aquellas circunstancias volcánicas; lo cierto es que cuando el parlamentario llegaba a las filas de Muniz y se procedía a su reconocimiento, se reanudó el fuego

por ambos lados poniéndose, de manera tan lamentable, punto final a una misión de fraternidad. Tan repentino fué este cambio de decoraciones que el señor Aróztegui tomado entre dos fuegos vióse en situación dificilísima para efectuar su retroceso.

Ya nada ni nadie detendrá aquel empuje airado. Desde ese instante un ruido atronador llenó el espacio, las balas silbaron a millares y los combatientes disputaron sus caprichos al destino.

Poco tardó en caer el coronel Trías, gravemente herido en el vientre. Su hijo, el comandante Nicasio Trías, había muerto, Antonio Mena manaba sangre de su pecho generoso, y el digno Pedro Sánchez estaba herido. La batalla era reñida, como provocada por valientes, pero sin embargo, a las diez de la mañana, se notó un desorden significativo en la línea gubernista. La Urbana estaba diezmada y el 3º no respondía a las aseveraciones corrientes. Vino a neutralizar esos efectos, la defección de la línea nacionalista de los jefes Borches y Casas que, sin motivo alguno, abandonaron el campo con sus respectivas fuerzas. Los momentos eran supremos.

Los dos bandos se sentían cansados, siendo más evidente la fatiga de los gubernistas; las municiones revolucionarias se habían agotado, y el momento se presentaba propicio para llevar una carga decisiva a lanza.

Autorizado para iniciarla, preparó *Chiquito* varios escalones elegidos, ochenta a noventa hombres en total. Cuando estuvieron prontos puso a su frente a los guapos hermanos Basilio y Juan Muñoz, colocándose él, el primero de los primeros. Era mediodía. Dada la señal de ataque sólo catorce lanceros acataron la heroica orden. Pero no importaba, aquellos centauros no sabían mirar para atrás, y si bien en el descenso de la áspera vertiente alguno pagó con la vida tanta temeridad, los más de los pocos subieron la cresta ocupada por el regimiento doblando su primera línea de tiradores y desmoralizando a la segunda. Rendidos aquellos que exclamaban: — *¡nos entregamos! Chiquito* fué el primero en

bajar su lanza, dando ejemplo de clásica magnanimidad. Pero en el fondo de este rendimiento hervía una intención cobarde. Cuando los vencidos vieron tan reducido el número de atacantes recuperaron bríos y entonces la primera fila de tiradores volvió sus armas contra los lanceros, que se ocupaban de romper la protección correspondiente, en lucha de músculo y de brazo. Con esta actitud inesperada resultaba encerrado y perdido aquel puñado de revolucionarios.

Comprendiéndolo así, vuelven ellos caras; pero ya es tarde. Reanimado el espíritu de los bordistas atónitos, se desenvainan los sables, silvan veloces las temibles boleadoras y todos abocan sus fusiles para castigar la inaudita audacia. Los lanceros inician una retirada ya imposible.

A Juan Muñoz que con Basilio no ha desmentido la tradición honrosa de su apellido, lo bolean por el pescuezo, pero su buena estrella quiso que al bajar la cabeza a impulsos del brutal cimbronazo, las piedras paliaran su violencia golpeando las tablas del pecho del caballo que montaba. *Chiquito,* herido en la rodilla por una bala que alcanzó a matarle su caballo, atina a saltar en ancas de el del alférez Chalar, un ayudante digno de su jefe. Todavía le queda el revólver. Otro tiro certero que le entró por el pulmón derecho lo postra en tierra. El valiente Chalar ha muerto.

El mulato Toranza, enemigo, domina de un golpe de vista esta triste escena y avanza sobre *Chiquito* para ultimarlo.

Este ejemplar selecto de la raza nuestra conserva hasta en los últimos instantes de vida toda su bravura. Apunta sobre el agresor y ya moribundo le dispara sin dar en el blanco. Un golpe de sable que partió horriblemente aquella frente honrada, cortó el hilo de tan viril existencia. Los demás compañeros salvaron por milagro. A pesar de su mala suerte *Chiquito* sacrificándose y cayendo acribillado a la retaguardia de dos líneas de tiradores, había producido el desconcierto en las secciones del regimiento

que empezaron a remolinear abandonando el frente. Según cuentan los primeros informantes fué entonces que el general Muniz, oportuno y colérico, levantó su lanza para castigar la defección de sus soldados alcanzando a teñirla en sangre de algún jefe. Este dominio del momento solemne salvó a las fuerzas adversarias de un desastre. Rehechas aunque desanimadas las filas, pudo sostenerse el aparato de una ofensiva. La escolta de Muniz sola, creó a tiempo esa situación inesperada.

Menos feliz, el general Saravia no pudo evitar la deserción de escuadrones enteros frente al enemigo. Ni a rebencazos fué posible contener a los prófugos, que ni siquiera habían entrado en una escaramuza. A las dos de la tarde un avance en regla a cualquiera de los dos campos hubiera provocado con certeza una derrota total.

He oído contar a soldados de la Urbana de Melo, que a esa hora Muniz preparaba su retirada juzgándose perdido, pero Cicerio Saravia que desde una altura notó movimiento de retroceso en los revolucionarios, lo hizo saber así a su general que al principio no quiso creerlo. Fué en tales circunstancias que Muniz desprendió una guerrilla para hostilizar al enemigo, la cual nada obtuvo, terminando su jornada en el Paso de la Cruz del Tacuarí.

COMENTARIOS

Así concluyó la batalla del Arbolito, uno de los combates más sangrientos y encarnizados de la pasada lucha.

A no mediar el hado fatal de trastornos inesperados, jamás se hubiera producido esa pelea. Las instrucciones definitivas de la Junta; los papeles en donde se bocetaba el plan de campaña, fueron entregados al cuidado fervoroso del buen ciudadano doctor Alfredo Vidal y Fuentes, sin enterarlo de su importantísimo contenido. Dificultades insuperables de última hora, estorbaron la

llegada a tiempo del emisario. Cuando éste arribó a la frontera, ya Saravia había invadido. Recién el 23, por intermedio de don Abelardo Marquez, tuvo en sus manos aquellas notas. Imagínese el disgusto del General al conocer esas resoluciones ya tardías.

En los mencionados documentos se señalaba orientación determinada a sus movimientos: Saravia debía concretarse a buscar la unión con el coronel Lamas en el Paso de los Toros. Como habrá podido apreciarse, nada le costó hacerlo así.

Entonces, juntas las dos columnas, victoriosa una y pujante la otra ¡cuánto pudo haberse hecho! En el departamento del Durazno se habría dado la segunda y gran batalla definitiva. Pero el destino burló, con un simple mohín, vastas combinaciones humanas. ¡Cuántas veces nubecillas del tamaño de un copo de nieve bastan para ocultar por segundos la faz radiante del sol!

Como puede apreciarse, en Arbolito se desecharon por ambas partes las ventajas de las armas de alcance, prefiriendo los favores de recursos primitivos. Al expresarnos así, mal podemos referir a la conducta del intrépido *Chiquito*, quien cargando a punta de lanza tuvo la inspiración de la victoria y consiguió amedrentar al enemigo facilitando la evolución tranquila del ejército revolucionario. Si en esa iniciativa de vuelo propio, acompañan a *Chiquito* algunos escalones de lanceros, la pelea estaba ganada. Si sólo quince hombres, armados con lanzas de clavo, quebraron dos guerrillas, ¿qué no hubiera conseguido el tropel de cincuenta jinetes? Así pues, sufren doble equivocación en sus juicios, los cronistas que echan sobre los hombros del hermano caído la responsabilidad de una imprudencia calificable, hija del odio a Muniz. *Chiquito* no guardaba enconos personales para el general adversario; sí, le tenía desprecio desde el día en que se alió a los explotadores de la patria. Hasta entonces fueron buenos vecinos y amigos. Seguramente que su agresión tuvo por origen la certeza de que el brazo fuerte de Justino era el eje de la resistencia; que roto éste, el triunfo quedaba decretado. Y a buen seguro que no iba extraviado en tales cálculos.

La opinión del teniente Luis Ponce de León, actor distinguido en este hecho de armas, es más radical aún que la nuestra. Dice este cronista: «Luctuoso para nuestras armas como pocos fué el combate de Arbolito, en el cual, si el triunfo no las coronó, fué de ello culpable en primer término la caballería de varios jefes y oficiales, que, fuerza es decirlo, hicieron allí trizas su reputación de hombres pundonorosos y valientes, poniendo en peligro con su actitud la santa causa de sus compañeros; a esa y no a otra causa debió su muerte el inolvidable Chiquito Saravia, a quien muchos culpan de haber, con su temeridad, comprometido la victoria, sin darse cuenta los que tal afirman, de que precisamente obtenerla es lo que Chiquito se proponía al llevar sus vigorosas cargas, fin que hubiera conseguido a haberlo acompañado sus lanceros, quienes fueron los verdaderos culpables del suceso.»

Por lo demás, el combate tuvo episodios únicos y casi increíbles. Se mató gente a tiro de bola, a sable, a lanza y a puñaladas. Una página de viejos entreveros, de clásicas hazañas y desórdenes, se llenó en ese día de extraña reminiscencia.

Lo ocurrido en el Arbolito es perfectamente explicable. Desde antes de darse la batalla las ventajas se inclinaban a favor del ejército gubernista, robusto en armamento y disciplina de cuartel. A ese conjunto férreo Saravia sólo podía oponer escuadrones bisoños, faltos de unidad y confianza. En cuanto a esto último, es notorio entre los oficiales revolucionarios que algún jefe al recibir órdenes superiores durante la pelea, se negó a cumplirlas, contestando:

—Dígale al general que aquí no está peleando con bahianos.

Faltando coordinación en las actividades y obediencia absoluta a quien manda, falta la base para una victoria. Luego, algunos comandantes improvisados resultaron incapaces para llenar su cometido.

Arbolito fué una experiencia insostenible para muchos. Después se seleccionaron las filas y pudo aquilatarse el calibre de

cada reputación; pero hasta entonces, existía el engaño fatal de las apariencias.

Además, es necesario hacer argumentos de una evidencia que nadie recoge. Cuando estalló la última guerra los medios ofensivos habían sufrido inmensa modificación para los viejos guerrilleros acostumbrados al silencio relativo de las antiguas escenas de carnicería a arma blanca.

En cuanto a la generación joven, extraña a los azares bélicos, ella recibió un bautismo de sangre terrorífico en aquellos días de Tres Arboles y de Arbolito que robaron al trueno sus imponentes energías y pidieron humo bastante a la pólvora para oscurecer el manto de un cielo intensamente azul. Sin buscar explicación al fenómeno en la cobardía de quienes, por el simple hecho de ser voluntarios, provocaban a sabiendas al peligro, encontramos en esa ausencia de familiaridad guerrera, el secreto de muchos estupores de exterior desfavorable. En el curso de la batalla de Tres Arboles, que no tuvo un minuto precario para los nacionalistas, algunas caballerías remolinearon.

Si el coronel Lamas no hubiera contado allí con la infantería militarizada de la Isla, las circunstancias pudieran ser desesperadas.

Recuerdo que con motivo de esos desfallecimientos el coronel Núñez, desbordando de cólera, proponía que, para lo sucesivo, se obligara a los hombres a pelear lejos de sus caballos.

En la acción de Las Cañas, ganada por la revolución, yo he visto a paisanos atléticos y después heroicos, tirar las municiones azorados y con visible desaliento. Quizás este comentario espeluznante hacía cosquillas en aquellos cerebros: — Si a 1.500 metros picotean cerca las balas de máuser, ¿qué no harán a dos cuadras de distancia?

Más adelante se perdió el miedo a los proyectiles que aun viniendo de tan lejos llegaban *chiflando;* hasta el estampido de los cañones, de sí atemorizante y rudo, fué recibido con tranquilidad burlona, y aquellos cruzados descalzos y desnudos, sin elemen-

tos ni recursos, tuvieron idéntico temple, para pelear a la escuadrilla en el Hervidero, sitiar al Salto, hacer frente a Tajes el 12 de setiembre y acometer cualquier empresa por arriesgada que fuera. Era un ejército de veteranos.

Pues bien, el general Saravia debió ser víctima así como el coronel Lamas, de ese aprendizaje guerrero. Las deserciones de la línea en Arbolito fácilmente se explican del lado revolucionario como también, aunque en parte muy menor, con respecto a las milicias del lado gubernista.

A ellas, a la escasez de municiones y a la caída fatal de *Chiquito*, que divulgada en seguida hizo pésimo efecto pues era aquél un jefe adorado por los inferiores, puede atribuírse aquel dislocamiento a medias.

UNA RETIRADA ELOCUENTE

El General nacionalista, sin experimentar abatimiento al conocer la muerte de su hermano — como lo suponen algunos — porque Saravia tiene cuando las circunstancias lo reclaman, resortes de acero en su corazón, dirigió en persona la batalla moviéndose de aquí para allá, e hizo todo lo posible por obtener una victoria. Si no la ganó tampoco sufrió una derrota verdadera. La mejor prueba de tal aserto la tenemos en el hecho de que a los ocho días, antes de la incorporación con Lamas, inicia con éxito la persecución de Muniz, quien se retira hacia el sur, a pesar de habérsele agregado la división Treinta y Tres al mando del comandante Basilisio Saravia.

El general Aparicio al salir del campo de pelea llevó consigo sus heridos.

A los nombres ya citados, se suman los del bravo coronel Alonso, comandantes Francia, Chiappara, Botana, Ignacio Mena, Viramonte y Magariños. De los oficiales subalternos, el querido

abanderado Luis Ponce de León, Rómulo Muñoz Zeballos, Mariano Saravia, Cirilo Garrido, Luis Cibils, Juan Abella y Jourdán con cuatro balazos, Aurelio Pérez, Mendilaharsu, Tomás Basualdo, Elías Araujo, Pedro Sabatel, Francisco Rivas, Abdón Villa, Juan Zamora, Pedro Vázquez, Ramón López, Pompilio Barrios, *Guerrilla*, el popular moreno montevideano, Pedro Berro, Manuel Sánchez, N. Alvarez, Emiliano Crosa Peñarol, Sergio Muñoz Miranda, Gustavo Larriera, Juan Arias, Juan Valdivieso, Julián Sosa, Marcos Alonso, Marcelino Champont, Lázaro Sosa, N. Artigas, Juan Vázquez, Jorge M. Haedo, Lincoln Smith, Francisco Machado, Eusebio Arnaez, Juan José Pelúa, Delfino Sosa, Gregorio Quevedo, Eulogio Morales, Félix Fernández, Inocencio Silva, Santiago Melgarejo, Julián Clavijo, Ramón Acosta, Benjamín Lacerna, Manuel García, Cándido Silva, Liberato Gómez, Luis Gustavo, Dalmacio González, Gabino Lozano, Pedro Benítez, Mauricio Martínez, Simón Flores, Cleofe Samí, Valeriano Sánchez, Belisario Estomba, Quintín Aparicio, Exequiel Bayares, Celestino Bayares, Telmo Hernández, Juan Avellanal, Alfredo Trujillo, Brígido Dorta, Eustaquio Ibarra, Dionisio Caucero, Prudencio Pérez, José Barreras, Eusebio Rodríguez, Teófilo Suárez, Antonio Caña, Ramón Santurio, Higinio Coelho, Ramón Feria, Adémar de los Santos, Pedro Dupré, Marcelino Miranda, Regino Miranda, N. Trías, Rafael Sosa, Antonio Rodríguez, Ramón Chaves, Benito Saldías, Olegario Nocetti, Gregorio Berdún, Evaristo Rozas, Inocencio Rojido, Francisco Varela Tejerías, José Del Pino, Martín Rodríguez, Eulogio Artigas, Juan Ramón Menchaca y Melchor Machado.

Muertos: Zarco, comandante Floro Sabatel, Juan Fernández, Arturo Ureta, Cuello, capitán Joaquín Sánchez, teniente Orestes Cibils, hermanos Pascual y Pedro Aquino, Alfredo Menchaca, Cirilo Aldama, Celestino Rodríguez, N. Arellano, Angel Aldama, Máximo Mendoza (a) *El Salado*, N. Legrand, José Lains, Antero Britos, Martín Rodríguez, Francisco Morales, Zoilo Garro,

Pedro Alvarez (a) *El Mellado*, N. Pérez, y dos más de nombres ignorados.

En total 100 heridos y 25 muertos. Las bajas sufridas por el adversario fueron iguales o mayores en cantidad aunque no en calidad, pues sólo quedaron muertos los oficiales de la Urbana Clodomiro Pérez y Justiniano González. Muniz en su parte confiesa 95 bajas.

El cuerpo de *Chiquito* Saravia fué recogido por un vecino piadoso, de nombre Amilivia, y enterrado en el cementerio de la familia, en Santa Clara de Olimar. Cuando aquel llorado caudillo murió, vestía pantalón y saco de casimir negro y botas de charol, llevando en el cinto 45 libras esterlinas.

Con la desaparición de *Chiquito* se extinguió una vida buena y una nueva memoria heroica se incorporó al libro de nuestras leyendas camperas.

La ruindad miserable de Idiarte Borda, que otra vez estorbó desde Montevideo los intentos caritativos de la Cruz Roja Oriental, puso en tristísima situación a los heridos del gobierno. ¡Incalificable enseguecimiento!

Al moverse, el general Saravia dió orden al comandante Juan Derquin o Alarquin de cubrir la retaguardia; pero este militar que, mitad prisionero mitad defeccionado, había sido espectador del combate, a pesar de órdenes reiteradas, cometió en un mismo día dos delitos, desertando con toda su gente rumbo a Artigas. De allí pasaría más tarde a la receptoría de Aceguá, donde abandonó a sus soldados internándose solo en el Brasil.

Caía la tarde cuando los revolucionarios cruzaron en el mayor orden las calles de Melo. Esa ciudad netamente nacionalista, había escuchado ansiosa los ecos lejanos de la fusilería. Terminado el sangriento conflicto, sus más distinguidas damas improvisaron alojamiento cómodo para todos los heridos. Muchos de los nuestros aprovecharon los auxilios de tan seductora caridad quedando allí bajo la salvaguardia femenina.

Del parte oficial pasado por Justino Muniz, arrancamos este párrafo indigno que denotaría en aquel jefe inaudita perversión moral; pero ese lote no puede cargarlo sobre sus solas espaldas quien no sabe leer ni escribir. Gruesa parte de esa vergüenza corresponde a los audaces que lo explotaron y lo explotan.

Dice así: «El aturdimiento del llamado "Generalísimo" revolucionario ha podido manifestarse con evidencia cuando llegó a Melo, anegado en lágrimas, sin duda porque el arrepentimiento acudió a su corazón y a su conciencia después de haber presenciado el resultado de los inmensos males que ha deparado al país y a sus conciudadanos en tan desastrosa como condenable empresa.»

Inicua mentira. Ni el miedo ni la visión del peligro empañan los ojos del noble Aparicio Saravia. ¡Arrepentimiento! ¿Puede sentirlo jamás quien tuvo el deber por estrella orientadora y por horizonte la felicidad de la patria? Es tan grotesco poner esa palabra en labios de Muniz como atribuir a un culpable convencido sentencias de cristiana rectitud.

Después de una marcha mesurada y tranquila, llega el ejército, el 21 por la tarde, a la cañada de los Burros, inmediata a la frontera. Desde allí se despachan con destino al Hospital de Cuchilla Seca, las carretas con los restantes heridos. Esa misma noche se reinterna en el país la columna y sale para el Brasil don Abdon Arózteguy. Las fuerzas de Aparicio se han reducido a 1.300 plazas. No poco contribuyen a esa disminución las circunstancias adversas del momento. Nada se sabe a ciencia cierta de Lamas; sólo se asegura que Escobar con 2.000 hombres avanza por el río Negro.

Ahí empieza a destacarse grande Saravia. Sin olvidar por un momento la persistente sonrisa burlona que ilumina su fisonomía, marcha siempre a la cabeza de la división.

Cuando alguno le observa que ahora son menos los voluntarios, exclama en voz bien alta, para que todos lo oigan:

—Pues, amigo, mejor es que se vayan. ¿No ve que el molle sin cáscara muestra más el corazón?

Y cuando mucho lo apuran haciendo un índice aplastador de los inmensos recursos oficiales y queriendo descifrar sus futuras intenciones, dice sin bajar en lo mínimo el tono de su palabra serena:

—Pronto nos encontraremos otra vez; y si para entonces faltan municiones los pelearemos a lanza y a cuchillo, como se hacía en otros tiempos; ¿o acaso ya ni para eso sirven los orientales?

¡Qué pasta de hombre! Sólo el coronel Lamas valía tanto como él. Se comprende que esas manifestaciones porfiadas de porfiada entereza, frente a un porvenir de concentradas oscuridades, hicieran flaquear a más de uno. A los cuatro días, Saravia estaba otra vez cerca de Muniz, que acampado desde el día de la pelea por las inmediaciones del Cerro Largo, se preocupaba de reunir sus muchos dispersos, ordenar sus castigadas falanges y obtener nuevas incorporaciones. Para afianzar nuestro aserto, recordaremos que la columna del coronel Lamas tuvo noticias del encuentro de Arbolito por desertores de Muniz, tomados a la altura del Cordobés, a muchas leguas de distancia.

Además, si como es notorio, agregándole la columna de Basilisio, que alcanzaba a 400 hombres, tenía entonces Muniz menos fuerzas que el día de la batalla, salta más evidente su pérdida de elementos.

Al conocer la atrevida aproximación que apuntamos, Justino juzgó prudente retroceder. Por lo que dice a Saravia, tuvo el 26 noticias del coronel Lamas, y en vez de iniciar por su cuenta hostilidades contra los gubernistas, buscó el fusionamiento con los amigos del sur. El relato de esa promisoria unificación de fuerzas sirvió de tema al último capítulo del anterior volumen.

Tomemos de nuevo como guía nuestro *Diario*, hilo de Ariadna en el desenvolvimiento de la enredada madeja revolucionaria.

APARICIO SARAVIA

Día 29, lunes. — El cielo encapotado, se rasga esa noche para refrescarnos con un aguacero que no nos mortifica tanto cuanto debiera, pues bien sabemos que favorecerá a los abatidos caballos.

Cerramos una marcha corta acampando por indicación personal de Saravia, en la costa del arroyo Fraile Muerto.

Por primera vez puedo ver a nuestro General, y aunque no le hablé, creí adivinar un fondo puro en aquellos ojos llenos de expresión, que chispean a cada frase.

Indudablemente Saravia es un hombre que se gana adhesiones sin mayor esfuerzo, y esto tiene importancia capital en un jefe de voluntarios.

De estatura regular, más bien alto que bajo; de facciones correctísimas, mostrando a cada retozo de risa una doble fila de dientes muy blancos; de pelo castaño que se conoce acostumbrado a las caricias del peine; de barba blanda dominada por el ejercicio de una mano fina; de frente espaciosa, con esas entradas laterales denotativas de cultura intelectual, raras en los hombres de campo, — posee el general revolucionario un físico realmente seductor que destaca en cualquier parte.

Pero todavía no sabía yo lo que supe después, cuando lo traté con estrecha familiaridad: que los ojos de Saravia, desbordantes de inteligencia y sentimientos buenos, acentúan el colorido de su conversación pintoresca agregando tonos de inimitable picardía a todas sus descripciones que teje y desarrolla con la mayor espontaneidad.

Algunas personas, en presencia de su retrato, suelen preguntarme si el General está en ellos parecido. Siempre contesto que no, a pesar de tratarse de inmejorables fotografías.

En efecto, yo no concibo al general Aparicio — como acostumbrábamos a llamarlo en el campamento, — sin su eterna y graciosa

sonrisa y sin el rostro iluminado por la luz atrayente que despiden sus pupilas.

El Saravia que nosotros hemos conocido, a ratos grave, a ratos juguetón, siempre amistoso, no se traslada al papel, porque como las flores indígenas que sólo se dan en las soledades agrestes, él sólo se exhibe como realmente es, en el fondo de nuestras quebradas, olvidando una jerarquía que le incomoda y firme ante las responsabilidades que le absorben.

Las prendas que viste el General son aparentes, y las lleva bien, con la elasticidad de una juventud que no abdica. Usa pantalón negro ajustado, saco del mismo color, sombrero de anchas alas que sostienen con orgullo una divisa famosa, cuyo barboquejo va puesto adelante o hacia atrás en consorcio con el pescuezo tostado; y oprime su pie, notablemente pequeño, con botas granaderas de charol que atraen la atención sobre un par de espuelas con cadena sencilla aunque de plata.

Su poncho a listas blancas y celestes antes de morir *Chiquito*, y teñido de negro desde entonces, es de seda con largos flecos y cubre con gallarda pereza su cuerpo, mientras una golilla también negra, le cae sobre las espaldas, prendida en sus extremos con un broche de oro compuesto de dos banderas orientales cruzadas.

Ahí está como creo verlo todavía, el guerrillero de empuje fantástico, el soldado sin mancha ni pecados, el hombre a quien el destino levanta — y él ayuda a su destino, — para lavar las heridas de la patria y restaurar el reinado de las instituciones.

Ahí está de cuerpo entero el mejor de nuestros paisanos, el preferido de los cariños nacionales a la par de Lamas, el bueno, el patriota, el noble, el generoso, el que sabe perdonar al vencido y burlar al vencedor, el que engendra singulares idolatrías camperas, el que salvó el honor de los orientales.

Ahí está sí Aparicio Saravia, caudillo de corte viejo por la ingenuidad de sus virtudes clásicas, aunque nuevo por la positiva cultura que lo caracteriza. Su poncho es una bandera, su divisa

una promesa de felicidad fraternal y su corazón un crisol donde se funden hermanadas todas las esencias honradas que caben en el alma del hombre.

Saravia que no conoce el miedo desprecia en silencio las ajenas cobardías, como aplaude en silencio las bravuras del compañero. Es incapaz de un acto cobarde, de una inclemencia estimulada por la pasión del instante. — En la Sierra de Sosa cuando un enemigo destroza la pierna del hijo querido con un disparo a boca de jarro, él castiga mortalmente aquella tremenda ofensiva; pero antes ha bajado su lanza filosa, al doblar a ese mismo adversario.

Saravia es respetuoso del derecho y amante de la justicia. Jamás arrebató un bien de otro ni obligó a nadie a seguirlo; en cambio, en el curso de la campaña se dió el gusto de quemar los postes de sus establecimientos de campo.

Saravia es un héroe con clarividencias de consumado general. En Cerros Blancos impuso con un avance de asombrosa temeridad al enemigo, y en Guaviyú — Diego Lamas lo ha dicho — afianzó él solo la causa revolucionaria.

Saravia es un gran patriota que quiere la guerra por la paz. Desde que fué posible una solución honrosa, él hizo todo lo posible por apresurar el cese de una lucha decretada por el deber austero, nunca por caprichos levantiscos de predominio.

Saravia es un ejemplo de humildad patricia. Sólo en la personalidad gigante de Artigas encuentra parecido la modestia espontánea de este brillante ciudadano que después de salvar a la República, se entrega con bríos de Cincinato a las tareas ganaderiles en el fondo de las selvas nuestras, sordo a los llamados insistentes de la vanidad y del país que lo aclama.

Ahí está ese gaucho de barbijo — así lo calificó don Máximo Tajes, en conversación sostenida con un repórter de diario bonaerense — que humillaría en siete meses de proezas a catorce generales gubernistas recamados de oro, sin exceptuar al mismo

Tajes, quien redondeó los fracasos oficiales con la estupenda concentración de Nico Pérez.

Por lo que respecta a sus esfuerzos y hazañas primeras, ya los hemos bosquejado en el anterior volumen al ocuparnos de la invasión de noviembre.

Un detalle gráfico. Esa tarde el general Saravia se acercó a nosotros para decirle al coronel Lamas, que él mismo le enlazaría una res. Esta ingenuidad de procederes en el jefe superior, en un hombre tan encumbrado por sus propios méritos, debía encantar a cualquier espíritu selecto.

Vino a mi imaginación entonces, una silueta que del bravo general Arenales, había leído en la Historia de San Martín, por don Bartolomé Mitre. Vuelto a la vida sedentaria he buscado ese retrato para ratificarme en el acierto de mi recuerdo.

Dice el referido autor, hablando del legendario vencedor de la Florida: «Bajo esta rústica corteza se escondía un alma ardiente, llena de bondad nativa, más apasionada por el deber que por la gloria, y que parecía buscar sus acres goces y encontrar su equilibrio en medio de los peligros y trabajos.»

Merece mencionarse la incorporación de un teniente de infantería del ejército alemán, llegado de Buenos Aires sin sufrir molestia, y también, que las noticias oficiales recogidas en los boletines del Gobierno permiten asegurar el mal resultado de la expedición del Uruguay.

UN CASTIGO SALUDABLE

Día 30, martes. — Dominado por ideas tristes me levanto y ensillo. Sé que el rostro del Coronel no refleja contento; sé que la división del General no representa lo mucho que todos esperábamos; sé que las municiones escasean, y adivino que integra-

mos la única fuerza respetable y en armas dentro del país. Ya mi espíritu desapasionado columbra marchito algún ensueño acariciado.

Lo que más puede preocuparnos es la falta de tiros; pero como nunca debe quebrarse el entusiasmo corporativo, simulo ciega confianza en el futuro y sólo me explayo en conversaciones amargas con mi probado amigo Luis Pastoriza.

Diré que ambas columnas se mueven en forma simultánea, pero muy separada una de otra. Así pues, no nos es posible estrechar la mano de los amigos compañeros.

Bajo lluvia avanzamos despacio y luego de despuntar la Laguna del Negro, hacemos un alto sobre el arroyo Conventos. A las cuatro reiniciamos la jornada, siguiendo, según se asegura, la huella de Muniz que no está lejos. Al poco rato se interrumpe la marcha para juzgar a cuatro soldados que acaban de asesinar a un infeliz pulpero para robarlo y embriagarse a discreción.

Sobre tablas se convoca a Consejo de coroneles. La condena no se hace esperar. Evidenciado el delito, pues los culpables visten prendas de su víctima — uno trae su camisa, otro guarda unos pesos arrebatados, otro luce un anillo — se les condena por unanimidad a la pena de muerte, en juicio breve y sumario.

El primero que da su voto en ese sentido es el coronel Núñez.

Aquella deliberación suprema tiene carácter imponente por su misma sencillez. Sentados sobre el pasto y en semicírculo, deciden los jefes en pocos minutos de la suerte de aquellos bandidos que, fuertemente atados de brazos y pies, yacen allí a la vista implorando gracia con gritos y sollozos.

Son los asesinos cuatro soldados brasileños, pertenecientes al escuadrón de Julio Barrios, quien tampoco vacila en condenarlos.

Uno de ellos se dirige a Saravia a cada momento, y solicita su perdón diciendo en lenguaje bastardo de brasileño y castellano:

—*General recuerde que eu tengo peleado muitas ocasiones a os ordenes de vosé.*

Ningún lamento retardará las sanciones de la ley.

El Coronel se pone de pie y cuadrándose militarmente proclama en voz alta la terrible sentencia.

Cuando los culpables se dan cuenta de que apenas tienen tiempo para ponerse bien con su Dios, estallan en gemidos y protestas. Se hace necesario subirlos a caballo para llevarlos hasta el sitio de la ejecución, que se elige en lo alto de una loma.

Manda el fusilamiento el mayor Rivero. Para hacerlo simultáneo, se destinan dieciséis tiradores colocados en grupos de a cuatro, a un paso del pecho de cada condenado.

Baja el oficial la espada y el moralizador designio se cumple.

Los cuatro reos caen pesadamente en tierra, tres de ellos muertos y uno, que aun está vivo, hace un esfuerzo agónico de rebeldía a su desgracia, y consigue arrodillarse. El tiro de gracia concluye con esa lúgubre escena.

Cito ese detalle de poca importancia para poner de relieve el fondo supersticioso de nuestros paisanos. En efecto, el duro de morir fué un morenito que resultó llevar una medalla religiosa pendiente del pescuezo. ¡No había más! — La virgen vino a prolongarle la existencia y a prestarle alivio en el último trance. Alrededor de este incidente oí bordar mil extraños aunque animados comentarios.

Con orden imperiosa de mirar hacia el punto de la ejecución, desfilan todas las divisiones por frente a los fusilados.

Al llegar la cabeza de nuestras fuerzas junto a ellos, el Coronel se quita el kepis y dice con acento firme, más o menos lo siguiente:

—Soldados: se acaba de fusilar a estos hombres reos de los delitos de asesinato y robo. Todos los que incurran en idéntico crimen tendrán idéntica pena.

Satisfecho el ejército de conocer tan justísimo castigo, contesta vivando al General, a la revolución del orden, a la patria, etc.

Ni siquiera se dió sepultura a los cuerpos. Los vecinos se encargaron de esa ingrata tarea.

La mencionada ejecución, hizo inmenso bien a la causa revolucionaria, pues llevó pleno conocimiento al ánimo del país entero, de nuestra conducta irreprochable.

Ni la guerra arrollaba ciertos diques que salvaguardan a la civilización. En nuestras filas sólo tenían cabida las inspiraciones honestas y los instintos humanitarios.

Tres jóvenes voluntarios llegados de Melo, nos brindan noticias circunstanciadas sobre la situación del enemigo. En la capital del departamento se nos espera con flores y no hay gente gubernista. Pero es indispensable concluir con Muniz a fin de quebrar este sólido apoyo de la corrupción en el este, y de ahí, que se resuelva no entrar en Melo.

Acampamos sobre las puntas del río Tacuarí.

LA VUELTA HACIA EL SUR

Día 31, miércoles. — La perspectiva de hostilizar a Muniz con éxito, se fortifica. Sin embargo, nada anuncia su proximidad inmediata.

Después de medio día echamos pie a tierra en la Cañada Grande.

Corridas varias horas de descanso, ensillamos al ponerse el sol. Siento mi espíritu deprimido y lo mismo ocurre con los compañeros que integran el pequeño grupo del Estado Mayor.

La infidelidad cívica del país entero concluye por extinguir nuestro caudal de disimulo, y en animada conversación, flagelamos al unísono — ciertamente con menos severidad de la merecida — el aplastamiento público, la degradación ciudadana, la indiferencia delincuente de muchos, las desvergonzadas abdicaciones de una generación de políticos.

El horizonte de nuestro pensamiento se presenta tan plomizo como el horizonte visual, perdiendo los ideales en tersura, cuando un detalle orientador que nos viene de la división del General que va a la vanguardia, nos entona. Muniz se retira en tropel, arrojando lanzas y dejando caballos cansados. ¡Cuánta falta nos hacía este guión activo!

En seguida celebran una conferencia breve el General, el Coronel y el Delegado, resolviendo el primero salir en persecusión resuelta del enemigo quedando nosotros a su espera. En consecuencia, se desprende llevando reforzada su división con la gente de los coroneles González y Díaz Olivera.

Nosotros acampamos en las inmediaciones del arroyo Guazunambí. Allí, tendido a la puerta de un humilde cementerio rural que añade solemnidad a aquellas desiertas soledades, queda muerto un compañero que fué herido en Tres Arboles.

La desaparición azarosa de este hermano de causa seguramente que lesiona algún afecto modesto, que vive en perpetuo insomnio, escondido dentro de algún pobre rancho, desde que empezó la guerra.

¿Llegará hasta esta hondonada, defendida a todos lados por contrafuertes de piedra tosca, el eco de cariños huérfanos?

Parece ello tan difícil cuando la mirada, ansiosa de ejercitarse, sólo tropieza con el manto azul del cielo infinito arriba y con las arrugas repetidas de una alfombra verde, abajo!

¡Y todos estamos expuestos a seguir suerte semejante!

Hagamos presente que el aniversario del Quebracho no pasa desapercibido. Han corrido once años y hoy, como en 1886, 1875, 1870 y 1868, todavía es indispensable alzarse en armas para reivindicar fueros y libertades proscritas. En el décimo primero aniversario de la injusta derrota quisiéramos poner marca de fuego al despotismo en constante retoñamiento.

Esa sería la mejor siempreviva puesta sobre la tumba tranquila de Teófilo Gil, Posadas, Forteza, Uran, Villar y demás compañeros de sacrificio.

LAS COLERAS DE NUÑEZ Y OTROS

Día 1º de abril, jueves. — Mucho llueve esa noche. Nada entristece tanto en campaña como estos aguaceros otoñales.

Temprano salimos tras el General.

Desde hace dos días nos hemos internado en una región del país poseedora de bellezas naturales no imaginadas por nosotros. Cruzamos entre fragosidades y sierras coronadas de rocas, a fuer de azahares, y empardecidas en su base por *chilcas* inmensas que ocultan a los jinetes.

El ganado que pasta en las atrevidas laderas así como las pocas viviendas de techos amarillos que asoman apenas entre los barrancos, semejan verrugas diminutas de un cráneo gigantesco!

Qué preferencias exquisitas ha tenido con nuestro país la naturaleza!

Y este rincón espléndido de vegetación lujuriante que no rechazara Suiza, esa paleta de paisajes, pasa completamente ignorada entre nosotros. Cuanta falta hace por este lado el riel civilizador.

En el trayecto encontramos más de un campamento que se adivina abandonado de prisa. A las dos de la tarde nos detenemos en el arroyo Otazo mientras la infantería muda de caballos, pues ha llegado un chasque del General advirtiendo que está sobre el enemigo y pidiendo nuestra reincorporación. Saravia nos lleva una delantera sostenida de dos leguas.

En esas circunstancias tiene su primer estallido un malestar lamentable que se viene dibujando desde Tres Arboles, o mejor dicho, desde la Isla. Nos referimos al cisma, ahondado día por día, entre el Jefe de Estado Mayor y el coronel Núñez.

Este último no le perdona su mando superior al primero, quien tuvo la habilidad de no exhibirlo jamás de manera innecesaria. En cualquier parte donde ellos se encontraran, y más que

en ninguna en un ejército, representarían estos dos hombres dos corrientes antagónicas.

Núñez acostumbrado a hacerse obedecer, aunque extranjero, por una provincia entera caracterizada por el temperamento tumultuario de sus hijos, no había nacido para ese relativo sedentarismo de las jornadas regulares. El quería los riesgos turbulentos; él deseaba señalar su paso dejando cauce, como las aguas que bajan al valle desde lo alto de la montaña atropellándolo todo y saltando por sobre todo.

Lamas no opinaba así; y además, cometió el error ilevantable, a juicio de algunos espíritus soberbios; inmensa virtud, según los criterios imparciales, — de imprimir rumbos con mano propia, sin sacrificar por un momento la independencia de su personalidad.

El coronel Núñez realizó su incorporación de mal talante y por motivos obligados que ya hemos estudiado.

Si hubiera muerto en Tres Arboles, desafiando con impavidez el peligro, se cava una tumba admirada, pero el capricho de las cosas quiso arrebatarnos en vez al irreprochable comandante Pons. Esta misma desgracia vino a acentuar más el tinte de relaciones ya acres. Rafael Pons era el jefe predilecto de los expedicionarios de la Isla, poseía un carácter de hierro, era hermano gemelo del valor, y estaba por consiguiente, en aptitud envidiable para combatir gérmenes funestos.

Después de la gran batalla, Núñez mezcló de altanería su humor hostil y es deber confesar que algunos de sus subalternos imprudentes, apasionados, lo acompañaron en tan agobiadoras responsabilidades.

A esas manifestaciones evidentes, a esos pujos de insubordinación, a la disputa miserable que se le hacía de sus legítimos laureles, contestó el coronel Lamas, tirando aquella Orden General de Salsipuedes, sobria y viril, pero que contiene un solo elogio culminante. Ese elogio fué todo para su implacable adversario el coronel Núñez.

En cuanto a éste, llevó en aumento sus cóleras sordas. Ya en el Consejo de jefes ridículamente provocado para juzgar al digno José González, estuvo de lado de la injusticia y por ende en oposición al Coronel y demás colegas.

Cuando nos tendimos en línea de batalla sobre el Tupambaé para ser revistados por el General, que no apareció, se desataron sus fastidios. Ya no hubo más? Como lo atestiguó después en su Manifiesto: «El general Saravia, sin prestigio militar en el ejército, poco simpático al Brasil, sin antecedentes ni títulos que justificasen su nombramiento de comandante en jefe, era incapaz de apreciar cuanto podían importarle las simpatías de los jefes y oficiales del ejército que mandaba, pues al incorporarse dejó formada nuestra división sin dignarse pasar revista, de manera que los oficiales y soldados no conocieron a su General.»

Tales afirmaciones y prejuicios empapados en pasión, denuncian el hervor de celos y rivalidades en constante efervescencia.

Sin embargo, es perfectamente cierto que Saravia no estuvo hábil al dejar sin revistar las tropas. Pero fuera de que esta omisión pudo obedecer a humildad de quien recibía un concurso con vida propia y victorioso, sabemos ya que el General estaba enfermo en esa oportunidad.

Quizá un exceso de sagaz delicadeza motivó esta aparente descortesía.

Continúa Núñez en su conato de justificación: «Nos obligó (Saravia) a emprender una marcha precipitada y excesiva, en medio de una lluvia torrencial, hasta Corrales, donde quedaron las infanterías a pie, con el pretexto de que había comprometido combate con el general Muniz, lo cual no era cierto. No era posible seguir en aquella forma al general Saravia, porque nuestra infantería, sin un caballo útil, tenía que marchar con lentitud.

Fué entonces cuando el doctor Terra me comunicó de orden del General que fuese mi división a la frontera para proteger las

incorporaciones que debían efectuarse y recibir el armamento, municiones y demás elementos que se nos enviaban.»

Aun en el caso de ser estéril la persecución a Muniz, nada extingue la grave falta de Núñez quien no tuvo reposo en entorpecer aquella empresa alegando la ausencia de caballos.

Admitimos como un hecho indiscutible la escasez de cabalgaduras. Pero precisamente recordamos que por esa fecha, el comandante Martirena, de opinión incontrastable en estos asuntos, afirmaba que la fuerza mejor montada era esa misma infantería que del día a la mañana resultó estar completamente a pie.

Bajo un diluvio de agua soportado con paciencia franciscana, esperamos por dos horas a que la división Núñez se apronte para continuar la jornada. A fin de facilitar esa operación, se dispone que cada soldado entregue un caballo de su reserva, exigencia cruel y casi injusta ésta que empieza por sancionar el coronel Lamas entregando el suyo.

—Cuando nos falten estos medios de conducción, exclama en voz alta, marcharemos a pie y cuando nos falten los pies marcharemos arrastrándonos.

Ya nuestro jefe veía venir la tormenta rebelde y se disponía a esperarla con ánimo sereno.

Al ponernos en movimiento siendo las tres, aparece a la retaguardia una pequeña partida amiga compuesta de once hombres, a cuyo frente ondea la bandera nacional.

En ese grupo que trae procedencia de Melo, forman el Agente Fiscal, doctor Moratorio y Palomeque, quien tan lindo papel haría en la campaña, y mi distinguido camarada Florencio Sánchez.

Esperando llegar de un momento a otro a los preliminares de un combate buscado por el General, avanzamos sin descansar hasta las diez de la noche, hora en que acampamos mojados y rendidos.

Sólo los más allegados al Coronel tenemos conocimiento de una funesta ocurrencia. Ya entrada la noche, el coronel Núñez ha

mandado parte al jefe de Estado Mayor de que él se queda con su gente por carecer de elementos de movilidad. Al siguiente día nos alcanzará.

Nada queda por hacer; la soldadura ficticia del Paso de Navarro acaba de romperse!

Esta actitud motinera de Núñez, no tiene atenuación posible ante el fuero militar, de su perfecto conocimiento.

Desde luego, era falso que su división estuviera imposibilitada de seguir adelante. ¿Qué dijeran en ese caso los demás voluntarios que no mudaban caballo desde el amanecer? La mentira no podía disimularse.

Por otra parte, la forma en que se produjo el hecho revistió caracteres ingratos. No fué una consulta respetuosa, fué una intimación seca la que se dirigió al Coronel, a pesar de haberlo ya sometido a la autoridad superior del general Saravia.

En último término, tan censurable defección se realizaba en vísperas de una pelea; en circunstancias de hallarnos empeñados en el coronamiento de un plan militar; aprovechando la peor de las coyunturas; cuando el choque inminente requería la más abundante concentración de elementos.

Así pues, el coronel Núñez no amengua sus responsabilidades calificando de manera deslucida los proyectos del General en Jefe porque, en determinados casos, las ordenanzas y el honor imponen al soldado la más absoluta obediencia; de lo contrario, puede suponérsele o agitado por timideces cobardes, o culpable de odiosas ambiciones. Lo primero nunca pudo decirse de Núñez; el lector responderá si le cupo alguna vez la segunda designación.

Nos hemos detenido en la estancia de Basilisio Saravia, a pocas cuadras de las fuerzas del General, cuyos fogones brillan con infinita tristeza y semejan antorchas infernales envueltos como están por las gasas de profundas tinieblas.

El comandante Abel Sierra nos informa de la proximidad del enemigo. Muniz, tan encarnizadamente perseguido y mal montado,

va en decidida desmoralización devorando ansioso las distancias, sin carnear ni dormir.

En cuanto a nosotros, nos tiramos sobre el suelo que brota agua, invadidos por una fatiga irresistible que nos vence con la rapidez de un narcótico. Interrumpe la fiebre de nuestro sueño, un ruido atronador que viene del fondo de la oscuridad y que parece avanzar hacia esta parte del campamento. Nos levantamos como movidos por un resorte; pero antes de que nos sea posible orientar el pensamiento, pasa cerca, casi junto a nosotros, un tropel avasallador que parece llevar el vértigo de las furias.

Se trata de una disparada de tropillas. Ya la vida vuelve por instantes a las filas; ya unos silban para tranquilizar a los espantados animales; ya otros levantan en alto tizones encendidos; ya aquí y allá se contesta con gritos, corridas y exclamaciones camperas, al estrépito único que engendra la alianza de los relinchos salvajes con el galope despavorido, — cuando el peligro ha pasado.

Aquel trueno de tormenta se pierde con los ecos y pronto nada queda: ni rastro, ni amenaza, ni apariencia de ese rugido feroz de los instintos desenfrenados.

Volvemos a caer sobre el recado, doblados por el abatimiento físico, sin ocurrírsenos pensar en el estrecho riesgo que acaba de golpearnos en el hombro. Sólo queremos dormir y dormir.

LA INTRIGA DE CORRALES

Día 2, viernes. — Vistas las dificultades que median para seguirlo en su tenaz empeño, resuelve el General continuar solo la persecución. He ahí a los dos caudillos ensañados y rivalizando en habilidades y estratagemas nativas.

Esta reacción de Saravia convertido de factor pasivo en ofensor, denota el resultado efímero de la batalla del Arbolito.

Muniz en sus partes da por deshecho al General. Atribuyendo

al enemigo mil hombres, confiesa haber peleado, en aquel sangriento choque, a la cabeza de mil cuatrocientas plazas, y para concluir dice en un telegrama dirigido a Idiarte Borda: «Creo que me será muy fácil hacer emigrar al enemigo que en este momento (5 p. m.) marcha a refugiarse en la ciudad de Melo.» Con idéntica fecha Alsina Alvarez, obsecuente brazo del despotismo en Yaguarón, comunica a su señor: «que Saravia llega a los potreros de Ana Correa con poco más de trescientos hombres.» Pues bien, apenas corren diez días, ese derrotado, ese padre de infortunios a quien dan fugitivo por la frontera, aparece hostilizando a su contricante de la víspera y lo obliga a una retirada con todos los visos de un desastre, a pesar de estar ya incorporado a la división Treinta y Tres que asciende a varios cientos de hombres.

¿Hubiera sido factible esta genial hazaña de Saravia a poseer carácter de certidumbre el cacareado contraste del Arbolito? Y no olvidemos que Muniz, a diferencia de los demás generales bordistas, gozaba de condiciones indiscutibles.

Dejemos para después el seguimiento de Saravia y el juicio de esta jornada.

Pasamos el día acampados en la propiedad del hermano del General, repetando cuidadosamente los intereses del jefe adversario. En las casas nos aseguran que al pasar por allí, Basilisio estuvo solo y reconcentrado llorando la muerte de *Chiquito*. Va licenciando su división.

Se nos reincorpora la división Núñez.

El incidente producido alrededor de la persona de José González, resuelto como fué adversamente a los deseos del Delegado que propuso cercenarle cien hombres de su columna, vino a enfriar las relaciones sostenidas por éste con el Jefe de Estado Mayor.

Sin embargo, la conducta del Coronel había sido irreprochable. Desde entonces se acentuó en el doctor Terra el deseo de dividir en dos fracciones el grueso del Ejército; una de las cuales, a

las órdenes de José Núñez, tomaría cuenta del norte de la República repartiendo así la atención de las tropas pretorianas.

Núñez aceptaba con agrado este segregamiento que le prestaría autoridad soberana. Su afán consistía en aumentar el número de subalternos; y el Delegado, que decía contar con importantes vinculaciones en la inmediata provincia brasileña, le había asegurado, según lo expone en su Manifiesto: «que era seguro que en Yaguarón obtendría municiones y recursos suficientes para formar un buen ejército.»

¿Acaso cabía pretender nada más ventajoso y promisorio que todo esto que cerraba una tutela insoportable y abría una deslumbradora emancipación?

Así fué en efecto, Núñez se apartó radiante de contesto y no sólo a él prestó caricias ese singular alborozo.

Después, cuando sus proyectos personalísimos cayeron esterilizados por la crudeza de una realidad avasalladora, no vaciló en atribuir al general Saravia, inocente de toda intervención en tal intriga, la iniciativa de «aquella disparatada orden.»

El mismo Núñez así calificó después su apartamiento.

Veamos ahora, qué lógica calza esta última imputación.

El doctor Terra, luego de conferenciar con el Coronel proponiéndole muy probablemente el plan bosquejado, —decidió marchar seguido de una pequeña escolta, en procura del general Saravia. Sólo bajo su consentimiento aceptaba Lamas la mutilación propuesta.

A todo esto, Aparicio entusiasmado, incansable y brioso, ya iba muy lejos de nosotros. Recién a una legua al norte del pueblo de Treinta y Tres fué posible darle alcance.

El doctor Terra había partido al amanecer. Al caer la tarde retornó habiendo hecho una jornada redonda de quince leguas y trayendo, según lo expresó, el solicitado consentimiento del superior.

Día 3, sábado. — A la espera de la solución se traslada el campamento a una legua de distancia sobre la costa del arroyo Corrales.

Recuerdo que en la noche anterior habíamos estado leyendo en círculo con el Coronel, unos versos de subido decadentismo pero hermosísimos como todas las creaciones de la fantasía oriental de Rubén Darío. En una de sus producciones más brillantes, compara el genial poeta al mundo con un dilatado desierto cuyas arenas calcinadas cruzan en sucesión constante las sociedades. En esas caravanas van mezclados los humildes y los potentados de la tierra; éstos, llevan consigo graciosos pomos de perfumes embriagadores, cajas de plata, óleos que enamoran; mientras aquéllos agobian sus espaldas con el peso de burdas cargas.

Tiene algún interés el tejido de esta reminiscencia.

Resuelta la separación del coronel Núñez, sólo falta efectuarla cuanto antes. Todos la quieren; unos, movidos por oscuras impaciencias, otros, por odio a las combinaciones tortuosas.

El jefe de la división número 2 dialoga brevemente con el Coronel en presencia del doctor Terra. Es que se imparten las últimas disposiciones. El clarín ordena a ensillar.

Yo me encuentro en una verdadera encrucijada, pues si mi deber de subordinado me impone acompañar al Delegado hacia el norte, mi corazón, que está con los amigos del Estado Mayor, se rebela contra ese alejamiento.

No sé si el instinto me murmuró entonces que corríamos a una aventura y si comprendí que estaba expuesto a rodar envuelto en las vergüenzas de un desastre, siempre difíciles de eludir. Pero el cariño sincero que ya profesaba al Coronel me llevó a señalarle mi situación y a pedirle me permitiera acompañarle hacia el sur.

—No; usted debe marchar con el señor Delegado, me contestó, y su voz tenía inflexiones de verdadera tristeza. Yo quiero — dijo en seguida — que su padre tenga mañana un testimonio insospechable de lo que ha ocurrido.

Aquella calma fría que sudaba el amargor de intensas desilusiones me afligió hondamente, porque nosotros los muchachos estábamos en todos los antecedentes del dislocamiento.

—Pero Coronel, replicamos con briosidad temblorosa, usted no puede ir al sacrificio sin intentar una resistencia. ¿Por qué no manda prender a Núñez? Mire Coronel que en ciertos casos, los hombres, no se justifican ante el concepto histórico cruzándose de brazos para mirar el curso de la corriente. Usted bien sabe que al general Arredondo no le ha bastado el argumento de notorias maquinaciones preparadas para explicar la entrega del mando que hizo al general Castro.

El Coronel me contestó:

—¿Se acuerda Herrera de la poesía que leíamos anoche? Pues es cierto; en el mundo unos llevan el fardo de sus dolores y otros el de sus alegrías.

Yo soy de los primeros. Alguna bala bordista pondrá término a todo esto.

Con la garganta anudada, sin poder articular una palabra más, me aparté de allí. ¡Fuera lo que la suerte quisiera!

Traslado al papel esa conversación íntima y exacta porque en sus respuestas se trasluce el carácter que presidió a la separación de Corrales.

Fué este el único minuto de no disimulado desaliento que conocí durante toda la campaña al coronel Lamas. Y ahora que el tiempo, alejándonos lo bastante de aquellos sucesos, permite abrazarlos en una apreciación juiciosa, me lo explico y muy mucho. Nuestro jefe, soldado de la idea y del deber, se había resistido hasta entonces a tomar en serio las intrigas tenebrosas que flotaban alrededor de su personalidad.

Ciertamente que no armonizaban estas falsías con el tono definido de sus convicciones morales.

Tan fuerte de espíritu como de corazón, él despreció en un principio aquellos manejos sin origen, y sin embargo, aquellos manejos sin origen actuando con la tenacidad diabólica que da el interés malsano, habían de conducirlo a una tremenda alternativa: o ahogaba en sangre inocente los gérmenes de anarquía, o acep-

taba su destino pagando el beso Iscariote con una abnegación.

Y Diego Lamas no perdió un instante en elegir una actitud cuando circunstancias fatales lo colocaron frente a esas dos interrogaciones oscuras.

Sin vacilaciones optó por la última pidiendo para sí los favores fríos de la desgracia.

Ni la sombra de un reproche brotó entonces de sus labios; y nosotros bien sabemos cuántos motivos hubo para usar de la fulminación y del apóstrofe.

Tal vez nuestro insigne jefe vió mucho más allá que quienes lo rodeaban en aquella dura ocasión. Tal vez él tuvo la certidumbre de un futuro justiciero y emplazó, dentro de su conciencia, para después, a los autores de este verdadero motín.

Si así rodaron las impresiones en lo íntimo de su ser, ellas fueron proféticas: a los quince días escasos, la víctima concurría en forma brillante al triunfo estratégico de Cerro Colorado y los victimarios cerraban con una disolución vergonzosa el reinado de sus audacias.

Encuentro material abundante para llenar otra página de honor en este momento histórico del Coronel.

Victorioso, cubierto de gloria ya deslumbrante, contando con la adhesión decidida de la casi totalidad de las tropas, él pudo hacerse fuerte contra el avance desquiciador, modificando con un simple golpe de mando, el desarrollo de los sucesos. Con el ejercicio de esas energías en la represión habría recuperado, en el peor de los casos, un saldo semiperdido, pero también prestaba pie a las calumnias hirientes del despecho.

La perspectiva de saberse expuesto a las imputaciones odiosas de los castigados en sus planes turbulentos debía alarmar a quien hiciera una religión del desinterés y un altar de su persona.

¡Extraordinario ejemplo de conformidad patriótica, desconocido en nuestros servicios militares, el que ofrece el coronel Lamas cuando esta separación del arroyo Corrales!

Allí quedó escrito el testimonio de un desprendimiento admirable y de una voluntad más avasalladora que el instinto.

Trazo estos rasgos descoloridos, que retratan mal, memorias engarzadas con brío en mi pensamiento, y una reminiscencia que el lector conceptuará exagerada pero que pertenece a la misma familia de resoluciones abnegadas, pugna impaciente por adueñarse de mi pluma. Seamos pues francos y confesemos en nuestra ignorancia que la retirada de San Martín del Perú obedeciendo a altísimas impulsiones morales, cuando el poder lo llama, tiene, a nuestro pobre juicio, descendencia legítima, uno de tantos retoños humildes pero igualmente santificados, en el hecho local que sirve de tema a estos comentarios.

Poco o nada cuesta ser digno y generoso en los días diáfanos. Menos fácil es conservarse altruísta en las circunstancias heladas.

Quien cae envuelto en túnica de estoicismos y de integridades teniendo a la mano el triunfo de la justicia escarnecida por la pasión mezquina; quien acepta como Cristo la corona de espinas sin exhalar quejas y con la resignación de un iluminado, toca entonces la cumbre y gana el elogio más grande de la historia.

En Punta Lara conocimos un carácter; un vencedor magnánimo en Tres Arboles; ahora tropezamos en Corrales con la estampa de un apóstol que nunca negará al maestro.

El Delegado ha traído un carro conteniendo 50 lanzas y otros tantos fusiles abandonados por Muniz.

Esa tarde, a las tres y media, nos separamos los compañeros de tantos días recios.

Nos despedimos con lágrimas del Coronel, de Pastoriza, Doll, Quintana, Cabrera, Martínez y Rosselló. Ellos se dividen el lote de nuestros mejores afectos y no me avergüenzo de testimoniarles así el intenso cariño que les profeso.

Solo me encuentro en un medio extraño casi. Invade mi espíritu el presentimiento de que no volveré a estrechar jamás las manos de esos amigos excelentes.

Sin dar vuelta la cara, nos alejamos de los que quedan. Todo este acto con perfiles de drama reviste exterior repulsivo.

En efecto, el Jefe de Estado Mayor sólo dispone de las fuerzas de Marín y del escuadrón del comandante Gil, total 150 hombres, para internarse en el país por zonas desconocidas que el enemigo domina y buscar la incorporación ya incierta con el general Saravia.

En cuanto a nuestra columna, ha sido reforzada con la gente del coronel Batista, comandante Martirena, coronel Orgaz y Pampillón. Alrededor de 750 hombres. Preciosa linfa esa que absorberán, casi en absoluto las quemantes arenas del camino.

Nuestro nuevo jefe no disimula su júbilo. Parece forzar la marcha como si lo apurara el afán inquieto de poner muchos llanos y cuchillas entre él y sus antiguos aliados.

A las tres leguas acampamos.

Muy a retaguardia quedan abrazados por la oscuridad de lo incierto y del peligro, Saravia y Lamas que encarnan las entrañas mismas de la revolución. A nosotros sólo el abismo nos espera.

Sucesos posteriores y muy inmediatos acreditaron que el seccionamiento de Corrales fué un lamentable error, si decretado por la sinceridad; y una culpa imperdonable, si hijo del engaño y de la perfidia.

Por eso no debe sorprendernos que todas las unidades principales interventoras en este asunto, se hayan apresurado a declinar responsabilidades.

Ni sabríamos ni queremos hacer el deslinde de tantos reproches como surgen en este momento negro de la elaboración reinvindicadora.

Pero encarando aquellas desgraciadas ocurrencias con espíritu sereno, podemos preparar desde ya el asiento de verdades afianzadas con el análisis desnudo de las opiniones orales y escritas vertidas alrededor de ese nudo tormentoso.

Exponía el coronel Lamas, cuando se le interrogaba familiar-

mente al respecto, que él sólo aceptó las proposiciones de separación presentadas con entusiasmo por el doctor Terra. Dos causas, a cual más eficiente, lo empujaron en ese sentido. En primer término, la subordinación al Delegado, exigida por las instrucciones del Comité para el bosquejo de planes militares. En segunda línea, el convencimiento que abrigaba de estar perdida desde hacía mucho tiempo la columna de la Isla trabajada por el virus de inquietudes disolventes.

En un reportaje hecho al Delegado que por ahí corre, afirma éste haberse acordado la separación de Núñez en Consejo General de Guerra antes de la incorporación a Saravia, siendo ratificada después por el coronel Lamas y por Saravia. En cuanto a esa asamblea de jefes que se menciona nunca tuvimos noticias de su celebración.

Por su parte, el General revolucionario más de una vez hizo presente en las conversaciones regulares que si él accedió al apartamiento de Núñez fué simplemente porque el Delegado le dijo que el Jefe de Estado Mayor asentía a tal determinación por considerarla oportuna. Aceptó lo hecho porque ya estaba hecho.

—¿No quieren venir, exclamó? Pues que se queden!

El doctor Terra le inculpa a Saravia que no se haya detenido un instante para conferenciar con él respecto a la resolución que se gestionaba.

A pesar de anunciarle por un chasque su proximidad, no tuvo la deferencia de esperarle; y cuando lo alcanzó dijo que aprobaba el plan proyectado sin moderar siquiera la marcha de su caballo.

Quizás el General, dotado de extraordinaria perspicacia, hacía suyo el segundo argumento aducido por el Coronel para explicar su acatamiento a la mutilación.

Porque, estudiado en teoría este desgaje sin tomar en cuenta circunstancias anormales ni prestar reverencia a amenazadoras tendencias levantiscas, no habría razones bastante poderosas para fundarlo.

Todo invitaba sí a una acción contraria; a condensar elementos y completar escuadrones.

Precisamente entonces el gobierno ardiendo de despecho por la derrota de Tres Arboles, ponía en tensión extrema sus recursos guerreros. La causa redentora estaba obligada a contestar con una integración semejante. Era incurrir en los lujos sin base de la miseria, pretender dar pie a dos cuerpos de ejército cuando apenas se contaba con material para uno.

Además, la infantería representaba el nervio del arranque por su calidad, por los laureles ganados y por disponer de la menos mendicante dotación de municiones.

El desarrollo de los acontecimientos dirá si nos asiste fundamento legítimo para opinar así: ¡Cuánto pudo haberse obtenido en Cerro Colorado con la división de Núñez!

Apartado quien estas líneas escribe, del núcleo revolucionario principal, por supuesto que el *Diario* no responde desde este momento hasta la nueva reincorporación de Caraguatá, al movimiento de la cabeza. Pero poseyendo el relato detenido de nuestra odisea hasta Artigas, tan revestida de interés y tan ignorada en su verdadera arista, consideramos inopinado abrir una incongruencia a nuestra exposición interrumpiendo el tributo exacto de las libretas.

En seguida de concluir con la penosa tarea de amortajar bastardías, volveremos junto a los jefes de la cruzada.

Dejemos pues a Saravia y a Lamas acercarse audazmente hasta veinte leguas de Montevideo para burlar al bordismo acoquinado, y sigamos la marcha azarosa de la división número 2.

Día 4, domingo. — Antes de amanecer se toca una diana interminable. Parecería que de ese modo se festejaba la triste calaverada.

Nos ponemos en marcha bajo agua. Poco después entramos al pueblo del Parado que justifica su nombre por el evidente atraso que lo aplasta.

Como todos los villorios del interior vegeta agobiado por el aliento mediterráneo.

Sin embargo, allí experimenté la indecible satisfacción de almorzar sentado a la mesa de una mala fonda cuyo mantel floreado de manchas de grasa y gotas de vino falsificado, se me figuró de nevada blancura.

Soportando las molestias consiguientes a una lluvia copiosísima, pasamos esa noche acampados sobre el arroyo Parado. Ya se han enviado comisiones a recoger caballada por el Olimar, donde las anuncian buenas.

A LA PERDICION

Día 5, lunes. — Marchamos sin descanso durante todo el día. Melo representará un paréntesis puesta a penurias acumuladas y esta perspectiva nos fascina. Núñez es un hombre de hierro. No bien monta a caballo cuando ya inicia un movimiento acompasado y constante de sus piernas que golpeando los flancos del animal lo mantienen siempre vivo. El no se preocupa de la suerte de los rezagados. ¡Ya se incorporarán ellos sin mayor dificultad!

Conservando una relativa ventaja sobre la cabecera de la columna, él avanza sin pestañear, sin formular una queja, ni vertir un concepto. Creyérase que el tiempo lo corre. Sólo vuelve la cara y dirige una interpelación iracunda que abona con el fluido magnético de sus miradas, cuando ve llegar a algún soldado u oficial a las viviendas inmediatas al camino en demanda de agua o pidiendo un resto de galleta.

En el trayecto se nos anuncia la incorporación de fuerzas amigas. A las siete de la tarde acampamos sobre el arroyo Laureles, corriente de agua caprichosa rodeada de espesos montes. Entrada la noche se avisa de la vanguardia que a poca distancia está acampado el comandante Borches en com-

pañía de otros jefes. Buen gorro de dormir nos presta esta noticia.

Día 6, martes. — Temprano ensillamos. Pronto se nos agrega el comandante Amorín con 50 hombres, en su mayoría desarmados, y el citado comandante Alejandro Borches, con 132 en condición bélica igualmente precaria. Ambos a las órdenes superiores del prestigioso veterano coronel don Fortunato Jara.

Entre los subalternos del primero encuentro a mis camaradas de aula Ernesto F. Pérez y Mario Barrios, ganosos ambos de servir a la patria en el terreno áspero de la realidad guerrera.

Unidas las fuerzas quedan acampadas a dos leguas de Melo. El Delegado acompañado de la escolta marcha a la ciudad.

Nunca acariciaré con más amor el radio de una población. Melo era para nosotros un pequeño París, donde encontrarían cumplido agasajo todos los ensueños del voluntario que se resumen alrededor de cuatro bondades domésticas.

Se nos brinda alojamiento que aceptamos, en casa de la entusiasta familia de Isasa. Los momentos que allí pasé fueron realmente amables.

Por disposición del Delegado procedo a redactar una hoja impresa que informa al vecindario de las últimas noticias de la guerra, y preparo el primer número de un periódico que titulé *La Revolución Oriental*, cuya dirección pertenecerá «a quien mejor abogue por la felicidad de la República» siendo sus redactores: «todos los buenos ciudadanos.»

Cuando entró en la capital de Cerro Largo el ejército de Arribio este jefe encargó de la publicación de una hoja volante adversa, al teniente Enrique Patiño. Así lo hizo el nombrado editando *El Partido Colorado*. Lamentamos no haber podido conseguir un solo ejemplar de *La Revolución Oriental*, para hacer un paralelo, con transcripciones fieles, entre la cultura y el ideal de los unos y el ideal y la cultura de los otros. Ningún insulto, ni crudo vituperio se estampaba en este impreso: los perseguidos, los ilotas

en su tierra, exigían igualdad de derechos y política de verdadera concordia sin ofender en su lenguaje amores comparativos.

En cambio, así hablaban los miembros de una clase rigurosa: «Robo, asalto, saqueo, degüello, he ahí sintentizadas en cuatro palabras todas las conclusiones del sistema (nuestro partido). ¡Atrás los fanáticos impostores que usan la perfidia como regulador de sus actos!

¡Atrás! Pronto concluirá todo. La canalla no combate al caballero.» (Número del 17 de abril de 1897.)

Escribía semejantes guarangadas y brutalidades, que bastan para hundir cualquier valimiento, el oficial de preparación más conceptuada en las filas de Arribio. ¡Qué amargo fracaso!

Por lo demás, esos señores que nos llamaban *canalla* regalándose generosamente a la vez el título de *caballeros*, con lo que hacían olvido del sabio precepto grabado en el pórtico del templo de Delfos, fueron los mismos que amojonaron su pasaje por los campos con atentados sin nombre; y fueron los mismos que eludieron siempre la perspectiva del combate al punto de no presentar pelea en todo el curso de la campaña.

Visitamos al prelado Isasa, para solicitar de él que accediera, como pastor de la humana grey extraño a sus diferencias y apasionamientos, — a decir al siguiente día una misa en homenaje a los muertos de los vencedores y vencidos en los diversos combates. Esos eran los «fanáticos» tildados por la pluma cuartelera de Patiño!

En un principio acepta el obispo tan piadoso cumplimiento; pero luego se excusa de llenarlo, por considerarse funcionario público a sueldo de Idiarte Borda y estar por consecuencia inhibido de entrar en contagios herejes con los revolucionarios.

No importa, el señor cura párroco lo reemplazará con igual éxito, pues las plegarias no requieren patente para ser sentidas.

Visito la casa solariega de los Muñoz animado del deseo de conocer al general de este apellido, reliquia de las décadas glorio-

sas. La enfermedad que lo mantenía postrado y que lo conduciría en breves días al sepulcro, me priva de ese placer. En cambio, me encuentro con tres valientes heridos en el Arbolito.

Me descubro con respeto en su presencia. Es uno, el comandante Nicolás Botana, tipo interesante y de acentuadas facciones árabes, que no desdice de la proverbial decisión de los suyos. Es el segundo, un teniente llamado Emiliano Crosa Peñarol. Estos dos amigos formarían de nuevo, una vez curados, en las filas revolucionarias. Bastantes testimonios de afecto me dispensaron después cuando compartimos veladas precarias.

En el tercer herido difícilmente reconocí a Rómulo Muñoz mi compañero de bancos universitarios. La fatalidad quiso desafiar la robusta juventud de este ciudadano viril permitiendo que fuera picoteado por una diabólica bala de máuser, de manera inesperada. Junto al lecho donde yace se desvive la autora de sus días que ya se ha olvidado de descansar y de ser feliz.

Y como si ella no hubiera depuesto bastantes ofrendas en el altar del sacrificio entregando al dolor pedazos de su corazón amantísimo, su esposo, el bravo comandante Juan José Muñoz, milita en las filas de los combatientes.

¡Ah, la guerra! Malditos sean una y mil veces los malos gobernantes que la provocan.

EN ARTIGAS

Día 7, miércoles. — He dormido como un rey. Llegan noticias de que Artigas está en poder de elementos nuestros. Aprovechando los pocos recursos que con las formalidades de estilo ha sido posible recoger de algunas oficinas públicas, se procede a la compra de ropa y provisiones de primera necesidad para los soldados, casi desnudos y con el invierno a las puertas.

Se celebra la misa anunciada. A ella concurren todas las

damas melenses. ¿Qué mujer puede negarse a elevar un ruego fervoroso por la concordia de los orientales? Este guión de esplendente tolerancia en el punto álgido de la lucha, culmina los prestigios revolucionarios.

Nos visita el señor Pellicer, corresponsal de *La Nación* bonaerense. Me pide el texto deslustrado de mis apuntes íntimos para tomar algunas anotaciones y se lo entrego bajo palabra de honor de que sólo usará de los datos pertinentes a su tema, sin perjuicio de nuestro interés.

Nos ha precedido en nuestra entrada a Melo un grupo de médicos y practicantes gubernistas que integran la Comisión de Sanidad Militar.

Los encabeza el doctor Eduardo Martínez, cirujano mayor del ejército bordista, y vienen buscando la incorporación de sus batallones.

Sorprendidos por nuestra inusitada presencia se convierten ellos, por horas, en calurosos adalides de la humanitaria Cruz Roja. Por lo menos se disfrazan con sus insignias. Para evidenciar otra vez la liberalidad de los procedimientos revolucionarios, diremos que ninguna providencia se adoptó contra esos señores — que podían ser mensajeros — perfectamente asimilables a la condición de enemigos.

Cuando menos lo imaginábamos recibimos orden de marcha siendo las cuatro p. m. ¿A qué se debió esta disposición? A la extrema nerviosidad del comandante Borches que anunció la inmediata aproximación de las avanzadas del general Santos Arribio, quien se movía para acá del arroyo Conventos en nuestra procura, heredero de los cinco mil soldados y de las doce piezas de artillería de don Juan José Díaz y también de su increíble torpeza militar.

Con evidente pesar se divulga nuestra partida. A media legua de la ciudad se nos agrega la columna. La noche muy oscura no permite avanzar; en consecuencia acampamos a dos leguas, dentro del límite de las chacras.

En esta fecha mi pensamiento abraza a mi madre que cumple años.

¡En qué circunstancias tan tristes!

Día 8, jueves. — Al salir el sol proseguimos la marcha. Oigo decir que vamos hacia Artigas. Si mirara un mapa sabría que esto significaba suicidarse.

Antes de las diez pasamos el Chuy por un puente de llamativa solidez. Me extraña que esa obra pueda pertenecer a las administraciones últimas y pregunto, para salir de dudas, en qué época fué construído. Hace cuarenta años, se me contesta. ¡Ya me lo imaginaba!

Terminamos la jornada corta de ese día acampando en la costa del arroyo Malo. Pareciera que nos siguen nubes de aguas diluviales. Esa noche se desata una tormenta que prolóngase hasta el amanecer. Gracias a las carpas de Muniz, tomadas en Melo, me veo libre de humedades por primera vez. ¡Qué dicha poder escuchar el ruido que producen las aguas cuando azotan la lona estirada de nuestros refugios!

Día 9, viernes. — Recién a medio día emprendemos marcha, pues se impone secar antes las prendas. Al iniciar el movimiento llega Antonio Paseyro con procedencia de Artigas, a donde fuera despachado en comisión.

Trae comunicaciones de Velásquez. Después supe que en ellas se aconsejaba a nuestros jefes cualquier plan menos el acuartelamiento en aquel paraje. Engolfados allí, sólo restaba a Arribio cerrar la bolsa. Y a fe que no le escaseaba gente y recursos para hacerlo así.

El estado de la caballada es alarmante. Nos detenemos sobre el arroyo Saldanha. Amenaza un fuerte chaparrón. ¡Si sólo fuera eso!

Empieza a llover de manera interminable como si el cielo se desplomara quebrado por algún gran dolor.

Día 10, sábado. — El agua continúa. Pasamos el día comiendo

tortas fritas, ese lujo sencillo de las sanas costumbres camperas. Así suplíamos con verdadera alegría las lloradas ausencias del «Jockey Club».

Cuando una situación irremediable obliga a encogerse, y se tocan las rodillas, y las personas se apiñan, nacen amistades y conversaciones con interlocutores inesperados.

Ahora que todo pasó, yo agradezco aquellos ratos de sociabilidad forzada bajo la protección de un alero inválido, que me permitieron tratar por un día y con intimidad al coronel José Núñez.

Poseía este jefe inteligencia natural que él se apresuró a cultivar en sus entreactos de vida tranquila que fueron pocos y cortos.

Recuerdo que en esa oportunidad hablamos de las luchas viejas; que me dió un juicio nítido sobre el general Paz; que expuso con entera lógica el colorido de sus ideas políticas de corte federal ultra.

Apreciando las riquísimas exuberancias de nuestro país, hizo un cuento oportuno, de acertado simbolismo, que no sé si perteneció a su propia cosecha.

—Vea, decía, Dios creó primero al Brasil y a la Argentina, dos colosos que tienen la tiesura de los atletas; dos naciones de producción grande, de territorio grande, grandes en todo hasta en su representación del poder absoluto la una, y en su reflejo del poder liberal la otra.

Cuando el autor de todas las cosas sometió su obra al juicio de terceros, en el dominio celestial, algún ocurrente encontró pesados, deslucidos y demasiado corpulentos a esos dos Goliats convertidos en hermanos siameses. Era necesario interlinear tal redacción geográfica.

Para tal efecto concibió el buen Dios la feliz idea de crear un nuevo país intermediario entre los anteriores. Entonces, al golpe mágico de su capricho, nació la República Oriental colmada de dones, rebosante de gracias, dueña de bellezas no igualadas.

Esta distinción irritó a la Argentina y al Brasil. Ellos no podían tolerar esa preferencia. La vista de aquel joyel les hacía mal.

Entonces Dios, no pudiendo volver atrás de sus designios perfectos, amansó esas iras, moderó tales celos, creando a los orientales.

Desde ese mismo momento la República que debiera ser sitio de efusiones paradisíacas, se convirtió en una sucursal del infierno. Los orientales se encargaron de negarle sus títulos y de desgarrarle el pecho. Y, como usted ve, todavía continuamos empeñados en esta empresa, decía el coronel Núñez para poner punto final a su relato.

—La culpa no es nuestra, contestamos con vivacidad convencida.

Aquel hombre con su eterna risita nerviosa, encendía simpatías, aunque de índole poco holgada. Sin embargo, tratándole así, en circunstancias familiares, mejoré de opinión a su respecto.

Cae la noche y aquellas blondas de agua no se descorren.

Día 11, domingo — Amanece como ha anochecido, ¿Pero los depósitos de arriba no se agotan? ¡Pobres soldados! De cualquier modo el doctor Terra decide acercarse a Artigas para enterarse de asuntos urgentes. A las diez partimos acompañados de la Escolta. La división se mueve al rato para acampar en el Corral de Piedra.

Después de labrarse un sumario breve a un subalterno sorprendido al vender un cuero vacuno proseguimos la jornada.

Avanzamos sobre una sábana líquida y con todo sigue lloviendo. Vadeamos a nado el Sarandí. A la distancia se perciben varios jinetes. ¿Serán enemigos? A indagar su condición marcha una guerrilla.

Nos manda el digno mayor Miguel Cat. Los individuos resultan ser acompañantes de un comandante Núñez, hermano del coronel — que va herido y es de los nuestros.

De Sarandí a Artigas median diez leguas. Temo quedarme sin caballo si bien mi valiente animal no sabe rendirse al cansancio. ¡Cómo se alargan las horas cuando el propio impulso es más ligero que el paso de la cabalgadura! Devoramos largos trechos y siempre estamos lejos.

El tiempo anonada y van quedando por el camino muchos compañeros rezagados. El doctor Arturo Berro figura entre ellos. A las nueve de la noche entramos al pueblo que parecía intangible. A una legua antes anuncian proximidades civilizadas los suaves acordes musicales de una banda militar. Es noche de día domingo y Yaguarón se divierte.

¡Quién nos diera estar en nuestra descampada plaza Independiencia vestida por el recuerdo nostálgico con atributos de precioso jardín!

Caigo muerto del caballo; sin alientos para comer siquiera. En presencia de aquellos inexplicables desganos casi sostengo que llegando a cierto punto de intensidad el apetito cesa.

Esa noche de descanso tuvo para mí fruiciones sibaríticas.

Día 12, lunes.—Me levanto, y me muevo, y me siento ágil, y pienso. En treinta y siete días hemos cruzado el territorio de la República en su diagonal con brillante acierto. Cuántos peligros, trastornos, sucesos y decepciones se han elaborado en ese breve espacio de tiempo! El recuerdo de los compañeros del Estado Mayor oprime mi espíritu.

Espero con impaciencia el momento de pasar a Yaguarón. Tengo ansia de conocer el Brasil, sus gentes, sus costumbres y ciudades.

Mencionando las condiciones defensivas del pueblo se me habla por todos del concepto internacional curioso de que gozan las aguas del río fronterizo. Esta indicación evoca la memoria de una soberanía deprimida. Y a fe que por mandato de tratados monstruosos, la extensión del país aumenta y disminuye con las crecientes y bajantes del Yaguarón.

Pongo el pie en el bote atracado a la margen oriental y ya estoy en el extranjero. ¡Qué abuso! Algún día cuando el país merezca verdadero respeto en el exterior por su organización austera, se cobrará ese dominio nuestro y muy nuestro, injustamente arrebatado, como volverá a nuestro poder la Isla del Cuareim, y como modificaremos los inicuos tratados de navegación vecinal que todavía perduran bautizando una gran vergüenza. Me quito la divisa. La ciudad brasileña vive en un profundo sopor. Allí está radicado el doctor Carlos Barbosa, vicegobernador de la provincia; allí las calles llevan denominaciones que hacen el elogio de la República y del partido de Julio Castilhos; allí se esconde a las mujeres, de grandes ojos y amorosas languideces, de la mirada advenediza del forastero; allí se empieza a querer a los «castellanos»; allí se baila todos los días, pues hay cuatro centros sociales; y allí cualquiera se muere de aburrimiento porque no hay objetivos para vivir.

Día 13, martes.—A la mañana siguiente vuelvo a Yaguarón para arreglar el tiraje del segundo número de *La Revolución Oriental.* Preparamos el periódico tratando de no herir susceptibilidades y de cultivar simpatías.

La rebaja de los derechos aduaneros provoca cierto movimiento local. Ya se han incorporado a nuestras filas el coronel don Agustín Urtubey que había estado en el Arbolito, veterano que ha concurrido a lavar todas las cicatrices de la patria, y el mayor Angel Muniz, ex comisario del pueblo y primo de Justino.

Entre ambos alcanzarían a formar cien hombres mal armados.

Antes de estallar la revolución había recibido orden Angel Muniz de entregar la comisaría. En vez de hacerlo emigró al vecino Estado.

Avisado en oportunidad, pasó por su cuenta el 5 de marzo y después de mantener un tiroteo con el coronel Estomba al cual tomó algunos prisioneros y caballos, se posesionó de aquella apar-

tada zona. En días posteriores se le agregó el coronel Jara con treinta y cinco hombres.

A todo esto, el concenso de cuatro o cinco jefes había condecorado al comandante Borches con la jefatura de la división de Cerro Largo. Esta designación errada fué causa de serios trastornos. Borches encontró en la falta de caballadas, muy relativa, pretexto para no incorporarse al general Saravia ni antes ni después del Arbolito. A esa comprometedora desidia se debió la anulación de fuerzas compactas y legendarias en otras épocas.

Entonces surgieron las partidas sueltas que vagaron por la campaña departamental sin prestar ningún servicio práctico y haciendo perjuicios.

Día 14, miércoles.—Los prometidos contingentes no aparecen. Entonces se resuelve enviar a la capital de la inmediata provincia al señor Ismael Velásquez, muy vinculado en esa región. Antes de partir le indica este ciudadano al Delegado el peligro inminente que corre la división de ser obligada a emigrar si continúa internándose en las planicies limitadas de Artigas. Prestando acatamiento a tan insistente consejo resuelve el doctor Terra enviar un chasque al coronel Núñez por el que le ordena mantenerse donde está, — Corral de Piedra.

A última hora y cuando su permanencia era indispensable allí, decide él mismo acompañar a Velásquez en su viaje. Ya se preparaban los términos de la enojosa solución.

En lo que refiere al Delegado, él no debió alejarse en aquellos instantes premiosos de un puesto de tantas responsabilidades como era el de su desempeño. Aunque prometió su retorno para dentro de breves días, la noticia de su imprevisto embarque produjo pésimo efecto. No faltó quien se adelantara a calificarlo de defección.

El Delegado había transferido su autoridad al señor Antonio Paseyro. Con todo de ser el sustituto una persona correcta, la índole

delicadísima de las atribuciones del representante de la Junta de Guerra no permitían ese traspaso.

Empezaba el fin del desastre. Cuando llega el doctor Terra al día siguiente a Pelotas, se encuentra con un telegrama del señor Paseyro quien le avisa haber desobedecido Núñez las órdenes recibidas de no avanzar hacia Artigas y reclama en consecuencia su inmediato regreso.

Según refiere el señor Velásquez, el Delegado no dió importancia a estas ocurrencias, cuyo grave colorido él más que nadie podía apreciar.

Así pues, prosigue viaje a Porto Alegre, a pesar de las reflexiones en contrario de su acompañante a bordo del *Juncal*.

Más de una vez me pregunto a qué se deberá el silencio de los amigos de Buenos Aires. Como respuesta siempre hallo una ansiedad agregada.

Los días siguientes a éste se suceden sin novedades gruesas acentuándose el timbre de una monotonía insoportable.

De Melo se nos comunica que Arribio se mueve despacio. De Santa Ana, que el coronel Morosini ha desembarcado por el puerto de La Paloma con una expedición. Creo en el milagro y no en el santo. También se nos informa que Lamas opera en combinación con Aparicio Saravia, quien ha corrido a Melitón Muñoz hasta Illescas. ¿Será verdad?

El 17 circula en Yaguarón un boletín que trae inserto un telegrama congratulatorio de Idiarte Borda, quien anuncia a sus agentes la derrota y destrozo de los nuestros en Cerro Colorado. ¿Será mentira? Un despacho del Presidente de la Junta comunica la toma de la cañonera *General Artigas* por un grupo revolucionario. En su ocasión describiremos esta audacia temeraria.

Al realizar su incorporación con el comandante Borches, el coronel Núñez recibió de éste para su juzgamiento al soldado Simplicio Vallejos, convicto de los delitos de violación, homicidio, robo e incendio. Un Consejo de Guerra reunido a la altura del

Corral de Piedra condenó a la pena capital a este reo, negro de color y de entrañas y brasileño de nacionalidad.

En presencia de las tropas formadas en cuadro procedió al fusilamiento de Vallejos un grupo de tiradores del batallón «Emilio Raña» mandado por el teniente Bandagnotto.

EL ACTA DE DISOLUCION

Desde el 16 está acampada la segunda división en «La Charqueada», a las puertas de Artigas. La desmoralización cunde. Como que son elementos perfectamente concientes los que integran esa columna, a nadie escapa el carácter crítico de las circunstancias. Sin caballos, sin recursos, con escasas municiones y con el germen de acentuadas anarquías, nos hallamos lejos de toda ayuda y hasta inhabilitados para retroceder por el rumbo que hemos traído.

El coronel Núñez se entera con rabia de la partida del doctor Terra. Por mala voluntad refleja, rompe relaciones con el señor Paseyro. Todo propósito de reacción patriótica será tardío.

El triunfo completo que se pregona obtenido por el gobierno en Cerro Colorado, da pie a Núñez para provocar una reunión extraordinaria de jefes.

El preside esta asamblea. Sus palabras y comentarios desbordan hiel. Después de una exposición sofística al caso, puso a la consideración de los presentes el indigno documento que va en seguida, suscrito con lamentable debilidad por todos los jefes de la infantería.

Dice así:

Acta — «En la Villa de Artigas, departamento de Cerro Largo, a los 17 días del mes de abril de 1897, reunidos los señores jefes de cuerpo de la 2ª División del Ejército Nacional, a petición

del señor Jefe de la misma, coronel don José Núñez, quien les hizo la manifestación siguiente:

«Señores jefes: cuando una revolución que, después de cuarenta días de producida, y a pesar de una expléndida victoria como la de Tres Arboles, no ha podido concentrar ni organizar los elementos de guerra más indispensables como eficientes de la constitución de un cuerpo de ejército; que está circunscrita a una pequeñísima zona, encerrada y agitándose impotente y desconcertada en el más apartado rincón del país por falta de armas y municiones; sin dirección militar y dislocada por la carencia de un plan de campaña, conforme lo estáis viendo, y lo que es peor, sin la más remota esperanza de una reacción favorable porque el país no ha respondido a la revolución como se nos había asegurado allá en la Argentina, antes de lanzarnos a la lucha; y en fin, que la guerra no es posible sin armas ni municiones y no sólo no las tenemos, sino que no sería posible conseguirlas por falta de medios y si a esto se agrega la falta absoluta de caballadas, pues, como lo sabéis, estamos a pie, el desastre es completo.

«Bien, señores jefes, esta es la verdad inconcusa de nuestra situación y si no queremos traer a nuestra desgraciada patria la triste misión de desolarla haciendo montoneras y correrías, creo que la hemos terminado decorosamente, pues pienso que la revolución ha fracasado y que honrosamente debemos de declararlo.

«Las causas que nos han conducido a tan doloroso estado son varias y como no es del caso exponerlas en este momento, me reservo su estudio y publicidad para cuando sea oportuno y a fin de que sus responsabilidades sólo las carguen quienes deban cargarlas, juzgados los hechos a la luz de la verdad.

«En virtud de la declaración solemne que nos acaba de hacer el señor jefe de la segunda división, coronel don José Núñez, creemos de nuestro deber hacer constar que estamos persuadidos de las verdades que ella encierra, y que como él, creemos fracasada la revolución a que nos lanzamos con tan nobles ideales.

«Sentimos infinitamente la sangre que se ha derramado estérilmente, y también sentimos el que hayamos contribuído a agravar más la situación financiera de nuestro país.»

Firmado: *Manuel F. Chaves*, Jefe del Detall — *Mario A. Baraldo*, Jefe del 5º — *José Toledo*, Jefe del 4º — *Justo C. González*, Jefe del Batallón Raña — *Pedro Carpy*, Jefe del Batallón Treinta y Tres — *Manuel Martínez Olano*, 2º Jefe del Batallón Raña — *Remigio Orué*, Jefe del Batallón 1º — *Ramón B. Escalada*, 2º Jefe del Batallón 4º

El único argumento que puede aducirse para atenuar la culpa de quienes suscriben este escrito, abrumadora cabeza de proceso para un militar, lo encontramos en la manera tortuosa como se procedió para obtener las anheladas firmas.

Sabemos de jefes — los comandantes Baraldo, Carpy y González entre ellos — que al rato de adherirse a la declaración transcrita, cuando aquilataron las proyecciones de su error, hicieron lo posible por retirar sus nombres de aquella pieza acusadora e ignominiosa. Pero ya era tarde.

Apreciada en su espíritu y a la luz de las ordenanzas, no cabe atenuación para esa Acta de triste posteridad que funda pesadas responsabilidades.

Victoriosos o corridos Saravia y Lamas, ellos estaban en el interior del país luchando contra el enemigo común. Por consiguiente, la disolución — por obligada que fuera, — en momentos tan supremos, importaba una traición que venía a empeorar su suerte de sí comprometida.

Esto dado el caso de estar en conocimiento de datos ciertos sobre el desarrollo de los sucesos, cosa que no ocurría.

Demos de barato la exactitud de los agravios de todo calibre y color invocados por el coronel Núñez en su incoherente y

desabrida producción, —lo que importa una generosidad patente, — pues bien, aun así, no pierde carácter odioso en alto grado la Declaratoria de Artigas.

¿Qué justificativo había para publicar a los cuatro vientos nuestras disidencias? ¿Para qué exhibirnos pobres de todo hasta de patriotismo?

Si como yo lo creo, es cierto que la segunda división estuvo perdida sin remedio, desde el día en que salió de Melo para engolfarse en una estepa desolada, ¿por qué no se hizo en silencio momentáneo la dispersión en vez de anunciar a golpe de bombo el rudo desastre, como si hubiera alegría en constatarlo?

En cuanto a los escrúpulos del coronel Núñez quien declara sentirse contristado por los males ocasionados al país por la revolución, no sientan armónicos con sus antecedentes de incorregible revoltoso.

Por lo demás, la mejor prueba en contra del Acta, la tenemos en la retirada feliz de algunos fieles que a pesar de todo, de manifiestos y proclamas, consiguen reincorporarse al Ejército.

El documento que comentamos no se publicó en seguida; pero algo pudo trasparentarse y las deserciones recrudecieron. Mientras tanto, el doctor Terra no aparecía. Quedábamos sin timón ni remos.

Fué en tales circunstancias que vi por última vez a José Núñez. Interiorizado de que la disolución era un hecho, llegué hasta el ranchito donde estaba a fin de pedirle permiso para apartarme de la división.

Lo hallé agitado y nervioso. Cuando expuse el motivo de mi visita inspirada en la mayor sinceridad y en la más completa subordinación, me miró sorprendido. Seguramente que no esperaba una interrogación tan abierta y franca.

Pero quizás apreció en algo mis sanas intenciones, pues bajando la voz hizo un proceso detenido y merecido, a su juicio, de algunos personajes revolucionarios. En sus palabras fué duro con el coronel Lamas a quien calificaba de inexperiente, e impla-

cable con el doctor Terra a quien tituló desleal: habiéndole éste formulado mil promesas de socorro fronterizo, sólo había sabido conducirlo a esa situación extrema.

—Yo iré a Buenos Aires, amigo, exclamó de nuevo alterado y midiendo con pasos rígidos la humilde pieza con piso de tierra que le servía de habitación, — y he de hablar a los miembros de la Junta de Guerra.

La revolución está perdida; pero yo le garanto que cumpliré por mi cuenta y más adelante mi plan primitivo de atacar al gobierno en Montevideo mismo, y de entregar los destinos del país a sus buenos hijos, o he de morir en las calles por la libertad de todos.

Me despido del coronel Núñez para preparar mi partida.

Corremos riesgo de ser copados por instantes por la vanguardia de Arribio que cubre ya la boca del embudo. Es indispensable salvar por lo menos, algunos jirones del rico paño que se pierde.

DISPERSOS Y DESORIENTADOS

El 22 por la mañana, convencido de que asistimos a unas exequias que ya conviene apresurar, salgo de Artigas acompañado del mayor Cat. Al breve rato se nos incorporan Paseyro, Sellanes y los restos de la Escolta. Confundidos con la gente de los coroneles Martirena y Orgaz Pampillón y del comandante Muniz, continuamos marcha, dejando atrás vencida a una legión de vencedores!

Los que quieren y saben pueden seguir a aquel núcleo que intenta una hábil cruzada.

Al caer la noche acampamos en el Paso de las Piedras del Yaguarón. Sabemos que el coronel Batista está a una legua aproximada. Nuestro rumbo es a Aceguá.

Respiro con alguna libertad lejos de las miserias y malquerencias que hacen de Artigas una localidad odiosa. Asistimos al epílogo de un derrumbe.

El 22 a medio día llegó de Porto Alegre el señor Ismael Velásquez, quien venía de conferenciar con el señor Abott, ex ministro del Brasil en la Argentina y afecto a nuestra causa. El doctor Terra había quedado atrás.

Invitado por el coronel Núñez pasó el referido amigo a entrevistarse con él. Velásquez enumeró al jefe rebelde los males gravísimos que originaría una disolución de fuerzas importantes a la vista del Estado vecino. Díjole además, que yendo hasta San Luis recibiría más armas y municiones ya conseguidas, que agregadas a las disponibles en Yaguarón redondeaban un buen auxilio.

Núñez pareció acceder a esa petición, pero solicitó antes la entrega del dinero preciso — alrededor de mil pesos, — para adquirir veinticinco mil tiros que le ofrecían con muchas reservas desde el Brasil.

Relatando estas ocurrencias me dice el señor Velásquez, en carta que tengo a la vista, que él siempre conceptuó una patraña tal aserto — como en realidad era, — pero en el deseo de que Núñez marchase frontera arriba para alejar de frente a la ciudad de Yaguarón el espectáculo desastroso de una disolución anárquica, le obtuvo el socorro de pesos requerido.

A la mañana siguiente se vieron de nuevo y Núñez expuso con singular aplomo que esa misma noche le entregarían las municiones compradas y que a la madrugada siguiente marchaba con toda la gente, seguro por otra parte de salir airoso en el caso de tropezar con el ejército de Arribio.

Núñez cumplió en fracción mínima su promesa, pues salió de Artigas con las fuerzas que tenía, excepción hecha del batallón número 4 que dejó en el puerto a órdenes del comandante Chaves. Su firme intención era emigrar.

Chaves estaba autorizado para recoger los dineros existentes

en la Receptoría. No pudiendo llenar esta misión hizo pasar el río a sus soldados con las armas ocultas.

En el ínterin, Núñez hacía lo mismo con verdadera precipitación, por el Paso de Las Piedras apoderándose de la balsa y botes allí existentes y pasando en primer término algunos subalternos y caballos preferidos, dejando desarmados a los demás compañeros. En esta operación lo sorprendió la vanguardia de Arribio, compuesta de los regimientos de los coroneles Beltrand y Galarza integrados con algunas milicias, — que obligó a muchos a tirarse al agua en la mañana del 25.

¡Así prestaba Núñez adhesión a sus protestas de resistencia! Cegado por su encarnizado despecho no vaciló en aparentar cobardía.

Luego, sabiendo que se le buscaba con interés para prenderlo e internarlo, siguió con destino a la ciudad de Río Grande donde dió a la publicidad la ignominiosa Acta de Artigas, precedida de un encabezamiento igualmente intemperante y repulsivo que él solo firmó y que dice así:

«Por razones que no entienden o no quieren comprender cierto género de individuos que desgraciadamente existen en todos los partidos, hombres cobardes y sin patriotismo dispuestos a envenenarlo todo y a herir por la espalda, utilitaristas que aceptan las revoluciones y sólo son revolucionarios por el lucro, tenía resuelto no dar publicidad, por el momento, al Acta que a continuación se leerá; pues cuando esa resolución se tomó, había espíritus obcecados e ilusos que creían posible la continuación del movimiento que haría resplandecer en nuestra desgraciada patria la vivificadora luz de la libertad.

«Agotados todos los argumentos de convicción, para desviar del camino emprendido a los optimistas que de buena fe creen servir a la causa de la libertad, cuando en realidad son instrumentos de bastardas ambiciones, me impuse el sacrificio de callar en holocausto de esos compañeros que marchan al sacrificio; pero

hoy ya no me es posible continuar en esta situación de expectativa, porque me haría cómplice de actos que repugnan a toda conciencia honrada, y por lo tanto, mientras llega el momento de hacer pesar la responsabilidad de esos actos sobre los que criminalmente fueron factores capitales del fracaso de la revolución, me concreto a publicar el Acta que, sin comentario alguno, por sí sola la caracteriza.

29 de abril.

Coronel José Núñez.»

Para ciertos hombres castigados por el fallo de la historia, es el olvido generoso la mejor de las sanciones. Por lo pronto hemos abierto en las páginas de este humilde libro dos rubros a favor del coronel José Núñez: uno de elogios muy merecidos y otro de imputaciones acusadoras no menos procedentes. Siendo equitativos en el comentario de ambas clases, creemos haber contribuído en algo a dar su verdadera fisonomía revolucionaria a quien porque valía y era capaz de afrontar todas las responsabilidades buenas y malas, ha provocado manifestaciones de desprecio que en el peor de los casos no sólo a él corresponderían. Los civiles también saben traicionar!

Pedir otra cosa en favor de la memoria trágica de Núñez es imposible, es injusto, es pernicioso: es igualar a la virtud con el delito, a un rayo de luz con un fleco de sombras. No parece juzgarlo así el doctor Alberto Palomeque quien en reciente libro — *El Año Fecundo* — intenta hacer un boceto extraordinario de José Núñez. Trabajo de expuesta adivinación el de preparar siluetas de relieve sin conocer a los hombres ni haber aspirado el aire propio del medio en que ellos se agitan. En los campos de la crítica histórica no cabe el juego del gallo ciego. Dice el doctor Palomeque que: «La perpetuación de la guerra civil importaba el entronizamiento del caudillaje, y con él la ruina de la República. Por eso la conducta del coronel José Núñez, en el fondo, con pres-

cindencia absoluta de la lucha de ambiciones y de la lucha que va en seguida, era correcta en lo que a su separación de la revuelta armada se refiere. El creyó, y con razón, que no había elementos para luchar. Luego la separación se imponía. Eso era lo patriótico. Una revolución no debe ser una montonera».

Quedamos enterados. Los jefes de Artigas hicieron bien en irse porque no había elementos. Nada importaban los mandatos de la vergüenza, ni las voces del pundonor, ni la consecuencia a la palabra empeñada, ni los sagrados compromisos contraídos. De repente se convencieron algunos de la falta de recursos y de repente se les ocurrió tomar el portante sin tener una mirada para sus compañeros internados. ¡Singular acierto clínico el del citado escritor! Nadie, ni aun los cómplices, se han atrevido a justificar las tristes ocurrencias de Artigas; y él no vacila en presentarse como abogado de una causa histórica tan perdida.

También es verdad que en su obra el doctor Palomeque en una página, titula «revuelta armada» a la revolución más santa que ha conocido el país; en otra, «fenómeno social»; después «montonera»; luego, «formidable lucha contra el mal»; aquí habla de «esa tarea que no tenía divisas»; allá se lamenta del partidismo definido de Saravia y del nombre de un batallón nacionalista que señala como «¡casos de atavismo que renovaban las escenas del año 36!»

¿A qué conclusión arribamos? Sin embargo, tiene explicación ese mosaico de conceptos contradictorios. En ciertas cuestiones nada puede reemplazar a la experiencia. Quien no ha sido padre jamás sabrá llorar la pérdida de un hijo, como quien no ha conocido las estrecheces de la miseria jamás podrá apreciar la intensidad de sus dolores, como quien no ha aceptado una odisea revolucionaria nunca estará en aptitud de dar fe de sus sobresaltos y peripecias aun siendo un espíritu incansable. Quizá, en parte por eso, y en parte porque el ejército nacionalista era muy pequeño en número, lo llama el doctor Palomeque «montonera». Monto-

neras pueden haber sido casi todas las guerras viejas con su lote inextinguible de partidas errantes, con sus correrías y burlonas astucias, pero nunca permite la corrección del lenguaje que se designe así a una columna integrada y tranquila que en el curso de siete meses dió cinco batallas campales y doce combates decididos. Apuntamos esas inexactitudes evidentes para dar su verdadero carácter a los comentarios caprichosos de un autor que se baña en agua de rosas ponderando los méritos y excelencias de esas cámaras corrompidas de Idiarte Borda derrocadas con beneplácito del país en masa el 10 de febrero, de esas Cámaras colectivistas que «libraban la batalla en el verdadero terreno de la inteligencia, allí donde es fecundo el pensamiento humano, y no en el de la matanza y de la sangre,» (pág. 121); que se complace en decirnos que *la influencia directriz* es creación de don Bernardo Berro; que niega a Lamas porque sí, el laurel primero en Tres Arboles y ensalza, también porque sí, la defección de Núñez en Artigas.

ESFUERZOS FINALES

El mismo día 25 se comunicó el triste desenlace al Comité Revolucionario.

A todo esto, en Artigas se pasaba por momentos de apremiante ansiedad: el tiempo era reducido y había que pasar a la ciudad vecina el personal de la guarnición y las armas restantes. En circunstancias de procederse con todo apuro a esta obra, se presentó perseguido por el enemigo, el mayor Albarenque acompañado de cincuenta hombres, quien abandonado por el jefe de la división sin armas ni instrucciones, no tuvo otro recurso que cruzar a nado con su gente el Yaguarón anchuroso por esos días.

A pesar de reiteradas indicaciones en contrario, salió un grupito de siete voluntarios a descubrir a los atacantes, cuyos nombres merecen recordarse por ser los de siete valientes.

Como jefe iba el capitán Labeque, oriental que ganó sus galones sirviendo en el ejército argentino, y luego los soldados Ramón Olivera, Alejandro Miguelez (herido), Fructuoso Rivero, Juan José Zamora y dos más que olvido.

Esos pocos hombres detuvieron con su audacia extraordinaria al enemigo que echó pie a tierra para pelearlos, creyendo pertenecieran a una partida exploradora con respetable protección.

Anunciándose a tiros, volvió Labeque a entrar al pueblo acosado por la superioridad numérica de los regimientos, pero causándoles algunas bajas. Cuando se le concluyeron las municiones se tiró en la balsa para burlar al asombrado adversario.

A los defensores voluntarios de Artigas les hizo una espontánea manifestación de aprecio y simpatía el vecindario de Yaguarón que presenciaba estas gallardías acordonado sobre la costa del río.

Las armas de la guarnición que fueron depositadas en una isla cercana, las confiscó un empleado aduanero adicto a Borda, de apellido Monteiro.

Había allí: 47 rémingtons y combleins; 4 winchester y 3 manlincher.

En Artigas quedaron 20 fusiles descompuestos y 40 lanzas, lo que pudo salvarse a mediar alguna previsión.

Era realmente crítica la situación de los emigrados. Desprovistos de todo recurso, ellos vagaban desesperados por las calles de Yaguarón cuyos habitantes supieron acreditar noble desinterés en oportunidad tan dura.

El coronel brasileño Díaz, cedió un barracón donde tuvieron refugio ciento y tantos infelices abastecidos de los primeros víveres por los señores Velásquez y Coirolo.

A los dos días llegó recién el doctor Terra. Impuesto de lo que acababa de suceder, pensó en dirigirse por la línea fronteriza a buscar la incorporación con Saravia, a quien las últimas noticias daban avanzando hacia el norte. Pero quizá no juzgó muy sólida

su posición o temiera fracasar en este propósito, pues a la primera jornada dispuso su retorno en compañía de algunos subalternos.

A esta altura lo alcanzó el señor Arózteguy para comunicarle que el Comité Revolucionario accediendo al petitorio decidido del General en Jefe y del Jefe de Estado Mayor, había resuelto suspenderlo en el ejercicio de su alto cometido ordenándole a la vez que bajara a Buenos Aires a sincerarse de las inculpaciones, legítimas o no, que se le menudeaban.

Desposeído de su rango en las filas revolucionarias, siguió viaje el doctor Terra para Porto Alegre en donde pudo embarcarse con destino a la capital argentina a pesar de la orden de internación dictada contra su persona.

Así terminó, sin lucidez ni prestigio, un mandato de envidiable alcurnia civil, cuyo acertado desempeño tanto lustre debió arrojar sobre el nombre del Delegado a la vez que rendir positivos beneficios a la causa reivindicadora.

He oído afirmar que la defección de Núñez tuvo precio en metálico; fué el coronamiento de un fuerte soborno gubernista. No creo en tal aserto. Sí opino, que la cólera, el desencanto y el convencimiento de la esterilidad del esfuerzo iniciado, condujeron a Núñez a extremos deplorables. El jefe de la segunda división que no conocía las condiciones sobresalientes de Saravia, que sabía poderoso al gobierno pero que ignoraba él ningún valimiento de sus jefes, tal vez pensó — y con él pensaron muchos, — fatalmente deshechos a los compañeros del sur.

Pero Cerro Colorado que pudo ser una tumba resultó brillantísimo ensayo, y Saravia y Lamas, escasos de todo menos de entusiasmo perseverante, dieron un rebote triunfal desde la Florida hasta el departamento de Rivera.

Este éxito indiscutible empeoró la condición de Núñez y demás. Cuando éste arriba a Buenos Aires creyendo que sólo restaba sepultar el recuerdo de una campaña, se encuentra con el resurgimiento inesperado del mes de mayo.

Aquellas presunciones no fundan ninguna absolución porque aún aceptando un probable fracaso del grueso del ejército, el deber militar, extraño a las arrugas convencionales, ordenaba buscar pronto fusionamiento con los temerarios camaradas.

¿Puede ser nunca la deserción una falta leve, mucho menos cuando ella responde a inspiraciones nefandas?

Si no para aminorar culpas que no admiten atenuantes, por lo menos para repartirlas de acuerdo a equidad, queremos decir que muy pocos protestaron en un principio contra la conducta desquiciadora de Núñez. Quizá dispuso éste de calurosos aplausos. Pero cuando acontecimientos posteriores evidenciaron el carácter vituperable de los sucesos de Artigas entonces todos dirigieron amenazantes el dedo para señalar al jefe cuyos procederes aprobaran la víspera.

La defección de Núñez, como la referencia histórica ha dado en titularla, marca más que el delito de un hombre solo el corolario criminal de una tendencia ambiciosa y vulgar.

Si en Artigas hay cuando la disolución un militar de empuje y de respeto; si Rafael Pons hubiera estado allí; a buen seguro que nada se pierde porque la tropa toda estaba en un terreno de acendrado patriotismo. Faltó pues la base.

En cuanto a José Núñez, había escrito con la misma tinta que sirvió para redactar el Acta, famosa cuya publicación mil veces le habrá pesado — el epitafio para su sepulcro.

Durante meses que fueron de miseria y oscuridad, arrastró su infortunio por las calles de Buenos Aires recogiendo a diario desprecios.

Aquello era insoportable. Un buen día amaneció muerto. La prensa atribuyó este fallecimiento a la ruptura de un aneurisma, pero la ciencia acreditó que se trataba de un caso de suicidio por envenenamiento.

¡Pobre Núñez! Era un guapo de verdad con el coraje de sus actos y no sabía eludir las propias responsabilidades. Por eso, a

él sólo y sólo a él empieza a condenar la sanción histórica, cuando sus errores y voluntarias irregularidades serían perfectamente repartibles, estudiadas a la luz ingrata del detalle. Por eso es que yo tengo profunda conmiseración para su nombre y para su memoria de pecador.

El general Arribio redactó después de la toma de Artigas ya abandonada, un parte empalagoso y cuajado de falsedades. En él da por corrido al cabecilla Serafín de La Rosa, viejo conocedor de la frontera y de sus guaridas; en él afirma que «*más de sesenta revoltosos* perecieron ahogados»; en él dice: «Han caído en nuestro poder veintidós prisioneros, siete carros conteniendo municiones, equipos, armamento, carpas, etc., y tomándoseles recados y ropa que dejaron al arrojarse al río».

Todas esas informaciones integran una audaz mentira.

Los únicos muertos habidos fueron el sargento Isaac Villa que estaba en avanzada a dos leguas afuera del pueblo con tres soldados, quien peleó como bueno sin querer rendirse porque sus atacantes daban orden de matarlo; y Cándido Esmerade, vecino, español de nacionalidad, que por gritar ¡viva la revolución! estando ebrio, fué lanceado y degollado a una cuadra de la iglesia local, como pueden atestiguarlo muchos habitantes de Artigas.

Ahogado no hubo ninguno. Días antes sí, había perecido al querer atravesar a nado el río un soldado desertor.

Ahí queda pues desmenuzada la hazaña del ejército de Arribio, que después de ser piedra de escándalo por sus inconveniencias notorias, retornó al sur flagelado por la tifoidea y desmoralizado para proseguir su gloriosa campaña de carneo. ¡También así es el concepto que se ha ganado entre los vecinos del este de la República!

Con la entrada de los gubernistas en Artigas se perdía una fuente de recursos de alguna importancia.

En efecto, la rebaja que se hiciera de los derechos fiscales

acreció de manera notable el movimiento de la Receptoría que estaba a cargo del señor Rodolfo Paseyro.

Cuando recién fué tomada la localidad por los revolucionarios, el señor Velásquez provocó una reunión de comerciantes para acordar modificaciones equitativas en los aforos sobre artículos importados. Se sancionó entonces una rebaja notable de 50 o/o que luego se redujo a un 30 o/o en cumplimiento de disposiciones expresas emanadas del Comité.

Estas facilidades aduaneras aumentaron las entradas del puerto. Así tenemos que en el mes de marzo se percibieron $ 5.853.87 cts. por derechos de Exportación e Importación y en abril $ 3.754.98 cts.

Esos dineros, respecto a cuya inversión existen comprobantes detallados, fueron dedicados a la adquisición de elementos y remitidos en parte al Comité.

LA CRUZADA DE MARTIRENA

Día 23, miércoles. — Es tan difícil la posición militar de Artigas que dominando el Corral de Piedra, punto estratégico que dista doce leguas de aquella localidad, sólo quedan dos salidas hábiles: una, el Paso del Dragón sobre el Olimar que permite dirigirse hacia el sur, y otra, limítrofe a la frontera que abre acceso a la sierra de Aceguá. Son muy conocidos estos dos rumbos; por eso era de suponer que Arribio en su movimiento de concentración se hubiera preocupado de cerrarlos para aprisionar luego en el vértice de aquel gran embudo a los momentáneos señores de la región.

Pero sólo la creencia de que teníamos a nuestras espaldas un enemigo capaz de combinar alguna operación de guerra, pudo inclinarnos a temer esta posible contingencia. El general Arribio estaba demasiado absorbido por otras tareas.

El pequeño grupo de revolucionarios que salió de Artigas buscando la incorporación del Ejército, se resolvió en dos nuevas fracciones al llegar a cierta distancia: el coronel don Agustín Urtubey siguió una de las rutas obligadas, el Paso del Dragón, mientras el coronel Martirena prefería la otra.

Veinticinco hombres malamente armados acompañaban al primero de estos jefes, que infatigable a pesar de sus setenta y cinco años iba a internarse animoso en el departamento de Treinta y Tres donde es notoria su autoridad ciudadana.

El coronel Urtubey había concurrido a la memorable batalla de Arbolito.

Allí no sufrió trastorno su reputación de valiente. En lo más nutrido del tiroteo coronó como espectador la curva de una loma; la muerte no quiso cebarse en aquel atleta, respetuosa quizás de unas barbas encanecidas en el sacrificio. Sin querer prestar reconocimiento a esta lúgubre deferencia insistía luego el resuelto veterano en negar el peligro corrido.

Por otra parte, ya no volveremos a encontrarlo en el curso de la campaña.

Postrado por el reumatismo, sin elementos ni recursos, no pudo el coronel Urtubey desafiar con algún éxito las inclemencias del invierno, y retornó a su estancia del Rincón condenado a ser testigo de ajenas proezas.

En cuanto al coronel Martirena que tan lucido rol desempeñó en la revolución de 1897, obtuvo un nuevo título con la meritoria salida de Artigas.

Protocolicemos en su honor esa verdad. Cuando el horizonte se presentaba turbio, y las oscilaciones eran generales, y muchas las flaquezas y mayores los desganos, Ramón Martirena, el más humilde y el menos obligado de todos, recogió la insignia del compañerismo que a nadie entusiasmaba ya, y flameándola sin miedos, pugnó por incorporarse al grueso de la legión revolucionaria.

Como lo hemos expuesto en párrafos anteriores, el coronel Batista estaba cerca de nuestro primer campamento del Paso de las Piedras.

Antes de proseguir la marcha se juzgó del caso invitarlo a un fusionamiento saludable. Con ese objeto y llevando instrucciones precisas salimos el malogrado capitán Mariano Sellanes, el capitán Blás Urán y quien estas líneas escribe.

A nuestras solicitudes amistosas replicó el entrevistado diciendo que estábamos encerrados y en vísperas de un segundo Quebracho.

Recuerdo que sin conocer el terreno que pisaba contesté con una reflexión dictada por la sana lógica:—Avanzando con el río Yaguarón siempre a la vista y confiados a la capacidad de Martirena, el primer vaqueano de la República, estábamos garantidos contra cualquier evento desgraciado. Nunca había sido menos peligrosa nuestra situación.

Dominado por inspiraciones extrañas y culpables, no asintió el coronel Batista a continuar la cruzada. Tal vez el sofisma bien esgrimido desorientó su evidente sinceridad.

Fracasada esta misión nos separamos de aquel núcleo de buenos camaradas que terminaría por disolverse en su mayor parte, excepción hecha de un escuadroncito salvado de correr tan triste destino por el pundonoroso comandante Pedro Bastarrica.

La pequeña columna de Martirena marcha sin detenerse, con la soltura de las fuerzas volantes, hasta las ocho de la noche hora en que acampamos, después de andar nueve leguas, sobre el arroyo Sarandí Grande.

Día 24, jueves.—Mucho nos hemos aproximado a Melo. Avanzamos por parajes peligrosos sin olvidar la más insignificante de las precauciones que impone la prudencia. Desde nuestra salida no se permite ni encender un cigarro. ¡Cómo se conoce que quien nos manda es un paisano capaz de distinguir la silueta de un «bombero» en lo más hondo de la oscuridad!

Todavía pues, alcanzamos a palpar una de las tantas mani-

festaciones de la táctica gaucha; y confesamos que con algún encanto nos sometemos a estas exigencias pasadas de moda pero no de tiempo, que resucitan la leyenda de las montoneras que pelearon por la patria.

Acampamos en Centurión. Llegan chasques del coronel Serafín de La Rosa, el mismo que Arribio daba por deshecho, — advirtiendo que más de 2.000 hombres que iban de vanguardia oficialista, habían pasado el día antes por el arroyo Malo con rumbo a Artigas. ¡Qué suerte correrán nuestros compañeros rezagados! ¿Y quién era ese Serafín de La Rosa? Vine a conocerlo después de la batalla de Aceguá, época en que se agregó a las fuerzas revolucionarias, y confieso que su presencia pecaba de imponente.

Refiriendo que sirvió con Oribe no preciso insistir sobre su avanzada edad. Tío de los Saravia posee los mismos entusiasmos guerreros que ellos. La frontera, que importa lo mismo que decir la Calabria, pues en esa zona se vive en el desamparo de toda legislación, fué siempre su radio de correrías.

En medio siglo largo de aventuras, nunca se hizo el sordo este cabecilla inquieto a los reclamos revolucionarios que tienen para él tantos atractivos cariñosos como un requiebro.

En la última patriada apareció mandando un escuadrón de lanceros. Envuelta la cabeza con un extraño rebozo de lana, tirado el enorme sombrero como con desprecio sobre la nuca, y levantando en la diestra una lanza monumental, la más grande y llamativa del ejército, adornada de cuatro dientes filosos y largos, imponía el viejo La Rosa.

Mucho trabajo costó arrancar de su escenario fronterizo a este representante legítimo de las guerras antiguas que fundaron con el caudillaje, tan perjudicial para las campañas como el señorío de los compadritos en los barrios apartados de las ciudades, el imperio arbitrario de mil caprichos divididos.

Arisco para los aires salinos del sur, Serafín de La Rosa, dió la vuelta con rumbo a sus guaridas apenas se firmó la paz.

Su teatro, que él quiere más que la vida, se encierra entre los arroyitos tributarios del Yaguarón, en su margen derecha. Los matorrales sin desahogo aparente de la costa de Centurión y los bañados traidores de Berachí con sus nubes de insoportables mosquitos, con sus sendas tortuosas y repulsivas alimañas, le pertenecen por derecho de antigüedad y de autoridad. En esa manigua, llena de tonos molestos y sombríos, tiene la sede de su gobierno vagabundo y absoluto el guerrillero La Rosa.

Cruzamos por regiones donde la naturaleza parece debordarse en matices exuberantes. También la temperatura invita a los grandes hervores de las sabias tropicales! Más adelante el general Saravia nos explicaría con singular travesura y gracejo, ese notable aumento termométrico: es que en la frontera se junta el calor del Brasil con el calor de la República Oriental.

Reviste ingenio esta ocurrencia campera.

Cuando veo a los soldados revolucionarios a caballo debajo de las palmeras arrancando *yathais*, me represento una escena de las llanuras arábicas.

Antes de entregarnos al descanso llega noticia de que Acevedo Díaz, Mongrell, Olivera y otros, están en Aceguá dispuestos a invadir de nuevo.

JUICIOS POLITICOS

25, domingo. — ¡Qué frío! Me despierto bajo la impresión de una temperatura bajísima. En efecto, ha helado. Envuelto en mi poncho de lana y semejando un gran cigarro habano, desafío con éxito las intemperancias de esta primer noche de invierno.

¡Hace cincuenta días que estamos en campaña! Apartemos de nuestro camino estas reflexiones que evocan involuntariamente reminiscencias del hogar, afectos y holguras con tanta violencia interrumpidos. El soldado que se deja embargar por el sentimiento está derrotado antes de entrar en pelea.

Hasta las ocho de la mañana nos mantiene parados la espesa cerrazón que se extiende como sudario sobre los campos, colgando flecos fantásticos de cada rama y de cada mata de pasto. Atravesamos una serie de bañados sin término.

Ya no puede servirnos de guía el río Yaguarón cuyas cabeceras están Río Grande adentro.

Ese día acampamos ya sobre la línea terrestre alcanzando a divisar las guardias brasileñas.

Día 26, lunes. — Continúa nuestro avance paralelo a la frontera. Con fastidio tocamos los límites superiores de la República cercenada en sus dominios por las glotonerías imperiales. A las cinco acampamos sobre el arroyo de La Mina.

El 27 marchamos temprano. A medio día me encuentro inopinadamente con mis amigos Carlos Roxlo y José María Aguirre, quienes forman parte de un núcleo de compañeros, que no alcanza a un centenar, desprendidos de la expedición del Uruguay.

Se acuerda seguir incorporados hasta llegar al Ejército.

El 28 caminamos todo el día acampando en Lechiguanas, donde nuevas informaciones permiten creer en la proximidad del General.

El 29 alcanzamos la costa del río Negro a la altura del Paso de Arrieta. Ya este largo curso de agua se presenta hinchado y bullicioso gracias a las lluvias de la estación. En el paraje donde pretendemos vadearlo tiene dos cuadras de anchura.

Al mismo punto convergen los grupos comandados por los coroneles Jara, Saavedra, Alonso y comandante Ignacio Mena. Los dos últimos, heridos en el combate del Arbolito, vuelven curados de sus dolores a ocupar puesto de peligro y de honor.

Dos días permanecemos acampados a la espera de turno para pasar el río. Recién entonces me doy cuenta de lo grave que resulta eso de encontrarse en tiempo de guerra con corrientes desbordadas. La balsa que apenas transporta ocho jinetes de orilla a orilla,

cumple pesadamente con su cometido. Por eso muchos pasamos a nado.

El pasaje de los caballos reviste interés pintoresco. Las tropillas, donde hay ejemplares de todas partes y de todos pelos, relinchan asustadas junto a las grandes barrancas del cauce, mientras algunos hombres se ocupan de *enrabar*, es decir, de ligar la cola de un animal al bozal del que le sigue, hasta constituir una serie de ocho o diez. En el extremo delantero se coloca al menos bravío. Pronta la cadena se obliga a los pobres mancarrones a echarse al agua negra.

Una vez en estas condiciones, de ellos y de las circunstancias depende su salvación.

Si alguno de los *enrabados* se enreda, si otro se asfixia, si la corriente los toma mal, si un camalote se cruza en la travesía, posiblemente todos perecerán ahogados.

A la verdad que no constituye uno de los espectáculos menos tristes de la guerra, este sacrificio constante del caballo, cuyas extraordinarias guapezas y resistencias no alcanzan a ganarle una jubilación bien merecida. Hasta que conservan un resto de fuerza y pueden arrastrar su desgracia por el lomo de las comarcas, ellos sufren la dura tiranía del recado. Cuando ya ni esto les permite su flacura, entonces quedan echados esperando la muerte, que debe serles dulce después de sufrir tantas calamidades, para señalar con una línea caprichosa pero interminable de osamentas, el camino interminable de una columna en pie de campaña.

El 2 marchamos hasta las tres de la tarde recogiendo aquí y allá noticias de la inmediación del enemigo.

Con avidez leemos algunos diarios viejos que hallamos en una pulpería. Por ellos me informo de la enfermedad de mi pobre padre emigrado en Buenos Aires. Esta certidumbre ingrata hiere mis afectos, porque yo tengo motivos para atribuirme colaboración indirecta y fatalísima en el mal que mina a un organismo querido, ya cansado para soportar con éxito tantas rachas adversas.

Creyendo cercano al Ejército obtengo permiso del coronel Martirena para adelantarme a su encuentro.

En su seno quizás pueda adquirir datos certeros al respecto.

—Allá, en aquellas casas blancas del horizonte, se nos dice, — voy con dos soldados, — está acampado el general Saravia; y al hablar así me apuntan a un caserío que podría distar tres leguas.

Parece que un estímulo de dolor apresura nuestro avance. A la puesta del sol llegamos donde presumíamos encontrar a los amigos y... nada; hace tres días que nuestra gente marchó con rumbo al sur después de levantar municiones venidas de la frontera en tres carretas.

Invitado a comer por el dueño de la estancia acepto antes de emprender viaje de retorno.

Alrededor de una mesa cuya frugalidad no armonizaba con el fuste del establecimiento, nos reunimos los dueños de la casa, sus hijos — una señorita y un jovencito — y el forastero.

Los revolucionarios habían dispuesto de cincuenta reses para su consumo, que podrían importar trescientos pesos, — y esta ocurrencia tenía entristecido a aquel hogar tranquilo.

La pobre señora que, según me dijo, visita a menudo la capital, vertía lágrimas recordando ese trastorno; mientras su esposo — cuyo apellido reservo — protestaba del suceso expresándose en esta forma, palabra más, palabra menos:

—Se comete una injusticia conmigo. Yo soy oriental, pero desde niño juré que jamás tendría opinión política. Y tan ha sido así que nunca me inscribí en el Registro Cívico para no ser sospechado de partidario; ni he votado; ni intervine jamás en las cuestiones locales.

A pesar de eso, no falta todavía quien me califique de blanco o de colorado!

Las lamentaciones de aquella familia empezaban a enternecerme, pero declaro que me sentí otra vez indiferente cuando oí a aquel hacendado, representante de una clase social favorecida y

culta, fundar de manera tan egoísta la razón de ser de su prescindencia.

Hasta en las trivialidades de una charla casera encontraba manifestaciones ingenuas, pero al fin manifestaciones, de la descomposición nacional.

¿Qué puede esperarse de un país cuando los extranjeros, que priman en número, sólo acatan y reconocen la autoridad advenediza de su Cónsul y los hijos de la tierra, los que en ella nacieron y en ella morirán, arrojan lejos de sí, como si se tratara de un contagio leproso, los derechos más preciados y más inherentes a la ciudadanía?

Al acusar estos rasgos desconsoladores de inercia, estas culpables apatías cívicas, casi pensé con algún filósofo pesimista, que los pueblos tienen los gobiernos que se merecen, y alabé de nuevo la alta sabiduría de Solón que obligaba a los atenienses, bajo pena en caso contrario, a tener afecciones políticas. Y empujado por el radicalismo de mi criterio inexorable para quienes no quieren ser nada en su patria, juzgué que la revolución había estado acertada al disponer por valor reducido de un ganado perteneciente a persona extraña por temperamento, a los dolores, a las alegrías, lutos y ansiedades de la sociedad en cuyo seno se agita y trabaja y prospera y educa a sus hijos.

Esos trescientos pesos arrancados de golpe a un bolsillo holgado importaban, a mi juicio, el total de veinticinco años de contribuciones ciudadanas desconocidas; de mil pequeños sacrificios repudiados; de suscripciones denegadas a un diario o a un club; de castigo a verdaderas delincuencias democráticas.

Dentro del mal indiscutible que ha entrañado durante la cruzada ese desconocimiento, exagerado por las crónicas, a la propiedad rural, yo creo percibir un bien no despreciable. El país dormía el sueño de la esclavitud y de la indiferencia más funesta gastado en su fibra sensible por lustros y lustros de achatamiento; la

elaboración ciudadana era un mito; nadie aceptaba deberes; todos repudiábamos el ejercicio de derechos.

El huracán revolucionario, impuesto por el letargo público castigó en carne viva a las clases conservadoras habituadas a no preocuparse de los destinos nacionales y a aplaudir despotismos y degradaciones siempre que los precios de Tablada fueran buenos, bueno el estado de los campos y bueno el ceño de los peores caciquillos locales.

Veinticinco mil hombres en armas, sacrificando «puntas» de hacienda de nacionalistas ricos y de colorados ricos — que a los pobres nunca se les contó, — han quebrado un sedentarismo profundamente peligroso.

En adelante, el temor de nuevos sacudimientos impulsará a reconocer obligaciones democráticas y al estímulo de sanas actividades. El estanciero enviará sus peonadas a inscribirse en épocas de comicios; el agricultor recordando los perjuicios sufridos hará algo de su parte por concurrir al afán común; y todos, sabiéndose generadores del porvenir, alejarán por siempre los males de la guerra aceptando los inconmensurables beneficios de la paz.

Después de pasar una noche perdidos nos juntamos con felicidad a nuestra columna.

El 3, como fin de una fuerte jornada, acampamos en Buena Vista. Ya empiezo a desesperar de la incorporación. Saravia parece intangible. Por todas partes acaba de pasar y en ninguna deja rastro.

Dormimos el 4 con el anuncio de la cercanía del enemigo. Se trata de un rumor nada agradable, pues somos pocos y estamos en condición bélica inferior.

A las tres de la mañana proseguimos la marcha. Camino preocupado sobre nuestra suerte. ¿Qué haremos si el Ejército ha vuelto hacia el sur, sin elementos ni caballadas de reserva? A medio día pierde motivo esta interrogación, pues alcanzamos a distinguir sobre la costa del arroyo Caraguatá, puñados de puntos

blancos, — carpas y tendidos — que denuncian la existencia del deseado campamento.

Se nos quita un gran peso de encima.

Pronto estamos en el seno de las filas, entre los compañeros de momentos amargos que no empalidecen y sí semejan adquirir contornos dulces en las lejanías del recuerdo.

Apenas cumple un mes de nuestra separación de Corrales y casi estamos convencidos de que un larguísimo trecho de tiempo nos aleja de aquella fecha de profundas agonías ¡son tantos los acontecimientos que se han sucedido, tan atropelladas las caídas, tantos y tan efervescentes los vértigos pasados!

La vida es un cinematógrafo palpitante. Por la avenida de la realidad pasan en tropel los apetitos y las pasiones y las virtudes. ¿Quién se detiene en ese declive?

Con afecto demostrativo se nos recibe. De abajo de cada poncho y de cada armazón de alambres, pues llovizna, — sale una cara iluminada por las luces sin menguante del cariño, para sonreírnos con alegría. También nosotros rebozamos satisfacción. Entonces me explico el amor nostálgico de los veteranos a su cuerpo, las vinculaciones sin coyuntura del cuartel, porque entonces aprecio en toda su vigorosa intensidad el íntimo atractivo que para mí tiene aquella gran familia rodante que posee brazo y cerebro y mucho corazón.

En seguida paso a saludar al Jefe de Estado Mayor a quien juzgo que me liga un compromiso honroso.

El Coronel nada me dice y nada me pregunta, pero luego de estrecharme en un abrazo, me presenta al general Saravia.

Declaro que me sentí invadido por un contento amplio y depurado al recibir esta demostración que ya sabía cuánto significaba.

En la hora del naufragio nuestra buena estrella quiso apartarnos de las rompientes de la costa.

RECONCILIACIONES VERGONZOSAS

Antes de proseguir la narración principal, es indispensable prestar atención a varios sucesos e iniciativas concomitantes: el estado de la política en Montevideo; la peregrinación del ejército desde el 3 de abril, fecha del alejamiento de Núñez, hasta el 5 de mayo, fecha de nuestra reincorporación en Caraguatá; la toma de la cañonera «General Artigas»; y el resumen de algunas locales.

El resultado brillante de la batalla de Tres Arboles, produjo honda emoción entre los primaces del partido gubernista, que vieron una seria amenaza de destronizamiento en ese tan rudo golpe dado a la tropa de línea.

Una ráfaga de instintos marchitó los azahares de una oposición honrosa que pudo salvar el honor del coloradismo en este momento histórico.

La revolución había estallado aplaudida por los adversarios independientes que no cesaban de calificar de corrompido el orden de cosas imperante.

Más aún; dentro de los cuadros rojos se intentó, como es notorio, derribar a la administración presidida por Idiarte Borda. Si el *someterse o dimitir* famoso no se realizó fué simplemente porque no se pudo, nunca porque no se quisiera.

El movimiento nacionalista acababa de levantar como divisa de guerra en vez del aliento tradicional, ya archivado, el pendón de los agravios comunes y de los comunes anhelos de reivindicación. Se iba a la lucha para obtener el comicio libre y el manejo decoroso de los dineros públicos.

Hasta el día de Tres Arboles encontró ecos en todas partes ese empeño patriótico. El coloradismo tampoco le escatimó simpatías. Pero la victoria del 17 de marzo entrañando un peligro de muerte para los perpetuos usufructuarios de la salud de la nación, sirvió de gozne a una poderosa tendencia concentrada.

La alarma tomó cuerpo de manera simultánea; y así vemos unificarse en un empuje idéntico a los enemigos de ayer en apariencia irreconciliables.

Los generales disidentes habían firmado semanas atrás un documento político que era un proceso. Se decía en él:

«La política gubernativa es violatoria de las leyes, contraria a los anhelos de la paz y al régimen institucional, y conducente a situaciones de fuerza.

Si los ciudadanos no pueden reunirse para honrar a don Tomás Gomensoro y elevar sus votos por la patria, hay que confesar que se les impulsa desatentadamente a otra esfera de acción distinta de la pacífica y tranquila, garantida por las leyes de la República. «Sin embargo de estos términos fuertes, ellos no tuvieron inconveniente en exponer después de Tres Arboles, que: «el deber y el honor señalaban por el momento otros rumbos primordiales a la acción de los ciudadanos que deben concretar sus esfuerzos a evitar el mayor incremento de la guerra civil y *a la defensa del partido de sus afecciones*».

He ahí dos declaraciones antagónicas, el anverso y el reverso de una conciencia; la contradicción más evidente y calificable a la vuelta de una página, que revela sin mayores comentarios de nuestra parte, el poco decoro que se exteriorizó en este asunto.

Es que por cuarta o quinta vez en el curso de treinta años el interés de bando se anteponía al sagrado de altas conveniencias.

Y siempre estaban en pie, más imperiosos que nunca, los reclamos de la pureza; y la revolución acababa de acreditar, dando la mano al vencido y respetando al caído, que respondía con una realidad hermosísima a los prestigios de su programa impersonal.

El elemento civil colorado acompañó en parte esa repudiable deserción. Doce de sus personalidades suscribieron una manifestación de sometimiento a Borda, que terminaba exponiendo al Presidente: «*El deseo de que sean utilizados todos los elementos del Partido de la Libertad en bien de los intereses generales*».

Era una miserable ironía enunciar aquel título soberbiamente majestuoso, cuando se ponía el sello a una conspiración dirigida contra los fueros y libertades del país entero.

Este apuntalamiento combinado de una situación degenerada e intolerable en homenaje a las bastardías del cintillo, merece candente anatema de la historia. Gracias a esa ayuda suiza consolidó el bordismo sus posiciones dentro del régimen dominante, pues en cuanto a su poderío guerrero ninguna eficacia ganó.

Reconfortado el «sistema» se prolongaron los terribles choques y las ingratas hostilidades.

La ausencia de apoyo, el vacío, pudo haber derribado a Idiarte Borda ya vacilante; pero muchos de sus correligionarios prefirieron olvidarse de que era una entidad funesta antes de abrir entrada a la política de co-participación.

Sobre ellos gravitan pesadas culpas. Ellos pudieron evitar que corriera mucha sangre y no lo evitaron.

De acuerdo con la reciente reconciliación que al fin y al cabo venía a fundar la alianza sólida de elementos idénticos casualmente en desarmonía, fué nombrado el general Máximo Tajes, con fecha 27 de marzo, Enviado Confidencial en la República Argentina, donde hizo triste papel; pasó el general Eduardo Vázquez el 12 de abril a la jefatura del Ejército del sur, para cercenar su reputación; y ocupó el Ministerio de Guerra y Marina el general Luis Eduardo Pérez, por renuncia del general Díaz. Este último había probado sobre el terreno ser una vulgaridad militar; aquel nada mejor acreditó en su nuevo desempeño.

Don Máximo Tajes era una personalidad surgida del fondo oscuro de los cuarteles en una época de oprobios y sucesos siniestros. Hermano de leche en su actuación militar de don Máximo Santos, se encontró del día a la mañana ascendido a general y Ministro de Guerra y Marina de su amigo por obra de circunstancias fortuitas que él mismo no se atrevería a indagar.

Tal vez su misma inaptitud lo levantó a la cumbre en tiempos

en que poseer condiciones para dragonear de instrumento era un mérito.

La suerte y la novelería fomentada lo señalan en 1886 como vencedor de un movimiento revolucionario que estaba derrotado desde antes de estallar.

El tiro de Ortiz apresura su rápido ascenso y poco después de la Conciliación de noviembre le toca presidir una era de inmensas satisfacciones populares, muy semejante a la elaborada en la actualidad bajo los auspicios promisorios de don Juan Lindolfo Cuestas.

Deslizándose por el riel de tantos florecimientos acumulados, el general Tajes pudo colocar la piedra fundamental de una renovación política venturosa; pero prefirió su tranquilidad india a los galardones de una gratitud perdurable y su administración que pudo resultar lampo de luz sólo fué un breve destello.

El talentoso Julio Herrera, luego de utilizarlo, traiciona a este personaje acostumbrado a traicionar y Tajes permanece en la penumbra hasta que Borda lo solicita para emplearlo en una aparatosa ornamentación.

Ciertamente que el general Eduardo Vázquez pertenece a otro rango.

Veterano de la guerra del Paraguay, corrió sin excepción de un segundo aquella tremenda aventura militar ganándose reputación distinguida. Ascendido a coronel sobre el campo de Manantiales, por su brillante rol, — le cupo más tarde batir al temible caudillo de su partido Máximo Pérez. En 1886 forma junto a los defensores de la moralidad política mandando una brigada de infantería compuesta de los batallones a las órdenes de los comandantes Octavio Ramírez y Pablo Ordóñez.

Antecedentes tan relevantes dieron merecida aureola a su nombre como soldado. Así pues, no es de extrañar que se asociara a su designación de jefe del ejército del sur la certidumbre de un descalabro revolucionario.

Sin embargo, las cosas pasaron de otro modo y al mes y medio el general Vázquez renunciaba su alto cometido retirándose para la capital, sin contar con un éxito ni mediano capaz de disimular su deslucido ejercicio. Es justo reconocer que la intriga política le produjo molestias, pero tal evidencia no amengua en mucho su fracaso que tiene gemelo en el del general Santos Arribio.

En cuanto el general Luis Eduardo Pérez también lleva por merecimiento propio las palmas jerárquicas. Es un veterano en toda la extensión de la palabra y ha sabido ganar sus galones a pesar de haberse caracterizado por su censurable dureza en nuestras luchas civiles. El sacrificio de Albarenque tiene difícil atenuación. Dotado de un estrechísimo criterio, es incapaz de lucrar con sus posiciones; pero también carece de entereza suficiente para romper solidaridades comprometedoras.

Nada entiende de resistencias al oficialismo. Flameando en el Fuerte la bandera roja son posibles todos los acomodamientos, y así lo encontramos sirviendo al tirano Santos, acompañando a Julio Herrera en su escandalosa administración y aceptando en su vejez un puesto junto a Borda para dirigir una campaña oscura contra las falanges ciudadanas que respondían al clamor angustioso de la patria.

Con fecha 3 de marzo el gobierno, acosado por los justificados ataques de la prensa, tiró un decreto restrictivo de la libertad de pensamiento.

Sólo pudo hablar desde entonces el diario *La Nación*, heraldo de todas las ignominias públicas, que escudado en su cobarde impugnidad no vaciló en esparcir noticias terroríficas sobre la suerte de los revolucionarios concluyendo por insultar torpemente a las más distinguidas damas montevideanas, porque ellas se preocupaban de arbitrar recursos para los hermanos heridos.

La prohibición de embarcarse para el exterior fundó inicuos negocios que arrojaron el mayor descrédito sobre la institución policial. Los permisos se vendían a precio de oro.

Estas restricciones no impidieron la emigración de gran parte de la juventud. Con todo, alguno de sus representantes conocidos, tomados en momento de la partida, fueron a purgar su decisión en las cuadras de los cuarteles y marcharon a campaña. Brutales imposiciones a que no da derecho ningún extremo.

Otro decreto apareció el 3 de abril convocando a la Guardia Nacional como si se tratara de un conflicto internacional. El objeto principal de tal medida fué obtener recursos mediante el pago de personeros, pues nadie deseaba enrolarse en una cruzada antipática.

Tal disposición vino a crear una fuente de bastardos rendimientos.

Idiarte Borda en su infinita altanería, hombre sin entrañas ni ductilidad de carácter, se sintió molestado por la intervención humanitaria de la Cruz Roja — que tan meritorios servicios prestó, — en los asuntos de la guerra. La concurrencia de médicos y practicantes desapasionados a los campos de combate importaba el conocimiento exacto de los hechos y ponía de relieve las mentiras oficiales.

Esto no era soportable y en consecuencia se acordó prohibir a la digna asociación de caridad su desinteresada intervención. Debido a tan criminal acuerdo fallecieron muchos pobres heridos, pues el servicio facultativo oficial fué siempre pésimo.

Tal derroche de audacia, tanto lujo de crueldad, de podredumbre y latrocinio debía fatalmente encender profundas cóleras.

No sabemos si el simulacro de atentado dirigido contra la vida del Presidente el 22 de abril por Juan Antonio Rabecca, joven estudiante de 17 años de edad obedeció a un reflejo de aquellas indignaciones; pero lo cierto es que este suceso señaló el rumbo de una solución perfilando en el futuro el brazo vengador del patriota Avelino Arredondo.

Las erogaciones oficiales habían aumentado de manera formidable y el gobierno, amenazado de una bancarrota, emitió un empréstito extraordinario de cuatro millones de pesos que se destinaron a constituir el «Tesoro de Guerra».

Con dificultad pudo realizarse esta operación que agregaba nuevas nubes al horizonte económico del país. Ese dinero apenas alcanzó para llenar despilfarros y satisfacer gargantuescos apetitos.

Estábamos en pleno período de dislocamiento moral. ¡Y esa fué la oportunidad elegida por parte de los colorados independientes para rodear al indigno mandatario!

SAN GERONIMO

Debe recordar el lector las precarias condiciones en que se halló el coronel Lamas el día de la separación del coronel Núñez en compañía del Delegado del Comité Revolucionario doctor Terra. Sólo quedaban a sus órdenes a lo sumo 300 hombres, número total de las fuerzas del coronel Marín y del comandante José Gil reunidas. El intento de fusionamiento con Saravia no se vislumbraba muy fácil en una región cruzada por el enemigo y no conociéndose a ciencia cierta el rumbo seguido por los compañeros, engolosinados con su ventajosa persecución a Muniz. Tras ese temible adversario había pasado nuestro General por las inmediaciones de la Villa de Treinta y Tres. Los gubernistas iban dejando en el camino caballadas cansadas, fuera del abandono de armas de que ya hemos hecho mención, como así también de las deserciones en grupo que sufrían. Finalmente, acosado por esta hostilidad cosaca que castigaba cruelmente su retaguardia, Muniz vadeó casi en desbande el río Olimar por el Paso de la Laguna internándose en los montes del Cebollatí después de cruzarlo por la Picada de Techera. Es interesante y refleja verdadero mérito sobre Saravia esta curiosa página militar. Agrega evidencias incontrastables a nuestra afirmación respecto al carácter indeciso de la batalla del Arbolito, la circunstancia de empeñarse nuestro General, a los pocos días de darse ese combate de colorido adulterado, en una persecución constante que se prolongaría en un trayecto de treinta leguas. Muniz, el astuto

Muniz, fué arrojado así de sus mejores canchas por el esfuerzo incansable de nuestro caudillo. He ahí una de las aristas más notables del General: la tenacidad en el propósito final. Al volver de Aceguá su idea invariable, cosida con energías extraordinarias en las circunvoluciones de su cerebro, fué quebrar a Justino, indudablemente el peor de los enemigos. Y con muchos o con pocos, a pie o a caballo, bajo agua o con buen tiempo, el realizaría ese anhelo sagaz que cumplido, dejaba libre de cardos el extremo oriental de la República. Esta cruzada atrevida de Saravia hasta las márgenes del Olimar, a pesar del general Pacheco que remontaba el departamento de Rocha y de los rumores alarmantes que venían de Florida, atestigua que debajo del poncho de ese noble paisano late el alma de un general. Pero de un general americano dueño de impetuosidades geniales que le permiten renovar en el sur las hazañas del héroe de Mata la Miel; capaz de romper con su constancia sin desmayo, los decretos del acaso, como el primer jefe de los orientales; y de imponerse a las ventajas del número y de milicias disciplinadas usando de los arranques desesperados de La Madrid aunque blandiendo en su derecha la lanza formidable de Timoteo Aparicio.

Después de exponerse a dar de manos a boca con fracciones adversarias, Lamas que había tenido la precaución de enviar emisarios a Saravia, pudo incorporársele el 10 de abril, a la altura del Cerro Chato.

Desde ese momento un eslabón más fuerte que el granito uniría a aquellos dos hombres de talla superior. La situación del Ejército era entonces difícil en lo referente a municiones: se estaba a 35 tiros por soldado. Del fondo de esa misma debilidad brota una resolución romancesca: los nacionalistas saben en el sur fuerte y soberbio, con artillería y grandes masas de caballería, al general Melitón Muñoz; perfectamente, a su encuentro se marchará. Al precio de tanta audacia se obtendrán vacaciones indispensables. Movida por ese ímpetu, la columna inclina hacia el oeste su rastro pene-

trando al departamento de la Florida por las puntas del Yí. Vadea los arroyos Molles e Illescas; cruza el Mansavillagra, el Timote, y después de pasar por La Cruz, sitio donde se efectuaría a los cinco meses el desarme revolucionario, acampó el 14 de mañana sobre la costa del Talita. Las noticias recogidas permitían comprobar la proximidad de compactas fuerzas enemigas.

Más aún, esa misma mañana, el coronel Juan Francisco Mena personalmente tomó prisionera a una partida enemiga, compuesta de un oficial y seis soldados, desprendidas en servicio de exploración.

Sin necesidad complementaria de un croquis puede con facilidad darse el lector cuenta de las posiciones ocupadas teniendo presente que el Talita y el San Gerónimo forman al fusionar sus aguas un dilatado ángulo recto. En el fondo de esa gran horqueta y extendidos sobre el primero de los arroyitos citados, estaban los nacionalistas. Ahora bien, a la derecha el San Gerónimo da entrada y salida a ese refugio natural por dos vados: el Paso de San Juan situado en el vértice, casi sobre la confluencia con el Talita, y el Paso de Tranqueras abierto más hacia sus orígenes. Aquilatando estos datos nada cuesta comprender que las llaves de posición tan estratégica están en esos dos puntos de comunicación con parte del exterior.

Ubicadas nuestras fuerzas de la manera descrita, no extraña saber que hasta con indiferencia se conoció la aproximación de tropas por la retaguardia, es decir, cubriendo la boca de aquel gran recinto agreste. Mandó el correspondiente informe el comandante Julio Barrios — incorporado después de Arbolito — quien con una pequeña fuerza hacía el servicio de día por aquel lado.

Su parte lo daba batiéndose ya con la extrema vanguardia del ejército gubernista a órdenes del general Muñoz.

Se dispuso entonces que el grueso de la columna continuara descansando bajo el cuidado del General, mientras el coronel Lamas, al mando de 400 hombres, salía al encuentro de los adver-

sarios. Así se hizo acompañando al Jefe de Estado Mayor las divisiones de los coroneles González, Marín y Díaz Olivera. Iba en descubierta, a un lado, el segundo de los nombrados llevando de protección a gente del primero mandada por el mayor Cayetano Gutiérrez. En esta forma se sostuvo el tiroteo provocado por las caballerías del coronel Manuel Alcoba. Detenidas estas con verdadero éxito en su avance, retrocedieron a las pocas horas después de mantener un vivísimo fuego contestado con discretas alternativas y completamente inofensivo. En esta acción, aceptada con toda inteligencia, empezó a destacar la figura sugestiva de Julio Barrios. Emboscado este detrás de una casa, después de simular una rápida retirada atacó sólo con 20 hombres al enemigo por un flanco llevando el desorden a sus filas que ya retrocedían y haciendo algunos prisioneros.

San Gerónimo fué un digno preliminar de Cerro Colorado. En tanto que Lamas atendía a la cola del ejército, Saravia hacía ensillar sin apresuramiento y temiendo que la división Florida, al mando del coronel Domínguez, pudiera dominar el importante Paso de Tranqueras, envió 50 tiradores con orden de guardarlo.

Cesado el fuego y cuando el sol se abrazaba a las lejanías del horizonte moviéronse los revolucionarios hacia el sureste saliendo de aquella pintoresca bolsa por el Paso de San Juan. El resuelto mayor Desiderio Arias, al mando de 30 tiradores, cubrió brillantemente la retaguardia. Estos sucesos tenían lugar a veinticuatro leguas de Montevideo, en el centro de todas las líneas ferroviarias.

El 14 se marchó hasta el amanecer terminando la jornada en la estancia de Urioste.

El 15 pasan los nuestros por Reboledo y el 16 de mañana acampan en las inmediaciones de la Estación ferrocarrilera de Cerro Colorado. Al medio día estaba a la vista el ejército de Idiarte Borda. Veamos cómo quedaba constituído. No bien se repuso el gobierno del estupor producido por la derrota del 17 de marzo, trató de combinar un esfuerzo decisivo capaz de aplastar

de un solo golpe el empuje revolucionario. Con ese fin y sabiendo que los invasores, ya fusionados, tomaban rumbo al sur preparó con toda prisa y aparato un pie de tropas formidable, con su correspondiente dotación de piezas de artillería, puesto bajo las órdenes del general don Melitón Muñoz.

MELITON MUÑOZ

No podía darse una jefatura más innocua y grotesca.

Hijo el mencionado del departamento de Canelones, frisa en los cincuenta y cinco años, ofreciendo el caso más gráfico del tipo de nuestro gaucho degenerado. Criado a las puertas de la capital, aunque sin conocer ninguno de los beneficios de la vida urbana, Melitón Muñoz se desarrolló en un medio ambiente heterogéneo y manso, favorable para la vitalidad de cualquier personalismo. A la sombra del tiempo él fué caudillo en Canelones como Justino Muniz lo era en Cerro Largo. ¡Pero cuantas diferencias abren un vacío entre ambos ejemplares! El último se impuso por el peso de su brazo atlético, escribiendo párrafos de bravura en las pulperías de todos los pagos, y cortando en lucha franca el vuelo de sus rivales; mientras el primero llegó a los principales puestos en alas de la casualidad, que a veces corona a los mendigos, y de la audacia compadrona, imponente cuando se sabe derivada de las alturas. Justino nunca quiso ni tuvo padrinos; de fierezas innatas, hizo burla del peligro y concurrió de aficionado a muchas nativas gresca con el mismo impulso espontáneo y alegre de quien participa de una inocente diversión. En el fondo del tránsfuga de hoy bullían calores de positiva valentía y actuaba el acicate de instintos recios que vencieron a menudo los obstáculos de la naturaleza domando siempre sus arisqueces. Melitón no gusta de los azares acres. Representante genuino de una tendencia corruptora que ya ha envenenado a una mitad de nuestra campaña, su

misión fué más de paz que de guerra, más de opresión autoritaria en tiempos de acatamiento político cuando los derechos del pueblo son una solemne mentira, que de actividad armada en épocas de intensa congoja. Muniz es un gato montés que sólo respira a pulmón lleno entre las selvas enmarañadas de sus guaridas salvajes. Hecho como las espadañas para crecer en lejanas hondonadas, jamás cambiaría su cueva del Bañado de Medina por el más fastuoso de nuestros palacios, ni sacrificaría a todos los esparcimientos regalados por la fortuna, los goces indefinibles de una marcación de potros. Muñoz, del gato sólo posee las dobleces, y como su temperamento apocado no lo inclina a extender garras de que tampoco disfruta, prefiere ocurrir a las mañas traviesas del zorrino que si no matan por lo menos desmoralizan; y esto a él le basta.

Por lo demás, los dos gustan de los entreveros: ideales para aquél cuando el silbido de las balas, el clamoreo infernal de las peleas cuerpo a cuerpo, el grito desesperado de los que caen, el alarido de lo ques triunfan y el destello de las armas blancas esgrimidas con furia, bautiza un inmenso latido de muerte; y perfectos para éste cuando ellos se producen alrededor de las mesas de elecciones, cuando la autoridad policial lo apuntala y a la cabeza de instrumentos disfrazados con una golilla desgraciada puede reirse de la soberanía del pueblo y burlar a los zonzos que confían en el comicio, arrojando balotas por montones en el fondo de urnas falsificadas.

En una palabra, es el general Muñoz, más que un caudillo un cacique electoral. Nadie que haya recorrido el país ignora el significado de esa creación nuestra. Eso quiere decir, dueño de voluntades y de acciones, señor y juez arbitrario en todas las disputas locales; eso quiere decir, agente sumiso del poder irregular que por su intermedio gana, cuando lo desea y como lo desea, las elecciones en su departamento sean muchos o pocos los votantes adversarios; eso quiere decir, que en un radio de leguas y leguas, ningún vecino colorado procede, — ¿qué digo? — piensa que va a pensar en

política, sin solicitar permiso de quien todo lo sabe, todo lo manda y todo lo puede, y ningún vecino nacionalista se atreve a proclamar en voz muy alta sus opiniones emancipadas porque corre el riesgo de ponerse mal con esa incontrastable y pesada influencia; eso quiere decir, que en el fraude y sólo en el fraude ganó los laureles que ostenta en el kepis, perfectamente sustituibles por espigas de maíz como atributo de un singular y reconocida tutela agrícola.

En las campiñas del norte del departamento de Canelones se ha radicado mucha emigración. Sobre esos troncos egoístas e interesados, que hizo sus «compadres», puso Melitón cimiento a su prestigio de trilla, y con los hijos de esos padres educados en el temor y respeto ya que no de Dios del «General», preparó el plantel de sus legiones inconsistentes. Y confiriendo en competencia indigna con la Academia Militar, un grado a este paisanito servil porque dió de rebencazos a aquel otro altivo que se atreve a pasar por la comisaría de golilla celeste tendida; y haciendo capitán a aquel sujeto porque «ganó» a su favor las elecciones en tal distrito; y recomendando a la consideración del Presidente que hoy se llama Santos, mañana Tajes y pasado Borda, a este comandante de sucios galones que necesita de otro gradito, concluye por corromper el sentido moral de una clase que acaba prestándose a cualquier atentado e ignominia siempre que lo disponga el «viejo». Cuando el Quebracho Melitón juntó gente a montones ayudado por las policías. Cuando la fiesta decadente de los bordistas en el campo del Sauce, Melitón hizo una rastrillada cruda por sus pagos y, quieras que no quieras, llevó por delante como si tratase de una punta de animales de saladero, a más de mil infelices paisanos y labradores. Cuando el último movimiento repitió con mayor dureza ese reclutamiento bárbaro. Así se explica que la división Canelones alcanzara a tener cerca de 3.000 hombres. Sin embargo, esa ola de soldados sin alma no fué obstáculo para que los nacionalistas se burlaran del general «canario» en Cerro Colorado, y para que el

veterano Trías lo pusiera en fuga vergonzosa en sus mismos pagos cuatro meses después.

A ese pobre puntal de nuestros despotismos blandos y de nuestros despotismos duros; a ese famoso caciquillo sin ninguna virtud de cuña verdadero; a ese soldado que hizo su carrera matrereando entre trigales; que no sabe escribir su nombre entero porque firma de memoria, entregó sus esperanzas de triunfo el gobierno de la época.

Por si acaso, colocó a su lado un puñado de oficiales de escuela que pronto se vieron obligados a abandonar un campamento donde podía más el más bárbaro.

RUFINO DOMINGUEZ

Habilitado con unas cuantas piezas de cañón y teniendo íntegra la división departamental, tomó el general Muñoz rumbo al centro de Florida.

Dada la dirección que traían los «revoltosos» por ahí esperaba encontrarlos y deshacerlos. En el camino fué recibiendo numerosas adhesiones descollando por su importancia la del coronel Rufino Domínguez, Jefe Político del departamento de Florida, quien alcanzaba a disponer de unos mil hombres. Esta incorporación se efectuó el 15 por la tarde. Debido a circunstancias poco felices aparecía el señor Domínguez embarcado en las aventuras militares del momento. Hombre que toca el último tercio de la juventud, de inteligencia penetrante, guapo, varonil, llevando dentro de sí el estimulante de aspiraciones explicables en quien se siente con capacidad suficiente para distinguirse de la muchedumbre, es el mencionado el ejemplo más concluyente de una energía avasalladora. Tal vez no posea la fisonomía política de este ciudadano la absoluta corrección de rasgos necesaria para modelar un perfil irreprochable; tampoco tendrá su nombre idéntica intensidad austera en

todos los momentos de actuación; pero nadie puede negarle raras enterezas de carácter que le prestan excelentes reflejos.

Rufino Domínguez es hijo de sus obras. Ahí estriba su mérito. Oficial de línea en 1875, emigra cuando estalla el motín, y acreditando una muy apreciable clarividencia cívica, se liga de manera simpática a los propulsores de la revolución Tricolor. Cuando declinan un poco aquellas tumultuosas mareas de la época, se dedica con vivo ardor al estudio en su faz más enciclopédica, persuadido de que nada vale el que nada sabe; y él quiere valer. Nada lo hizo desmayar en su labor insospechada. Como el obrero que mirando al porvenir por encima de los obstáculos del camino, trabaja afanoso y hace del ahorro su religión, de la misma manera este infatigable sin descanso ni días dominicales, fué aquilatando conocimientos y lecturas, convencido de que ese capital, amasado con paciencia de neófito, rendiría frutos alguna vez. Su instinto certero no lo engañaba.

Sindicado ya como un guarismo que rompe por algo que se ignora la monotonía de las sumas y restas políticas, Rufino Domínguez se incorpora con fe y con entusiasmo a los preliminares violentos de 1886. Sin exhibir la sombra de una vacilación acepta el mando del batallón 1º de infantería revolucionaria y marcha al Quebracho para sellar con hechos honrosos sus compromisos morales. Todos conocemos de memoria, porque el desgarro producido por las espinas deja siempre un amargor inextinguible, — las tristes ocurrencias de aquella jornada. El coronel Domínguez fué de los pocos que se portaron bien allí. La Conciliación de noviembre vino a restablecer mal y por un instante el equilibrio roto. Rufino Domínguez hostilizó de frente y desde la prensa aquella alianza ingrata entre el pueblo torturado y el tirano verdugo. Esa independencia de juicios cuando la corriente del entusiasmo público era arrolladora, fija mejor el acento propio de esta naciente personalidad. Muchas veces he pensado que no estuvieron en error los censores de aquella aclamada evolución política que vino simple-

mente a postergar una operación dolorosa usando de sedativos donde la ciencia solicitaba un golpe de bisturí. Si sincero, el movimiento del 4 de noviembre fué una equivocación hermosísima revestida de tintes abnegados que realzan a sus actores civiles porque, como dice con lujo de verdad Lieber, «pocas son las circunstancias en que un ciudadano recto necesita mayor valor y más energía que en los casos en que tiene necesidad de aparecer violando sus principios, cuando en conciencia sabe que no se aparta de ellos.» Si extraviado, nada nuevo precisamos agregar a nuestros asertos. Tanto cuanto seducen las virtudes verdaderas, repelen sus imitaciones. Pero aquel gran acto de concordia encarnó un ímpetu desprendido que el país aplaudió sin ninguna restricción.

Encarrilados en algo los destinos públicos, Rufino Domínguez ocupa sin desdoro una banca en las cámaras de 1888. Con singular brillo ha cambiado su chaquetilla de soldado por la toga del orador, y más de una vez su palabra briosa tuvo el nervio de las peroraciones justicieras. En la Asamblea Legislativa inmediata vuelve a figurar el ciudadano cuya rápida silueta bocetamos. Aquella corporación, hija de la *influencia directriz*, nunca pudo reflejar honor sobre sus miembros. Incorporado ya a la vida oficial, que tan cruelmente exprime a los hombres en estos países, Domínguez acepta los poderes de legislador que le refrenda la voluntad omnímoda de Borda. Quizá es este el período más pálido de su actuación.

Confundido con un tropel de entidades minúsculas y heterogéneas que sólo representan la soberanía del apetito nunca tuvo censuras para el poder desordenado ni fundó una crítica a las pesadas ignominias de la época. Entregado a los caprichos y peligros de una corriente extraviada, se alejó sin brújula de las playas populares. Realmente que hubiera costado mucho reconocer al constitucionalista teórico de 1875 y al propagandista acerado de 1886, que veía una apostasía en la transacción restringida con el déspota aleccionado, en el blando amigo de la situación insoportable creada el 21 de marzo. Quien por antecedentes y tendencia

debía tener oído para las aflicciones públicas, partió migas con los enemigos de la nación y fué uno de los brazos fuertes del bordismo desde la Jefatura Política del departamento de la Florida, que obtuvo para sí, con lamentable agrado, en vísperas de la revolución nacionalista ya decretada. Como jefe de milicias pretorianas, Rufino Domínguez concurre a la batalla de Cerro Colorado desmintiendo sus convicciones levantadas e igualándose en un minuto a sus enemigos de siempre: los engendros de cuartel. En circunstancias precarias para el civismo vuelve pues a las filas rojas teniendo la mala suerte de ceñir otra vez a su sombrero la divisa vieja al servicio de una tendencia que defiende, aún conceptuándola intolerable, por espíritu contradictorio de consecuencia. Por otra parte, quizá él fué el único jefe situacionista que se condujo bien el 16 de abril. Recordemos también, en homenaje a la equidad, que los resaltantes merecimientos ganados por Rufino T. Domínguez últimamente, ayudando al triunfo definitivo de la causa popular, lo sindican de manera sobresaliente y atemperan en mucho sus yerros de momentos políticos anteriores.

CERRO COLORADO

Al amanecer del día 16 reinicia su marcha el general Muñoz, quien en conocimiento certero de las actividades del enemigo espera entablar pelea de una hora a otra. La división Florida, como más dominadora de la cancha, ocupa la vanguardia siendo protegida por 1000 hombres de la gente de Canelones al mando del coronel Primitivo Cabrera, militar éste de galones cosidos con hilos de cualquier cosa, que es fiel hechura de su protector don Melitón. Cuando los gubernistas llegan al que pronto sería famoso campo de lucha, se sienten vacilar ante la ubicación de alta estrategia adoptada por los nacionalistas. En efecto, la línea de éstos, prolongada en una extensión de seis kilómetros, se pierde a lo lejos

protegida por los terraplenes de la vía férrea que constituyen una insuperable posición. Aun siendo táctico el atacante se requería especial acierto para desalojar al adversario de aquel largo muro defensivo. ¡Y Melitón Muñoz iba a intentar hacerlo así! El campo de Cerro Colorado es de una topografía regular con suaves tonos pintorescos. Acostado sobre el dorso de cuchillas sin ninguna altanería de cumbre, resulta favorable para el ejercicio de las tres armas.

Durante la pasada guerra ese fué el escenario más aparente para dar una batalla de contornos dilatados y científicos con el auxilio de todos los recursos militares. La extrema derecha en la línea revolucionaria era ocupada por el coronel González, siguiéndole el coronel Díaz Olivera, el escuadrón del comandante Martirena, el coronel Berro, el comandante Juan José Muñoz, el coronel Aldama y otras fuerzas, cerrando la extrema izquierda el coronel Mena. El frente ofrecido era largo; pero nada importaba concederse este lujo disponiendo de parapeto tan interminable y seguro como los terraplenes.

Rompió el fuego bordista la división Florida que avanzando en condición desventajosa quiso desalojar sin éxito a los nacionalistas.

Sus sólidas guerrillas, aunque gozando de la protección del coronel Cabrera al centro y del coronel Alcoba a la derecha, nada pudieron hacer a los enemigos que contestaban con pausa y excelentes resultados a las atronadoras descargas adversarias. Apoyaba nominalmente este avance el tren de artillería, exhibido por vez primera en el curso de las operaciones. Conteniendo de manera muy favorable a los gubernistas se corrió la tarde. Las falanges de Muñoz no conseguían ni siquiera un resultado parcial. Sabido es que las municiones escaseaban — como sucedió siempre — de parte de los revolucionarios.

Tomándolo en cuenta y comprendiendo que la diferencia en

el número de combatientes y en la cantidad de los recursos, era anonadadora, Saravia y Lamas, de común acuerdo, iniciaron la retirada. Aquel protegería con el centro el movimiento del ala derecha dirigido por el primero. Eran las cuatro y media de la tarde. El clarín dió orden de montar a caballo y cuando esto se hizo, sin apuro ni alarma, aquella dilatada línea de jinetes se movió hacia el noreste tomando por eje una casa que blanqueaba a la izquierda. Fué esta una de las evoluciones más brillantes de la campaña, cuyo mérito corresponde por igual al General en Jefe y al jefe de Estado Mayor. Las exigencias del caso hicieron del coronel Lamas el Jefe de la retaguardia en su extrema derecha. Como quien dirige una formación en un campo de maniobras, ordena éste su fila con acierto casi matemático y aquellos voluntarios hasta momentos antes desmontados avanzan al paso de sus caballos sin una precipitación ni el menor asomo de desorden, dejando a las espaldas a un enemigo azorado e inepto que despunta sus cóleras impotentes haciendo estériles disparos.

Cuentan los ayudantes de nuestro Coronel que éste presidió con entusiasmo comunicativo, extraño en él, la retirada que describimos.

Seducido por el aspecto bizarro de las divisiones desplegadas en correcto orden abierto, exclamaba a momentos extendiendo las manos hacia afuera como para hacer aún más lento el movimiento.

—¡Vean, muchachos, qué lindo! ¡Esto sí que es lindo!

Se expresaba así mientras a retaguardia la fusilería renovaba sus ardores. Porque convencidos los gubernistas del retroceso de los revolucionarios quisieron hacer una persecución que resultó caricatura, pues avanzaron hasta donde se les dejó avanzar. Absorbido por su famosa calma, el coronel Lamas, después de cumplir su cometido, se quedó de exprofeso relegado a retaguardia en el papel del más simple oficial de guerrilla. Catorce hombres entre oficiales, cornetas y asistentes, lo acompañaban. Desde una casa de las inmediaciones, situada en altura, presenció el desfile ya

organizado de sus soldados y cuando ellos se perdieron de vista como una sombra en distantes hondonadas, recién entonces montó de nuevo a caballo para seguir la marcha, siempre al paso de su tordillo. Casi cortado de los suyos y teniendo encima la hostilidad enemiga, no permite a nadie apresurarse. Todos, convencidos de la inminencia del peligro, se miran unos a otros sin atreverse a dirigir observaciones, expuestas a modesta interpretación, a un superior tan cariñosamente respetado.

Lamas sonriente y sin pronunciar una palabra, como si no advirtiera lo difícil de esas circunstancias provocadas por los lujos estoicos de su bravura, camina siempre al paso pero de pronto vése obligado a detener su avance frente a un alambrado. Sin vaqueano, sin armas largas y aislado, él que no sabe si encontrará lo que solicita, pide que alguien lo corte.

—¿Quién tiene llave? —¿Quién tiene llave?— se preguntan nerviosos unos a los otros. Da la casualidad que el teniente Rodolfo Ponce de León no ha olvidado la suya. Se apea y corta los traidores hilos repitiendo por varias veces esa operación en parajes inmediatos. Los tiradores del gobierno aparecen ya en la loma cercana y Lamas creyérase que no ha oído el silbido de las balas que pican aquí y allá, es tal su indiferencia. Entrada la noche llega al ejército siempre el mismo: sin aparato, sin exhibiciones, sin un reproche ni una alabanza. Para él que es una arista los valientes sólo cumplen con su deber y los cobardes no merecen ni el peso de una censura.

Así se fanatizan los corazones.

En Cerro Colorado el gobierno formó de cinco a seis mil hombres contando con la división de Minas mandada por el coronel Angel Casalla. Los nacionalistas serían alrededor de 2.000 pues la deserción de la columna Núñez había abierto un profundo claro en sus filas. De ambas partes no entró toda la gente en pelea. Por inaudita torpeza del lado bordista, pues la oportunidad de un choque en el centro de los recursos oficiales no se repetiría en adelante; y por hábil combinación del lado revolucionario.

La batalla de Cerro Colorado es una de las jornadas más lucidas de la campaña. Ese extraordinario hecho de armas, en todos sentidos favorable a los invasores, quedará en nuestras crónicas militares como ejemplo acabado de lo que puede la audacia unida a la inteligencia y al valor. Seguramente que esa última condición floreció con igual lozanía entre los atacantes; pero a ella faltó sin género de duda la alianza depuradora de la segunda y el ímpetu utilitario de la primera.

Cerro Colorado, Las Cañas, Tarariras y Nico Pérez pertenecen a una misma serie de combates tranquilos y prestigiosos.

Es indudable que el general Muñoz no acostumbrado a presenciar retiradas de esta índole, juzgó en un principio que la pelea del 16 de abril había tenido para el adversario todo el perfil de un desastre.

Su primer parte del día siguiente, fechado en Reboledo, es un documento serio en el cual se da una versión formal de lo ocurrido, atribuyéndose, con evidente sinceridad, desaliento y gran dispersión a los nacionalistas. ¡Craso error! La ampliación posterior echa a perder el colorido aceptable del referido documento. En él, Melitón Muñoz que esta vez firmó una producción armónica con su pobre calidad, asegura que el jefe adversario había «huído cobardemente.» Calumnia estúpida hija de los celos, que empeora la causa desairada del general adversario. A justo título las falanges revolucionarias pueden recordar siempre con el alborozo de un positivo triunfo la batalla de Cerro Colorado. Tan se entendió en su día así que, según los cronistas de esa filiación, nunca estuvo el campamento más alegre que después de la pelea del 16. ¡Como que los cañones habían dado un soberano chasco — sus proyectiles sólo alcanzaron a matar un caballo, sin ofender al jinete que era el clarín del coronel Mena; como que apenas corriera la sangre de los compañeros; como que aquello fué una prolongada y limpia escaramuza!

Hasta en el número de bajas se nota increíble diferencia. El

general Muñoz en su parte, confiesa *50 bajas* de las cuales 7 muertos, contándose entre ellos un oficial de la división Florida hijo del comandante Barbosa.

El general Saravia solo tuvo 13 heridos y 4 muertos, siendo de los primeros el alférez Exequiel Gutiérrez ya antes herido en Tres Arboles, Leonel Varela, M. Herrera, Pedro Recoba, Ciriaco Artigas, Fructuoso de León, José del Pino, Bernardo Barreto, Marcelo González, el capitán Mata, Valentín Sánchez y J. Zeta. De los últimos, el capitán Mariano Luna, Domingo González y dos más de nombres desconocidos.

Elocuente desproporción denotativa del desacierto ofensivo de los gubernistas y también de la habilidad de los jefes revolucionarios. En Montevideo se festejó aparatosamente el pseudo triunfo de Viernes Santo. Recuerdo que entonces nosotros estábamos en Artigas y que hasta allí llegó, en forma de boletín impreso por el Cónsul oriental en Yaguarón, noticia del júbilo gubernista. Triste recurso.

Recordemos como dato último, pues estas reminiscencias sólo pueden robar espacio al final de una crónica, que la bandera flameada por los gubernistas en la batalla consistió en un gran paño colorado. Siquiera hubo franqueza en ese alarde de impúdico sectarismo. Pobre el partido dominante agraciado con esos flacos servicios, y pobre el ejército de la nación que todavía usa divisa, a pesar de estar ella reñida con su misión inflexible, — como en los tiempos encarnizados de Rivera y Oribe!

EN CARAGUATA

Libre de encuentros fastidiosos el ejército de Saravia volvió caras al norte después de haber hecho temblar al poder oficial. El rumbo obligado era hacia la frontera pues sólo por allí se esperaba socorro de municiones. En cuanto a Melitón Muñoz, a pesar

de su cómico triunfo, no avanzó ni un paso en persecución decisiva de un enemigo que, entre paréntesis, gozando de gran elasticidad y nervio, se dejaba perseguir sin perder por eso la calma ni una noche de sueño. Por lo contrario dió la vuelta a sus pagos de Canelones, disolviendo a las pocas semanas el ejército de su mando. El ensayo había resultado de efectos deplorables.

Marchando sin descanso para encontrar vado fácil en el río Negro, Saravia recorre una inmensa porción de la campaña.

Desde el paso de San Juan del Cordobés, Lamas despacha de acuerdo con Saravia, que los dos son válvulas de un mismo corazón, — a su ayudante el capitán Luis Pastoriza en comisión urgente junto al Comité Revolucionario. Este mensajero lleva en su bolsillo una nota brevísima de los Jefes del Ejército en la cual se pide la inmediata separación del doctor Duvimioso Terra de su alto puesto de delegado civil, en homenaje a los bien entendidos intereses de la causa. Fué ésta una señalada distinción hecha al compañero Pastoriza. Huelga decir que el mismo cumplió ampliamente su cometido, después de una correría azarosa entre partidas enemigas. La consigna recibida era perder la vida antes que las comunicaciones oficiales confiadas a su lealtad.

El 25 cruza al norte Saravia por el Paso de Pereira interponiendo una infranqueable línea de agua, torrenciales en invierno, entre los suyos y sus adversarios. Cuidado con esa nueva Gran Muralla que puede ser tanto pared de una fortaleza como tabique de una prisión! Tomando a, la izquierda del río Tacuarembó Aparicio se interna en las planicies del Caraguatá, siempre hacia la frontera.

A fin de mes acampa en el Vichadero, donde se mantiene a la espera de algunos elementos indispensables.

Por fin llegan estos contenidos en dos carretas. Allí viene una partida insuficiente de tiros y para mayor contrariedad, no hay municiones para los winchesters — llamados *winches* por nuestros paisanos — que son abundantes y preferidos en las filas.

¡Bendito sea Dios! ¡Haber caminado tantísimas leguas en busca de ese precioso abastecimiento y aun después de recibirlo tocar desesperantes estrecheces! En los primeros días del mes de mayo entra a descansar de sus vertiginosas marchas el incansable ejército. Es en tales circunstancias que se incorporan: el coronel Martirena con algunos dispersos de Artigas, el coronel Alonso, restablecido de su herida, don Eduardo Acevedo Díaz con el poeta Carlos Roxlo, el venerable coronel Fortunato Jara, el coronel Exequiel Saavedra, el comandante Angel Muniz (a) *Cabeza*, el comandante Ignacio Mena, también curado, y el coronel Gabriel Orgaz y Pampillón, otros de los fieles de la división número 2 disuelta. Esos diversos pelotones sumados a los grupitos separados que llegan al mando del comandante Apolinario Velez, del coronel Julio Varela Gómez, del señor Luis Mongrell y del comandante Juan Cabris, retazos todos de la desventurada expedición del litoral, integran un total de 400 hombres. Poca gente para tanto ruido. Esto ocurría el 5 de mayo.

PROYECTANDO UNA HAZAÑA

De principio a fin fué una epopeya la revolución de 1897. Contribuyen a agigantar el carácter épico de sus proyecciones guerreras la esterilidad inmediata del esfuerzo pujante a veces, y el paño de pobrezas que le sirvió de cubierta siempre.

Cuando más sencillo y limpio de adornos prosaicos el altar mejor escalan el cielo las oraciones del creyente.

Bendita sea la religión sin mancha ni rencores del patriotismo que enciende cariños colosales en todos los pechos, que disputa el corazón a los grandes amores de la vida, que eleva el espíritu a las cumbres sin frío del ideal, que rompe los más sedimentados egoísmos, que abre de par en par las puertas del espíritu, estremece de emoción los miembros del paralítico, despierta

a los sordos y lleva la esperanza al ánimo de los ciegos iluminando hasta el fondo de los ojos sin pupilas!

Gracias a las eternas lozanías de ese culto superior ha dejado estela de astro el viril arranque último.

En todo momento hubo brío. Precisamente en circunstancias difíciles, cuando nubes pavorosas borraban hasta el rastro de una aurora, se alza frente a la defección miserable de Artigas el heroico ataque a la cañonera de ese nombre en las aguas del Uruguay. Cuando algunos neófitos caían postrados por la bárbara fatiga en el extremo este de la República, nuevos, más inspirados y más grandes agitaban en el extremo oeste sus entusiasmos de acero.

La toma de la *Artigas* por un grupo reducido de hombres denodados, no es sólo y sin género de duda el acontecimiento más extraordinario que registran las crónicas marítimas del Río de la Plata en toda época, sino que con dificultad tiene paralelo en la historia de los demás países sudamericanos.

¿Acaso valen más que esta hazaña de los tiempos de Juan Bart, y a pesar de su merecida resonancia, el temerario asalto de la *Esmeralda* en aguas peruanas, por el corajudo Cochrane, o la toma de la *María Isabel* por los marinos bisoños de Chile, o los prodigios bélicos de Brown el invencible, o los restantes combates por la libertad sostenidos en los ríos y mares de nuestro continente?

De ningún modo. El suceso naval que vamos a reseñar supera a todos por el colorido supremo de sus abnegaciones; por el acento trágico que lleva y a la vez que trágico fuerte y deslumbrador.

Fué ese un párrafo de bronce agregado a las páginas de nuestro libro santo.

Todos los romanticismos prestaron sus matices y sus aromas a esta empresa forjada por tres jóvenes sobre la lápida de una tumba.

El 22 de marzo de 1897 desertaban dos aspirantes de a bordo de la cañonera oriental gubernista *General Artigas*, fondeada en servicio de vigilancia frente al puerto de Nueva Palmira.

Como es de suponer, sólo a bordo del citado buque de guerra pararon atención en este hecho vulgar y desprovisto de importancia.

Sin embargo, con esa partida se firmó la condena de muerte en lucha leal, de muchos de sus tripulantes.

Para realizar su fuga debieron pasar trabajos rudos y correr peligros inminentes los dos camaradas evadidos.

Aprovechando un bote de a bordo, ellos se echaron a la ventura en ocasión determinada buscando la costa argentina que tantas veces ha sido tierra de promisión para nuestros afanes libertadores.

Durante esa noche que se deslizó pronto estuvieron los remos en continuada actividad.

Pero este insomnio engendrado por la fiebre de la pasión ciudadana no rendiría resultados favorables. Al amanecer y cuando la vista pudo abrazar el inmenso paisaje de las aguas dormidas, se vieron los arrojados desertores a poca distancia del punto de partida: de la casa flotante abandonada en la tarde anterior!

Nuevo esfuerzo muscular hasta obtener refugio en un pailebot del derrotero a Buenos Aires. En cambio de este buen servicio, los dos amigos, recogidos como náufragos en el medio del río, ayudarían al patrón en las maniobras de orden. Así, castigados por necesidades y tempranas penurias, llegaron a la capital argentina Alberto A. Suárez y Alberto Rodríguez.

¿Quiénes eran los dueños de esos nombres hasta ayer vulgares y hoy confundidos en la sustancia de un fraternidad inmortal?

Dos simples oficiales subalternos, antes del 16 de marzo, y dos águilas de potente vuelo después de esa fecha memorable.

Volaron entonces tan alto que sólo en el cielo de la posteridad detuvieron su ascensión hacia el infinito. Allí están bien.

Ambos ciudadanos eran orientales para honor de su tierra y de su raza.

Alberto A. Suárez había nacido en Montevideo el 13 de junio de 1876. Por consiguiente, de edad corta invadió el dominio de las «grandes cosas». Sus padres fueron argentinos y su abuelo el

coronel José María Errasquín, soldado de la patria vieja, que falleció a los 107 años en 1887.

En los bancos escolares de Montevideo aprendió Suárez las primeras letras pasando en 1882 a Buenos Aires donde se radicó de manera definitiva su familia.

De acentuadas preferencias marineras, pronto empieza a realizar sus ensueños ingresando a la Escuela de Torpedos del Tigre. Allí traba amistad con un alumno de su misma masa — lo que no es poco decir — llamado Tomás Rodríguez Rutter, en cuya compañía pasa luego a Inglaterra para proseguir sus estudios con subvención del gobierno argentino.

En la Escuela de maquinistas le esperaba una beca, pero para llenarla se requería hacer, en la forma por lo menos, el sacrificio de su nacionalidad.

Suárez antes que acceder a este duro despojo, prefirió tronchar esperanzas acariciadas desde su niñez. Acaso ya vibraba en sus oídos el latido de porvenir heroico.

A pesar de tan serio inconveniente, consigue obtener un puesto en los astilleros de Armstrong, por recomendación especial del comodoro Rivadavia. Meses después emprende viaje de retorno al Río de la Plata alistado a bordo del crucero *Buenos Aires;* pero afanes caprichosos e inquietudes de borrasca trabajaban ya su espíritu. En el Ferrol cambia radicalmente de ruta y sienta humilde plaza en un buque mercante que sale para la China. Va y vuelve de aquellas latitudes con perpetuo ceño. En Lisboa presta atención a irresistibles nostalgias y retorna a los lares.

Poseyendo ya reposo y toda la experiencia de un navegante curtido por distintos soles, dotado de excelentes instrucción técnica de mejores condiciones, pide su alta en la escuadrilla oriental. Aceptados sus servicios se le señala puesto en la *Artigas.*

Con Alberto A. Suárez ha caído allí una semilla vigorosa que a trueque de romper muchos tejidos adquirirá desarrollo y madurez.

Los temperamentos semejantes son como los cariños: pronto se encuentran y fusionan.

En la cubierta estrecha de la cañonera *Artigas* hizo alianza con otro varón fuerte llamado Alberto Rodríguez. Desde entonces en un mismo molde se vaciaron las comunes misantropías y en un mismo símbolo se pusieron los comunes ensueños, porque ambos compañeros estaban afiliados en alma y vida, por intuición secreta, al viejo y frondoso Partido Nacional.

Alberto Rodríguez, un año menor que Suárez, era hijo del departamento de Canelones en cuya capital nació el 21 de abril de 1877. Como su amigo y hermano de hazaña, descendía de familia acostumbrada a ofrecer a la patria el homenaje de su sangre.

Uno de sus abuelos fué el coronel Juan Carballo, soldado de la independencia.

Alentando inclinaciones idénticas a las de Suárez, ingresó el 5 de enero de 1894 a bordo de la cañonera *General Artigas* en calidad de aspirante siendo efectivo a mediados del año siguiente.

Es indudable que la idea de llevar un audaz golpe de mano sobre la nave gubernista tuvo sus primeras manifestaciones en el fondo mismo de la amistad que ligaba a Alberto Suárez con Alberto Rodríguez.

La santidad del movimiento armado de marzo se impuso a todos los espíritus desprevenidos. Notorio es que ni el sentimiento de partido se atreve a negar los sobresalientes caracteres de aquella soberbia empresa que vino a limpiar de viejas lepras el honor y los destinos de la República.

Pues bien, muy probablemente hasta los oídos de los dos compañeros resbalaron noticias certeras sobre la rutilante convulsión. Poco tardó en ascender al cielo luego, una promesa de verdadero holocausto que no se perdería en el vacío de las comunes perplejidades.

Fué ella seguramente un devaneo heroico que adquirió con-

tornos posibles en las intimidades de una conversación sigilosa. El hecho simple de abordar con calma y sin ningún aparato ostentoso tan temerario problema, pone en evidencia toda la fortaleza, todo el temple y toda la tenacidad de aquellos espíritus, poseedores de ese desprecio extraordinario por la vida que sólo dan la juventud y el fervor de pasiones bien batidas.

Aceptado y combinado el plan a desarrollar, encontramos ya en la deserción del 22 de marzo el primer cuadro de un drama verdadero y clásico hasta en el sacrificio rápido de sus protagonistas.

El ofrecimiento desinteresado de los dos amigos que se presentaban sin otra carta de recomendación que su singular energía, despertó profunda sorpresa en el seno del Comité Revolucionario.

Esa autoridad tuvo afecto y cauteloso estímulo para los dos oficiales que llegaban con la obcesión de un increíble intento.

El objeto de la empresa tratada era tomar la *Artigas*.

Suárez y Rodríguez pedían para sí la ejecución de tal plan contando con la ayuda sencillísima del Comité. Sólo un poco de dinero, algunos fusiles y unos cuantos machetes de abordaje demandaban para llegar a su fin.

Sin embargo, crueles atenciones detenían entonces los esfuerzos y escasos recursos del Comité. Ni el triunfo de Tres Arboles había conmovido como pudo esperarse a la aristocracia de la fortuna.

Pero las condiciones módicas de la solicitud formulada vencieron duras dificultades, y Suárez con Rodríguez fueron tomados en debida cuenta.

Antes de proseguir este relato debemos presentar, como acto de justicia y de disciplina narrativa, al tercero de los asociados.

Fué este Tomás Rodríguez Rutter, único sobreviviente de aquella ecuación selecta. De sangre en su mitad sajona tenía entonces este ciudadano la misma edad de Suárez.

Juntos los encontró la suerte en la Escuela del Tigre y juntos

los llevó el cariño al extranjero. Durante tres años frecuentaron como alegres camaradas los establecimientos navales de New-Castle, donde destacaron por sus disposiciones poco comunes.

El derrotero imprevisto hacia las aguas índicas seguido por Suárez y su posterior ingreso a la escuadrilla oriental dieron coyuntura a un largo apartamiento del querido condiscípulo. Rodríguez Rutter aprovechó esta época feliz de su vida visitando las principales costas europeas. Desde Rusia a Holanda y desde Holanda a Turquía hizo una derivación llena de matices instructivos, de enseñanzas y peripecias inolvidables.

A bordo del crucero acorazado *Garibaldi* vuelve al Río de la Plata en el año 1896.

Aunque sin haber perdido su exterior de niño posee ya toda la experiencia de un hombre de mundo, levantada sobre el cimiento granítico de una sólida educación inglesa.

Es Rodríguez Rutter el solo de los asaltantes de la *Artigas* que hemos alcanzado a conocer. De rostro dulce pero firme, de mirada expresiva y tranquila que adquiere fulguraciones cortantes cuando el apóstrofe franco sube a los labios, lleva en los ojos el color del ideal. Más bien bajo que alto, tiene un físico robusto capaz de esas elasticidades musculares pedidas a la gimnasia de los ejercicios atléticos. Su carácter se ha modelado sobre el yunque de la corrección británica. Aunque de apariencia imperturbable, en el fondo de aquel espíritu sin recámara había hermosas querellas que pronto recibirían respuesta.

Una vez en tierra Rodríguez Rutter inquirió informes con respecto a su amigo inseparable de otras épocas. Se le dijo que no era difícil encontrarlo en el Café del Cristal, calle Comercio, y allí fué en su procura.

Después de las efusiones consiguiente a esas ausencias de la juventud que siempre parecen luengas, Suárez introdujo al recién llegado a Alberto Rodríguez. Presentado por aquel lógicamente debía ser éste de buena pasta. En consecuencia, desde ese

instante un nuevo voluntario quedó enrolado en el recuerdo afectuoso de Rutter.

Cerrado el índice de las interrogaciones amistosas dijo Suárez a Rutter que preparaba una empresa de aliento.

—Estarías tú, dispuesto a acompañarme fuere lo que fuere?

—Suárez, contestó sin una perplejidad el interrogado, nuestro cariño jurado en la escuela no sufrirá eclipses jamás. Puedes disponer como quieras de mí.

En seguida se impuso a Rutter del plan concebido y cada cual tomó un rumbo para agregar elementos de toda clase a la expedición. En la sala de una humilde confitería, entre la jarana e indiferencia de parroquianos que entran y salen, se acababa de poner el cúmplase a un decreto heroico.

LA TOMA DE LA «ARTIGAS»

Gozando de la correspondiente autorización iniciaron Suárez, Rodríguez y Rutter sus trabajos revolucionarios con todo el misterio posible.

Como faltara gente apta para incorporar a la obra se trasladan ellos a la Boca, inmenso bazar humano que tiene toda la heterogeneidad de un montepío. Entre broma y broma, confundidos en parajes hábiles, tocando a este lobo de mar y comprometiendo a aquel conocido de la Escuadra alcanzan a formar un pequeño núcleo de gente dispuesta que tuvo por primeros integrantes a Miguel Cardoso, argentino de nacionalidad y marino de profesión, a Pedro Lara nicaragüense, a Feliciano Gorró oriental, marino, y a J. Aguirre (a) *Sarandí*, cabo de cañón de la Armada.

Esto ocurría el 28 de marzo. El 1º de abril se incorporaron al grupo Víctor Pedrette, oriental, pintor, y Nicolás Gagliero italiano, baqueano de los ríos.

En esa misma fecha siendo las cuatro y media de la tarde salió parte de la expedición, a bordo del queche *República Triunfante* con rumbo al Bravo. Iban de jefes Rodríguez y Rutter, pues Suárez director del lanzamiento había quedado en tierra ultimando los preparativos.

Recién el día 10 llegan a la isla de Olivera donde son alcanzados por Suárez a quien acompaña el señor Ventura P. Gotuzzo, emisario del Comité.

El 10 se detienen frente a la histórica isla del Ceibal o del Ceibo, la misma preferida para organizar algunos meses atrás, la columna invasora del coronel Núñez. Allí se incorpora un nuevo y último contingente de diez hombres. Los capitanea Claudio Acuña, chileno, soldado, y entre ellos se cuentan E. Castagneto, oriental, marinero, Conrado Bonhaister, alemán, soldado, Héctor Bonetti, italiano, carpintero, Juan Muller, alemán, foguista, Pedro Risso, oriental, marinero, Miguel Aguirre, chileno, marinero, Ricardo Von Drostt, alemán, foguista, Gregorio García, oriental, comerciante y Agustín Mayolo, oriental.

El mando superior estaba confiado por el Comité a Suárez a quien se entregaron los despachos de capitán. Rodríguez, Acuña y Rodríguez Rutter figuraban como tenientes.

El segundo y tercer puesto se discernió por su orden a los dos primeros de los citados. Los sucesos acreditarán que a Rutter le correspondía, en hechos y en derecho, integrar la trinidad dirigente en reemplazo de Acuña, elemento incrustado sin mayor título en la jefatura de la expedición.

En total, eran veinte los cruzados del *República Triunfante*, de nombre bien elegido.

Todo el primer día se pasó haciendo ejercicios de tiro al blanco. Más de uno de los complotados nunca había dispuesto de un arma de fuego. ¡Y del buen acierto de los disparos, de la serenidad combinada en el ataque, dependía el éxito del empuje!

El armamento con que se contaba era en su mayor parte

viejo y comprado de segunda mano. Consistía en doce revólvers de a doce milímitros, cuya calidad puede apreciarse sabiendo que su costo de adquisición fué de quince pesos papel argentino cada uno; quince carabinas y algunos machetes cubanos redondeaban esta miniatura de arsenal.

Causa placer recordar esa evidente imperfección de recursos guerreros como nueva e incontrastable prueba de las estrecheces paupérrimas del Comité. Por otra parte, este marco de increíble sencillez aumenta el colorido denodado de la hazaña realizada.

Para burlar toda sospecha se hizo una troja en la cubierta del queche, tapada a su vez con una lona amplia, de manera que a la distancia aparecería éste como una de tantas embarcaciones de cabotaje cargada de leña.

Debajo de aquel techo hábilmente construído vivieron en acecho durante dos semanas los veinte revolucionarios.

El 11, ya en condiciones de perfecto disimulo, salió hacia Palmira el *República Triunfante* anclando frente al pueblo del Carmelo, en aguas argentinas. Mientras tanto se despide Gottuzzo quien retorna en el vaporcito que lo trajo. Su misión consiste en estacionarse en las inmediaciones de la costa a la espera de los resultados del audaz golpe para trasmitir luego instrucciones.

En el queche los víveres se han agotado. Contribuye a hacer más mortificante la situación, la circunstancia de no soplar viento. Por consecuencia permanece allí dos días recibiendo sus tripulantes socorro de comestibles obtenidos de un pailebot que bajaba el río.

El 14 por la tarde se colocan los revolucionarios frente a Palmira, siempre en aguas orientales, en vigilancia de la *Artigas* divisada a lo lejos, que esa noche avanza como un fantasma hasta Punta Gorda y retorna a su primitivo fondeadero a la madrugada. Sus luces temblorosas han investigado constantemente las tinieblas que flotan como inmensos blandones sobre la limpia curva sin

recoger ni la visión de una sospecha. ¡Malo fué siempre el oído de los suizos!

El 15, siendo las siete de la mañana, se procede a la distribución de armas y tiros. Entonces el capitán Suárez expone en términos breves y enérgicos el desarrollo del plan proyectado. Con aclamaciones robustas se reciben sus palabras convencidas y las instrucciones claras que imparte y reitera para evitar fatales trastornos.

El grupo de atacantes queda dividido en tres fracciones. La primera, compuesta de cinco hombres y mandada por el teniente Alberto Rodríguez, ocupa sitio a proa con orden de someter a la tripulación una vez a bordo del buque enemigo.

La segunda, compuesta del mismo número de hombres y mandada por el teniente Rodríguez Rutter, se coloca en el centro; su tarea consiste en rendir a la oficialidad y tomar el cuarto de armas, llave de fácil defensiva.

La tercera, mandada por el teniente Acuña, contaba con cuatro miembros y debía proteger el abordaje de los anteriores. En el queche quedaban el práctico y dos marineros.

El capitán Suárez dirigía el cumplimiento de todas esas operaciones combinadas.

Antes de entrar a la parte impresionante de esta tragedia, conviene exhibir el poder ofensivo de la nave en peligro. El contraste es evidente y todo lo dice.

La cañonera *General Artigas*, el mejor de los buques bordistas, acababa de recibir notables perfeccionamientos en todos sus servicios. Poseía por esta fecha, los siguientes medios de defensa: 2 cañones Krupp, de 0.075 con 150 tiros; 2 cañones Nordenfield, de 0.057; 2 ametralladoras Canard; 50 máusers rifles de un tiro y 50 carabinas de la misma clase con 1000 tiros; 3 carabinas de repetición con 5000 tiros; 4 rémingtons carabina con 150 tiros; 10 revólvers con poca munición, 10 sables de abordaje y 4 lanzas.

Así se descomponía su tripulación: 2 jefes, 4 oficiales, 40

individuos de tropa y 10 de máquina. Además contaba la nave con tres botes y 40 toneladas de carbón siendo su marcha de cuatro millas por hora.

El capitán Suárez proyectaba llevar a cabo su afán a medio día más o menos, es decir, cuando la tripulación se entrega al descanso. Esto sólo sucede en épocas normales.

Para acercarse sin contratiempo hasta la cañonera, el queche bordejearía combinando las maniobras de modo a poder abordar con bichero en un momento determinado.

Hasta tanto llegara esa oportunidad el cuerpo revolucionario permanecería perfectamente oculto, y solo el práctico con algún marinero estaba eximido de tal consigna. Lo acordado era que cuando este viese favorable la ocasión y estuviera ya encima de la *Artigas* lanzaría la voz de *¡arrea!*, como señal de ataque, mientras los bicheros acercando la embarcación preparaban con toda rapidez la posibilidad de un asalto inmediato.

Las campanas de abordo daban las doce del día cuando lanzó aquél el grito convenido con todo de no estar aún completamente al costado de la *Artigas*. Una distancia de doce a quince metros separaba a ambas naves. Este principio de error pudo ser de funestos resultados. En efecto, en armonía con las instrucciones recibidas y creyéndose ya encima de la cañonera, los revolucionarios ocultos bajo la troja saltaron en tropel a la cubierta del queche en abierta disposición de realizar el abordaje. No poca sorpresa experimentaron al acreditar el trastorno sufrido; pero ya estaba arrancada la careta y sólo correspondía aprovechar aquellos instantes preciosos. Así pues, se inició un fuego variado y tan nutrido como era dado hacerlo a número tan limitado de tiradores.

Sobre la cubierta del buque enemigo reinaba la mayor confusión.

Entregados a un imprudente cuanto imperdonable sueño, los tripulantes de la *Artigas* corrían en desorden de aquí para allá sin atinar a repeler con la necesaria eficacia el temerario avance.

La equivocación del patrón del *República Triunfante* iba a imponer el sacrificio de algunas vidas, pues el proyecto de tomar el cuarto de armas, ahogando así todo asomo de resistencia, quedaba frustrado. La mejor prueba de esa contrariedad la exhibían algunos enemigos que empezaron a concentrar sus fuegos sobre la cubierta del barco atacante.

El teniente de marina Enrique Gradín, que hacía el servicio de guardia, quiso aprovechar de esa primera ventaja y comprendiendo cuanto importaría el fuego acertado del cañón, se aproxima a una pieza para cargarla. Pero adivinada la intención ofensiva todo el empeño de los atacantes se dirigió a hacer insoportable la permanencia junto a la borda, imposibilitando así el uso de la artillería. Gradín tuvo que retirarse.

Preparado el abordaje, gracias a la pronta intervención de los bicheros, pudieron saltar a la cañonera trece de los revolucionarios. El baqueano y un marinero cumplían su misión manteniéndose en el queche. Fallando en este punto el plan combinado Acuña con sus hombres les hizo compañía.

El capitán Suárez fué de los primeros en pisar la cubierta enemiga.

No bien se incorporó para avanzar cayó herido de muerte. Una bala certera disparada por Gradín le había partido el corazón. Detrás del camarada derribado venía Rodríguez Rutter revólver en mano. Un nuevo tiro de Gradín perfora la gorra de este último y le chamusca el pelo en la parte posterior de la cabeza.

Tan alarmante caricia no consigue intimidar al aludido que apuntando sobre Gradín baja el gatillo y le atraviesa el cráneo entrando la cápsula por la órbita izquierda. Sobra decir que el bravo oficial adversario no dijo un ¡ay!

Quebrada esta porfiada columna de resistencia mira Rutter a su alrededor y distingue a Bonhaister que más hacia adelante luchaba a brazo partido con un hombre en paños menores. Corre

en su ayuda enarbolando el machete y la emprende a hachazos con el enemigo que cae al suelo redondo y bañado en sangre.

Después se supo que éste era el comandante Risso, jefe superior de la nave.

Desocupado por aquí, retrocede Rutter hacia el cuerpo del infortunado Suárez cuando ve a Alberto Rodríguez que al tiempo de iniciar un movimiento semejante, aunque con distinta procedencia, cae pesadamente. Un marinero escudado por la escotilla acababa de poner fin a esta noble vida disparándole una bala de máuser bien dirigida. El proyectil penetró por el lado izquierdo del cuerpo, a la misma altura que el que hiriera a Suárez.

El destino depara a Rutter tarea de soberbio vengador.

Arroja entonces su revólver ya inútil, y parado entre Suárez y Rodríguez dormidos en brazos de la más esplendente gloria, pide su carabina a Gorró y aprovechando un momento en que el marinero de la escotilla se asoma hacia afuera de su escudo para conocer el resultado de un balazo que acaba de disparar en su contra, apunta Rutter con pulso sereno y bautiza otra agonía.

Este tiro señaló el epílogo mortífero del asalto. Ya el resto de los compañeros había dominado a la demás tripulación.

Recién en ese momento se agregó Acuña dando como motivo de su tardanza un golpe sufrido en el queche en circunstancias de lanzarse al abordaje.

EN AGUAS ARGENTINAS

Aunque a caro precio, el triunfo había coronado la viril empresa. Al grito tranquilizador de la marinería *¡el comandante se rinde!* contestó Rutter ordenando la suspensión del fuego. Solo restaba desarmar a los prisioneros. Para el efecto dispuso siempre el mismo, que todos ellos desfilaran, con los brazos levantados, hacia la popa. El segundo comandante, Ramón Tajes, subió entonces a la cubierta entregándose.

En breves minutos ganó nuestra historia una página sin igual abrumada por blasones de clásica valentía.

Un espectáculo de horror presentaba en esa tarde memorable el buque gubernista. La sangre corría abundante por todo lo ancho de la cubierta. Junto al cuarto de banderas yacían tres marineros muertos; un infeliz adversario, aspirante, había caído al agua herido, corriendo idéntica suerte.

Por otro extremo el comandante Risso desfigurado y sin sentido. Cerca uno del otro, Suárez y Rodríguez, sonrientes, pálidos, hermosos en su altanera juventud. Más allá el desventurado Gradín. Luego un desorden inmenso, la expresión torva de los vencedores y de los vencidos, los ayes y lamentos de algunos infelices, los tonos indescriptibles de una tremenda sorpresa, la serenidad majestuosa del gran río abajo, y arriba, el declinar de un crepúsculo de verano con sus aleteos apacibles, sus tenues cortinados de sombra que invaden acariciando y su silencio de sepulcro que invita a místicos recogimientos.

A poco de obtenida la victoria se destacan de tierra oriental varios botes con gente. Valido de su anteojo de mar alcanza Rutter a distinguir insignias de Cruz Roja, pero también armas relucientes. La caridad es incompatible con el engaño innoble. Por eso cuando las pequeñas embarcaciones llegan a conveniente distancia, se les ordena retirarse inmediatamente con sus medicamentos y demás buenas intenciones.

Nada tarda en divisarse al vapor *Golondrina*, de la matrícula argentina, que baja el Uruguay. Se le manda detener y hasta él llegan algunos compañeros en solicitud pacífica de elementos de curación y de servicio médico. No otra cosa puede hacerse tratándose de un buque con bandera extranjera y amiga. Aduciendo distintas razones, se opone el capitán a recibir a los heridos — lo que también se quiso obtener — entregando sin embargo, su corta reserva de medicinas aparentes.

Los pasajeros presenciaban conmovidos y asombrados esta

escena que acreditaba el éxito de otra mayor. Cuando el bote de la cañonera se apartó del costado del *Golondrina*, otra vez en marcha, una aclamación frenética y ensordecedora, un *¡Viva!* a la Revolución, a sus campeones y a sus héroes, que no tenía fin, fué el primer homenaje rendido a la gran hazaña.

La cañonera *Artigas* no estaba sola en las aguas de Nueva Palmira. El combate recién terminado lo pudiera conocer y hasta casi seguir en su desarrollo los tripulantes de dos buquecitos armados en guerra: *El Chapicuy* mandado por el teniente Abondanza, y *El Vigilante*, cuyo jefe no ha de tener mucho interés en que se le recuerde; *El Vigilante* escapado cobardemente en presencia del *Ernestina R* el 5 de marzo frente al Sauce, y que ahora encontraba gemelo de vergüenza reiterando en compañía su acostumbrada fuga.

Pues bien, Rutter previsor y práctico propuso a Acuña dar caza a aquellos barcos enemigos, tarea esta de positivos resultados; pero Acuña no estuvo por esa opinión alegando que era difícil alcanzarlos.

Si bien es cierto que cuando *El Chapicuy* y *El Vigilante*, doblaban Punta Gorda hacia arriba, la *Artigas* recién se ponía en movimiento, no es menos exacto que la diferencia de marcha entre las partes hubiera permitido un fructuoso ensayo. Así piensa Rodríguez Rutter. ¿Para qué estaban los cañones?

Muertos los jefes superiores de la expedición correspondió reemplazarlos al teniente Acuña favorecido con despachos de tal por el Comité.

Fué esta una evidente fatalidad que vino a arrojar en el vacío la inmensa ventaja adquirida.

Acuña carecía de condiciones técnicas para desempeñar con acierto el mando; sus afanes conservadores no guardaban relación con el carácter trágico de la empresa iniciada; y por lo demás, no disponía de la confianza de sus subalternos. Entre ellos Rutter que renunciando a toda ingerencia directora se retiró a su cama-

rote saliendo poco después, por solicitud fervorosa de Acuña, quien sólo con él contaba para disponer la marcha correcta del buque apresado.

Al caer la noche se puso en movimiento la *Artigas* llevando el queche a remolque. Al señor Gotuzzo no se le halló en el sitio convenido. El rumbo estaba puesto hacia la Boca del Bravo. Al amanecer del día 16 tocaron en la isla de las Botijas.

Allí se resolvió sobre la mejor manera de sepultar a los muertos de ambas partes buscando para ello un paraje relativamente alto garantido contra los avances arrasadores de las aguas.

Un viejo isleño abandonó su boscosa guarida para indicar un retazo de tierra aparente entre aquellos esteros intrincados.

Trabajando en colaboración prisioneros y vencedores, se cavaron varias fosas. Tres de ellas, iguales y colocadas en líneas paralelas, iban a prestar hospitalidad póstuma a Gradín, a Suárez y a Rodríguez. Ellos fueron enterrados en el orden en que los citamos, quedando Suárez en el centro, aquél a su izquierda y éste a su derecha. Envueltos en la bandera de la patria retornaron al seno de la madre común quienes habían honrado nuestros prestigios heroicos.

A Suárez se le tributaron honores de capitán y de tenientes a sus dos compañeros de larga jornada, de acuerdo con la graduación jerárquica de cada cual.

A retaguardia de esta primera fila y en el mismo orden, se abrieron otros resguardos cristianos donde descansaron los restos de E. Castagneto, de 17 años de edad, fallecido de resultas de una gravísima herida, de J. Aguirre, de Ricardo Von Drostt y de varios muertos adversarios.

Olvidábamos sentar que la revolución sólo tuvo cinco bajas en el asalto, dos jefes y tres soldados; y también que al comandante Risso y a otros heridos del gobierno se les permitió bajar al puerto de Nueva Palmira, como lo hicieron en la misma tarde de la derrota.

Las averiguaciones practicadas después de la muerte de Von Drostt permitieron identificarlo arrojando luz sobre sus antecedentes tormentosos. El referido descendía de opulenta familia alemana correspondiéndole en su país legítimo título condal.

Esa misma tarde continuó su marcha la *Artigas* y esa misma tarde Rodríguez Rutter, descontento de la situación de a bordo, abandonaba el barco en compañía de dos marineros utilizando al efecto el *República Triunfante* que venía a remolque.

Rutter estaba convencido de la ineptitud de Acuña y ante todo del creciente desgano con que obraba. Existía en el fondo la voluntad secreta de terminar de cualquier modo. Así pues, su alejamiento respondió a una certidumbre de desastre que muy luego tuvo contornos de oscura realidad. El creyó, y creyó con verdadero acierto, que el punto final de la gloriosa expedición no podía ni debía ser de timideces.

Sigamos en su aventura a Rutter que encarnaba el espíritu revolucionario con sus levantadas fiebres patrióticas.

Su embarcación, tan escasamente tripulada, baja por el Paraná. Esa noche cruza a su lado una torpedera que según súpose después andaba a la caza de los asaltantes. Perdida toda probabilidad de éxito inmediato era la mente de Rutter llegar tranquilamente hasta Zárate para obtener noticias y recibir instrucciones haciéndose en seguida a la mar.

Estando a tres leguas del punto citado varóse el queche en condiciones tan difíciles que fué tarea imposible arrancarlo a una mortificante y peligrosa inmovilidad.

Peligrosa sí porque el jefe del *República Triunfante* había tenido la feliz idea de alzar consigo todo el armamento manuable de la cañonera capturada con la loable intención de entregarlo al Comité Revolucionario. En las circunstancias que apuntamos corría riesgo tal propósito.

Aquella expectativa era intolerable. Entonces Rutter acordó seguir con un compañero hasta el puerto de Zárate. Los amigos

le esperarían a bordo del queche que internado en los cañaverales de la costa pasaba casi desapercibido.

A fuerza de remo se salvó la distancia a recorrer. Sin provocar sospechas desembarcaron los dos expedicionarios, pero cual no sería su estupor y desaliento al ver inmóvil y luciendo bandera argentina al barco tan sangrientamente arrebatado. En efecto, Acuña había concluído por entregarse a las autoridades del país vecino y allí estaba amarrado su buque ya impotente y en perspectiva de volver a ser enemigo.

Por este lado nada restaba tentar. Preocupado con el ocultamiento de las armas recogidas, Rutter llega a Buenos Aires donde adquiere los datos necesarios. Al día siguiente regresa al *República Triunfante* que ya venía en viaje trayendo por guía al infatigable y meritorio Luis Rosso (a) *Lungo*. Pronto quedó consumado el afán en vista. Cuando el queche pudo atracar al muelle estaba vacío de pertrechos.

LO DE SIEMPRE

He ahí expuesto con abundamiento de noticias controladas el asalto de la *Artigas*, operación, tan temeraria cuanto afortunada que careció de eficacia debido a una increíble fatalidad. Si Suárez y Rodríguez no mueren otro hubiera sido el corte de aquel hermoso hecho de guerra. Pero el plan audazmente concebido empezó a fracasar cuando faltaron aquellos eslabones sólo rotos por la muerte.

Inmenso relieve pudo ganar la revolución con este auxilio marítimo. Disponiendo de la *Artigas* el dominio de los ríos quedaba fundado; y en esa posesión airada muchos verán el origen de mil sucesos trascendentales. ¿Hubiérase perdido en tal caso la expedición Smith?

¿Hubiera invadido diezmado por repetidos trastornos el coronel Imas? Hubiera sido simplemente aparatoso el sitio de la ciudad del Salto?

Hasta Montevideo quedaba expuesto a un bloqueo formal.

No entremos en mayores presunciones favorables, porque nada se puede contra las ironías del acaso.

Pero digamos antes de concluir, que si aquella victoria perdió las esperadas proyecciones materiales fué debido en parte a la ausencia del delegado del Comité del punto de consigna. Una bandera que debía levantarse a bordo de la cañonera llevando en signo de éxito una V en su centro — y que se levantó — indicaría el emisario civil, apostado en la margen argentina, que podía aproximarse para trasmitir las instrucciones del caso y reforzar con nuevo contingente de hombres la base de ataque. Nada de esto se hizo.

También en gruesa parte corresponde culpa de lo ocurrido al reemplazante de Suárez y de Rodríguez. Nunca hubo razón para entregarse a las autoridades extranjeras. Preferible fué embicar en cualquier punto de la costa inutilizando así una importante máquina de guerra.

La sorpresa de la *Artigas*, en pleno medio día, deja en condiciones desairada a los marinos bordistas que tripulaban la cañonera.

En tiempo de guerra, cuando el sol pendía como una lámpara en el zenit, cuando las sospechas flotaban en el horizonte, cuando el servicio de vigilancia reclamaba solicitud estricta, se aborda por el adversario a una cañonera, y se sorprende durmiendo a su dotación, y se encuentran apagados los fuegos. Además existe constancia de que el plan de asalto se conocía a bordo.

Inaudita imprevisión.

La *Artigas* jamás debió ser tomada y menos por dos docenas cortas de individuos viajantes en un queche!

Podrá querer otra conclusión, más honrosa y menos verdadera, la fantasía de espíritus que miran los hechos al través de lentes teñidos; podrá adulterarse el desarrollo del drama; podrán

escribirse cartas y rectificaciones amplísimas; podrá echar mano la inspiración poética — que hace esclava a la justicia del pie de verso, — de hiperbólicos elogios y de comparaciones pesadas en balanzas sin fiel, pero la narración de los sucesos, un simple propósito de análisis concienzudo, desvanece en un minuto de raciocinio todas esas brumas pasionales y si exhibe grande, extraordinaria la ofensiva exhibe infeliz, vulgarísima la defensiva.

Cierto es que en proporción muy desigual se llevó el avance; que las bajas de calidad sufridas por los revolucionarios fueron superiores a las sufridas por el gobierno, lo que acredita mucho para los unos y poco para los otros, que la resistencia se redujo a unos cuantos hombres de positiva bravura; que las voces de mando no se escucharon por la parte atacada en todo el transcurso del combate.

Y al expresarnos así no hacemos capital de dos argumentos fuertes. Primero, en el hecho vergonzoso de dormir todo el mundo a bordo en tiempo de lucha; y segundo, en la evidencia de ser antipática y por qué no decirlo, antipatriótica, la causa sin divisa defendida por los tripulantes de la *Artigas*. El mismo ambiente de corrupción flotaba sobre el país en todas sus extremidades; y tanto los que apuntalaban el dominio bordista en tierra como sus soldados de mar, eran sostenes de un organismo tan oprobioso como impopular. Los colorados oficialistas de entonces sólo pueden ceder en delincuencia a los nacionalistas incrustados al sistema, que fueron dos veces infieles a su país y a su partido.

Sin embargo, la estrictez de las ordenanzas militares atempera en mucho esta última aseveración en el caso concreto que tratamos y mediando un ataque exterior. Sólo el valor y la delicadeza de clase priman entonces ordenando no desmerecer de los galones que se ostentan.

Por eso destaca sugestiva, en el vestíbulo de este episodio y del lado del gobierno, la figura joven del teniente Gradín.

Ayudado luego por el comandante Risso que buscó la muerte

en la pelea, aquel oficial salvó el honor de la jornada. Todo lo demás responde a inventivas llenas de falsedad. Capítulos sin principio ni fin de esa novela inconmensurable escrita por versiones que van y que vienen dando cabida en los declives históricos al capricho de la bola de nieve.

Nada diremos de los atacantes. De ese capitán Suárez que tira la vida por sus ideales, ni de ese teniente Rodríguez que al imitarlo desmiente la vulgaridad de un apellido común, ni de quienes acompañando a esos titanes en la atrevida empresa demostraron ser tan grandes como ellos.

La toma de la *Artigas* es una gloria que pertenece al país por entero.

¿Acaso la bandera de las nueve listas flamea al viento para honrar sólo a unos? ¿Acaso el corazón de una madre late amores para determinado de los hijos?

¿Acaso nuestro pueblo, batido en la desgracia y en el conflicto cruel puede desear la perpetuación de exclusiones que la fraternidad condena y odiosas hasta en el cuento de Cenicienta?

No. La memoria brillante de Suárez y de Rodríguez debe perdurar enlazada en el corazón de sus compatriotas porque aquellos consagraron un ejemplo perdurable con su martirio republicano. Para Gradín, caído como bueno en defensa de una causa que él creyera justa, debemos guardar recuerdo y simpatía verdadera porque el sacrificio sincero impone siempre y mucho más cuando se corona con arranques de bravura.

Abrazados están los tres en la muerte, guarnecidos por una verja de espadañas, allá en la Isla de las Botijas y teniendo por única y hermosa lápida el lindo cielo argentino; pues bien, vueltos al seno de los suyos o huéspedes en la tierra hermana ellos prestigian el valor de los orientales.

Por otra parte, como obedeciendo a una consigna de hierro, la revolución que ya en Tres Arboles había escrito una página de

misericordia agregó nuevos atributos de caridad a sus lozanos merecimientos.

Todos los heridos fueron respetados y asistidos con el mismo desinterés. Para nadie labró preferencias el color de la divisa. Y la pelea había sido rudísima, y el calor del choque invitaba a los excesos del brazo, y la pérdida de compañeros queridos encendía intensas desesperaciones, y hasta el campo de escena, frágil y tirado entre el silencio y las soledades marinas, hablaba de terribles impunidades. Prestamos subido valor a estas correcciones guerreras porque bien sabemos los que vimos cientos y cientos de combatientes disputándose la victoria en días de tormenta, que cuando la vida está en peligro se desatan todos los frenos morales y sólo el instinto brutal domina al corazón que se convierte entonces en un púlpito de arengas febricientes. Es una gran mentira la fraternidad cuando la visión del peligro enturbia la mirada de los adversarios, porque el flagelo de las balas ahuyenta las imágenes generosas y arrancada la careta de viejos altruísmos aparece bravío el hombre lobo frente al hombre lobo. Ni más ni menos.

Pueden creer exagerados estos asertos quienes respiran la atmósfera artificial y prestada de las ciudades; quienes se remiten a los libros en demanda de la experiencia más purificada sin aceptar por empírico el concurso de las enseñanzas prácticas; pero sabe más de las debilidades humanas cualquier soldado observador de fogones revolucionarios, cualquier huésped en esas jornadas, que el mejor de los cerebros universitarios encorazado con la mejor de las lecturas filosóficas.

El respeto al vencido. ¡Qué inmensa, qué inapreciable conquista alcanzada!

Sin embargo, el comandante Risso ha dicho que los revolucionarios pensaron en arrojarlo al agua dándolo por muerto. No podemos otorgar importancia a tal afirmación porque lamentaríamos colocar al jefe de la *Artigas* entre el número poco selecto de seres que no conocen el fuego de la gratitud.

Con todo ella entraña una evidente falsedad que nos apresuramos a destruir por el honor de la insignia libertadora y también en favor del mismo comandante Risso que no deseará aparecer ofendiendo a quienes le volvieron la vida.

En primer término, el mencionado jefe no pudo saber que se le pensaba tirar al río desde el momento que yacía sin sentido sobre cubierta. Además, a suponerse exacta tal aseveración, ningún inconveniente hubo para cumplir lo proyectado. ¿Por qué no se hizo? El hecho de que se velara a Gradín a la par de los revolucionarios caídos desmiente categóricamente cualquier punto de sombra calumniosa.

El triunfo del 15 de abril fué inmaculado.

ANTE EL DERECHO INTERNACIONAL

Apenas sometido el barco inició gestiones el general Tajes, representante en la Argentina de Borda, para obtener su devolución al gobierno de Montevideo. Por otro lado, no menos empeñosos fueron los trabajos del Comité Revolucionario para cuya actividad en ese sentido existía claro fundamento de derecho público.

Pero todas las argumentaciones se estrellaron contra una inflexible tenacidad en la negativa.

El gobierno nacional argentino desoyendo los mandatos de la justicia, evidentes e imperativos, hizo el caldo gordo a la camarilla presidida por Idiarte Borda, y entregó la *Artigas* que escoltada por la *Suárez* salió con rumbo al puerto de Montevideo el 23 de abril.

Tal actitud importaba más que arbitrariedad, proceder de repelente favoritismo.

La cañonera había sido capturada en aguas orientales; por consiguiente en nada quedaba herido el anhelo imparcial de un vecino lleno a momentos de exagerados escrúpulos franciscanos.

Trastornos irremediables obligan a quienes tripulan el barco apresado, a tocar en costa argentina. Fuera de las vacilaciones enunciadas — desconocidas para las autoridades del país amigo — estaba la necesidad perfectamente visible de dejar en tierra algunos heridos de cuidado.

Producidas así las cosas, el neutral sólo pudo intimar al inesperado visitante el abandono dentro de las veinticuatro horas reglamentarias de sus aguas, o en caso de cumplirse este término perentorio sin alcanzar ese fin, proceder al desarme inmediato, nunca a la entrega, de la nave revolucionaria.

Es cierto que los reivindicadores carecían de beligerancia.

Para las naciones extrañas, la representación oficial del país y de sus instituciones fluía del gobierno bordista; pero no es menos exacto que era imposible asimilar a la condición de piratas a los buques al servicio revolucionario. Si para acreditarlo así pedimos contingente de razones a la sana lógica ella nos dirá que no existe punto de contacto entre buques armados en guerra con propósitos puramente políticos, para concurrir en tal o cual grado al triunfo de una causa determinada, y buques en situación semejante pero lanzados a hender las aguas con «el exclusivo objeto de apoderarse de la propiedad particular», como los define el tratadista Calvo. Estos últimos son corsarios, aprovechan de los conflictos sangrientos como aves de rapiña que guiadas por su instinto carnicero siguen la marcha de los ejércitos, o como las bandas de tiburones que escoltan a los transatlánticos al través del océano, instigados por el hambre; mientras que aquellos persiguen anhelos encuadrados dentro de una perfecta corrección, anhelos que no ofenden ni el decoro de un hombre ni la dignidad del virtuoso y que a menudo suelen tener corona de martirio.

No cabe similitud entre el pirata que sólo flamea la bandera del robo, de los más negros atentados y de insaciable saqueo, y el neófito que a la luz del día lucha por sus ideales sin esquivar un peligro ni producir un crimen. No cabe paralelo entre quienes se

apostan en las encrucijadas de los mares para reproducir en el continente líquido los delitos del bandolero en tierra, y quienes se lanzan a la pelea movidos por la religión del deber y tutelando los derechos sagrados de terceros.

Esta confusión de conceptos antagónicos no pueden, pues, admitirla las leyes internacionales alzadas sobre una base de sólida equidad.

Efectivamente, existen pruebas profundas en tal sentido. Si llegamos hasta los archivos europeos, la cancillería inglesa nos dirá que en 1873 cuando tres gobiernos de hecho se dividían el poder en España, Inglaterra no hizo lugar a una solicitud diplomática del gobierno de Madrid, único reconocido como legal por las potencias, en la que después de declarar piratas a varios buques de la escuadra tomados por los cantonales o insurgentes, pedía se procediese contra ellos como tales corsarios.

Entonces lord Granville dispuso que se pasara nota a los lords del Almirantazgo diciéndoles que debían atenerse a los términos del decreto promulgado por el gobierno de Madrid sólo en el caso de que los referidos navíos cometieran actos de piratería y atentaran contra los súbditos o intereses británicos.

Recojamos otros ejemplos más cercanos.

Gobernando Sarmiento a la República Argentina estalla el año 1874 una revolución que consigue extenderse hasta las fuerzas de mar: dos buques de la escuadra, las cañoneras *Paraná* y *Uruguay* sublevadas contra las autoridades constituídas, son declarados piratas por la administración combatida y así se comunica a las potencias vecinas solicitándose especialmente de los gobiernos oriental y brasileño la detención de los rebeldes.

A pesar de tratarse de un país fuerte, capaz de imponer su capricho sin recibir castigo en las aguas del estuario, no se hizo lugar a tal pretensión. Más aún: los sublevados recibieron auxilio de víveres y el carbón bastante para seguir viaje.

En el Pacífico el después glorioso *Huáscar* al servicio enton-

ces de un movimiento rebelde estallado en el Perú, entró a puertos chilenos en donde se le abasteció de lo necesario tolerándole la simple permanencia en ellos durante el plazo reglamentario.

Omitimos nuevos ejemplos y nuevos comentarios porque precisamente en cuestiones internacionales sientan jurisprudencia los antecedentes y casos análogos. En abono de la tesis sostenida no escasean ellos.

Pero como punto final, para moderar los ardores de algunos apasionados de la otra orilla, preguntamos si hubiera sido lícita la detención y entrega por parte del gobierno oriental de alguno o algunos de los buques de la escuadra argentina, cuando la revolución del Parque, en caso de haber arribado ellos al puerto de Montevideo.

Creemos que bajo ningún concepto pudo hacerlo así.

La misma Corte Suprema de la Nación Argentina ha declarado en el fallo emitido con motivo del incidente provocado alrededor del buque chileno *Pilcomayo*, de idéntica índole, que: «son estos mismos los principios que rigen en el derecho internacional en relación a los prisioneros de guerra, ya sea esta pública o de nación a nación, ya meramente insurreccional.»

Por otra parte, si fuera indiscutida la represa en las circunstancias que apreciamos, generalizando habría que recordar a cuantos errores y lamentables extravíos se exponen las cancillerías sudamericanas empeñadas a menudo en ahogar de manera arbitraria los estallidos populares de la vecindad y embarcándose en las pasiones intolerantes de este o de aquel bando.

Se explicaría mucha tensión represiva y cierto autoritarismo en la persecución de los desórdenes del viejo mundo, donde de cualquier manera han perdido su razón de ser los vastos arranques de política militar, porque allí la libertad con su espléndida descedencia de beneficios colectivos es una realidad; pero no deben someterse a iguales durezas exteriores los esfuerzos que en pro de los más elementales derechos desmentidos y de las más santas

prerrogativas desfloradas, germinan en el fondo de estas tierras americanas fecundas hasta para el engendro de soeces calamidades públicas.

En países tan íntimamente ligados como la Argentina y el Estado Oriental los mandatos de la cabeza debieran marchar de acuerdo con los mandatos del corazón. Mucho más cuando ocurre que ese paralelismo surge espontáneo y lógico. Si algún argumento pudo aducirse para hacer entrega de la *Artigas*, si de ese dédalo de precedentes internacionales forjados sobre el yunque de la conveniencia hoy y del interés mañana, se desprende el abono de alguna ocurrencia muy rebuscada en cambio, sin mayor violencia y ateniéndose a la doctrina que fundan los hechos acumulados, fué perfectamente factible esquivar esa solución que afianzaba el poderío de una entidad vacilante.

La simpatía de dos pueblos, la admiración de dos naciones acompañó la hazaña consumada. El derecho estaba con los revolucionarios. También el prestigio de las grandes causas americanas se fundía con el suyo, y sin embargo, la cancillería argentina fué tan inflexible con los legítimos posesores como dúctil y amable con los despojantes.

El culto del mismo ideal ordenaba seguir con cariño desde allá el desarrollo del movimiento revolucionario oriental de 1897, como imponía seguir con amor desde aquí las peripecias del movimiento revolucionario argentino de 1890.

Idéntico resultado preparaba esa elaboración guerrera de ambas márgenes, porque idénticos eran los gérmenes venidos de la cumbre en alas de un viento de viril borrasca.

La causa del derecho contra la arbitrariedad, de la soberanía contra los gobiernos personales, es la causa de la América futura colmando los afanes de una civilización que ya se agita estrecha en ese molde podrido de la Europa.

Y la frase magistral de Roque Saenz Peña, pronunciada en el Congreso de Wáshington: «América para la Humanidad» tendrá

todo el nervio de las verdades positivas, el día en que sea una fórmula matemática la solidaridad moral y ciudadana de las catorce designaciones geográficas talladas por la inspiración legendaria de nuestros padres dentro de los límites de un nuevo mundo.

Por eso dirigimos un reproche al gobierno argentino, injustificadamente frío y calculador en la emergencia que apreciamos.

Tales equilibrios sostenidos en detrimento de lazos más fuertes que la voluntad de los hombres, producen mal efecto y hasta prestan cimiento a maliciosas deducciones. Hay quien diga que la complicidad gubernativa del vecino existió absoluta en los prolegómenos revolucionarios, cuando estaba por inflamarse la tea; que esa adhesión se empalideció después del triunfo que creyóse decisivo de Tres Arboles; que volvió a robustecerse con posterioridad a Cerros Blancos, imaginando una derrota para las huestes populares; en una palabra, que la ayuda fluctuaba por consejo de un barómetro de anotaciones secretas. Lo sucedido con la *Artigas*, las complacencias otorgadas a la administración corrompida de entonces, agregan nuevo combustible a estas desconfianzas que señalamos.

Hasta hemos oído asegurar que está en el interés de terceros mantener convulso y anarquizado a nuestro país para apartarlo de sus hermosos destinos, impedir la construcción del gran puerto de Montevideo y cansar a este organismo joven con el turbión de las pasiones desencadenadas, que gastan las energías nacionales lavando las entrañas de la patria como las aguas que a fuerza de correr, limpian, empobrecen y esterilizan la frente de los más próvidos campos.

Sea lo que fuere, recordemos que en antagonismo a las manifestaciones interesadas de su gobierno se levanta la impetuosidad afectuosa de una familia hermana que nos consuela en el dolor y que en la suerte nos aplaude. Al digno y valeroso pueblo argentino debe la causa revolucionaria la mejor mitad de sus afecciones.

Reanudando el hilo de la narración agregaremos que los tri-

pulantes y asaltantes de la cañonera, indebidamente aprehendidos en un principio, fueron puestos en absoluta libertad por orden de juez competente.

Las relaciones de la romancesca empresa realizada, produjo manifestaciones de entusiasmo en todas partes donde fué conocida. Alberto Suárez y Alberto Rodríguez disputados por la posteridad estuvieron en el recuerdo de los que saben sentir y reverenciar las acciones de superior quilate. Tomás Rodríguez Rutter había quedado como mensajero de carne y hueso de aquellos varones inmaculados cuya memoria por lo demás, no requiere pasaportes para perdurar en el seno de las filas correligionarias.

Sin género de duda se encontrará apoyo eficiente a nuestros juicios finales, en el valiente manifiesto protesta del Comité Radical de Buenos Aires que insertamos en seguida como timbre de honor para quienes lo suscriben. Dice así:

«El Comité de la capital de la Unión Cívica Radical, protesta en su carácter de representante de una colectividad política, contra la actitud abusiva del Poder Ejecutivo Nacional, al apoderarse y hacer entrega del buque de guerra *Artigas* con violación de los principios del derecho internacional y en beneficio directo de uno de los beligerantes de la República Oriental del Uruguay.

Resuelve a la vez se haga pública esta condenación por una parte del pueblo argentino a la política vacilante y estrecha de camaradería en el caso presente — como desagravio a aquellos a quienes se ha herido en su derecho, quizá por no encontrar ya ninguno dentro de la patria que no haya sido conculcado.

Carlos Vega Belgrano, Vicepresidente.
— *Herminio J. Quirós*, *Fernando Mazza*, *Benito Eizaga Place*, *Camilo Canaveris*, Secretarios».

No extrañará pues que la iniciativa de sepultar con los honores debidos a los jefes expedicionarios dominara el espíritu de los orientales emigrados y de muchos argentinos entusiastas.

Con ese objeto salió con rumbo a la Isla Botijas el vapor *Volga* que pronto retornó trayendo a su bordo la preciosa carga. El día 23 fueron conducidos al cementerio de la Recoleta los restos de tan denodados oficiales caídos en «defensa de las instituciones patrias», como rezaba la invitación para el sepelio, firmada por el Comité en masa.

Un gentío inmenso rodeó en estas solemnes circunstancias aquellos despojos gloriosos. Una arrastradora avalancha humana que no fué ciertamente cortejo porque allí todos eran dolientes.

La patria tiene abierto un saldo de honores épicos y merecidos, que vendrán, a favor de Suárez y de Rodríguez. Tampoco pueden conocer el olvido los nombres de Enrique Castagneto, un adolescente montevideano empapado en las supremas ternuras patricias, y de Ricardo Von Drostt y J. Aguirre (a) *Sarandí*, naturalizados orientales desde el instante en que luchando por la justicia y el derecho agregaron nuevos florones a nuestras tradiciones heroicas.

AMORIN EN ARMAS

Para continuar en seguida el relato culminante analizando también la gestación revolucionaria en el país entero, vamos a ocuparnos ahora de dos levantamientos de interés e igualmente desgraciados: el de Juan Amorín en Rocha, y el de Secundino Benítez en San José.

Al producirse el estallido se escucharon rumores favorables por el lado del Chuy. Por ese extremo de nuestra frontera, dentro del Brasil, Santa Victoria es el núcleo de población más inmediato.

Allí se aprestaban muchos ciudadanos nacionalistas dispuestos a enrolarse en las filas del ejército popular. A mediados del mes de febrero se designa a don Juan Amorín, hijo y vecino viejo del departamento de Rocha, condecorado además con algunos antecedentes militares, para servir de jefe a ese grupo quedando encar-

gado asimismo de combinar de la mejor manera su actividad.

Aceptada esta honrosa misión, Amorín se dirige a Bagé con el objeto de recibir instrucciones directas de nuestro General. Saravia no necesitó hacer mucho gasto de palabras, que él tampoco acostumbra, para señalar rumbo a su interrogante. Faltaba todo pero había que moverse sin mirar para atrás. Confiado a su iniciativa Amorín resuelve cumplir el plan proyectado por su amigo el coronel Alejandro Borches quien le propone unírsele en Artigas para incorporarse juntos, obligándose en primer término a comunicarle la fecha definitiva de la invasión tantas veces postergada. El 8 de marzo, tres días después de la pasada de Saravia, Borches informa a Amorín de tan fausto suceso advirtiéndole que lo espera en Artigas ya en su poder. Mal principio en la acción.

Artigas es lápida de un sepulcro en asunto de guerra y bien podía saberlo así quien hacía de ese punto eje de operaciones morosas. Sucedió entonces que debido a la vigilancia mantenida sobre la línea por la división gubernista departamental, apreciada en 600 hombres, le era imposible al comandante Amorín pasar en condiciones medianamente aceptables. Resuelve en consecuencia y previo aviso a Borches, conducir su gente hasta el destino indicado a bordo del vapor *Merín* que hace la carrera en la laguna del mismo nombre. En la noche del 11 se embarcó acompañado de los siguientes decididos correligionarios: Ernesto F. Pérez, Mario Barrios, Rufino Pio, Ramón González, Ignacio Amorin, Pedro Pelaez, Celedonio Moreira, Cosme Domínguez, Felipe Domínguez, Ernesto Olid, Ramón Inda, Atanasio Inda, Gregorio F. Gamboa, Isaías Conde, Isaac Dávila, Leonido Sena (hijo), Antonio Marquetti, Gabriel Eguía, Jacinto Cuadrado, Pedro Ubal, Víctor Miles, Estanislao Pereyra, Guillermo Larrosa, Fernando Larrosa, Juan Larrosa, Bernabé Acosta, Herminio Machado, Saturnino Pedraza, Silvestre García, Cándido Guerra, Marcelo González, Aurelio González, Ovidio Olivera (hijo), Demetrio Saizar, Aurelio Portela,

Florentino Baez, Pio Larrosa, Isaías González, Exaltación Graña y Marcelino Mouret.

Al día siguiente y en el puerto de Periquito, cercano a Yaguarón, desembarcó este grupo de voluntarios que se diseminaron buscando distintos caminos para burlar así la vigilancia de las autoridades brasileñas. A las dos horas estaban ellos en Artigas, abandonada ya por Borches. Habilitado con algunos caballos salió el 13 Amorín en su procura. Recién el 19 pudo alcanzarlo en la Sierra del Río. El coronel Borches, conceptuado como jefe de las fuerzas cortadas en el departamento de Cerro Largo, disponía a la sazón de unos 200 hombres estando además a su lado el coronel Exequiel Saavedra, el comandante Angel Muniz y el resuelto correligionario don Doroteo Navarrete. Marchando la columna fué alcanzada el 21 por el ciudadano Antolín Ramos, chasque del General, quien se valía de ese intermediario para comunicar a Borches noticias precisas sobre la batalla de Arbolito, recién librada, ordenándole a la vez su pronta incorporación. En lugar de forzar las jornadas para cumplir con las disposiciones superiores, el comandante Borches acampa esa noche en el arroyo Saldanha, dando como motivo la ausencia efectiva de algunos elementos importantes. El 24 se aproximó Derquin a quien ya hemos visto alejarse de su general en la noche de una pelea. Este jefe se niega rotundamente a efectuar su incorporación, tomando con los suyos rumbo a Aceguá. El 25 se agrega el benemérito coronel Jara con un puñado de subalternos. También ya está en las filas el patriota médico don Arturo Berro, venido por mar desde Buenos Aires a Río Grande y luego por tierra a la Villa de Artigas. Inicia éste su consoladora actividad prestando su auxilio de ciencia al joven Pablo Estavillo, casualmente herido, quien a pesar de todo fallece.

Ya ningún escrúpulo académico obstaba a seguir el rastro del ejército; sin embargo el 26, ya muy cerca de Melo, se contramarchó fundando esa inesperada ocurrencia en una noticia inad-

misible cuya fidelidad aun no está comprobada: Muniz iba hacia la mencionada ciudad.

El 31 recibe Borches una tercera comunicación autorizada por el general Saravia y con la firma del doctor Terra, en la cual se le reitera la orden de fusionarse con sus compañeros. El aludido parece no opinar al respecto de la misma manera; corren los días y ni por asomos recuerda el cumplimiento de sus deberes a pesar de que otros jefes se manifiestan descontentos de tan raro proceder.

El coronel Borches entró a Melo el 2 de abril para salir y quedarse en sus inmediaciones después de dos días de reposo.

En vista de hacerse ya intolerable semejante situación, el comandante Amorín se le separa el 5 con su diminuta columna yendo a acampar esa tarde en lo costa del arroyo Laureles.

Ya entrada la noche se oye hacia el otro lado tropel de caballerías y ruido de carros. ¿Será el ejército de Arribio? De cualquier manera es locura pensar en disputar el camino a esa fuerza que parece traer hasta cañones. Deseoso de descubrirla se repliega Amorín hasta la Picada de Borches, punto excelente para intentar una exploración tranquilizadora. Además, a fin de estar prontos a cualquier eventualidad, se pidió por chasque protección al coronel Borches que estaba acampado cerca, contestando éste que retiraran las guerrillas que él también se retiraba. En cuanto al auxilio solicitado nunca llegó. En esos momentos bajaron al Paso, del lado opuesto, dos jinetes. Como no respondieran al «alto, quien vive» se les hizo fuego, felizmente sin ofenderlos. Ellos exclamaron en seguida:

—¡Somos de la gente del coronel Lamas! No tiren.

Entonces se les ordenó que avanzaran para reconocerlos. Efectivamente no había engaño, eran el oficial Juan Badel, ayudante del comandante Martirena y un compañero, cuya misión tenía por objeto imponer a los amigos de la aproximación de la columna mandada por el coronel Núñez. Incorporado a éste retrograda

Amorín al siguiente día. En el camino encuentran al coronel Borches. A pesar de la voluntad en contrario del segundo de los citados, el doctor Terra juzga conveniente mantenerlo unido a la división número 2. Desde ese día, pues, el comandante Amorín la acompaña en peripecias ya relatadas en otros capítulos hasta el 24 de abril, fecha de oscura disolución.

Entonces Amorín que pudo haber seguido para el ejército como lo hicieron otros jefes — Gabriel Orgaz Pampillón, Ramón Martirena, Fortunato Jara, etc., — prefirió volver a su lejano departamento donde esperaba actuar con eficacia. Ese fué un claro error. Unido al comandante Juan G. Zabaleta, quien en la retirada del Arbolito había acompañado a Derquin, pasó desarmado al Brasil por la Picada de Serafín en el río Yaguarón. El coronel Alejandro Borches después de estériles e ingratas correrías, se internó en la provincia hermana cerrando así en lo más álgido del período revolucionario su desairada actuación militar. Cuando Amorín llegó a Santa Victoria envió por sus pocos fusiles que habían quedado escondidos en sitio seguro. Sin incurrir en desatino el Delegado de la Junta había dispuesto de ellos. A pesar de estos contratiempos invade de nuevo por la frontera de su departamento. El 25 de mayo sostuvo un tiroteo con las avanzadas de Manduca Carabajal, distinguiéndose en este encuentro efectuado en el Paso Largo del arroyo Don Carlos, el teniente Gregorio Gamboa que con sólo ocho tiradores contuvo al enemigo.

Más tarde el comandante Amorín se retira hacia el pueblo del Chuy donde el 12 de junio es atacado en proporción numérica superior por el capitán gubernista Pedro Molina. Luego de sostener un fuego nutrido y agotadas las municiones pasaron la línea los revolucionarios sin haber tenido ninguna baja. Pero ya desarmados y en territorio neutral, les hace una descarga a boca de jarro el atacante hiriendo a los ciudadanos José Hernández, Juan Larrosa y Arseno Pereyra. Del gobierno había caído ya el sargento Matías Cabrera. Gracias a la intervención oportuna de la guardia brasileña se evitó algún nuevo atentado.

Conducidos a Santa Victoria estos pocos nacionalistas entusiastas, tan meritorios cuanto infortunados, allí fueron puestos en libertad y tratados con alto espíritu fraternal. Sólo el comandante Amorín que después siguió para Buenos Aires fué internado.

Sin ser aquel núcleo, otras partidas mantuvieron en sobresalto a los gubernistas en la parte del este. Los oficiales Ramón Ramela, Manuel Rodríguez, de Maldonado, Agustín Rodríguez, Timoteo Pereyra y Marcelo González, emancipados de Amorín cuando los sucesos de Artigas, reunieron buen número de amigos de causa en distintos puntos del departamento de Rocha.

El 13 de mayo la capital de esa zona fué sorprendida por la entrada a todo escape de Manduca Carabajal quien recorrió las calles de la ciudad profiriendo gritos y amenazas que infundían terror.

Ramela y Agustín Rodríguez que dominaban las afueras resistieron a los gubernistas en condiciones desfavorables. A la tarde se retiraron hacia el arroyo Las Conchas, a dos leguas de la localidad, después de causar dos bajas al enemigo.

LA ODISEA DE BENITEZ

Por esos días entra a actuar en este distante escenario, de manera inesperada e interesante, una fuerte columna de caballería maragata que termina allí una vía crucis digna de ser rememorada.

Es indudable que el número de los correligionarios alzados en armas al principio de la campaña y bajo las órdenes del consecuente coronel Marín en el departamento de San José, no guardaba relación con los cálculos de la estadística partidaria. Había ocurrido que una de las regiones más acentuadamente nacionalistas del país, que vió congregadas en una fecha memorable nutridas falanges cívicas alrededor de la insignia del porvenir, no abonaba con un tributo de sangre armónico esas simpáticas y

torrentosas predilecciones. Este fenómeno tuvo explicación lógica, sin echar mano de asertos deprimentes para el civismo, como tuvo explicación lógica una realidad semejante en otros parajes de la República. La empresa reivindicadora nació anémica de todo menos de entusiasmos: la plétora de ellos la salvó en todo momento. Existía el achatamiento casi inquebrantable engendrado por acumulados contrastes patrióticos. Como si esto no fuera bastante para dificultar cualquier propósito violento de regeneración, el capital cerró sus cajas y algunas entidades militares se echaron atrás llegado el duro instante imitando ese ejemplo de debilidad, con un servilismo de ideas deplorable, algunas entidades civiles. Planteada así la cuestión, ¿qué podían hacer los hijos de la campaña a pesar de sus devociones ciudadanas firmes y probadas, cuando entregados a una evidente orfandad de recursos y lo que es peor de inspiraciones salvadoras siempre indispensables en el seno de las muchedumbres? ¿Estaban ellos en condición de agruparse, de mover sus energías y de constituir masas parciales de oposición armada, cuando contar con un fusil era poseer un objeto de lujo?

Espíritus implacables; escritores que ponen marco de antipatías a las opiniones que no siguen la misma carretera que las propias, tal vez sinceras pero que pueden muy bien ser equivocadas, pretenden descubrir síntomas ofensivos para la virilidad de millares de orientales, en las ausencias que acabamos de señalar. Y sin embargo ellos han sido revolucionarios; y sin embargo ellos saben que en nuestra campaña se hace vida atrasada en el tiempo y forzosamente reducida en la geografía.

Pues bien, a pesar de que el cúmulo de imperfecciones iniciales señaladas, bastaría para fundar la justificación de una sociabilidad orgánica en el amor a la patria y al deber, tenemos al alcance de la pluma sucesos casi inéditos que realzan los prestigios heredados. Referimos al levantamiento abnegado, sin armas, sin orientación y sin ayuda — como lo quieren en sus tiradas

líricas algunos propagandistas airados — del comandante don Secundino Benítez.

Las memorias de las guerras nuestras tienen párrafos de honor para este digno caudillo, veterano meritorio por sus largos servicios y por su fidelidad sin tacha a la causa del Partido Nacional. Soldado del 70, compañero de Nicolás Imas y de Santos Carro, se cuentan de él proezas que dan por sí solas timbre de prestigio y de bravura.

Benítez posee sobresalientes condiciones de caudillo que ya fructifican con brioso resultado en los pagos de su departamento. El ha recogido alguna o mucha parte de la herencia arrastradora dejada por el viejo patriota don Rafael Rodríguez.

Aunque la administración mansa y hábil del coronel Pedragosa había atemperado un poco las exaltaciones locales, pronto abandonaron en San José sus viviendas muchos correligionarios para ofrecer a la cruzada el concurso de fuertes aunque humildes brazos.

En tal situación de ánimo buscaron ellos refugio seguro en las Sierras de Mahoma y Mal Abrigo y montes inmediatos. Reunidos en núcleos de alguna importancia, siempre a la espera de consigna, se dispuso nombrar un jefe superior encargado de dirigir cualquier movimiento. Por unanimidad de sufragios fué elegido para esa jerarquía el comandante Benítez haciendo las veces de su segundo el respetado comandante don José Pareja. En la costa del arroyo Guaycurú y con fecha 7 de abril se levantó para mayor constancia un acta de las resoluciones tomadas, que tenemos a la vista. Firmaron ese honroso documento que establecía en su primer inciso «la incorporación a las fuerzas del Partido Nacional en la primera oportunidad posible», los oficiales Ricardo Farías, Juan Carlos Delgado, Abelardo González, Asencio Domínguez, Benito Cardozo, Secundino Benítez, Amaro Ferreira, Eugenio Cardoso, Pedro Sánchez, Mauro Zurdo y José L. Castro. En esa actualidad funcionaba en la ciudad de San José y bajo la

presidencia inteligente de don Alberto Lerena, una Comisión Revolucionaria local que mantenía correspondencia directa con el Comité radicado en Buenos Aires. El comandante Benítez tuvo el buen tino de ponerse a sus órdenes. En tal concepto su presidente escribió al doctor Golfarini ofertando por su intermedio al Comité el concurso desinteresado y resuelto de una columna de paisanos maragatos dispuestos a abordar cualquier empresa con todo de estar casi desarmados.

En la comunicación oficial que acusaba recibo de aquella nota se decía: «Contestando a lo solicitado por Vd. a nombre de los generosos amigos del departamento de San José que desean prestar su concurso armado a la revolución, este centro político, con la mayor reserva posible advierte a Vds. que desde el recibo de la presente deben tratar sin pérdida de tiempo de estar prontos para incorporarse al Ejército Nacional.»

Pocos días después llegaba la anunciada consigna para entrar en acción. Desde la otra orilla se ordenaba a Benítez que el 9 de mayo por la noche o el 10 por la mañana, se encontrara en Rocha sin falta ninguna; agregándose que era necesario cumplir esas instrucciones al pie de la letra. Recién el día 6 por la mañana recibió esa comunicación el comandante Benítez. Como se ve, faltaba tiempo material para llenar el indicado cometido. Hombre de toda conciencia contestó a la Comisión Revolucionaria que era imposible responder a ese plan por mediar más de 70 leguas entre ambos extremos de jornada y por no estar en esa fecha reunida toda su gente. Pero la necesidad de concurrir cuanto antes a la tarea redentora concluyó por labrar una resolución desesperada. El 8 de mayo se pone en movimiento al mando de 360 hombres de los cuales, «escasamente cincuenta tienen armas de precisión, lanzas y chuzas otros, y la mayoría sin nada». Poco antes había recibido con mil sobresaltos, como si se tratara de un opulento arsenal, 40 cabos de lanza con limas enhastadas, escondidas al efecto en el Horno de Varela.

En tan precarias condiciones burló Benítez durante los dos meses pasados las hostilidades pertinaces y combinadas de las fuerzas gubernistas de Flores, Colonia y San José, que lo perseguían sin descanso. Fraccionando sus elementos en grupitos decimales evitó siempre un contraste tiroteándose una vez con la división íntegra del último departamento citado en los campos queridos inmediatos al arroyo Las Bolas.

La segunda movilización maragata obedecía a un dilatado plan que tenía su fuente de origen en la jefatura del ejército revolucionario. Por intermedio de su emisario capitán Luis Pastoriza, había advertido el coronel Lamas al Comité que era asunto de alta conveniencia apresurar el envío de armas y las incorporaciones militarizadas disponibles en la orilla argentina. Al efecto señalaba como punto aparente de desembarque el puerto de La Paloma.

Allí estaría el 10 de mayo esperando ese abrazo trascendental, el ejército nacionalista. Las mencionadas observaciones fueron tomadas en debida cuenta y resueltamente admitidas. No podía ofrecerse al comandante Benítez, deseoso de embanderarse en la campaña, una coyuntura más propicia que esa para colmar sus excelentes aspiraciones. De acuerdo con ese modo de pensar se citó al referido jefe para concurrir en día determinado al departamento de Rocha.

Por otra parte, en la capital argentina se hacía todo lo posible para dar la mayor robustez al contingente proyectado cuyo nervio lo formaría la expedición del comandante Juan Smith. Este digno ciudadano estaba a la cabeza de un núcleo de brillante juventud, perfectamente disciplinada, que también quería participar cuanto antes de los tremendos azares de la campaña.

Como acto preliminar obtuvo el Comité en compra el patacho *Cacciolito* de la matrícula argentina, de 300 toneladas. A su bordo cruzarían el río algunos centenares de voluntarios viniendo además abundante cantidad de pertrechos de guerra.

Pero precisamente en esas circunstancias apremiantes tocó el

Comité con las más crueles penurias económicas. La tesorería estaba exhausta. ¿A quién pedir dinero cuando todas las puertas se cerraban egoístas? Perdida ya la esperanza resuélvese abordar de nuevo al señor Félix Buxareo hasta entonces distanciado.

El doctor Juan José de Herrera se le dirige poniendo de relieve viejas afinidades y aquel fuerte capitalista tuvo la corazonada de girar a su nombre la cantidad de $ 10.000 oro. ¡Precioso auxilio este, el más importante de los recibidos! Todo se presentaba ya favorable. Ningún objetivo quedaría postergado. Saravia y Benítez armados de un golpe y la invasión de la Argentina conducida rápidamente a feliz término. Pero trastornos jamás imaginados hicieron fracasar una empresa bautizada en sus preliminares con venturas no acostumbradas en los precedentes ensayos. Cuando estando los planes convenidos sólo se requería la señal de partida; cuando estaban en ejercicio final las actividades de todos, y casi era cuestión de horas el pasaje acordado, llega con procedencia de la frontera y por telégrafo un parte del general Saravia pidiendo que se suspenda la expedición por no serle posible proteger su desembarque. Hondo pesar y hasta desaliento produjo esta noticia, caída como una centella, que desbarataba una empresa sólida y perfectamente ajustada ocasionando a la vez gastos muy dignos de lamentarse. Además, iban ya tan adelantados los preparativos y era tan encarnizada la persecución secreta del Ministro de Borda, don Ernesto Frías, que hasta las armas acondicionadas, ya a bordo del *Cacciolito*, corrieron inminente peligro de ser confiscadas. El pedido de postergación enviado desde el ejército tenía pleno fundamento lógico a pesar de su apariencia atropellada. En efecto, cuando se fijara la fecha del desembarque del comandante Smith se pensó en volver a la costa — Puerto de La Paloma — para concurrir en debida forma a su feliz internación. Importaba en realidad un hecho de plausible mérito ese descenso generoso y lleno de peligros hasta las márgenes del Río de la Plata con el fin único de apoyar el esfuerzo denodado de un

grupo de correligionarios. Había que recorrer un centenar de leguas para tocar un extremo de problemática cita. Pero estas reflexiones verdaderas de ningún modo hubieran pesado para inclinar a extinguir con tiempo su compromiso a dos hombres del temple férreo de Saravia y Lamas. Fueron otros y fatales los considerandos decisivos.

Apenas traspuso el ejército el Paso de Pereira hacia el norte, rompió a llover de una manera inusitada. Nosotros recordamos cinco días de un agua abundante y sin intervalos. Prodújose entonces lo que debía suceder. Crecidos los arroyos de manera extraordinaria, mugidor e inabordable el río Negro, rendidas las caballadas, fatigado hasta el mismo espíritu de la tropa por aquella alianza prolongada de factores adversos, sin entera confianza en el éxito de la cruzada marina concebida por los compañeros de Buenos Aires, y en la más absoluta ignorancia de las instrucciones impartidas al comandante Benítez, Saravia y Lamas decidieron transferir para más segura oportunidad el cumplimiento de un anhelo acrecido en esos días errantes de infortunio. Nadie ignora que sólo pudimos salir de aquella gran trampa natural del Caraguatá, regalada al gobierno por capricho de las nubes, después de dar la sangrienta batalla de Cerros Blancos y gracias a la habilidad perseverante de los jefes de nuestro lado, y a la crasa ineptitud del general Villar del otro.

La irritante aunque razonable contraorden a que referimos llegó en oportunidad a Buenos Aires. Inmediatamente se trató de comunicar lo ocurrido a Benítez a fin de que éste no se moviera; pero para colmo de contrariedades la importante nota llegó a San José cuando ya era tarde. El bravo comandante Benítez, a pesar de presentársele tan incierto el horizonte, había concluído por comprometer su palabra y a esas horas iba ya a marchas forzadas con rumbo al Puerto de La Paloma. Es llegado el momento de desvanecer versiones calumniosas según las cuales se debió a impremeditación y atropellamiento de la Comisión

Revolucionaria de San José la pérdida de aquella columna valerosa. Al expresarse así se incurre a sabiendas en una injusticia. La mencionada corporación local, en este como en otros acuerdos, sólo fué intermediaria fiel y decidida del Comité radicado en la capital argentina. Del contraste sufrido tuvo la culpa, en primer término, un coeficiente a menudo olvidado y que por lo común esclarece o quebranta los sucesos: la casualidad; y luego, la condición más que pobre paupérrima del movimiento que careció de recursos hasta en su final glorioso.

Apreciado el desarrollo posterior de los acontecimientos y a buen seguro sin hacer acto de adivinación, casi es de lamentarse que haya llegado con tiempo a Buenos Aires el despacho que contenía la contraorden de Saravia y Lamas. A haber sucedido de otro modo, la expedición Smith habría desembarcado con toda holgura en una región apartada y amplia; la columna de Benítez fortificándola en su número hubiera recibido cantidad abundante de fusiles; y con esa base sólida de 700 hombres bien armados y con un excelente pie de infantería, pudo hacerse una cruzada felicísima por el lado este del país hasta encontrar al ejército. Para acreditar que no nos embelesan perspectivas de ensueño, recordaremos la audaz travesía de la columna Núñez al principio de la revolución, cuando estaban en su mayor intensidad las energías militares del candombe, — con pocas municiones, con menos gente y con muchos soldados sin montura. Tan es cierto esto último que más de un compañero recién adquirió recado el día de Tres Arboles, después de andar en pelos 60 leguas largas.

COMBATE DEL MATURRANGO

Creyendo cerrar su habilísima cruzada arribó Benitez a su destino a mediados del mes de mayo.

En la odisea, que recién empezaba, había penetrado en cinco

de los departamentos más guarnecidos. En ese trayecto dispersó algunas policías manteniendo un vivo tiroteo con el coronel B. Islas, quien al mando de 600 hombres pretendió cortarle el paso sin conseguirlo, en la cañada de Arias. Islas en su parte a don Rufino Domínguez, jefe político de la Florida, confiesa tres heridos que nombra.

Benítez avanza en esos pagos ajenos empujado por la esperanza y por el deber; pero muy pronto aquélla se extingue totalmente y éste adquiere contornos fúnebres. El anunciado socorro no aparece, ni los centenares de armas y municiones prometidas, ni los hombres que llegarían por mar para bautizar sus energías partidarias, ni los hombres que vendrían por tierra para ofrecer los servicios de su experiencia veterana. Sólo estaban allí algunos camaradas decididos a jugar el todo por el todo, pero atados de brazos por su precaria condición guerrera: con el mar anchuroso al frente y médanos de arena traidora a la retaguardia. La situación sofocante de Benítez entonces puede compararse, por su gran analogía de circunstancias, a la del comandante José González el 5 de marzo, cuando también circuído por arenas esperaba en vano la llegada del Jefe de Estado Mayor. Convencido de que nadie vendría en su auxilio resuelve el comandante Benítez, internado ya hasta Castillos, salir cuanto antes de aquella sepultura blanca y movediza. Por esos días se le incorpora con un grupo Marcelo González que conoce palmo a palmo esos parajes. Desde punto inmediato a la frontera resuelve el jefe maragato pasar hasta Santa Victoria para ponerse en comunicación telegráfica con el Comité de Guerra. Así lo hace en compañía de dos ayudantes; pero ya sobre aviso, el Cónsul oriental pidió su detención a las autoridades brasileñas que respetando los mandatos de la neutralidad atendieron a ese reclamo.

Los maragatos habían quedado a órdenes del comandante José Pareja, de buenas condiciones aunque algo achacoso, y de su igual grado don Asencio Domínguez, persona de limpios y

honrosos antecedentes. Aquel estacionamiento era peligroso. El 24 se aproximó a la cabeza de poco más de 300 hombres el jefe gubernista Manduca Carabajal. El combate se presentaba inevitable y a Marcelo González conocedor minucioso del terreno le iba a corresponder dirigir por lo menos bajo la faz geográfica, las operaciones del caso.

De las otras partidas nacionalistas nada había que esperar. Amorín y Manuel Rodríguez andaban por Rocha, Agustín Rodríguez y Ramela por Garzón, y Pereira en India Muerta; todos a larga distancia de Castillos. Era necesario prepararse a una pelea a que sólo la fatalidad podía invitar, pues sin poseer elementos suficientes la resistencia es locura. Tanto más así cuanto que el atacante informado de esas deficiencias venía a golpe hecho. Por eso cuando llegó el momento decisivo tuvo aceptación la opinión de González que propuso situarse en una cerrillada inmediata, único punto de salida, siempre con ánimo de efectuar una retirada que hubiera tenido el valor de una victoria. Con tal propósito se desprenden guerrillas débiles pronto arrolladas por el enemigo que sabiendo ventajosísima la partida redoblaba tranquilo sus afanes. No había manera de contener aquel fácil avance. Entonces se dispuso que Pareja y Domínguez dirigieran la retirada sosteniéndola González. Aquel retroceso desgraciado tuvo caracteres angustiosos. Además de la ausencia de recursos, tocó a los perseguidos internarse en una de las zonas más incultas de la República, entre esterales y lagunas fangosas de obligado acceso y de salidas ignoradas. Hasta el Cerro de la Lechiguana avanzaron los gubernistas sin obtener ciertamente el éxito esperado; pero ellos seguían adelante sin desfallecer y por lo contrario desbordantes de entusiasmo, pues no olvidaban que dominando el cerro indicado, aquel boscoso embudo sólo tiene una puerta de escape, demasiado temible para aceptarla, consistente en un inmenso estero que alcanza hasta la frontera. Sin embargo, al hacer ese cálculo pecaron de optimistas. Antes de sufrir las vergüenzas, en este caso

discutibles, de una rendición, prefirieron los maragatos lanzarse al azar — perdiendo caballos, monturas y sus pocas armas, — al seno de aquellos bañados laberínticos. La mayoría esquivó así la tenaz persecución. Sólo unos pocos rezagados cayeron prisioneros.

Esa fué la pelea que la crónica recordará con el nombre de acción de Maturrango por haberse dado en los campos de ese nombre. Si mucha trascendencia atribuyó interesadamente a la misma el jefe adversario, mayor gasto de exageraciones hijas del engaño, hizo el gobierno de Montevideo. Pregonóse en boletines como un triunfo capital esa triste y descolorida jornada. Como un testimonio de prueba y para acreditar la forma audaz en que se mistificaba a Borda, recortamos un párrafo del parte de Carabajal, quien dice muy suelto de cuerpo: «Es voz corriente entre ellos (los nacionalistas) que en la refriega han perdido *ciento y tantos hombres entre muertos y ahogados*». Y se tiene el coraje de estampar estas vulgares mentiras precisamente respecto a uno de los pocos encuentros esclarecidos en todos sus detalles! De la parte revolucionaria sólo hubo cuatro heridos: Abelardo González (hijo), Manuel Olivera, Juan Amorín, los tres de Rocha; Marcos Santos, de San José, pardito de veinte años herido de bala de rémington en el hombro; y Antonio Pérez (hijo), de Montevideo, de veintiún años, herido de bala máuser en la espina dorsal. Este digno ciudadano cuyo nombre yace en el olvido, encarna un ejemplo de hermosa resolución partidaria. Sin solicitar ayuda de nadie y sin conocer nada de la vida campera, tal vez no habiendo montado jamás a caballo, salió de Montevideo solo y confiando en su voluntad de hierro. A la altura de San Ramón tuvo la felicidad de confundirse con sus correligionarios. Poco ágil e ignorante de las astucias gauchas se perdió siendo mal herido al internarse desorientado en los esteros.

Antonio Pérez murió paralítico, a los pocos días, en el Hospital de Rocha. Los caídos para siempre fueron tres: Baldomero Palmera y Francisco Pareja, de San José, y además un descono-

cido que se ha creído fuera gubernista. Ellos duermen el último sueño enterrados juntos en los campos del señor Pedro Risso. Véase, pues, a qué término quedan reducidos los asertos oficiales de la época.

El herido Abelardo González se quitó la vida en el mismo sitio de lucha y en circunstancias dramáticas que hermanan su voluntario y heroico sacrificio al del joven Villar el día de Quebracho. Dejemos la narración de ese impresionante suceso y de otros no menos lamentables, a un testigo presencial que ha publicado sus recuerdos de aquella jornada en un diario de la ciudad de Rocha.

Dice así:

« No tuvimos la suerte de salvarnos todos, pues a un compa-« ñero que lo acorraló un grupo de hombres, lo hirieron después « de rendido y aun se dió el triste espectáculo de ultimarlo bárba-« ramente después que ya había implorado la conmiseración de « los vencedores. A otro también lo hirieron en un hombro después « de haberse buenamente entregado, estableciéndose una especie « de altercado entre un oficial que quería salvarlo y otro que « pretendía pasarlo a cuchillo por el mero hecho de que al pregun-« tarle si le dolía mucho la herida, con estoica indiferencia había « respondido: —*¿Para qué dijo la partera, varón?* dando así a « comprender que se hallaba resignado a soportar el martirio de « su sufrimiento. Otro prisionero fué lanceado dos veces y después « muerto degollado.

« El joven heroico Abelardo González, hijo, que había sido « levemente herido durante la persecución, al ser testigo de aquellos « tristes espectáculos prefirió emplear el último tiro de su revólver « en sí mismo, antes de verse en manos de aquellos hombres « sedientos de sangre que vociferaban insultos y denuestos buscando « víctimas dentro de los pajonales».

Ni una palabra hemos agregado a esa formal cabeza de proceso que compromete de manera negra la reputación de miembros del

ejército. Pero en homenaje a la equidad invariable de nuestros juicios observamos que a pesar de las notorias escenas de salvajismo desarrolladas en el misterio de lejanos cañaverales, es indudable que alguna energía humana y generosa intervino eficazmente cerrando la puerta al crimen cuando veintidós correligionarios a quienes se pudo con facilidad sacrificar fueron remitidos a Montevideo. Caiga olvido sin rencores sobre atentados que acusan desde la sombra. Esa es la contribución que pide la guerra a las sociedades.

A los infelices prisioneros se les obligó en la capital a sentar plaza contra sus hermanos, violando así leyes sagradas. Llamábanse ellos: Leonardo y Julio Vicente, de Rocha; José Fedre, de Montevideo; Julián Batista, Manuel Couto, Marcelino Villagrán, Constancio López, Nemesio Laguna, José Dolores, Eliseo Domínguez, Valentín Rodríguez, José Cardoso, Rosendo Díaz, Serafín Correa, Francisco Núñez, Bonifacio Acosta, Rufino Cuenca y Francisco Muniz, de San José. Agregados a éstos los cuatro heridos arriba nombrados.

Conociendo el desarrollo de la acción que acabamos de reconstruir con impuesta sobriedad, se comprende que los nacionalistas fueron víctimas de una relativa sorpresa, sólo achacable a la escasa o mala vigilancia mantenida por los mismos sobre el enemigo sabido cercano.

Manduca Carabajal, favorecido con todas las circunstancias preliminares de un completo triunfo con epílogo de rendición de los vencidos, fué bastante torpe para no agregar de su parte un poco de acierto, gota preciosa que hubiera colmado de éxito. En efecto, después de poner en desorden a los revolucionarios se limita a perseguirlos durante cinco leguas con reprochable flojedad, no ignorando que el Cerro de la Lechiguana, con su trestienda de bañados, era arriesgada puerta de escape, pero al fin puerta de escape. La acción del Maturrango llena de todo menos de brillo, una página pequeña y con viñeta. A los pocos días se reunieron

en Santa Victoria a los 240 hombres a órdenes de Pareja y Dominguez, 50 traídos por el mayor Barrios, que había permanecido en la frontera, y grupos aislados de cinco y seis dispersos. Aquellos dos jefes fueron tomados presos e internados.

En cuanto a la tropa y oficialidad, después de completarse en la estancia del extinto general Gumersindo Saravia, salió en grupos y por la línea para el norte buscando la incorporación del ejército. Así pudieron llegar además, cuando el primer armisticio en el mes de julio, Ernesto F. Pérez, Mario Barrios, estudiantes los dos, Ramón e Isidro Pereyra Yarza y otros. El comandante Zabaleta con un grupo de 50 nacionalistas se dirigió a Bagé y como fuera ya difícil la incorporación se agregó con el comandante Antonio Mena, convaleciente, a las fuerzas revolucionarias del departamento de Rivera donde lo sorprendió el pacto de setiembre. También el comandante Benítez ocupó puesto en las filas de Aceguá. De cualquier manera, feliz o desgraciado por culpa de circunstancias ajenas a su persona, aquel digno jefe ha ligado su nombre a una empresa arrojada que refleja honor sobre todos los que la consumaron. No sea todo en homenaje de la buena fortuna!

Aquí concluye esta extensa y necesaria investigación que con todo de apartarse del rastro principal redondea el aspecto de sucesos dignos de rememorarse en su totalidad.

MOVIMIENTOS GUBERNISTAS

De retorno pues, estamos de nuevo al lado de los jefes legendarios. Siguiéndolos en su santa peregrinación conoceremos hazañas y glorias que valen un capital.

Después de nuestra incorporación del 5, siguió todavía lloviendo. Esas aguas torrenciales entrañaban la promesa de una próxima y ruda pelea. Veamos por qué. La topografía de la Repú-

blica tiene todo el aspecto de un mar en día de olas mansas. Cruzan su superficie ondulaciones admirablemente dispuestas. No existe un palmo de tierra en este suelo tan beneficiado por la naturaleza que no reciba riego de vertientes originadas en cualquier pedregal. Propicia en alto grado la configuración general del país al curso rápido de las aguas, sucede que en la época de las grandes lluvias bastan cuarenta y ocho horas de borrasca para convertir en verdaderos ríos, infranqueables ora por su corriente impetuosa, ora por su anchura improvisada, a los más humildes arroyos. Entonces en el fondo de barrancos y cañadones por lo común secos, hierven torrentes.

Si tal ocurre en breve plazo de tiempo adverso en cualquier punto de nuestro territorio, quedando atada así de manos y piernas la más aguerrida y hábil columna, ¿qué decir cuando se está en la olla de nuestros grandes ríos?

Después de vadear el río Negro por el Paso de Pereyra, el ejército revolucionario dominaba una extensísima fracción al este del departamento de Tacuarembó y parte del de Rivera; pero también ese señorío tenía límites muy peligrosos en seguida de producirse las crecientes extraordinarias de la fecha a que referimos. Entre el río Negro al sur y al este; el Tacuarembó al oeste; y el Yaguarí al noroeste primero, y luego como nueva tan segura y más estrecha línea el Caraguatá, formaban un chaleco de fuerza imposible de vencer. Además, cubriendo los pocos Pasos abiertos en esas corrientes importantes y colocando a la expectativa y en sitio matemático sobre la diminuta puerta de salida de aquella trampa, un ejército robusto, favorecido por todos los factores imaginados, la probabilidad de un éxito total concluía por imponerse. Eso fué lo que ideó a largos rasgos y a última hora, el general Villar y decimos a última hora, porque recién lo hizo después de haberse internado Saravia en la región del Caraguatá. Las instrucciones impartidas al coronel Escobar que éste por ineptitud o desidia no cumplió, se reducían a no permitir el pasaje

de los revolucionarios al norte del río Negro; por consiguiente planteaban otro plan de guerra desechado luego y que desconocemos. Ahora sólo restaba completar con medidas prontas la obra de las circunstancias. Así pues, el gobierno impartió orden simultánea a todos sus generales en campaña de rodear al enemigo, cada cual por su lado, cubriendo todos los Pasos y escapadas posibles. El general Villar con su ejército reforzado en las tres armas, ocuparía la salida obligada de la gran planicie que divide en dos vertientes suaves la prolongada Cuchilla de Caraguatá. Desde antemano podía decirse que en Cerros Blancos o en sus inmediaciones pelearían los adversarios.

Cumpliendo esos mandatos superiores, Justino Muniz y el general Pacheco cerraron los Pasos de Pereyra y de las Piedras, mientras el general Vázquez se encargaba de los restantes hacia las cabeceras del río Negro: Arriera, Mazangano y Carpintería. Por su parte el general Villar se disponía a partir para el punto estratégico acordado, utilizando al efecto los servicios del ferrocarril.

Recordemos para no romper el hilo del relato dejando claros confusos, que después de la batalla de Tres Arboles el ejército del norte, abatido en su fibra, redujo a cero su anterior actividad entregándose al más perjudicial de los sopores. La tropa que no se agita en tiempo de guerra es como una maquinaria paralizada: sufre en su conjunto y hasta pierde vitalidad.

Haciendo lo posible por mejorar la condición de los soldados a sus órdenes, permaneció el general Villar acampado en Ñacurutú desde el 23 de marzo hasta principios de abril. Esta inacción no tiene justificativo como tampoco lo tiene la que le subsigue. El 6 traslada sus tiendas a Guayabos donde queda hasta el 28 entreteniendo tanto ocio con ejercicios de tiro al blanco e instrucción militar. En la fecha citada empieza el traslado, por trenes expresos, de aquella respetable fuerza dotada ya de seis piezas de artillería. El 30 está acampado todo el ejército con caballadas frescas, equipos, pertrechos y municiones abundantes, en el arroyo Los

Molles, a una legua de San Fructuoso. He ahí una de las incontrastables ventajas gubernistas durante la campaña última. ¿Cómo compete el caballo con la locomotora? En este día experimentó un justificado disgusto el general Villar, producido por una grave desobediencia del coronel José Nemesio Escobar, jefe nacido a la sombra de los peores gobiernos de su país, que goza sin embargo de cierta clase de prestigio en Tacuarembó.

A Escobar que tenía a sus órdenes una fuerte división se había confiado la vigilancia rigurosa de los revolucionarios. Después de anunciarse cumpliendo ese mandato lucido y poco riesgoso, es sorprendido por su General a las puertas de la capital del departamento «entregado a los inocentes placeres de la marmota», como lo declara el competente oficial gubernista que firma sus escritos bajo el pseudónimo de *Flanqueador*. El 5 se incorpora el coronel Feliciano Viera, caudillo veterano del Salto, al mando de 400 hombres de caballería; el 6 el ejército vadea el Tacuarembó Grande por el Paso de Quirino deteniéndose en Buen Orden, punto limítrofe con Rivera. El general Villar que ya conoce con suficiente exactitud el paraje ocupado por los nacionalistas, dirige un chasque al general Vázquez invitándolo a desprender tropas por la retaguardia de aquellos, tomándolos así entre dos fuegos. El invitado no atiende a esa solicitud por estar el río Negro demasiado crecido para poder vadearlo. Aunque de apariencia favorable tal vez el cumplimiento de ese plan hubiera provocado la derrota del ejército del sur al cual, por ser más débil e incoherente, habrían atacado con preferencia los revolucionarios repasando después el Negro para inutilizar las combinaciones del norte. Fuera de esto al coronel Martirena con un buen escuadrón se había confiado la guarda de esa entrada fácil de sostener. El 7 se desprenden pequeños grupos mandados aisladamente por los capitanes Acosta, Sandes y Galván y en conjunto por el coronel Sena, con orden de guardar todos los Pasos del Yaguarón. El 8 acampan

los gubernistas en Arecuá; el 9 más contingentes marchan a cubrir el Paso de la Laguna. Villar nos prepara una cárcel de hierro; después veremos que se olvidó de colocar en la puerta la cerradura. El 10 detiene su avance en Los Blanquillos, arroyo de la Coronilla. El 11 extrema las precauciones enviando a Escobar al Paso de Lapuente del Yaguarí con el fin de proteger el pasaje de sus tropas; otra fuerza sale a dominar el Paso del Hallado; y otra hacia las puntas del Yaguarí. El ejército hace alto sobre el arroyo de aquel nombre. Esa tarde llegan distintos partes de los jefes destacados precisando la posición del enemigo. Con la misma fecha se organizan las brigadas en número de seis, mandadas por Cipriano Abreu la 1ª, por Bernabé Herrera y Obes la 2ª, por Mauricio Rodríguez la 3ª, por Juan Andrade la 4ª, por Bernardino Domínguez la 5ª y por Feliciano Viera la 6ª. Todos ellos coroneles. Con las incorporaciones de la víspera quedaba completo este pie de ejército gubernista conceptuado invencible.

Allí estaban los batallones 1º de Cazadores, Artigas, General Garzón, Paysandú, Río Negro, Primero Rivera, Tacuarembó, Segundo Rivera, cada uno de trescientas plazas, por lo menos; un plantel de infantería, las dos Escoltas, seis piezas de artillería y además las caballerías correspondientes a todas las divisiones departamentales que acabamos de enumerar, cuyo total no era inferior a dos mil seiscientos hombres, cifra tal vez moderada si recordamos que la sola columna de Tacuarembó, según declaración de cronistas adversarios, sumaba mil cien jinetes. En resumen, calculamos que el general Villar puso en línea en Cerros Blancos, alrededor de 6.500 soldados. Por lo pronto el señor Dalaise confiesa 5.000 en su minucioso *Diario de Campaña*. Jamás en todo el curso de nuestra vida emancipada dispuso ningún gobierno de un brazo tan fornido. Los mismos integrantes lo pensaron así hasta el día antes de la batalla, los interesados de Montevideo pregonaban desde antes la certeza de un gran triunfo, y hasta el mismo general Villar descansó la cabeza el 13 sobre almohada de opti-

mismos napoleónicos. Sigamos la crónica de las operaciones enemigas. En ese día 13 recibe orden la vanguardia de situarse en la Cuchilla del Hospital sirviendo de compañía al Jefe de Estado Mayor que va con las divisiones 6ª y 2ª llevando además una pieza de artillería. La superioridad ha confiado a aquel encumbrado jefe la importantísima misión de elegir campo de pelea. Así se cumplió. Aunque en estos bosquejos, necesarios para el esclarecimiento de los sucesos, interviene como lápiz único el criterio que debemos conceptuar exacto de los escritores gubernistas, queremos matizarlos con transcripciones gráficas y oportunas. Al referir a aquellos instantes, el señor coronel Bernabé Herrera y Obes comenta así la elección del terreno: — «Se trataba de resolver si el punto en que estaba situado el Jefe de Estado Mayor era o no el más estratégico y adecuado para que el General en Jefe lo ocupara. *Todos convinimos en que sí porque dada la marcha que el enemigo seguía debía dirigirse allí inevitablemente.*»

Confesión de parte releva de prueba. Este párrafo que tomamos del cuerpo de una interesante narración recién publicada por aquel jefe, acredita mejor que nada cuán sobresalientes eran las circunstancias para los defensores de Borda. Ellos estaban habilitados para elegir, dentro de ciertos límites, sitio de pelea porque allí debían dirigirse *inevitablemente* los revolucionarios. ¿Qué favores más selectos pudo ofrecer el destino al general Villar? En la noche éste descansa con sus tropas en la Estancia Alta, sobre la misma Cuchilla del Hospital. Dice el coronel Herrera, textual:—«El ejército durmió sobre las armas o mejor dicho no durmió de ningún modo.» Merece tomarse en cuenta ese franco aserto para buscar luego contraste singular a tales inquietudes en el lado de los menos, de los fanatizados y de los «revoltosos» que jamás, ni en vísperas de este combate desigual, se privaron de un tranquilo reposo. Llegan al Cuartel General gubernista informaciones nuevas del coronel Escobar, desde la punta del arroyito Molles, y del capitán Sandes que avisaba que Saravia iba con rumbo al Paso del arroyo

Blanco. Con tal motivo se resolvió guarnecer ese punto con dos fuertes divisiones.

El 14 bajo espesa neblina se avanza cómodamente hasta ocupar con todo lujo estratégico el campo elegido. Situado éste al norte del arroyo Blanco, corriente tributaria del río Negro, y entre verdaderas montuosidades, ofrecía ventajas positivas para agazaparse en espera de la presa. Aquella zona que destaca por su fisonomía escabrosa, sin planicies ni un declive suave, presta límite lleno de caprichos serranos a la perspectiva ancha y aplastadora de las llanuras del Caraguatá.

Allí había paño de sobra para cortar excelentes concepciones tácticas.

En aquel mismo campo y a principios del año 1845, la vanguardia del general Rivera había sido derrotada por Urquiza.

El general Villar desplegó sus fuerzas en la encrucijada de los caminos que van a la Cuchilla del Hospital, el uno, y al Paso de San Luis, el otro. El mismo, con las divisiones 1ª, 3ª, 4ª y 5ª, se encargó de cerrar el primero mientras el segundo quedaba bajo el cuidado de Escobar con 1.500 hombres. La 2ª brigada se dispuso próxima al Cerro de los Tres Ombúes aprovechando la protección duplicada de unos corrales de piedra y de taperas. De consiguiente, así quedó tendido el ejército bordista: el General en Jefe al centro, sobre el camino del Hospital, Escobar a su izquierda y el Jefe de Estado Mayor a la derecha con la 2ª y 6ª brigada y artillería.

La línea abarcaba ocho kilómetros de extensión desde uno a otro extremo, haciendo cabecera a la derecha el Cerro Tres Ombúes y a la izquierda el arroyito Molles, afluente diminuto del Blanco. La anterior disposición obedecía al plan de atraer al enemigo hacia el centro utilizando guerrillas sueltas desprendidas de la vanguardia, para dar oportunidad al ala derecha de recogerse por retaguardia de los nacionalistas, ayudada en esa empresa aprisionadora por el resto del ala izquierda. Dando tiempo para todo,

fué en esos momentos que apareció hacia el sur la columna revolucionaria impertérrita en su propósito, cumplido esa misma tarde, de vencer los obstáculos que la apartaban de su ruta privando la salida hacia Rivera.

MOVIMIENTOS REVOLUCIONARIOS

Busquemos ahora ese ejército para seguirlo en sus movimientos preliminares a la pelea del 14 de mayo. Sabiendo a los gubernistas en el Paso de Pereyra, el general Saravia destacó sobre ese punto un grupo de tiradores escogidos con la festejada orden de «cazar jefes». Aquellos compañeros, mandados por el comandante Mariano Saravia, debían concretarse a hacer ejercicios de tiro al blanco sobre los kepíes galoneados. Pero como ocurriera que Basilisio Saravia, hermano de los dos precitados del mismo apellido, estaba del otro lado del río, la voz de la sangre pronto voló desde una orilla a la otra, dando pretexto a una escena de concordia que señala un paréntesis desconocido de nobleza. Basilisio pidió a Mariano momentánea suspensión de hostilidades para tener el gusto de abrazarlo. Como se accediera sin dificultad a ello, pasó en bote desarmado y con un compañero llevando consigo una carta dirigida al general Saravia. Por la noche Mariano visitó el campamento enemigo haciendo así acto de confianza en ellos. A la mañana siguiente, doblada aquella hora de fugaces desahogos, silbaban las balas de aquí y de allá buscando fúnebre engarce en los grupos rivales mandados por dos hermanos también rivales.

La comunicación de Basilisio al General era un documento de corte cariñoso que después de largas divagaciones políticas concluía en un pedido de sometimiento al señor Idiarte Borda. El coronel Lamas dictó una respuesta, que firmó el aludido, a esa ridícula ocurrencia. Era sobrio y terminante. Muchos o pocos, victoriosos o vencidos, los revolucionarios nunca traicionarían el

programa de principios escrito con letras de oro en su bandera de reivindicación impersonal. A pesar de tan decidida actitud, que cortaba una correspondencia inconveniente, Basilisio reiteró sus reflexiones pacíficas. En el caldo flaco de muchas frivolidades y altanerías hijas de la pasión, nadaba la promesa de una amplia generosidad oficialista. Esta vez Carlos Roxlo, con muchos títulos para hacerlo, puso otra categórica réplica a esa literatura grasienta. La irregular tentativa de avenimiento que mencionamos fué de cualquier manera mala. Mala por la pobreza de su índole, si tuvo inspiración superior, y doblemente mala si partió sin permiso de algún fogón con ofensa grave del deber militar. Hasta el día 12 lo pasamos de vacaciones, aunque avanzando hacia el norte con premeditada lentitud.

El coronel Lamas que estricto hasta en los menores detalles, se complace en andar descalzo; nuestro Coronel a quien de regreso he encontrado enflaquecido y con la barba muy larga que le da aspecto remarcable de apóstol joven, se manifiesta muy contento en esos días, como si quisiera alejar de nuestro pensamiento la más pequeña sombra.

Y sin embargo, ¡qué poco nos engaña! Desde que llegué y pude cambiar ideas con los amigos del Estado Mayor estoy penetrado de que un porvenir muy próximo de sombras nos espera; de que el choque se acerca con la fatalidad fría de algo imposible de torcer; de que a no muy larga distancia también hay carpas y fogones y caballadas y tropas que pertenecen a enemigos ansiosos de batirnos. Al corazón llegan en casos supremos los gritos del instinto que distingue perfiles siniestros hasta en el contorno de una nube. Esas presunciones del sentimiento pronto las pudimos ratificar con creces, valiéndonos al efecto de una inocente treta. Ya entonces Saravia y Lamas solían dormir bajo la misma carpa. Aquél, después de recorrer las guardias y de pasear su gallardía por las vecinas poblaciones, se apeaba frente a la vivienda volante de éste, que se ponía de pie para recibirlo — así era de rígido

como militar Lamas, — hacía desensillar su lindo caballo tordillo y acomodaba de cualquier modo su cama de soldado ligero. En línea paralela y a corta distancia quedaba la del Coronel. Luego, unos mates cimarrones, cuatro tajos a una achura asada sin sal sobre las cenizas, una broma de gusto campero aquí, una recomendación en favor del flete allá, y al rato los jefes se acostaban mientras los fogones seguían ardiendo como luminarias de una región encantada protectoras del sueño de tantos hermanos reunidos. ¡Cuántas veces nos pareció idéntico aquel espectáculo caprichoso al que presenta la bahía de Montevideo durante la noche, cuando mil luciérnagas aparecen en los palos de los buques! Pero aun aparentándolo ni Saravia ni Lamas se rendían de inmediato al descanso. Esa era precisamente la hora preferida por ellos para cambiar sus tranquilas confidencias. Al rato de dialogar en voz baja y haciendo poco gasto de palabras también allí empezaba a reinar el silencio. Pues bien, nosotros, involucrados a la vida del Cuartel General, habíamos descubierto el secreto de aquellas conversaciones espontáneas mantenidas entre los jefes. La tentación era irresistible. Siempre improvisábamos el lecho común cerca de la carpa del Coronel ¿qué costaba acercarla un poco más? Así lo acordamos con Rodolfo y Luis Ponce de León. Avecindados de esta manera al nido donde reposaban los padres del ejército, con la cabeza fuera del poncho, sin preocuparnos de la helada que caía, conteniendo la respiración para no perder palabra, recogimos al vuelo verdaderas revelaciones. Desde principios del mes estaba acordada la batalla. Nuestros superiores sabían bien que ella iba a ser sangrienta; y, a propósito, recuerdo haberles oído declarar que las divisiones de más probada consistencia quedarían de relativa reserva para el caso de hacerse indispensable un esfuerzo desesperado. De lo demás, de la falta de recursos bélicos, de la exhaustez de nuestro parque, de la desigualdad del choque concebido, ni un comentario avanzaban aquellos dos hombres. Pensar en tales cosas era necedad cuando precisamente en ellas, en sus pobrezas

girondinas, tenía su mejor amuleto la columna moralizadora. Cuando al ponernos en marcha bulliciosa, Aparicio y Lamas hacían apreciaciones varias saltando indiferentes de esta a aquella generalidad, nadie hubiera sospechado que en el fondo de calma tan natural jugueteaba una sombra de melancolía. Y decimos melancolía porque aun sin importárseles a ellos la vida el trabajo de cobrarla, era lógico que Diego Lamas, sabiéndose lleno de capacidad militar, lamentara los caprichos de la suerte impía que lo colocaban frente a un enemigo muy superior en número, en condiciones tácticas precarias, y que Aparicio Saravia, por este y otros motivos igualmente valederos, experimentara disgusto semejante. ¿Acaso ellos podían ver con gusto que los voluntarios de la causa corrieran al sacrificio no teniendo muchos un arma para morir peleando?

Los días se deslizan largos y monótonos. A cada jornada nos acercamos más al paraje crítico. Distintas comisiones despachadas en observación permiten informarse de la actitud del enemigo que se ocupa en cerrar, como lo hemos visto ya, todos los pasos y picadas. El 13 acampamos temprano al norte del arroyo Coronilla, Caraguatá arriba. No olvido que esa tarde el Coronel, por lo general poco acicalado en su persona, se hace cortar el pelo y arreglar la barba. Un compañero desempeña el papel de peluquero, mientras el cliente acepta con visible placidez las referencias traviesas y al caso de sus amigos. El General, por su parte, adquiere de unos horneros y a precio ínfimo, varias docenas de cañas tacuaras llamadas a caracterizar una hazaña sin rival en nuestros anales guerreros. El mismo acredita la ventaja muy problemática de su original adquisición, cambiando su linda lanza con herrajes de plata por una de esas nudosas cañas. Con la mano enguantada avanza reboleando aquella especie de picana, mientras contagia a todos su envidiable alegría con derroches de ocurrencias picantes que alternan accesos de una risa franca y simpática. Sin hacer acto de petulancia y sin herir la verdad, declaramos que esa

noche dormimos a pierna suelta. Ya aquella legión poseía las virtudes templadas de las unidades veteranas. De cualquier modo y sucediera lo que sucediera, nada terrible podía sobrevenir mandando quienes mandaban. Esa idolatría respetuosa por los superiores haría siempre prodigios.

Omitía decir que en la mañana del 12 se había desplegado hacia el norte una columna compuesta por 200 hombres de la 1ª división al mando del comandante Rivas, en calidad de vanguardia. Ella debía vadear el Caraguatá dejando a su flanco derecho al ejército, que marchaba hacia Cerros Blancos en busca del despunte de los arroyos crecidos, y ocuparse exclusivamente de mantener vigilancia sobre Villar quien, según parte del coronel Mena, costeaba el Yaguarí para pasarlo en las puntas. Como se ve el eje de todos los movimientos era el futuro campo de batalla, vértice ya de dos intenciones. Por lo demás, los lanceros y tiradores del comandante Rivas bastaban para garantir la seguridad del núcleo revolucionario.

Previendo rudas contingencias se improvisaron esos días unas banderas emblemáticas siendo celeste y blanca la correspondiente al Estado Mayor. Sostenida en todo momento por el brazo valeroso de Sandalio Roselló, que lleva con honra sus diez y ocho años, ella hizo todo el resto de la campaña. Al acampar y como útil distintivo se la clavaba frente a la carpa de nuestro Coronel. Zahumada por inciensos de gloria, mordida por las caricias del pampero, descolorida y sucia, ella es la misma que aparece a la derecha de Diego Lamas en una hermosa fotografía que de éste corre por ahí — quizá la mejor de todas — tomada junto a su vivienda errante días antes de la paz. También se ha procedido a numerar las divisiones que quedan así designadas: 1ª mandada por el comandante Manuel Rivas, 2ª coronel Juan Francisco Mena, 3ª coronel Bernardo Berro, 4ª comandante Juan José Muñoz, 5ª coronel Miguel Aldama, 6ª coronel Celestino Alonso, 7ª coronel

José González, 8ª coronel Cicerón Marín, 9ª coronel Juan José Díaz Olivera y 10ª coronel Fortunato Jara.

IMPRESIONES

El 14 levantóse campamento a las cinco a. m. De un momento a otro se esperaban noticias decisivas, pues estando ya en la salida de aquella gran bolsa formada por corrientes de curso combinado, era lógico esperar un avance rudo del enemigo. A ese fin había concurrido la estrategia gubernista dominando pasos y picadas de escape. En la puerta se imponía la presencia del formidable carcelero. Sin embargo, por motivos que luego esbozaremos, nuestra vanguardia no cumplió con su cometido y se produjo un hecho que muchos ignoran: el ejército mismo descubrió a los adversarios. En efecto, después de cruzar el arroyo Blanco que desagua en el río Negro engrosado en su caudal con el tributo del arroyito Molles, se internaron los nacionalistas en las grandes asperezas que tienen por centro mayor a los Cerros Blancos, conocidos con ese nombre por su apariencia nevada, y alzados a lo lejos como dos cumbres andinas, hermanos en la regularidad de su corte cónico y en el dominio majestuoso de aquella región interesante. Formadas en tres columnas marchaban nuestros soldados. Las caricias de un sol generoso invitaban al contento y al ejercicio. Por eso y en provecho de los caballos enflaquecidos, muchos avanzaban marchando a pie. Al descender una loma pedregosa y a pesar de la confianza abrigada en nuestra vanguardia, constituída por elementos conocedores del paraje, Saravia dijo a media voz al Coronel señalando a su atención unos puntitos negros casi imperceptibles que se movían en el horizonte:

—Allá están ellos.

Nosotros hubiéramos jurado que aquellos bultos lejanos eran

todo menos gente, pero el ojo perspicaz de nuestro General no sufría equivocación.

Se ordena hacer alto y mientras Lamas investiga lo hondo de las quebradas con el favor de sus anteojos militares, Saravia hace lo mismo a simple vista y echándose sobre la frente el sombrero blando, a fuer de resguardo.

Aunque parece inexplicable la ausencia de informes, pronto se acredita que estamos muy cerca del enemigo. Esto pasaba a las once de la mañana. Sólo resta seguir adelante. Gracias a ese avance la perspectiva se agranda y ya hasta los profanos podemos percibir claramente jinetes sueltos que cruzan rápidamente de un punto a otro, como trasmitiendo órdenes; y aguzando un poco la vista, grupos oscuros engarzados entre las altas chilcas, semejantes en su aspecto a gruesas puntas de ganado. Pero ese matiz que destaca en las laderas lo crea el ejército de Idiarte Borda.

El clarín toca alto. En esa ocasión solemne parecen más vibrantes las notas irregulares del querido negro Camundá. Se imparte orden de prepararse a la pelea. Mientras tanto, el coronel Mena despliega partiditas con la misión de observar a los gubernistas. ¿Y en qué consiste prepararse a la pelea dirá el lector? En mucho y en nada. En resumen, poco se necesita hacer para estar en condiciones de afrontar un choque; pero ese poco tiene que reclamar trascendental atención cuando del más insignificante detalle puede depender la vida. ¿Qué soldado no se apea gustoso, en vísperas de un combate, para ensillar su reserva o apretar la cincha en la punta del pecho del caballo, o acomodar los cojinillos, o rendir algunas palmas cariñosas al compañero irracional que en pocos momentos correrá su misma suerte y sus mismas desgracias; qué tirador no ejercita el gatillo de su arma, o examina el cierre de su extractor, o compulsa su capital de municiones; y qué lancero no se afianza nervioso en los estribos cimbrando con robustez el brazo protegido pronto a escribir a filo y punta hazañas silenciosas? ¿Qué corazón tierno o fuerte no

siente entonces alguna suprema congoja, de esas que anudan la garganta y agarrotan los órganos de la voz, de esas que deben asaltar al moribundo cuando la juventud, el presente y el futuro lo solicitan y el mundo tiene todavía atractivos de jardín florido? Esas impresiones, el tropel de tan infinitas angustias hace mucho bien a quien las experimenta. Habitúan al hombre a despreciar el vaso miserable de la existencia, a reírse de la vida que es una mascarada de lo más grotesco con epílogo de miedos indignos, y a querer más y mejor las cosas y los pocos seres que se quieren. Después que pasan esas indecibles tormentas pasionales, cuando el vértigo pertenece al archivo del pasado y la brutalidad del hecho producido parece un sueño, se rememoran con rara fruición esos embates del sentimiento y queda en el espíritu un dolor que causa placer, una punzada que reconforta y agrada más de lo que lastima, una de esas calmas imponentes que subsiguen a las tremendas crisis, denunciadas en el mar por los restos del naufragio arrojados a la costa y en el hombre por los restos de esperanza purificada confinados al corazón. ¡Cuánto deben valer en los instantes que describimos, las convicciones religiosas! El paisano, creyente a su modo, se persigna para obrar luego como una máquina; el católico selecto encomienda al Supremo su destino, a él somete sus dolores y entusiasmos, y luego, acariciado por irradiaciones buenas que casi ve descender sobre su cabeza desde arriba, lanza el reto a la desgracia, sin vacilaciones ni miedos, porque para él después de la muerte viene la verdadera vida y el sepulcro es bautisterio. Pues para los espíritus descreído, concientemente desvinculados del dogma, no existe ninguno de esos puertos de refugio abiertos por la mente de los hombres. Todo es mentira entonces como siempre. Mentira ese bálsamo de mhyrra celestial, mentira el consuelo de preciosos alivios morales, mentira esa concepción deslumbrante de una justicia distributiva ultra-terrena que iguala al pobre y al rico, al agraciado y al leproso, al infeliz y al favorecido de la dicha y sólo abre distingos entre los hermanos de la

luz y los hijos de las sombras. Por eso, más atado que ninguno a los ideales con pie de ciencia y con frente de materia, el escéptico tal vez sufre más que ninguno y más que ninguno quiere en los minutos de las ansiedades fuertes, como mejor se destaca una flor de tímido relieve sobre la inmensidad de la estepa helada que orlando el perfil de una altura en dominio de valles y montañas. Quien concurre a una batalla corre una tempestad y acredita algo inverosímil, esto es: que todos amamos la vida con encarnizado frenesí, a cualquier edad y en cualquier época, que la carne manda al espíritu rebelándose con éxito contra el cilicio de las mayores austeridades, que aun los más reacios a los infinitos calores sentimentales poseemos en el fondo manantial de inagotables ternuras, denunciado en circunstancias de agitado dolor, porque el cariño es una flor y sin besos de humedades no puede haber flores. Lo repito, rinde beneficios y excelentes enseñanzas sentir que dentro del pecho se revuelve, alguna vez acorralada, esa fiera que ahulla en el fondo de todos nosotros, retenida como un Prometeo en las entrañas nuestras que araña, muerde y desgarra en su impotencia. Es hermoso amordazar al lobo de la materia, poner freno a sus terrores, obligarlo a afrontar el peligro, decir sí cuando él dice no, hacer burla de sus impurezas y de sus terrores de mujer.

Entonces llega desde adentro, imperativo primero, humilde luego, avergonzado después, el grito exacerbante del instinto que nunca se doma en absoluto. ¿Habéis visto las alternativas que se ofrecen cuando dos personas de fuerzas parejas intentan dominar una puerta abriendo sus hojas ésta y cerrándolas aquélla? Pues esa lucha entre arranques antagónicos tiene símil paralelo en el fondo del individuo expuesto de improviso al peligro. Cuesta entonces encadenar los impulsos primos; pero conseguido ello y pasadas las horas de congoja, el espíritu victorioso cae en un remanso de deliciosas y plácidas alegrías. También es verdad que para alcanzar ese puñado de satisfacciones montadas en recuerdos

sangrientos, se han tirado al abismo muchos afectos hondos, muchos entusiasmos de la edad sin otoño y muchas ilusiones que conservadas hacen flexible la existencia y perdidas arrancan del cielo de la juventud la estrella de la esperanza y convierten a los hombres en autómatas sin alma, sin fe y sin brío.

Digo mal, parece que se pierde y posiblemente se gana, pues ¿acaso pesa menos una libra de acero que una libra de encajes? La transición que se opera reemplaza éstos por aquél y nada más.

¡Cómo se cobra íntimo y tranquilo desprecio, después de una borrasca con marejada de fondo, a todas las falsías, indignidades y perversiones que por ahí corren escudadas por un apellido tan robusto como el Ideal!

CERROS BLANCOS

Calculo en 2.100 hombres el total de las fuerzas revolucionarias asistentes a la batalla de Cerros Blancos. El ejército íntegro era superior a esa cifra, quizá alcanzaba a 2.400 plazas, pero el servicio de distintas guardias y el escuadrón Soriano destacado en el Paso de Pereyra junto con la gente de Martirena y bajo las órdenes de éste, cercenaban en mucho la mencionada cantidad. De aquel monto sólo novecientos veinte soldados estaban en condición de hacer fuego, pues a pesar de ser mayor el número de armas largas, la ausencia de los tiros correspondientes hacía inútiles a los winchesters, preferidos por muchos. En cuanto a la dotación de cartuchos puede calcularse en cincuenta para cada tirador. Para acreditar con más evidencia la veracidad de este dato recordemos que en Cerro Colorado se agotaron casi las municiones revolucionarias, y las recibidas después en la frontera no pasaban de cuarenta mil tiros. En todos sentidos era dura la desproporción entre ambos bandos. Sin embargo, esa diferencia de elementos, tan fácilmente acusable, parecía aguzar en todos el fervor abnegado.

Estamos a la vista del enemigo, separados de sus filas por treinta y tantas cuadras de campos quebrados y llenos de engaños naturales. Con imperturbable gallardía, sin un desorden ni una vacilación, se detienen los nacionalistas sobre el balcón de ligadas alturas y proceden a extender su línea. A todo esto, ya Juan Francisco Mena, después de recabar brioso y sugestivo de su General la correspondiente venia, ha salido, al galope por la izquierda seguido de su linda división, para iniciar la pelea. En esos instantes — son las once y cuarto de la mañana — cae una granada cerca de la columna. No se precisa de mensaje tan imperativo para aceptar el reto. La fuerza de Mena señala el extremo del ala derecha. A su izquierda forman los tiradores del coronel Marín protegidos por el coronel González. Sobre el centro desplegóse la infantería de la división Florida, el resto de la 1ª, compuesto de los escuadrones de caballería de Basilio Muñoz y de Mariano Saravia, protegidos a su vez por la caballería floridense, y la 10ª al mando del coronel Jara. Dispuestos ya en abanico, pues el fuego arreciaba, marcharon al trote, a constituir el ala izquierda, los coroneles Berro y Alonso y comandante Juan José Muñoz, protegidos todos por el coronel Díaz Olivera. Frente al que desde un principio se supuso centro de la línea enemiga — unas taperas y corral de piedra — se situó el centro nacionalista. Allí estaban los jefes superiores con sus escoltas. Apenas completados estos preliminares impuestos, las escaramuzas se convirtieron en nutridísimo fuego. Como un reguero de pólvora que se enciende, pronto quedó señalada por disparos continuados y generales la posición exacta ocupada por los gubernistas. A la izquierda la nuestra tronaba con preferencia el cañón que también tuvo saludos inofensivos para el Estado Mayor. La batalla se presentaba realmente correcta. Ambas hileras corrían extensas, disimuladas aquí y allá por los manchones de chilcas y breñas. Siguiendo un procedimiento tal vez equivocado, el fuego bordista fué uniforme desde un principio, en su increíble intensidad. El oído podía recoger ecos tan estruen-

dosos como los de Tres Arboles. Sin embargo, sólo hablaban las armas de un lado, interrumpidas apenas en su infernal vocerío por disparos sueltos. Esta actitud casi silenciosa obedecía a una hábil y férrea consigna: las municiones eran muy escasas y el coronel Lamas había cortado dudas estableciendo bajo pena que se hiciera un disparo a más de doscientos metros de distancia.

Mandato cruel y con todo salvador que ponía a prueba todas las valentías, porque sólo con derroche de estoicismo podrá salirse bien de aquella ruda justa. Así pues, agazapados tras de las piedras, pegados al suelo en nerviosa expectativa, esperaban los tiradores a que avanzaran bastante los adversarios que aun contando con fuertes protecciones lo hacían en la mayor cautela, temerosos de cualquier sorpresa. El gobierno gastaba sin tasa sus municiones. Mientras tanto, cada vez aparecían más nutridas sus reservas que coronaban en aumento los cerros a la vista, y el sol, vestido de toda gala en aquella tarde de invierno, semejaba parado en lo alto de la bóveda celeste prestando atención al dramático cuadro con la curiosidad de un transeúnte que se vuelve en la calle para ver los resultados de un choque. Dos horas pasaron sin ningún trastorno. Aquella música con notas de agonía no avanzaba y ahí encontraríamos el mejor testimonio del respeto adversario. A la derecha el coronel Mena, con 250 hombres, había parado el empuje muy superior de los coroneles Escobar, Foglia Pérez y Artigas, aliados en un esfuerzo común. Allí tuvo sus momentos de mayor intensidad la lucha. Esta defensiva cruda ofreció favorables intermitencias. La gente de Mena hasta alcanzó a desalojar al enemigo de sus posiciones ocupando las mismas puntas del arroyo Molles con el arma al brazo y a paso de trote, pero reforzada la línea contraria y escaseando las municiones, retrocedió a su primitivo sitio. Entonces devuelven el ataque los gubernistas pretendiendo realizar un movimiento envolvente por la extrema derecha. Como lo dice en sus interesantes apuntes el digno amigo capitán Alberto Maldonado: «ese intento podía sernos funesto si

se realizaba». Pero el plan urdido fracasó siendo batidos los atacantes por un escuadrón de tiradores de caballería de la 2ª, mandados por el comandante José Gil, quien recibió una herida de gravedad en el vientre. Por esos mismos minutos era herido el coronel Mena que ocupaba el centro del ala. Este hecho lamentable dió pie a su retirada hacia el Brasil acompañado de sus subalternos con excepción del sereno comandante Julio Barrios quien se mantuvo resistiendo con lujo de impavidez. Eran las dos de la tarde.

Vislumbrado desde el Cuartel General este debilitamiento inexplicable y peligrosísimo de la derecha, se trató de prever cualquier contraste. Por lo pronto, Julio Barrios, capaz de relevantes inspiraciones guerreras, pone en esas circunstancias cimiento de granito a su nombre deteniendo él solo con sus poquísimos soldados el embate de una verdadera avalancha. Más aún; lleva una carga a lanza protegida por tiradores a caballo y ¡cosa increíble! rechaza con éxito al enemigo. Por disposición superior se le agrega entonces un compañero de armas tan guapo y digno como él: el comandante Apolinario Vélez. Sin perder un segundo avanza este selecto jefe, con su guerrilla de tiradores tendida, a recuperar los puntos estratégicos abandonados por los que se fueron y cuya posesión Barrios acaba de preparar. A pesar de todo, aquel impulso desesperado no podría ni siquiera sostenerse en esa lucha prolongada de uno contra diez, de uno contra diez sí, porque frente al puñado fiel de cien revolucionarios había un núcleo de más de mil gubernistas. Así lo comprendieron Saravia y Lamas. Por orden impartida personalmente por el último citado, avanzó la 10ª división a secundar aquel esfuerzo benemérito. En acatamiento de las instrucciones recibidas ocupa su puesto el septuagenario coronel Jara mientras el Jefe de Estado Mayor ofrecía su primer homenaje a la persona del caudillo fervoroso que marchaba con rumbo a la posteridad, diciendo:

—Me cuesta mandar a este veterano.

Cuando el coronel Jara llegó al sitio designado las cosas se presentaban otra vez críticas. No era posible abrigar una vacilación. El enemigo agredía impunemente, penetrado de la falta casi total de municiones en nuestro campo, y el recurso supremo de la lanza, que sacrifica pero que salva en las guerras nativas, se impuso sin remedio. Cuando el coronel Jara se disponía a dar una hermana a la proeza legendaria de *Chiquito* Saravia, una bala injusta puso fin instantáneo a su vida atravesándole el corazón. Sin embargo, la carga proyectada se llevó a cabo arrollando por segunda vez al adversario. Caía la tarde. A todo esto, el coronel González, desde temprano en línea, hacía esfuerzos sobrehumanos para no perder terreno. ¿Y de qué manera se hace lo que se quiere cuando faltan elementos? Pero fuere como fuere, nadie dudaba que en el sitio defendido por los camaradas de Flores el valor aliado al patriotismo alzaba una muralla infranqueable de entereza.

Al abandonar la línea la segunda división se da orden de avanzar a la séptima, entrando ella por lo tanto en pelea. El coronel González, siempre imperturbable, seguía los movimientos del enemigo desde una eminencia sobre la cual llovía el plomo. Manda a su segundo, Cayetano Gutiérrez, que avance y vadee el arroyito para efectuar un flanqueo. Así lo hace éste perdiendo algunos soldados en esa atrevida operación.

Más tarde, ya sin municiones, llega orden del General de cargar al adversario para favorecer el retroceso del centro que ha agotado las suyas. Esta operación fué cumplida en las más críticas circunstancias, con los fusiles parados sobre la cabeza de las monturas y sin disparar un solo tiro, porque hasta los de revólver se habían concluído.

En cuanto al centro se mantenía firme habiéndose iniciado el fuego a la vista y bajo la dirección personal del coronel Lamas. Castigando con su flexible latiguillo la caña de su bota militar, se paseaba éste de aquí para allá, más sonriente y más atento que nunca a los menores detalles. A cada instante y acompañando sus

palabras de mordacidades rarísimas en él, daba en voz alta esta temeraria consigna que nunca conocerá el olvido porque encierra toda una leyenda guerrera:

—Tiren a doscientos metros, muchachos.

Recuerdo que apostrofó con dureza a un compañero que hizo disparos a mayor distancia. ¡Y así se mandaba cuando de aquel lado del zanjón había un cuerpo de línea — el 1º de Cazadores — armado a máuser, y cuatro piezas de artillería!

Afirma el coronel Bernabé Herrera y Obes que desde su puesto él alcanzó a ver en el Estado Mayor nuestro, además de señales hechas por medio de banderas «que distinguíamos perfectamente, dice, al propio coronel Lamas quien durante largo rato soportó el fuego haciendo ostentación de valor y sangre fría». Aunque es de agradecerse este último elogio, que casi no merece titularse tal pues sólo consagra una verdad heroica, nos cuesta creer que el enemigo haya podido distinguir de manera tan acertada la composición del grupo de Estado Mayor nacionalista. Fuera de que el Coronel era entonces de físico desconocido para sus conciudadanos — aun después de hecha la paz no ha faltado historiador que lo retratara de «barba rubia» — es notorio que ni aún con anteojos es posible distinguir las facciones a una regular distancia. Incurriríamos en un error o en una falsedad los revolucionarios que dijéramos haber identificado al enemigo en Cerros Blancos. Con la ayuda de lentes poderosos sólo pudimos sospechar que el centro adversario estaba situado junto a unas taperas, por el movimiento de jinetes que iban y venían, como lejanas sombras, pero nada más. Así pues, la afirmación que observamos nos parece tan equivocada en esto como en lo que refiere al uso combinado de banderas. Eso es una ingenua fantasía. Jamás se pensó en recurrir a ese recurso militar ni hubo necesidad. Lo que sucedió siempre fué que estando en buenas manos las insignias revolucionarias flamearon hasta el día de la paz a la vanguardia del peligro. Pero lo más curioso es que el coronel Herrera teje en seguida esta malla

de novela:... «y como notara (Lamas) la presencia del coronel Manuel R. Rodríguez que con sus ayudantes se había reunido a mí y estábamos todos a caballo, hizo recrudecer el fuego dirigiéndolo sobre nosotros». Con tanta seguridad escribe el amable cronista que cualquiera creería que él oyó de boca del Coronel la orden precitada, la cual mal pudo existir cuando sólo se tiraba a doscientos metros. Los que estuvimos durante todo el desarrollo de la pelea en el Estado Mayor, podemos asegurar que en ningún instante se identificó a ningún jefe ni fuerza enemiga.

¿Qué sucede mientras tanto en la izquierda? Allí tampoco sufren contraste nuestras hileras.

A eso de la una de la tarde avanza por el oeste una columna nutrida de caballería. Se la considera enemiga en un principio pero cuando efectúa su aproximación sin desplegar hostilidades, se acredita que es la 1ª división tan extrañamente desaparecida. Después supimos que nuestra vanguardia habiendo avanzado mucho el día antes se vió, de buenas a primeras, cortada del ejército por los enemigos en fuerte número.

A esa interpelación debióse su silencio. Pero ahora, como lo vemos, ocupa su puesto de lucha. Son las cuatro y ya empiezan a conocerse nombres de muertos queridos. Caen rendidos a la derecha por el plomo fratricida, Gabino Coronel que acaba de comunicar al Estado Mayor la muerte de su jefe el coronel Jara, y Servando Delgado herido en el corazón. El cerrito donde descansa nuestro centro también ofrece tristes escenas. En momentos de apuntar es herido en la base del cráneo el comandante Sergio Muñoz que escapa por milagro de la muerte. El valiente comandante Abel Sierra, jefe de la escolta del General, recibe un balazo de apariencia terrible que le atraviesa el estómago.

Cuando rueda por tierra viva a su partido y pide un fusil para morir peleando.

El alférez Clelio de los Santos, que tira echado sobre el suelo en el extremo derecho de la guerrilla, recibe un balazo que le entra

por el hombro y le sale por un pie. Quedó exánime. A un lindo viejo de la división maragata, que tomaba tranquilamente mate junto a un fogón improvisado, lo derribó para siempre una bala alevosa. Era el capitán Reyes. Cuando el ala izquierda vuelve a vacilar, Saravia monta en su oscuro, que ya tiene atravesadas de un tiro las narices, y sale para aquel extremo, dispuesto a cerrar con la propia inmolación una serie de admirables sacrificios.

Lo compañan los muchachos sus ayudantes. El batalloncito Patria mandado por el pundonoroso mayor Desiderio Arias, hace proezas a ese rumbo. El General disciplina las operaciones y dirige una carga a lanza, aunque los caballos apenas pueden con los jinetes. Manda ese avance atrevido un pardo de la división Cerro Largo quien consigue hacer remolinear al adversario que por tercera vez vuelve caras. Ciertamente que Escobar no se luce. A un costado el coronel González solicita municiones que no hay y Apolinario Vélez, con el pie deshecho, estimula sin embargo a los suyos.

En el mismo centro acaba de ser herido el Coronel. Con su habitual aplomo él ha desafiado el peligro durante toda la pelea. Personalmente manda la improvisada guerrilla que lo rodea, cuando una bala de máuser tomándolo de perfil, le entra por debajo del omóplato, saliendo después de atravesarle el antebrazo en su parte blanda.

Todos corrimos a su lado a prestarle auxilio ¡qué auxilios podían ofrecerse! Recuerdo que con el rebozo de lana que yo llevaba al cuello se le contuvo la hemorragia. Lamas no quería ser curado. Al recibir el latigazo del plomo enemigo había exclamado con voz potente:

—¡Viva la patria!

La patria! Ese era su cariño. Hondísima consternación produjo aquella desgracia a los pocos que la conocimos. Saravia y Lamas representaban los dos platillos de una preciosa balanza que se perdería infaliblemente el día en que faltaran ellos. ¿Y podía

exhibirse tan cruel como todo eso el destino? ¿Podían ser tan afortunadas las huestes inconscientes que desde la distancia nos enviaban envuelto en un clamoreo infernal este grito salvaje de: *mueran los blancos sarnosos?* ¿Podía ser estéril el extraordinario esfuerzo consumado en condiciones desesperadas? El espíritu se rebelaba colérico contra esa posibilidad. Gracias a la suerte la herida del Coronel no era grave. Sin perder el tino pide éste — que ya lleva el brazo en cabestrillo — al doctor Acevedo Díaz que se dirija a la izquierda para comunicar al General lo sucedido y sugerirle la conveniencia de estrechar sobre el centro las alas para ponerse en correcta marcha, pues ya nada práctico queda por hacer allí. Sin municiones toda defensiva es imposible. Pero el General ya ha pensado lo mismo y bajo su inteligente dirección empiezan a cerrarse las divisiones haciendo eje del centro, como varillas de un abanico. Saravia en persona guarda las espaldas a sus soldados que deben agradecer en lo íntimo tanta abnegación.

Lo ayuda en esa tarea el patriota coronel Enrique Yarza, quien ha reunido todos los peones de caballada, de los cuales sólo cinco tienen fusil, — para coronar en aparato ofensivo la línea. Y ese simulacro tuvo efecto porque nadie se atrevió a avanzar.

Aquella concentración obrada al caer la tarde, con orden simultáneo, puso sugestivo punto final a la pelea.

UN BRILLANTE REPLIEGUE

Tranquilamente, sin apurar el paso, a pie los unos, a caballo los otros, el ejército de la patria recoge sus falanges nerviosas dejando al adversario el dominio platónico de unos cuantos cerros que recién al siguiente día se atrevió a tomar en absoluto. Lamas, ya sin papel, se aleja de la línea obligado por los jefes y confiando al coronel Díaz Olivera el movimiento del Estado Mayor. Pronto y con lentitud lo sigue éste abandonando en la inolvidable cumbre

montones de cápsulas vacías y los cuerpos de cuatro o cinco infelices compañeros. En las peleas nunca se levanta a los caídos de muerte, tal vez porque no existe el derecho de turbar el más profundo y hermoso de los sueños. El sol se entra en el horizonte cuando quedan otra vez integradas las tres columnas de costumbre.

A la retaguardia, mejor dicho a la vista, truena el cañón y todavía desperdician tiros las inconscientes infanterías gubernistas. Ningún herido ha quedado en el campo. Saravia tampoco lo hubiera permitido. La noche empieza a adueñarse del cielo; pero todavía da tiempo la luz de ese gran día para permitir que el excelente amigo Luis Chousiño practique al Coronel la primera cura. Nada de nuevo se me ocurre agregar sobre el cuerpo del drama del 14 de mayo.

Poca unidad habrá en esta narración pintoresca con fisonomía de mosaico, pero así fueron las cosas, y en estas carillas hemos vertido la esencia de muchas verdades parciales. Recuerdo con este motivo, que apreciando en forma muy benevolente mi primer tomo sobre la revolución, observaba un crítico que las descripciones de las peleas se resentían de cierta palidez en la expresión. Muy probablemente existe acierto en ese juicio, pero debido a la pobreza de mi pluma y también a la pobreza escénica de los acontecimientos. En efecto, quien ha leído el relato de los hechos de armas europeos, con sus magníficas proclamas, con sus escuadrones que al lanzarse a la carga hacen temblar la tierra y oscurecen el sol con el polvo que levantan; quien sigue en un libro el desarrollo combinado de las operaciones sabiendo que el campo de pelea donde actúan cien mil hombres es un plano de ajedrez con cañones que son torres, infanterías que son peones, jinetes que representan a los caballos y jefes que dan jaque, sufre una rara impresión de asombro al conocer el carácter de nuestros encuentros.

Las peleas americanas internas son rápidas como los decretos de la pasión enardecida, atropelladas y resueltas como el agua de una cascada, produciendo a la vez espuma y barro, ruido y niebla.

Todo es en un acto con lujo de unidad en el tiempo, en la acción y en el sitio. Así sucede que el epílogo tiene vacíos iniciales y que hasta en el preámbulo suelen oírse notas del himno final.

Nuestras luchas, todavía bastante primitivas, tienen cierto ímpetu de entrevero y se aquilatan en su brío después que concluyen, como se conocen los efectos del huracán después que pasa. El mismo Lamas tuvo el talento estoico de comprenderlo así.

Por lo demás, arranco a mi memoria esta reminiscencia que a otros causara extrañeza, pero que es exactísima y acredita bien la tesis que sostengo.

Después de Tres Arboles recuerdo que pregunté a nuestro jefe, con toda naturalidad:

—Coronel: ¿es esto una batalla?

A lo que me contestó, con risueña energía el interpelado:

—Ya lo creo que sí.

La retirada nacionalista, a veinte cuadras a la retaguardia del campo de pelea, fué una hábil y hermosa operación militar. Después de defender con éxito determinadas posiciones cuyo dominio aislado nada significaba; después de sofrenar los ardores tartarinescos de un enemigo petulante; después de hacer tiempo hasta la entrada de la noche que era una aliada, los revolucionarios retroceden en perfecto orden dejando a sus espaldas muertos gloriosos y un suelo arado por cascos de metralla enloquecida, como testimonio de honor. ¡Tal vez no fueron más efímeras las victorias de Pirro! Tan sobre la línea abandonada se detuvieron para tomar nuevo rumbo los nuestros, que recuerdo el caso fatalmente fortuito de un compañero, herido de muerte al apearse del caballo detrás de una loma. Esto acredita bien que aún estábamos a tiro del enemigo. ¿A haber tenido que recogerse en fuga pudieron los nacionalistas llevar consigo, para sepultarlos luego a distancia, los cuerpos del coronel Jara y de otros compañeros?

Nuestras fuerzas han hecho alto frente a la pulpería de Orcaberro. La preocupación de todos, jefes y soldados, es la herida del

Coronel. Ya está encima la noche, oscura, triste, tenebrosa, como puede merecerla un día de pelea. Se echa pie a tierra y con el caballo de la rienda, pues se sabe que marcharemos largo, — pasa el mate de mano en mano alrededor de fogones improvisados que no tienen miedo de levantar al cielo sus denunciadoras lenguas de fuego, a pesar de estar muy cerquita los adversarios. No se necesita aguzar mucho la vista para distinguir a menos de una legua, otra serie numerosa de fogones que parecen lejanas linternas. Allí están los hombres de Idiarte Borda.

¿Y qué hacen si mañana dirán que han triunfado? ¿Por qué no completan la victoria con una carga recia sabiendo que en la oscuridad el soldado vencido huye espantado al menor empuje?

Aquella afirmación como las demás contenidas en este libro, escrito con tinta de verdad, es perfectamente exacta. Actuando como testigos en el desarrollo de los sucesos, pudimos aquilatar el carácter de los hechos con la mayor precisión. Pero con todo, al emitir estas importantes aseveraciones que destruyen fantasmas corrientes y casi consagrados, gracias a la mentira oficial, hablan con voz de ángel y de subida autoridad los cronistas oficiales que afianzan lo dicho por nosotros; a pesar, repito, de que se trata de ocurrencias notorias para muchos. Así se expresa el coronel Herrera y Obes: «Se recibió un parte del coronel Escobar haciendo saber que el enemigo *en número de 2.000 hombres había vuelto a situarse en las inmediaciones del campo de batalla hacia nuestra izquierda sobre el camino de San Luis, en donde había encendido una hilera de fogones.* Salimos a la puerta de la carpa del general Villar que precisamente miraba hacia aquel costado y pudimos convencernos de la existencia de los fogones.» Expone en seguida el mismo, que «sin embargo, y con el doble motivo de *haber vuelto al campo algunas fuerzas revolucionarias*» pidió permiso para llevar un ataque en regla, pero continúa: «como en ese momento fué que el temporal de agua y viento empezó a desencadenarse, nos vimos obligados a no insistir más.» Es categóricamente inadmi-

sible como razón de fuerza ni mediana, la última aducida para no perseguir a los revolucionarios. Ya antes de ahora un amante de la verdad rectificó en este punto y por la prensa al coronel Herrera y Obes. Pero conviene insistir. Padece craso error este cronista al hacer a la tormenta motivo de la inacción oficial. El temporal recién se desató pasadas con mucho las doce de la noche, cuando los nacionalistas habían caminado varias leguas. Así pues, es a todas luces inaceptable la explicación del jefe de la 2ª brigada gubernista.

Por otra parte, tan inmediatos estábamos a la línea enemiga que un pobre capitán adversario, de apellido Luna, se entreveró sin darse cuenta de ello con el escuadrón de Julio Barrios. Ya sobre los tizones, descubierto por la banderola de su lanza y como no quisiera rendirse, fué baleado de muerte.

El acto a que venimos refiriendo, hecho con singular calma a las barbas de un ejército muy superior y sin economizar audacia, enaltece la serenidad entendida de Saravia y da el más irrefutable mentís al parte vanidoso del general Villar, quien se permitía afirmar, a pesar de tan mortificante reto visible desde su carpa — según ya lo hemos acreditado — que la batalla «terminó con la *completa derrota y desbande del enemigo* que en pequeños grupos y precipitada fuga salió con rumbos al Brasil.» Estos saldos parciales van ayudando al lector a formar juicio claro y recto.

¿VICTORIA O FRACASO?

Antes de entrar en comentarios de menor trascendencia, apreciemos la índole del combate del 14 de mayo. Veamos en primer término si los resultados obtenidos por el gobierno correspondieron a las esperanzas abrigadas. Nada mejor para avanzar con tino en esa investigación que pedir informes al mismo adversario. Ocurramos a la apreciable crónica publicada en las columnas del

diario *La Razón* por el coronel Herrera y Obes, reconocida en carta notoria, por el general Villar, como la más aproximada a lo cierto.

Dice el citado en uno de sus párrafos: «Aquel día (13) llegó a considerarse como el antecedente de la victoria y el penúltimo de la guerra; era tal la convicción general del ejército de que al día siguiente sería derrotado el de Saravia, etc.». Agrega luego: «El enemigo se vería obligado a emigrar al Brasil o a aceptar un combate de cuyos resultados *ninguno dudaba creyendo todos que él sería el decisivo de la guerra* pronunciándose la victoria en favor nuestro». Otra franqueza digna de ser recogida: «El general Villar así que descubrió al ejército revolucionario *adquirió la convicción de que no podría resistir* el ataque que los nuestros le llevaran, y que si Saravia y Lamas entraban a la zona de combate *su derrota era segura.*»

No se requiere hacer esfuerzo de dialéctica para deducir de esos asertos que los enemigos nos consideraban copados.

Al jefe bordista seguramente se le hizo buena entonces la frase del coronel Flores, antes de Tres Arboles:

—Los blancos estaban dentro de su kepis!

Y aunque, por supuesto menos duro, el chasco se reprodujo.

¿En qué obtuvo un triunfo Villar?

¿Consiguió desbaratar a las milicias ciudadanas, romper su nervio, rechazarlas con cargas recias, hacer prisioneros, tomar heridos, recoger armas o pertrechos abandonados, quitarles un solo caballo, introducir el pavor en sus filas, inutilizarlas en su acción, quebrar su espíritu, arrojarlas como desde un pretil al abismo de la emigración, del desastre y de la miseria en país extranjero? Decididamente no.

Su éxito se redujo a posesionarse, recién al siguiente día, de la línea de cerros que los revolucionarios cesaron de sostener después de largas horas, porque sin municiones, teniendo al frente tantos factores desfavorables y sin necesidad capital, era extrava-

gancia empeñarse en una estúpida obstinación. Mal se portaron las caballerías gubernistas; ridículos fueron los efectos de la artillería; mal también se portó su infantería. A aquélla la doblaron Saravia y Julio Barrios, como lo declara el mismo autor gubernista que nombramos ya; ésta no lastimó a un solo hombre; y la última nada digno de señalarse hizo.

Sucedió que siendo tan seguro un resultado total nadie supuso, no en la capital, ni en el ejército, que las cosas fueran distintas. Además, el inexplicable alejamiento de la 2ª división, muy exagerado en su importancia guerrera, vino a colmar ese vaso de inflamadas ilusiones.

Militarmente juzgado el combate del 14 de mayo, él concluye de extinguir el renombre usurpado del general Villar, porque a pesar de abnegaciones, estoicismos y habilidades, los nacionalistas debieron de ser derrotados en Cerros Blancos, era tan crítica su condición y tan ventajosa la enemiga! El ejército de Villar, bien armado, bien municionado y triple en número, dominaba con sus piezas de antemano emplazadas — surgía tan obligado el pasaje por allí — el campo de Cerros Blancos, única puerta de escape. Para exceso de males, todo esto ocurría a pocas leguas de la frontera abriendo estímulo a las deserciones y a fáciles desalientos. Sólo restaba correr los cerrojos. Creemos que Villar pudo conseguirlo así con un poco de acierto, y lo creemos porque tenía a su favor circunstancias diabólicamente favorables. Pero en fin, como no desearíamos sentar plaza de pedantes, preferimos abdicar en el lector la paternidad de nuevos y elocuentes comentarios sobre este punto. Lo indiscutible es que el ejército bordista peleado el 14 de mayo, era formidable en número y calidad. No hay memoria de ningún otro igual en los anales militares de la República, de cuarenta años a esta parte. Lo cierto es que su comandante en jefe no supo aprovecharlo. Lo evidente es que hasta tintes de vergüenza empañan el brillo de las armas oficiales en aquella fecha.

Ocurramos otra vez en misión de pesquisa histórica a los escritos del coronel Herrera y Obes para apuntar nuevos datos comprometedores del prestigio militar bordista.

Ante todo, a la pregunta interesante de ¿dirigió Villar la batalla como se lo imponía su deber? se encarga de contestarnos sin presión alguna y en esta forma, el citado señor: «Después de expedidas estas órdenes, el general Villar se puso en marcha con las brigadas 1ª, 4ª y 5ª entrando por retaguardia de nuestro centro y yendo a situarse a la derecha de éste y como a unos dos kilómetros a retaguardia. El punto elegido por el general era un gran bajo que él consideró a propósito para desde allí dirigir la acción y que al mismo tiempo se ocultaba de la vista del enemigo que hasta aquel momento no se había apercibido de su presencia».

No puede pedirse una declaración más mortificante para el aludido en el párrafo que acabamos de transcribir. Molesta a nuestros sentimientos amplios entrar al desmenuzamiento de esos conceptos categóricos que tan en ridículo colocan al señor general Villar. Sólo observaremos que si éste se situó en un bajo y a dos kilómetros — veinticuatro cuadras — de su propia línea — a más de treinta de la revolucionaria — estaba fuera del radio de la lucha y del alcance de los tiros no pudiendo por ende dirigir el encuentro. Acreditan esa presunción la inhabilidad con que se condujo éste, el carácter estéril del empuje adverso, y el evidente desperdicio de fuerzas hecho.

Es bueno tener presente que con la mayor jerarquía no disminuyen los riesgos que gravitan sobre el soldado. Especialmente en nuestras guerras imperfectas y en tierra donde el valor personal tanto impone, corresponde a los generales puesto de franco peligro. Porque así procedieron siempre Saravia y Lamas eran adorados por sus subalternos, pues complace saber que a todos alcanza y a todos somete la soberanía del dolor.

El coronel Herrera y Obes ve uno de los principales motivos

del fracaso oficial en la circunstancia de que al tender su línea los nacionalistas oblicuaron un poco hacia la izquierda obligando a modificar en parte la colocación de los escuadrones. El ala derecha, por ejemplo, debió moverse por causa de tal actitud. Pecaremos de miopía pero no alcanzamos a comprender el capital perjuicio de tal evolución que sólo pudo variar, y eso parcialmente, las posiciones adversarias. Si la guerra es un arte lleno de astucias y más o menos brillante en sus proyecciones, según los recursos inteligentes que entren en juego, no pueden sorprender esas enmiendas finales.

Ellas deben esperarse siempre porque siempre deben producirse; porque hasta el irracional más infeliz acumula todas las ventajas posibles cuando va a iniciar una pelea. De lo contrario, si una simple variante en la formación enemiga aturulla y desconcierta al extremo de perder la pista del triunfo ¿para qué son los generales, para qué llevan ramas de laurel en el kepis, para qué mandan y son obedecidos?

A fin de evitar un tropiezo en estos comentarios elementales, buscamos apoyo en los maestros y lo encontramos insuperable en esta máxima de Napoleón: «Un plan de campaña debe haber previsto todo lo que el enemigo puede hacer, y encerrar en sí mismo los medios de frustrar sus proyectos. Los planes de campaña se modifican de infinitas maneras, conforme a las circunstancias, a las inspiraciones del genio del jefe, a la calidad de las tropas, y a la topografía del teatro de la guerra.»

Agueguemos que difícilmente se volverá a dar en el país una batalla, en sitio tan señalado de antemano por la naturaleza, como la de Cerros Blancos. Pero aun reputando esos inconvenientes graves trastornos, ¿acaso se intentó de manera alguna abrir otro camino al desarrollo de los sucesos? Otro esclarecimiento concurrente de la misma procedencia: «Por las explicaciones que unos a otros nos dimos aquella noche, se vino a saber que las caballerías de nuestra izquierda, al abandonar la altura en que estaban

situadas cuando Saravia amagó la carga, se situaron en *un bajo desde el cual no se alcanzaba a ver el camino de San Luis por cuya razón quedaron ignorando (!) los movimientos del enemigo por aquel costado.*» ¡Vaya con los *bajos!* Esas explicaciones ennegrecen algo más que el papel en que están impresas. ¿Cómo se demuestra, sin herir su decoro militar, que un ala entera se esconda en un bajo estando en línea de batalla, y que allí quede acurrucada, ignorante de lo que a su frente ocurre? Por ese rumbo se puede ir muy lejos sin salir de la cuestión.

Más transcripciones oportunas. Después de la pelea dijo Villar: «que todo estaba concluído, pues, el enemigo se había desbandado y suponía que a esa hora ya estaría sobre la línea brasileña, por lo que ordenó que nuestras fuerzas se retirasen.» Ya parece que el cronista ha echado en olvido el fantástico argumento de la tormenta. En este párrafo se resuelve no perseguir porque materialmente no hay enemigo. Y sin embargo según confesión de parte, el mismo general Villar desde la puerta de su carpa acababa de ver a corta distancia las claridades atrevidas y desafiantes de los fogones revolucionarios. ¿Cómo se armoniza esto con aquello? Y sin embargo, el mismo coronel Herrera y Obes expone en seguida que: «*el resultado no correspondió a las esperanzas que en él fundara nuestro general en jefe.*»

No podemos exigir una confesión más explícita de impotencia.

Lo que antecede en cuanto a las ocurrencias de esa tarde basta y sobra para perder de vista la pregonada victoria de Cerros Blancos. Ahora, sumemos a ese notable éxito revolucionario la retirada talentosa de la noche, el espléndido suceso de Guaviyú, el no menos digno de Cuñapirú, y en final, la burla hecha por un puñado de ciudadanos al Ejército del Norte, que de nuestra vanguardia pasa a nuestra retaguardia para no volverlo a encontrar en el resto de la campaña, y dígase si el general Villar y los suyos pueden enorgullecerse de los resultados del famoso hecho de armas. En realidad y a la luz clara de la estrategia, fué todo un triunfo la batalla de Cerros Blancos porque allí debimos ser aplastados y

de allí salimos fuertes y erguidos de espíritu y de cuerpo; porque allí fué el preliminar de dos encuentros extraordinarios — Guaviyú y Cuñapirú, — y porque ella nos permitió salir airosos de una región que tenía todos los atributos de peligrosísima cárcel. Eludida la imponente valla puesta por el gobierno el 14 de mayo en Cerros Blancos, se pudo garantir desde esa fecha que la causa revolucionaria era invencible, pues lo que no se pudo hacer allí no podría hacerse nunca, porque jamás se repetiría aquella situación tan angustiosa para el patriotismo. El tiempo lo evidenció así.

Considerado corporativamente el ejército nacionalista, que no poseía instrucción militar ni enseñanza técnica alguna capaz de prestarle cohesión disciplinaria, merece elogios aquella falange de hierro victoriosa en tan recia prueba. Y eso que aún no hemos hablado de la brillante retirada de la noche.

En antecedentes de las condiciones ventajosísimas en que actuaban sus tenientes y engañado además por el tono napoleónico de los partes telegráficos de Villar y de los coroneles Manuel Rodríguez, Abreu y Escobar, el gobierno de Montevideo dió proporciones superlativas a la batalla de Cerros Blancos. Se trataba de un éxito total! La noticia del combate recibida el 15 por la noche fué festejada con todo estruendo por los miembros del oficialismo. Hubo dianas en los cuarteles pretorianos, ecos triunfales, cohetes de artificio. Hubo algo más todavía. Escenas de alegría salvaje, desahogos del más brutal regocijo se desarrollaron en las calles de la capital, cuando todos creíamos ya muy lejana la sombra de tan inicuas manifestaciones. La mazorca resucitó por un día en nuestra metrópoli que vió a grupos de chusma de golilla vivando a los opresores y haciendo burla de aquellas familias posiblemente ligadas a la desgracia revolucionaria, como si de cualquier manera los unos y los otros no fueran orientales y no debieran merecer respeto el sueño de los caídos de ambas partes. Esas ignominias, esos can-canes de bestial contento bailados por el gobierno de entonces y aplaudidos por don Juan Idiarte Borda y por sus ministros Federico Vidiella, Juan José Castro, Luis

Eduardo Pérez y Miguel Herrera y Obes, debieron de fundar en el alma de los hijos del pueblo los primeros furores vengativos. La tragedia del 25 de agosto nació en aquella infame fiesta.

Pero pronto callaron los platillos porque el desastre de Cuñapirú, sin antecedente análogo en nuestras memorias militares, puso providencial término a las satisfacciones de los depravados. Sin embargo, el agradable chasco, aunque con fugacidad de meteoro, lució hasta en el Salto. Desde la ciudad de ese nombre algunos amigos personales del general Villar, — señores Granada, Cañizas, Simonet y otros — felicitaron al referido por «haberle tocado la honra de hacer brillar con gloria al Ejército Oriental dando *la primera y última batalla* que pondrá término a la revolución.» Elogios grotescos que denuncian pasiones de furibundo e ingrato partidismo en quienes los dirigen. Por lo demás, no sería tan abultada la mentira estampada en ese despacho si antes de Cerros Blancos no existiera el triunfo capital de Tres Arboles, y si después de Cerros Blancos no se contase la larga serie de proezas revolucionarias que sólo cierra el tratado de paz de setiembre.

No es raro que los gubernistas creyeran en una victoria definitiva cuando el mismo Villar, aunque por horas, se conceptuó dueño de lozanos laureles. Cómo llegó a ese extremo de candidez y de ilusión, no lo sabemos, pero lo indudable es que no tuvo bastante dominio sobre sí para reconocer la áspera realidad. Y a la par de él todos sus compañeros. ¡Caso raro de rara ligereza militar! ¿No expone el mismo coronel Herrera y Obes que en la noche de la pelea el comandante en jefe invitó a sus subalternos a ir hasta la carpa de Escobar para felicitarlo por su bizarra conducta en la línea, y sin embargo no hemos transcripto ya un párrafo suyo del cual se desprende que el ala izquierda (Escobar, Artigas y otros) se situó en un bajo... etc.,» y no agrega luego el mismo informante que cuando cargó Saravia «nuestras caballerías (las de ellos) — Escobar, Artigas y otros — *dieron media vuelta y se pusieron en retirada perseguidos por el enemigo»?* ¿Cómo armonizar el calor de aquellos honores especiales con el frío de estas especiales palideces?

ESTADISTICA TRISTE

Ahora una palabra de recuerdo para los que se portaron bien de nuestro lado, muriendo o salvando la vida. El coronel Fortunato Jara era una reliquia. Contaba setenta y siete años cuando su nombre ganó destellos perdurables; y a la verdad que tuvo engarce digno, entre cumbres, el sacrificio heroico de este veterano de la patria cuya memoria hoy brilla tan arriba. Soldado desde antes de la Guerra Grande, hijo predilecto de ese departamento de Cerro Largo fecundo en distinguidos hombres de guerra, caudillo con tantas campañas como cicatrices en el cuerpo, paisano entero y resuelto, su prestigio brotaba como agua de manantial en esas agrestes Sierras de los Yerbales. De fisonomía india, recio de alma y de brazo, sus servicios a la causa nacionalista fueron porfiados porque aquel digno representante de esas virtudes antiguas que hacían tan válida como una escritura la palabra del gaucho y tan sensibles como un pudor sus convicciones, nunca pensó, como Justino Muniz, en seguir el camino de la traición y del beneficio egoísta.

A todas las patriadas ofrece su valioso contingente sin mirar jamás hacia atrás y sin ver siempre hacia adelante. Ha nacido para llorar desde abajo las injustas desgracias de su causa y el destino querrá que muera pujando por reconquistar derechos santos que no prescriben. Cuando relámpagos revolucionarios cruzan en 1897 el cielo de la patria y la campaña empieza a estremecerse, porque conoce bien el significado inequívoco de esos presagios, muchos son los paisanos que golpean a la puerta del caudillo casi octogenario, cuya morada, oculta entre soledades, tiene todos los prestigios mágicos de una ermita. Nada sabe el coronel Jara de lo que se combina. Increíbles penurias y trastornos roban el tiempo para imitar a muchos leales dispuestos a cumplir con su partido. Quizá con respecto al coronel Jara hubo un propósito de preconcebida omisión: era una herejía arrancar

de entre los suyos a quien lleno de achaques y con méritos de sobra no estaba en actitud de acompañar a sus amigos. Pero sin resentirse por este cariñoso olvido, el coronel Jara monta a caballo, aunque ya el físico no lo ayuda, y a la hora de tocarse llamada en las filas del ejército de la patria él forma de presente. Hermosísimo cuadro de veteranos heroicos el constituído por los viejos Fortunato Jara, Nicasio Trías, Justino Urtubey, Francisco Castro, Enrique Olivera y Celestino Corbo. De esos coroneles han caído ya dos, mientras un sol bueno acaricia las canas sin sombra de los restantes, Jara, como ya lo dijimos, murió frente al enemigo cuando se disponía a llevar una carga a lanza. Murió pues en su ley y en su actitud más genuina. Al desplomarse del caballo para regar con sangre fecundante el suelo por cuya libertad tanto luchara, atinó a agarrarse con ansias de posteridad al astil de la bandera de su división que era la blanca y celeste de la patria. Envidiable y merecida mortaja para quien por ser partidario consecuente y hombre de robustas convicciones sólo conoció quebrantos e injusticias. La roca Tarpeya pertenece en nuestro país a los dignos y a los virtuosos!

Gabino Coronel, también doblado por el plomo enemigo, tenía en su apellido, de fuertes sugestiones en Cerro Largo, un escudo y una promesa.

Hombre muy joven y muy culto, apóstol fervoroso de principios impersonales, nacionalista por origen y por convicción, fué uno de los pocos entusiastas que después de estimular al sacrificio desde las columnas de la prensa, señaló el camino de las hondas aflicciones austeras marchando a la vanguardia de los peregrinos. Padre espiritual de *El Deber Cívico* de Melo, él supo fustigar con bríos sin intermitencia, las ignominias de una época llena de desdoros institucionales. En el ejército pidió y ocupó plaza subalterna para dar el ejemplo de la mayor humildad patriótica. Ayudante del coronel Jara murió junto a él como Chalar junto a *Chiquito*. Las águilas nunca alzan solas el vuelo.

Con la caída de Gabino Coronel que era del corazón y del

viril arranque de Ramos Suárez, de Orique y de Maldonado, se perdió algo más que una semilla de roble. En sus congregaciones ciudadanas la juventud nacionalista que cuenta con esos hermanos de menos, debe revistar como presentes a aquellos camaradas sin tacha que al abrir un vacío en su causa cerraron con gloria una página de honor en la historia del país.

Conceptos de semejante elogio pueden tributarse a la memoria honesta de Servando Delgado, ese otro hijo de las ciudades inmolado en aras de la salud pública. Perteneciente al núcleo de los montevideanos, aquel pobre amigo abonó en la práctica sus fanatismos ciudadanos. Socio fundador del Club *Defensa de Paysandú*, benemérita institución política que puso cimiento de luz a santas expansiones corporativas, cayó para consagrar las propias enterezas y las de su clase.

La memoria esclarecida del capitán Martín Arostegui también merece un párrafo especial en estas páginas escritas con cariño. Vecino antiguo y acaudalado del departamento de Cerro Largo, este correligionario sin ser ya un joven pero movido por el acicate de pasiones de hierro, pidió para sí puesto de fila cuando empezaron a lucir los días de quebranto. Consagrando la verdad de un ejemplo viril forma junto al jefe de la división local. Lo acompaña sin paréntesis en todos los momentos; su adhesión es invariable como su carácter y él traspasó pronto el arco de la tierra porque cuando el coronel Jara muere, Arostegui, como coronel también, rompe con su envoltura de materia para acompañar al jefe en esa última carga.

Sería nuestro deseo prestar hospitalidad en esta parte al elogio personal de algún caído adversario digno por su significación de conceptos respetuosos, pero de los cinco mil quinientos hombres gubernistas asistentes a la batalla de Cerros Blancos, de los muchos oficiales correspondientes a tan compacta masa, no quedó uno muerto. Rara casualidad esta que permitiría al bravo coronel José González decir luego con profunda intención, que: «*no había peligro de que los jefes gubernistas dejaran viudas.*»

Vamos ahora al recuento de las pérdidas por ambos lados. Con respecto a los revolucionarios afirma el general Villar en su parte de la pelea, que éstos se retiraron en «completa derrota dejando en el campo *170 muertos y 400 heridos.*»

¡Cómo prosperaba el engaño mutuo en las filas gubernistas! Ese aserto extravagante y el que le subsigue: «nuestras pérdidas son insignificantes», recuerda las mentiras telegráficas sobre la guerra de Cuba: siempre salían ilesos los unos y deshechos los otros, y sin embargo la guerra jamás pudo ser no digo ya sofocada pero ni siquiera contenida en su creciente vitalidad.

No; aquellas cifras son inexactas con toda evidencia. El número de muertos nacionalistas puede calcularse en 40 y en 110 a 115 el número de heridos. En efecto, a 76 alcanzaban los llevados al Brasil. Agregando a esa suma los menos que siguieron con el ejército curándose en marcha, difícilmente tocamos el segundo de los totales indicados. En conjunto pues, habrá habido 150 bajas, una más, una menos. La siguiente nómina, bastante completa, abona la corrección de nuestras afirmaciones porque nadie supondrá que el deseo ridículo de reducir cifras nos conducirá al extremo de ocultar los nombres de patriotas que han ganado con una cicatriz de honor el derecho de ser recordado con simpatía.

Por lo demás, en esencia es contraproducente, el sistema liviano de falsear los saldos que arroja una estadística fúnebre. Bien pueden enorgullecerse los revolucionarios declarando que en Cerros Blancos cayeron heridos siete jefes y uno muerto, mientras los bordistas se contaron los mismos antes y después de la pelea. Del ejército enemigo, según confesión del general Villar, sólo fué herido un jefe, el mayor Giordano, súbdito extranjero y sin mando de fuerza, pues es un simple practicante.

He aquí la lista confrontada de heridos:

Diego Lamas, Abel Sierra, Apolinario G. Velez, Sergio S. Muñoz, José Gil, Juan F. Mena, Manuel Piñeyro, Antolín Ramos, José Luiz Ogues, Gregorio Sellanes, Eduardo Chalar, Pedro Fernández (a) *El Catalán*, Fructuoso del Puerto, Carmelo Gallo,

Cipriano Tuyera, N. Viera, Francisco Paez, Andrés Velazco, Leopoldo Núñez, Pedro Puchet (también en Arbolito), José Antonio de los Santos, Manuel Rodríguez, Ruperto Silva, Primitivo Gómez, Juan Gómez, José Gómez, Carlos F. Uria, Felipe Morales, Marcelino Alcoba, Miguel Fonseca, Francisco Rivas, Isabelino Aquino (también en Arbolito), Miguel Díaz, Inocencio Aguilera, Jacinto Pérez, Isidoro Iglesias, Baldomero Arias, Angel Aguilar, Bernabé Lavandera, Fermín Barrios, Ricardo Wilque, Galo Ibañez, Marcelino Pereira, Angel Beracochea, Manuel Bayares, Plácido Prego, Esteban García, Pablo Ibarra, Francisco Toya, Ramón Ortiz, Juan Arévalo, Juan Cardoso, Dionisio Mérida, José Luis Ogues (hijo), Nicolás Cantera, Alberto Furet, Ramón N. (a) *El Barón*, Carlos Cavadín, Ramón Rijo, Ramón Martínez, Francisco Latorre, Manuel Latorre, Julián Llambí, José Jacinto Palma, Felipe Barcelona, Gabino Castillos, Bernardino Castillos, Rodolfo Hafliger, Alberto C. Ureste, Francisco Modornel, Natalio Noble, Eusebio Alvarez, Pantaleón Castillos, Agustín Benítez, Melitón García, Rogelio Samí, Pedro D. Figueroa, Alberto Moreno, Martín Rodríguez 2º (también en Arbolito), Graciano Romero, Dionisio Luzardo, Mauro Rodríguez, Gabino Lima, Basilio Pellejero, Pablo Acevedo, Lorenzo Medina, Flavio Irureta, Gaudencio Vargas, Atanasio de Mattos, Demetrio Prado, Cecilio Quintero, Abelardo García, Fortunato Armas, N. Mosqueira, N. López, N. Garay y Braulio Nolasco.

Según el general Villar las bajas gubernistas fueron 45 muertos y 115 heridos. No estamos habilitados para calificar la exactitud de esos datos. Sólo se nos ocurre que si es cierto, como dice el mismo jefe en otro párrafo de su parte, que el coronel Leleu, ayudado por varios vecinos procedió a sepultar 170 muertos supuestos del enemigo, lo que resulta erróneo, y siendo conocidas las pérdidas de éste, mal puede reducirse a 45 el número de los caídos gubernistas, cuando en el caso más probable corresponderían a cada bando la mitad de esos 180 a que referimos. Todo eso nos inclina a creer que los informes numéricos facilitados al

superior por el coronel Leleu son exagerados. Una cosa o la otra: o pertenece a Villar la falsedad, y en ese caso fueron menos los enterrados, o es patrimonio de Leleu y en éste las pérdidas adversarias fueron mucho mayores que las designadas.

El capitán Mauthone que según reza en los partes oficiales era también «practicante de Medicina y Cirugía del Ejército del Norte», levantó en oportunidad un plano del campo de pelea que no agregamos a esta obra por no conceptuarlo exacto en la ubicación de las fuerzas combatientes y también por carecer de una carta topográfica verídica del mismo sitio que puesta a su lado permitiera apreciar concretamente las equivocaciones en que incurre aquel señor oficial.

Por otra parte, huérfano este plano como el del campo de Tres Arboles, de toda orientación y extraño a las exigencias fundamentales de la escala, ningún fruto razonado puede rendir su examen. Esa pieza carece de importancia científica.

Ya lo hemos dicho con algún antecedente, el general Villar debió ganar la batalla de Cerros Blancos o decidir por lo menos en su favor los resultados posteriores, a pesar de la desesperada resistencia revolucionaria. Para disculpar su fracaso exponen los cronistas adversarios que de ellos sólo 1.300 hombres entraron en liza. Aun aceptando ese aserto, evidentemente falto de verdad pues la brigada del coronel Escobar por sí sola ascendía a más de 1.000 plazas, — aun encarando así la cuestión nos resultaría un saldo agravante en vez de un justificativo imputable al general Villar.

Si este jefe quiso presentar combate campal, como es notorio que lo deseó y como debía hacerlo, le estaba señalado con toda claridad el rumbo de sus operaciones y el carácter de los preparativos preliminares del fin.

Abundante de gente en proporción triple; repleto de recursos, y en disponibilidad de ventajas locales muy distinguidas, su plan, una vez resuelto el choque, estaba impuesto: aplastar al enemigo con el peso de elementos tan superiores y resolver allí, entre las frago-

sidades y hondonadas de Cerros Blancos, la suerte de la jornada. Para ello le era indispensable colocar en línea todos sus elementos sin desperdiciar el esfuerzo de una sola unidad; empezar temprano la batalla para tener tiempo de coronarla con un éxito efectivo que fuera el chapitel puesto a combinaciones estratégicas meditadas, y disponer en determinada circunstancia, un avance en regla sobre el enemigo, al cual sabía exhausto de municiones. Según se desprendería de la afirmación que discutimos y que no aceptamos, el general Villar amontonó sus batallones en las reservas perdiendo así los beneficios temibles de una ofensiva recia. En cuanto a la segunda condición, si la pelea se inició a buena hora fué simplemente por la voluntad de los revolucionarios pues los gubernistas, apostados como una barrera inamovible, en el centro del camino nacional, no tuvieron siquiera la previsión de atraer para aquí o para allá, por medio de hábiles maniobras de vanguardia, a los escuadrones enemigos. De la tercera cláusula diremos, que en ningún momento de la lucha se notó un sólido ensayo de avance de parte de los enemigos. La tarde deslizóse sin que ningún ave negra batiera sus alas sobre nuestras cabezas y recién avanzaron los gubernistas al caer el día y cuando los nacionalistas se replegaban en el mayor orden, habiendo cumplido ya su deseo de impresionar al enemigo y de romper el círculo de hierro en que estaban encerrados por conspiración caprichosa de la naturaleza. Así pues, estudiando con toda tranquilidad de espíritu el cuadro del 14 de mayo, no le encontramos ningún matiz positivo que pueda fundar los envanecimientos espumosos de los gubernistas. Y si buscamos el secreto de tan inexplicables satisfacciones en las ocurrencias de los días posteriores, pronto tendremos motivos de estupenda significación para afianzar nuestro juicio.

Ni en aquellas circunstancias ni en ninguna otra durmieron los revolucionarios con el caballo de la rienda. Para mayor abono apelamos al testimonio de centenares de compañeros de armas. Pues bien, no sé si los adversarios procedían de manera distinta

lo que sí sé porque el oficial gubernista señor Dalaise lo declara sin reatos, es que en la noche del 15 «*se imparte orden de no encender fogones en el campamento*», y lo que sí sé porque lo expone el coronel Herrera y Obes, es que en esa misma fecha, para estar prevenida contra cualquier sorpresa, la brigada de su mando debía permanecer con los caballos de la rienda y redoblando el servicio de vigilancia. ¡Y estos eran los *vencedores* del 14! ¿Verdad que los esclarecimientos de los mismos interesados bastan para formar concepto definido sobre el suceso de Cerros Blancos?

Una última pregunta indiscreta: ¿cómo se concibe que más de 5.000 hombres titulados victoriosos tuviesen tanto temor del avance de un enemigo al cual, según lo dice el general Villar en su parte, acababan de poner en completa derrota y hacían dispersos en el Brasil?

GUAVIYÚ

Aprovechando el alto que se hizo después de la pelea y vencido por el hambre monto a caballo y salgo en busca de cualquier cosa para comer. Esas exigencias angustiosas del estómago me mueven a galopar cuadras y cuadras para detenerme en varias casas de las inmediaciones. En dos de ellas se resisten no sólo a abrirme pero también a oír mi modesto pedido. El pavor que ha engendrado el estruendo mortífero del día cierra los corazones a la más elemental de las bondades. Por fin un maestro de escuela, uno de esos apóstoles humildes de la enseñanza, enterrados en vida en nuestra campaña tan desconfiada para el saber, me auxilia con una galleta de dureza granítica que entonces devoré con deleite y que hoy juzgaría absolutamente inaceptable.

He ahí otro recuerdo prosaico que encarna sin embargo una profunda lección de la experiencia.

En la vida del hombre todo es relativo. El secreto de la felicidad lo encontramos en el suplicio de Tántalo: ella es sombra de nube y fascina más cuanto menos cercana.

Por eso, porque en la privación adquieren fisonomía deslumbrante los deseos diminutos, es que tantas y tan inefables dichas hemos recogido en el curso de la cruzada revolucionaria.

Me apeo en la pulpería donde me dicen que están velando el cuerpo del coronel Jara. En efecto, allí está el luchador octogenario vestido de negro y cautivo entre cuatro tablas de cajones vacíos. Otras tantas velas de sebo arden en las esquinas de la desnuda pieza, mientras algunos paisanos miran consternados desde la puerta y otros derraman en silencio lágrimas de dolor por la muerte del caudillo respetado. Asistimos a la jubilación gloriosa de uno que dió lustre y base de acero a su apellido. El coronel Jara fué inhumado al siguiente día en un pequeño cementerio inmediato. Según se supo después en el ejército, algunos enemigos desalmados arrancaron aquel cuerpo al cariño de la madre tierra para identificarlo cometiendo luego repulsivas profanaciones; pero también se supo que el general Villar había sabido indignarse al conocer acción tan torpe ordenando el castigo de los culpables.

Después de una hora de reposo que se aprovecha reuniendo a los heridos y cambiando caballos, toca el clarín la señal de marcha. Son las siete de una noche tan cerrada que cuesta trabajo distinguir al compañero de al lado. No me explico cómo hay quien puede seguir un rumbo avanzado en esas tinieblas. Para evitar que alguno pueda extraviarse, rendido por el cansancio o por el sueño, se establece una estrecha línea de flanqueadores. El pobre Coronel avanza sin articular una palabra a la izquierda del General y montado en su tordillo predilecto. Aquél, hecho para vencer dificultades y volar como la gaviota entre borrascas desatadas, también va recogido sobre sí mismo después de haber organizado las tres columnas. Julio Barrios con sus valientes viene cubriendo la retaguardia. Es imponente el espectáculo que presenta aquella masa de hombres al deslizarse tranquila y animosa.

Las quejas de los heridos, que ya empiezan a sentir dolores punzantes aguzados por el traqueteo de los vehículos que los con-

ducen, vuelan de un punto a otro recordando la desgracia inconsolable de muchos.

Esa noche cesó por primera vez de oírse en las filas inmediatas a la cabeza, una marcha constantemente silbada antes. Era ella un aire brasileño triste y sentido, aunque de partes muy repetidas, importado por los invasores de la frontera terrestre. No sabemos quién se encargaba de torturarse los labios para silbar aquella marcha que entonces nos sabía a música y que aún retiene con placer nuestra memoria; pero podemos asegurar que su fuente de origen estaba en la escolta del General y que hasta esa fecha ningún día dejó de escucharse como caricia de rumores gauchos traída probablemente de Bagé. El 14 de mayo no vimos más aquel lamento de penas silvestres. Era tan arraigada ya la costumbre de sabernos seguidos por la marcha que coreaban tres o cuatro incansables, que indagamos con curiosidad la causa de tal silencio. Ella era bien triste: la escolta de Saravia había sufrido mucho en el choque y entre los caídos estaban los silbadores. Mencionamos ésta como una de tantas chispas extrañas sacada a las durezas de una fuerte realidad.

El cielo encapotado promete algún cataclismo atmosférico que llega más pronto de lo esperado en forma de copiosísima lluvia. Quizá nunca llovió con tanta violencia durante la campaña. Las gotas azotaban con furia el rostro y a los caballos que se movían con cierta dificultad, los truenos menudeaban, como estampidos de cañón, y el temporal seguía en aumento. El ejército dejando al enemigo a su izquierda había tomado el camino de San Luis que cruza al arroyo Blanco cerca de su confluencia con el Molles. Al amanecer estábamos a la vista de la frontera. Nada tardamos en trillar el camino internacional que pasa por la misma línea. Con ese fin se forma en una sola columna. La gente avanza acosada por el hambre, por el frío, por la lluvia y por las mil calamidades que apareja una situación precaria. No hay elementos de movilidad; no hay municiones ni perspectivas de obtenerlas. A la una de la tarde acampamos en Yaguarí. Hace cuarenta horas que no

se come y diez y seis que venimos marchando. ¡Qué admirable y sabia tenacidad la de Saravia! El Coronel se alberga en una humilde casita donde el doctor Vidal y Fuentes le practica una cura en forma. Todos esperamos que por lo menos se nos permitirá descansar holgadamente después de la última jornada, cuando al poco rato los ecos del clarín nos ponen otra vez en movimiento. No hay tiempo para extinguir las fatigas de la noche, que son abrumadoras, y ya nuevos sacrificios exige el interés colectivo. Saravia llega hasta el punto donde reposa el Coronel y después de informarse de su estado le pide que pase la frontera por breves días para atender a su curación. Lamas, a pesar de sufrir tanto, se irrita ante esa propuesta que rechaza con la más categórica negativa. Cualquier otra insistencia sobraba entre hombres como aquellos, de pocas palabras y de mucha energía. Entonces el General monta de nuevo a caballo e incorporándose sobre los estribos exclama alegremente, después de clavar su vista de águila en el horizonte:

—Allá están ellos. Son alrededor de 400 y están como palo a pique; pero conforme apuremos van a disparar.

Palabras proféticas sancionadas en la práctica y al poco rato por el mismo Saravia.

El General ha resuelto enviar al Brasil a todos los heridos que así lo quieran. Al efecto se improvisa un convoy dolorido que se entrega al cuidado del doctor Acevedo Díaz y de algunos oficiales subalternos. Incluído entre estos últimos, a las dos de la tarde, bajo un cielo cargado y sin entusiasmo me separé por segunda vez del ejército. ¡Cuesta tanto abandonar a los compañeros de tribulación!

A nuestro Coronel, convertido en un inválido, lo alzan materialmente para colocarlo sobre la montura. Así, duro de frío, pero fuerte de convicciones, se mueve hacia el oeste para tomar el mando de la columna, mientras nosotros, haciendo un ángulo recto, nos internamos a la derecha en la provincia fronteriza buscando refugio para nuestros mártires. Perdido de vista el ejército oímos pronto, desde la tierra hermana, descargas cerradas de fusilería que casi

nos lastiman porque sabíamos cuán precaria era la condición de nuestros amigos.

El fuego se prolonga con sostenida intensidad durante dos horas. Con la entrada de la noche cesan aquellos disparos lejanos cuyos ecos hacen mal. ¿Qué habrá pasado? Formular la pregunta y contestarla con una afirmación desfavorable es la misma cosa, o ¿es acaso humanamente posible que voluntarios, armados a medias y sin municiones, estén en actitud de resistir a las cargas de infanterías completas? Después, esa proximidad al extranjero entraña un inmenso peligro. Cuando con caminar dos pasos puede ponerse punto final a un capítulo de adversidades, cuando todo invita al desaliento y el horizonte abunda en negruras fatídicas, se requiere poseer un caudal de vergüenza y de pundonor más nutrido que el corriente para retirar la vista de esas tentaciones casi irresistibles. Tan lo reconocían así todos en el ejército que en adelante adquirieron título de fieles probados los que ni aún entonces sintieron ímpetus desertores.

Y sin embargo, ese mismo día 15 de mayo, de tantas y diversas fustigaciones acumuladas, vió una nueva y fructífera hazaña agregada al libro revolucionario.

No había sufrido engaño el ojo experto de Saravia al calificar la índole de los bultos casi imperceptibles que desde Yaguarí se divisaban en los confines del horizonte hacia el oeste. Aquella era la vanguardia del general Villar reforzada casi en seguida con las caballerías del Río Negro y Paysandú. Estas fuerzas, bajo el mando del coronel Escobar, se habían movido del campamento enemigo al amanecer del 15 con orden terminante de entorpecer la marcha de los nacionalistas. Para conseguirlo así bastaba con ejecutar una maniobra de concepción por lo menos sencilla. Los últimos citados, con el río Negro, como empalizada invencible, a la retaguardia el Brasil — otra muralla — al flanco derecho, y los gubernistas al flanco izquierdo, sólo disponían de una salida hábil que era el camino nacional a Rivera. Una vez conseguido ese rumbo el ejército de Villar, relegado a la retaguardia y más

pesado y menos ordenado que el adversario, quedaba reducido a las proporciones de una amenaza platónica, como según veremos sucedió después. De consiguiente, todo el afán enemigo debía dirigirse a dominar la vanguardia de los invasores. Y las circunstancias presentaban una coyuntura muy favorable para llenar ese fin. El coronel Escobar, conocedor al dedillo de la comarca, no podía ignorar que en la posesión del paso de Guaviyú estaba la llave de una eficaz ofensiva. También lo entendió así Saravia.

Con este antecedente se explica bien el motivo de su avance infatigable. El paraje citado era pues el vértice de un ángulo recto, cuyos catetos, de longitud muy desigual, recorrían por el lado más largo los revolucionarios y por el otro los bordistas.

Quien llegara primero al punto de intersección tenía a su decidido favor todas las probabilidades.

Ya hemos visto a aquéllos marchar sin descanso hacia el rumbo indicado, pero era tan desventajosa su condición que, a pesar de esa perseverancia activa, cuando hacen alto en la Cerrillada ya éstos cubren el paso; y sin embargo, Escobar se había movido recién a las cuatro de la mañana del 15! Cuando Saravia acreditó la efectividad del trastorno sospechado, en vez de detenerse a cavilar y de inquirir opiniones ajenas, apuró la marcha para obtener con gasto de audacia lo que sólo a ese precio podía comprarse. Escobar, que recién entonces descubre el grueso de los nacionalistas, se siente sorprendido al encontrarlos tan compactos, y engañado por las apariencias, envía un parte al general Villar comunicándole que el enemigo, fuerte de 3000 hombres, intentaba cortarle, pidiendo en consecuencia refuerzos. Aunque estas aprensiones difícilmente podían ser admitidas en un jefe que ya tenía bajo sus órdenes más de 1500 soldados y que apoyaba sus operaciones en el cuerpo del ejército, que estaría a dos leguas a su retaguardia, la superioridad acordó escuchar su reclamo mandando en su protección a la 2ª brigada con una pieza de artillería. De manera temible había aumentado el grupo de enemigos que Saravia calculara en un principio, y sin sufrir engaño, en 400. La

situación era desesperada. Si en aquellas circunstancias solemnes se piensa no se hace lo mucho que se hizo. Saravia improvisó una línea colocando a su diezmada escolta a la derecha, voluntarios mandados por el capitán Pellejero, al centro, y en seguida la 3ª división, a ocho tiros por soldado, un escalón de lanceros de la 5ª, mandado por el comandante Bernabé Noblia, y un grupo de tiradores a órdenes de su hermano del mismo grado, Isidoro Noblia, a cinco tiros cada uno. El resto del ejército fué espectador de la hazaña.

La consigna del General al dar la señal de ataque fué ésta:

—Muchachos: cada cartucho hay que quemarlo en el pecho del enemigo!

Y si no se hizo así no fué por culpa de aquellos abnegados ciudadanos. El ataque se llevó con todo ardor por los tiradores que fueron recibidos con un fuego recio que perdió intensidad cuando coronaron las lomas cercanas, montados en caballos ya de poco aliento, los lanceros armados en gran parte de cañas tacuaras.

El enemigo no esperó más. Las cargas de Saravia eran tan reputadas que pocos se hallaban dispuestos a resistirlas; y sin embargo, todo aquello respondía a una decoración. Si los bordistas afrontan las circunstancias y hay entre ellos un jefe sereno, allí se produce un perjudicial desorden en las filas revolucionarias. El desbande sí se originó, pero fué en las legiones oficiales.

El coronel Escobar, el de la larga fama, volvió tranquilamente caras con toda su gente dejando expedito el paso al adversario que se apresuró a dominarlo sin sufrir una sola pérdida. Esa fué la célebre, y con justo motivo, acción de Guaviyú.

Las cargas no pasaron de un hermoso simulacro porque las cabalgaduras no daban para más y porque los enemigos juzgaron del caso no esperarlas. No poco se había hecho imponiéndolos con aquel despliegue miniaturesco. Como el brillante resultado obtenido hará dudar al lector de la positiva y enorme desproporción numérica entre los combatientes, nos complacemos en tomar de

la crónica del señor coronel Herrera y Obes el siguiente párrafo: «Divisamos también en aquel momento sobre la cuchilla más inmediata a nuestro frente y a dos kilómetros avanzados de las fuerzas de Escobar, unas guerrillas de caballería de esas mismas fuerzas que se batían con otras del enemigo que calculábamos en número de *cuarenta o cincuenta* hombres.» Lo ocurrido con el jefe de la vanguardia bordista en Guaviyú es tan desairado como lo acontecido a Américo Fernández en Cuñapirú, a los pocos días.

La retirada en desorden de los atacantes había entusiasmado a los revolucionarios algunos de los cuales avanzaron atrevidamente. Juan Cabris, Rodolfo Ponce de León, Alejo Puchetti y Ladislao Moreno fueron los tiradores más audaces en esa empresa.

Cuando después de vencido el obstáculo vuelve Saravia lleno de contento junto al Coronel, lo encuentra rebosante de indignación. Lágrimas de ira han dejado huella en su rostro: Lamas llora la defección impune de algunos.

De cualquier modo, otras son ya las circunstancias. Gracias al empuje de esa tarde Villar que dominaba el frente nacionalista, en condiciones temibles, pasa a ocupar su vanguardia y queda reducido a iniciar una persecución poética que provoca burla de los perseguidos, más livianos y menos en número. Resultado tan decisivo se debió por entero, en lo que reza a la gestión militar, a Saravia; pero no poco pudo también, templando el espíritu de la tropa, el ejemplo edificante dado por ese Jefe de Estado Mayor cuyas extraordinarias energías morales tenían en vez de carne granito por engarce. Herido de manera dura, atacado por crueles dolores físicos, Lamas asiste imperturbable a esta tirada de dados como asistiría al resto de la guerra.

El mejor elogio de la actitud del General en la jornada lo condensa una frase sobria de aquel estoico, quien hablando de Guaviyú decía:

—Allí Saravia, con un golpe de genio y de bravura, salvó a la revolución.

LA CONDUCCION DE LOS HERIDOS

La simple enunciación del beneficio estratégico obtenido, sin agregarle la aureola de mágicos prestigios nacida alrededor de la carga de Saravia, bastaría para conferir evidencia incontrastable al buen suceso del 15 de mayo. Sin embargo, por engaño o por falsedad, se empeñan los escritores gubernistas en desconocer algo que no admite controversia.

Uno sólo acepta como cierto el contraste, atribuyéndolo a la fatalidad de tener sus municiones cambiadas el batallón del coronel Foglia y Pérez. ¡Justificativo muy inseguro éste!

¿Es posible creer que recién en línea de pelea se dan cuenta centenares de hombres de la inutilidad de sus tiros? Y aun queriendo conceder visto bueno a ese argumento inverosímil, ¿acaso no estaba bien dispuesta y bien municionada la gente de Escobar que pasaba de un millar de plazas?

Basta de disquisiciones enojosas y cerremos con una consecuencia eficiente este capítulo: Escobar debió contener a los nacionalistas, esa era su consigna y ese era su interés, no lo hizo, luego faltó a aquélla y descuidó éste. ¿Y acaso las victorias consisten en otra cosa que en obligar al enemigo a hacer lo que no quiere o lo que no debe?

Los días siguientes se suceden terribles para ambos ejércitos que se deslizan lentamente, uno tras del otro, con rumbo a Rivera. Parece que el sol hace olvido de los habitantes de la tierra en la región recorrida. Una llovizna insistente que mucho mortifica, pues, como lo dice el adagio campero: «la lluvia fina es la que empapa,» se desprende del cielo oscuro semejando un lagrimeo perlado. Son muchos los soldados que marchan a pie. Aquella monotonía, llena de adversidades, pone a prueba todas las fuerzas del individuo.

Los comandantes Basilio Muñoz y Mariano Saravia tienen a su cargo el servicio de retaguardia.

El 21 acampa Saravia en Itacuatiá. Allí se reincorporan el doctor Acevedo Díaz y los que lo acompañamos en la conduccción de los heridos al Brasil.

El cumplimiento de esa tarea piadosa dió origen a inolvidables peripecias de toda índole. Como la guerra civil última ha dejado marca de fuego en el corazón de la población rural de Río Grande, es absurdo confiar en recibir favores atenciosos del prójimo campesino. La tea guerrera, sostenida allí por manos que chorreaban sangre, por hombres en su mayor parte repletos de odios y tendencias siniestras, ha provocado un retraimiento absoluto en las relaciones generales. Las desconfianzas gobiernan y hacen del forastero más que un intruso, casi un enemigo. Por eso, y a pesar de las simpatías dominantes por la revolución oriental, fué difícil en alto grado, transportar los heridos a sitio aparente dentro del territorio vecino. Después de una cruzada penosísima, en la noche del 15 arribamos con las carretas que conducían valiosa y triste carga, al punto anhelado: estancia del doctor Tertuliano Machado, en Poncho Verde. Allí nos recibe ese excelente amigo de Saravia, que por ser de sentimientos humanitarios y por estar estrechamente vinculado a nuestro General, brinda amplia hospitalidad a tan numerosos e incómodos huéspedes. Entre todos integramos un centenar. Mucho cuesta instalar a los heridos que son 76. Cada uno reclama cuidado solícito, difícil de repartir entonces y atenciones de botica que no se alcanzan en la desolación de aquellos parajes. El 16 empiezan a hacerse las curas definitivas por los beneméritos doctores Vidal y Fuentes y Ceberio a quienes ayuda con eficacia Carlos Roxlo que con la misma cadencia rima una espléndida estrofa como da expresión a un arranque noble.

Aquella estancia del extranjero, improvisada en hospital; aquel montón de infelices, apeñuscados contra los rigores de la intemperie bajo el abrigo de galpones desmantelados; aquellos gritos y ayes de pena que de día nos barrenan el espíritu y que de noche nos despiertan azorados; aquel espectáculo tremendo de doliente democracia; aquel conjunto de tristezas y de calamidades;

aquellas ansias por vivir de jóvenes que han caído por la patria y por las instituciones y de viejos que anhelan curarse pronto para volver al sacrificio; aquellas memorias crueles que todavía no se adormecen en mi recuerdo, enseñan lo que es la guerra y enseñan a maldecir a los infames que las motivan entre hermanos con sus errores, con sus traiciones y con temeridades oscuras.

Empieza a llover con inmenso perjuicio de nuestros concentrados. Tres de los heridos han muerto; los demás siguen bien. A una cuadra corta de las casas, en el declive de una altura, se entierra a esos mártires de la libertad condenados por la desgracia a dormir su último sueño, el de las supremas tranquilidades, lejos de la patria y de sus lares. Allí han quedado ellos, esparcidos como semilla de virtud anónima entre breñas y quebradas. Nadie sabe quiénes eran antes de morir, cuando confundidos entre la muchedumbre, ni quiénes son después de muertos, cuando dueños de un perfil glorioso. Hasta esas tumbas ignoradas, sin el resguardo de una cruz siquiera, y con lápida cariñosa de pastos silvestres, sólo llegará el mensaje de amores humildes que lloran su orfandad en la campaña sin fin.

Lo demás, la gratitud, el homenaje debido a cenizas honradas, jamás alcanzará hasta ellos porque así es de injusta la justicia humana: sólo brillan y perduran las abnegaciones retumbantes.

El 18 emprendemos marcha hacia el ejército que nos lleva una regular delantera. Nos despedimos reconocidos del estimado doctor Machado. Nuestros compañeros postrados quedan en buena condición. Estamos a la vista de la retaguardia del enemigo, uno de cuyos jefes, el coronel Herrera y Obes, ha tenido la nobleza de ofrecer por escrito sus servicios incondicionales. No podemos ir peor montados. Atravesamos a duras penas los extensos bañados de Upamarotí. En el fondo de esas aguas dormidas, que parecen rizadas por una burla, se adivinan mil traiciones.

Río Grande siente todavía el castigo del embate bravío. Avanzamos por un desierto. Casas en ruinas, enterradas entre mato-

rrales, aquí y allá, prestan testimonio elocuente de una emigración violenta, hija del terror y provocada por duros fanatismos. Después de hacer una jornada en su compañía, dejamos atrás a un comandante Miguel García que desde hace dos meses vaga por la frontera, con un puñado de hombres, sin incorporarse. Acosados por la lluvia hacemos noche en casa de un vecino que nos concede una hospitalidad tártara. Cerrando su casa a todo servicio nos permite, y eso muy de mala gana, tirar nuestros recados sobre el piso empapado de un galpón, entre gallinas y perros. ¡Cómo se conoce que estamos fuera de nuestro país!

Al siguiente día marchamos con brío hasta llegar a otra población distante. Allí lo pasamos mejor, gozando de las atenciones nativas que nos dispensa un señor Larrechegui, soldado del famoso Lesmes Bastarrica, y capaz de creerse todavía joven cuando habla de aquel valiente vasco. Pasamos una velada llena de encantos, reunidos alrededor de una mesa pobre y bajo seguro techo. Entonces se desata el nudo que disimula muchas nostalgias contenidas y sentimos grande el pecho hablando en plena libertad y reposo de todas las cosas que uno quiere. En esas circunstancias se adoba y crece florido el cariño a lo nuestro. El terruño llama, el terruño exige, el terruño esclaviza, porque él es la encarnación de un caudal noble, como la cruz es el símbolo de un culto sentido. En Itacuatiá nos unimos de nuevo al ejército que no ha encendido fogones por carecer de leña y que no ha comido por no encontrar reses. Y la llovizna sigue cayendo. Rendido por tantas fatigas acumuladas duermo castigado por una temperatura polar. Para mí fué esa la noche más inclemente de la cruzada. Ciertamente que no iba muy errado, cuando esa madrugada se encontró muerto de frío a un infortunado viejito compañero. El 22 por fin sonríen los cielos en presencia del astro peregrino, y se reciben noticias detalladas de un fausto suceso de armas que se murmura desde la noche antes: Julio Barrios ha jugado en Cuñapirú con fuerzas gubernistas muy superiores. Bosquejemos esa escena gue-

rrera que vino a rematar, con toques de leyenda, el prestigio merecido del joven jefe.

JULIO BARRIOS

La ocupación de Rivera convenía en alto grado al mejor desarrollo de los planes revolucionarios. Fuera de ser necesario aproximarse por horas a algún centro urbano de importancia para facilitar el abastecimiento formal de la tropa; fuera de convenir exhibirse en dominio de un centro ante los ojos de vecinos impresionables, cuya amistad no sobraba, había urgencia en apoderarse de un punto que es cabeza de rieles. Avisado al efecto por el general Villar, más aún, obrando de acuerdo a evidente lógica, el gobierno de Montevideo debía apresurarse a cerrar el pasaje de los nacionalistas hacia el oeste. Ningún recurso más impuesto y sencillo que volcar en Rivera algunos vagones cargados con infantería de línea, muy abundante en la capital. Realizada esta operación que sólo reclamaba pocas horas para cumplirse en absoluto, pudo haberse estado más cerca del fin aplastador perseguido sin éxito en Cerros Blancos. Nadie que recuerde el puesto ocupado por el general Villar podrá atribuir carácter gratuito a esta franca afirmación. Con enemigos poderosos a la retaguardia y a la vanguardia, con la frontera al norte y con ríos y arroyos crecidos al sur, sin caballadas y sin muchas municiones ¿qué suerte que no fuera precaria podían correr los nacionalistas? Dándose cuenta plena del peligro existente Saravia y Lamas despacharon una avanzada con orden de posesionarse del pueblo de Rivera y de mantenerse allí a la espera del ejército que avanzaba con dificultades penosas.

Al mando de esa fuerza protectora iba el comandante Julio César Barrios. Desde ya podemos abrir espacio en estas páginas sin pretensiones, a la silueta de quien pronto ganaría para su nombre reflejos legendarios. De treinta y cuatro años de edad,

alto y delgado, de rostro cuidado y hermoso aunque varonil, rubio, de ojos vivaces y maneras correctísimas, es Julio Barrios uno de esos tipos poco comunes que predisponen bien con su presencia para cautivar en seguida con su trato. Verboso en la conversación, que sostiene siempre en un castellano con pintorescos zurcidos brasileños — como ocurre con todos los hijos de la frontera, — habla sin atropellarse, con la mesura de quien sabe concebir las ideas y vertirlas nítidas en ese molde del lenguaje que tantos nunca llegan a comprender. Barrios que es en la campaña el más gaucho de los gauchos, posee condiciones y físico distinguido para ocupar sitio selecto en medio de las ciudades.

Por eso, y porque nadie discute su valor ni su espontánea pericia militar, tiene cierto parecido con ese otro comandante Basilio Muñoz, que también fué crédito de las armas de la patria.

En los dos, hombres jóvenes, cultos e inteligentes, el Partido Nacional puede poner halagadoras esperanzas que no se perderán. Nacido precisamente sobre la línea divisoria con el Brasil, Julio Barrios guarda en su pecho cariños acerados para las sociabilidades vecinas, aunque reconociendo más recios los que se orientan al sur. Como la encina brotada en el filo de una cumbre, que presta sombra a los dos declives, él dispensa afecto a los dos territorios hermanos.

Antes que su temperamento esencialmente batallador, sus convicciones bien nutridas lo lanzan a la arena cuando esa revolución larguísima que tuvo relieves trágicos enlutó hasta los aires de la provincia de Río Grande. Alistado en las filas federales y de hondas pasiones localistas, toma parte en la lucha como un factor emancipado, alzando atrevido sus audacias juveniles frente al pesado poder guerrero de Juan Francisco Pereyra. Con unas cuantas docenas de hombres que son suyos — para eso ha sabido imponérseles — inicia sus correrías rebotando incansable desde San Juan Bautista hasta los mismos suburbios de Santa Ana. Por su cuenta y riesgo, sin aceptar extrañas superintendencias y sin

pedir a nadie auxilios, interviene en la borrasca para ofrecer a su causa el contingente de una sana musculatura que sirve de montaje a ideales perfectamente madurados. Así, resucitando la estirpe de los caudillos viejos, capaces de derrotar en sus pagos, sin secretos para ellos, al mismo Lucifer, asiste a todo el período de las turbulencias vecinas. Matiza esa fidelidad con más de cuarenta encuentros parciales que no por ser aislados y carecer de pública memoria, son menos llamativos. Hecha la paz vuelve tranquilo a la casa de sus padres para dedicarse con ahincos de estanciero al cuidado de intereses ganaderiles. Interlínea esas ocupaciones absorbentes con ratos de aprovechadas lecturas militares y políticas. Pero no puede tener destino sedentario quien nació trayendo en la frente el sello de constantes inquietudes. Cuando estalla el movimiento nacionalista Julio Barrios que es un partidario sincero, se juzgó obligado a colaborar en la magna empresa. Nadie lo ha invitado con ese propósito y a nadie ha consultado él al respecto, pero bien alcanza su espíritu cultivado que el honor y los anhelos santos caben holgados dentro del programa de los invasores. Ceñida la divisa y en compañía de medio centenar de voluntarios, se interna en el país para efectuar su incorporación al General días después de la batalla de Arbolito. Llamado a lucir en cualquier parte donde se agite, lo vemos destacar en todos los combates; pero es en Cerros Blancos donde provoca con su conducta distinguida manifestaciones de especial estimación. Allí, cuando el ala derecha ya abandonada, corre riesgo inminente de ser vencida, él salva el crédito de una división haciendo frente solo a un enemigo muchas veces superior en número. A lanza lo ataca luego para evidenciar el grado de sus temeridades e imponer a Escobar. Esa misma noche, en un pequeño alto que se hizo en la retirada, le oí contar su hazaña. Interrogado por varios jefes que rodeaban, ateridos de frío, un fogón improvisado, él se expidió sonriente y llano, sin erguirse para recoger un elogio merecido.

—¿Al fin y al cabo qué había hecho? ¿Guardar con honra

el puesto cuya defensa se le confiara? ¿Pero cuándo pudo ser un mérito cumplir con el deber y respetar una consigna? Al expresarse más o menos así, olvidaba el pundonoroso jefe de escuadrón que él había sobrepasado el límite de sus duras obligaciones.

Sindicado ya como algo muy bueno, nada extraña que los superiores dirigieran la mirada al comandante Barrios, cuando llega el momento de efectuar una operación que reclama a la vez que bravura, inteligencia.

CARMELO CABRERA

Disponiendo de una fuerza volante, poco tarda el referido en ocupar el pueblo de Rivera, completamente abandonado por los gubernistas. Allí se le incorpora el agrimensor Carmelo Cabrera. Por participar de los honores recogidos en Cuñapirú, y ante todo, por ser un dignísimo afiliado, merece la personalidad de este amigo el tributo de algunos párrafos simplemente justicieros. Es Cabrera el tipo genuino de un iluminado político. Joven todavía y sin canas, lo que no significa bajo ningún concepto ausencia de disgustos, que él los ha tenido y recios, posee nuestro retratado condiciones sobresalientes. De intelectualidad robusta y con buen bagaje de conocimientos, lleno de amor a su país y a su partido, sin odios ni raquitismos, Carmelo Cabrera, porque es todo un carácter, pudiera figurar como un ejemplo en el medio donde se agita. Pero con él sucede que son muy pocos los que lo conocen a fondo y muchos los que lo hacen objeto de juicios equivocados; y sin embargo, él tiene talla distinguida. Se habla de Carmelo Cabrera como de conspirador vulgar, y sin embargo nadie lo sobrepasa en el timbre puro de su patriotismo. Se le juzga de tendencias desquiciadoras — porque, cuando hasta el honor de los orientales naufragaba, él tuvo la valentía de jurar hostilidad a los mandones, — y ninguno le aventaja en bondad y en dulzura. Se le cree un fanático, un adicto hidrófobo que sacrificaría todo

por obtener el predominio de su partido, y sus amigos, conocemos bien el colorido amplio de las convicciones que en su fondo laten. Se le titula sectario y él jamás antepondría en la práctica lo menos a lo más, su causa que, compuesta por muchos o por pocos, integra en definitiva una fracción, a la patria que, mal o bien representada, pertenece a todos.

Sucede con Cabrera lo que sucede con los hombres de pensamiento reflexivo. Penetrado de ello — ¡y vaya si tiene motivo! — piensa éste que el porvenir es de los nacionalistas, porque el pasado fué de los colorados, porque el gobierno de las sociedades no es patrimonio de familias o de castas, porque unos están gastados y otros no, porque en todo se impone la alternativa, porque ni aún haciendo una sabia gestión política se fundaría el derecho de éstos para mandar por siempre a aquéllos.

Pues bien, debido a que Cabrera apunta antecedentes salvadores para los unos y de muerte para los otros, y tiene fe en las leyes de la historia, y hace una religión de sus afecciones cívicas, supónesele espíritu herido por exaltaciones carbonarias, cuando como él opinamos los que no tenemos sombras en la conciencia ni enconos en el corazón. Cabrera, menos egoísta que la generalidad de los hombres, tiene una sola pasión y sólo para ella vive: su partido. Pero su partido sin estrecheces de criterio y sin anacronismos de bandería, que él repudia a la par de todos los elementos ilustrados, y sólo como un simple medio, como un tramo de la escalera venturosa que conduce a la felicidad consagrada de la patria.

Poseedor de un criterio con solideces matemáticas, desde que se empapó en los invariables entusiasmos que sustenta por su causa se dipuso a servirla con singular devoción empezando por ofrecerle el sacrificio de su persona. Desde hace doce años trabaja en ese empeño pertinaz. Más de una vez tuvo por compañero al querido Rafael A. Pons. Al movimiento revolucionario que estudiamos le prestó valiosos servicios antes y después de estallar.

Encargado del transporte de municiones a la frontera cumplió con todo éxito esa delicada misión y llega a tiempo para intervenir de manera principal en el combate de Cuñapirú. El malogrado Arturo Ramos Suárez, sería entonces su compañero de labor redentora.

CUÑAPIRÚ

El 20 por la tarde los exploradores de Julio Barrios, destacados en los rumbos de la línea férrea, le llevaron noticia de la aproximación de dos máquinas como cabeza de un largo convoy. No podía caber duda sobre su procedencia y carga. Inmediatamente el comandante Barrios, cuya misión era resistir al enemigo, fuere quien fuere, avanzó hacia el sur del pueblo con el propósito hábil de tomar posiciones. Pronto las encontró buenas sobre la margen izquierda del arroyo Cuñapirú que corre para abajo de Rivera y de izquierda a derecha, desagotando su caudal en el Tacuarembó. Aunque esta corriente de agua posee determinada importancia, por recibir en su largo curso numerosos tributarios, no pasaba de las proporciones vulgares de volumen en el punto ocupado por los revolucionarios, a pesar de las abundantes lluvias, por la sencilla razón de ser allí sus cabeceras. Aumentando su gente con algunos voluntarios de la localidad disponía Barrios de 76 hombres, de los cuales 37 tiradores y el resto lanceros. Era asunto de ingenio disponer una eficaz ofensiva con tan reducidos elementos y mucho más ignorando la calidad del enemigo. Sin embargo, el jefe nombrado se preparó a repeler el ataque con un acierto que pronto se pondría en evidencia. Sobre el arroyo Cuñapirú y en ese punto, existen tres pasajes cómodos y cuidados. Mirando desde el pueblo tenemos, a la derecha, el puentecito del ferrocarril, construcción tan sólida y completa como todas las de su clase; en el centro, un vado estrecho, accesible aunque cubierto por las aguas; y a la izquierda, el paso del camino real, ancho, para vehículos y tropas de ganado.

Presumiendo que los atacantes, en caso de aparecer, cargarían sobre el puentecito, dispuso allí el comandante Barrios una guerrilla de 28 tiradores, protegida por 21 jinetes. En el segundo de los sitios indicados desplegó otra guerrilla de 4 hombres, y en el último otra de 5. El sostén de ésta, compuesto de 21 lanceros a sus órdenes, esperaría, oculto tras el arbolado que rodea a la quinta del coronel Escobar, a que le llegara el momento de entrar en acción. Así se pasó la noche, notándose a eso de las once y media p. m., un avance investigador de adversarios que al recibir la voz de *¡quién vive!* en la entrada del puentecito, se retiraron sin hacer resistencia. Esa madrugada se tomó prisionero por los exploradores, al mayor Araujo. Este jefe, al sentir la aproximación de los revolucionarios sobre Rivera, efectuó su retirada de este punto hacia San Fructuoso, pero como encontrara en el camino una columna de compañeros, se les había adherido.

Veamos quiénes eran ellos. No sufrían error los que atribuían proporciones respetables al enemigo, llegado el 20 por la tarde en tren expreso, y desplegado ya sobre el arroyo Cuñapirú. Mandaba ese refuerzo el coronel Américo Fernández. Obedeciendo a las inspiraciones estratégicas que ya hemos citado, el gobierno de Montevideo había resuelto enviar una expedición importante al norte, que obraría de acuerdo con el general Villar. Por lo pronto, sus instrucciones eran bien explícitas: ella debía apoderarse del pueblo de Rivera cerrando así la vanguardia nacionalista. Al despedirse Borda de sus oficiales, ya dispuestos a partir, les declaró que iban de guarnición a la frontera por una semana.

¡Por supuesto! ¿No decía en su parte Villar *que aseguraba el restablecimiento del orden dentro de breves días?* Creyendo que se trataba de una simple maniobra de lujo militar, salieron los expedicionarios de la Estación Central el 19 al caer la tarde. Iban allí el batallón Guardia de Cárceles, de 300 plazas, bajo el mando del coronel Gumersindo Aguiar, y 120 plazas del 4º de infantería de línea, a las órdenes del capitán Gauna. A esa base se agregó

al pasar por Florida, el batallón Urbano departamental de ese mismo nombre con un total de 240 plazas.

En resumen, frente a los 76 voluntarios mal armados se ponían más de 650 soldados, en su mayoría de línea — pues el Guardia de Cárceles poseía detenido ejercicio, — repletos de elementos de guerra. El 20, a las cinco de la tarde, llegan ellos a cuarenta cuadras de Rivera y resuelven acampar en ese mismo sitio, pues la máquina enviada en servicio de exploración anuncia la proximidad del enemigo. Al siguiente día se decidirá la empresa. Ya hemos dicho que el mayor Araujo, incorporado a la columna con veinte jinetes en la Estación Ataques, fué tomado prisionero esa noche por los nacionalistas que nada tardaron en ponerlo en libertad. Al amanecer se movieron los gubernistas. Distantes unas cinco cuadras del simulacro de línea nacionalista, se desplegó al Urbano de Florida al lado derecho, sobre el paso defendido por los 5 tiradores.

Al mismo tiempo las compañías del 4º de infantería iniciaban un avance sobre el puentecito del ferrocarril guardado por los 28 tiradores restantes. Ambos intentos fracasaron. Por este punto el fuego mesurado de la revolución, sin desperdiciar tiros, dió el brillante resultado conocido frente a las descargas atropelladas de los gubernistas. Un sargento del 4º que pretendiera pasar el puente quedó muerto a su entrada. Entonces se repliegan los atacantes. Por este extremo quedaba afianzado el empuje mientras por el otro una audacia caballeresca producía éxito todavía más evidente. Fácil es comprender que de ningún modo podían los 5 defensores del paso dominar el avance del batallón entero. Abrumados por el fuego contrario pronto hubieron ellos de ceder. Adivinando esa debilidad se adelantan en tropel los gubernistas, ansiosos de redondear así un paladeado triunfo. Pero ellos no contaban con la huéspeda. Ya dijimos que Julio Barrios, oculto con 21 lanceros detrás de la quinta de Escobar, obraba como protección de la miniaturesca guerrilla destacada en el paso.

Desde un principio dióse aquél cuenta de la fragilidad de esa valerosa resistencia frente a centenares de tiradores. Por eso, conforme vió que sus soldados se replegaban, tuvo una inspiración desesperada y se lanzó a la carga proclamando a sus subalternos con esta frase exacta que recuerda por su corte clásico los tiempos de Esparta:

—¡Muchachos! avancen haciendo trinchera de su comandante.

Aquella extraordinaria aventura no podrá perderse en el vacío. Con el ímpetu de las furias arrancan los ginetes, a todo lo que dan sus caballos, llevando en ristre las armas de la patria. Así, sin pensarlo ni mirar para atrás, entran al arroyo, que estaba a volapié, y siempre ardorosos llegan hasta donde se situaran momentos antes las guerrillas enemigas, que dominadas por el pavor, se retiran deshechas abandonando armas y municiones. El desbande fué completo. Desmoralizadas en su fuga, sin intentar siquiera un simulacro de resistencia, ascendieron ellas la loma buscando fusionamiento con las demás fuerzas. A todo esto, Carmelo Cabrera y Arturo Ramos Suárez coronaban el triunfo haciendo volar con dinamita el puentecito del ferrocarril. Para el efecto debieron ellos cruzar bajo el fuego concentrado de la infantería replegada que, desde la distancia, se consolaba de su contraste desperdiciando municiones. Cuando la explosión se produjo, los gubernistas no esperaron más y en montón, comprometiendo el crédito de sus insignias, volvieron caras en procura de los vagones. Esa escena fué de lo más deslucida. Se asaltó materialmente el convoy bajo la impresión de un vergonzoso pánico. Y así, sin preocuparse más de las órdenes recibidas, sin juicio ni serenidad, se inició la retirada. Desde la Estación Ataques comunicóse a Borda lo ocurrido, en telegramas que sólos hacen el proceso de la jornada. En uno de esos despachos el jefe del Guardia de Cárceles comete la indiscreción de decir: «Hoy he bautizado la bandera del batallón de mi mando,» cuando el combate, en vez de bautismo, había sido un entierro; agregando luego esta frase de raro y consolador desconsuelo:

«Triunfaremos más tarde, no hay duda, porque el que defiende la buena causa triunfa siempre.»

Si Borda y su sistema corrompido eran los buenos, ¿dónde estaban los malos? Pero para formar opinión fehaciente sobre el increíble suceso que comentamos, nada más expresivo y gráfico que el telegrama-parte del coronel Fernández. Habla el jefe de la expedición:

Tranqueras, mayo 21.

«Después de las cuatro y treinta p. m., hora en que nuestras guerrillas seguían luchando en perfecto orden, visto que carecíamos de municiones para mantenernos en nuestras posiciones, y también que el enemigo presentaba nuevas fuerzas de infantería montada, y *que íbamos a ser atacados por tres costados, por la superioridad numérica de fuerzas que nos presentó en este momento, y que ascendían a* UNOS DOS MIL HOMBRES, habiéndonos hecho volar una parte del puente del que ya habíamos *desalojado por dos veces al enemigo*, resolví retirarme en perfecto orden y disciplina, a pesar del fuego mortífero.

«Felizmente, nuestras pérdidas, a pesar de esta retirada, han sido insignificantes, *mientras tenemos seguridad que las del enemigo han sido mucho más elevadas en número.*

«Esta retirada la hicimos PARA TOMAR MEJORES POSICIONES, *a fin de contener al enemigo, lo que conseguimos*, hasta tanto llegó el tren rodante que nos ha conducido a esta estación, donde espero órdenes.

«Me permito reiterar el pedido de municiones, creyendo sería conveniente enviar acá algunas fuerzas de caballería, como auxiliares de las de infantería a mis órdenes.

«Ayer y hoy he enviado al general Villar dos chasques que no han vuelto. — *Coronel Fernández.*»

Después de la lectura de tan estupenda pieza no se dirá que es la saña la que engendra la calificación severa que hacemos de

la actitud asumida por los militares gubernistas el 21 de mayo. Aunque algo extenso ese despacho lo hemos insertado íntegro, rompiendo por una vez nuestro propósito de no transcribir documentos generales, porque su conocimiento simple basta para dar la fisonomía ridícula del contraste.

Otro concepto absurdo. Dice en nuevo telegrama el mayor Cifuentes, jefe del Florida: «Hemos peleado desde las cinco de la mañana hasta las cinco de la tarde.»

¡Qué extraordinaria facilidad para tejer novelas!

El episodio de Cuñapirú no tiene nombre. El quedará en las páginas de nuestra historia como el más espléndido testimonio de lo que puede el patriotismo enardecido, en defensa de la justicia y del derecho, frente al empuje de tropas sin conciencia que ponen sus amores en la voluntad autocrática de un réprobo. ¡Cuánto bien hace a las instituciones ofendidas, por el taco cuartelero durante largos años, que fueron de eterna sombra, la memoria reconfortante de aquel vergonzoso contraste sufrido por la fuerza de línea, por los verdugos en otrora de la nación! Ninguna reflexión más agregaremos. Se dice demasiado con exponer que en Cuñapirú 76 voluntarios, sin disciplina ni instrucción militar, sin galones ni esperanzas de recibir otra recompensa que el olvido — como sucede, — derrotaron en lucha campal y con el solo calor de sus convicciones de hierro, a 650 soldados gubernistas, llenos de recursos y de altanería, pero huérfanos de entusiasmo cívico. Las bajas sufridas por los revolucionarios fueron 3 heridos y 2 muertos. Los bordistas tuvieron 20 bajas, de las cuales 7 muertos, contándose entre estos últimos el teniente Segovia, oficial de la tercera compañía del Guardia de Cárceles, que falleció en San Fructuoso.

El comandante Barrios había puesto cimiento con su hazaña a una leyenda guerrera que llevara por inscripción su magistral proclama al lanzarse a la carga.

Como el héroe de Chancay, escribió el mejor capítulo de su vida en el seno de las aguas espumosas.

En calidad de despojos de la acción jugada recogieron los revolucionarios 70 ponchos de invierno, caídos como una bendición entre aquellos infelices semidesnudos, 30 fusiles, municiones, etc.

Un oficial prisionero, de apellido Mendoza, puesto en libertad, se paseaba esa misma tarde, vestido de uniforme por el pueblo.

¿Y EL EJERCITO DE VILLAR?

En comisión, llegamos de los primeros a Rivera el 22. La vista de poblado nos fascina. Pronto nos hacemos de relaciones. Recuerdo, como una de las ocurrencias risueñas de la campaña, que al llegar descalzo a una casa de negocio, el dueño me miró, sin disimular su conmiseración, para decir luego al dependiente:

—A ver ché, regalale un par de alpargatas a ese paisanito.

Pocas veces he agradecido tan íntimamente un servicio. Aquella espontaneidad humilde fué más que sugestiva para mí. Al rato acampa el ejército a la vista y empieza a entrar gente ávida de sociabilidad. El querido Coronel, que vive en un dolor soportado con máscara de indiferencia desde el 14 de mayo, viene al pueblo para someterse a una asistencia ilusoria de horas. El distinguido doctor Tomás Pereira lo atiende con especial solicitud. Pasamos a Santa Ana. Allí también goza de singulares prestigios la revolución. Esa noche dormimos fuera del campamento echando casi de menos las durezas del recado, que la costumbre todo lo puede.

Con encanto indefinible oímos al levantarnos el repique de las campanas que llaman a misa. ¡Ah Montevideo! Y pensar que esos rieles visibles conducen en horas allá! Cuando tocan marcha salgo en busca de mi caballo y me encuentro sin él. Me lo ha llevado algún compañero. Sólo me resta remitir mis pilchas y llegar a

pie hasta las filas. Nadie sabe cómo aplastan esas contrariedades inevitables repetidas todos los días. Hacemos noche a las puertas del pueblo. ¿Y la persecución del general Villar, que se dice vencedor? Dormimos en la casa del coronel Escobar, que encontramos correctamente amueblada. Al amanecer del 24 nos despierta el clarín. Con pereza ensillamos. Pronto queda el pueblo a nuestra retaguardia. Cuesta un verdadero sacrificio abandonar a Rivera que nada tarda en sepultarse, como una dicha que se pierde, entre los cerros que la rodean. Sabemos por el camino, que algunos diputados de Borda que habían llegado para rendir homenaje al general Villar, supuesto victorioso, se han retirado sorprendidos al convencerse de que todavía hay revolucionarios. Después de vadear el arroyo Platón acampamos en las horquetas de Tacuarembó, en la más absoluta calma.

¡25 de mayo! Día de América. Camundá y el indiecito del coronel González tocan con tal motivo una diana robusta. Hace un tiempo primaveral. El ejército vuelve a sus alegrías de costumbre con esas tibiezas de la atmósfera. Hasta las mismas angustias acumuladas durante los días terribles de hambre, frío y desesperación que acaban de transcurrir, prestan favorable contraste a la resurrección de todos. Porque hasta las caballadas renacen con estos calores pasajeros. Sintiendo frío de verdad, teniendo endurecidas las extremidades, quemando de helado el acero de las armas, se encuentra tan lógico y tan sabio el culto de los indios a ese sol que es ósculo de vida! Se reincorpora el coronel Martirena a quien se había destacado, desde Caraguatá y en servicio de vigilancia, sobre el Paso de Pereira. Ha corrido mil peripecias. Acompañando al afanoso Abelardo Marquez, llega al campamento nuestro condiscípulo Arturo Ramos Suárez, que presta beneficios invalorables a la causa en la frontera, actuando como secretario de aquél. Trae propósito hecho de quedarse en el ejército, porque, según dice, no quiere que mañana la pasión grosera pueda morderlo en su reputación de buen patriota. A fuerza de

protestas y de sensatas reflexiones, hechas en círculo, conseguimos, por lo menos, postergar su resolución. Cuando Arturo fundaba con criterio inteligente el motivo de su actitud, cuando aquel noble amigo cavilaba con el maldito chisme de los mezquinos, nosotros curtidos ya por repetidas enseñanzas duras, alcanzamos a darle razón. Pero ¿para qué había de volver él a las filas?

¿No era bastante con que unos cuantos corrieran la tormenta en representación de los demás?

Antes de llegar a Rivera había recibido el ejército parte de las ansiadas municiones. También se ha efectuado ya el reparto de algunos centenares de frazadas adquiridas por la superioridad, para distribuir entre los soldados desprovistos de ponchos. Tantas calamidades simultáneas y ante todo, la proximidad tentadora de la frontera, provocan muchas deserciones, si este nombre puede conferirse al alejamiento de los abatidos, autorizado públicamente por nuestro General.

Este proclama a voz en cuello que los que así lo deseen pueden retirarse, sin temor ni vergüenza. Unas veces abona esas afirmaciones diciendo:

—Que se vayan los aburridos que nosotros seguiremos. Los corrales buenos nunca se hacen con postes podridos.

Otras, poniendo a tributo su inalterable buen humor, declaraba que él sentía contento cuando algunos se iban.

—Sí señor. No ven amigos, que así, repartida entre pocos la gloria de la campaña, nos toca más a cada uno?

Nadie que oyera esas manifestaciones de traviesa burla podía pensar en irse. Llegan chasques de la retaguardia advirtiendo que las avanzadas del general Villar ya están sobre Rivera. Se procede a inutilizar la línea de comunicación telegráfica con San Eugenio. Acampamos en la Cuchilla Negra, sobre la divisoria. El 26 se prosigue la jornada en condición cada vez más penosa. Son muchos los compañeros que marchan a pie. Nos favorece un tiempo primaveral. Cruzamos por parajes tan fragosos que hacen casi imposible el trayecto de las carretas.

Los mismos jinetes tenemos que desmontarnos para avanzar sin peligro. Marchamos a notable altura sobre el nivel de las tierras vecinas. Desde la cumbre de esa Cuchilla Negra, que tiene la apariencia extraña de un monstruo dormido, se divisan las más lejanas perspectivas.

Hacia el sur resalta el famoso Cerro del Lunarejo. Posesionados de una magnífica tribuna natural, miramos con orgullo esas fértiles comarcas extendidas a los pies, esos valles de vegetación lujuriante, esa admirable red de corrientes tributarias del Tacuarembó que serpentean alegres entre las quebradas, ese conjunto de bendiciones que hacen un edén de nuestra tierra. Todo ello es de los orientales. Todo cae bajo el dominio de nuestras turbulencias. Y sin embargo, a pesar de que el paisaje invita a radicar allí los beneficios de la civilización, de la riqueza ganadera, del movimiento agrícola, ningún signo de poblado importante quebranta la inmensidad dormida del panorama. Me acuerdo entonces del cuento tan verdadero que sobre nuestro destino nos hiciera el coronel Núñez yendo para Artigas.

En aquellas regiones, y con el mapa del país a la vista, alcanzamos a comprobar evidentes errores geográficos contenidos en el mismo.

JOÃO FRANCISCO

El 27 pasamos frente a la estancia del padre del comandante Juan Francisco Pereyra, más conocido entre nosotros por João Francisco simplemente. He ahí una de las personalidades lanzadas a la escena por el torrente desenfrenado de la revolución riograndense. Antes de la guerra civil era el nombrado uno de tantos, extraño a las rigideces de la condición militar.

Pero vino aquel choque de pasiones enfurecidas a conmover los cimientos de una sociabilidad somnoliente y entonces, a la par que Gumersindo, se improvisa en brillante general del lado fede-

ralista, surge en el extremo republicano la figura singular del comandante Pereyra. Partidario exaltado, de un radicalismo rayano en los delirios jacobinos, lleno de odio para la causa de la monarquía, aparece João Francisco como Marat en los anales de la revolución francesa, para ser el filo de incansables persecuciones. Por una de esas variantes aparentemente ilógicas, aunque de fondo muy explicable, había salido el pueblo riograndense de la calma conservadora fundada por el trono derrocado, para caer en las agitaciones anárquicas nacidas en la cuna del republicanismo triunfante. Aquello fué una ráfaga de tormenta, un golpe de huracán que, arrancando viejas costras protectoras, dió desahogo a fuerzas distintas y sin resultante. Del fondo de ese torbellino salieron instituciones y gravísimos errores, hombres nuevos y nuevas ideas, semillas y restos de naufragio que difícilmente llegarían a crear así, de primera intención, un sólido cemento. João Francisco fué fruto genuino de esa situación intemperante.

Improvisado jefe, porque sus tendencias altaneras dibujan un perfil de hierro, crea un regimiento de caballería con gente elegida, que en la actualidad consta de 800 plazas.

Con esa iniciativa coloca la piedra fundamental de su valimiento y agrega otra fuerte columna a la causa de Julio Castilhos.

Para sus subalternos no existe ley distinta de su voluntad soberana que no admite protestas. La consigna recibida es sobria pero expresiva: como se pueda hay la necesidad de vencer al hermano alzado en armas. Y así se cumple al pie de la letra por ambas partes, durante tres años que son de lucha y espanto.

Sabiendo que no cabía el perdón en ese duelo a muerte dentro de la misma familia, nadie, ni el más cobarde, pensó jamás en rendirse. Con rabia, con desesperación y coraje se peleó sin intervalo de un minuto.

La propiedad, el amigo, los derechos más consagrados, los servidores y hasta el hogar, profanado en sus ternuras, todo fué

mordido por el veneno de rencores con difícil precedente en estos países.

Al cuchillo, que es más expeditivo y silencioso que el tajo de la guillotina, lo erigió en símbolo adorado la religión maldita de la venganza. Todos mataron para tocar con el exterminio el fin de la fracción adversaria, como si la sangre inocente no fundara inextinguibles resistencias. El comandante Pereyra, afiliado con fervor a uno de los bandos disidentes, hizo lo posible por dar a los suyos la victoria. Sería perder tiempo mencionar la irregularidad de los medios puestos en práctica al efecto, cuando se vivía en un ciclo de terror y de recíprocos agravios. ¿Necesitamos referirnos, para acreditar aquellos horrores, a la hecatombe del río Negro? Pues bien, ese fué el principal de una serie de cuadros espantosos. El general federalista Tavares había hecho 500 prisioneros republicanos que encerró, para su mejor custodia, dentro de una manguera de piedra. Allí estaban mezclados ancianos y niños, conocidos y hasta parientes. Nada importaba eso: había que exterminarlos. Y así se hizo. Todos murieron asesinados. Entre carcajadas y jarana se traía enlazados a aquellos infelices hasta la puerta del lúgubre recinto para ultimarlos luego sin piedad. Sólo tenían ellos a su favor la ventaja de poder elegir entre ser lanceados o caer bajo cuchillos, sin filo a fuerza de cortar tantas gargantas. Uno de los espectadores, Adan de La Torre, ha pedido la persona del oficial Pedroso. ¿Para salvarlo del sacrificio, dirá el lector? De ninguna manera. Para inmolarlo mejor, con más refinamiento de crueldad. Cuando le llega su turno, pide aquél gracia a quien es dueño de su existencia.

—Si le conserva la vida ofrece dinero.

—No, le contesta su verdugo.

—Regala todos sus bienes.

—No, repite su frío interlocutor.

—¿Qué quieres entonces en cambio de mi persona, exclama angustiado el infeliz prisionero?

—Nada, replica el inflexible adversario. Tu vida no tiene precio. Alza la cabeza que te voy a degollar.

—*Degolha*, dice con odio resignado la víctima, y Pedroso cae al suelo espantosamente hendido.

¿Verdad que provoca inmensas repugnancias el diabólico victimario? Y sin embargo, la bárbara ley del talión ampara ese hecho de sangre y dentro de un instante nosotros mismos vamos a encontrar para él muchas atenuaciones.

Antes de entonces y vencedor una vez, Pedroso había ajado el pudor de la esposa e hijas de Adan haciéndolas servir mate desnudas a la tropa bestializada, para someterlas luego a inauditos ultrajes. Después de este esclarecimiento sólo resta guardar conmiseración para los actores en esas escenas de carnicería que hielan.

Río Grande sufrirá por muchos años de resultas de esos excesos sanguinarios. Por lo pronto, sus campiñas están desiertas; nadie se aventura a nada; el terror domina por todas partes, y la caza del hombre no es una leyenda.

Y lo mismo sucediera estando los federales en el poder, porque el cisma abierto es insondable. No indago cuál de los partidos en pugna posee privilegio actual de derecho, sólo sé que la provincia goza de tranquilidad de las tumbas, que el país está militarizado, y que los odios no se han extinguido: apenas descansan. Pues bien, João Francisco que no cuenta en sus antecedentes actos atroces como los referidos, es al presente el más firme, leal y sincero sostenedor del republicanismo imperante. A su cargo está el cuidado de las cabeceras del Cuareim y de la línea hasta Santa Ana. Y vaya si cumple con espíritu adicto sus compromisos! En leguas y leguas a la redonda de su campamento, negociantes, pulperos, mujeres y vecinos, le respetan y acatan con ciega idolatría. No bien llega un forastero de cualquier rumbo, ya se le trasmite noticia de ello al comandante Pereyra. Tales hábitos reproducen el terrorismo de la Convención trasplantados a las planicies de América.

Porque salta completamente erróneo el juicio de los que creen una hechura sin relieve alguno al famoso comandante brasileño. João Francisco es un hombre de porte distinguido, de maneras correctas, que entiende el francés, que ha leído la historia antigua y siente admiración por todos los fanatismos libertadores. Amante de la lectura, rico por herencia, incapaz de entregarse al pillaje, sólo tiene un culto: la causa republicana y un incentivo para vivir: mantenerla siempre íntegra en su dominación.

Detestando a la monarquía con prevenciones que son ardientes como la lava, reniega de sus glorias, repudia el bombardeo de Paysandú, y es implacable con sus adversarios los federales, porque los considera en el fondo partidarios de la restauración imperialista. El comandante Pereyra es pues un tipo de fases singulares que representa con exactitud a un orden de cosas surgido de una controversia terrible. Como el cielo cruzado en noche de tormenta por relámpagos atemorizadores que iluminan por instantes el ceño torvo del infinito, João Francisco Pereyra, y con él todos los actores en la guerra civil de Río Grande, tiene sombras indescifrables, derrotadas a momentos por luces eléctricas y saludadas siempre con dianas de truenos. De esa pasta fueron el doctor Francia, Rozas y Facundo Quiroga.

HONROSO DOCUMENTO

Hacemos noche en las puntas del Arapey, departamento de Artigas. Ya tarde llega, de manera inesperada, el capitán Luis Pastoriza quien ha venido por el Uruguay conduciendo comunicaciones. Con inefable alegría lo abrazamos. Es un emisario de felicidad porque trae cartas, expresiones, comentarios, datos, cariños, diarios, ecos de muchas nostalgias, y hasta esencia de esos aires salinos del Plata para nosotros tan queridos.

Las informaciones y noticias de procedencia oficial para

nosotros, definen el rumbo a seguir por el ejército. También por él sabemos que Cuareim arriba hay un grupo importante de correligionarios en armas que prometen incorporarse. Nunca lo hicieron.

El 28, antes de emprender la marcha, se da lectura en todas las divisiones a una proclama redactada por el doctor Acevedo Díaz y suscrita por el general Saravia. No insertamos ese documento por ser muy extenso y no escapar a ningún criterio cuál sería su espíritu. Esa pieza demasiado pomposa careció, a pesar de su brillantez de forma, de la condición exigida a toda producción militar: sobriedad y nervio. ¡Qué contraste con la redacción espartana a la vez que elocuente, del coronel Lamas!

La jornada termina en los lindes orientales del departamento del Salto. Brisas de contento recorren las filas. Allí hay 1300 hombres resueltos a correr cualquier aventura. Por lo demás, ciertas ausencias no perjudican, pues faltando elementos tanto da ser pocos como ser muchos. Empiezan a recogerse excelentes caballadas. Siempre avanzando hacia el oeste se deslizan días de primaverales tibiezas. El 30 descansamos en Mataojo Chico y el 1º de junio sobre la costa del Mataojo Grande. En vista de los abusos inauditos cometidos por el gobierno de Montevideo a la sombra de la bandera sin divisa de la Cruz Roja, se acuerda por los jefes considerar en adelante como enemigos a los miembros de esas misiones pseudo caritativas preparadas por el adversario. Hizo más obligada esta energía moralizadora el hecho de haberse remitido pertrechos al general Villar bajo aquel escudo inviolable. La mejor prueba de que se procedía de mala fe al autorizar determinadas expediciones de socorro, está en la circunstancia conocida de que a la Cruz Roja Oriental, constituída por elementos beneméritos emancipados de la situación, no se le permitía concurrir a los campos de pelea.

En esa fecha se recibe una comunicación oficial del Comité Revolucionario. La agregamos en seguida pues ella tiene todas las proyecciones de un manifiesto dirigido al país. Sin entrar al fondo

de su comentario, por razones muy especiales y sencillas, insistiremos otra vez en el contraste de las grotescas intemperancias contenidas en los escritos gubernistas con el espíritu amplio que campea en todos los documentos emanados de las filas reivindicadoras. Esta nota de patriótico colorido, acentúa tan hermoso carácter. Habla el Comité al General de la revolución:

«Buenos Aires, mayo 25 de 1897.

Al señor General en Jefe del Ejército Nacional don Aparicio Saravia.

Señor General:

«Los últimos acontecimientos militares en que han actuado las divisiones del ejército de la revolución han llenado de satisfacción y orgullo a este Comité, imponiéndole el deber de dirigirles por intermedio de V. E. las más ardientes felicitaciones.

«La irreprochable conducta observada durante varios meses por el ejército al mando de V. E., ha demostrado a propios y extraños que el Partido Nacional no se ha lanzado a la lucha dominado por odios y rencores que serían injustificables en la época de civilización en que vivimos; y ha debido poner de manifiesto igualmente que no persigue menguadas ambiciones de poder, ni menos obedece a instigaciones de círculos o caudillos como los que en épocas ingratas conmovieron o sacrificaron al país.

«Era necesario que el pueblo oriental sacudiese con su protesta viril la mancha que arrojaba sobre él un gobierno oprobioso. Falseadas las instituciones por su base, arrebatados a la nación en formas grotescas sus derechos fundamentales; sacrificadas todas sus libertades; dilapidadas las rentas públicas; elevados a los primeros puestos los advenedizos, los histriones y cortesanos de un mandatario impuesto por sorpresa a la república;

escarnecida la moral política y subvertidas todas las nociones de la vida constitucional, la patria de los Treinta y Tres sólo esperaba de un esfuerzo heroico del patriotismo uruguayo la reivindicación de todos los bienes que le habían sido arrebatados y que constituyen la herencia que nos legaron nuestros mayores, con cargo de entregarla íntegra a nuestros descendientes.

«Notorio es que tal era el sentimiento del país entero, sin distinción de agrupaciones políticas. Debió esperarse entonces que la iniciativa del Partido Nacional fuese secundada en una u otra forma por las demás agrupaciones animadas del mismo espíritu revolucionario.

«Si el Partido Nacional fué el único en lanzarse a la lucha, si sólo sus bravos soldados son los que han caído en el combate librado contra los opresores comunes, no es porque hayan ido a buscar el triunfo exclusivo de su colectividad; V. E. y el ejército a sus órdenes lo saben.

«Si el nuevo sacrificio es un alto deber cívico; si tiene la justificación y el aplauso de todos los que observan, es precisamente porque no busca sólo el entronizamiento de un partido; es porque su propósito y el fin de la lucha es devolver a la patria común las libertades y las instituciones usurpadas o falseadas, y el gobierno a que le dan derecho la cultura de su pueblo, la virilidad de sus hijos y los progresos de la civilización y de la democracia en el mundo.

«V. E. y el digno Jefe del Estado Mayor que le secunda han interpretado noblemente, en todos sus procedimientos y acción militar, el pensamiento político que lanzó a la revolución y el programa de principios inscritos en su bandera. Pueden V. E. y el ejército de su mando estar persuadidos de que las simpatías que les acompañan no se deben sólo al heroísmo de nuestros soldados; se deben más que todo *a la justicia de su causa*, al carácter humanitario que desde un principio se imprimió a la guerra, al respeto con que se ha mirado la vida del adversario indefenso o rendido,

a la protección generosa que se le ha acordado y a las garantías de que han sido rodeados todos los habitantes de la campaña en sus personas y en sus propiedades.

«Los que nos contemplan saben también que V. E., el Jefe del Estado Mayor y los demás jefes del ejército revolucionario, que tantos triunfos ha alcanzado desde el principio de la lucha, han evitado asimismo con notable y patriótica intención aquellos combates en que, si la victoria era probable, sólo habría podido alcanzarse con enormes y dolorosos sacrificios.

«No obstante esa conducta digna del mayor aplauso, la guerra cuenta ya numerosas víctimas y desastres inevitables. Tres mil orientales entre amigos y adversarios han rendido la vida o han derramado su sangre en combates ya numerosos.

«Treinta mil compatriotas han abandonado sus hogares tomando de nuevo el camino del destierro. Esta no es sino una parte del cuadro general de los males y sacrificios de la guerra. Necesario es, por lo mismo, que el grande esfuerzo realizado no resulte estéril.

«Declaremos una vez más que la revolución ha sido iniciada sin móviles personales, sin ambiciones excluyentes, y desplegando una bandera a cuya sombra caben todos los ciudadanos amantes de la patria, que sólo desean y buscan el bien de ésta, la honradez en el gobierno, y la elevación al poder de los más dignos y los más ilustrados.

«Tal fué el propósito irrealizado todavía hoy, no obstante el repetido esfuerzo del Partido Nacional que, respetuoso por las tradiciones de un pasado ya histórico, se consignó hace un cuarto de siglo en un programa de paz y reorganización constitucional, el más armonioso entonces y aún hoy con los progresos de la época moderna. En él nos ratificamos para afrontar, teniéndolo por guía, el porvenir de nuestra nacionalidad, persuadidos de que en su cumplimiento leal están la salvación y la regeneración del país.

«Nuestros adversarios, hoy causantes, no son otros que los que sostienen la existencia perdurable de esos poderes públicos que usurpando la soberanía nacional, constituyen gobiernos ominosos a que a la fuerza se subordina el país, y esos mismos nuestros enemigos dejan de serlo, como lo han comprendido V. E. y sus dignos compañeros, desde el momento en que las armas con que combaten caen de sus manos, no ensañándose jamás en las personas, ni atentando en caso alguno contra sus intereses, dando con esa conducta alto ejemplo de moralidad, de justicia y de elevación en sus propósitos.

«Este Comité se felicitará siempre de que V. E. y todos los jefes de la revolución continúen inspirándose en estos principios e inculcando en estas ideas susceptibles de mayor ampliación: No ver enemigos, sino en los partidarios de un régimen funesto; proteger al vencido; abrir las filas a todos los que simpaticen con nuestra bandera cualesquiera que fuesen sus antiguas tradiciones; ser una garantía viva para todos, — tal debe ser siempre la consigna del ejército revolucionario que ha conquistado ya un título imperecedero a la gratitud nacional, estableciendo un precedente honroso, dando un ejemplo dignísimo al aplicar en la guerra civil los principios más adelantados del derecho internacional.

«Lamenta este Comité no hallarse habilitado para premiar como corresponde el heroísmo de nuestros jefes y soldados; pero confía que el patriotismo de los que voluntariamente forman nuestras filas se dará cuenta de que por el momento no es posible satisfacer deudas de reconocimiento y gratitud nacional.

«Cuando vuelvan los días de calma y la justicia histórica quiera perpetuar los grandes acontecimientos que se están desarrollando, entonces el mármol y el bronce trasmitirán a las generaciones futuras la memoria perdurable de los héroes. La patria sabrá mostrarse agradecida a los que por ella se sacrifican.

«Entre tanto, este Comité ha dispuesto, como lo verá V. E. por el testimonio acompañado, las honras fúnebres que debemos a los muertos en todas las batallas que han tenido lugar.

«A la plegaria por nuestros muertos debemos mezclar el voto de gratitud por la protección que la Divina Providencia ha dispensado a las armas de la revolución, que, como en los días de la tragedia cristiana, lleva también en sus banderas la palabra de un pueblo oprimido.

Firmados: *Juan Angel Golfarini*, Presidente. — *Eustaquio Tomé*, Presidente Honorario. — *Juan José de Herrera*, Presidente Honorario. — *Angel J. Moratorio*, Secretario.»

LA SORPRESA DE BORGES

Ya estamos en el fin de unas penurias. Los soldados montan redomones, y no hay quien marche a pie. Si los hombres del gobierno hubieran tenido espíritu de observación desprendida, habrían comprendido que aquel ejército, curtido por todas las adversidades y siempre fiero en sus movimientos, gozaba de inextinguibles bríos. Pensar en derrotarlo era pensar en lo imposible, porque grande o chico, feliz o desgraciado, ningún quebranto podría apagar el fuego de sus indomables energías.

Algo pueden los ideales, que no sólo de pan viven los hombres, cuando hasta en las más humildes esferas recoge el bien amores tan puros cuanto desinteresados.

El rumbo que llevamos es atrevido. Parecería que nos dirigimos hacia la ciudad del Salto. Hay la evidente intención de ir despuntando los arroyos tributarios del Arapey en su margen izquierda. El 2 dormimos en las puntas de Sopas. Recuerdo que esa noche estábamos reunidos algunos montevideanos en determinada carpa comentando el desarrollo de los sucesos y haciendo acerba crítica del abatimiento público y de los egoísmos reinantes. Algunos de los fogosos interlocutores pedía, y con acierto, la

adopción de un plan de actividad más práctico: el tributo de guerra a los hacendados nacionalistas, es decir, el castigo a tantas y tan flagrantes morosidades cívicas. Aquella vivienda volante, con alfombra de yerbas e iluminada por luz de candil, era un club de ardiente propaganda. En eso se asoma un nuevo invitado y empieza a hablar con calma chacotona.

Es el General que nos ha sorprendido en estas expansiones juveniles. Casi confusos, todos nos ponemos de pie, pero él nos obliga a sentarnos tirándose a su vez sobre el pasto y diciendo más o menos lo siguiente:

—Ya veo, muchachos, que están muy entretenidos discutiendo sobre política. Ya veo que quieren llevarse por delante a los malos orientales, a los que no saben querer a una divisa. Pero no apuren. Por ahora seguiremos así la guerra hasta el verano. Entonces ya verán como va crecer el ejército. Los viejos, entusiasmados con los calores, van a salir a buscarnos para tomar el sol, como los lagartos a la hora de la siesta. Lo mismo hará esa mozada que se muere de frío en la frontera. Si aún así no responden los platudos entonces sí que me gusta para apretar la cincha. Pero por ahora vamos bien.

—General, contestó alguno, usted habla para de aquí a mucho, como si se tratara de una guerra muy larga.

—¿Y a ustedes los preocupa la continuación de la campaña? Pues eso es lo que conviene. ¿No ven que en nuestro partido hay elementos corrompidos que pasan por buenos y que con esta danza se van destapando? Antes Muniz pasaba por cosa legítima y ya hemos acreditado lo que da. Lo mismo sucede con esos políticos que tienen más vueltas que el río Negro.

No carecían de fundamento los juicios inteligentes de aquel viril paisano. Nadie negará los beneficios incalculables rendidos a la salud pública por el huracán revolucionario que vino en buena hora a limpiar el horizonte de la República. Borrados los límites, descoloridas las insignias, burlados los ideales, ya no existía distingo definido entre virtuosos y mercaderes.

El cálculo de Saravia se ha cumplido, porque ya no quedan negociantes en las filas.

Al oscurecer ha llegado noticia de la proximidad de enemigos. Se trata del comandante Nicasio Borges que conduciendo una caballada para Villar, cruza a esas horas, sin sospecharlo, muy cerca de nosotros con un destacamento de 100 hombres. Esa misma noche salen a sorprenderlo los comandantes Juan José Muñoz, Barrios y Rivas.

El 3 emprendemos camino esperando de un momento a otro novedades de bulto. Se tiene fe plena en la habilidad de los jefes en acción cercana. A eso de las diez de la mañana y al coronar una cuchilla, se distingue a la izquierda de la columna y a gran distancia, una polvareda sostenida. ¿Qué será? Todas las visuales se dirigen hacia ese lado del horizonte para indagarlo. Con dificultad se percibe una mancha negra e irregular que parece venir en avance. Cuesta creer que sean enemigos, pues ¿de dónde podrían ellos llegar? Tampoco se les supone compañeros por el número.

A descubrir la índole de esa sombra dilatada marcha una guerrilla doble, aunque hay la certeza de que ella puede resolverse en todo menos en adversarios. Al rato se disipa el misterio. Aquello es una legión de caballos: el fruto del ataque a Borges. En efecto, pronto se detiene muy cerca del ejército ese núcleo compuesto por espléndidas tropillas.

No cabe concebir un golpe dado con mayor fortuna.

Informados con exactitud del rumbo seguido por la fuerza volante buscada, los comandantes nacionalistas se habían acercado con todo sigilo hasta las inmediaciones del campamento adversario.

Poco antes del amanecer, y después de burlar las guardias exteriores, cayeron como bandas de demonios sobre el confiado destacamento.

Aquello fué obra de instantes. Con facilidad se explica que en esas circunstancias, de espanto y desorden, nadie atinara a iniciar una resistencia ya imposible. Todos los soldados huyeron despa-

voridos. En cuanto al comandante Borges, monto a caballo en calzoncillos y sin tener tiempo de enfrenar; fué tan rápida la irrupción! Además de sobrar surgía muy difícil perseguir en la oscuridad. Sin perder un solo hombre se acababa de consumar una empresa importante y audaz. Más de cincuenta armas, recados, piezas de ropa, algunas municiones y finalmente una caballada de superior calidad, constituían los beneficios de esta victoria parcial. El comandante Borges perdió todo en la sorpresa, ropas, montura, reloj, papeles y hasta la marca de su propiedad. ¿Para qué la llevaba consigo? No lo sabemos como tampoco sabemos con que objeto había arreado en su mayoría caballos orejanos. Esta fácil operación de guerra tuvo su trascendencia porque al completar los prestigios atrevidos de la revolución quitó elementos de movilidad al general Villar. Los dispersos de Las Sopas llevaron el parte de su desastre a San Fructuoso.

El 4 marchamos fuerte. Después de hacer un alto para almorzar, en la costa de Arerunguá, donde existe un villorio casi ignorado, pasamos la noche en las puntas de ese mismo arroyo. Dejemos constancia de una verdad honrosa para nuestra causa. En la localidad citada más arriba, el día de nuestro pasaje funcionó como de costumbre la escuela local y lo que es más satisfactorio, el Juzgado del punto, conferido a un señor muy tranquilo de filiación colorada.

No hay duda de que vamos al Salto. Lo comprendemos así aunque el Coronel es impenetrable. Y a propósito de éste, la herida continúa molestándolo sin permitirle conciliar muchas veces el sueño. Sin embargo, siempre que se le pregunta por su salud replica mortificado, que está muy bien. Su rostro enflaquecido y la imposibilidad absoluta de usar del brazo enfermo, al punto de no poder montar a caballo, desmienten categóricamente esa estoica afirmación.

Ha caído a nuestro fogón, no sabemos de qué manera y como si buscara calor, un chiquilín de ocho años de edad. La

venta pregonada de tortas fritas lo aproxima a la carpa de los ayudantes a donde nada tarda en trasplantarse. Su nombre es Bernardo. Indiecito vivaracho y conversador nos cuenta, con gesto espontáneo de criatura, su historia errante. Nació en Minas; cuando estalla la revolución lo alza consigo un paisano que busca la incorporación y para el efecto tienta sus deseos ofreciéndole petizos de crines largas y del pelo que quiera.

Aceptado el convite, en compañía de aquél cruza campos hasta unirse al ejército. Asiste a la batalla del Arbolito. Corren los meses y se encuentra en Cerros Blancos sin inmutarse ni encogerse ante el silbido de las balas. El explica tal impavidez exponiendo que, según dicen, los orientales no conocen el miedo. Pero después del 14 de mayo se fué el padre postizo de Bernardo, dejando abandonado en el seno de la indiferente muchedumbre a ese niño expósito que no tiene un abrigo para ampararse contra las heladas.

Entonces Bernardo empieza a rodar de fogón en fogón, como algo que incomoda, para concluir esa odisea con ratos de hijo adoptivo, agregándose al nuestro. ¡Infeliz criatura! De noche, tocando dichas que desconoce, duerme a nuestros pies con el calorcito que le dan como limosna los ponchos holgados de los ayudantes. Aquel chiquilín sin padre, que no sabe quién es su madre y si está viva o muerta, tiene fidelidades de perro. Sin comprender por qué, siente ya profundo cariño hacia su partido. Templado en las penurias de la guerra y sin fuerzas bastantes todavía para cargar un fusil, ya corre carreras y enlaza potrillos y habla muy suelto de cuerpo de domar potros y de correr a lanza limpia al enemigo. He ahí una semilla muy expuesta a perderse y a engendrar un gaucho pendenciero y vagabundo, destino éste que sólo la escuela podrá modificar.

Bernardo es una creación montaraz, hijo del medio imperfecto, de circunstancias irregulares y de pasiones ardientes, que ha brotado, con la rara espontaneidad de las flores del campo, entre piedras y matorrales.

Cuando el desarme perdí de vista a ese muchachito — nada más que de cuerpo — interesante y resuelto, que a vivir cincuenta años atrás hubiera figurado entre los *guayaquíes* de Rivera.

Quien sabe si volvemos a encontrar en la vida a esa miniatura revolucionaria que hiciera toda la campaña sin exhalar una queja. Sólo alguna vez lo acobardó el frío, ensañándose en su desnudez de desamparado!

EL SITIO DEL SALTO

El 5 acampamos en Las Cañas y el 7 en Laureles. Pocas leguas nos separan del Uruguay. Cae prisionero un comisario llamado Teófilo Carballo, persona de buenos antecedentes. El 8 nos detenemos en la colonia San Antonio, a dos leguas del Salto. Acabamos pues de cruzar, de derecha a izquierda, el departamento de ese nombre. La topografía general se ofrece muy pintoresca, como ocurre con casi todo este país lleno de preferencias naturales. Los campos son excelentes pero aquí también asusta la ausencia de población. Las casas se cuentan como milagros, y no hay una hectárea cultivada. ¡Y eso que pisamos zonas especialmente civilizadas! Cuánto necesita la república de inmigración sajona para romper en forma la frente de sus próvidas tierras y enseñar hábitos positivos de trabajo y de arraigo al criollo que todavía siente palpitar en lo íntimo tendencias atávicas de despreocupación y abandono!

Por orden superior ha salido en servicio de avanzada la división Florida y con ella el valiente capitán Alberto Maldonado con 48 tiradores y 20 lanceros. La misión de éste consiste en dirigirse al paso de las Piedras del Daymán, tomarlo de cualquier manera, y destruir inmediatamente la línea férrea con Paysandú. Después de realizado este propósito aproximarse a la ciudad simulando un ataque, mientras el ejército se posesiona de las adyacencias del paso. Como puede verse, era de suma importancia la tarea confiada al celo de Maldonado. Nunca durante la campaña

ningún oficial fué objeto de preferencia semejante de parte de los jefes. Llueve sin intervalo toda la noche del 9. A pesar de este trastorno el capitán Maldonado cumple las instrucciones recibidas coronadas por completo éxito. Al acercarse él al paso del Daymán el enemigo se retiró en tropel, sin intentar siquiera una débil resistencia. Como testimonio de su vergüenza quedaron allí algunos ponchos y fusiles abandonados en la precipitación de la fuga. En seguida avanza Maldonado sobre su ciudad natal con el fin de hostilizar a una guardia como de 60 hombres desplegada sobre el paso del Ceibal, a pocas cuadras de la jefatura. Pronto se arrolla ese obstáculo y se tiende una atrevida línea de sitio que refuerzan al rato nuevos contingentes revolucionarios.

El ejército, que puede ser perfectamente distinguido desde la ciudad, desfila al sur de la misma y de derecha a izquierda, para ir a acampar alegremente en las inmediaciones del paso de las Piedras, es decir, casi en los suburbios. Al conocer la impunidad de que gozaban estas operaciones, realizadas materialmente a las puertas de la segunda ciudad de la república, cualquiera creería que era precaria la condición defensiva del Salto. Sin embargo, más de 1500 hombres, en su absoluta mayoría de línea, estaban acurrucados en sus calles. Mandaba en jefe el coronel Teófilo Córdoba, entidad sin importancia y de famosas timideces militares, teniendo a sus órdenes a las fuerzas departamentales movilizadas — arriba de 500 plazas — al batallón Guardia de Cárceles — el mismo que ganó vergüenzas en Cuñapirú — y al 4º de Cazadores que tenía entonces por coronel a don Martín Echeverry, de tan vulgares antecedentes como escasos valimientos. Ese núcleo, incontrastable a estar bien mandado, fué repartido en sitios estratégicos dentro de la plaza divida al efecto en siete zonas confiadas al denuedo de los coroneles Aguiar, Echeverry, Roldán, Alciaturi y mayores Pons, Balbela y Román. Como si estas precauciones no bastaran se colocaron al costado este ametralladoras y una batería de artillería. El lado oeste lo garantían las aguas del

Uruguay y además los cañones de la nave *Suárez*. Pertrechos y municiones los había en abundancia. Como se acredita, las fuerzas gubernistas, perfectamente armadas y de refresco, eran superiores en número a las revolucionarias. Esto sin incluir en la cuenta el concurso poderosísimo del general Villar que venía siguiendo el rastro a los nacionalistas. Pues bien, a pesar de poseer tantas ventajas y, lo que es peor, a pesar de exigir otra cosa el honor de las insignias, prefieren los cinco coroneles y los tres sargentos mayores al mando de unidades tácticas allí reunidos, encastillarse dentro de una ciudad, exponiendo a sus habitantes a contingencias terribles, antes que presentar combate al enemigo.

Hay algo de tartarinesco en estos aparatosos alardes, en tanto ruido de aceros con epílogo de tantas acusadoras inercias. ¿También se dirá en el caso ocurrente que por orden de Borda no salieron a pelear sus camaradas?

Fuera de ser esa una ridícula invención, preparada para disimular vacilaciones indecorosas, es el caso de compadecer en presencia de tan torpe justificativo a los soldados que sacrifican su buena reputación como tales al capricho de factores corrompidos.

La guarnición del Salto, conservando la ciudad si lo quería, como base de operaciones, debió salir de cualquier modo a tirotearse por lo menos con el enemigo, sin averiguar si eran muchos o pocos los adversarios. Con un total de 1500 hombres se pudo hostilizar seriamente a los invasores evitándose también la ignominia de un sitio que aunque sólo de dos días bastó para desconceptuar del todo a varios soberbios galoneados.

Lo del Salto parecería inaudito suceso si labrado por elementos extranjeros. Pero es una de tantas escenas de guerra interna y a la pluma le cuesta trazar rasgos de duro descrédito. Molesta reconocer que el apóstrofe iracundo de Federico de Prusia: «¿Qué es esto, pensáis vivir eternamente?» ha tenido razón para aplicarse en la última guerra.

La tarde del 10 transcurrió sin novedad. Uno que otro tiro

recuerda que existe el enemigo. El General, acompañado del comandante Lidoro Pereira y de sus ayudantes, recorre las afueras de la ciudad. Una bala de cañón que pica cerca parece demostrar que se ha indentificado al encumbrado paseante. Al caer la noche se combina por nuestro travieso jefe un simulacro de asalto. Al efecto hace preparar éste algunas yeguadas con latas, prontas para echarlas a un momento dado sobre las trincheras. La ciudad, delineada en ángulo recto con el Uruguay, tiene tonos muy pintorescos. Naranjales y montes vigorosos coronan las sienes de ese centro urbano con todo el exterior de una capital de fuste. Pues bien, haciendo cabeza de línea contra el río, por el lado sur, estaba un escuadrón de la 1ª mandado por Basilio Muñoz; más a su derecha, la gente de Maldonado; y a los extremos este y norte la división Florida. Serían las diez cuando se inició un avance simultáneo. En seguida el adversario, que dormía alerta, rompió un fuego nutrido de fusilería contestado con reposo por los nuestros. Como era de suponerse y se quería, todo no pasó de una maniobra sin otro objeto que sembrar alarmas. Desde la línea oíamos perfectamente el ruido que producían los carretones, arrastrados tal vez al galope, por las calles empedradas. El temerario Maldonado avanza por la desembocadura del Sausal llegando hasta la calle Tres Cruces después de sorprender al centinela destacado sobre el paso. Mientras tanto la división Florida se corre de los Corrales de Abasto hacia el centro a fin de desorientar más a los atacados. Maldonado, conocedor minucioso del terreno que pisa, consigue aproximarse a la Jefatura haciendo fuego sobre la guardia desde una distancia no mayor de 100 metros. En seguida emprende la retirada sin tener un herido. Al rato de hacer inútiles descargas, un toque de clarín suspende el fuego y vivas atronadores suben a los aires. ¿Por qué motivo? He aquí una adivinanza sin solución lógica. El único herido nuestro de esa noche fué el patriota doctor Moratorio y Palomeque, tan modesto como arrojado, que recibió un rasguño de bala de máuser en el hombro izquierdo.

HERVIDERO

El 11 por la mañana se mueve el ejército que después de vadear el río Daymán por el paso de Las Piedras, acampa en el arroyo de los Chanchos, tributario de aquél al sur. Estamos pues en el departamento de Paysandú. Queda destacado en observación, frente al Salto, el coronel José González. Esta ausencia, inexplicable para ellos, infunde brío a los gubernistas que en número de 300 salen algunas cuadras afuera para replegarse al ser hostilizados por aquel jefe. Esa noche llega un chasque de la costa argentina trayendo comunicaciones de mucho interés cuyo contenido casi adivinamos.

Se trata del pasaje de batallones revolucionarios. Antes del amanecer del día 12 salen las divisiones 3ª y 4ª y el capitán Maldonado con rumbo al Hervidero para proteger el desembarco deseado de la expedición Smith. Pronto los alcanza el General. Ya alto el sol marcha el ejército con la misma dirección. A las tres leguas acampamos a pocas cuadras del puerto fluvial nombrado. Avanzamos hacia allí y pronto estamos entre los nuestros salidos de vanguardia, que agazapados entre los árboles escasos de la costa, se preparan a sostener un nuevo combate después de haberse tiroteado, en lucha reñida, con los marinos gubernistas.

El plan cuya realización se buscaba al apoderarse del Hervidero consistía en propiciar la invasión feliz de los voluntarios de Buenos Aires que llegarían a bordo de los vapores de la carrera tomados al efecto. Señalada la fecha del 12 de junio para cumplir ese acuerdo, los revolucionarios, después de hacer una cruzada de 80 leguas, aguardaban a los amigos del sur. El sitio elegido para encontrarse era muy aparente. Es el Hervidero una de las abras más protegidas del Uruguay que mide en esa altura de 15 a 20 cuadras de ancho. El nombre del citado puerto lo justifican unos bajíos que alborotando las aguas causan una especie de ebu-

llición. Este remolino da lugar a que la corriente se aparte notablemente de la costa argentina quedando la canal sobre la costa oriental.

A esta ventaja estratégica agrega el Hervidero la condición de tener muy elevada la margen nuestra que se yergue arrogante sobre el río de la patria que le sirve de hermosa plataforma. En lo alto de la barranca está el importante edificio de la estancia del señor Amaro. El movimiento con orientación fija de los nacionalistas y la señalada apariencia del Hervidero para cualquier desembarque, eran antecedentes de sobra para decretar una vigilancia celosa de esas inmediaciones. Fuere porque así lo entendió el gobierno o fuere por casualidad, que es lo más probable, pues los buques del tiroteo llevaban a toda prisa tropas para el Salto, — sucedió que al rato de estar apostados sobre la orilla los 400 hombres de la vanguardia, aparecieron río abajo dos naves de guerra. Repartida convenientemente entre los matorrales se dispuso la gente a la ofensiva en condiciones muy ventajosas teniendo presentes las circunstancias especiales ya enunciadas. Los barcos que se divisaban eran el *Francisco Vidiella*, con insignia almirante, pues venía a su bordo el coronel Jorge Bayley, jefe de la escuadrilla, y el transporte *Chapicuy*. Ambos conducían tropas con destino al Salto. No bien enfrentaron al paraje dominado por los buques gubernistas, se les dirigió un fuego resuelto contestado, sin mayor éxito, por la artillería. La tripulación del primero de los vapores citados sufrió un fuego compacto por causa de haber resultado herido su timonel en el instante crítico obligándolo a quedar, detenido por minutos, frente a nuestros tiradores. En cuanto al *Chapicuy* huyó indignamente aguas abajo sin permiso del superior abandonado así delante del enemigo.

Una vez forzado el paso, avanzó el *Vidiella* aguas arriba perseguido desde la costa y en un trecho por guerrillas de caballería. Estas singularidades prestan un carácter novedoso y sin parecido en nuestra historia al choque marino-terrestre del Hervidero. Los

atacantes sufrieron 4 bajas en ese encuentro que tuvo lugar a las ocho de la mañana: 2 muertos y 2 heridos. El primero de los primeros fué el bravo comandante Francisco Ledesma, del departamento de Canelones, agregado con dos hijos a la división del coronel Berro. Cayó este viril correligionario precisamente en momentos de lanzarse a levantar del suelo a un hijo de su jefe, a Teodoro Berro, herido en el muslo por una bala de máuser. En ese instante un casco de metralla, hundiéndole el parietal, le quitó la vida. Con el comandante Ledesma se nos fué un caudillo y un patriota de rasgos irreprochables. El segundo de los muertos llamábase Gustavo Pallas, de Montevideo. Con el vientre deshecho falleció al rato de retirarnos de la costa. En cambio el gobierno, por declaración explícita de sus informantes, tuvo 14 heridos y un muerto. La desproporción es grande. Pasado el peligro y siempre a la espera de los compañeros, subimos al mirador de la casa de Amaro para investigar el horizonte de las aguas plateadas. El panorama que dominamos es magnífico. Hacia el lado por donde se va a Montevideo, se desdoblan los campos en caprichos de acuarela que confirman los prestigios de nuestra riqueza pletórica; al oeste se perfilan las fértiles llanuras de esa provincia de Entre Ríos dueña de la mejor parte de la Mesopotamia argentina: allá destacan sí, tierras que serán muy próvidas pero que por pertenecer al extranjero nos parecen menos hermosas que las nuestras; al sur, como un curso de metal fundido buscando zalamero el hondo cauce, entre barrancos y boscajes, se resuelve el Uruguay, ese río cuyas aguas dulces bautizaron tantos alientos de libertad; mientras al norte el Salto se extiende, gracioso como niña juguetona, a la orilla de esta misma corriente que trae ecos de cascada. Absorbidos por la belleza sugestiva del paisaje, que tiene alborotos de altura en la meseta de Artigas, nos volvemos distraídos, cuando un grito de alarma nos retorna a la realidad guerrera. Con precipitación dirigimos hacia arriba la vista para indagar motivos. Y nada tardamos en comprender la razón del alerta: un buque

gubernista que trae rumbo del Salto se acerca. Inmediatamente se tienden guerrillas, ocultas con habilidad entre los ramajes de la costa. Son las tres. El barco que avanza es la cañonera *Suárez*. Cuando penetra en el paso inicia un fuego de metralla y de fusilería contestado con toda decisión. Por primera vez oigo el estampido de los *shranels* que ensordece por su intensidad. ¡Qué efecto no producirá el vomitar de cien bocas de fuego reunidas, cuando unos cuantos cañones que a nadie hieren con sus disparos, siembran sobresaltos, provocan la disparada de los caballos despavoridos y casi parecería que conmueven a la misma naturaleza! La cañonera pasó sin sufrir ninguna baja, y como tuviera orden de desalojar de sus posiciones a los revolucionarios, recurrió, para intentar cumplirla, a un medio inicuo cual fué el de refugiarse en aguas neutrales. De esa manera se alejaba lo bastante de la banda oriental para hacer ineficaces los disparos nacionalistas y obtenía ubicación tranquila y aparente para barrer la costa. He ahí una denigrante debilidad que ningún beneficio rindió, pues los revolucionarios resultaron ilesos en este segundo ensayo naval, a pesar de lo aseverado en su parte al general Pérez, por don Jorge Bayley que nos imputa «un verdadero desastre.» Siempre el sistema de ridículas mentiras! A media tarde se distingue hacia el sur y subiendo el río, a un vapor de la carrera que se creyó por minutos condujera la anunciada expedición. Pronto se desvanece esta duda. El buque que se acerca es el *Triton* cuyo capitán vira aguas abajo al darse cuenta de los anormales sucesos. Después de esperar en vano a los expedicionarios amigos, se retira el ejército para acampar en paraje propicio.

Esa noche el motivo de nuestras conversaciones de fogón rueda alrededor del nuevo tema: ¿por qué no han concurrido al punto de cita los compañeros anunciados? ¿Qué causa tan poderosa prolonga tan indescifrable misterio? Tratemos de averiguarlo haciendo un necesario paréntesis a nuestro relato y con anuencia del lector cuya bondad ponemos otra vez a contribución bajo pro-

mesa de cerrar con ésta las investigaciones complementarias que nos apartan del hilo narrativo.

LA EXPEDICION SMITH

No sólo por los sucesos desarrollados en el Hervidero quedaría caracterizada en los anales revolucionarios la fecha del 12 de junio. En la madrugada de ese mismo día, acontecimientos de fines concomitantes se generaban en el puerto de Buenos Aires. Referimos a la toma de los vapores de la carrera, *Venus y Montevideo*, por grupos nacionalistas pertenecientes a la expedición que mandaba el comandante Juan Smith. Aun desde antes del pasaje reivindicador se había iniciado dentro de la república un definido movimiento de emigración que fué adquiriendo acento en armonía con el curso precipitado de los sucesos. Molestado el gobierno de Borda por ese voluntario ostracismo decretado por las clases selectas del país, quiso contenerlo y al efecto dictó severísimas disposiciones prohibitivas en lo pertinente al embarque para el exterior. A pesar de la vigilancia sostenida en los muelles, de espionajes y de miserables denuncias, todo fué en vano, porque las corrientes populares jamás se cortan, y lo más granado de la juventud montevideana nacionalista hizo de la capital bonaerense su estación de tránsito. Los ojos estaban fijos en el ejército amigo que iniciaba recién su jornada moralizadora. Con los primeros grupos emigrados se puso plantel a los batallones de la Isla. Especialmente el *Raña* reunió en sus filas a los hijos de Montevideo.

Los nuevos contingentes salidos del país después del 5 de marzo, debieron también disciplinarse permaneciendo en la margen argentina prontos para invadir. Al efecto acordóse formar un batallón de infantería cuya jefatura se entregó al comandante Juan Smith. La actuación de este ciudadano en empresas armadas por el patriotismo con anterioridad, y el fondo sano de sus opiniones políticas,

le discernían título suficiente para merecer aquella distinguida designación. Bajo sus órdenes se constituyó una lucidísima unidad táctica que alcanzaría a poseer todas las flexibilidades disciplinarias de la tropa de línea templadas por el calor de hermosas y conscientes energías. Este promisorio resultado se obtuvo a pesar de las constantes persecuciones de la policía argentina que en su afán de desbaratar los propósitos de nuestros compañeros llegó hasta a sitiarlos por hambre en la misma ciudad. Sin recursos y perseguidos, sin divisar horizontes claros y creyéndose injustamente en condición falsa con respecto a su partido, sufrieron los soldados de aquel cuerpo de patriotas, verdaderas penalidades y disgustos. Más de 400 jóvenes arrancados hoy al secreto de los corralones de la Boca, perdidos mañana en el otro extremo de la metrópoli, vagabundos durante meses en un foco de conquistadores atractivos, demostraron bien que en las filas selectas de la generación sin canas latían firmes los ideales sacrosantos. Un escuadrón de caballería, cuyo mando obtuvo para sí el comandante José Brito tan bravo como consecuente a su divisa, vino a completar la eficacia táctica del batallón de Smith. Después de mil sacrificios, cuyo colorido de intensas ansiedades muy pocos conocen, fué posible armar a todos esos voluntarios dotados de carabinas máuser, de máusers y de sables cubanos. Lo peor estaba pues obtenido. Ya sólo faltaba poner en tierra oriental ese fuerte auxilio de permanencia cada día más difícil en Buenos Aires. En buen momento, pues, llegó a aquella ciudad el capitán Pastoriza llevando instrucciones definitivas de los jefes del ejército. Ya al hablar de la expedición de Benítez hemos podido exhibir que Saravia y Lamas indicaban el puerto de La Paloma para efectuar el desembarque de los invasores comprometiéndose a protegerlo el 10 de mayo. Fracasado ese plan, por motivos conocidos y ya comentados, postergóse en consecuencia el pasaje de nuestros amigos, no sin sufrir antes nuevos e indecibles trastornos a causa de la contra orden de última hora. No fué el mínimo el producido alre-

dedor del armamento que, ya embarcado en el *Cacciolito*, hubo de caer en manos de los espiones del incondicional Ernesto Frías. Gracias a la actividad incansable del doctor Golfarini, que salió personalmente mar afuera en noche de tormenta, pudo evitarse otro desastre agregado. Alejada la probabilidad del pasaje corrieron oscuros los días para los jóvenes alistados hasta que el acercamiento del ejército a la frontera norte, después de Cerros Blancos, permitió concertar un nuevo plan de invasión. En el Hervidero se encontrarían el 12 de junio ambas fracciones, la veterana y la bisoña.

Acordada esta resuelta combinación ultimáronse en la capital porteña los preparativos del caso. El proyecto definitivo consistía en apoderarse de los vapores a zarpar en aquella fecha con destino a la banda uruguaya — *Venus y Montevideo* — recogiendo en seguida a bordo de los mismos al núcleo de expedicionarios que embarcados en chatas dispuestas a ese fin y conduciendo el armamento se acercarían a los buques de la carrera a la altura de Punta Chica. Realizada con éxito esta tarea sólo restaba coronarla dignamente remontando sin perder tiempo el río Uruguay hasta el punto de cita, el mismo donde desembarcara José Garibaldi en 1845. La índole compleja del plan en vista obligaba a repartir su cumplimiento entre varios grupos. Del resultado de esas comisiones parciales dependía el buen suceso total. A los oficiales Jaime Navarro, herido del Quebracho, y José M. Sienra, teniendo a sus órdenes un medio centenar de revolucionarios y obrando aquél como jefe superior, se confió la importante misión de tomar respectivamente al *Montevideo* y al *Venus*. Para conseguirlo así, los complotados sacaron pasajes de primera y de segunda clase embarcándose por separado y como si no se conocieran. Las armas iban dentro de baúles que figuraban como equipajes, fuera de los revólveres de caballería flamantes y de uso personal. Sin experimentar ningún contraste pero después de acumuladas desazones,

zarpan los vapores a la hora de costumbre. Se come con no alterada tranquilidad y a las diez de la noche en el *Montevideo*, cuando los pasajeros hacen alegre tertulia, se intima al capitán señor Juan O. Irigoyen que estaba en la comisaría, la entrega inmediata del buque mientras el grito de *¡nadie se mueva!* vuela de proa a popa. En minutos quedó dominada la situación repartiéndose en seguida las armas consistentes en máusers de un tiro modelo alemán y vistiendo todos el uniforme del cuerpo. Escena semejante e igualmente afortunada tenía lugar a la misma hora a bordo del *Venus* mandado por el capitán Murray. El *Montevideo* que ha virado con rumbo a Buenos Aires divisa a eso de las once de la noche al *Venus* y procede a hacerle las señales convenidas que consistían en un farol encendido de vidrios rojos con acompañamiento de luces de Bengala. Con inmensa sorpresa no reciben contestación esas manifestaciones. Suponiendo fracasado el plan, por lo que refiere al *Venus*, se le acerca el *Montevideo* con intención de abordarlo dispuesta sobre su cubierta y en guerrilla la gente, pero al estar al alcance de la voz, un estruendoso *¡viva la revolución!* lanzado a los aires desde aquél, demostró que también el otro vapor estaba en poder de los asaltantes. De consiguiente, hasta ese instante no podía ser más halagüeños los resultados obtenidos. Entonces resuelven los oficiales Navarro y Sienra dirigirse con sus buques hacia Punta Chica, sitio convenido para hallar a los compañeros de la expedición.

Así se hace. A las dos de la madrugada llegan ellos al paraje indicado. ¿Dónde están los demás complotados? Misterio; allí no brilla la luz roja convenida para denunciar su paradero. Momentos de terrible aflicción como los pasados por el grupo de Lamas el 4 de marzo en Punta Lara, cuando se esperaba en vano el contingente de la Isla, debieron conocer entonces los varoniles tripulantes de los barcos apresados.

El tiempo corre sin obtenerse un dato orientador en cualquier sentido, y con cada minuto que se pierde vase una esperanza. El

compromiso de espera vence a las cuatro de la madrugada y poco falta para tocar ese plazo. ¿Qué hacer en aquella acongojadora orfandad de noticias? A las tres y media aparece una luz en lontananza.—Ellos son, dice el deseo, pero pronto se gana un nuevo desencanto.

Aquella señal pertenece a una chata cargada de carbón destinado al *Montevideo* que se aproxima. Nada de nuevo sabe su patrón. Suenan las cuatro y el reloj sigue caminando y dan las cinco y luego las seis y el misterio rola en la oscuridad. A las seis, cumplido con creces el compromiso contraído con los expedicionarios de tierra, resuelven los tripulantes del *Montevideo* declarar fracasada la empresa labrándose al efecto un acta para mayor constancia. Con profunda tristeza se extendió esa carta de bautismo a favor de un infortunio, procediéndose luego a devolver las armas y los uniformes a los baúles trasbordados a la chata recién llegada. También se agregaron algunas provisiones y un tonel de agua, pues existía la intención de seguir a su bordo hasta las islas del Paraná para salvar de una segura confiscación a los pocos elementos de guerra poseídos. Abordo ya de la chata los asaltantes, se permitió continuar su interrumpido viaje al vapor apresado que nada tardó en alejarse. Pero antes de hacerlo así los pasajeros reunidos sobre la cubierta tuvieron una coreada manifestación de simpatía afectuosa para aquel puñado de dignos ciudadanos. Atracada la chata de refugio al *Venus* se estaba realizando en éste tarea de trasbordo idéntica a la realizada en el *Montevideo*, cuando vino a disipar todos los desalientos la aparición de una barca, repleta de gente, en el movible escenario que ya iluminaban las primeras luces de la mañana. Allí venían los esperados compañeros. Puestos al habla, todos se convencieron de que las circunstancias en vez de mejorar adquirían sombras, pues faltaban, sin saberse cómo, las armas, las municiones y el jefe. Antes de inquirir el porqué de esta contrariedad abrumadora, reseñemos las dificultades corridas por el núcleo de cruzados recién venido.

En la mañana del 12 se ordenó a los voluntarios de las fuerzas de Smith y Brito que se dirigieran por tranvía y en grupos de a cuatro, o menos, a las estaciones ferrocarrileras de Retiro, Recoleta y Palermo, de donde seguirían viaje por distintos turnos a Punta Chica que es la última parada antes del pueblo de San Isidro, línea al Rosario. Esta operación preliminar, iniciada a las cinco de la tarde, estaba concluída a las diez de la noche. A esa hora quedaba reconstituída con la mayor felicidad la resuelta falange y a la espera de las embarcaciones que la conducirían a bordo de los buques de la carrera en el supuesto de haber sido ellos tomados, como se conviniera.

Aprovechando el servicio de cuatro botes, se efectúa el trasbordo al patacho *La Paloma Africana* cuya misión consistía en dirigirse con su hermosa carga hasta Punta Chica, paraje intermediario en la ruta de Buenos Aires a Martín García, para depositarla en los vapores *Venus* y *Montevideo.*

Esta operación fué larga y hasta penosa, pues debido a la gran bajante era imposible acercar las pequeñas embarcaciones a la costa, debiendo en consecuencia internarse los muchachos en el río y por mucho trecho con el agua hasta la rodilla. Pudo parecer maniobra de contrabandistas aquella escena desarrollada en las soledades de la ribera a altas horas de la noche y bajo las caricias pálidas de la iluminación lunar. Presidiendo ese nuevo acto del drama revolucionario estaba allí, también pasando molestias, el patriota doctor Golfarini, mientras el comandante Smith se adelantaba en el remolcador *Angelo* y acompañado por Luis Rossi, o sea el famoso *Lungo,* para vigilar el movimiento de dos lanchas, cargada de carbón la una y con las armas y equipos la otra.

A pesar de los consiguientes apuros recién a la una de la mañana quedaron todos embarcados. Entre jefes, oficiales y soldados eran 460 los compañeros. Allí figuraban el comandante Brito, sargento mayor Agustín Sierra y Sierra, capitanes Lauro V. Rodríguez, Anacleto Núñez, Juan A. D'Espaux, Pastor Menéndez,

ya muerto, el agrimensor Carmelo Cabrera, salido del ejército quince días atrás y Tomás Rodríguez Rutter, uno de los asaltantes de la *Artigas*. Alrededor de ellos bullía una legión de jóvenes entusiastas llenos de sanas ilusiones.

El patacho marcha a remolque del vaporcito *Don Carlos*, dirigido por los prácticos Manuel Romero, herido del Quebracho, y Nicolás Gallero. A ellos está confiada la dirección marina de la cruzada.

LA CAUSA DEL FRACASO

A las cuatro de la mañana se avista en el paraje conocido — Punta Chica — a uno de los vapores. Este descubrimiento venturoso provoca un estallido de fugaz contento, pues, ¿cómo se explica la ausencia del otro buque esperado? Confundidos los personales de ambas expediciones se abre el capítulo de las preguntas mutuas, pero nadie halla respuesta a esta oprimente interrogación: — ¿y el armamento dónde está? Unidos los dos grupos y a pesar del alejamiento del *Montevideo*, que carece de mayor importancia, pues el *Venus* tiene cómoda y segura capacidad, se vuelve a esperar a los ausentes. En vista de venirse ya el día y de imponerse cuanto antes una resolución definitiva, el mayor Navarro convocó a una asamblea de jefes y capitanes, efectuada inmediatamente en un saloncito del vapor. Ella resolvería. El señor Carmelo Cabrera tuvo un asiento en aquel importante cónclave. Explicado por el mayor Navarro lo precario de aquella situación, llena de mortales indecisiones, púsose en debate este punto capital: ¿qué era dado hacer? Por lo pronto dijo en conjunto el mismo, que vencido con mucho el plazo de la cita, ignorado el paradero del jefe, también el de las armas, y anclados a la vista de Buenos Aires siendo tan de día, consideraba perdida la empresa. Siguióle en el uso de la palabra el señor Cabrera, hombre de excelente consejo en la materia, quien declaró que, aun aceptando los evidentes contrastes sufridos, creía

fácil proseguir la jornada. Todo era preferible a este fracaso inicial.

Por lo demás, con los setenta fusiles y la correspondiente munición existente a bordo, — según venía de informarlo el señor Navarro, — había elementos para correr la aventura encastillados en el *Venus*, que es una verdadera fortaleza de mar al lado de los pobres buques de guerra gubernistas. De cualquier manera era necesario resolver algo. Prestó su apoyo a estos enérgicos conceptos el comandante José Brito, agregando que, a su juicio, todo resultaría mejor que una extraña disolución a la vista de la ciudad porteña después de tantos preparativos. Esas fueron las dos solas opiniones discordantes. Contestando a los comentarios y moción del señor Cabrera dijo el mayor Sierra que a seguirse adelante en forma tan irregular él protestaba por creer más que imprudencia el hecho de lanzar 400 hombres desarmados a una travesía incierta, sospechada y hasta probablemente ya conocida por el gobierno de Montevideo. Hizo suyas estas manifestaciones el capitán Lauro V. Rodríguez agregando que, sin abandonar el punto, él proponía se esperaran las armas y las noticias orientadoras que forzosamente vendrían a desvanecer esas justísimas cavilaciones. En el mismo orden de ideas se expresó el capitán Anacleto Núñez, tomándose por fin la resolución de permanecer allí en franca expectativa. Al cerrar estas referencias abriremos humilde juicio sobre ese importante acuerdo.

Tales sucesos ocurrían a las siete de la mañana. A las diez, siempre a oscuras de informes, se avista al vapor *Olimpo* que bajaba del Paraguay con rumbo a Buenos Aires. Por medio de señales semafóricas se le ordena detenerse a fin de efectuar el trasbordo de los pasajeros del *Venus* y quedar hábiles para cualquier eventualidad. Estando en este correcto desempeño avanza un vaporcito que resultó ser el *Victorina R*, gemelo del inolvidable *Ernestina R*. A su bordo viene un ayudante de la Prefectura Marítima quien, como primera providencia, prende al mayor Sierra y

Sierra. Inmediatamente —doce del día — llegan el aviso *Gaviota* y varios remolcadores, entre ellos el *Carlota R.* que trae gente de la Capitanía armada, en previsión de cualquier emergencia. Pero ese aparato está de sobra. ¿Qué pueden intentar aquellos desdichados compañeros? A nombre pues de las leyes argentinas el señor García, Prefecto General de Puertos, intimó órden de prisión a todos los expedicionarios. Rigurosamente escoltado viró entonces el *Venus* hacia la Dársena atracando a las cuatro de la tarde al ponton Rosetti. Al día siguiente los presos fueron trasladados al hospital flotante *Rodolfo del Viso,* y de allí a la isla Demarchi.

Todavía falta por atar el cabo principal. Referimos al comandante Smith cuya ausencia inexplicable tantos conflictos produjo. Al iniciarse en Punta Chica el embarque de los expedicionarios aquel jefe, según lo hemos indicado, había salido a bordo del *Angelo* para apresurar la remisión de las armas.

Lo acompañaba su ayudante el capitán Ramón Vázquez Varela. Como ocurriera que por la extraordinaria bajante de esa fecha varara la chata que conducía los pertrechos, se fué la mañana en inútiles ensayos para moverla de su lecho fangoso. Ahí queda esclarecido el motivo por el cual llegó a no cumplirse cabalmente lo acordado. Comprendiendo fracasada la empresa se preocupó el comandante Smith de hacer esconder sus elementos de guerra, lo que se consiguió, tomando en seguida mar afuera para incorporarse a la tropa y ser prendido junto con ella; pero antes de alcanzarla fué detenido por un vaporcito de la Prefectura y confinado a la misma oficina.

Quince días justos permanecieron presos los asaltantes, cuya defensa ante la autoridad federal estuvo a cargo de los dignos doctores Manuel Carlés, Gonzalo Ramírez Chain y Mariano De María (hijo). Probado que el asalto de los vapores se había realizado en aguas neutrales, también el carácter genuinamente político de la violencia ejercida, y no habiendo corrido sangre alguna en el desarrollo del suceso, se hizo lugar a la libertad absoluta de los

subalternos y bajo fianza de sus jefes. Nada más de interés histórico puede agregarse a la precedente exposición.

En esencia, el fracaso de lo proyectado el 12 de junio se debió a una causa superior a la voluntad de los hombres. La no imaginada bajante del río, que en las circunstancias conocidas produjo el varamento de la chata a cuyo bordo estaban las armas, fué origen único de los sucesivos contratiempos. Pocas veces un motivo más fortuito ocasionará mayores perjuicios. Sin embargo y a pesar del carácter complejo de la empresa, cuyo éxito dependía de cuatro o cinco aciertos concurrentes, es indudable que mucho se hizo y se hubiera obtenido un resultado completo a no mediar la mencionada fatalidad. Hay que haber palpado las dificultades de toda clase con que tropiezan los conspiradores en el extranjero para comprender la importancia de los empeños realizados. Huéspedes en una metrópoli populosa, fiscalizados hasta lo increíble en sus actos y exhaustos de recursos, varios centenares de hombres aceptan para cumplirla la consigna impartida de ocupar su puesto de combate, y a hora determinada de la noche, burlando mil factores adversos aliados, ellos llegan a la cita. Sin embargo, pensamos que una vez iniciada la empresa pudo hacerse algo más, para terminarla con gloria, en el peor de los casos.

Por eso nos parece oportuna, diremos más, obligadamente aceptable, la moción que presentó en el consejo de oficiales el agrimensor Cabrera apoyado por el comandante Brito. Ya está dicho que ellos sostuvieron la posibilidad de proseguir la jornada de cualquier manera. No faltaba fundamento lógico a esa fórmula más temeraria de apariencia que de fondo. El *Venus* es de marcha mucho más rápida que cualquier barco de la escuadrilla y su mole no admite paralelo con la de ellos. Ahora bien, si al remontar el Uruguay se tropezaba con las cañoneras y siendo difícil esquivarlas, existía la inmensa ventaja de poder echarlas a pique de un golpe de proa. Y adjudico sin vacilar a ellas la peor parte, dada la diferencia de las masas. De la eficacia de la artillería enemiga ni vale la pena hablar

porque, esa ofensiva fué siempre ridícula. En el Hervidero se tiraron docenas de balas de cañón a la estancia de Amaro, inmenso edificio pintado de blanco y situado en condición dominante, y ninguna dió en el punto de tiro. Por lo demás, aun sabiendo que el fin de la empresa era de sombras, nada costó salir hacia el estuario en observación y a la espera de noticias ilustrativas. Al suscribirse el Acta confirmatoria del desastre, se ignoraba el curso preciso de los acontecimientos. Sean las que fueren las opiniones sustentadas en este punto de debate, es evidente que el esfuerzo patriótico del 12 de junio constituye un recuerdo de honor y salva el nombre de los emigrados.

Ahora, confesamos con nuestra acostumbrada franqueza, que cuando estando en el ejército conocimos el fracaso de Punta Chica, experimentamos por lo menos tanta satisfacción como pesadumbre.

Fácilmente se explica el secreto de esa sencilla contradición. Por una parte, apreciando el interés revolucionario superior a consideraciones generales, debimos deplorar aquel contraste que nos privaba de un contingente nutrido de hombres y, lo que es más, de un socorro importantísimo de armas, municiones y otros pertrechos; pero por otra parte, encarando la cuestión bajo faz menos helada, comprendimos que era fortuna alejar de contingencias temibles y estériles, en el concepto militar, a los representantes más distinguidos, social e intelectualmente de una generación condenada a pugnar en los terrenos de la violencia por beneficios institucionales que nunca llegan.

No inclinan nuestro criterio a éstas expansiones tranquilas razones de reflejo sangriento, a las que tienen que habituarse sin miedo los que aceptan pendiente una deuda de sacrificio con la patria, que son todos los orientales bien inspirados sin distingos excluyentes de divisa. Y no pueden asaltarnos al escribir así preocupaciones de clase que repudiamos, porque en el campo igualitario de las amarguras y del deber hay puesto vacante para todos, estando sometidos los ricos y los pobres, los inteligentes y los torpes,

a la misma tiranía de la obligación cívica. No lamentamos con mucha intensidad la ausencia de los expedicionarios del *Venus* sencillamente porque dada la imperfección corriente de recursos no cabía paralelo entre el tamaño del sacrificio y sus resultados. Además, lo que la revolución necesitaba eran armas mucho antes que hombres. De los 1400 voluntarios acampados frente al Uruguay, una tercera parte iban sin armas. Entonces lo práctico, lo beneficioso, lo procedente, fué remitir al ejército los fusiles prontos, operación ésta fácil de realizar, autorizando a los que desearan incorporarse a intentarlo así por esa frontera del Brasil dos veces recorrida. De tal manera se evitaran estériles ensayos, habría quedado fortalecida la columna ciudadana y cada cual hubiera gozado a capricho de su libertad de acción.

Pero supongamos incorporados con felicidad a los expedicionarios de Punta Chica. En el primer combate, probablemente en Aceguá, la falange revolucionaria, engrosada por elementos descansados, destinara y con justicia a los recién venidos a la vanguardia en el peligro, como se hizo siempre con los nuevos. Respondiendo a la confianza depositada, esos compañeros habrían marchado impávidos a la pelea, es decir a la muerte, para dejar escritas con sangre bravuras y nada más. Para insistir sobre el acierto de estas consideraciones recordaremos que el puñado de subalternos del coronel Imas, empezando por su jefe, sufrió dolorosas mutilaciones el 8 de julio, sin fundar ningún éxito decisivo. Por lo tanto, si el triunfo revolucionario era imposible a causa de la escasez absoluta de elementos, y nada más que por eso, ¿a qué aumentar el número de víctimas estériles y vestir de luto los más preciados altares de la república? ¿A qué empeñarse en inmolar a una juventud que luego serviría y que servirá más eficazmente en las futuras jornadas de la labor pacífica o de sangre si nuestro destino infiel así lo quiere? ¿A qué conmover las entrañas mismas de nuestra sociabilidad con el holocausto de una generación que en el calendario de la política llena promisoria, con alientos de

porvenir el abril de la patria? Resumiendo, ya que la suerte quiso estorbarlo, fué una felicidad que no se consumara el intento del 12 de junio que cumplido a la perfección sólo pudo rendir a la causa revolucionaria nuevos blasones de pureza y valiosas adhesiones, pero nunca una alianza irresistible en sentido de la victoria. En ciertas circunstancias, cuando todo falta, un poco es nada.

PASAJE DEL CORONEL IMAS

Otra vez estamos en el ejército. Permanecemos la noche del 12 frente al Hervidero y bajo lluvia, mientras nuestras partidas de vanguardia de la 4ª división llegan hasta Chapicuy en cumplimiento de su tarea investigadora. Al oscurecer ha llegado un nuevo chasque advirtiendo que el coronel Nicolás Imas pasará de un momento a otro, con un grupo de compañeros, a la altura de San Antonio. Entonces se ordena al capitán Maldonado, de reputación militar hecha, que incorporado a la división del coronel González avance hacia el punto referido a fin de proteger el anunciado desembarco. Al mismo tiempo sale la gente de Florida para relevar a este último en el gracioso asedio del Salto.

El 13 contramarchamos hacia el norte. Como llegaran avisos de que Villar había vadeado el Daymán hacia el sur para empeñarse en nuestra persecución, se cruza de nuevo ese río por el paso de las Piedras para hacer un aparatoso desfile frente a los gubernistas encastillados en la ciudad con sus cañones y con sus ametralladoras, con sus batallones y con sus escandalosas timideces. Después de este despliegue de subido efecto y luego de traslomar unas alturas que ocultan al ejército de miradas indiscretas, se acampa antes de ponerse el sol con el propósito, que conocemos, de marchar una vez entrada la noche. El Coronel aprovecha esos instantes de reposo que su herida sin embargo no acepta, para preparar la protesta formal que va en seguida con motivo de la invasión

reprochable de aguas neutrales por la cañonera *Suárez*. Dice así ese sustancioso documento:

«El día 11 del mes corriente nuestras guerrillas tendidas sobre la costa del río Uruguay batieron con fuegos de fusilería las cubiertas de dos buques de guerra enemigos que pretendieron forzar el paso de Hervidero.

Uno de los barcos retrocedió, y el otro, la cañonera *Suárez*, situándose en aguas argentinas, abrió sobre nuestros soldados el fuego de sus cañones.

A haberse mantenido la *Suárez* en aguas orientales, quedaban equilibradas las condiciones del combate, porque las balas de nuestros rémingtons, disparadas a menos de 150 metros, perforaban fácilmente el encastillado y demás obras ligeras de cubierta.

Para sustraerse al peligro y combatir impunemente a la distancia, el jefe del buque no vaciló en colocarse en aguas de jurisdicción extranjera.

Hemos peleado siempre con lealtad al enemigo, observando en la guerra una conducta ajustada a las reglas que la rigen entre las naciones civilizadas.

Tenemos, por consiguiente, el derecho de protestar y protestamos ante la opinión pública sudamericana del hecho inaudito y aleve a que hacemos mención, perpetrado por fuerzas regulares al servicio del gobierno de Montevideo.

San Antonio, departamento del Salto, junio 13 de 1897.

Aparicio Saravia. — Diego Lamas.»

El vecino Teófilo Carballo, comisario de Laureles, que como dijimos, ha caído prisionero estando en armas, es puesto en absoluta libertad. Este buen hombre que fuera huésped obligado de los nacionalistas durante cuatro días, vertió lágrimas de gratitud al despedirse de nuestros jefes que no habían tenido para él ni la sombra de un reproche.

El señor Moll, rico correligionario del Salto, visita el campamento como mensajero de bondadosas simpatías. Por él sabemos que las damas nacionalistas del Salto esperan con flores la entrada de los nuestros. ¡Gentil anhelo que nunca se ha pensado motivar!

A la caída de la noche prosíguese la jornada con rumbo recto al norte. Bien montados, en condición liviana, y por exigirlo la seguridad del ejército, que está jugueteando a las barbas del enemigo, caminamos sin descansar hasta las once del siguiente día.

Se acampa en Itapeby Grande para caer doblados por el sueño.

Esa misma tarde se agrega el benemérito coronel Imas al mando de 87 soldados. La hermosa presencia de aquel jefe, a quien recién conocimos, predisponía en su favor.

Así se realizó su pasaje. La protección enviada desde el ejército amaneció el 13 en la costa del arroyito San Antonio que desagua en el Uruguay. Hacia la costa de éste avanzan los revolucionarios destacando el coronel González en servicio de exploración al infatigable Maldonado. Al llegar al paso de Martín José, en San Antonio, se tirotea éste con gente mandada por un tal Reyna que emprende luego retirada. Cumpliendo su misión Maldonado revisó los montes del Uruguay hasta el Ayuí sin encontrar el menor indicio de agitaciones amigas.

¿Será esta como las demás incorporaciones?

El nombre del coronel Imas borraba toda duda en semejante sentido. Comunicado al jefe de la 7ª el resultado de la investigación y llenado su cometido se dispone éste a replegarse cuanto antes al ejército, pues se corre el peligro de quedar cortados del mismo por la vanguardia de Villar que se sabe cercana. Pero a último momento avisa un vecino que de aquel lado del río, sobre la barra del Ayuí, ha divisado varias carretas que se mueven. Aquel informe trae un destello de esperanza que Maldonado trasmite a su jefe indicándole la alta conveniencia que había en postergar la retirada hasta el amanecer. Con el presentimiento de lo que ha de ocurrir avanza Maldonado hasta la costa. A todo esto

y por orden del coronel González ansioso de romper tan crueles expectativas, el clarín toca una diana que en seguida se contesta desde costa argentina. No cabe duda: allí enfrente, sobre la orilla de las aguas, están los amigos esperados. Para adquirir plena prueba siempre, Maldonado cruza en bote el río. Reconocido por algunos de los que vienen retorna a comunicar la grata nueva a su jefe, mientras el pasaje se inicia aunque con bastante dificultad, pues sólo hay para el efecto dos pequeñas embarcaciones.

Aquella escena, denunciada a las soledades por las claridades de una espléndida luna, terminó a las dos de la mañana. Inmediatamente montan todos a caballo y caminan con pequeños intervalos hasta las cinco de la tarde, hora en que se fusionan a la masa andariega. En el trayecto se ha tenido la precaución de volar varias alcantarillas del ferrocarril Nordeste.

Digamos ahora cuatro palabras sobre el carácter y origen de la expedición Imas. Bajo el comando de este pundonoroso veterano habíase constituído un lindo plantel de infantería en el departamento de Mocoretá, provincia de Corrientes. En las lejanías de montes y esteros, huyendo siempre de las persecuciones diabólicas de los instrumentos de Borda en Buenos Aires — Tajes y Frías — se agruparon para invadir algunos dispersos de la desmantelada columna bonaerense, algunos de la expedición Mongrell — culpablemente perdida — y otros que eran voluntarios recalcitrantes del deber. Como segundo jefe aparecía un joven militar y ciudadano argentino de apellido Dellepiane, dueño de cierto renombre que los hechos posteriores no ratificaron. Además recordamos a Lúcas Píriz (hijo), Bernardo García, Pedro W. Bermúdez, Alejandro Berro, Leandro López, Pedro Pereira, Aureliano Berro, Arturo Martínez, José Avellanal, José Llupes, Labeque, Jorge Laurence, José Uribe, Bernardo Rospide, Felisardo García, y muchos otros. Vino a poner término a las justas impaciencias de estos congregados la noticia de la aproximación de Saravia y Lamas a la costa oriental del río Uruguay.

Ese acercamiento prometía una pronta actividad.

Así fué. El 10 emprende marcha hacia el sur la columnita posesionándose, por favor de hábil estratagema, de un tren de ganado pedido por telégrafo a Concordia. Detenido a la altura de Mocoretá se le aprovecha, obligando a su maquinista a retroceder.

Como al llegar a Federación se averigua que en la parada inmediata hay fuerzas nacionales a la espera de los revolucionarios y con orden de disolverlos, resuelve el coronel Imas esquivar ese peligro prosiguiendo viaje en el convoy hasta Gualeguaycito. Desde allí se despidió al tren siguiendo a pie y con rumbo a la frontera de la patria los futuros invasores. Ya se ha oído el eco de lejanos tiros que enardece todavía más el espíritu de los animosos compañeros. En la misma barra del Ayuí, en su confluencia con el Uruguay, en el mismo sitio donde plantara en otrora su bandera de redención el gran Artigas, acamparon ellos a la expectativa. A explorar la costa de la patria sale una guerrilla que después de cruzar el río con toda suerte empieza a recoger caballos. Pero un grupo enemigo interrumpe esta importante tarea obligando a los invasores a abandonar precipitadamente el suelo querido. Averiguado con relativa exactitud el paradero del ejército, envía el coronel Imas al teniente Durante con las comunicaciones del caso. Seguramente en ellas solicitaba la protección que se le facilitó, para efectuar su desembarco con la conveniente eficacia. Antes de cumplir el delirante ensueño se correrían nuevas contrariedades. Esa noche se informa al jefe expedicionario de que el regimiento 10º de caballería argentina se ha movido con dirección al Ayuí para disolver su gente; entonces avanza a pie y por la costa hasta Concordia, pudiendo ocultarse en un barranco con todos sus soldados. Pocas horas más tarde, ya apartado el centésimo escollo, retorna en carreta al Ayuí donde se aguarda de nuevo con el oído alerta a los rumores confusos que llegan desde allá con arrullos de caricia. El corazón nunca engaña: al rato un toque contestado de clarín hiende los aires y baten el curso dormido los remos de la embarcación que conduce a Maldonado. Lo demás ya está dicho.

EL GRAN EJERCITO BURLADO

En la tarde del 14 nos ponemos otra vez en tranquilo movimiento. Se camina toda la noche. Una comisión despachada bajo el mando del comandante Dellepiane, con orden de volar el puente del ferrocarril sobre el paso de la Laguna del Arapey, vuelve al amanecer sin haber dado estricto cumplimiento a sus instrucciones.

Poco antes de medio día acampamos sobre la margen norte de ese río que hemos vadeado por el paso de Las Piedras. El Arapey, que viene creciendo, ofrece a esa altura respetable ancho y trae todo el caudal de un torrente.

Con la marcha terminada quedamos a veinte leguas de la ciudad del Salto y se pone punto final a una cruzada estratégica de brillante vuelo cuyo honor dividen los dos jefes Saravia y Lamas, silenciosos y siempre de acuerdo en sus resoluciones.

En efecto, mientras que con el atrevido despliegue del 13 frente al Salto, se impresiona a los batallones sitiados que hasta el siguiente día no salen por temor a una sorpresa, con el meditado movimiento de esa noche, en dirección ignorada para el enemigo porque se hizo en las tinieblas, se dejó burlado al general Villar que esperando embolsar a los nacionalistas, tal vez entre el río Negro y el Uruguay, avanzaba tras ellos haciendo gala del famoso apuro de las tropas gubernistas. Nada más desairado podía ocurrirle al jefe del Ejército del Norte. Y, por si acaso, la prudente distancia interpuesta no hubiera bastado, se colocaba entre medio, a fuer de muralla infranqueable, al encajonado río Arapey.

Realizada con éxito completo esta faz del plan militar queda íntegra la hermosa página de labor revolucionaria escrita en las costas del Uruguay. Nunca fué más audaz y más afortunada la evolución de un ejército ciudadano dentro del país; pero también yo no sé si alguna vez pudo ser más insignificante la conducta de

batallones enteros de infantería de línea. Véase una prueba digna de recordarse porque su sola enunciación abona nuestros asertos. El día 12 de junio, los revolucionarios — menos de 1.400 hombres — dominaban una extensión longitudinal de territorio de diez leguas, ponían sitio al Salto, peleaban a la escuadrilla en el Hervidero y preparaban el desembarco del coronel Imas arriba de San Antonio; mientras 1.500 hombres gubernistas, amontonados en aquélla, sufrían hasta necesidades por no animarse a salir en busca de ganado.

Pero la adulteración oficial ha querido labrar mentiras hasta alrededor de estos sucesos de controlada notoriedad. Así, el inepto agente diplomático en la Argentina, don Máximo Tajes, telegrafiaba lo siguiente a su gobierno:

«Buenos Aires, junio 9 de 1897. — Al señor Ministro de Relaciones Exteriores. — Montevideo. — Oficial. — He recibido del señor Emilio E. Thevenet el siguiente telegrama, fechado en Concordia hoy a las cuatro p. m.:

«Saravia y Lamas amanecieron ayer sobre extramuros de esta ciudad, Córdoba les hizo tirotear, *obligándolos a retirarse.* — Más tarde acantonó parte de la guarnición y colocó el resto en avanzadas estratégicas con artillería y ametralladoras.

La noche pasó sin novedad. Hay descubiertas tiroteándose con revolucionarios, *siendo éstas envueltas y derrotadas.* — Artillería hízoles varios disparos de cañón, *abriéndoles grandes claros.* — El entusiasmo de la guarnición es inmenso. — Ciudadanos acuden a la Jefatura pidiendo armas. — Suyo. — *Emilio Thevenet.*»

Saluda a V. E. atentamente. — *General Máximo Tajes.*»

¡Pobrísimo recurso esas burdas mistificaciones!

Lo ocurrido en el Salto es tan vergonzoso como lo de Cuñapirú. Desde Montevideo se envían por tren expreso a aquella ciudad tropas aguerridas, con orden de hostilizar al enemigo, y ellas creen cumplir su mandato permaneciendo apelmazadas en las calles, mientras el adversario, aprovechando de tan inauditas flaquezas, se

enseñorea de los suburbios de la primera capital departamental. Suponemos que el sofisma esgrimido para disimular esas vergüenzas no dirá ahora también que fué el señor Idiarte Borda el culpable de aquella comprometedora inercia ofensiva. No se peleó en el Salto simplemente porque no hubo voluntad de hacerlo, pues ni el dominio advenedizo del Presidente alcanzaba hasta imponer desdoros a subalternos destacados a tanta distancia y confiados a su iniciativa propia, ni se quiso eso por el gobierno al enviar de prisa al Uruguay robustos cuerpos de línea.

Pasamos durmiendo todo el día 15. Desde temprano llueve. No pueden concebirse días más tristes en un campamento que esos, cuando el cielo poblado de nubes grises sólo sabe llorar sus penas sobre el rostro entristecido de la tierra. Entonces sí que se sienten las nostalgias intensas que avasallan y marchitan; entonces sí que surge fascinadora la memoria querida del hogar abandonado, de dichas que tal vez no volverán, de cariños y de efusiones sin precio ni posible paralelo. Todos somos hijos del rigor. Ni los líricos, ni los escépticos sabemos valorar ciertos amores, que hacen pintoresco el paisaje de la vida, mientras gozamos de ellos y la superabundancia refinada de las ciudades nos brinda calor y agasajo aunque sea prestado.

Pero la privación, el contraste de sombras puesto a la luz, ¡cuántos útiles apercibimientos morales prepara y cuántos egoísmos humanos quebranta!

En campaña la lluvia se recibe con tan mala cara como un anuncio de pelea. Y a la verdad que aquella es un terrible enemigo que obliga a la lucha para vencer por la constancia silenciosa del ataque.

El agua empieza a caer y todos combinan esfuerzos para evitarla o recibir las menos de sus caricias. Cada soldado amontona sus *garras*, dispuestas de manera a no permitir el menor avance húmedo, y sobre ese trono improvisado de cojinillos, recado, maneadores y jergas, se sienta en actitud resignada, con las piernas enco-

gidas y teniendo las rodillas contra la barba, mientras el poncho patrio, extendido en forma de carpa, sin un pliegue que invite a las aguas a detenerse, ampara el conjunto. Esto hacen los favorecidos por la fortuna ¿y los desheredados, los infelices desprovistos de poncho, los centauros semidesnudos que se ven en las filas? Realmente que nunca supe como se conducían para presentar con ventaja batalla al tiempo. Sí recuerdo que cuando algún pensamiento negro trabajaba mi espíritu en aquellas circunstancias cansadoras, más de una vez recobré buen humor reflexionando que otros muchos, menos obligados que yo, menos fuertes y más desconocidos, soportaban contentos tantas calamidades que a pesar de ser muy duras jamás fatigaron tantas energías silvestres.

Hasta los caballos, achuchados de frío, se encogen derrotados sin atreverse a agachar la cabeza para recoger un pasto. Y a todo esto sigue lloviendo y vuela la mañana y pasa la tarde y se aproxima la noche. Tocamos aquí la parte más dura de la jornada. Cansada de absorber agua empieza la tierra a repelerla y entonces se forman los pequeños cauces y aparecen hilos traidores que dominan la situación avanzando por debajo del poncho para empapar las pilchas salvadas hasta ese momento del naufragio: la carona que hará de colchón, las jergas, que sustituyen a las sábanas blancas y limpias de la ciudad, el recado, que pondremos de almohada, y los deliciosos cojinillos que tanto defienden de la baja temperatura con sus cabellos lanudos. No queda otro recurso que poner cara satisfecha, a pesar de que ni se come, ni se duerme, ni se está contento. Ninguna impaciencia sostiene su soberbia frente a estas ironías anónimas, porque ahí no concluye el desastre: probablemente lloverá toda la noche.

Entonces llega un momento en que las energías defensivas se agotan y uno, dominado por rabias incontenibles, cesa en la resistencia y se echa a muerto. En ese instante se consuma el perjuicio. Las ropas ya húmedas se convierten en esponjas, dentro de cada bota se forma un charco, y para colmo de desdichas el poncho

protector ya ni sabe prestar un refugio. Este ataque empecinado, con coro de quejidos celestiales en cada trueno que el oído fastidiado recoge como el eco de burlonas carcajadas, no termina hasta obtenerse la rendición absoluta de la víctima. Ya sólo resta aguardar al nuevo día en la esperanza de que será mejor. Si no ocurre así, el martirio de indecibles crueldades continúa, pero si en cambio la naturaleza quiere ser buena y la lluvia escampa, y el telón sombrío se descorre, y el sol sale a la arena, entonces ¡qué derroche de alegrías, qué actividad infantil en la inmensa extensión del campamento, cuánta gratitud y cuánto buen deseo! Cada cual extiende sus prendas para volverlas a sus condiciones ordinarias de uso, la reacción es completa y las fisonomías ríen. Yo me creería inexorable si impusiera de pena al peor de mis enemigos, la obligación de vivir quince días en la frontera con agua a ratos y con frío siempre.

HILACHAS

A pesar del mal tiempo sale de vanguardia la 1ª división. Estamos muy inmediatos a la estancia del general Villar; cerca de los campos del mismo que nos busca. Posee el mencionado una rica estancia a la cual se puso guardia para garantirla. Mucho dinero, o muchos sudores, o muchas vigilias militares debe haber costado esa espléndida propiedad. Afortunado su dueño.

El 16 marchamos largo acampando próximos a la colonia Lavalleja que sólo tiene el nombre de tal. Ahora nuestro movimiento es de oeste a este como si buscáramos el rumbo a Rivera. Abrazados por los dos Arapeyes vamos cruzando sus tributarios que descienden tumultuosos por las vertientes de la cuchilla de aquel nombre. Acampamos precisamente en lo alto de ese lomo pintoresco que posee el secreto de la fertilidad de muchas campiñas. El agua ni siquiera acepta una breve suspensión de hostilidades y detenerse es imposible porque noticias precisas de última hora

comunican que desesperado el general Villar de alcanzarnos siguiendo nuestra huella, ha resuelto salirnos a la cruzada por las puntas del Arapey, haciendo al efecto un ángulo recto frente al Salto que queda abandonado a la izquierda. Crecidos los arroyos e infranqueables los flancos y la retaguardia, es necesario avanzar sin descanso para eludir trastornos.

El 18 lloviendo continuamos la jornada. Después de cruzar el Mata Perros, que corre hinchadísimo y rezongando altanerías, se acampa al costado de un cerco de piedra que empezamos a costear al amanecer y que todavía se hunde en lejanos valles, como una cinta de plata tirada a lo largo del camino. Vencido por tantos cansancios coaligados acepto la invitación que me hace el doctor Fleuris, gran compañero en estas excursiones, para dirigirnos en demanda de hospitalidad a una casa que se perfila a mucha distancia. Confieso que la perspectiva fascinante de dormir bajo techo, de comer y de secar las ropas que me hielan el cuerpo, puede más que el temor al castigo que nos ganaremos si somos descubiertos en esta jugada. A la hora de viaje llegamos a una desgraciada vivienda dibujada sobre el suelo con cuatro terrones y mezquinas brazadas de caña brava, sin un arbolito que reemplace al alero, con su sombra protectora en verano, cuando las tierras se calcinan y la naturaleza se ahoga. Encontramos a la dueña, una rechoncha brasileña, fabricando velas, por supuesto de sebo, mientras el esposo ayuda a su modo a la tarea doméstica tomando mate. Ocho o diez criaturas, ariscas como alimañas, que sólo saben traer agua del arroyo; ocho o diez futuros ciudadanos, ya más extranjeros que orientales, que no conocen ni conocerán jamás una letra porque aprenderlo roba tiempo a la haraganería, forman rueda alrededor de un miserable fogón que pide más leña por caridad. Nuestra llegada no perturba ese estado de apatía india. Pero como el dueño fuere tísico y saliera a relucir el título pomposo de mi compañero, se nos facilitó alguna comodidad mediante promesa de éste de hacer una cura radical en aquél. Entonces era

realmente gracioso ver al extenuado brasileño, hombre todavía joven pero de tez amarilla, colmando de amabilidades al futuro salvador que con un espiritual charlatanismo mantenía conmovido al enfermo. Hasta mí alcanzó una parte de esos beneficios inesperados. A la mañana siguiente ensillamos para reincorporarnos al ejército que se divisa a dos leguas, recogido contra la manguera de piedra. Al poner el pie en el estribo reitera el dueño de casa a mi amigo la solicitud del remedio prometido para recobrar la salud. El doctor Fleuris lo marea con una explicación hecha en serio y que a mí me invita a reír por el encaje de los adjetivos que la salpican, y concluye recetándole un cocimiento de no sé qué yerba. A los quince días de beber ese precioso líquido se habrán disipado todas las dolencias orgánicas. En el camino festejamos contentos las peripecias de esa noche que nos ha parecido de refinamientos a pesar de que el agua sigue cayendo.—¿Pero cuándo se desagotarán las celestes cuencas? A media tarde y otra vez calados por el agua hacemos campamento en la cuchilla de Belén.

Aquella era ya intolerable. Recordándolo me decía hace poco un querido compañero que nunca tuvo como entonces ímpetus de desertar. Ya estamos fuera de peligro y otra vez a la vanguardia de Villar quien queda atrás confuso y desorientado. Cada vez que estas cosas ocurrían pensábamos en la seguridad militar del país, de nuestro país, tan necesitado de buenas cabezas guerreras. La revolución del 97 ha puesto en la picota a los generales improvisados por los malos gobiernos, ha reducido las oscuras soberbias de cuartel y ha decretado el florecimiento de esa bienhechora Escuela Militar que es la garantía de la regeneración del ejército oriental en un futuro cercano.

Villar en estéril contramarcha ha vadeado los arroyos Arerunguá, Sopas, por el paso de la Laguna, Mataojo, por el paso de la Herrería, y Mataojo Pelado. A esta altura se cansa de perseguir, convencido tal vez de que para hacerlo tan mal mejor es

renunciar a ello, y se dirige a la costa del arroyo Laureles, afluente del Tacuarembó, para reponerse de las muchas fatigas soportadas, a pesar de estar el enemigo próximo y de exigir otra cosa su prestigio de soldado. En esa actitud inerte lo toma el tratado de paz de setiembre.

Con estas últimas noticias, que ciertamente no agregan lucimiento, termina la campaña del aparatoso Ejército del Norte y desaparece de la escena su alabado jefe. Cualquier espíritu desapasionado debe reconocer pobre y desairada la acción de tan importante núcleo de tropas que dispuso de elementos pletóricos para medir con eficacia sus fuerzas frente a los revolucionarios, y que después de cinco meses de campaña sólo ofrecía al gobierno la derrota campal de Tres Arboles y la derrota estratégica de Cerros Blancos, prendida a aquella con el broche de Guaviyú, y cerrando el todo la declaración de impotencia escrita sobre la costa de Laureles con un sedentarismo injustificable de dos meses que sólo interrumpiría la señal de disolución cuando la paz fué un hecho.

Estamos sobre la línea divisoria. Al caer la noche me corto solo con rumbo a un rancho inmediato.

Llego y lo encuentro ocupado por media docena de paisanos compañeros, pues nadie lo habita. Se me hace un espacio entre aquellos buenos camaradas y mientras afuera todo es agua, barro y frío, nosotros pasamos una de las veladas más reparadoras de la cruzada. En aquella pieza con piso de tierra e invadida por el humo que se despide de un improvisado fogón, se han reunido, por casualidad, soldados de distintas divisiones. Todos menos yo son hombres de campo; pero en tiempos duros, y creo que sólo entonces, la democracia es una verdad consagrada a cada instante, y por eso no me extraña encontrarme confundido como hermano entre aquellos ejemplares varoniles que me brindan cariñosos un mate. Ligados en ese íntimo consorcio nos repartimos casi dichosos un costillar obtenido después de muchos infructuosos empeños.

Aquellos inolvidables amigos reservaron el mejor pedazo para *el ayudante*, en su afán de brindar atenciones, que concedidas por un paisano siempre valen mucho al pueblero conocido en esa fraternidad sin dobleces de las filas. Deseoso de dejar a mis buenos compañeros en libertad de expresar con holgura sus pensamientos y queriendo recoger alguna reminiscencia netamente gaucha, para guardar en mi memoria una acuarelita nativa, acomodé en el suelo mis *garras* y después de taparme con el poncho patrio di un *¡hasta mañana!* general, como si me dispusiera a dormir de fe.

No sufría equivocación yo al esperar algo original de aquella abigarrada tertulia. Pronto tomó la palabra un paisanito simpático, de grandes ojos tristes, y parte por lucir sus antecedentes novelescos, parte por corresponder a la curiosidad de sus oyentes, empezó a contar sus aventuras, a largos trazos, como quien pinta al óleo.

El tenía nombre de pila, pero por haber salido muy diablo y lleno de recursos, lo habían bautizado sus relaciones con el sobrenombre de *Terutero*, pues esta popular ave de nuestros campos siempre pretende engañar al viajero llorando ansiedades falsas lejos del nido. Nuestro *Terutero* fué a quejarse tan lejos de su nido que un día, sin saber como, cayó por la frontera, por esa región desamparada y precisamente por ello poseedora de actractivos sin menguante para los gauchos vagabundos que allí, parados en la puerta del Estado Oriental, un rato, y otro en la trastienda del Brasil, se pasan los días y los meses despojándose al juego de taba de unos pocos reales que recorren todos los bolsillos sin encontrar reposo hasta que una puñalada a tiempo limpia la cancha en beneficio del afortunado banquero.

De todo eso que ya bosquejaba una leyenda, hacía *pa fuera* de cinco años. Por entonces se levanta en armas Gumersindo y *Terutero*, que no desmiente las tendencias levantiscas de la raza nuestra, lo acompaña en toda la guerra. ¡Qué manera de pelear! Si aquello fué una luz. De una soslayada estaban en Don Pedrito

y de otra se ponían en la línea. Una vez, cargando a lanza en aquellos encuentros atrevidos, el exponente había recibido en la cabeza un tajo que casi le vuelca el cuero de la frente sobre la carretilla. ¡Gracias a que un compañero probado entretuvo al contrario mientras el ofendido tenía tiempo de bolear la pierna y salvarse en aquel doradillo famoso de tal o cual estancia!

¡Ah Gumersindo! *Terutero* pronunciaba este hombre con la devoción de quien besa una reliquia, mientras sus oyentes lo escuchaban llenos de ávido interés interrumpiendo su relato con frases pintorescas.

Calmado el afán orgulloso, después de tallar a su gusto en las pasadas memorias, dijo aquel gauchito vivaracho, que Aparicio Saravia había aprendido sus habilidades guerrilleras junto al hermano caído. ¡Y miren que éste también es *toro!*

—Pues si vamos a eso, contestó un viejo llamado don Lino, veterano servicial de la división Florida, — el coronel Lamas tampoco es lerdo.

—Ya lo creo que no, agregó un tercero, perteneciente a los vencedores de Tres Arboles. También, compañeros, ese hombre tiene que saber mucho por *juerza.*

—¿Y por qué le gusta así, *aparcero,* mojó otro?

—Pues amigo, porque el pelo se cae de estudiar en la ciudad, durmiendo sobre los papeles y soñando con ellos.

El Coronel debe de ser muy leído porque es muy *pelao* de cabeza.

Entonces interviene *Terutero* y culmina aquel coro de espontáneas alabanzas diciendo:

—A mi me gusta ese coronel Lamas por lo *callao.* Es bravo como pellejo de carona; hasta capaz de cruzar el Uruguay braceando, y quien lo ve lo confunde con un *cajetilla* cualquiera.

—Ahí tiene amigo, interrumpe don Lino, así *mesmo* son los valientes de *lai;* para todo se hacen los chiquitos y cuando quien no los conoce los cree *pialaos* es porque se han *retirao,* pero como el carnero, *pa* topar más *juerte.* Además, este hombre es muy vivo.

No ven ustedes que hasta anda *enredao* con un tal Rocas de los argentinos.

—Es verdad, exclama el de Tres Arboles. A mí en la escolta me han hablado de ese negocio.

—Yo, concluye *Terutero,* con el *viejo* Aparicio, que tiene alma *pa voltiar* a pechazos una manguera, y con ese coronel Lamas, voy a donde me manden. Con hombres así y con la divisa en la banderola de la lanza yo cargo al mismo Presidente.

—¡Yo cómo no! contestan a un mismo tiempo dos de los interlocutores entusiasmados. Si nuestro partido es como el trigo, empieza uno, que cuanto más *pisotiao* sale más lindo; o como los toros recién marcados, agrega otro, más fieros cuanto más bravo es el fuego.

—*Pucha,* muchachos, dice con tono sentencioso uno de los paisanos, que hasta entonces estuviera callado escuchando sonriente las tiradas de los otros; miren, muchachos, yo les juro que de esta hecha nos vamos arriba. No es carrera siquiera y los enemigos ya no son como antes: ya ni pelear saben. Dejen no más que ni yo mismo que tengo las tabas frías, he de llegar a *dijunto* sin ver a los nuestros arriba.

Y ahora, *¡hasta mañana si Dios quiere!* continúa, que hace mucho frío y que el general, según oí decir en la división hoy, quiere marchar temprano para sacerles punta a los *caramuruces.*

¡Hasta mañana! replican todos, mientras *Terutero,* que lleva en su enorme sombrero blando una divisa con la siguiente graciosa inscripción: *porque soy hombre sin vicio yo pertenezco a los indios del general Aparicio,* tararea este versito gaucho que mi mente recuerda todavía.

La cinta blanca
La cinta blanca
Que a algunos no gusta,
A mí me encanta
La cinta blanca
La cinta blancaaaaa!

Cada cual se acomoda como mejor puede, no sin que antes alguno haya salido a dar un vistazo y cerciorarse de la proximidad de nuestros caballos, que atados a maneador corto están duros de frío, mientras la helada, *que se siente caer*, abrillanta el pelo encrespado de los animales y teje un sudario de muerte sobre la inmensidad de las comarcas dormidas. Los tizones sin atizar pierden su llama, la oscuridad se hace y bajo aquel techo pajizo pronto reina la calma.

Yo también me entrego al descanso, pero esa noche al recuerdo de los míos asocio un cariño para nuestros hermanos de la campaña, llenos de generosidad y de altivez. Al día siguiente repetí en nuestro fogón la conversación que escuchara horas antes y contraje conmigo mismo el compromiso de reflejarla alguna vez en páginas impresas, como joya silvestre, si el destino no tronchaba mis esperanzas. ¡Tan lejos estaba entonces de nuestro espíritu la posibilidad de volver al hogar!

EN CARPINTERIA

A pesar de que el 20 amanece sin lluvia permanecemos, sin correr ningún peligro, en el mismo campamento. El 21 proseguimos la jornada. A las aguas intermitentes ha sucedido un viento frío que corta. Nos detenemos ese día en la Cuchilla Negra, puntas de Tacuarembó Grande, para renovar al siguiente la marcha haciendo noche en las puntas de Tacuarembó Chico. Sale en comisión el teniente José María Cabrera acompañado por el comandante Segundo Martínez, ya muerto, y el capitán Palomeque. Lleva orden, que cumple, reincorporándose luego, de volar el puente ferroviario de Ataques. El 23 nos colocamos en las puntas de Cuñapirú, a una legua de Rivera donde figura como jefe del lugar el coronel Juan Francisco Mena a quien sigue un grupo de amigos.

Nada sabemos del enemigo. ¡Qué generales los adversarios!

Por segunda vez dejamos a Rivera a nuestra retaguardia. Allí también queda el comandante Dellepiane, quien, después de una campaña desteñida de dos semanas se vuelve a Buenos Aires por causa del frío. Un vértigo santo empuja a Saravia y a Lamas. En aquel poblado se agrega el doctor Arturo Lussich, tan merecidamente querido luego en el ejército. Nuestro primer campamento, fuera de los suburbios, se improvisa en el Cerro del Chapeu. Ahora llevamos en sentido inverso el camino seguido cuando las penurias del mes de mayo. A sus naturales arideces agrega la región que cruzamos la ausencia de todo recurso útil, pues, ya con anterioridad, los nuestros y los gubernistas se han encargado de limpiar el trayecto de caballos y leña. Además, siendo la línea una Calabria, como la calificaba con mucho acierto el coronel Lamas, desconocido en sus inmediaciones y por ambos lados, el respeto a la propiedad, dominando los contrabandistas como únicos señores, no extraña la negra reputación de que gozan los pagos fronterizos. ¿Qué no serán ellos cuando mismo ahora, en tiempo de afirmada paz, se asesina allí en pleno día a los inspectores aduaneros? Una particularidad del comercio, esparcido como una vegetación tísica a lo largo de la divisoria, consiste en el hecho de que cada pulpería brasileña, sea lo que fuere su estrechez, tiene sucursales igualmente desairadas establecidas en territorio oriental y vice-versa.

Mientras el sol alumbra la tierra invitando al trabajo reproductivo no hacen una sola transacción esas casas dobles, pero cuando las sombras prestan un fácil antifaz, cuentan las crónicas locales, que los tarros de dulce de coco, guayaba y *abacashy* emigran en montones de allá para acá, y con ellos ruedan, para no dejarlos solos, barricas de buena mercadería extranjera. Hay en la línea rasgos de una sociabilidad singular, más fuerte en sus hábitos poco escrupulosos y en sus trapisondas burlonas que todos los aranceles y todas las fiscalizaciones aduaneras.

El 25 acampamos en el Marco de Itacuatia, en las puntas de Corrales el 26, y el 27 sobre el paso del Hospital. A lo lejos divi-

samos los Cerros Blancos que se empinan altaneros sirviendo ya de mojón a una gloria ciudadana. Ese día retorna la 1ª división y parte de la 7ª, mandada por el comandante Cayetano Gutiérrez, que han salido la víspera para batir al comandante gubernista Lisardo Calleros, sujeto de oscuros antecedentes que envalentonado con su impunidad se complacía en cometer atentados de toda clase entre aquel vecindario. Calleros con su escuadrón sumaba unos cien hombres que se replegaron dócilmente al sentir la aproximación de los nuestros. El cacique consentido de otras épocas, que hiciera de su rebenque vara de justicia en el departamento de Florida, juzgó prudente abandonar el campo terminando su fuga en el paso de los Novillos del Tacuarembó.

Desde ese punto gira a Borda un parte ridículo sobre un fantástico combate que titula, muy suelto de cuerpo, acción del Cerro Chato, recomendándole en seguida a todas sus hechuras.

Y sin embargo, ¡ni siquiera había esperado a los revolucionarios!

Ya vamos saliendo de las zonas insalubres. De cualquier modo, las caballadas se han perdido en parte y en parte se han inutilizado. También es cierto que a pesar de las órdenes severísimas impartidas al respecto no falta quien venda animales a los vecinos de la línea, tan codiciosos de caballos como de dinero. Y esta falta tenía sus obligadas atenuaciones. Recuerdo que cierta vez en la marcha quedamos rezagados algunos oficiales. En esas circunstancias cierto compañero sorprende a un soldado que estaba cerrando trato de venta. El caballo que traía de tiro era el objeto del negocio. Entonces increpó duramente su conducta al subalterno que contestó:

—Mi teniente, hágame castigar si lo desea, pero cómo quiere que uno no venda lo que tiene a mano cuando estamos desnudos y nos morimos de frío? Yo no solicito dinero por ese caballo que he amansado; lo único que pido en cambio es un poncho para cubrirme las carnes ya que los jefes nada nos pueden dar.

Este esclarecimiento tan verdadero y tan sentido impresionó a los oyentes y al interpelante que bajó la cabeza, agobiado por esa lógica inapelable de la necesidad, apartándose luego como si nada hubiese visto.

¡Nadie que no haya estado en filas desamparadas sabe lo mucho que se sufre en tiempo de guerra!

El coronel Mena permanece posesionado de Rivera. Allí estuvo hasta el fin de la campaña. Debido a una orden mal interpretada, queda muy a retaguardia el comandante Julio Barrios, quien ya no podrá volverse a incorporar. Sin embargo él con su escuadroncito todavía colabora brillantemente, dando el combate de Sepulturas que luego conoceremos.

El 28 acampamos frente al paso de Carpintería. A nuestra vista corre turbulento ese río Negro engañador que ahora en sus arranques ofrece un caudal de dos cuadras de ancho y que en verano, antes de Tres Arboles, hemos vadeado a volapié, por Navarro, cerca de su desembocadura. A ningún criterio escapa que los jefes tienen el propósito de pasar al sur.

¡Qué suerte! El espectro de las miserias pasadas frente a la línea estremece nuestra memoria. El enemigo más inmediato ahora es el tránsfuga Justino Muniz, que se aproxima por Aceguá.

Ya más de una vez hemos insistido sobre las dificultades que existen para vadear el río Negro en invierno cuando todas las vertientes le allegan su cuota tributaria. Esas contrariedades adquieren carácter incontrastable mediando la vigilancia celosa del adversario sobre los puntos vulnerables de la muralla líquida. Previendo ese grave perjuicio, Saravia, desde mucho antes había impartido orden por chasque al coronel Nicasio Trías de ocupar por el sur el paso de Carpintería para defenderlo contra cualquier avance gubernista y proteger el descolgamiento nuestro.

Para explicar esta inesperada reaparición en la escena del octogenario Trías, recordaremos que herido en la batalla del Arbolito, él había pasado con otros compañeros al hospital de la

revolución, improvisado Brasil adentro, en Cuchilla Seca. Allí tal vez el fuego de sus amores guerreros pudo más que la fiebre de sus dolencias, y después de una lenta reacción alcanzó la ansiada salud. En ese interregno llegan, al mismo hogar de tristezas, los heridos de Arroyo Blanco, dejados en la estancia del doctor Tertuliano Machado, y algunos dispersos, de manera que a los pocos meses se forma, entre estos sanos y aquellos convalecientes, un plantel de voluntarios ya condecorados en su mayoría con una cicatriz de inextinguible honor. Al frente de esos patriotas ejemplares se pone el viejo Trías, animoso y ágil, porque si tiene señales en el cuerpo y pliegues de amargura en el rostro, todavía conserva joven su corazón de jubilado entusiasta. ¡Admirable entereza la de este anciano del sur!

Mandando alrededor de 100 hombres, en su parte principal desarmados y con escasísimas municiones, invade este jefe a fin de no comprometer la neutralidad del vecino Estado. En esto recibe las instrucciones a que hicimos referencia más arriba, sobre toma del paso de Carpintería. Para cumplirlas, y en absoluta escasez de caballos, avanza despacio de la sierra de Aceguá hacia el punto indicado. Muniz, que viene a su retaguardia, porque después de desempeñar tarea de carcelero en el paso de Pereira, cuando Cerros Blancos, se ha corrido para su departamento; Muniz que ha sido compañero de armas de Trías; Muniz que fué su correligionario, hoy su más encarnizado enemigo, y que lo sabe débil de recursos, destaca en su persecución una fuerza ligera que el mismo aprecia en 400 hombres. Manda esa vanguardia otro jefe tránsfuga, el comandante Carlos Chagas, que vale tan poco como mucho vale su hermano Aníbal, sargento mayor revolucionario. Integran la columna atacante, el regimiento 1º de caballería, con su segundo, el comandante Buist a la cabeza, y una sección del 3º de la misma arma. Trías, aunque comprende la imposibilidad de sostener el encuentro en ciernes, prosigue su avance hacia el punto que su general le ordena dominar. Antes

que toda otra consideración de carácter individual está el imperio del mandato recibido, para este veterano de los tiempos heroicos. El día 30 de junio se inicia un simulacro de resistencia con un tiroteo que se mantiene con carácter homeopático de la parte nacionalista a fin de no agotar los contados cartuchos. Al caer la noche Trías estaba a la vista del paso y entre los desiguales contendientes sólo mediaba la extensión defensiva del bañado de Carpintería. Cuando amanece se abren en abanico las caballerías de línea para operar un movimiento de temible concentración sobre el cerro que ocupan los revolucionarios. La gente de Trías extingue sus antepenúltimos tiros parando el avance adversario, mientras se prepara una retirada impuesta hacia los boscajes del Negro que distan media legua. Conseguido este propósito salvador se replegan en todo orden los nuestros para semi atrincherarse a la tarde haciendo espalda del torrente desbordado.

Penetrados de que aquellos infelices carecen de medios de resistencia, avanzan firmes los de Chagas al declinar el día. Perdidos por perdidos, antes la muerte en el fondo del cauce fangoso, como una última protesta lanzada al rostro de la podredumbre, que dar a sus sicarios el placer de tomar prisioneros para mendigar luego grados con una mano mientras que con la otra se ata a orientales, culpables de querer ser libres en su país y de que todos lo sean. Por eso aquellos fieles sin cansancio, muchos de ellos con las heridas aun abiertas, algunos sin saber nadar, otros sin fuerzas, se lanzan resueltos al seno de las aguas turbias para alcanzar la distante orilla, por donde vienen los hermanos esperados. El coronel Trías forma a la cabeza de esos amigos y con ellos cruza el río Negro en una de las tardes más frías del pasado invierno. Esa mañana el ejército se había aproximado al paso. En conocimiento de lo que ocurre se desprenden guerrillas que a las órdenes del comandante Cabris cruzan el río y tirotean con éxito a Chagas. Este se replega dejando libre la cancha. En la tirada al río de los compañeros de Aceguá tal vez se ahogó alguno aun-

que nunca pudimos comprobarlo a pesar de ser tan pocos los incorporados y por ende todos conocidos. Sí, fué muerto de bala el capitán de línea J. Cubon, al servicio revolucionario. Los gubernistas también sufrieron bajas en número reducido, cuyo total no podría apreciar con la reclamada exactitud; entre ellos un capitán Borba.

La defensa del paso de Carpintería por el noble coronel Trías exhibe un caso de ejemplarísima obediencia militar. En efecto, los que hemos estado allí sabemos que del punto citado al Brasil no hay arriba de cuarenta cuadras. Pues bien, Trías, que tiene órdenes que cumplir, prefiere sacrificarse con todos los suyos, — sin ser la retirada no le queda otro recurso, por la ausencia de elementos — antes que abandonar el palenque de honor y refugiarse en la frontera, lo que pudo evidentemente hacer. Pocas veces se acreditan en un jefe viejo tantas energías de alma y de brazo para dar respuesta a las demandas crueles de un deber.

En cuanto a los gubernistas, sólo recogieron en Carpintería algunos caballos y monturas humildes, retirándose en seguida, al efectuarse el pasaje de apuntados núcleos revolucionarios.

Con Trías se han reincorporado los jefes Ezequiel Saavedra, Nicolás Botana, Cayetano Ferreira, Quinca Grande y el practicante señor Casás.

ENTRE BAÑADOS

El 29 quedamos en el mismo campamento. Dominado el paso, como se había querido, empiezan a cruzarlo las divisiones con obligada lentitud y obviando mil dificultades. Entonces se repiten escenas que ya conozco pero siempre revestidas de interés.

Los botes maniobran ocurriendo a recursos primitivos; las tropillas relinchan, como si los pobres brutos protestaran así contra tantas penurias renovadas; gritos de aquí, gritos de allá: animación y bullicio por todas partes. La tristeza nunca encontró

altar ni tuvo devotos en el ejército de la revolución que jamás dejó de ser hechura genuina de la libertad y por eso fuerte y victorioso. Mucha de la gente ya ha efectuado su pasaje al morir la tarde del 30, pero conviene apurar la importante operación, y el General marcha esa noche con el resto de la columna para vadear más arriba. Nosotros permanecemos en Carpintería cumpliendo una comisión.

Por lo que respecta al coronel Lamas está del lado sur con parte de la tropa. Llega ese día el reporter señor Carlos Blixen.

En su compañía pasamos el río de los últimos. Por ambas márgenes el tránsito de los caballos ha batido un barro gredoso en el cual nos hundimos hasta las rodillas. Cortamos la corriente tripulantes de una larga canoa, embarcación de lo más imperfecta, labrada sin cuidado en el tronco de un árbol.

Lleno hasta la mitad de agua, que uno desaloja a jarros mientras otro rema y el otro conserva el equilibrio, puesto de pie en el centro, cruza nuestro esquife sobre el caudal negro que arrastra ramazones y camalotes. Aquel episodio con marco cómico, que rememoro sonriente, reprodujo para mí una de esas ocurrencias del país de los *boers* relatadas por el novelista Maine Reid en sus bonitas creaciones que han sido, son y serán de permanente deleite para los jóvenes de todos los tiempos.

Estamos a 1º de julio. Acompañado por el doctor Lussich y sus colegas, señores José Luis Baena y Joaquín Ponce de León, marcha el Coronel, de muy mala voluntad, hacia determinada casa situada en la línea, la de Quinca Marcial, para someterse a una operación tan dolorosa cuanto imprescindible. Al cicatrizar la herida quedó comprimido el nervio y ahora se impone reabrir el brazo para matar el dolor en sus fuentes.

La mitad del ejército, después de vadear el río Negro por una picada inmediata, ha seguido marcha por el camino nacional que se confunde con la divisoria y nos lleva ya ventaja. En Carpintería hemos quedado alrededor de cien hombres a la espera de caballos

que no vienen. A decir verdad, fué entonces realmente difícil la condición de esos rezagados a la fuerza. Reducidos a una de las zonas más desamparadas del país, sin rumbo fijo ni noticias, hasta la reincorporación a los nuestros llegó a parecer problemática.

La característica de las adyacencias al sur del paso Carpintería la dan los extensísimos bañados del mismo nombre. Constituyen ellos una red de lagunas engañadoras separadas, aquí y allá, por tímidas cumbres. El 2 nos movemos de un cerrito a otro distante cuadras. Para efectuar esta cruzada aprovechamos los últimos alientos de nuestros caballos que ya hasta se resisten a conducir el pobre armazón de sus huesos. Dirigidos por el más experto, cuyo instinto ejercitado disputa su secreto a los pajonales inundados, nos internamos dispuestos en fila india, siguiendo unos el rastro barroso de los otros, para evitar caídas en el seno de aquellas aguas dormidas y por eso muertas.

Vamos interrumpiendo la tranquilidad de un extraño país animal que prefiere en invierno y verano, a las caricias del sol, el manto protector de la sábana líquida. El cuadro resulta pintoresco aunque pesadísimo para las partes. Las desigualdades no sospechadas del suelo, cuya topografía se pierde bajo esa máscara movediza, ponen a riesgo la estabilidad de cualquier jinete. Algún caballo cae vencido, para no levantarse más, obligando a su dueño a cortar la cincha, recoger el recado y seguir a pie con el agua hasta la cintura. Sin medios de locomoción y materialmente rodeados por los bañados, permanecemos acampados en el segundo cerrito de estación, hasta el día 5. Aquella espera nos parece ya intolerable. ¿Qué es del ejército? Sin embargo, este impuesto sedentarismo a lo Robinson nos brinda algunos atractivos. Ahora ha quedado reducido a una docena corta el número de los sitiados, pues, mal o bien, ya han seguido los demás compañeros su peregrinaje hasta cercanos puntos de parada.

Fué entonces que labramos íntima amistad con el comandante Nicolás Botana y con los oficiales Emiliano y Alberto Crosa,

Félix Botana, Cándido Coirolo, Luis Multini y otros. También trabo afecto con el comandante Pedro Francia, lancero de los tiempos inmemoriales que estuviera *en todas*, como dicen nuestros veteranos campesinos para acreditar su colaboración en los distintos movimientos revolucionarios. Cuando la de noviembre el viejo Francia tomó juramento a *Chiquito* sobre la cruz de su espada. En la misma correría le mataron a un hijo. Alguna lágrima indisciplinada rompía la frialdad de aquel hombre de hierro al hablar de ese soldado y compañero perdido. — ¡Pero qué se va a hacer, murió por la patria y por servir a su partido! — Luego, en la campaña iniciada en el mes de marzo, el comandante Francia, agregado a la 1ª división, tuvo puesto distinguido. Sin ir muy lejos podemos decir en su honor que fué uno de los fieles en la carga legendaria de *Chiquito*. También en esa otra oportunidad amarga, iba a su lado un hijo. Arrancado de su caballo por un bote de lanza, cae al suelo en momentos de replegarse los nuestros. En su favor, y comprando con gloria la vida del amigo, vuelven caras algunos valientes; pero ninguno iguala en delirio ofensivo al comandante Francia que se revuelve con ansias de padre para proteger a su carne. Esgrimida por su mano, todavía ágil, para golpes y evita embestidas mientras los demás sacan del campo al camarada infortunado.

Allí Francia ganó una herida brava que pronto cicatriza, tal vez por entrañar tantísima honra.

Lo dicho en lo que refiere a merecimientos contemporáneos, porque si indagamos para atrás sabremos que nuestro sujeto fué soldado del general Aparicio, defensor de las instituciones agredidas en 1865, y todavía, más a la retaguardia en la historia del país, como lo decía gráficamente el mismo interesado, *quedaba la cola para desollar.*

Saboreando en círculo un mate de café, que es lo único legítimo que hay en la frontera, preguntábamos a nuestro compañero, con el objeto de tirarle la lengua:

—Y usted, comandante, en cuántas patriadas se ha encontrado?

—Yo ya perdí la cuenta. Para mí la guerra es dulce como un vintén de azúcar y lo que sí le sé decir es que siempre he servido contra los gobiernos.

Esa última frase encierra un proceso y consagra una verdad oprimente. Ha estado tan subvertido todo en nuestro país durante lustros sin fin que encarnando los gobiernos la personería de intensas podredumbres, ha sido siempre motivo de alto orgullo republicano mirarlo como inconciliable enemigo. Repitiendo la sana expresión gaucha ¿quién que sea bueno no ha servido contra los gobiernos en esta desdichada tierra?

Alrededor de esta y otras ocurrencias surgían chispeantes conversaciones que tiraban muy lejos los dolores y las inquietudes del corazón.

Recuerdo que el comandante Francia decía retozando:

—Vean ustedes lo que son las cosas! *El ayudante* con todo de ser *dotor* y saber lo que hablan los libros, no vale lo que valgo yo, aun siendo como soy un pobre paisano.

—Pero cómo puede ser eso, contestamos a la vez de protestar contra lo de *dotor*.

—Sí señor; y lo repito y lo juro por un puñado de cruces, nosotros los de pelo tordillo valemos más que ustedes los mozos.

—Por qué? Largue el rollo comandante, interrumpe un oyente.

—Pues porque estos muchachos han nacido bajo el yugo, abrieron los ojos cuando ya las cosas andaban mal y mandaba otra gente, mientras nosotros podemos decir que somos más porque hemos visto a la patria feliz gobernada por aquel presidente Berro, hombre derechamente lindo que era como bozal de cuero fresco para los pícaros de cualquier *laya* que fuesen.

En presencia de ese argumento, expuesto con toda la gracia satírica, dimos la razón al original interlocutor.

Mucho me quería aquel viejo veterano, pergamino viviente

de nuestras guerras. Bien sé yo, porque así son nuestros gauchos de estampa antigua, que él, dedicado a cuidar sus humildes intereses en las sierras del Cerro Largo, guarda algún cariño sin ocaso para el *ayudante* que reconoce gustoso esa reciprocidad y que fuera su interlocutor en largas jornadas de conversación retrospectiva.

El comandante Pedro Francia es toda una figura y el hecho de que en las páginas de este libro no aparezcan retratos intercalados, que poco significan, no priva que en su sencillo texto se boceten fisonomías que poseen los rasgos salientes de la raza y la viril expresión de sus noblezas.

LA MOCION IRIGOYEN

En la mañana del 5 llegan hasta nuestro fogón extraviado, de paso para el ejército, los doctores Aureliano Rodríguez Larreta, Alfonso Lamas y señor Luis Machado. Su misión aunque de paz no concluye de entusiasmarnos porque sin incurrir en torpes intransigencias, todos creemos imposible de encontrar una fórmula de acuerdo decoroso. O los culpables del choque sangriento reconocían la justicia que asiste a la causa revolucionaria representativa del civismo nacional ofendido, o de lo contrario, sin hacer cálculo de probabilidades ni de intereses, el esfuerzo debía proseguirse. Con respecto al carácter de la misión entregada a los heraldos de concordia, nada sabíase de cierto. De cualquier modo faltaba evidente el hecho de que en pleno período de guerra tomaba fácilmente cuerpo una iniciativa pacificadora con la anuencia del Gobierno, favorable ya a ese patriótico ensayo.

Para explicarnos el motivo de esas mansedumbres forzadas, es necesario recoger, aunque sea en esencia, noticia de los sucesos desarrollados en Montevideo, precediendo los mismos comentarios de informes generales que no sobran.

El 8 de junio la supina ignorancia en cuestiones internacionales del comandante de la cañonera *Suárez*, dió motivo a una ocurrencia que pudo tener graves ulterioridades. En aquella fecha un piquete perteneciente al nombrado buque de guerra, llegó en bote hasta la costa argentina desembarcando en ella para internarse resueltamente en territorio extraño, tras un fantástico armamento. Los marineros orientales investigaron con minuciosidad las inmediaciones de Puerto Pacheco haciendo acto de absoluto mando tanto sobre los barquichuelos de cabotaje que navegaban en aguas neutrales como sobre los miembros del vecindario. Este atentado hijo de la torpeza antes que de un propósito depresivo de la ajena soberanía, produjo en su momento justas excitaciones en la opinión vecina; pero gracias al buen deseo de ambas partes pronto se solucionó el lamentable incidente mediante un protocolo firmado en Montevideo días después, que la legalizaron el ministro plenipotenciario don Alejandro Paz, por la República Argentina y don Oscar Hordeñana por el bordismo.

En ese documento amistoso se deja constancia del disgusto experimentado por el gobierno al interiorizarse de las irregulares ocurrencias de Puerto Pacheco, «que reprueba y condena de la manera más severa; y atendiendo como debe las denuncias de hechos tan graves, procederá sin dilación alguna a suspender y sumariar a los acusados a quienes aplicará la pena que corresponda según la gravedad del caso».

Nos complacemos en reconocer que en este proceder franco del gobierno de Montevideo sólo hubo leal acatamiento a la verdad de los hechos, que no podía ser ni más irrecusable ni más comprometedora del buen concepto internacional. Ahí concluyó todo.

Si cabe así, presta mayor realce a una alta personalidad política y señala un esfuerzo en pro de la simpatía argentino-oriental la brillante actitud asumida por el doctor Bernardo de Irigoyen en el seno del Parlamento de su país. El insigne patricio, honra

y prez de la tierra de Moreno, presentó a la consideración del Senado la siguiente Minuta de Comunicación dirigida al Poder Ejecutivo:

«El Senado de la nación se permite expresar al Excmo. señor Presidente de la República la satisfacción que experimentaría si el gobierno argentino, fiel al sentimiento de la fraternidad americana que prevalece en las reglas de su política internacional, interpone sus buenos oficios a fin de que la guerra civil que perturba la paz y el progreso de la República Oriental del Uruguay, llegue a una solución pacífica y digna.

A pesar de sus insistentes protestas de cariño la prensa del país vecino, en su mayoría, calificó la mencionada iniciativa, inoportuna, a juicio de los unos, y espinosa, según otros. Pero ya el noble ciudadano que la prohijara la había fundado largamente, con la solidez característica de su robusto raciocinio, en su discurso monumental y emocionante.

La respuesta del Poder Ejecutivo a la delicada insinuación del Senado argentino, era un reflejo fiel de las opiniones periódicas. Decía así ese documento:

«He tenido el honor de recibir la comunicación del H. Senado de la nación, fecha 10 del presente, destinada a expresar la satisfacción que experimentará el mismo honorable cuerpo si el Gobierno argentino interpone sus buenos oficios a fin de que la guerra civil que perturba la paz y el progreso de la República Oriental del Uruguay llegue a una solución pacífica y digna.»

«El P. E. participa de los sentimientos generosos que han inspirado los votos del H. Senado, y no excusará, llegado el caso, la adopción de procedimientos que respondan a los altos propósitos indicados, dentro de las prácticas internacionales.»

Manera correcta y refinada de esquivar un compromiso. Nada restaba hacer. Al considerarse en el Parlamento la contestación del gobierno, hicieron uso de la palabra tres de las personalidades políticas culminantes. Primero habló el doctor Irigoyen, decidiendo

darse por satisfecho, como autor de la minuta, en vista de los escozores oficiales. A las suyas siguieron las declaraciones del doctor Carlos Pellegrini, todo un estadista, que llegaban a una conclusión de hermosa solidaridad: la República Argentina debía y podía ofrecer sus buenos oficios al gobierno oriental en pro de un acuerdo que pusiera término a la guerra interna y a los perjuicios positivos experimentados por los intereses conservadores del país. De colorido diametralmente opuesto fueron los conceptos del general Bartolomé Mitre. En el criterio de este ilustre escritor la ingerencia amistosa de su nación era improcedente e innecesaria. La revolución oriental, hija de la pasión mezquina y madre de inauditos atentados, ya estaba a punto de ser sofocada por el gobierno atacado, que, por lo pronto, la tenía militarmente vencida. En todo caso lo cuerdo fuera que las potencias fronterizas de nuestra nacionalidad, combinaran una celosa policía limítrofe a fin de impedir el pasaje de expediciones rebeldes.

En cuanto al primero de tales asertos y a pesar del respeto que se merece un hombre ligado en línea directriz a la política del Río de la Plata desde hace medio siglo, cuesta reconocer carácter inapelable al fallo del general Mitre sobre la significación militar de los sucesos orientales de entonces. Si investigamos la alcurnia guerrera de aquel soldado, la crónica nos dirá que aunque interventor principal en importantísimas jornadas, jamás ciñó la frente con laureles de victorioso. Si leemos la historia de nuestras peripecias democráticas, por ella sabremos que el general Mitre, culpable de muchas de nuestras desgracias nacionales, el mismo que ofreciera las balas que sirvieron para convertir en montón de ruinas a la gallarda ciudad de Paysandú, sólo habla con pasión estrecha de los asuntos políticos uruguayos; y finalmente, si estudiamos el desarrollo posterior de la revolución, queda demostrado el ningún fundamento de sus afirmaciones incandescentes, porque la reacción reivindicadora fué invencible, y porque fué invencible firmó la paz a las puertas de Montevideo.

Sin embargo, no puede sorprendernos la acritud de las opiniones del general Mitre con relación a nuestro país, cuyo verdadero bienestar a menudo ha tenido un recio enemigo en aquel estadista.

El contraste de pareceres en la ocasión referida, entre este pensador insigne y su colega, el austero doctor Irigoyen, labra un paralelo interesante del cual resulta que si para el segundo de los nombrados guarda la posteridad americana el título de nuevo Gladstone, justamente adquirido en enaltecedoras controversias públicas, para el primero reserva nuestro pueblo esas hondas prevenciones que fundan procederes internacionales de fisonomía bismarckiana.

La república debe homenaje de perpetua gratitud a la sinceridad altruísta ejercitada en favor de nuestro país, con justa vehemencia, por el venerado doctor Bernardo de Irigoyen.

LA LEY DE IMPRENTA

La prolongación de la guerra, con burla constante de los planes estratégicos del oficialismo, acentuó el desprestigio del gobierno de Borda, si en ese sentido cabía aún más allá después de tantísimas inmoralidades triunfantes. La caída ya estaba decretada por los acontecimientos y ¡singular aberración! a Julio Herrera y Obes, el más corrompido de nuestros políticos, cupo acelerarla.

Prestó motivo ocasional a un primer choque, el pedido de destitución, formulado por el Ejecutivo ante las Cámaras, de varios catedráticos de la Universidad — doctores Alfredo Vidal y Fuentes y Arturo Berro, — alistados en el movimiento revolucionario. Como este asunto no tuviera inmediato despacho, irritóse don Juan Idiarte Borda, escudado en el indiscutible derecho que surgía de su acatada jefatura de aquella situación purulenta, — y cometió

la ligereza de lanzar amenazas que fueron a provocar falsos pudores, por supuesto, pero al fin ruido y rezongos, en el seno de sus camaradas del parlamento.

Fué entonces que Julio Herrera y Obes, de vistas políticas tan inteligentes cuanto malvadas, hizo uso de la palabra para poner al gobierno en la picota y pedir una limitación prudencial de las atribuciones extraordinarias que al Presidente de la República confiere el artículo 81 de la Constitución del Estado.

Era tanta la sed de oposición al mandatario, que a pesar de partir de una personalidad degradada el ataque al sistema, fué recibido con verdadera satisfacción. Ese agasajo lo había esperado el audaz censor, a cuyo ojo clínico no escapaban las ventajas para el éxito de sus ambiciones de poder, ofrecidos por aquel momento histórico precario. El discurso pronunciado por el doctor Herrera en esa oportunidad asombraría, a no ser ya cosa vieja su cinismo, por el carácter de sus expansiones. Para todas las indignidades de la época tuvo latigazos de Juvenal.

Hizo el proceso de los despilfarros corrientes, de antiguas ignominias y audacias; como si a él no perteneciera la paternidad de esos humores; como si él no hubiera sido el autor del asesinato del 11 de octubre en la Villa de la Unión, complicando en aquel crimen impune al ejército de la nación; como si la ruina del Banco Nacional no fuera su obra y suyas todas las infamias acumuladas sobre nuestra frente en los últimos años.

Traicionado por el más importante de sus padrinos el gobierno sufrió una molesta derrota. El edificio candombero empezaba a desmoronarse y sin embargo Borda no quería cejar en su culpable soberbia. Penetrados de la gravedad de los sucesos y del brío inextinguible de la empresa revolucionaria, algunos buenos amigos del presidente se le apersonaron para insinuar en su ánimo la conveniencia de propiciar la paz con medidas liberales y de moderada concesión a los anhelos definidos de la opinión pública enardecida. Sobre ese pie de nobleza presidencial podía alcan-

zarse, con una tentativa acertada de avenimiento, a una deposición de las armas por un acuerdo honroso para todos. El eje de tales preliminares estaba en la modificación radical de la ley de imprenta vigente, dictada el 3 de marzo, y en la sanción de una nueva y equitativa ley de elecciones.

Este reconocimiento obligado del enemigo en favor de los impersonales reclamos de los revolucionarios, entrañaba la efectividad de un primer triunfo en el orden de las ideas.

Idiarte Borda tuvo frases de asentimiento al trasmitírsele estas oberturas. — Con pequeñas restricciones él se hallaba dispuesto a resolver el problema interno en el sentido indicado prometiendo remitir a la consideración de las Cámaras los proyectos del caso.

Como a pesar de tan auspiciosas manifestaciones el presidente no cumpliese sus promesas y los días corrieron estériles, un grupo de miembros de la Cámara convocó a sus colegas a asamblea y puso a su consideración un proyecto de ley de imprenta, por el cual se restablecía en el país la libertad de pensamiento. En ese mismo acto el doctor Federico E. Acosta y Lara presentó otro proyecto similar a aquel en su motivo, aunque no en su índole. Este ciudadano, echando en olvido sus antecedentes honestos y con sacrificio de convicciones legítimas divulgadas desde la cátedra universitaria, se había entregado a los halagos de la inmoralidad reinante. Bien lo atestigua así su grotesco proyecto de ley de imprenta, negativo en esencia del más hermoso de los derechos humanos. Ambos pedidos de reforma pasaron a estudio de la Comisión de Legislación; más, como ella tardara en expedirse, el senador Francisco Bauzá, en un sensato discurso, pidió se tratara sobre tablas el punto. Así se obtuvo, pero a fin de habilitar al Ministro de Gobierno para concurrir al debate, se suspendió la sesión hasta la noche. El 12 de julio, estando ausente el representante del Poder Ejecutivo, sancionó el Senado el proyecto de ley sometido a su apreciación pasándolo inmediatamente a la

Cámara de Representantes. Julio Herrera y Obes votó en favor del mismo, consecuente con su propósito calculado de aparentar amores piadosos al bienestar del país.

En la tarde del 13 y faltando un día para la clausura de las sesiones ordinarias del Cuerpo Legislativo, se puso en debate el asunto. Pero como para sancionarlo se requería alterar la orden del día y según el reglamento esto sólo puede hacerse por mayoría de dos tercios de votos, se luchaba con una nueva dificultad. El resultado fué adverso. Sin embargo, el núcleo partidario de la aprobación del proyecto pidió nueva sesión y esa noche, desvanecido ya el obstáculo reglamentario, se ratificó el sufragio de la Cámara Alta. Sus mismas hechuras, cansadas de esperar, acababan de poner en transparencia al enceguecido gobernante.

A pesar de su porfiada terquedad Borda no se animó a vetar la nueva ley y la puso en vigencia aunque refunfuñando protestas de máscara constitucional.

Pues bien, estas diferencias surgidas en el cuadro de la usurpación y el trabajo lento de algunos hombres de pensamiento sincero, junto al presidente, hicieron viable un ensayo de pacificación autorizado oficialmente, aunque simulándose lo contrario.

En ese principio de inteligencia tuvo origen la simpática misión confiada al doctor Rodríguez Larreta. Pronto conoceremos sus resultados inmediatos.

ACEGUÁ

El 5 por la tarde nos movemos en desairada caravana. El ejército, que manda por la línea con rumbo a las Sierras de Aceguá nos lleva una delantera de cuatro leguas. Después de ganar camino, ratos en carreta, los más a pie, y otros alternándose sobre los exhaustos caballos, nos reincorporamos a los nuestros en la noche del 7, agregándonos hasta el siguiente día a la división Florida que hace servicio de retaguardia.

Entonces ratificamos las noticias recogidas en el trayecto que referían a constantes tiroteos mantenidos por nuestra vanguardia con partidas del enemigo. En efecto, después de abandonar Carlos Chagas las inmediaciones de Carpintería, quedó a la expectativa de los movimientos nacionalistas. El general Muniz, desprovisto de caballos y por consiguiente en la imposibilidad de iniciar una retirada que — deber de lealtad es reconocerlo — tampoco armonizaba con su bravura indiscutible, buscó un punto aparente para esperar el probable avance adversario.

Vaqueano al dedillo de esos pagos y agitándose además en una región montuosa, nada difícil le fué acomodarse magníficamente disponiendo de excelentes trincheras naturales.

El 6 se mueven de retirada, aunque tiroteándose, las partidas bordistas; y el 7 por la noche, ya sobre el nuevo campo de batalla, un amago de carga llevado sobre grupos contrarios por la gente de los coroneles González y Marín, del veterano Tulión y del comandante Abel Sierra, provoca un último repliegue.

El día 8 amanece lindo, honrado con la presencia agradecida de un sol espléndido. Desde temprano nos alcanza el eco de lejanas detonaciones. No prestamos mayor importancia a esa alarma pues suponemos que se trate de simples guerrillas; pero el reparto que se hace a las diez de la mañana de lanzas, nos argumenta con inopinada elocuencia. Hasta yo me vi en la comprometedora obligación de aceptar una de esas armas y digo comprometedora porque la lanza pide ante todo dominio elástico del caballo, cualidad ésta que jamás adquiere el hijo de las ciudades, orgánicamente maturrango.

A las doce recibe el coronel Aldama orden de avanzar con su división y también así el coronel Alonso, acampado cañada por medio. Es tal la debilidad de los caballos que muchos soldados quedan a pie ¡y son lanceros! Pronto entramos al sitio de lucha pudiendo dominarlo de un golpe de vista amplio e instructivo.

En ausencia de un plano auténtico, haremos lo posible por

ilustrar el juicio del lector en esta parte acumulando algunos esclarecimientos generales.

El campo donde se dió la batalla de Aceguá es de una topografía áspera y montañosa, semejante por su carácter a la del terreno en que se libró el combate de Cerros Blancos. De perspectiva dilatada, cruzado por cañadas y serranías bravas, puede limitarse así: al norte, la línea divisoria terrestre; al este, sirviendo de respaldo a Muniz, el arroyito de la Mina que desagua en el Yaguarón señalando antes con parte de su curso el deslinde fronterizo; al sur, el marco irregular de la Sierra de Aceguá, llena de alturas inaccesibles por lo atrevido de su corte, y la cañada del mismo nombre; cerrando este gran rectángulo, al oeste, ramificaciones, o mejor dicho nudos de aquel sistema y cauces sin nombre por su mucha insignificancia.

Ahora bien, el lado oeste lo ocupaban los revolucionarios que iban en avance y el punto este los bordistas que esperaban el ataque. Ambas líneas hacían extremo de apoyo de la divisoria, asiento de la cabecera derecha para estos últimos y de la izquierda para aquéllos. De las dos partes las posiciones eran buenas; pero las tomadas en definitiva por Muniz aparecían sobresalientes, inexpugnables, diré sin exagerar, tanto más estando a la simple defensiva como estuvo.

En efecto, como base de concentración, el enemigo había tomado la Receptoría de Aceguá, sólido y dominante edificio de material. Dentro de nuestro territorio y en línea perpendicular a la frontera, siguen a ella las casas de doña Lucía Silva, de don Nicanor Garmendia, de don Julián del Campo y de un señor Ramos. Todas esas construcciones alzadas sobre una loma de fuertes declives y protegidas al frente revolucionario por un cauce difícil de franquear, teniendo de avanzada la casa de negocio de Pedro Garmendia y a retaguardia, como última barrera en caso desesperado que jamás llegará allí, una excelente manguera extendida hasta el arroyo de la Mina.

Nada resta añadir para evidenciar la calidad superior de las posiciones elegidas para atrincherarse por el general Muniz.

En cuanto a los nacionalistas siendo buenas, como lo hemos adelantado, carecían de eficacia desde el momento que los invasores despreciando los favores topográficos y con desafío de todas las desventajas iban a salir airadamente en busca del adversario, con lujo estéril de temeridad. Sin embargo, para mejor esclarecimiento, agregaremos que en la línea de ellos y sobre la frontera había un único edificio, casa de don Luis Acuña, que muy pronto quedó a retaguardia del fuego, y donde se improvisaría el hospital de sangre. Lo demás era campo limpio cortado por verdaderas quebradas.

El combate de Aceguá se dió sin quererlo ninguna de las partes. Había ocurrido que en la mañana del 8 el General impartió orden al coronel Imas de hostilizar simplemente al enemigo. Soldado tan valiente como celoso de su deber, éste cumplió al pie de la letra sus intrucciones y a la cabeza de 47 hombres bisoños, avanzó, victorioso por espacio de 40 cuadras, arrollando el frente adversario, llevado en calle a pesar de sus desesperados esfuerzos en contrario. Brillantísimo era pues, el bautismo de fuego de los concentrados de Mocoretá.

Alarmado ante aquel empuje, riesgoso por la inmensa desigualdad numérica, y cumplido con exceso su propósito, el general Saravia envió orden al coronel Imas de replegarse. Aquí surge ya uno de los puntos indescifrados de esa jornada.

Desde el primer momento fué voz corriente en las filas que el ayudante emisario, interpretando mal las palabras del superior, dijo a aquél precisamente lo contrario de lo dispuesto, es decir, que continuara avanzando. Terrible fatalidad. El coronel Imas no era hombre de esperar segunda consigna; movido por su clásico denuedo siguió adelante con su gente a pie, hizo su retaguardia del cañadón del frente gubernista, y ascendió la loma para ir a clavar sus altanerías ciudadanas a 40 metros de la Receptoría. Fué

aquella una locura del valor. Después de adelantarse a pie en un trecho poco menor de una legua, por una región difícil, escaso de municiones y de fuerzas físicas, llegaba aquel puñado de compañeros, con las proveedoras casi vacías y con el peso de mortales fatigas a la espalda, a las posiciones de un enemigo fuerte y hecho.

Sucedió entonces algo de obligada lógica. Contando con tropas de refresco y comprendiendo buena la partida, Muniz se dispuso a la ofensiva y con ese fin destacó guerrillas de caballería armadas a sable y con protección de infantería desmontada. Si no cortado, por lo menos demasiado distante de los suyos — que ya venían en su auxilio — el coronel Imas vióse perdido. Fué recién a esa altura que pensó en iniciar la retirada; pero en el cansancio tuvo su peor enemigo y ya habían quedado entregados a la muerte Mariano Sellanes, Arturo Martínez y otros, cuando apareció en instante precioso la división del coronel Berro.

Simultáneamente con el avance del coronel Imas, por el centro, se había ordenado idéntico movimiento por la izquierda, al bravo comandante Basilio Muñoz con su escuadrón.

Este jefe cumplió a entera satisfacción, arrollando también al enemigo al que desalojó de la casa de Garmendia, de muy apreciable dominio. Tan audaz fué el empuje, que el general Muniz con su Estado Mayor tuvo que recogerse a la Receptoría dejando tendida la mesa pronta para almorzar. El fuego tenía a media tarde la intensidad no interrumpida de los días de batalla.

La disposición de nuestra línea era entonces como sigue: en la extrema izquierda la gente de Basilio Muñoz protegida por guerrillas del coronel Martirena y del mayor Juan Muñoz, a continuación se escalonaban las fuerzas de los comandantes Rivas y Coito, del coronel Imas, del comandante Juan José Muñoz y de los coroneles Berro, González y Marín, cerrando estos últimos la extrema derecha.

Cubrían las espaldas de esa media luna desmontada los lanceros de la división Florida haciendo número y aparato en temible fleco sobre las alturas vecinas.

La entrada en línea de la división del coronel Alonso llenó el cuadro. La resistencia enemiga recrudece sin ningún resultado práctico. Después supimos que a la incorporación anhelada de Basilio Saravia, que venía a marcha forzada, se había debido aquel brío. A la izquierda ha caído el doctor Fleuris, y en el centro están muertos Arturo Ramos Suárez, Teófilo Martínez y Teodoro Berro, habiéndose retirado mal heridos, Alberto Maldonado, Ramón Orique y los comandantes Manuel Barbosa, Anselmo Urán y el mayor Galarza.

Las municiones se agotan sin ningún beneficio, pues ni unos ni otros podrán desalojarse de sus puestos, pero el duelo sigue encarnizado. Allí está el brazo fuerte de Justino Muniz, que es el único general resuelto de la mala causa.

Hasta las cinco, ya entrada la noche, continúa el recio tiroteo. Sólo la oscuridad puso punto final a este choque en que se hizo lujo de valor.

Pero antes, los coroneles González y Marín habían iniciado con el posible éxito del caso, un movimiento envolvente sobre el flanco izquierdo adversario, obligando a éste a replegarse aun más sobre los edificios que rodean a la Receptoría. Las tropas revolucionarias se disponen al descanso sobre la misma línea de pelea teniendo al frente, encastillados en las casas ya citadas, a los defensores del gobierno. La situación de los mismos resulta crítica. Con la divisoria a un flanco y el frente y la izquierda tomados, sólo le queda a Muniz descubierto el lado del arroyo de la Mina. También él está escaso de municiones. Esa misma noche se le incorpora, por aquel único punto de acceso, el comandante bordista Hildebrando Vergara con un centenar de hombres.

ARTURO RAMOS SUAREZ

La batalla de Aceguá ha sido uno de los combates más estériles y más dolorosos de la pasada campaña. Si a alguien pudo

corresponder el triunfo en la misma, él fué relativo y pertenece a los revolucionarios, que después de arrollar al enemigo quedaron acampados sobre el sitio de pelea mientras aquél se atrincheraba con justa razón en las inmediaciones de la Receptoría. Los resultados morales y materiales de ese conflicto fueron demasiado caros para merecer nuestro elogio.

Si se alcanzó el anulamiento militar del ejército de Muniz; si pudo probarse, dando un mentís acerado a las afirmaciones vanas del señor general Mitre, que la revolución estaba en condición de sostener combates francos; si este nuevo encuentro desengañó al enemigo, que en telegrama dirigido a Borda con fecha 30 de junio anunciaba «*una persecución a hacerse con grandes ventajas*»; si el ofensor se convirtió en perseguido; si con este combate rudo adquirieron más probabilidades de éxito las gestiones de paz; si la gloria cívica rayó a meridiana altura en Aceguá, todo eso resulta pequeño, insignificante y hasta odioso cuando el pensamiento enlutado evoca los nombres de los hermanos allá dormidos para siempre. En la pelea del 8 de julio cayó la flor de la juventud nacionalista como en Azincourt la flor de la nobleza de la Francia caballeresca. Desfilen ellos obedientes al clarín de la posteridad.

Arturo Ramos Suárez era el mejor de nuestros ciudadanos jóvenes. Biznieto del patriota don Joaquín Suárez, de entre cumbres descendía la corriente de sus prestigios.

Dotado de una inteligencia sólida, que con ser clarísima no valía más que su hermoso corazón, desde que tuvo dominio de su propio juicio se alistó en las filas honradas del Partido Nacional. Después del amor a los suyos fué ese el primero y el más constante cariño de su vida. Obrero infatigable, su existencia de perpetua movilidad consagraba uno de esos altos ejemplos de labor señalados para enseñanza en las páginas depuradas de Samuel Smiles. En su hogar, más que como hermano, surgía reflexivo, adelantándose a las ilusiones de su edad, con el peso de robustos

consejos; en los claustros universitarios su palabra, dueña de ese brillo que da la pasión sincera, de ese lustre sentimental que sólo los buenos saben agregar a sus concepciones, tuvo la autoridad amable de lo valioso; en el seno de su partido, agitándose franco y puro, sin conocer jamás el torcedor de una acritud envidiosa, ganóse el tributo de espontáneas y respetuosas simpatías que lo sindicaban ya como el caudillo civil de su generación.

Nacionalista fervoroso, idólatra de los principios y censor abierto de las intransigencias fundadas en personalismos porosos y sin razón de perpetuarse, fué de la masa férrea de los hombres que llevan su vestidura de materia sometida a los mandatos inflexibles de la ley moral. Aparecido en momentos de acalorada lucha él aceptó sin vacilaciones egoístas su lote de sacrificios que empezaría en la cuota modesta pero exigente del centro correligionario y en las propagandas seccionales para cerrarse con una silueta de muerte. Ramos Suárez desde antes de producirse los acontecimientos, adivinaba y predecía la salvadora conmoción que tendría preliminar de ondas amenazantes, como esos ruidos y temblores que preceden a los grandes cataclismos geológicos.

En esa serenidad imperturbable de actitudes ante la tremenda perspectiva, encontramos la arista más extraordinaria del amigo perdido. Siempre tuvo idénticas inflexiones de honor y de energía su palabra de convencido.

Uno de los iniciadores de la campaña cívica de la juventud nacionalista, desde el día en que afrontó las responsabilidades de aquella santa agitación puso todos sus concursos, todos los calores de su corazón ateniense, al servicio del ideal perseguido. Coadyuva en primera línea a la fundación del Club *Bernardo P. Berro*, de ese centro inolvidable cuyo nombre recuerda una gloria democrática. Siendo reducidísimos los elementos a mano, las dificultades surgían a cada paso con ceño incontrastable. Entonces, Arturo, que poseía talla de apóstol, no tuvo reparo en pintar los tablados de la naciente institución, en rendir gotas de sudor levan-

tando el martillo del obrero sobre las humildes construcciones internas del templo republicano. Presidente de la Comisión Organizadora a él cupo el legítimo honor de declarar inaugurado el centro nacionalista en una fiesta que tuvo importantes repercuciones en la masa correligionaria.

Arrancamos del discurso que pronunciara entonces, este párrafo culminante: «La juventud nacionalista en los trabajos de organización de nuestro partido, debe prestar el contingente de sus fuerzas y exigir una parte del sacrificio; pero dando ejemplo de cordura, desinterés y patriotismo, solicitar un lugar, no entre los vistosos y brillantes puestos de la oficialidad, sino como Paul Deroulède, el poeta, patriota y mártir del 70, en las filas de los verdaderos hijos del pueblo, al lado del oscuro soldado.»

¡Singulares profecías del instinto! Tres años más tarde el resuelto orador que caldeaba una atmósfera con esos viriles conceptos, ponía el sello de los hechos a la sinceridad de sus afirmaciones abandonando todo en homenaje al imperio de sus convicciones acrisoladas y yendo a servir como él quería, *como Paul Deroulède, en las filas de los verdaderos hijos del pueblo, al lado del oscuro soldado.*

De la misma manera que las unidades integrantes de un regimiento mezclan al dolor por la pérdida de un oficial querido, la justa honra de saberlo caído con gloria frente al enemigo, así también los compañeros de Arturo Ramos Suárez matizamos nuestro lamento por su inesperada desaparición con expresiones de orgullo corporativo, porque el malogrado amigo recogió en su persona los entusiasmos de una generación batalladora para ponerles aureola con la pureza de su sacrificio.

Dominado por nobles inquietudes, Ramos Suárez concurre, ya dueño de capital propio, a las promisorias elaboraciones de la época. Más adelante, sobre la tumba del infortunado Tomás E. Butler, junto a la cual todavía monta guardia comprometedor misterio, dijo con el vuelo de sus características franquezas:

«Jurad que esos brazos homicidas hallarán en cada uno de vosotros otras víctimas que sacrificar.»

Su labio generoso reiteraba un voto de martirio que el destino cruel no quiso olvidar. También hasta las columnas de la prensa llevó Arturo el eco de sus congojas ciudadanas.

Cuando se perfila en febrero de 1896 el empuje redentor, por inspiración espontánea se dirige, sin hacer ruido ni protestas vanidosas, al departamento de Minas donde sabe que puede prestar nuevos servicios. No se equivoca.

A los pocos días y en representación de los jefes locales pasa a Buenos Aires siendo portador de halagadoras adhesiones. Retorna luego al país y cuando suena la hora solemne, acompaña al comandante Juan José Muñoz en su levantamiento. Presente en la batalla del Arbolito ocupa después en la frontera puesto distinguido como secretario del señor Abelardo Marquez. Su actuación entonces fué lucidísima. Patrióticos escrúpulos a que ya hemos referido, lo empujan, a pesar de acumuladas reflexiones, a reincorporarse al ejército en el segundo pasaje por la ciudad de Rivera. Armado de un máuser pide puesto subalterno.

En la mañana del 8, cuando acababa de cerrar un carta dirigida a los suyos, suenan los primeros tiros. Temeroso de aparecer poco puntual en el cumplimiento del deber fuerte, monta a caballo con todo apuro y se incorpora a la 4ª división momentos antes de que ella entrara en línea. Ordenado el avance Ramos Suárez reitera sus conocidas enterezas; pero cuando después de una fácil embestida, llevada hasta cerca de sus trincheras, el enemigo rehecho carga, una bala lo hiere de muerte ofendiéndolo en la caja del cuerpo. Sus bravos compañeros los oficiales Nery Mesones, Barrera y el ejemplar Joaquín Aguirre, intentan alzarlo, sin convencerse de lo inmediato de la desgracia sufrida, pero luego de recomendar especialmente su arma, Arturo pronunció un «*me muero*» expirando en seguida. Sus amigos todavía tuvieron tiempo de recoger su cinto, reloj y revólver, pero como nada útil restaba

por hacer, se replegaron, quedando allí, abandonado dentro de la zona de fuego, el cuerpo del pundonoroso joven.

En la cruz que señala la tumba de Arturo Ramos Suárez ha colgado la patria dolor y luto.

CUATRO SACRIFICADOS

Mariano Sellanes era todo un carácter pero a base de bondades y de inalterables dulzuras. Otros, para acreditar su austeridad, necesitan exhibirse hoscos, crueles en sus comentarios e implacables hasta consigo mismo; este digno ciudadano, lleno de condiciones meritorias, poseía una levadura sin vetas agrias, nunca conoció los celos, esa enfermedad más común a los hombres que a las mujeres y de proporciones asustadoras en el seno de un ejército.

Hijo del departamento de Soriano, donde su familia es de antigua cepa, a los 36 años, cuando su partido convoca a los buenos, Sellanes abandona el hogar recién constituído y marcha a Buenos Aires para pedir un puesto de lucha. De la capital bonaerense pasa a la Isla.

Al invadir el coronel Núñez lo acompaña y asiste a toda la cruzada hasta el día de su muerte. También le tocó formar entre los confinados de Artigas; pero Sellanes que era hombre de principios y de ideas propias vuelve al ejército, una vez consumada la culpable catástrofe, a órdenes del coronel Ramón Martirena. Entonces tuve ocasión de conocer íntimamente al capitán Sellanes y a buen seguro que además del cariño que le profesaba debí en esas circunstancias favores reales a su poncho guerrero que contra tantos fríos me escudara.

Mariano Sellanes cayó muerto sobre la línea enemiga, y de su valor se dice todo, exponiendo que fué el revolucionario que más avanzó.

El popular doctor Juan José Fleuris, enamorado de la tormenta y amante de todas las peripecias, tuvo fin digno de tan señaladas y peligrosas predilecciones. Soldado en sus mocedades había concurrido a la campaña del Paraguay como agregado al contingente brasileño. De aquella primera aventura conservaba un recuerdo de lanza en la pierna derecha. Más tarde, en nuevos ensayos, una bala le atravesó el brazo, sin mayor perjuicio. Por lo contrario, estas sabias advertencias del acaso, aguzaron los amores errantes de este curioso cruzado, y a pesar de su medio siglo largo, sienta plaza de voluntario en la columna reivindicadora. Asimilado al cargo de médico de la 1ª división, siempre la acompañó en sus salidas porque aquel viejo de exterior venerable, dueño de una hermosa barba blanca, hacía burla del peligro y del temor.

En Aceguá sigue a los suyos cuando el momento de moverse llega. Bajo el fuego cumple de la mejor manera posible y sin abandonar su filosofía de descreído altruísta, con los deberes de su noble ministerio. Acaba de curar a un herido y un balazo que le acierta en la cabeza pone instantáneo término a la vida de este desinteresado riograndense.

El doctor Fleuris bautizaba un tipo singular, mitad caballeresco, entusiasta por los bríos libertadores, y mitad desilusionado y escéptico.

¿Qué podemos decir que sea bastante expresivo de Teodoro Berro, de esa flor de esperanza con pétalos de encina que marchitó el invierno?

De sangre ilustre, su sacrificio estoico es digno de la descendencia del presidente mártir. Un niño, sin sombra de bozo todavía, casi fugitivo de la escuela por servir a la patria, lágrimas caídas del cielo deben regar el dominio de su fosa. A las órdenes inmediatas de su nobilísimo padre empuña las armas santas y en condición de soldado raso figura con arrojo de adolescente viril en todos los encuentros. Es en vano, las espadas de Toledo no desmienten su temple. En el Hervidero una bala máuser le ofende el muslo sin mayor gravedad.

Teodoro Berro ríe con tranquilo gesto al comprobar su desgracia. Desde esa fecha y por muchos días sigue al ejército, viajero en una volanta; pero repuesto, con rapidez de juventud, retorna a su división. Siempre le retoza en el rostro aquella sonrisa que no olvidamos, y merced a la cual desafiaban envidias sus lindos dientes. Al entrar en línea la 3ª división, Berro recibe un balazo mortal en la cabeza. El mayor Miguel A. Pereira lo saca aun con vida del campo; pero poco después aquel niño héroe reclinaba la blonda cabeza sobre el pecho y moría en brazos del doctor Joaquín Ponce de León.

Teodoro Berro partió a los diez y ocho años de edad. Homenaje de flores, de muchas flores, reclama aquella inocencia triunfante que escribió una página de honor republicano para volar muy lejos y tutelar a la patria desde allá arriba.

Al conocer su desgracia dijo el coronel Berro: «la patria es lo primero, después veré el cadáver de mi hijo.»

Frases como ésta han flameado en Esparta.

El alférez Teófilo Martínez, de 21 años, también tuvo destino infausto. Era del departamento de Florida y de los vencedores de Tres Arboles. Jamás olvidaré el espectáculo terrible que presentaba en esa tarde melancólica y fría, el cuerpo del leal compañero, cosido en un cuero de vaca, con la melena flotante en bucles rubios y naturales sobre la frente tostada, mientras su padre, el comandante Teófilo Martínez, entregado a justas desesperaciones se agarraba enloquecido la cabeza cana.

Al acercarme hacia donde él estaba recuerdo que me dijo:

—Herrera, voy a pedirle dos favores que nunca dejaré de agradecerle.

Se me ocurrió tan raro eso de que uno pudiera aparecer rindiendo servicios de bulto en aquella precaria situación, que contesté sorprendido:

—Diga lo que guste comandante. Hábleme que haré lo posible por serle útil.

—Bueno. Mire, dígame la verdad, si esta noche se resuelve llevarle una carga a Muniz avíseme porque yo quiero vengar la muerte de mi pobre hijo, de este infeliz muchacho que balas traidoras me han arrebatado.

También le pido que si algún día Vd. escribe sobre estas escenas terribles, tenga una palabra de recuerdo para nuestro compañero de armas, Teófilo Martínez.

Formulé promesa sincera de cumplir con ambas peticiones. Felizmente la primera perdió objeto; de la segunda, sólo sé decir que con estas líneas calurosas intento cumplirla.

Arturo Martínez, jovencito también, hijo del Salto, pagó su tributo a las tumbas. Subalterno del coronel Imas, avanza junto con éste. En la retirada, doblado por la fatiga, cae al suelo abrumado. Según cuentan sus compañeros, entonces el noble jefe, sin tiempo para nada, le dijo:

—Quédate y ríndete, hijo mío.

El valeroso voluntario no se levantaría más del suelo, porque fué apuñaleado en seguida. Nacionalista consciente, animado de los salvadores fanatismos honestos que garanten el triunfo de nuestro partido, Arturo Martínez era un creyente que muriendo con el símbolo de redención en la mano y el amor a la patria en el corazón dejó a su culto una memoria esclarecida.

ALBERTO MALDONADO

Al oscurecer y de pasada nos detenemos en el hospital de sangre establecido en la casa de Acuña, a conocer el estado de los heridos compañeros. Maldonado y Orique, tendidos sobre dos catres dentro de una misma pieza, tienen mal pleito lo mismo que el coronel Imas, colocado en una habitación inmediata. A la pregunta que le dirigimos atribulados interrogándolo sobre su salud, contesta Maldonado:

—Me han embromado, muchachos. ¡Me muero!

Llenos de indecible angustia volvemos al campamento, pues nada podemos hacer allí. Son las ocho de la noche y aun se oyen algunos disparos perdidos. El duelo había sido a la antigua.

Creyendo soñar recapacitamos sobre los sucesos del día.

¡Cuántos muertos queridos! Ese gobernante infiel de Montevideo, cuántas culpas tiene ganadas, cuántos ríos de sangre ha hecho correr sin impresionarse!

A la mañana siguiente nos despertamos con otra noticia fúnebre: Maldonado ha rendido sus energías a las nueve y media de la noche.

Al morir alcanzó a contraer sus labios para pedir *aire, más aire*, como si lo ahogara su agonía que debía ser y fué dulce y tranquila. Con Alberto Maldonado se quebró el molde de una interesante personalidad. Aquel joven de gallarda figura, llevaba escrita una melancolía inextinguible en su rostro sin dobleces como su corazón nutrido en la bondad. Los que fuimos sus amigos sabemos que un profundo dolor, acrecentado con el correr de los meses, mordía implacable su espíritu de hierro, porque donde todos encontrábamos la página triste, es cierto, pero culminante de su existencia, el párrafo más expresivo de geniales purezas, Maldonado recogía luto y gotas de llanto. Nacido para agitarse en dominio de borrasca, ni sus primeros años escapan a las esclavitudes de intensas penas. Siendo un niño sienta plaza de voluntario en el batallón 3º de Cazadores, destacado de servicio en el Salto, ciudad de su cuna.

Hechos desdorosos para el buen hombre de nuestra milicia, que allí presencia, el espectáculo de bárbaros castigos infligidos a infelices soldados, subleva sus sentimientos y lo aparta para siempre de las filas, rompiéndose así el desarrollo natural de una insistente preferencia por la carrera de las armas. Protagonista poco después en ocurrencias dramáticas, tan fatales cuanto resonadas, pasa largos días recluído en la cárcel de Montevideo espe-

rando a que nuestra justicia morosa extienda decreto a favor de su inocencia. Ella no se hace esperar, completa y reparadora. Vuelto a la circulación, más fuerte y más acreedor a unánimes respetos, prosigue el camino buscando en el calor incesante de las batallas de la vida, bálsamo para sus sufrimientos. Pero ellos son rebeldes al mandato de la voluntad y como las heridas ganadas en la guerra, que supuran periódicamente dolores, pagando tributo al frío de todos los inviernos, sus congojas morales no admiten punto final de anhelados alivios: a cada momento hierve su espíritu. Por eso era emblemática de un lamento aquella sonrisa esquiva que cruzaba a veces por sus labios, con la dificultad de un esfuerzo. Absorbido por entusiasmos activos, se dedica a la práctica judicial para arrancar al peligro de injustos veredictos a más de una encausado sometido al azar de las defensas de oficio. Hasta entonces poco ha dicho con referencia a sus afecciones políticas, porque para unidades de su temple las manifestaciones verbosas y ardientes sobran cuando la sinceridad de la predilección íntima no conoce el entreacto de un eclipse: llegado el momento se sabrá quienes son los partidarios.

Realizada la invasión, Maldonado es de los pocos voluntarios felices que consiguen incorporarse a los suyos. A las órdenes de Saravia asiste a la batalla de Arbolito para acreditar en aquella circunstancia ruda que su pregonado valor no tiene asiento de mentira. Con idéntico brillo figura en Cerro Colorado; más tarde en Cerros Blancos todos pudimos admirarlo paseando su extraordinaria serenidad, indiferente al concierto terrible de las balas. En esa fecha era ya ayudante preferido del noble comandante Lidoro Pereyra. Pero en las escaramuzas que procedieron al asedio del Salto fué donde Maldonado coronó su acentuada reputación. Con menos de un centenar de subalternos puso en desbande a fuerzas gubernistas muy superiores, destacadas en descubierta del enemigo. El coronel Lamas, que tenía la virtud difícil de hilvanar con trabajo un elogio, dirigió en esa oportunidad conceptos de especial aplauso

al audaz y joven guerrillero. De retorno a las regiones del este, un oficial riograndense regaló a Maldonado, al pasar por Rivera, un uniforme completo de paño blanco. Al ver al compañero vistiendo aquellas ropas tan llamativas todos insistimos cariñosamente en lo evidente de su impropiedad; pero a las distintas indicaciones en ese sentido sólo contestaba con frases despreocupadas.

En Aceguá, como en anteriores choques, Maldonado entró en línea de puro aficionado: su papel no estaba allí. Al paso de su caballo avanza hacia el fuego, luciendo su flamante uniforme y confiado en sí mismo. Incorporado a una guerrilla desenvaina la espada y toma puesto a su cabeza cuando el oficial que la manda, de nombre que queremos olvidar, vuelve la espalda a sus soldados y al honor. En esta situación dirigente, mientras estimulaba con el ejemplo al sacrificio, es herido de gravedad en el estómago. Nada dice. Tal vez no puede expresar una protesta, que su espíritu no burila, contra destino tan adverso. ¿Acaso él no lo había querido así?

Desde ese instante vivió en las fronteras de la muerte. Pocas horas más tarde la obra tenía su desesperante epílogo y del capitán camarada sólo quedaba la memoria de sus noblezas y escrito sobre despojos mortales un alto ejemplo de virilidad ciudadana.

Alberto Maldonado era por sus condiciones salientes un elegido de la suerte que con toda certeza no hubiera defraudado nunca sus prestigios de juvenil promesa. Generoso en todo y para todos, su bolsillo carecía de costuras y su criterio repudiaba las pasiones ácidas tan corrientes. De guapeza superior al concepto vulgar y amante en alto grado de la milicia, para él guardaba el ejército un puesto de honor; y si de esto pasamos a la apreciación de sus capacidades jurídicas diremos que también el foro le reservaba una plaza distinguida. Pero la sonrisa amarga del infortunado amigo que se fué, da tal vez el secreto de su impresionante partida. Con Maldonado desapareció un caballero andante del deber.

RAMON ORIQUE Y NICOLAS IMAS

Por la tarde, la luz del cielo al retirarse del haz de la tierra arrastró consigo, como prenda de victoria, al espíritu selecto de Ramón Orique.

Este nombre agrega nuevo eslabón a la cadena larguísima de los mártires de la idea en nuestro país. Hijo de Minas, aquel dignísimo joven fundó *La Voz del Pueblo*, en colaboración con su hermano, para levantar frente a todos los desórdenes de una época desquiciada el eco de censuras imperturbables, la verdadera *voz del pueblo* que partió de columnas periódicas valientes y serenas. Si importa sacrificio el sostenimiento de propagandas honestas en el seno mismo, moderado y contenido de la capital, doble, triple mérito ganan las hojas impresas del interior del país, expuestas, en castigo de sus manifestaciones emancipadas, a riesgos atemorizadores. Por eso resalta tan simpático como acreedor a ferviente aplauso el contingente precioso aportado por la prensa departamental. Algo más que virtud se requiere para desafiar las iras del mandón local, ofender en sus ilegítimas pretensiones al cacique inmediato, exhibir nervio en el párrafo y abocarse al juego de miserables venganzas. Pues Ramón Orique fué uno de los iluminados que siguieron esa senda, inflexibles en el empeño honrado. Desde su modesta tribuna agregó esfuerzos al afán de la patria, puso el oído a sus lamentos y pugnó en el campo de la idea por preparar un lecho de blanduras para aliviar los dolores de esa misma emperatriz del ensueño nacional. Con igual ardor y robustez de pensamiento estimuló más tarde al conflicto sangriento cuando sólo a ese precio pudo prepararse la igualdad ante la ley de todos los orientales. Adherido a la división de su departamento. Orique concurre a la campaña desempeñando en diferentes ocasiones difíciles, lucidísimo papel. El día de Aceguá una bala le atravesó la cabeza, casi de sien a sien, como si supiera que en aquella región

del organismo tenía asiento una inteligencia enemiga irreconciliable de los enemigos del país. Privado del habla, Ramón Orique tuvo su lecho de sufrimiento a los pies del de Maldonado, tardando muy poco en esfumarse como aquél en el infinito del misterio. Si hay alguna verdad en el simbolismo corriente que representa a la muerte, esa madre de los sepulcros, redoblando sus satisfacciones, cuanta mayor es la calidad de sus presas, ella debió experimentar diabólica alegría al saber rendidos con Ramón Orique a media docena de robles.

¿Es necesario vertir algunos conceptos de alabanza, pálidos en este caso, para saber cuanto valía el perdido coronel Nicolás Imas? De ninguna manera; aquel hombre superior se había impuesto por sí solo. Del ejército sé decir que en un mes de campaña él llegó a tributarle el sufragio de unánimes simpatías, y de la opinión, las crónicas cuentan que ella tuvo preferencias exquisitas con el veterano del honor militar.

Gajo fuerte de una honorable familia del departamento de Soriano, desde niño se vincula a la carrera de las armas. Bautiza sus amores cívicos concurriendo a la defensa del buen gobierno primero, luego, en 1870, se embandera, sin sentirse asaltado por una vacilación, en el movimiento revolucionario que la justicia ofendida había decretado. Entonces pone piedra fundamental a su largo prestigio. Guerrillero incansable, pronto siempre a tomar parte en expuestos ensayos, repudia las tranquilidades sedentarias del campamento para buscar en el encuentro marcial, en andanzas y románticas concepciones, tela para su pujante espíritu de hazaña. Así, soñando siempre con éxitos bien comprados, desfilan por él sin sentirlos los dos años de rudo batallar.

Cuando llega el día de la paz, el partido Nacional tiene ya en Nicolás Imas un jefe de alto renombre. La notoriedad de sus audacias que lo empujan hasta a provocar una noche, en compañía de tres o cuatro, el desorden en las filas enemigas, sofrenando el caballo y su locura sobre los fogones adversarios, la proverbial

corrección de sus procederes sin tacha, y el reiterado brillo de las insignias que ostenta, hacen de este afiliado una sólida columna.

Imas nunca denega su contingente en posteriores esfuerzos reivindicadores. Soldado de la buena causa, en el sentido más alto de la palabra, antes que hijo fervoroso de su partido es servidor sumiso de la patria. El desastre del Quebracho colma la medida de sus desencantos. Desde adolescente luchó por la felicidad nacional y ya su rostro noble viste canas anunciando el descenso de la escabrosa montaña, sin que se cumpla el ensueño de los buenos. ¡Pobre tierra y pobre destino! Reducida a jirones gloriosos la bandera de purificación y sembrado el desconcierto en las legiones, Nicolás Imas, cuyos afectos ciudadanos no amainan velas, sigue el camino de una emigración voluntaria, si voluntaria puede ser la desgracia. En lejanías extrañas reinicia a mitad de su vida, una labor continuada que nunca será bastante absorbente para extinguir el fuego nostálgico de epopeyas bien dictadas. Bajo otro cielo más hospitalario pero menos lindo que el nuestro, desarrolla sus actividades honestas, reprimiendo tal vez con dificultad el estallido de una cólera cuando mira hacia su país que hace de éstos, perseguidos, y señores regalados, de aquéllos; que lanza al ostracismo a los virtuosos y llama a su seno a los culpables. El frío de esta cruel verdad empuja al excepticismo a cualquiera; por eso el coronel Imas recibe con valederas dudas las noticias de la invasión en ciernes. Pero cuando la promesa cristaliza y un torbellino de temeridad cruza las cuchillas de la tierra tocando generala en lo alto de los cerros, él ya no puede reprimir sus bríos y por cuenta propia, sin hacer blasón aristocrático de la graduación que le pertenece, prepara un contingente redentor.

Ni la experiencia de acumuladas adversidades, ni el escozor de las nativas injusticias, ni la falta de elementos, constituyen argumento para aquel espíritu fundido en acero. Sólo el fantasma de la miseria de sus hijos huérfanos pudo quizás despertar una perplejidad en el alma del caudillo caballero; pero nada es más imperativo que el mandato de la patria.

Incorporado el coronel Imas, todos los veteranos que han sido sus compañeros en arrogantes episodios, lo rodean afectuosos y le abren espacio distinguido en las filas. Como ya lo hemos visto, el 8 de julio la gente de Mocoretá ocupa la vanguardia en el sacrificio. Allí en una hora, el coronel Imas hizo retoñar sus antecedentes vigorosos llenando una página que orla el pundonor. A pesar de los lustros pasados batiendo sin cesar el yunque del trabajo, el oído del patriota conservaba la reminiscencia de los toques heroicos, y sin saberlo, sin quererlo, exaltado por el silbido rememorativo de las balas, ordena un avance resuelto, sin precedente de atrevimiento en las filas revolucionarias. El enemigo retrocede; los pocos voluntarios sienten el peso de la fatiga; escasean las municiones, y se está lejos de la protección; pero nada importa, el coronel Imas, orgánicamente valiente, nada de eso piensa ni concede. Y así, haciendo de su hermosa pera blanca, bandera de vanguardia, avanza por cuadras y cuadras para dejar sobre las trincheras de Muniz, con el cuerpo del malogrado Mariano Sellanes, testimonio irrecusable de su triunfal empuje. En el retorno pierde algunos soldados, y cuando zahumado de gloria está a un paso del fin de la jornada, cae al suelo mal herido.

Cuentan sus inferiores que momentos antes, como picara una bala a su frente, había pisoteado radiante ese mismo punto con entero desprecio de la vida y de la muerte.

Conducido a la casa de Acuña, pronto empezó la agonía de aquel hombre ejemplar que aceptaba tranquilo su lote de injustos contrastes, diciendo:

—¡Estos son gajes del oficio!

A los dos días la peritonitis consumó su negra labor en provecho único del catálogo cívico: el pueblo disponía de nuevo altar y la causa ganaba otra memoria excelsa.

El nombre fulgurante del coronel Imas tiene ya perfume de enseñanza.

Teodoro Berra y Teófilo Martínez, fueron velados juntos.

Sobre una mesa tosca, sin ningún atributo simbólico, huéspedes ya entre los suyos, uno junto al otro, parecían dormir aquellos llorados compañeros. El 9 se les enterró a unos cuarenta metros de distancia de la casa de Acuña. Ellos con Maldonado ocuparon tres fosas paralelas que desde el 11 tendrían al frente, destacada en avanzada, la del coronel Imas. Recuerdo aquella ceremonia como una de las escenas más tocantes que he presenciado. Con dificultad se habían conseguido algunas tablas aparentes para hacer con ellas un cajón que guardara los restos de Maldonado. Pronta ya la obra se le condujo a pulso. Por todo cortejo seis u ocho paisanos cerraban la marcha, que en época de guerra no hay tiempo para cumplir con los deberes del afecto. Vestido con su uniforme blanco — esa enseña de pureza le pertenecía — con la negra melena echada hacia atrás, luciendo la frente alta y el contraste de su palidez, costaba reconocer perdido al oficial más gallardo y más popular del ejército. En estos casos no es cobardía dar vuelo a una lágrima como engarce de un dolor.

Al inhumarse los despojos de Teodoro Berro, su padre presente pronunció estas palabras tranquilas cuya audición hizo aún más conmovedor el cuadro:

—«Sangre de mi sangre, que todos los que lleven tu nombre sepan honrarlo tan bien como tú lo has honrado y sirvan a tu patria tan bien como tú la has servido.»

Arturo Ramos Suárez y Ramón Orique fueron enterrados en fosa aparte cerca de la casa de Garmendia.

Allá reposan todos ellos en los confines de la tierra por cuya libertad se sacrificaron.

Allá debe ir a buscarlos algún día el agradecimiento del pueblo que los contó entre sus mejores hijos. Mientras tanto esos restos honrados que la borrasca nacional esparció sobre el borde fronterizo, señalan al extranjero, desde lejano punto, la efectividad de una inmolación sin posible olvido y la fuerza inextinguible de un ideal.

Por parte de los gubernistas cayó en Aceguá el oficial Jorge Smith, perteneciente al regimiento 3º de Caballería. Discípulo de la Escuela Militar, era éste un joven de calidades distinguidas, que prometía mucho en beneficio de su clase. Esas desapariciones prematuras son siempre sensibles. Poco después falleció en el Hospital de Montevideo, de resultas de su herida, el teniente Möller, otro oficial igualmente correcto.

En su parte de la batalla Muniz confiesa 6 muertos y 35 heridos. Puede ser exacto ese dato aunque no concluimos de creerlo así por aparecer muy reducido el total de los primeros. Alrededor de 15 muertos tuvo la revolución y de 30 a 40 heridos. Recorriendo la lista del ejército encontramos los siguientes nombres que agregar: entre aquéllos: Elías Velazco, Bibiano Guerrero, Nieves Ramírez, Pedro Montes de Oca, Isaac Reyes, Pascual Torres, y entre éstos: Bernardo García, José Avellanal, Juan Francisco Milles, Durante, Bernardo Rospide, Alfredo Apolo, Abelardo Martínez, Pedro Gosurreta, Tiburcio Pereyra, Rodolfo Legeren, Alberto Roger, Primitivo Moreira, Gervasio Domínguez, Juan González, Bruno Olarriaga, Francisco Pais, Domingo Larrán, Pedro Puchetti (también en Cerros Blancos), Gabriel Martínez, Honorio Aguilar, Alejo Puchetti, José Melo, José L. Tabares.

Repetiremos que la batalla de Aceguá nunca se pensó librar. Ni el adversario ni los nacionalistas la querían; pero una guerrilla trajo otra y pronto degeneró en lucha cruel el simple tiroteo de un principio.

ARMISTICIO Y BASES DE PAZ

La situación de Muniz era realmente crítica. Aislado en un extremo del país, a más de cincuenta leguas de un centro ferroviario, escaso de municiones y sin caballos, nada que no fuera una defensiva desesperada, que nunca sabría rehuir, le restaba por hacer.

De estas duras perplejidades vinieron a sacarlo, con agradecida oportunidad, las gestiones pacificadoras de los emisarios.

Estos habían conferenciado el día 7 y durante la marcha con los jefes del ejército a los que encontraron accesibles dentro, por supuesto, de lo decoroso. Si la prolongación indefinida de la lucha armada prometía indudables perjuicios para el país, ellos estaban prontos a ponerle fin en el entendido de que se alcanzaría el advenimiento de nuevas prácticas en el gobierno, requiriendo para el efecto las correspondientes garantías.

Una visita, por parte de los pacificadores, al campamento enemigo, hizo más viable el plausible empeño perseguido.

El general Muniz aceptó las proposiciones del caso pidiendo por telégrafo a Idiarte Borda permiso para acordar una suspensión de hostilidades. Como el 15 se recibiera una respuesta afirmativa, al siguiente día firmóse el documento preliminar que transcribimos:

« Convenio de armisticio en Aceguá, quinta sección de Cerro Largo, 16 de julio de 1897. — Nosotros, Aparicio Saravia y Diego Lamas, Comandante en Jefe y Jefe del Estado Mayor, respectivamente, del Ejército Revolucionario denominado Nacional, por una parte, y por la otra Justino Muniz, General de Brigada y Comandante Militar del departamento de Cerro Largo, autorizado en debida forma, promediando la intervención patriótica del doctor Aureliano Rodríguez Larreta, hemos celebra el siguiente convenio de armisticio que al efecto autorizamos:

« Cláusula primera: El plazo de la plena suspensión de armas es de 20 días, feneciendo por consecuencia el día 5 de agosto próximo a las doce del día.

« Segunda: Tanto las fuerzas del gobierno como las revolucionarias en el país permanecerán donde se encuentran, salvo la mudanza de campos necesarios a los parajes y demás conveniencias de las tropas.

« Tercera: El núcleo principal del ejército revolucionario que se denomina Nacional, se retirará 40 kilómetros en dirección al

rumbo que trajo para ocupar su campo actual donde cumplirá este convenio.

« Cuarta: Ambas partes se comprometen: la primera a impartir las órdenes necesarias para dar estricto cumplimiento a lo acordado, y la segunda a trasmitir al Superior Gobierno este pacto de armisticio por la vía más breve a efecto de que reciba su solemne sanción y cumplimiento.

« Quinta: En fe de lo cual firmamos el presente, excepto el general Muniz que por no saber lo verifica en su nombre el capitán Cándido Viera, en tres ejemplares, uno para cada contratante y el tercero para el doctor Rodríguez Larreta, que también suscribe el presente.

Aparicio Saravia — Diego Lamas — A ruego del general don Justino Muniz, *Cándido Viera — A. Rodríguez Larreta.*»

Este acuerdo se firmó en el campamento de la división de Basilisio Saravia sin que se vieran las partes signatarias.

Sería incurrir en falsedad decir que por ambos lados no se recibió con satisfacción la noticia de tan promisoria armonía. El ejército revolucionario que por cinco meses peleara solo y en condiciones siempre desventajosas, con una continuidad desconocida en nuestros anales guerreros, había ganado el derecho a ese reposo, momentáneo o no.

Veamos ahora el texto de las bases presentadas a la consideración del general revolucionario, por el doctor Rodríguez Larreta:

« 1º El ejército revolucionario renuncia a la lucha armada y acepta, como base para la pacificación del país, a los poderes actualmente constituidos.

2º El Presidente de la República, haciendo uso de sus facultades constitucionales, e interesado como uno de sus más altos deberes en la pacificación de aquella, proveerá las Jefaturas Polí-

ticas de seis departamentos con personas de respetabilidad que militen en las filas del partido revolucionario, siendo la designación de estas personas materia de acuerdo confidencial anexo.

3º El Cuerpo Legislativo, o una mayoría considerable de su seno, cooperando por su parte al restablecimiento de la paz, contraerán el compromiso solemne de elegir Presidente de la República en la próxima elección presidencial de marzo de 1898, a uno de estos tres ciudadanos: doctor don José Pedro Ramírez, don Tomás Gomensoro o don Jacobo A. Varela.

4º El Presidente de la República declara que, por el hecho de la cesación de la lucha armada, todos los orientales quedan en la plenitud de sus derechos civiles y políticos, cualesquiera que hayan sido sus actos políticos y opiniones anteriores.

Como consecuencia de esta declaración se mandará sobreseer en toda causa política o militar procedente de la lucha actual, ordenándose que nadie pueda ser procesado ni perseguido por actos u opiniones políticas anteriores al día de la pacificación.

5º El Presidente de la República declarará, como consecuencia de la cláusula anterior, que quedan repuestos en sus antiguos grados todos los jefes y oficiales que por cualquier causa o motivo político los hubiesen perdido, con derecho a que se ordene la liquidación y el pago de sus haberes, contándoseles el tiempo desde la fecha en que fueron dados de baja.

Esta concesión se hará extensiva a las viudas e hijos de los que hubiesen fallecido.

6º El Gobierno acordará la suma de *doscientos mil* pesos que se llevará a cuenta de gastos de pacificación, depositándolos en un banco de la capital, donde estarán a la disposición de una comisión que designarán los jefes de la revolución.

7º El país confiará la solución de sus grandes problemas al gobierno que se constituya el 1º de marzo de 1898, esperando que

se atenderá ante todo a la reforma de la ley electoral en vigencia actualmente, a fin de que todos los orientales, sin distinción de colores políticos, estén garantidos en el derecho del sufragio, que es el derecho político primordial, y cuyo uso legítimo aseguraría para siempre la paz interior.

8º Las condiciones practicadas para llevar a cabo este acuerdo, serán materia de un acuerdo adicional, que oportunamente se pactará.

Estas son las condiciones que juzgo, como he dicho al comenzar, que pueden poner término a la lucha actual que amenaza causar la ruina del país.

No he conversado personalmente con el Presidente de la República, y mi gestión en este caso es completamente oficiosa; pero puedo asegurarles a ustedes que el señor Borda, como todos los orientales, desea y anhela el restablecimiento de la paz, preocupándole solamente el sostenimiento de la autoridad que inviste y que él considera como un deber ineludible de su parte.

En esta excursión voluntaria en la que he cruzado una gran parte de la República, he encontrado que el deseo de la paz y de la concordia entre los orientales es un clamor en que se unen las voces de todos sin distinción de opiniones ni de condición civil y militar.

Espero, mis distinguidos señores, que ustedes me harán la alta distinción de prestar atención a esta gestión de mi parte, a la que me he resuelto movido solamente por el amor a mi país, el cual por el camino en que va, marcha a su aniquilamiento total poniendo en peligro hasta su existencia como nación.

Confiado en que ustedes se dignarán trasmitirme sus ideas por escrito, para emprender en seguida mi viaje de vuelta a Montevideo, me es grato saludarles con mi mayor consideración.

A. Rodríguez Larreta.»

A nota tan sugestiva para el patriotismo contestaron como sigue los jefes de la revolución:

« Aceguá, julio 8 de 1897.

Señor doctor don Aureliano Rodríguez Larreta:

Presente.

Distinguido ciudadano:

Tenemos el honor de contestar a la comunicación escrita en que usted sienta las condiciones en que cree podría terminarse la lucha armada entre un partido que sólo aspira a devolver al país el pleno goce de sus derechos e instituciones, y el gobierno de Montevideo.

En general, consideramos aceptable el espíritu que informa esas bases, y que a nuestro juicio deben modificarse parcialmente en la siguiente forma:

a) El Cuerpo Legislativo contraerá el compromiso solemne de elegir Presidente de la República para el próximo período al ciudadano don José Pedro Ramírez.

b) Inmediatamente después de firmado el tratado de paz, el Poder Ejecutivo proveerá las Jefaturas Políticas de ocho departamentos designados como siguen: San José, Florida, Minas, Flores, Rocha, Treinta y Tres, Cerro Largo y Artigas, debiendo recaer en ocho personas cuyo nombramiento será materia de un acuerdo confidencial con la autoridad superior del partido.

c) El gobierno de Montevideo declarará derogado todo decreto o resolución superior por los cuales hayan sido dados de baja los jefes y oficiales de línea incorporados hoy al Ejército Nacional, y en consecuencia se ordenará la liquidación e inmediato pago de sus haberes como si hubieran estado en actual servicio. Esta concesión se hará extensiva a las viudas e hijos de los que hubiesen fallecido.

d) El país confiará la solución de sus grandes problemas

políticos y financieros al gobierno que se constituya el 1º de marzo de 1898, y el Partido Nacional espera que se atenderá entonces ante todo a la reforma de la ley electoral vigente, a fin de que todos los orientales, sin distinción de colores políticos, estén garantidos en el derecho de sufragio que es el derecho político primordial, y cuyo uso legítimo aseguraría para siempre la paz interior del país.

Estas son las modificaciones que creemos deben hacerse a las bases que usted nos indica.

Deseamos como orientales y como miembros del Partido Nacional que la autoridad superior del mismo las encuentre igualmente aceptables, pues si las bases a estipularse se cumplen lealmente, no habrá motivo para proseguir la guerra, y el país con el esfuerzo pacífico de todos los hombres de buena voluntad podrá reponerse de todos sus quebrantos.

La misión que ha traído a usted al seno del Ejército Nacional, los antecedentes cívicos que tanto honran su personalidad política y sus condiciones personales de perfecto caballero, son causas bastantes para que desde el primer momento hayamos prestado a sus insinuaciones la atención que se merecen.

Sea cual fuere el resultado de estas gestiones, ellas serán siempre un timbre de honor para el hombre público que las ha iniciado sin más miras que la felicidad de la patria.

Saludamos a usted con nuestra mayor consideración.

Aparicio Saravia, Diego Lamas.»

No cabe pedir respuesta más encuadrada dentro del desinterés. Fuera de la petición, perfectamente legítima, de ocho jefaturas sobre diez y nueve, los nacionalistas proponían modificaciones complementarias en beneficio exclusivo del país y por encima de preferencias parciales. La primera variante, por la cual se levantaba la candidatura del doctor Ramírez para la presidencia inmediata, entraña un timbre de honor republicano para el partido

en armas. Empezaba éste, además de no pedir para sí ese puesto culminante, por cerrarse voluntariamente cualquier probabilidad en ese rumbo ofreciendo el caudal de sus sufragios a una personalidad muy caracterizada, es cierto, pero distante de sus filas y hasta contada años atrás en el número de los adversarios más recalcitrantes y apasionados.

Siempre deseoso de fundar la felicidad pública sobre ancha base de concordia, el Partido Nacional sacrificaba sus predicciones corporativas. En la otra variante principal se acentúa el anhelo de una amplia reforma electoral. Ninguna exigencia de orden fraccionario, excepto la indispensable garantía para los oficiales de línea militantes en las filas libertadoras, figura en el documento comentado. *Todo por la patria:* desde principio a fin esta inscripción de muchas divisas fué el lema de la cruzada.

Recordemos, como observación útil, que ni Saravia ni Lamas desconocían en esta exposición preliminar a las autoridades civiles del movimiento. Más aún; a su criterio superior sometían la solución del trascendental asunto en trámite.

Pero ninguno de los pliegos de condiciones presentados merecería la aprobación de los usurpadores que nunca quisieron tomar altura. Descartando las diferencias secundarias, había un artículo, el referente al compromiso de voto parlamentario en favor de uno de tres ciudadanos honestos designados, que aseguraba el rechazo de la negociación por parte de los oficialistas.

Fuera de la tenacidad opositora del bordismo soberbio, mediaba la negativa radical del señor don Miguel Herrera y Obes, ministro de gobierno del régimen dominante. Hermano del ex mandatario de ese mismo apellido, pero mucho menos inteligente aunque tan aspirante, soñaba ya este funcionario con la futura presidencia. Después de la elección estruendosa de Idiarte Borda, extraño a todo merecimiento, nada podría sorprender y la efectividad del mando supremo quedaba a merced del más audaz.

El doctor Miguel Herrera tembló ante la perspectiva de que

se perdiera en un minuto de patriotismo su fatigosa elaboración presidencial. Por eso, enceguecido por el interés bastardo, rehacio al consejo tranquilo y a los mandatos rectos de la conciencia, puso todas sus energías al servicio de una hostilidad constante a la paz, sin comprender en su delirio ambicioso, que nada ni nadie podría modificar el curso de los acontecimientos, francamente desatado en un sentido de reconciliación decorosa.

Dura responsabilidad, que pesa sobre la reputación de un hombre público tanto como una piedra atada al cuello del nadador, la de oponerse al reinado de la fraternidad entre hermanos!

Por otra parte, las cámaras protestaron de la cláusula que estipulaba el mandato imperativo para la elección presidencial. Si dentro de las agitaciones políticas normales ese mandato debidamente otorgado no inmola ningún principio moral, dentro de la anormalidad imperante, en las circunstancias a que referimos, menos podía entrañar peligros. Se trataba de una concesión extraordinaria en provecho exclusivo del país. Además, la simple realidad de una gestión sostenida oficialmente con los revolucionarios, es decir, con ciudadanos hasta entonces rebeldes al reconocimiento de la autoridad constituída, exhibía la prueba más acabada de los momentos especialísimos porque se atravesaba.

También diremos, que prestan pie a referencias irónicas los pujos susceptibles de un parlamento compuesto de entidades políticamente degeneradas, en lo que refiere a aquellos de sus miembros allí sentados, explotadores del título de nacionalistas que usurpaban, y de hechuras mansas del poder en lo que dice a sus elementos colorados.

Más depresiva, por cierto, de la integridad de aquel cuerpo legislador era la tutela oprobiosa de Idiarte Borda, que la elección del doctor don José Pedro Ramírez aclamada por el país, fuente exclusiva de la soberanía.

LOS COMISIONADOS GOLFARINI Y HERRERA

Siendo imposible arribar a una solución, a pesar de todos los esfuerzos ejercitados, el doctor Rodríguez Larreta, insistente en su noble afán, se embarcó para Buenos Aires a fin de ponerse al habla con los miembros del Comité Revolucionario, cuyas decisiones acataba en absoluto el ejército ciudadano. Aunque muy poco era posible esperar del Gobierno, dada la terquedad hostil de sus integrantes, aquella corporación, a fin de acreditar el desinterés de sus propósitos, resolvió concurrir eficazmente al robusto intento. Para ello delegó su representación en los doctores Juan Angel Golfarini y Juan José de Herrera que partieron sin demora para Montevideo.

El 3 de agosto se entrevistaron los comisionados con el presidente. Esta conferencia permitió abrigar algunas esperanzas de arreglo. En nombre de sus compañeros, expuso el doctor Herrera al señor Borda los anhelos comunes abundando además en manifestaciones excluyentes de inoportunas asperezas partidarias. El deseo venturoso de fundar la paz entre los orientales debía anteponerse a exigencias accesorias, hijas de un mal entendido amor propio. La revolución ni estaba vencida ni dispuesta a rendir las armas a no mediar un acuerdo basado en mutuas concesiones. De consiguiente, al gobierno correspondía contribuir desde su esfera a la preparación de ese avenimiento, sin rudezas extemporáneas y alejando del tapete de la discusión negativas delincuentes.

El señor Borda escuchó atento y hasta complacido estos y otros comentarios coadyuvantes, hechos en forma delicada y culta. Más aún, hasta estuvo de acuerdo, de palabra, en la necesidad urgente de llegar a la pacificación del país.

Suspendida la conferencia en condiciones preliminares auspiciosas, son advertidos esa misma tarde los comisionados de que en un *memorándum*, que deberán presentar al Ministro de Gobierno,

representante del oficialismo en la negociación, pueden exponer las bases que sostienen. Mal presagio. Un arreglo que pudo sancionarse gratamente, en la intimidad calurosa que reclaman las diferencias de familia, se entregaba de sopetón al trámite ceremonioso y helado de las notas oficiales.

En consecuencia de aquella determinación, el 5 de agosto, día en que caducaba el armisticio, presentaron los comisionados la siguiente nota acompañando al *memorándum* que también transcribimos:

«Montevideo, agosto 5 de 1897.—Señor ministro: —Nos es muy agradable poner en manos de V. E. para que se sirva elevarlo a conocimiento de S. E. el señor presidente de la República, el adjunto pliego que contiene en forma de *memorándum* inicial las bases sobre que, en concepto de los abajo firmados, representantes del Comité Revolucionario, podría descansar la pacificación de la República y el cese del estado anormal en que ella se encuentra.

El cambio de ideas generales que nos ha sido dado tener con el presidente sobre tan trascendental asunto, la franca y leal cordialidad que a ellos ha presidido y la recíproca convicción manifestada de que la paz es posible por medio de un acuerdo fraternal entre las fuerzas políticas en armas, toda vez que a él presida un alto espíritu de equidad y de justicia, son circunstancias que nos hacen esperar que para unos y otros de los que de ellos nos ocupamos no han de ser insuperables las dificultades que pudieran estorbar la realización de los anhelos patrióticos que nos inspiran, y en que nos acompaña la aspiración general.

Para facilitar, por nuestra parte, la consecución del fin que nos proponemos, debemos hacer saber a V. E. y por su intermedio al presidente de la República, que en todo momento estaremos a sus órdenes como cumple a nuestro deber.

De V. E. muy atentos.

(Firmado), *Juan Angel Golfarini* —
(Firmado), *Juan José de Herrera.*

A S. E. el señor Ministro de Gobierno, doctor don Miguel Herrera y Obes.»

CONFIDENCIAL—«El Comité Revolucionario y las fuerzas en armas que le obedecen, nunca condenaron como conciliables con sus aspiraciones soluciones de paz que pusieran fin a la lucha cuando, en el concepto de que partieran esas soluciones de una exacta apreciación de los motivos que han producido la guerra civil, y de las circunstancias que constituyen la actual política de la república, ellos tuvieran por objeto llenar las aspiraciones generales del pueblo que, proscribiendo exclusivismos de partido y de bandería, desea, por sobre todo objetivo menos importante, asentar de una vez los poderes públicos gobernantes sobre las bases institucionales del régimen democrático honrosamente observadas.

En ningún momento ha dejado de ser el de la solución por la paz el medio preferido por la revolución en armas, tanto más cuanto que ésta ni debe ni quiere en caso alguno que, por la permanencia de la lucha con todos los sacrificios y ruinas inevitables en un estado prolongado de guerra, sufran hasta la extenuación los grandes intereses sociales de la nación que guía siempre un espíritu conservador y pacífico, que no actuará sino como elemento moderador de la política militante, pero que debe ser siempre factor esencial para la prosperidad de la república y sus destinos.

Ese elemento conservador ha formado entidad para hacer sentir tanto al gobierno como a la revolución la urgencia de llegar por ambos contendientes a una solución pacífica, que por su parte, no desea desatender el Comité Directivo de ésta.

Como queda manifestado, esta aspiración popular es conciliable con la primordial del Partido Nacional, y en este sentido se pronunció el mismo ejército revolucionario, como que él y el Comité que representan los infrascritos no a otra solución aspiran en lo general de sus anhelos, sino a aquella que en lo gubernamental consiga que vuelva el país a su quicio constitucional, de tal manera que, imperando las instituciones por sobre hombres y

cosas, los gobernantes y los gobernados a ellas se sometan, sin que ni unos ni otros se vean en caso alguno expuestos a limitaciones o defraudaciones en el ejercicio de sus derechos respectivos.

A ese fin es indispensable fijar en la ley la libertad absoluta de sufragio modificando fundamentalmente el régimen vigente, para que así se proscriban las candidaturas oficiales que vienen convirtiendo el poder público ejecutivo en poder absorbente y único por el hecho de quitarle a las agrupaciones populares el derecho a ser proporcionalmente representadas en la dirección de la cosa pública, corruptela funesta del régimen democrático no sólo en el orden político sino económico-financiero que debe en toda buena administración equilibrar prudencialmente los gastos de éstas con las rentas públicas, estricta y honradamente colectadas, sin que se traduzca nunca en extorsiones para las clases del trabajo y de la producción.

Por estas consideraciones generales que nada de exagerado encierran en relación a los reclamos de la opinión pública conciliables con la estabilidad del poder existente:

a) — Es condición principal que presenta la revolución para su desarme, la de que el poder público contraiga el más solemne compromiso ante el país, de proceder con urgencia en la forma que con los representantes de aquélla se pactara, a la confección meditada de una ley electoral que responda a los principios antes consignados y a su fiel ejecución.

b) — Se dictará también una ley que consagre de una manera bien garantida el registro cívico permanente, institución cuyas ventajas sobre el registro accidental están probadas por las prácticas de otras naciones.

c) — Se introducirán en el Poder Judicial todas las reformas capaces de darle la mayor respetabilidad, y para ello se procederá cuanto antes a la creación de la Alta Corte de Justicia, componiéndose su personal de los jurisconsultos de más nota que tenga el país, y cuidando de que, en la elección de éstos, se vea comprendida por igual la representación de los partidos populares.

La negociación que se abre por este memorándum debe tomar las apuntaciones que anteceden como bases para toda inteligencia posible; y como para llevarla a la práctica de buena fe se hace necesario entrar desde luego y en coparticipación del manejo de la cosa pública, de manera que inspire plena confianza a la opinión, se hace a la vez necesario que:

d) — En lo que al Poder Ejecutivo se refiere, y en uso el presidente de la república de sus facultades constitucionales, sea modificado por éste el personal de su ministerio, formándolo con la participación de dos titulares del Partido Nacional hoy en armas.

e) — El presidente de la república, haciendo también libre uso de sus facultades constitucionales, conferirá la administración de ocho de los departamentos, y por lo que falte de su período de gobierno, a ciudadanos afiliados al antedicho partido, debiendo esos departamentos ser los siguientes: San José, Florida, Minas, Flores, Rocha, Treinta y Tres, Cerro Largo y Colonia.

f) — El presidente de la república declarará que, por el hecho de la cesación de la lucha armada, todos los orientales quedan en la plenitud de sus derechos civiles y políticos, cualesquiera que hayan sido los actos u opiniones anteriores; y como consecuencia de esta declaración, se mandará sobreseer en toda causa política o militar, ordenando que nadie pueda ser procesado ni perseguido por actos u opiniones anteriores al día de la pacificación, y devolviendo la libertad a todo ciudadano que se encuentre en la actualidad forzado al servicio militar.

g) — El presidente de la república declarará como consecuencia de la cláusula anterior, que quedan repuestos en sus grados todos los jefes y oficiales afiliados a la revolución que por cualquier causa o motivo político los hubiesen perdido; cuyos jefes y oficiales tendrán derecho a que se ordene la liquidación del pago de sus haberes contándose el tiempo desde la fecha en que hayan sido dados de baja.

Esta concesión se hará extensiva a las viudas e hijos de los que hubieran fallecido.

h) — Bajo rubro de gastos de pacificación, se designará por el gobierno una suma no menor de 200.000 pesos oro sellado, como destino a gastos de revolución y para atender, dentro de dicha suma, a las viudas y menores de los que, en servicio de la revolución, han caído en la lucha, cuya suma será entregada al Comité en cuya representación firmamos el presente documento.

(Firmado) — *Juan Angel Golfarini.*
(Firmado) — *Juan José de Herrera.*»

Aunque más explícito en la forma, el fondo de este *memorándum* es casi idéntico al del pliego de condiciones presentado por Saravia y Lamas. En este nuevo texto simplemente se acentúan las reiteraciones tendientes a provocar en el gobierno una política más dilatada y por ende más en consonancia con las aspiraciones generales.

El 4 de agosto, el Cuerpo Legislativo dió un manifiesto dirigido al país, de redacción bien inspirada. Ese documento, abundante en protestas de concordia, contribuía a despejar el horizonte. Al siguiente día se efectuó un gran *meeting* para pedir la paz. El texto de la invitación publicada prestó motivo a una justa discrepancia en la que cupo parte acertada, a nuestro juicio, a los jóvenes de la Universidad. Los comerciantes en las convocatorias que suscribieron solicitaban «la paz a todo trance» mientras los estudiantes en situación semejante, abogaron por «la paz honrosa y estable». Aquéllos, preocupados por los perjuicios que acumulaba la guerra sobre las clases conservadoras, veían en la paz, obtenida de cualquier manera, un buen resultado; éstos pensaron al revés, que nada significaban los beneficios de la tranquilidad interna asentados sobre las ruinas de la moral política. Esta forma de criterio aunque a veces conduzca a los extremos del delirio radical — no

sucedió eso en el caso debatido — debe anteponerse a la otra, del interés mercantil, que sólo por egoísmo financiero, sin rendir un homenaje a los muertos, ni sentir amor hacia los vivos, ni poner una condolencia verdadera en las tribulaciones comunes, ni ofrecer un instante de atención a la salud del país, clamaba por la paz, fuere ella como fuere, antes que para detener la matanza entre hermanos, para interrumpir el sacrificio de las *haciendas* que turba las corrientes del cambio con el exterior.

La revolución, firme en su credo y fuerte en su derecho, el ejército ciudadano que jugaba la vida, siendo el único directamente perjudicado por la guerra, pues cada pelea fundaba un cementerio, daría, con posterioridad de días, una severa lección a a los pregoneros de la paz a todo trance, rechazando — sin abrir cálculo de recursos ni de probabilidades — por humillantes y arbitrarias, las condiciones de acuerdo presentadas como una migaja de misericordia por don Juan Idiarte Borda. El ideal reside en la cabeza no está en los pies.

El *meeting* fué una inmensa demostración de la angustia pública. Veinte mil personas desfilaron por la casa de gobierno en demanda de la unión entre los orientales. Pero el presidente, que nunca había conocido el poder de los anhelos populares porque siempre militó en filas bastardas, no supo sentirse emocionado ante aquella enorme expresión de un clamor.

El gobierno contestó al *memorándum* presentado por los doctores Golfarini y Herrera accediendo a las bases complementarias, pero rebajando de ocho a cuatro el número de jefaturas a adjudicar, debiendo reservarse de entre éstas, la de Cerro Largo para el general Justino Muniz.

Esta respuesta menospreciativa agregaba a la mutilación ligera de la proposición primitiva, la burla inaudita de hacer figurar a Muniz entre los hombres de la revolución. Ya lo hemos declarado con anterioridad, medien o no causas fatalísimas, atenuantes en alguna parte de los pecados del general de la Laguna

del Negro, es indiscutible, en el criterio de los nacionalistas, que Justino Muniz, el más furioso enemigo de sus correligionarios invasores, está disgregado en el hecho de su antiguo partido. Por causa de Muniz muchos hogares visten luto, y sea o no sea él traidor, jamás se abrirá un espacio para su persona en nuestras filas. Pues bien, a los pocos días del sangriento combate de Aceguá, Idiarte Borda tiene la osadía de hacer garantes del beneficio localista de Muniz, de su recompensa, a los compañeros de Imas, de Maldonado, de Ramos Suárez, de Orique y de otros; a los hermanos de tantas víctimas!

¿No merece acerado calificativo ese escarnio de la fidelidad y del cariño?

El doctor Herrera, ajustándose a las instrucciones recibidas y a los mandatos del pudor político, rechazó de plano esa propuesta denigrante en todos conceptos. No era cuestión de jefatura más o de jefatura menos, pero sí de alta delicadeza.

Acusando recibo de su categórica negativa, el Ministro de Gobierno, con fecha 8, no adelantaba ninguna insinuación amistosa; por lo contrario, haciendo pie de una nota intemperante del doctor Terra, miembro del Comité, decía: «El presidente me encarga conteste a usted que considera inútil e impropio continuar tratando un asunto para cuya gestión el doctor Golfarini y usted han venido a quedar completamente desautorizados por la declaración del mismo Comité que les dió su delegación.

En tal concepto, el señor presidente de la república da a su vez por terminadas las gestiones, y en su consecuencia procederá como mejor le convenga respecto de las operaciones militares de los ejércitos en campaña, llenando previamente las formalidades del caso».

La declaración a que hace referencia el ministro bordista señala una culpable ligereza. Habiendo renunciado el doctor Eustaquio Tomé y ausentes los doctores Golfarini y Herrera, había quedado vacante, aunque por días, la presidencia del Comité. La

fatalidad de los sucesos quiso que la ocupara entonces el vice, doctor Duvimioso Terra, quien a pesar de su galopante descenso político pudo embicar la nave en la costa volviendo de Artigas al seno de la corporación directiva del movimiento. Aunque los jefes de la revolución formulaban cargos insistentes contra la personalidad del Delegado, nada que no fuera un lamentable escándalo pudo hacerse. Así se explica la permanencia del doctor Terra en el Comité. Pecando de irreflexión autoritaria el mencionado, sin advertir una palabra a los comisionados, se permitió dirigir una carta algo más que impropia, al director de *El Diario* bonaerense, dando por terminada, porque sí y ante sí, la gestión pacificadora.

Esta actitud ilegal e impremeditada, o demasiado meditada, fué la flecha del partho, en lo que dice a los comisionados tan alevemente sorprendidos, y un golpe de maza dado sobre el corazón del país. Sin embargo, más perjuicios morales que materiales engendraría, pues el gobierno de la época ya había rehuído un arreglo tolerante.

Nada restaba por hacer. A pesar de ello, el doctor Golfarini, ya solo por renuncia de su colega el doctor Herrera, intentó buscar un avenimiento, sin obtener el más mínimo resultado. A pesar de haber vuelto de su actitud incorrecta el presidente provisorio del Comité, y de serle ratificado el poder para continuar las gestiones, al doctor Golfarini, éste recibió repetidas, groseras y culpables repulsas. En el gobierno había miedo de que se encontrara una fórmula de arreglo ¡era tan apasionado en su seno el hervor de las ambiciones personales!

Por un telegrama dirigido al general Saravia se le hizo saber el fracaso definitivo de las negociaciones, que renovaba el período de las operaciones bélicas, pues hasta entonces, estando en curso la gestión de paz, se había ido dilatando el término del armisticio.

De manera tan ingrata se cerraron el 9 de agosto estas primeras tentativas de acuerdo patriótico. Idiarte Borda y su Ministro de Gobierno fueron los principales responsables de este contraste

que venía a ahondar el cisma. A esa actitud desatentada los llevó su altanería opresora, su desmedida ambición y la creencia abrigada de que la causa revolucionaria estaba perdida. Confundiendo el desinterés con la debilidad, vieron un síntoma de derrota en la buena disposición de los delegados, que sólo atestiguaba alientos fraternales. Agitándose en un medio desordenado, ignoraban cuánto vale el empuje de los hombres libres; ignoraban que en las filas revolucionarias se aceptaba todo menos el peso de la coyunda; ignoraban el dicho magistral del coronel José González, la frase gaucha que repetía con tonos pintorescos, un pensamiento unánime: *que cuando faltaran las municiones se pelearía a pechazos hasta morir.*

DISOLUCION DEL COMITE

Una vez confirmado el armisticio, pero sin descuidar el servicio de guardias que se mantiene inalterable, permanecen los nacionalistas en las mismas posiciones. Con motivo de pasar al Brasil para hacer algunas compras, mejor dicho, movidos por la curiosidad, llegamos hasta una casa de negocio del extranjero. Allí nos encontramos con oficiales del ejército de Muniz que entablan conversaciones discretas alrededor de los últimos sucesos de la guerra. Nos sorprende saber que muchos de los soldados de Muniz lo detestan a pesar de reconocerlo brioso como pocos en la pelea. A otros compañeros más vinculados con los informantes adversarios, llegó a despedírseles con este adiós expresivo: *¡Vivan los blancos puros! ¡Mueran los colorados barcinos!* Contestando en forma no menos graciosa y cortante: *¡Vivan los colorados puros! ¡Mueran los blancos tubianos!* Un proceso de moralidad bocetado con cuatro giros campesinos.

Entrada la noche del día 13, nos ponemos en marcha para acampar a dos leguas, sobre la costa del arroyito Astorga. A la retaguardia queda Aceguá con sus sierras vestidas de crespón por

el pensamiento, con sus memorias tristes, que ruedan entre quebradas célebres, con su ilustre herencia mortuoria. Cuesta dejar abandonados en las soledades septentrionales del país, casi en el extranjero, despojos sagrados que piden perpetua guardia de honor. Alguna vez se cumplirá el anhelo de todos, de confundir en un mismo mausoleo, alzado por el respeto nacional, las cenizas de los caídos. Mientras tanto, y siempre el atributo del campo de batalla de Aceguá, debe ser una columna de mármol truncada con asiento en dominio de flores.

Pasamos los días entregados a un sedentarismo que aburre. Después de las actividades continuas, de largos meses concluye por fastidiar lo que en un principio fuera perspectiva de luces. Mudamos de campo varias veces. El 18 se retira de las filas, disgustado con los jefes, el doctor Acevedo Díaz. Se origina esa desavenencia en el hecho de no habérsele confiado a él la misión de llevar a Buenos Aires, ante el Comité, la palabra oficial del ejército con motivo de la paz. En su reemplazo fué designado el doctor Alfonso Lamas. Aunque la apariencia sea desfavorable, dada la alta significación del doctor Acevedo Díaz, fué acto cuerdo no discernir al mismo aquel mandato. En efecto, este distinguido ciudadano, personalmente enemistado con casi todos los miembros del Comité Revolucionario, no estaba en situación de ser intermediario bastante eficaz. Al preferir francamente al digno doctor Lamas, corriendo el peligro de lastimar la vanidad del doctor Acevedo Díaz, se acreditó loable firmeza de procederes, superior en su suelo a las quisquillosidades de los hombres. La retirada abrupta del popular tribuno señala de su parte un lamentable apasionamiento.

Muniz, protegido por las breñas, ha quedado junto a la divisoria, con sus 2000 hombres apeñuscados. Para acreditar que en las autoridades de Río Grande existían benevolencias generales a ambos bandos, agregaremos que una fuerte cantidad de tiros embarcada por el gobierno oriental en Montevideo, pasó del puerto de Río Grande, conducida públicamente en carro por dilatada

extensión, hasta el campamento del general Muniz. Escoltaban ese auxilio reclamado, Anastasio Gamarra y Odorico Dávila. Pero ya no volveremos a encontrar en nuestro camino al general Muniz, que ni puede ni quiere iniciar una persecución.

El 25 se acampa en el arroyo Lechiguanas. Después de algunos movimientos lentos, permitidos por el armisticio, el ejército se detiene el 5 de agosto sobre el bañado de Aceguá.

Inmensa laguna de lecho barroso que abraza una superficie adornada de profusos cañaverales, ese manto líquido, de quince cuadras de ancho en su parte menor, sólo se pasaría al precio de mil peripecias. Todo el día 6 absorbe esa operación pintoresca, cumplida con éxito completo, aunque muchos caballos débiles quedan en el bañado como certeros jalones. En esta, como en otras muchas ocasiones serenas, nuestro pensamiento reclamó el auxilio de la plancha fotográfica ¡eran tan soberbias las escenas improvisadas en el fondo aterciopelado de nuestros paisajes! El tránsito de tropas por un vado, bajo el dominio del capricho, en obligado desorden, con las tropillas en desparramo, con las armas en el alto, las piernas recogidas sobre el pescuezo del animal, y juego de alegría en todos los rostros, bautiza un espectáculo de naturalismo verdaderamente sugestivo.

Yendo en marcha, se incorporan el día 7 los doctores Carlos y Arturo Berro y los jóvenes Julián Quintana, Emilio Berro y Francisco Fregeiro. Los últimos, nuestros condiscípulos y amigos, llegan a tiempo para sufrir penurias por la patria y acreditar sus fervorosas convicciones.

El 8 acampamos en la costa del Zapallar. Coronando una loma inmediata se alza la casa de negocios del excelente vecino Francisco Rivas, que adquiriría entonces cierta notoriedad histórica. En efecto, el 9, como permaneciéramos en el mismo punto, se celebró allí una asamblea de coroneles para llegar a una determinación en lo referente al desarrollo ulterior de las gestiones de paz.

Acababa de recibirse en el ejército noticia fidedigna de los sucesos de Montevideo. Pero no faltamos a la verdad exponiendo que más cólera produjo saber al doctor Duvimioso Terra presidiendo, aunque accidentalmente, el Comité Revolucionario, que la realidad divulgada de las torpes negativas oficiales.

El doctor Terra durante su actuación de Delegado no había sabido atraerse simpatías, grangeándose por lo contrario repulsiones intensas cuya singular energía él mismo tal vez no adivinó. Ni entre los ciudadanos armados, ni entre sus oficiales, ni entre sus jefes pudo dejar el Delegado la herencia de un cariño. Adelantaremos más: su apartamiento de las filas fué siempre mirado como un fructuoso alivio. Ahora bien, estando en antecedentes de tan unánimes prevenciones, puede concebirse cuán desastroso no sería el efecto producido por los informes de último instante. La presidencia del Comité en manos del doctor Terra, enemigo personal de Saravia y Lamas y mirado también como enemigo de sus intereses por el ejército en masa, hizo creer en un dislocamiento lamentable de la autoridad civil revolucionaria y obligó a tomar una actitud peligrosa pero salvadora. Sólo por gracia de contingencias desordenadas podía ocurrir que figurando los doctores Tomé, Herrera y Golfarini, como presidentes honorarios y presidente efectivo respectivamente, del Comité constituído en Buenos Aires, apareciera el doctor Terra, creído alejado, desempeñando la Jefatura civil del movimiento reivindicador.

La asamblea de jefes presidida por el General y a la que asistía el coronel Lamas, fué laboriosa y de importantes resultados. Por lo pronto se decidió desconocer la nueva autoridad surgida en momentos de tormenta. Lo dice con franca decisión el siguiente telegrama fechado en Melo, pues desde allí se despachó:

«Al doctor Juan José de Herrera — Montevideo — Este ejército desconocerá todo acto del doctor Terra. Va comunicación al respecto.

Aparicio Saravia».

Además se acordó designar al doctor Carlos A. Berro para que prosiguiera los trabajos de pacificación en nombre del ejército, trasladándose al efecto a Montevideo.

Sobre estas dos resoluciones capitales, consecuencia una de la otra, diremos lo que sinceramente pensamos entonces y pensamos sin alteración hoy.

De la primera nada censurable se nos ocurre decir.

Envolvió ella un proceder definido y valiente que redundaría en beneficio de la masa, dando a la vez expresión enérgica a los anhelos corrientes.

Ningún propósito estrecho, ningún estímulo rastrero, ninguna bastardía dió impulso a aquella declaración decidida a la vez que respetuosa. Por lo demás, el texto del telegrama dirigido al doctor Herrera por el general Saravia, dentro de su solemne sobriedad, dibuja un descontento individualizado. El despacho permite entender bien, que fuera de determinada persona se acatará otra dirección civil. Y el hecho de remitir «comunicación al respecto» acredita de manera irrecusable que el sometimiento a la autoridad civil persistía. De consiguiente, entraña un absurdo titular motín, como lo ha hecho algún escritor, a la actitud categórica y sincera del General revolucionario. En abono de nuestro aserto recordamos que después de la protesta del 9 de agosto, como se anuncia el probable viaje del doctor Golfarini o del doctor Herrera al campamento, el coronel Lamas interrogado sobre las distinciones oficiales que tributaría a cualquiera de ellos, declaró que el ejército formado en batalla les rendiría los honores ordenados por la ley a la persona del Presidente de la República, dentro, por supuesto, de nuestra imperfección militar. Observemos también que aun en el terreno de la argumentación extremada, carece de verdad el hiriente epíteto, porque nunca el ejército se ocupó de discutir a sus representantes ciudadanos en el exterior.

Para aplaudir o condenar la actitud tomada por el jefe superior del movimiento, basta y sobra con resolver esta cuestión: el

doctor Duvimioso Terra merecía o no merecía aquel rudísimo desaire. Nosotros ya hemos expuesto nuestro juicio tranquilo; que el lector acumule apreciaciones parciales para fundar el suyo, emancipado de todo aliento torcido. Sólo nos resta insistir sobre la circunstancia de que el general Saravia al proceder en este asunto en la forma apuntada, obedeció simplemente al deseo absoluto de un consejo compuesto por catorce coroneles: fué simple órgano de sus opiniones.

La designación del doctor Berro para representar a los revolucionarios en los esfuerzos finales de acuerdo no la recibió con entusiasmo el ejército, a causa de haber formado ese ciudadano, hasta muy poco antes, en el seno de las filas combatidas.

Desde hacía años militaba en ellas y hasta pocos meses atrás había figurado en las Cámaras de la época.

Sin embargo, su incorporación a la falange reaccionaria señalaba un principio de alivio a tan graves errores.

Al amanecer del 10 salió el nuevo delegado con rumbo a la ciudad de Melo donde tomaría la diligencia que hace el servicio hasta Nico Pérez.

En cuanto al nuevo retoñamiento de las negociaciones, se explica sabiendo que el gobierno no se resolvía a correr los riesgos de mayores contrastes y esperaba intimidar a los revolucionarios con su aparato bélico, rebajando, en consecuencia, el vuelo de sus equitativos reclamos. En cumplimiento de aquel plan, dictó, con fecha 22 de agosto, un decreto nombrando jefe superior de las fuerzas de operaciones en campaña al teniente general Máximo Tajes, el cual llevaba este considerando bombástico: «Conviniendo al más eficaz éxito de las operaciones militares, que ellas queden sujetas a la dirección de un mando superior, el Presidente de la República, etc., etc.»

Ese encabezamiento afanoso que condensaba un vehemente ensueño de victoria cuartelera, acariciado en vano durante medio año, envolvía también una picante indirecta dirigida al generalí-

simo. Y conociendo esas manifestaciones evidentes del mal humor oficial por el fracaso reiterado, ¿habrá todavía ingenuos o tercos que sostengan que el gobierno no triunfó porque así no lo quiso?

Los últimos sucesos dificultaban la actuación ordenada del Comité que tuvo entonces la virtud patriótica de retirarse de la escena, fundando el hecho con el siguiente documento:

EL COMITE REVOLUCIONARIO AL PAIS Y A SUS CORRELIGIONARIOS

Este Comité que inició la protesta armada en reivindicación de los derechos y libertades del Partido Nacional, no ha sido opuesto a la paz, pero a una paz que, salvando los principios fundamentales que con su bandera y por los cuales llevó al país a la lucha, fuera en todo tiempo una garantía de orden y de estabilidad para las instituciones, de engrandecimiento y de bienestar para la República, como de legítima satisfacción para los ideales de nuestra comunidad política.

No acepta, pues, este centro una paz que no mantenga bien alto los principios y propósitos que deja expresados; mucho menos transacciones que no llegarían a justificar siquiera el movimiento armado que ha conmovido y ensangrentado el suelo de la patria; y en vista de los últimos sucesos producidos, que son del dominio público, este Comité ha resuelto cesar en su actuación política reservándose el derecho de explicar oportunamente las causas que han dado mérito a esta su última resolución.

Buenos Aires, 12 de agosto de 1897.

(Firmado) — *Juan Angel Golfarini — Duvimioso Terra — Carlos M. Morales — Santiago Botana — Escolástico Imas — Angel J. Moratorio — Ventura P. Gotuzzo — Leandro Gómez*».

Aunque de redacción incongruente ese manifiesto, suscrito en mayoría, deja adivinar el motivo de la renuncia que estribaba en el nuevo sesgo tomado por los acontecimientos.

Al apuntar la desaparición del Comité, se cumple con un acto de la más estricta justicia histórica rindiendo en su homenaje las armas del elogio. Corporativamente, a los miembros de aquella autoridad que derramó en días de triste aplastamiento el contagio santo del amor a la patria, debió la revolución su génesis y desarrollo y el país su posterior salud cívica. Ya es tiempo de reconocerlo así.

El ilustre escritor Luis Blanc, después de enunciar todas las censuras lanzadas por la opinión contra la Convención — que no eran pocas ni ligeras — y después de reconocer los méritos de su acción política, condensa su juicio al respecto en esta robusta frase: «De cualquier modo, doy gracias a la Convención porque ella salvó la independencia de la Francia.»

Pues bien, amoldando el carácter de esa equilibrada expresión al caso ocurrente, podemos decir sin pecar de error, que el Comité Revolucionario salvó en hora crítica para el país, el honor comprometido de todos y la integridad moral de la República. No hay en este comentario benignidades fantásticas. Repetimos al final de este libro lo que declaramos en su principio: la revolución inició una nueva era de esperanza y a la revolución, decretada por la masa del Partido Nacional, la fundió el Comité en el molde de sus viriles entusismos para entregarla luego al cariño fuerte y victorioso de Aparicio Saravia y de Diego Lamas.

NUEVAS GESTIONES Y SU FRACASO

El doctor Berro, llegado a Montevideo el 13 y puesto inmediatamente al habla con los miembros del Ejecutivo, tampoco pudo arribar a puerto. Frente a la soberbia advenediza, rica y egoísta

de Idiarte Borda y sus secuaces, asentada sobre piedra de vergüenzas y corrupción, surgía, consciente de su prestigio, la soberbia, de la raza y del honor ofendido, erguida sobre la base inconmovible de la justicia.

Dada la rigidez de sus instrucciones, el Comisionado acuerda con la otra parte su retorno al ejército para tratar de obtener alguna posible modificación conciliatoria. Aceptado este temperamento y luego de entrevistarse a la altura del arroyo Quebracho con los jefes de la revolución, vuelve apresuradamente el doctor Berro a la capital llevando la respuesta. Sólo cinco días han corrido en ese trámite auspicioso; sin embargo, eran tan descarados los criminales deseos de lucha fratricida abrigados por el gobierno de Idiarte Borda, tal vez para continuar dilapidando los dineros públicos en provecho particular, que antes de recibir contestación se declaran rotas las negociaciones, bajo el pretexto de mentidas demoras, y de consiguiente, inútiles las noticias traídas por el comisionado. Pero éste tuvo entonces el buen tino de exponer sus últimas instrucciones en la carta oficial inserta en seguida, que transcribimos a pesar de su extensión, por reflejar fielmente el espíritu del movimiento libertador y ser testimonio de los anhelos leales de concordia, pero de concordia honrada, alentados en el campo revolucionario.

Dice así:

Montevideo, agosto 22 de 1897.

Excmo. señor Presidente de la República don Juan Idiarte Borda.

Señor Presidente:

En conformidad a lo manifestado a V. E. en mi carta de fecha 7 del corriente, me trasladé al ejército revolucionario para consultar con sus jefes superiores la contestación que en nombre de ellos debía dar a la proposición de avenimiento que me fué hecha en la

conferencia que tuve el honor de celebrar con V. E. el día 13, y de regreso ya del viaje que acabo de realizar en compañía del doctor don Aureliano Rodríguez Larreta y don Luis Machado, infatigables mediadores en la tentativa de pacificación de la República, me hallo ahora plenamente habilitado para dar aquella contestación, que debió ser motivo de vacilaciones para mi ánimo, no sólo por las graves responsabilidades que pudieran afectarme personalmente, sino también por la magnitud de los intereses generales comprometidos en esta negociación.

Antes de formular esta respuesta deseo hacer constar en este documento, como lo hice verbalmente en aquella conferencia, que las proposiciones hechas por V. E. a los doctores Herrera y Golfarini, delegados del Comité de Buenos Aires, no eran conocidas en el ejército hasta el día 10, en que yo salí de él para trasladarme a Montevideo, y como consecuencia de esto, la comisión que se me había confiado no podía estar limitada a aceptar o rechazar esas proposiciones, como V. E. lo había supuesto erróneamente. Por el contrario, en vista de los telegramas de los doctores don Juan José de Herrera y don Aureliano Rodríguez Larreta se tenía en el ejército la persuación de que las negociaciones de paz, encaminadas sobre las bases indicadas en Aceguá, habían fracasado tan sólo a causa de resoluciones poco acertadas del Comité de Buenos Aires, y no por desinteligencias graves ocurridas entre el gobierno y los doctores Herrera y Golfarini.

Probablemente no se habría adoptado la resolución de enviar un comisionado del ejército a la capital, si se hubieran conocido los términos en que con carácter de indeclinables, se había cerrado la negociación pendiente con aquellos señores delegados del Comité de Buenos Aires.

V. E. en la conferencia a que me he referido me manifestó que esos términos de transacción eran en efecto inmodificables, y que sobre ellos exigía una respuesta inmediata y decisiva, no admitiendo que se reabriera la discusión, especialmente respecto al ofre-

cimiento de proveer cuatro jefaturas políticas con ciudadanos pertenecientes al Partido Nacional.

Los términos en que fué planteada por V. E. la negociación en aquella conferencia no me permitieron manifestar cuáles eran las bases del arreglo que traía el encargo de proponer al gobierno, y me colocaron en la violenta diyuntiva de romper desde ya toda negociación, o de aplazar mi respuesta hasta que volviera a consultar a los jefes del ejército revolucionario. Siguiendo las indicaciones de distinguidos correligionarios y llevado de mi sincero anhelo por la pacificación de la República, opté por esta última resolución, y puedo ahora hacer conocer a V. E. la contestación antes prometida.

El general Saravia y los jefes que lo acompañan, después de detenido examen, consideran que no deben aceptar la proposición que me fué hecha por V. E., y al rechazarla, como en su nombre lo hago desde ya, confían en que no sólo sus correligionarios, sino todos los hombres desapasionados que habitan este país, han de hacer justicia a los móviles y circunstancias que los obligan a adoptar esa penosa resolución.

Como resulta de repetidas manifestaciones de los jefes y directores de la revolución, el objeto principal de ésta se habría considerado obtenido si hubiera podido asegurarse para el próximo período presidencial un gobierno que hubiera respondido ampliamente a las grandes aspiraciones nacionales, garantizando a todos los ciudadanos una administración de moralidad, justicia y respeto a los derechos políticos y muy singularmente al derecho de sufragio. Es obvio que ese fin no podía reputarse alcanzado sin resolver desde ya la cuestión presidencial, y por ello, para el ejército revolucionario, sin discrepancia alguna de opiniones sobre este punto, la base más importante para todo arreglo, la base fundamental para la pacificación del país, era la designación a la Presidencia de la República de un ciudadano que por sus indiscutibles antecedentes fuera una garantía de buen gobierno y de leal y duradera confraternidad entre los orientales.

Si esa base hubiera sido o fuese satisfecha, todas las demás carecerían en absoluto de importancia, y de todas ellas, absolutamente de todas, se hubiera prescindido o se prescindiría, si aún fuera posible, bajo esa condición de devolver al país la paz que tanto necesita.

Pero esa base ha sido rechazada por V. E. *como una facultad insuperable* y ha tenido que ser eliminada por completo. Ha desaparecido así la principal garantía del arreglo proyectado, desde que el gravísimo problema que constitucionalmente debe resolverse en marzo queda sin solución y en la terrible incertidumbre de si llegará a ser resuelto, teniéndose en cuenta los intereses generales del país y no los de un solo partido o los de un solo círculo político.

En tales condiciones el ofrecimiento de cuatro Jefaturas Políticas, comprendiéndose entre ellas la de Cerro Largo y sin que V. E. se digne indicar cuáles serán las otras tres y convenir desde ya en los ciudadanos que ejercerían los cargos de jefes políticos, *ha debido parecer a los jefes revolucionarios una manifestación clara de que si se deseaba la paz, no era sobre bases que pudieran asegurar la concordia, suprimiendo de una vez por todas las oprobiosas barreras que desde hace tantos lustros dividen la República en dos campos: el de los vencedores y el de los vencidos.*

Los precedentes que pudieran invocarse en nuestra historia; la importancia del movimiento revolucionario que hace ya cerca de seis meses sostiene la lucha armada y que hoy ha aumentado su organización y sus elementos bélicos, y aun la propia modificación de nuestro partido político, que ha depuesto los rencores del pasado y se halla dominado por un espíritu nuevo de mayor equidad y respeto al derecho del adversario, eran otras tantas razones para suponer que, por lo menos, se habría asignado al partido alejado del poder una porción de territorio igual siquiera a aquella cuya administración se le confió por el memorable pacto de 1872.

Los jefes del ejército revolucionario entienden que en el terreno que ha sido colocada esta negociación debe mantener las bases indicadas en Aceguá, limitándose a eliminar la base primera relativa a la designación de candidatos a la presidencia de la república, y reduciendo a siete el número de Jefaturas que deben de ser confiadas a ciudadanos pertenecientes al Partido Nacional. Tengo aún encargo expreso de declarar que esta misma condición podría ser modificada y reducido a seis el número de Jefaturas, si las ulterioridades de esta negociación permitieran a los jefes revolucionarios abrigar la confianza de una solución más amigable y satisfactoria.

Dejando así cumplida por el momento la honrosa comisión que me ha sido confiada, aprovecho la oportunidad para saludar a V. E. con mi consideración más distinguida.

Firmado: *Carlos A. Berro.*»

Esta nota posee la elocuencia del derecho. Los conceptos que subrayamos señalan concesiones culminantes, perteneciendo todas las generosas y amplias a la comunidad nacionalista.

De ella se desprende que en homenaje a la fraternidad, exigida por la voz de la sangre, los revolucionarios suprimían la cláusula aclamada de la presidencia constitucional del doctor don José Pedro Ramírez y reduciendo a seis, en término final, el número de Jefaturas solicitadas.

Como puede apreciarse, la concesión era de importancia. Pero Borda sólo quería la paz con previa afrenta de la dignidad adversaria y nada restaba hacer. Mojando la pluma en tinta de maldecidas ambiciones, que el destino castigaría con harta crueldad, el doctor Miguel Herrera y Obes, en nota de fecha 23, declaró rotas por segunda vez las negociaciones.

Nuevo signo de sombras. Terminada su misión y como no se le permitiera trasladarse a Buenos Aires, violando así un deber

sagrado, el doctor Berro pidió sus pasaportes dirigiéndose por ferrocarril a Uruguayana.

Período de mayor ardor se abría a las hostilidades declaradas. Ya no se volvería a intentar un reclamado avenimiento, pero en el pecado de lesa patria llevaría su pena el temerario gobernante. La tragedia del 25 de agosto acababa de decretarla quien sería la víctima. Del fondo de la desesperación de un pueblo, insultado en sus afectos más entrañables, surgiría castigador, un émulo de Gregorio Ortiz.

EN LOS FOGONES

A todo esto el ejército había alzado campo el 10 para detenerse esa misma tarde, cinco leguas adelante, en el paso de la Arena del arroyo Fraile Muerto. En aquellas inmediaciones quedaría a la espera del resultado de las negociaciones hasta el 18, día en que inicia un avance definido, cerrando la primer jornada en el Quebracho.

En las semanas corridas de gestión patriótica los nacionalistas en armas no habían seguido con interés el desarrollo de las negociaciones. Hasta antes del armisticio de Aceguá nadie pensó, ni por asomo, en la posibilidad de un arreglo, que tampoco se buscaba; pero cuando aquella primera iniciativa vino a echar un puente de comunicación entre ambos contendientes, y los ardores primeros se refrenaron un poco, y se entrevió la promesa de un futuro tranquilo y para todos honroso, y vibraron los afectos hondos de la familia en demanda de una misericordia implorada, con estímulo del Dios de sus altares, por las madres, por las esposas y por los niños, todos los corazones del campamento desearon que la esperanza adquiriera el amable colorido de una realidad santa.

Porque el desinterés había clavado su alta insignia se anhelaba la paz sincera entonces, como antes se quiso la guerra. La lección estaba a la vista y si bien es cierto que sus resultados mate-

riales del momento no eran totales, el futuro quedaba afianzado, y nadie discutía la evidencia del triunfo moral, absoluto y glorioso.

Para salvar al país de la tremenda caída se incubó el empuje; después de aplicado el castigo, luego de exhibir débiles en su oropel, incapaces e impotentes, a los usurpadores, varias veces derrotados, la misma felicidad del país imponía una solución de recíproca nobleza erguida sobre base de libertad.

Siempre, antes y después de la victoria, tendría actualidad este párrafo sereno contenido en el manifiesto revolucionario lanzado a los vientos de la publicidad el 5 de marzo. «El Partido Nacional consecuente con sus principios y su conducta, pone de lado, en la hora presente, ese pasado, animado de espíritu de tolerancia fraternal y sincera para sólo pensar en el porvenir».

En esa fuerza de ideales se encuentra el secreto de la disposición pacífica del ejército. El ensueño de cada cual se reducía a volver al seno de los suyos para reiniciar la interrumpida labor y rendirse a la tiranía dulce de afectos ausentes. A todo eso podía llegarse con la frente bien alta y bien descubierta.

Por otra parte, desde un principio se creyó un hecho la paz en el seno revolucionario, pues dispuestos los jefes del movimiento a ceder dentro del decoro, era lícito esperar cordialidad idéntica en el gobierno de Montevideo. Pero, como hemos visto, no sucedió así: la altanería bordista sólo aceptaba el pacto como un medio más fácil de alcanzar el aplastamiento de los nacionalistas. Probado el carácter estéril de sus esfuerzos para derrotarlos, quiso encontrar en el texto de las negociaciones llave infalible para romper la incómoda cerviz. ¡Engañado iba el opresor que creyera principio de rendición las concesiones de la mansedumbre guerrera!

Si desencanto sufrieron los reivindicadores al saber rotas las oberturas pacíficas de Aceguá, inmenso chasco experimentó el gobernante delincuente que no esperaba la enérgica actividad guerrera que en seguida vino.

Con respecto al ejército, ese irritante proceder tuvo el efecto

del rayo que disipa en segundos las serenidades plácidas del cielo: muy lejos, al otro lado de la frontera, se arrojaron las ilusiones abrigadas, y a la calma venturosa de la esperanza sucedieron nerviosos preliminares. ¡Era en vano; a pesar de buenos deseos y disimulos el cáncer jamás desmentiría su nombre!

En estas circunstancias dolorosas obtiene un nuevo galardón el ejército nacionalista. A pocos pasos de la línea, en la misma abrumadora desigualdad de siempre, con poquísimas municiones, sin caballos y con el enemigo concentrado al frente, ningún soldado opta por el abatimiento cuando el telón triste vuelve a correrse. Los mismos que aclamaron la paz antes pidieron entonces la guerra. Además, con Saravia y con Lamas a la cabeza, nadie creía en el contraste. ¡Mágico poder de las reputaciones imantadas!

Los días subsiguientes, de renovada expectativa, se deslizaron en la indiferencia: las negociaciones ya habían perdido su virginidad.

Aprovechemos este entreacto para dedicar algunos comentarios a aquella vida singular del campamento. La evocación de esos recuerdos, que viste el sol, despierta en nuestro espíritu raras nostalgias. Aunque parezca increíble, ¡se pasan ratos de felicidad tan pura junto a los fogones, en rueda de hermanos, echando a las llamas las frivolidades de la mejor condición social! Nuestra carpita llena de girones, que hizo el viento, cicatrizados con remiendos de toda clase, prestó durante toda la campaña hospitalidad a los mismos cuatro compañeros: Luis Pastoriza, Luis y Rodolfo Ponce de León y el que esto escribe. Juan Loaces, un muchacho tan valiente como taciturno, era el gerente de esta asociación errante remachada con cariño. Bajo techo tan endeble, en medio a las soledades de la campaña y con burla victoriosa de los fríos invernales, celebró la alegría inolvidables sesiones.

A veces la noche se hacía corta jugando a las cartas por tortas fritas, por esos manjares del campamento, deliciosos a pesar de amasarlos el popular *Camundá* sobre su carona sucia y usando

de sus manos dos veces negras. Otras, con torneos de guitarra entregados al patrimonio artístico del comandante Pereyra y de José María Aguirre, se mataban las horas tranquilas. También tenían espacio en el tiempo las conversaciones enciclopédicas.

La madre Universidad ocupó a menudo la cátedra, para retirarse a lo mejor, avergonzada de la extrañeza provocada entre aquellos estudiantes falsificados de gauchos. El coronel Lamas era infaltable a estas efusiones que animaban su espíritu en esencia poético. Cuando no aparecía a la hora de costumbre se enviaba una delegación con encargo de invitarlo a concurrir.

Con un: — Coronel, dicen los muchachos que vaya por allá a oír la guitarra, se cumplía la consigna afectuosa.

Entonces, si su pobre brazo le permitía olvidar la herida gloriosa, llegaba hasta la carpa de sus ayudantes, donde ya tenía dispuesto con hacinamiento de ponchos y cojinillos, pues todo era poco para agasajar al querido inválido, un asiento especial acordado en consejo de pareceres.

Sabiendo cuán cumplidor era el Coronel de las ordenanzas todos nos poníamos de pie a su entrada; pero también todos sabíamos que un inmediato y sobrio *siéntense* cerraría luego el capítulo de los honores jerárquicos. Ya estaba constituída la asamblea que obtenía éxito completo con la presencia inesperada del General.

¡Qué leales y depuradas efusiones aquellas ya imposibles de renovar, entre otros motivos poderosos, por la ausencia eterna del mejor!

Cada cual contribuía con una narración al éxito de esas veladas, improvisadas en seguida de oscurecer y con punto final imperativo al toque de silencio, cuando el clarín mandaba abandonar todos los fogones. Muchas anécdotas originales recuerdo de nuestras tertulias. Cierta vez contó el General, que solía echar entre bromas su cuarto a espadas, sus peripecias de colegial en Montevideo.

Su padre, hombre rico y sensato, no descansó hasta poner

a pupilo en la capital a su hijo Aparicio. De nada valieron las protestas llorosas de éste, acostumbrado a la libertad amplia de la morada paterna. Quieras que no quieras lo trasplantaron a un medio nuevo y en una escuela inglesa inició sus ensayos estudiantiles. Pero pasaban los días sin que el joven Saravia sacudiera de su imaginación recuerdos camperos absorbentes, enemigos declarados de las tareas escolares. Además, una honda melancolía lo devoraba. Resueltamente el recinto de su nueva casa, estampa de la rigidez en todo, sin ruido, sin cariño y sin atractivos, debió parecer insoportable cárcel a quien se criara llenando los campos con los ecos de sus juveniles alegrías. Al referir estas cosas en el campamento decía Saravia poniéndose grave:

—Miren, les garanto que todas las tardes al entrarse el sol yo miraba para el lado del pago y sin saber cómo me caían las lágrimas.

El director concluyó por alarmarse de la situación moral del interno, escribiendo en tal sentido a su familia. Pero ya no era necesaria esa consulta: el mismo interesado resolvería el asunto. En efecto, convencido de que aquello no era para él, acostumbrado a vivir sobre el caballo, Aparicio un buen día acordó fugarse. Así lo hizo sin recoger una pieza de ropa ni concertar un plan de conducta. El sólo anhelaba salir de aquella prisión donde corría peligro de secarse como las plantas privadas de las caricias de la luz. Cuando encontróse en la calle recién pensó en lo difícil de su presente. Cualquier otro hubiera buscado orientación segura para conseguir recursos y garantir su permanencia en la metrópoli; pero Aparicio, rehacio al aliento de las ciudades, tuvo por único ideal tomar la diligencia de Cerro Largo: por aquel rumbo encontraría las perdidas dichas.

Llega a la agencia y le dicen que el turno ya ha partido. Antes de esperar por más días prefiere todo; tal perspectiva lo asusta.

Por unos reales compra entonces un petizo flaco y reemplazando el freno con su faja que convierte en bocado y riendas, sin

montura ni esperanza de obtenerla, toma el camino de la estancia del Cordobés. Valiéndose de su aguzado ingenio vence todas las dificultades y después de una cruzada de sesenta leguas aparece muy suelto de cuerpo delante de su padre que no vuelve de su asombro.

Esta exactísima reminiscencia pone timbre a un carácter y denuncia al futuro caudillo, en las lejanías de una mocedad soberbia. ¿Todavía habrá quien se extrañe del alejamiento sistemado de Saravia de la capital?

En los días de la paz, a apremios cariñosos dirigidos a traerlo de paseo a la ciudad, contestaba nuestro General:

—No; déjenme por aquí. El pueblo hace daño.

Tal vez tenga razón. Las virtudes antiguas no se armonizan con la atmósfera bastarda de las grandes poblaciones.

En otras oportunidades todos pendíamos de los labios fáciles del Coronel. Las referencias retrospectivas de éste llegaban de la tierra argentina. Nuestro Jefe de Estado Mayor, que fuera gobernador del territorio de Misiones en sustitución del general Napoleón Uriburo y a su pedido, nos contaba que él había tenido el gusto, difícil de cumplir en estos países, de patrocinar unas elecciones libérrimas. Se trataba de integrar el Consejo Municipal de Formosa. Divididos en dos fracciones, los electores solicitaron del gobierno local garantías comiciales. Menos de cien eran los futuros sufragantes, un capitán de artillería, olvidado en el fondo de las selvas chaqueñas, la autoridad suprema, y media docena de soldados sus elementos de fuerza. Las seguridades de prescindencia se obtuvieron tan completas como se requerían. El día señalado, Formosa pudo elegir en la mayor libertad a sus ediles y el recto funcionario que acababa de poner sello de verdad a los ensueños libres de «París en América», era aclamado por ambos bandos; por los vencedores y por los vencidos.

El Coronel sonreía feliz relatando estas ocurrencias. En aquellas horas de intimidad afectuosa que tan pocas personas conocie-

ron en él, nuestro jefe dejaba entrever la energía dulce de sus pasiones generosas; pero cuando se ponía de pie para retirarse, resurgía inmediatamente la imagen inflexible del soldado ejemplar.

En esta parte espontánea pide espacio la silueta del comandante Lidoro Pereira. Ciudadano patriota y bueno, envejecido en el servicio, este hombre de corazón sí que es el mejor amigo de sus amigos. Agraciado con la alta jerarquía de Jefe del Detall, a él le correspondió siempre el puesto de tercer jefe del ejército. De principio a fin él hizo toda la campaña, en tensión atenta de su deber. Conocido a los cuatro vientos, de trato tradicionalmente sugestivo. Su mayor felicidad estribaba en ser útil a los demás. Por eso en el fogón del querido comandante Pereira se daban cita alegre afecciones de todo rumbo y linaje. Ese jefe fué el espíritu bueno de la falange veterana.

TARARIRAS

Volvamos a las asperezas de la vida exterior. El 19 marcha la columna para acampar tres leguas adelante en las puntas del arroyo Tupambaé. Ese día retornan por segunda vez a la capital los pacificadores, llegados el 18 en compañía del doctor Berro, quien trae la última palabra del gobierno. La postrer esperanza del país queda extinguida. En cuanto a los revolucionarios, muy en breve probarán ellos que siempre existen vigorosos. En la misma fecha se incorporan el coronel Francisco Saravia, hermano del General, al mando de 200 hombres, y el comandante Floro Cibils, venido de Montevideo con medio centenar de correligionarios decididos. La lluvia torrencial que se desata no permite avanzar el día 20. Corren rumores sobre proximidad de un ejército enemigo que ya no es el de Villar ni el de Muniz. El 21, antes de amanecer, sale el General de vanguardia con la 1ª división, la gente del coronel Saravia, el «Patria» y el escuadroncito del comandante

Agustín Muñoz, incorporado en Aceguá. En total lleva 583 hombres. Estas actitudes extraordinarias bautizan, a los ojos acostumbrados, el preliminar de una pelea. Son tan silenciosos al respecto nuestros jefes que nada cierto podemos adelantar. El cuerpo de la columna mandado por el Coronel, sigue el rastro de los que van de vanguardia. Un sol de primavera brinda calores reconfortantes. A las doce y tres cuartos, al llegar a las puntas del arroyo Tarariras, recoge el oído ecos de un lejano tiroteo.

No queda duda; el combate ya está empeñado.

La tropa ciudadana, llena de bríos, espera ansiosa la hora de arrancar de su engaño al usurpador consentido que cree perdida a la revolución.

Sin alterar la calma ordinaria, siempre con el Coronel a la cabeza, prosigue su marcha el ejército. Lo alcanza entonces Aparicio Saravia, hijo, ayudante preferido de su padre, quien trae noticias certeras sobre el encuentro. Expone él que la pelea se ha trabado después de las diez de la mañana, como se esperaba; que los nuestros combaten contra un número muy superior de fuerzas calculado en 4000 hombres a órdenes del general Manuel Benavente; que la ventaja se mantiene del lado revolucionario aguardando el General, según lo resuelto de acuerdo con el Coronel, a que llegue la oportunidad de emplear útilmente a los lanceros. Además trasmite orden de que el ejército siga su desfile por la vanguardia del enemigo interceptada, aprovechando a ese fin los caprichos del terreno que disimulan su presencia, y buscando el camino real que va a Santa Clara de Olimar. Se adivina sin esfuerzo la habilidad de esta operación. Mientras Saravia entretiene traviesamente al enemigo, posesionado de nuestro frente hacia el sur, Lamas con el resto de la columna pasa por las narices adversarias y domina la retaguardia enemiga, es decir, limpia de obstáculos el rumbo a tomar.

Por momento adquiere más eco el ruido de fusilería que matiza el estampido ronco del cañón. El movimiento proyectado

se inicia sin el menor trastorno: el ejército, distante treinta o más cuadras de los compañeros tendidos en línea, tiene ya asegurado el flanco estratégico.

Se ordena echar pie a tierra y descansar con el caballo de la rienda, tan poco temor provoca el atacante, inepto e indeciso esta vez como siempre.

Indaguemos la procedencia del poderoso núcleo enemigo a la vista.

Cerrando su desairado desempeño, el general Eduardo Vasquez, según ya lo hemos expuesto, había hecho renuncia del mando del ejército bordista del sur. Con fecha 11 de junio nombrósele sucesor en la persona del general Manuel Benavente, que continuaría siendo a la vez, Jefe del Estado Mayor. Aunque extranjero, una larguísima permanencia en él había identificado a ese militar con el país de su aclimatación.

Soldado de filas, de foja de servicios dilatada si bien vulgar, se le reputaba amante del orden y de la disciplina. Seguramente exageraciones reprochables en ese sentido habían prestado acento ingrato a su nombre como jefe de un cuerpo de caballería donde la pena infamante del azote estaba naturalizada. Sin embargo, aquel militar, a falta de más culminantes cualidades, lucía por su conducta seria frente al compadrazgo característico de la mayoría de sus colegas.

El 13 el general Benavente se hizo cargo del mando de su ejército acampado en el Paso de los Toros.

Por entonces ese cuerpo de tropas no pasaba de 1500 hombres, pues se habían enviado a Paysandú 400 plazas — batallones Rocha y 19 de Abril, — y todavía faltaba la incorporación de los regimientos 2º y 4º de caballería. Antes de una semana se fusionan esas y otras unidades tácticas alcanzando el total a 3000 hombres, según confesión explícita de parte.*(Páginas de mi Diario* por el sargento mayor J. Etcheverry).

El nuevo general se preocupó con especialidad de obtener

recursos para su tropa lo que pudo alcanzar. «En menos de quince días todo el ejército recibió vestuario de invierno, ponchos, botas, sombreros o boinas, presentando un aspecto completamente distinto.» (Página 10 del folleto citado). Transcribimos este concepto, como haremos más adelante con otros, para desvanecer arraigadas patrañas. La gente del gobierno no estaba desnuda como se pretende.

Uniformado el armamento, conseguidas algunas caballadas y después de un mes de ejercicios de fuego, el general Benavente comunicó a Idiarte Borda estar listo para entrar en campaña. En consecuencia el 18 recibe orden de ponerse en movimiento trasmitida personalmente por el teniente general Máximo Tajes, que si fuera buen *teniente* resultaría ahora un ridículo general.

Habla el mayor Etcheverry: «Todo el mundo recibió con vivas expansiones de alegría la tan esperada noticia de emprender la marcha. El anhelo por salir al encuentro del enemigo era inmenso».

Tómese nota de estas afirmaciones verídicas para juzgar después, si el afán íntimo de los bordistas era o no concluir con los revolucionarios; y para comprender la falsedad que encierran esos asertos que los dan teniendo compasión guerrera de los reivindicadores.

Benavente había dividido sus tropas en tres brigadas a órdenes del coronel Julio Martínez, la 1ª; del coronel Manuel Alcoba, la 2ª; y del coronel Pablo Galarza, la 3ª. Mandaba la artillería el mayor José Mir. El general en jefe, entre comandantes y alféreces disponía de diez y nueve ayudantes. Estéril y ante todo, vanidoso hacinamiento digno de las manías infladas de la época. Además de las unidades tácticas citadas figuraban allí las divisiones departamentales de Rocha, Maldonado y Florida. Buen remache de contingentes.

Iniciada la marcha, el 18 se acampa en el arroyo de la Mina; el 19, en el arroyo las Conchas; el 20, en Carpintería Grande; el 21, en el Chileno, y el 22, en San Gregorio. La noticia oficial del

armisticio detiene este avance. Conceptuando que ya en estos cuatro días de jornada su ejército ha ganado fatigas gloriosas, dignas de rememoración en la posteridad, el general Benavente tira una orden en la que «tiene la gran satisfacción de hacer constar, sin reserva alguna, su completa conformidad por el orden y disciplina que todas las tropas han desplegado en estas últimas marchas...» Qué impropios, qué ridículos y teatrales elogios. Hasta en la zalamería brotaba la decadencia.

El 4 de agosto el general Benavente envía un emisario a Montevideo en busca de fondos para repartir entre sus subalternos. Nuevo síntoma de bizantinismo. Conduciendo doce mil pesos plata, retorna el comisionado, mayor Etcheverry, quien trae, según lo expone en sus escritos: «la profunda convicción de que si la guerra volvía a ensangrentar los campos de la República no era debido a que el primer magistrado de la nación no hubiera tratado de evitarla valiéndose de todos los medios aconsejados por la dignidad y el decoro.»

Padeciendo de miopía o de pasión escribió su autor este párrafo de recalcitrancia roja.

Fracasadas las gestiones de paz, prosigue Benavente su rumbo para acampar el 13 en el Sarandí y el 15 en el paso de tío Antonio del arroyo Cordobés.

Sus instrucciones imponían al general del sur dirigirse a las proximidades del paso de Pereyra, suponiéndose cerrado el paso de Carpintería por Muniz y, por consecuencia, reducidos los revolucionarios a permanecer en el norte del río Negro. Pero como a esta altura comprobara Benavente que los nacionalistas bajaban con rapidez hacia el centro del departamento de Treinta y Tres, resolvió apartarse a la derecha de su rumbo y salirles a una eficaz cruzada. Así lo comunicó por nota al generalísimo Máximo Tajes.

Modificada la ruta, el 18 acampa en Lechiguana y el 19 en Pablo Paez donde recibe la importante incorporación de 900 hombres mandados por el coronel Andrés Klinger, soldado éste de

todas las situaciones y poseedor de pesada reputación por sus crueldades célebres de Tacuarembó! En el nuevo contingente, que redondea a 4000 hombres el conjunto, figura medio batallón 3º de Cazadores, a órdenes de su segundo jefe, comandante Enrique Patiño. Klinger se retira en esa fecha para la capital dando razón de enfermo.

El 21 por la mañana, avanza Benavente con rumbo a las puntas de Tarariras, es decir, a interceptar el pasaje hacia el sur de los revolucionarios, que bajando de la frontera trillarán irremisiblemente esas inmediaciones. A las once anuncia el coronel Galarza, que va de vanguardia, la proximidad del enemigo. Después queda tendida la línea gubernista haciendo cabeza derecha el 2º de caballería seguido luego, en la misma ala, de la Urbana del departamento de Colonia y de la división Minas. Mandaba esa fracción el coronel Galarza. La izquierda la constituían el batallón Rocha, la división departamental de ese nombre, y el 4º de caballería, bajo el comando del coronel Martínez. El resto de las fuerzas hacía de centro.

Pues bien, fueron esos los enemigos encontrados por el general Saravia en su marcha de vanguardia. Cuando el grueso nacionalista llegó al campo, se supo que desde largo rato los 400 revolucionarios estaban conteniendo a un número abrumador de soldados y oficiales. Sin embargo, era tan satisfactorio el resultado de ese atrevimiento, que el General, en vez de pedir refuerzos a su Jefe de Estado Mayor, le trasmitía orden de deslizarse por el flanco izquierdo sin desprender una sola guerrilla. Sabiéndolo así, causa larga sorpresa este párrafo del folleto del mayor Etcheverry: «Después de una resistencia de dos horas las fuerzas mandadas por el coronel Martínez arrollaron completamente las líneas de la derecha del enemigo».

Mientras tanto la 10ª, el plantel «Patria» y el escuadrón Cerro Largo apoyados en la 1ª, efectuaban un eficaz flanqueo que tuvo la virtud de arrojar las guerrillas del 4º de caballería sobre las

del 2º y obligando al general Benavente que —lo dice su cronista — «creyó oportuno enviar refuerzos al coronel Galarza».

Al rato de ser espectador de lejanos choques, el coronel Lamas, dominado por la impaciencia, montó a caballo, saliendo, acompañado de sus ayudantes, hacia la línea de fuego. Inútil de una mano, se hizo colocar antes sobre el pecho, ancha banda de seda bordada en oro, regalo de las damas de la ciudad de Melo. Comprometedor obsequio que llamaba mejor a la muerte que a la felicidad en las batallas. Todas las divisiones, formadas al efecto en columna, fueron revistadas por aquél. Nunca como entonces se aclamó en más delirante entusiasmo a todo lo que en nuestro país consagra un ideal generoso. Es en estos momentos que uno se ahoga bajo el dominio de impresiones demasiado fuertes y que torbellinos de hoscas ternuras rompen el interno equilibrio. El ejército queda bajo las órdenes inmediatas del comandante Pereyra, mientras el coronel Lamas marcha tranquilo en busca de su compañero de borrascas. Pronto se acredita algo más que el tronar de la artillería y en la proximidad de una casa de material, pican, a la vista, varias balas de cañón. El conjunto del terreno de la acción es idéntico al de la generalidad de los escenarios guerreros de nuestro país. Con marco de lomas, de trastienda excelente para la asechanza astuta, y algunas vertientes mansas en la tela, queda bocetado en cuatro rasgos el sitio de lucha. Llega un ayudante del General pidiendo municiones. ¡La maldita preocupación de siempre! Entonces el Coronel imparte orden de avance al comandante Bastarrica reincorporado en Aceguá con 60 hombres. Bautizado ya por el peligro, esta vez estéril, el Jefe de Estado Mayor retorna a las filas y dispone un descanso general.

Es la una de la tarde. El hospital de sangre se inaugura con el teniente Rodolfo Ponce de León. Sufrimos una honda angustia al ver venir a éste, lívido y sosteniéndose con dificultad sobre el caballo; pero cuando el noble voluntario tuvo aliento para arrancarse el sombrero y vivar a la revolución, con desprecio absoluto

de sus dolores físicos, acabamos de convencernos de una verdad estoica: en el seno de aquel ejército ningún sacrificio rendido a la patria saldaba la deuda generosa. Al poco rato y sin que el eco siniestro pierda intensidad, prosíguese la retirada, interrumpida a los tres cuartos de hora. Antes de las tres cesa el fuego adversario y por ende el de los nacionalistas, de simple respuesta hasta entonces. Un grupo de incorporados, a órdenes del comandante Floro Cibils, juega papel lucido en los cuadros finales. Todo está terminado con sorpresa general. ¿A qué se ha reducido el ataque enemigo? Nadie cierra esa interrogación con éxito para el adversario. Saravia, que después de asegurada la posesión del camino real ha retrogradado buscando espalda en sus compañeros, se aproxima lo bastante para poder obrar en perfecta articulación; pero no hay necesidad de ocurrir a otros recursos porque los gubernistas se han detenido. A las cinco se mueve la columna, en su mayoría a pie, para acampar a las siete de la noche, en Santa Clara de Olimar. Imposibilitado para moverse, Rodolfo Ponce de León queda allí, entregado a la protección generosa de los apreciables señores Caillava y Etchandy. Lo acompaña otro herido de nombre Latorre, que muere al siguiente día. Los dos fueron respetados.

Haciendo servicio de retaguardia quedan fuerzas de refresco a órdenes del General, que se multiplica.

HASTA LA SIERRA DEL CARMEN

Así fué la acción de Tarariras. Nada perjudicial para los revolucionarios se desprende de esta narración rápida que en su conjunto no admite debate por su contundente veracidad. Según el cronista oficial, «una persecución ordenada no se realizó por motivo del deplorable estado de las caballadas»; sin embargo, el general Benavente discrepa de tal aserto afirmando en su parte: que

«ordenó se suspendiera la persecución en la seguridad de que al día siguiente encontraría fácilmente al enemigo que no podía retirarse mucho por hallarse escaso de caballadas.» ¿En qué quedamos? Extraña persecución esa que unos aceptan y otros no!

Tarariras fué un éxito para los revolucionarios. Veamos el fundamento de esta aseveración. El general Benavente, en su primer parte al generalísimo, le descubre el cuerpo de sus planes condensados en este retazo de párrafo: «ver si por el camino de la cuchilla consigo anticiparme al enemigo y estorbarle el paso en su marcha sobre Treinta y Tres.» En el curso del mismo documento ratifica sus ideas agregando: «creo, como digo anteriormente a V. E. que mis esfuerzos deben dirigirse a llegar antes que el enemigo al cruce de los caminos señalados.» Estos conceptos categóricos acentúan con suficiente energía el colorido de las opiniones oficiales, y demuestran que Benavente supo darse cuenta de las exigencias del momento.

Resta averiguar si las afrontó con acierto. La respuesta, antes que nosotros, la dan bien explícita los sucesos de agosto. En la mañana, dominando «el cruce de los caminos señalados,» estaban los bordistas en Tarariras, y al norte de ellos los revolucionarios, estorbados de esa manera «en su marcha sobre Treinta y Tres.» Como pudo apreciarse, el obstáculo existía fuerte y el enemigo contaba con las anheladas posiciones. Con todo, al oscurecer otra era la ubicación de ambas fracciones: aquéllos se mantenían en Tarariras mientras éstos acampaban en Santa Clara de Olimar convirtiendo de súbito en vanguardia la retaguardia del adversario. Nada más fructuoso pudo desearse en aquellas críticas circunstancias. Dígase lo que se diga, el ejército nacionalista defraudó los planes del ejército atacante; y eso bastaba a quienes estuvieran tan escasos de elementos de guerra. Acreditado el fracaso estratégico del general Benavente, incapaz de interrumpir el avance al sur de los invasores, ¿es posible sostener la efectividad de su victoria? De ninguna manera. Tarariras, sin poseer la fisonomía

ridícula de Guaviyú, fué una acción de objetivo semejante: cerrar una salida muy señalada.

Al describir aquella jornada el mayor Etcheverry atribuye 3.000 hombres a Saravia y calcula en 2.200 el número de sus compañeros. Para poner en transparencia el engaño de la primera cifra sólo nos basta recordar que después de recibir varios centenares de incorporados desfilaron, cuando el desarme en La Cruz, abajo de 2.500 ciudadanos. De la segunda nos ofrece prueba de su valor verídico el mismo cronista, quien en la página 7 de su folleto sienta un total de 3.000 plazas, sin contar los 800 soldados del coronel Klinger. Cien más, cien menos, alrededor de 4.000 plazas puso el gobierno en línea el 21 de agosto.

Anotemos un dato ignorado: la salida apurada de Saravia en la mañana del 21, había tenido por objeto cortar a los 800 hombres de Klinger y pelearlos de fe; pero la incorporación de este último a Benavente, efectuada el día antes, modificó en parte los rasgos del plan principal.

Con respecto a los caídos, si nos atenemos a la apreciación del mayor Etcheverry, a 100 ó 120 alcanzaron los revolucionarios siendo sólo de 43 los gubernistas. ¡Qué blandos para morir los unos y tan rebeldes a la incansable guadaña, los otros! Hay evidente falsedad en ese cálculo. Nada queremos decir de las bajas enemigas por inhabilitarnos para hacerlo con entero acierto, la ausencia de datos irrecusables, pero no ocurre situación semejante en lo correspondiente a nuestro lado. La revolución tuvo en Tarariras 10 muertos y 25 heridos; lo que resulta mucho tomando en cuenta el número y proporción de los combatientes. Del 4º de caballería murieron los oficiales Arévalo y Márquez. De los nuestros cayó para siempre Camilo Roldó, ayudante del comandante Sierra. Este digno oficial reunía en su persona condiciones sobresalientes que hicieron sentidísima su desaparición. Nosotros le debíamos los conocimientos empíricos que nos traspasara para improvisar chozas protectoras en medio del campo.

En Tarariras se tomaron cinco prisioneros.

El 21 se duerme con el oído alerta, pues al decir de un paisano, el enemigo está «como palo a pique» y «viene arrastrándose silencioso como víbora de la cruz.» Una espesísima neblina dificulta la marcha que se inicia recién a las siete.

Vadeamos el Olimar Grande en sus puntas. Dos horas después llega el General, que ha permanecido durante la noche en la retaguardia, anunciando la proximidad del enemigo, que habiéndose movido más temprano, pronto nos dará alcance. Efectivamente a las diez de la mañana su vanguardia, a órdenes de Galarza, inicia las hostilidades. Más de la mitad del ejército revolucionario avanza a pie. El mismo coronel Lamas da el ejemplo. Las circunstancias prometen un día duro; pero aquella admirable confianza en los jefes, que ya hemos señalado, mantiene enteros todos los espíritus. El enemigo casi unido a la retaguardia nacionalista, nos sigue desprendiendo guerrillas dobles. Tan cerca marchan los unos de los otros que parecen fracciones de un mismo cuerpo de tropas. Muchas lomas se trasmontan, el sol toca el final de su carrera, nuevos paisajes desfilan ante la vista, ansiosa de distinguir un punto hábil para acampar, y siempre está a nuestra espalda, pegado como la sombra al cuerpo, el empeñoso adversario. Esa obsesión hostil, demuestra otra vez que no nos hemos equivocado al combatir la especie generalizada sobre desganos virtuosos en el gobierno durante la campaña. Siempre existió la pasión del triunfo, aunque siempre mal correspondida en el terreno por causa de una insistente ineptitud.

Desde medio día divisamos en lontananza, el relieve vago de empinadas alturas. El instinto nos murmura que allí, en la sierra del Carmen, haremos campamento. A las cuatro el pie golpea sus primeras estribaciones, quedando al rato esparcido todo el ejército en aquellas asperezas boscosas.

Aprovechando además la protección de un cerco de piedra se dispone la línea de batalla en condiciones magníficas, quedando la 8ª protegida por la 7ª y a la derecha el coronel Yarza. Desde

lo alto de aquella balaustrada natural se domina el espacioso frente que pronto ocupará el adversario. Este detiene su marcha a una distancia prudente y deja que las sombras caigan sobre la tierra, sin intentar un reconocimiento. Entonces rompe el Coronel aquella cautelosa formación y se improvisan los fogones para derrotar el frío intenso de la noche. El servicio de retaguardia, iniciado por la gente del coronel Saravia, 10ª división y 1ª, lo continúa la 8ª. En el tiroteo contestado en su parte final por la 5ª ha caído un solo compañero víctima de su local temeridad engendrada por la embriaguez. Los postreros disparos hieren al bravo capitán Pedro Sánchez y al alférez Coirolo.

La retirada del 22 hasta la sierra del Carmen complementa de la más brillante manera el empuje afortunado de Tarariras. Las virtudes perseverantes de la revolución florecieron con singular lozanía en ocasión tan ruda, acreditando otra vez que bien montados o a pie, en el corazón del país como en sus fronteras, los revolucionarios eran invariables en su resolución redentora. Mejor se apreciará el esfuerzo varonil de esa fecha agregando que no menos de ocho leguas anduvo desmontada la columna. Favorable preliminar éste, con sucesión de idénticas y crueles jornadas!

No merece con seguridad elogio semejante el ejército gubernista, a pesar de su indiscutible tenacidad del día, pues él nunca debió permitir a los nacionalistas, sabidos escasos de munición, internarse en las fragosidades de Treinta y Tres. Más realza la verdad de este juicio el hecho de haber proyectado un esfuerzo decisivo el general Benavente, según lo declara en el siguiente párrafo de su parte a Idiarte Borda: «Con todo, Excmo. señor, *estaba decidido a dar ese día alcance al enemigo y batirlo,* lo que sólo pude conseguir en su primera parte, pues aquél comprendiendo la crítica situación en que se encontraba, dejó el camino y consiguió llegar a la sierra del Carmen ...» Sorprende la exposición ingenua del adversario. Nada más lógico que la retirada nacionalista, ¿por qué no fué ella entorpecida? Si nos remitimos

a las palabras del general Benavente no se hizo así porque estos últimos se apartaron del camino trillado yendo a buscar refugio lejos de la pista conocida. Pero eso nada significa. Notorio es que los invasores avanzaron despacio desde el amanecer hasta la puesta del sol, por terrenos perfectamente llanos, entonces, recién después de las cinco de la tarde en adelante, hora en que se produjo la internación en la sierra, empieza a tener validez el argumento del jefe bordista. Este mismo reconoce que persiguió a Saravia en un trayecto de cuarenta kilómetros. Sin ser militares juzgamos que en un radio tan dilatado cabe con mucha holgura una pelea reñida, con preliminares minuciosos y resuelto epílogo.

Con asegurar luego que su vanguardia hizo «numerosas bajas» al enemigo, cree el general Benavente salir airoso del apuro. ¡Triste expediente el de atribuirse éxitos individuales, pertenecientes en todo caso a los soldados de buena puntería, para disimular los errores propios de subida magnitud! A ser ciertos todos los informes de los jefes gubernistas, sobre la mortalidad en el seno de las filas nacionalistas durante la guerra, sería el caso de tener millares y millares de muertos que llorar.

Si el general Benavente no forzó su avance el 22 fué simplemente porque no lo quiso así. Nos cuenta uno de sus oficiales, que al llegar a la sierra del Carmen, Galarza pidió permiso para romper el ataque, recibiendo respuesta de que era muy tarde para ganar una batalla. Para obtener la presumida victoria nunca era tarde; por lo contrario, nada más terrible que una dispersión entre dos luces. Además, a fin de extinguir hasta remotas dudas que puedan hacer viable la idea falsa de posibles misericordias oficiales, debemos agregar que la vanguardia gubernista no cesó en avances de guerrilla que no adquirieron carácter grave, simplemente por virtud de la respuesta ofensiva y mesurada de los hostilizados. El enemigo intentó pues quebrar el orden de nuestra retirada sin conseguirlo por un momento.

Tócanos ahora hacer recuerdo laudatorio de Saravia que fué

el alma de las operaciones, incansable en sus astucias y valentías, y también del abnegado Diego Lamas, cuyos laureles jamás conocerán el otoño.

FRENTE A NICO PEREZ

El 23 amanece sin novedad. A todos sorprende el silencio enemigo. ¿Para cuándo se reservan los cañones? En previsión de un probable ataque tiéndese de nuevo línea con lujo de cuidado. A las diez aparece en escena el grueso del ejército gubernista que sin dificultad elige posiciones dentro de la zona de tiro. En esta actitud silenciosa, no gastando un solo cartucho, corre el día. Al oscurecer se mueven los revolucionarios para el interior de la sierra y con rumbo a Nico Pérez. A la retaguardia quedan los fogones encendidos y dos muñecos improvisados, dispuestos entre las piedras en actitud recelosa, haciendo mortificante burla de afamadas tropas de línea. Dos leguas más adelante se acampa para proseguir al amanecer la jornada. Empieza a llover. En condiciones inclementes, con la mayoría de los escuadrones a pie, sigue la marcha hasta la noche. Después de cruzar los arroyos Pavas, Balijas y Sarandí, todos crecidos, acampamos bajo agua en la sierra de este último nombre. El objeto de estas marchas forzadas ha sido llegar a tiempo a la costa del río Olimar Chico para vadearlos antes de que expanda su volumen; pero informes traídos por una comisión desprendida al efecto, malogra ese propósito, la creciente ya se ha producido.

Sólo resta buscar paso por las puntas.

25 de agosto de 1897. ¡Siniestro cumpleaños de la patria! En distante aniversario de la fecha sagrada todavía se lucha por hacer efectivos los más elementales fundamentos de la nacionalidad. Derrotas tan visibles del ideal bueno inclinan a dudar de la justicia y condenan el porvenir.

El oído, acostumbrado a recoger los ecos de la guerra,

denuncia apagados estampidos. Es el ejército de Benavente que hace salvas saludando nativas glorias que un presente de ignominias reniega. Cruzamos en sus cabezas el Olimar acampando dos leguas adelante. Esa tarde muere el pundonoroso comandante Manuel Albarracín, jefe de la Escolta del Coronel. Ciudadano de correctísima foja de servicios había merecido siempre recuerdo preferente de los superiores.

Nada alarmante llega de la retaguardia.

El enemigo, malgasta el tiempo preparando combinaciones que, por fas o por nefas, nunca rinden resultado favorable. El mismo general Benavente permite deducirlo. En su parte dice que el 23 lo destinó «a un reconocimiento de las posiciones enemigas y habiéndolo efectuado con minuciosidad, dispuse el ataque para el día siguiente en cuanto amaneciera.» Pero — ¡lo que son las pícaras fatalidades! — cuando todo estaba pronto y el hombre se disponía a caer sobre los incautos adversarios con el peso de sus abrumadoras concepciones, viene la neblina aliada a la lluvia a desbaratar una perspectiva que viste la victoria. Tal vez la naturaleza piadosa tendió esas dos gasas atmosféricas para salvar a los amenazados, tan extraños en su inocencia, al inminente peligro que corren, como los niños a la proximidad terrible del abismo en esas bonitas alegrías oleográficas donde adquiere encarnación la imagen protectora del Arcangel San Miguel.

En opinión del mayor Etcheverry, aquellas favorables circunstancias, dificultando las proyectadas operaciones no quisieron «permitir en aquel día el desenlace de la contienda.»

Además de la temeridad que envuelve esa afirmación, tan ligera y vanidosa como el célebre: «los blancos están dentro de mi kepis,» corresponde decir que mal podía vencer entonces el ejército estratégicamente quebrado en Tarariras e incapaz de intentar un avance serio al siguiente día. La pelea del 21, mantenida en campo parejo, no tuvo un solo resultado práctico para el gobierno y todavía se pregona un éxito seguro el 24, cuando los hostilizados,

esparcidos entre asperezas de magnífico relieve militar, estaban en aptitud de fusilar impunemente al atacante!

Con certeza que pocas veces dispuso la revolución de posiciones tan formidables.

El 26, ya a la altura de Nico Pérez, se pasa a dos leguas a su flanco izquierdo.

Desde la tarde anterior presta servicio de vanguardia la compacta división Florida.

Los rumores circulantes dan muy cercano al enemigo. Por lo pronto el general Tajes, con más de mil quinientos infantes, ocupa el vecino caserío. Un emisario del frente anuncia que por el flanco derecho avanzan fuertes guerrillas. En efecto, al enfrentar la sierra de Sosa se oyen disparos a nuestra izquierda, que no piden mayor atención en un principio. La ausencia del General funda inquietudes que momentos después adquieren lamentable motivo. Los disparos oídos proceden de enemigos, mandados por Manduca Carabajal; y Saravia y sus hijos son los únicos contrincantes! Qué caras pueden ser tan reiteradas imprudencias! El Coronel ordena el avance de la 4ª y sale en persona a correr riesgos estériles o no. A la vez que impone, apena ese lujo de valor de nuestros jefes, orgánico e impulsivo en Saravia, orgánico a la vez que meditado en Lamas.

Los detalles del suceso no se hacen esperar. El General acompañado por Aparicio y Nepomuceno Saravia, los dos menores de veinte años, ha cargado a lanza a una guerrilla de tiradores poniéndola en desorden. El primero dobla a varios enemigos, alzando generoso su arma de combate para seguir adelante; pero como unos de los muchachos, Aparicio, atacara ignorándolo así, determinado de los abatidos descargó sobre el brioso compañero su fusil rémington destrozándole la pierna derecha, abajo de la rodilla. Al apercibirse de esta desgracia, que conceptúa mayor porque Aparicio ha caído por tierra, el General cimbra su terrible lanza para bajar de un bote, que la parte por el medio, a un jinete adver-

sario, mientras Nepomuceno pelea a arma blanca en defensa de su hermano.

Dramática escena escrita por cariños sin instante débil a la vista de compañeros asombrados. Todos vuelven con vida; pero inmediatamente el doctor Alfonso Lamas procede a cortar la pierna del herido que luego y bajo su vigilancia médica, queda en una estancia de las cercanías. Fuertemente impresionados por aquella inesperada ocurrencia dolorosa seguimos la marcha.

Al mediodía llega parte de la vanguardia advirtiendo nueva proximidad de enemigos por la derecha, que se contesta ordenando a la misma que limpie de obstáculos el camino a seguir.

Entonces se reinicia un tiroteo parcial que sostiene la divisón Florida contra unos doscientos gubernistas.

Una carga definitiva, llevada personalmente por el coronel Aldama protegido por las divisiones 3ª y 4,ª resolvió el combate.

Sin hacer papel desairado, porque la desproporción numérica era evidente, se retiran los enemigos, en la impunidad, pues la falta absoluta de caballos no permite perseguirlos. En esas escaramuzas fué muerto el mayor Dámaso A. Silva, agregado a la consecuente columna floridense. Ciudadano éste de una sola chapa, había aumentado los prestigios de su nombre histórico dando en su departamento alto ejemplo de resolución partidaria cuando pocos, muy pocos, reconocían los compromisos de su conciencia. En holocausto a la causa redentora sacrifica afectos e intereses y corre sin intervalo la dignificante aventura para regar en los finales, con su sangre selecta, el suelo de una zona donde nunca podrá olvidarse la inmolación gloriosa de otro Dámaso Silva. El amigo perdido dejó numerosa prole en el desamparo, pero no se llora una verdadera orfandad, cuando los padres crecen gigantes en el propio recuerdo.

¡Dura jornada la del 26! A la cabeza de las filas marcha ensimismado, abstraído en su dolor, que no aparta del pensamiento la visión constante del deber, el general Aparicio. No habla, ni

escucha, ni vuelve la cara; allá enfrente, de aquel lado del Cebollatí, está la tranquilidad holgada y, como el vaqueano que arranca al misterio un rumbo aspirando los aires, el gran caudillo va labrando un camino para todos con la mirada investigadora fija siempre en el horizonte. A la retaguardia ha quedado el coronel Lamas con la 8ª en protección de los rezagados.

¡Hermosa descomposición del binomio legendario!

Se marcha sin intervalo, sin comer ni hacer un simple alto, hasta las ocho de la noche. Hemos descrito sobre cumbres una pronunciada curva que tiene por centro, a la izquierda, el pueblito de Zapicán. Desde temprano se divisa aquel caserío que nunca desaparece del plano visual, como si acompañara en su movimiento a la columna. Se acampa en los Molles de Olimar habiendo avanzado siete leguas.

Con estas realidades, siguiendo la odisea del ejército revolucionario convertido en infantería en circunstancias las más adversas, se contesta a quienes sostienen como tesis inconcusa, la aseveración de que sólo las buenas caballadas mantuvieron en pie de guerra a los invasores.

Vale la pena hacer presente que en esa fecha fué suscrita por todos los jefes y presentada al General y al coronel Lamas una petición cariñosa, en el cuerpo de la cual se rogaba a los mismos fueran en el combate menos despreciativos de la vida. Arranco de ese honroso documento, que redactamos, este párrafo final: «El permanente peligro que para la suerte futura de este ejército entraña semejante actitud, repetida de continuo, nos induce a solicitar de V. V. E. E., en nombre de la patria y del partido, ya que no de la razón, más prudencia personal en los hechos de armas que se sucedan. Abriguen la plena seguridad nuestros dignos superiores, de que mucha más admiración provocan entre sus subalternos todos, la tenacidad en la dura lid del general Aparicio Saravia, sin sueño y sin descanso cuando sus soldados corren riesgo, y la ejemplar abnegación del señor coronel Diego Lamas, sin

dolores y sin abatimientos cuando el deber estoico lo reclama, que los actos aislados de valentía realizados por ambos.»

SITIO DE MINAS

Con buen tiempo se reanuda la marcha el 27. A las tres de la tarde, después de cruzar el río Cebollatí por el paso de Godoy, acampamos ya en la jurisdicción del departamento de Minas. Empieza a adquirir consistencia un rumor, hasta entonces vago, que da asesinado en la capital al señor Idiarte Borda, en momentos de salir de un *Te-Deum*.

Con la última jornada se cierra una de las semanas más terribles de la campaña. Crueles fueron las marchas durante siete días, crueles los fríos que trabaron alianza porfiada con la adversidad, y crueles las miserias de toda clase corridas. Este período, el posterior a la batalla de Cerros Blancos y el inmediato al pasaje del Arapey, de vuelta a Rivera, integran la trinidad azarosa de la revolución. Recordemos que sólo los elementos desatados y el afán previsor de apartar posibles obstáculos naturales — corrientes crecidas, etc. — obligaron a esos sacrificios sin dilatoria.

Al sur del Cebollatí, sabido una barrera, reconquista el ejército prosperidades que sólo corta en su vuelo ascendente la paz de setiembre. La primavera anuncia su llegada con días tibios, los espíritus retribuyen con espontáneos regocijos estas dianas triunfales de la naturaleza que despierta del letargo invernal y hasta los ideales acentúan su rosado colorido. Las horas de solaz se repiten. Pero antes de continuar la narración quiero dar cabida a una memoria atrayente. Durante la marcha fuerte del 26, Saravia no tuvo un instante de flaqueza fundado en sus emociones de padre enardecido: nada dijo sobre su hijo inválido. Pero después de acampar sobre la margen derecha del río, recuerdo que me acerqué a la costa con intención de bañarme; al abrirme espacio

por el follaje inmediato, sorprendí a nuestro General con la cabeza oprimida entre las manos, mientras lágrimas silenciosas caían por sus mejillas. Aquel espectáculo me conmovió aquilatando otra vez el valimiento de una virtud. ¡Hermosísima sucesión: la debilidad tierna después de la fiereza estoica! ¡Gusta tanto encontrar un verdadero corazón debajo de la máscara de hierro fisionómica!

El 28 acampamos en Laureles dejando a la retaguardia el pueblo de Polanco de Barriga Negra, recostado sobre el arroyo del mismo nombre. Una nueva jornada de siete leguas termina el 29 en la costa del Soldado.

En esa fecha se confirma oficialmente la noticia conocida sobre la muerte de Juan Idiarte Borda.

El ejército aumenta a diario sus filas, dándose casos de conquistadora adhesión. Por ejemplo, a esta altura se presenta un chiquilín, todavía en *déficit* para completar una docena de años. Sin turbarse pregunta por *don* Lamas.

—Aquí está; soy yo, le dice el Coronel, que invariable en su subordinación modelo, agrega luego a la vez de apuntar al aludido: pero éste es el general Saravia.

—Bueno, replica el muchachito, venga una divisa y un caballo. ¡Ya estoy dispuesto!

Profunda gracia causó aquella decisión. Queriendo recordar este caso de abnegación infantil, preguntamos por su nombre a aquella miniatura revolucionaria que llevaba el de Julio Bonilla. Después nos contó él mismo que mandado por sus padres a cuidar un ganadito había visto buena la oportunidad para tomar un arma. Julio Bonilla pasó a revistar en el fogón del Coronel recibiendo, cuando el desarme, paga íntegra.

También entonces forma otro voluntario interesante. La alegría le sale por los ojos al solicitar de los jefes una plaza de honor.

—¿Y cómo supiste de nosotros? — le interroga el General.

—Pero cómo no había de saber, señor! Yo estaba clavando unos postes en la estancia del patrón cuando en eso me pareció

oír ruido, así como un tropel lejano. La cosa prometía; puse el oído contra el suelo y convencido de que eran los míos, fuí y le dije al patrón que yo me iba porque ahí no más estaban las caballerías de la patria. En seguida agarré esta lanza, y aquí estoy para lo que se mande.

Estas explicaciones campechanas que rebosan afectos de buen origen, llenan de ondas buenas el espacio y culminan los prestigios de la reivindicación. Son reminiscencias de los tiempos viejos.

No hay duda de que vamos con rumbo a la ciudad de Minas. Ningún obstáculo entorpece el camino hacia el sur que hacen aún más agradable las bondades de un vecindario amigo y las brillantes perspectivas locales con marco de recorte andino.

El 30 a la tarde acampamos a dos leguas de la capital del departamento, sobre el arroyo Campanero, paso del Garrote. En la noche anterior las divisiones 3ª y 4ª en servicio de vanguardia, sorprenden una avanzada gubernista matándole dos hombres.

¿Habrá intención de sitiar a la ciudad de Minas? En ella está acantonado, al mando de varios centenares de milicianos, el jefe político del departamento coronel Angel Casalla. Todo permite presumir en él la firme intención de resistir a un ataque. El último día de ese inolvidable mes de agosto se aproximan los revolucionarios hasta tiro de fusil de la iglesia acampando tras una loma en la antigua estancia de Lavalleja.

Las guardias del enemigo se recogen al notar este acercamiento cubriéndose también de soldados los edificios que ofrecen posiciones estratégicas. Inicia la ofensiva el comandante Juan José Muñoz recibiendo nutrida respuesta. En esta situación de falsos amagos se desliza la tarde sin novedades decisivas que tampoco se buscan. Minas, tendida sobre su lecho de sierras, adquiere perspectiva aun más atrayente coronada por el humo de esas descargas que hienden los aires para repercutir en lo hondo del valle. Ninguno ignora cuánto se anhela en la ciudad hermosa, de proverbiales preferencias nacionalistas, la entrada de los revolucionarios;

pero ese ideal no podrá encarnarse. Saravia y Lamas, a menos de veinte cuadras del pueblo y con el caballo de la rienda, siguen alegres el desarrollo de las escaramuzas que se animan con la súbita presencia hacia la derecha de guerrillas nuestras. Manda ese puñado de arrojados compañeros el mayor Hermenegildo Palomeque, quien desaloja con todo éxito a una avanzada gubernista.

Poco después avanza la 6ª división imprudentemente formada en columna. Al frente de la misma va el coronel Alonso con orden de estrechar el asedio por ese lado. Mientras se corta un alambrado interpuesto soporta impávida aquella fuerza el fuego todo del enemigo que consigue hacerle una baja.

Con la caída de la noche deben empezar las inquietudes en la plaza, pues los preliminares conocidos dan antecedente lógico a cualquier temeridad. Sin embargo, nada serio sucederá. Locura fuera concebir un asalto de precio sangriento en extremo para ambas partes. Ni esa circunstancia convincente, ni la escasez de municiones permiten otra cosa. La revolución no poco prestigio gana y nervio exhibe poniendo sitio a una ciudad importante, ligada por vía férrea a Montevideo, a pesar de tener a su retaguardia un ejército muy superior en número y de saber enardecido al gobierno.

Esas legendarias audacias, patrimonio de la falange redentora, fundaron sus mejores triunfos.

Un simulacro de ataque, llevado en la oscuridad con vanguardia de caballos sueltos, produce explicable desconcierto entre los defensores del punto.

El 1º de setiembre el ejército marcha dos leguas dejando abandonadas las inmediaciones del pueblo. Suficientemente garantidos quedan en el molino del arroyo la Plata y bajo el amparo de la Cruz Roja local, Bernardino Orique y dos compañeros también heridos.

Cruzamos el 2 por uno de los parajes más escabrosos del país entre quebradas y cerros de piedra que parecen estribos dispuestos

por la naturaleza para escalar el cielo. Acampamos en las puntas de Mataojo quedando allí, detenidos por el agua, hasta el 4. Aquella zona pertenece al general Sandalio Gimenez, veterano del partido colorado sumamente apreciado en el vecindario.

El 5 levantamos campamento en Solís Chico echando pie a tierra, a la vista del hospitalario pueblo de Mosquitos que casi pertenece por entero a los Burgueño.

¡Bendita modificación!

El límite de la visual al sur es la inmensa planicie del Río de la Plata. ¡Con qué profunda alegría acreditamos la proximidad de la movible masa azul, orgullo de los hijos de la costa; del *mar*, que justo seis meses atrás dejáramos a la espalda, guarnecido por los médanos caminadores del Sauce!

Para muchos de los compañeros, es una indescifrable novedad aquella perspectiva infinita. Esta frase típica de un paisano retrata mejor que nada tal impresión extraña:

—Lindo, aunque un poco grande, ese corral *pa una yerra*.

Ya muy avanzada la noche llega al campamento el respetable ciudadano doctor José Pedro Ramírez, con nuevas proposiciones de arreglo.

Modificadas las circunstancias todo permite esperar una solución patriótica.

Muy distinto era el aspecto que ofrecía la política general al reanudarse las negociaciones. Expliquemos por qué.

EL DRAMA DEL 25 DE AGOSTO

El rompimiento de las hostilidades, después del armisticio, tuvo la virtud de irritar profundamente el espíritu público. Ese disgusto que engendraría cóleras temibles, se dirigió en exclusivo contra la fracción dominante, única culpable por mérito de sus imperdonables exigencias, de las nuevas desgracias acumuladas.

Por lo contrario, brisas de honor besaron el pabellón revolucionario para refrendar prestigios mágicos que sin ser recientes conquistaban galanuras en medio del torbellino.

El país entero reconocía propósitos liberales y amplios en el lado donde más fácilmente pudieron prosperar las intransigencias radicales. A causa de ese mismo contraste creció, si posible era, el descrédito de un gobierno que agregaba a sus muchas gangrenas orgánicas la tremenda responsabilidad de inmolaciones sangrientas.

Desesperados todos los elementos integrantes de la sociedad metropolitana ante tan ruinosas perspectivas, agotaron los medios hábiles de oposición política y financiera. Entre los segundos puede recordarse la repulsión decretada en la Bolsa de Comercio a los Certificados de Tesorería, que al perder precio perdían significado monetario.

Con todo, era tanto el empecinamiento del presidente, que esas graves protestas en vez de llamarlo a la reconciliación fraternal lo empujaron a extremos de castigada violencia. La prueba más evidente de esa actitud audaz la encontramos en las fiestas dispuestas para solemnizar la fecha memorable del 25 de agosto, mientras los orientales regaban el suelo de la patria con sangre inocente.

Insulto tan desatentado inferido al luto de todos produjo una fiebre de indignación. No era concebible ese colmo de escarnio por parte de un hombre, que siendo padre, estaba en aptitud de alcanzar la desdicha de miles y miles de hogares deshechos, y que siendo jefe de la nación, podía comprender el grado superlativo de sus responsabilidades ante la historia y ante su conciencia.

Sin aceptar un consejo ni recibir el eco de una advertencia prudente, persistió Idiarte Borda en su afán de dar una parada, de inusitada importancia y lujo, en el día de la patria. Así fué. El 25, escoltado en compañía de sus paniaguados por tropas mercenarias, asistió a un *Te-Deum* celebrado en la iglesia catedral.

Pagando obediencia estricta a una consigna silenciosa, la mayoría de las casas particulares y los establecimientos de comercio

aparecieron cerrados en aquel amanecer triste. Merecido y elocuente reproche. Si se agrega a este antecedente significativo la nota unánime de la prensa local que, ya libre de mordazas, flageló duramente aquella ignominia, se tendrá el preliminar sombrío del drama. ¡Impresionantes rasgos de adivinación! Los diarios del 25 vistieron sus columnas de luto para acreditar el duelo común, y hubo órgano de publicidad que propuso valientemente al impúdico mandatario, previo recuento de sus pecados a comparación de aquel rey antiguo para saber si le era o no vedada la entrada a la casa de Dios.

Estaba escrito! Estos siniestros aleteos no torcerían en lo más mínimo el curso fatal de los acontecimientos. Cuidado por sus instrumentos, tendidos en batalla a lo largo de las calles 18 de Julio y Sarandí, pasó Idiarte Borda para el *Te-Deum*. Finalizado éste, a las tres de la tarde salió a pie hacia el palacio de gobierno llevando a su derecha al arzobispo, su agradecido y sumiso amigo. Poca gente había a esa hora por las calles y desiertos estaban los balcones. En momentos de cruzar el pomposo grupo frente a la institución sportiva *Jockey Club*, un hombre apostado, a pocos pasos sobre el cordón de la vereda, hizo fuego a la persona del supremo. Herido mortalmente, cayó éste de rodillas sobre el empedrado estando aún en tiempo el arzobispo de prestarle su absolución. En medio de un peligroso desconcierto fueron conducidos víctima y victimario a la jefatura política. Cuando se le pudo acomodar sobre un sofá, en la sala de la derecha, ya Juan Idiarte Borda había dejado de existir. Lúgubre punto final a una carrera de porfiados errores difíciles de atenuar.

Avelino Arredondo, llamábase el matador, joven de veintidós años, de pelo castaño, de buen exterior y correcto en sus facciones. La noticia del dramático suceso pronto fué conocida por la población que aliviada en sus justas desesperaciones, pues volvía a entrever perspectivas de paz nacional, se desbordó nerviosa por calles y plazas sin disimular su alegría. Esas expansiones, perfectamente explicables, jamás significaron espíritu de rencor. Entre la sangre

del infortunado presidente, resuelto a seguir inexorable la guerra, y la sangre de los ciudadanos, de cualquier matiz político, condenados por esa obstinación a perecer indebidamente en los campos de pelea, nadie quiso ni pudo dar preferencia a la unidad extraviada. Pocas veces en el curso de la historia encontraremos acontecimientos tan ejemplares para los malos mandatarios como el del 25 de agosto de 1897.

A pesar de guardias y de celosas vigilancias, a pesar del común abatimiento y de la general desorientación, un humilde ciudadano recoge los hondos agravios del país y expone su vida sacrificando la del opresor, porque sabe que sólo así tendrá próximo sello la concordia entre los hermanos disidentes. Resulta desinteresada y patriótica esa actitud llena de sinceridad cívica que no obedeció a maquinaciones colectivas y tuvo por brazo a un hijo del pueblo.

Este siglo de altivas conquistas públicas no tolera en sus finales el absolutismo caprichoso de los que mandan; y si aún dentro de las leyes positivas hasta las células inútiles o perniciosas deben desaparecer y desaparecen, ¿por qué ha de imponerse distinto criterio en los campos de la moral? El ejercicio del poder, aun del poder bien habido, no significa rendir la soberanía maniatada a los pies de un hombre. ¡Ay de los que así lo pretenden!

Tampoco las corrientes sociales aceptan dique cuando tienen arranque en las fuentes del corazón. Audacia temeraria es intentar cortarlas entonces con ofensa de sentimientos sagrados; el que eso ensaya pronto se hace un espacio en el abismo. En casos tan palpables de traición a los anhelos populares, como el de Máximo Santos, todavía más relajado en su gobierno después del reto del Quebracho, y el de Juan Idiarte Borda, hostil, soberbiamente hostil a la concordia de sus hermanos, por simple flato de vanidad, ni asusta ni se repudia la sombra de un vengador espontáneo.

Haya pues, franqueza para defender en su prisión a quien tuvo energías bastantes para intentar muriendo la salvación de su país.

La brusca acefalía del mando supremo puso en la altura al ciudadano Juan Lindolfo Cuestas, presidente del Senado. En los primeros momentos nadie pensó en ver un amigo del bien público en este favorecido, servidor constante de malas situaciones anteriores. Sus antecedentes políticos eran deplorables si bien nadie le negaba una persistente honestidad personal. En esta condición saliente de carácter del investido, encontrarían piedra angular todas las inspiraciones salvadoras.

El primer síntoma de sorprendente reacción lo dió el señor Cuestas constituyendo un gabinete con estos elementos apreciables: Mariano Ferreira en el Ministerio de Relaciones Exteriores, Eduardo Mac-Eachen, en Gobierno, Jacobo A. Varela, en Fomento, y Juan Campisteguy en Hacienda. El general Pérez, hechura del viejo sistema, continuó en el despacho de Guerra y Marina, por exigencias militares del momento.

Excelente efecto produjeron en la opinión pública ésta y otras medidas de trascendencia. Entonces algunos empezaron a adivinar un regenerador, intransigente con el vicio, en aquel hombre de empobrecida estampa y sin reputación altiva.

Continuó la naciente popularidad del mandatario, su deseo manifestado de llegar cuanto antes a la paz. No falta quien vea flagrante hipocresía en esas expansiones tolerantes, que no armonizan con el voto negativo a todo arreglo sin preliminar de acatamiento a la autoridad del gobierno, dado días antes por el mismo señor Cuestas en las Cámaras de Borda. No pensamos de esa manera. Si el mencionado pudo dar rienda suelta a sus convicciones, equivocadas o no, cuando era simple miembro de un cuerpo colegiado, otra debía ser su ruta, cuando de su actitud dependía la suerte futura de la nación. Sin inferir agravio a su criterio, pudo el presidente aprobar, como tal, gestiones antes resistidas y mucho más después del sacrificio de su antecesor. Esa evolución serena del señor Cuestas en el mando, lo acredita, por lo contrario, como político de buen pulso. Ni él ni nadie se hubiera animado a desco-

nocer los anhelos del país entero que festejaba la paz desde antes de ser ella suscrita.

Por iniciativa oficiosa del señor Pedro Echegaray, volvió a colocarse en condiciones de fructuoso debate el trascendental asunto. Siendo visible la necesidad de dar intervención en las nuevas negociaciones a entidades de alto vuelo cívico, el presidente de la República aceptó el concurso espontáneo del doctor don José Pedro Ramírez, quien partió para el campo revolucionario el 5 de setiembre, en posesión de las condiciones acordadas y acompañado por el señor Echegaray.

LA MISION RAMIREZ

Ahora busquemos a los heraldos de paz junto a los fogones revolucionarios cuyos calores compartieron en la misma noche del 5. Al siguiente día, sin sacrificar el interés de las operaciones militares a las negociaciones pendientes, continuó su avance el ejército de la patria, engrosado en su número por hora. Al llegar a la Estación Tapia y con el caballo de la rienda se provoca por el General un consejo de jefes de división para tomar en cuenta las proposiciones del gobierno. En esa asamblea expuso el doctor Ramírez ideas patrióticas, acordando luego los representantes del ejército, limitar a seis el número de jefaturas con exclusión absoluta de las prebendas a Muniz. Eran ellas San José, Flores, Cerro Largo, Treinta y Tres, Florida y Minas. Teniendo en su poder estas instrucciones, salen en seguida para Montevideo los negociadores. Por lo pronto, ellos llevan noticia fidedigna de la columna intangible para la desgracia que campea a ocho leguas de la capital.

Sigue la marcha anunciándose de la vanguardia que el general Meliton Muñoz con un grupo de 800 hombres está próximo. Se imparte orden de batirlo a toda costa. En cumplimiento de esa

disposición se alejan los coroneles Trías, Martirena y Corbo, pero el adversario no los espera. Muñoz, puesto en precipitada fuga, fué a encerrarse en el pueblo de Pando.

El veterano Trías, que en sus mismos pagos acababa de ridiculizar al cacique rival, dirigió al General este parte satírico para explicar el porqué de no haber peleado en forma:

—Dígale que si han disparado la culpa no es mía.

Burla sangrienta con todo el sabor de las cosas gauchas.

Esa tarde los revolucionarios vuelven caras hacia el norte tomando rumbo al departamento de Florida, pues el río Santa Lucía, crecido, nos encierra dentro de una peligrosa herradura de agua franqueable por contados puntos. Antes de la noche, entre el repique de las campanas parroquiales y vivas de mucho vecindario, cruza la columna por el pueblo de San Jacinto acampando dos leguas adelante, en Piedra Sola.

Recuerdo la impresión penosa que nos produjo la vista de una madre, que al abrazar a su esposo, de paso al cabo de seis meses de ausencia cruel, le preguntó conmovida por el hijo que fuera con él a la guerra.

—Nuestro hijo murió en la batalla de Arbolito, contestó apenas, el digno voluntario.

Un grito desesperado de dolor, seguido de llanto copioso, selló el conocimiento del brutal infortunio de una madre.

El 7, tras de larga marcha, vadeamos el Santa Lucía por el paso de Barrancas acampando en Florida. En el lindo pueblo del Tala se han arrojado flores al ejército. Con un día de descanso se reinició el movimiento el 9 haciéndose noche en San Gabriel. Del enemigo sólo llegan rumores. El 10 se duerme sobre el paso de los Paraguayos, Santa Lucía Chico. Momentos antes llega la comisión de paz con noticias finales. En seguida de echar pie a tierra celebran una conferencia los señores Ramírez y Echegaray con Saravia y Lamas. Convócase luego un consejo de coroneles y jefes de división, realizado en el acto y que preside el General.

Son aquellos, momentos de trascendencia histórica. El cielo purísimo, vestido con los colores de la gloriosa insignia, parece ofrecer hermosas sugestiones, mientras los oficiales, en grupos y a alguna distancia, esperan el resultado de un cónclave decisivo.

Formados todos en rueda y sentados sobre el pasto, escuchan los veteranos las palabras cordiales y sinceras del doctor Ramírez, quien expone que el presidente de la república acepta la base de las seis jefaturas, pero cambiando por Rivera y Maldonado las de Minas y Florida. El patriotismo ordena aceptar sin mayor debate esas proposiciones. Sin embargo, previamente pide el coronel Orgaz y Pampillón que se permita a los jefes cambiar ideas sobre el punto, con prescindencia de los pacificadores. Así se hace, manifestándose todos conformes en llegar a un arreglo: el país puede ya entonar un *hossanah*. Dominado por el entusiasmo y puesto de pie, el coronel Alonso da un: *¡Viva la paz!* que consagra la grata nueva estremeciendo los espíritus. Después de largos meses de sacrificio llega la hora de los himnos felices y las lágrimas corren por las mejillas bautizando benditas emociones. Todos lloran y se abrazan con delirio. Saravia y Lamas también dejan hablar a sus corazones.

A pedido general toma la palabra el doctor Ramírez quien, con la voz entrecortada, hilvana frases calurosas. Dijo él, que por lo común las revoluciones, para triunfar no necesitan del estruendo guerrero, y que si no a sus correligionarios, a sus conciudadanos presentes, declaraba que al movimiento recién terminado cabía el inmenso mérito de ser punto de arranque de administraciones regulares, desconocidas por el país desde muchos años.

Termina así, entre contagiosas alegrías, una fecha memorable en nuestra historia de pueblo libre. Recordemos que precisamente a las doce del día fué aprobada la paz por el consejo de jefes.

El 11 de mañana salen los heraldos de ventura para la capital.

Al rato se oyen descargas que comprueban la proximidad del enemigo, por la retaguardia.

No sorprende esa inmediación anunciada por los exploradores, pero sí el ataque después de lo resuelto. El ejército adversario, fuerte de 5000 hombres, venía al mando del generalísimo Máximo Tajes. Este jefe que se comprometiera a concluir en un plazo de quince días con la revolución — ¡ridículo aserto en labios de quien jamás acreditó un mérito militar! — había permanecido atrincherado en Nico Pérez presenciando el desfile de los nacionalistas. Una vez que hubieron pasado, (graciosa actividad), salió en *su persecución*. Dicen sus amigos que Tajes no opuso resistencia a los revolucionarios, cuando los tuvo a la vista en Nico Pérez, porque carecía de fuerzas suficientes; sin embargo de esa afirmación, con los mismos elementos no hizo reparo de ocupar después su retaguardia.

A todo esto el general Benavente continuaba la persecución del enemigo, valga la palabra del mayor Etcheverry, quien así lo asegura en su folleto. Agrega el mismo informante, que el 26 hubo gran duelo en el ejército al conocerse el fin trágico del presidente, pues «el señor Idiarte Borda tenía allí numerosos partidarios y amigos». No criticamos la segunda declaración contenida en esa frase, pero constatamos la realidad de la primera.

Los gubernistas, acampados en Averías el 27, se detienen el 28 en la Sierra de Sosa. Ellos que siguen el camino de la cuchilla han recorrido un trayecto más corto y expédito que los invasores. El 30 echan sus tiendas en la Sierra de Chimba, el 31 en el paso del Sarandí de Cebollatí, en Polanco el 2 de setiembre, incorporándose al generalísimo el 7 en Arequita una semana justa después del pasaje por allí de los *perseguidos*. Ya pronto para cobrar laureles esquivos, Tajes cruza el Santa Lucía por el paso de la Calera, repasándolo después para el norte en Barrancas. Aguijoneado por ambiciones secretas, deseoso de aplastar a los revolucionarios, sigue avanzando en su procura a pesar de que sabe muy adelantadas las negociaciones de paz. Quizá quiere ser otra vez, *magnánimo vencedor*.

Iniciadas las escaramuzas, se ordena montar a caballo y aprestarse a la pelea. Con paz o sin paz, aquel ejército aguerrido no necesita de explicaciones previas y de concesiones misericordiosas para mantener sobre el campo su derecho.

Las divisiones de Berro y Trías sostienen el fuego rechazando con bajas a una guerrilla que intentara llegar al paso. Las posiciones que ocupan ambos se parecen a las de Tres Arboles, pues dominan al alcance de la vista las dos caídas del arroyo.

Con el auxilio de anteojos se distinguen bien los cuerpos del enemigo, fuerte en número y con sólido parque.

A las dos de la tarde suspéndese el tiroteo por la parte adversaria, haciendo cosa idéntica los nacionalistas que sólo tienen un herido. Era éste el pundonoroso coronel Berro que sufrió una fractura de bala en el codo derecho. Bien noble y ejemplar la última sangre derramada en la guerra ya concluída.

Después se supo que el apreciable señor Pedro Risso había trasmitido por teléfono al general Tajes noticia de la paz. Esa noche, para desorientar al enemigo, marchamos dos leguas hacia el este acampando en el Talita, sobre el paso del Francés. Sin hacer descuido del servicio de guardias se permanece en aquellas inmediaciones hasta el 22. La hora de las impaciencias domésticas ha llegado para todos. ¿Quién no cuenta los minutos que lo separan de los suyos?

PAIPASO, SEPULTURAS, PASO DE LA LAGUNA

Ya en los fines de nuestra reseña queremos abrir un espacio a la memoria de tres choques mantenidos por revolucionarios disgregados del ejército y a larguísima distancia del mismo. Son ellos Paipaso, Sepulturas y Paso de la Laguna.

Proporcionada a la mediana importancia guerrera de los mismos será la referencia.

En la primera de esas acciones, librada contra la costa del río Cuareim, en el paso de aquel nombre, intervinieron, de la parte invasora, el doctor Cabello y de la gubernista el coronel Teófilo Córdoba, el sitiado del Salto. Es el doctor Cabello, un español con larga residencia en el Brasil. Espíritu aventurero, pronto se enroló en las apasionadas luchas políticas del país vecino, no vacilando en tomar las armas para consagrar en la práctica sus aspiraciones. Sus simpatías por el Partido Nacional y las tendencias irregulares que le son características, lo estimulan a embanderarse en el movimiento sin perder de vista la frontera que es un segurísimo burladero para él. En correrías periódicas gasta su fiebre activa, no tan desinteresada como pudiera creerse. El 17 de julio, en combinación con el comandante Ayala, lo sorprende el coronel Córdoba tranquilamente acampado con un puñado de los suyos. En la semioscuridad de aquella madrugada de invierno sufrieron peligroso desconcierto los atacados, pero pronto consiguen rehacerse para dar el espectáculo de otra pelea primitiva, sin vencedores ni vencidos. El coronel Córdoba, incapaz de labrar un éxito, no sabe aprovechar las circunstancias; de la parte adversa se reemplaza con audacia y valor, que no faltan al doctor Cabello, las imperfecciones del momento, y después de tres horas de tiroteo sin trascendencia, ambos contendientes se retiran: uno, para salvar sus heridos, al Brasil, y otro hacia el sur para dirigir un telegrama napoleónico al presidente.

El encuentro de Sepulturas tuvo otro carácter aunque principio semejante. Por mal cumplimiento de las guardias, el 11 de agosto a las cinco de la mañana cayeron como avalancha sobre 44 revolucionarios dormidos, 380 gubernistas de la división Artigas, a las órdenes del comandante Ayala. Mandaba aquel grupo el bien reputado capitán Andrés Villanueva, jefe de escuadrón de Julio Barrios, con los oficiales Bibiano Jacques, Wenceslao Muniz, Basilio Villanueva y José Larriera. En los primeros instantes todo apareció perdido y los enemigos hasta consiguieron tomar las caba-

lladas, pero la casualidad quiso que al empezar la acción cayera herido de muerte el teniente Telésforo Sánchez, jefe de la guerrilla atacante, produciendo este suceso una oportuna desmoralización entre sus soldados. A pesar de todo, las ventajas pertenecían a los gubernistas. A esta altura aparecen protecciones que trae el mismo comandante Barrios con el capitán Isnardi y otros, avisado de lo que ocurre, y el avance se resuelve entonces en una irregular retirada.

Las situaciones respectivas se cambiaban.

Repuestos de la sorpresa los revolucionarios aprovechan con absoluto éxito tan preciosa coyuntura y persiguen tenazmente y en trayecto de tres leguas a los adversarios que van dominados por el pánico. Así pues, en brillante cuanto inesperado triunfo terminó un encuentro que debió ser una derrota para los nacionalistas.

Las bajas sufridas por las dos partes fueron muchas en relación al número de combatientes. De los atacantes 9 muertos y 28 heridos, que pasaron a asistirse a San Eugenio. Mucho menores las bajas revolucionarias, alcanzaron en total a 14.

Fueron los caídos para siempre: Luis Gil, Borches y Luis Alves del departamento de Paysandú, un tal Blanco, jovencito de diez y seis años, que postrado en un rancho cercano fué pasado a cuchillo por algún miserable, y además otro compañero de nombre ignorado.

En Sepulturas, por carambola del valor, ganó un triunfo la resistencia voluntaria.

Los sucesos del paso de la Laguna arrojan baldón sobre algunos jefes gubernistas que señalaron el fin de la guerra con un inútil y cobarde derramamiento de sangre de vencidos. Fué éste el último combate de la campaña. Tenía el mando de los revolucionarios el comandante Estevan Fernández, hombre joven, soldado de la Tricolor, compañero de Layera en sus fantásticas audacias, voluntario del Quebracho, y de los condecorados de Tres Arboles.

Su mal estado de salud lo había apartado del ejército a mitad de los acontecimientos; pero como se mejorara, Esteban Fernández, que no entiende de pasividades, resolvió volver al país invadiendo entonces por su cuenta y sin mayor perspectiva de buen resultado. Sólo existen probabilidades de que un oficial nacionalista de Río Negro, alzado en armas allí, le arrime caballos a la costa del Uruguay.

El 25 de agosto Fernández cruzó el ancho río frente a la isla San Román en el litoral del departamento ya citado. Su fuerza se componía de 35 ciudadanos, en su mayor parte dispersos de la fracasada expedición del *Venus*, elementos de pueblo, entusiastas, pero sin hábito de esas cosas. Con toda felicidad se inician las operaciones de reconocimiento; por lo pronto se le toman ocho prisioneros a un subcomisario de nombre Alfredo Ríos que pretende estorbar la internación. A las tres leguas de marcha se juntan 49 subalternos de Ayala, por supuesto pésimamente armados, y ese total resuelto tiende línea, en las puntas de Sánchez, al coronel Andrade que se retira sin formalizar pelea.

Hábiles escaramuzas absorben los días subsiguientes, pero como el dominio por los gubernistas de todos los puntos de escape hacia el este, rumbo preferido por Fernández, hiciera imposible deslizarse en esa dirección tomó al norte llegando al paso de la Laguna del arroyo Grande, el 23 de setiembre. Hagamos presente que en todo el territorio de la República, nadie ignoraba los rumores circulantes sobre la paz, ya en esa fecha firmada.

Al amanecer, unos 150 enemigos, a órdenes del coronel Borches y del comandante González, atacan la retaguardia defendida por el capitán Márquez que consigue rechazarlos, pero casi simultáneamente cargan, por la derecha, el comandante Gutiérrez y por la izquierda, el coronel Andrade. La situación entonces más que crítica se hizo insostenible; pero aún así mismo por tres horas se contiene el avance. Dos cargas sucesivas a lanza cortan el núcleo revolucionario que se defendía sin cejar un paso y provoca la

retirada serena del capitán Márquez con diez hombres, perseguido con saña por Andrade hasta los montes del Queguay.

Un nuevo empuje que manda Gutiérrez descompone la línea defensiva y quedan separados los oficiales Ayala y Cortazar, ya casi inhabilitados para proseguir una pelea tan imposible bajo todos conceptos.

Por otro lado, el comandante Fernández con sus 34 hombres se porta como bueno en aquella jornada de obligado sacrificio. Otra carga a lanza de su adversario, más de diez veces superior, rinde a 10 de ese grupo, mata 14 y a 20 postra. La visión de la sangre enceguece a los atacantes que no dan cuartel. Fernández, rodeado por cinco que se lo disputan, recibe un lanzazo en el costado izquierdo, un balazo en el hombro del mismo lado, dos hachazos en la cabeza, y ya en tierra, un culatazo final. Sin embargo, la vida no se escapa de aquel cuerpo lleno de vigor.

Terminada la acción y cuando sólo falta recoger sangrientos despojos se produce un movimiento confuso entre las divisiones coaligadas, que se ponen en rápida retirada creyendo enemiga a la gente de Borches que después de perseguir a un grupito retorna al campo.

Fernández, que no ha perdido el conocimiento, se arrastra hasta caer en la puerta de un rancho distante unas cien varas. De allí intenta arrancarlo un desalmado, pero la llegada de un comandante Bermúdez, portador de inspiraciones generosas, evita la consumación de un crimen.

Paso de la Laguna fué una masacre: el único borrón de la guerra pasada. Cuentan testigos presenciales que allí se ultimó a muchos, aserto éste que ha podido comprobarse al inhumar cuerpos, convertidos en cribas, unos, por la cantidad feroz de puñaladas, y deshechos, otros, por los cascos de las tropillas pasadas de intento. Conducta tan infame acredita entrañas de hiena que por fortuna ya con dificultad encuentran pareja en nuestra civilización progresiva. Para no dirigir imputaciones agobiadoras contra soldados

inocentes debemos decir que, en término culminante, al citado Gutiérrez se atribuye por los dispersos y el vecindario la originalidad de aquellas herejías impunes.

Notable contraste el que ofrece esta página de barbarie y rencor aleve, con la de Tres Arboles, escrita a pocas leguas para decretar la humanidad y el olvido en la guerra cuando aun no existía precedente de noblezas vencedoras.

En la inmolación del paso de la Laguna cayeron algunos jóvenes selectos, entre ellos el estudiante de medicina Sagastizabal, tan meritorio como decidido. Por lo que respecta al comandante Fernández, conducido al Hospital de Paysandú recibió allí cuidado atencioso salvando de milagro la vida.

Paso de la Laguna pertenece al número de esas victorias oscuras que con más seguridad reflejan ignominia que honor.

Alejemos estas perspetivas siniestras para volver al campamento revolucionario donde todo es corrección y acierto.

EL PACTO DE PAZ

El 17 de setiembre llegan los doctores Eustaquio Tomé y Aureliano Rodríguez Larreta, este último felizmente reincorporado al partido de sus afecciones juveniles, conferenciando con Saravia y Lamas.

Por ellos sabemos que la paz es ya una realidad. La noticia de la aceptación de las bases ofrecidas por el señor Cuestas, se tuvo en la capital en la misma tarde del 10, provocando entusiasmos delirantes en todos los órdenes de la sociedad. Esa noche Montevideo fué teatro de alegrías extraordinarias con único precedente en las efusiones populares cuando la Conciliación de noviembre de 1886.

Y al doctor José Pedro Ramírez tocaba en suerte presidir este otro regocijo del pueblo oriental. Inmensa muchedumbre dueña



Prolegómenos de la Paz de 1897.
En el campamento del General Aparicio Saravia: Don Pedro Etchegaray, Dr. José Pedro Ramírez, Dr. Luis Alberto de Herrera.

inocentes debemos decir que, en término culminante, al citado Gutiérrez se atribuye por los dispersos y el vecindario la originalidad de aquellas herejías impunes.

Notable contraste el que ofrece esta página de barbarie y rencor aleve, con la de Tres Arboles, escrita a pocas leguas para decretar la humanidad y el olvido en la guerra cuando aun no existía precedente de noblezas vencedoras.

En la inmolación del paso de la Laguna cayeron algunos jóvenes selectos, entre ellos el estudiante de medicina Sagastizabal tan meritorio como decidido. Por lo que respecta al comandante Fernández, conducido al Hospital de Paysandú recibió allí cuidado atencioso salvando de milagro la vida.

Paso de la Laguna pertenece al número de esas victorias oscuras que con más seguridad reflejan ignominia que honor.

Alejemos estas perspetivas siniestras para volver al campamento revolucionario donde todo es corrección y acierto.

EL PACTO DE PAZ

El 17 de setiembre llegan los doctores Eustaquio Tomé y Aureliano Rodríguez Larreta, este último felizmente reincorporado al partido de sus afecciones juveniles, conferenciando con Saravia y Lamas.

Por ellos sabemos que la paz es ya una realidad. La noticia de la aceptación de las bases ofrecidas por el señor Cuestas, se tuvo en la capital en la misma tarde del 10, provocando entusiasmos delirantes en todos los órdenes de la sociedad. Esa noche Montevideo fué teatro de alegrías extraordinarias con único precedente en las efusiones populares cuando la Conciliación de noviembre de 1886.

Y al doctor José Pedro Ramírez tocaba en suerte presidir este otro regocijo del pueblo oriental. Inmensa muchedumbre dueña



Prolegómenos de la Paz de 1897.
En el campamento del General Aparicio Saravia: Don Pedro Etchegaray, Dr. José Pedro Ramírez, Dr. Luis Alberto de Herrera.

de las calles confundió en sus aclamaciones a los jefes de la revolución, al presidente y a los hombres de la paz. A la mañana siguiente millares de brazos alzaron en andas a los mediadores, conducidos así hasta la Casa de Gobierno en donde los esperaba el señor Cuestas.

El júbilo no tenía término ¡habían sido tan largas las angustias sufridas y tantas las lágrimas derramadas!

El 18 se firmó el siguiente convenio de paz, por los representantes del gobierno y por los de la revolución:

«En Montevideo, a diez y ocho de setiembre de mil ochocientos noventa y siete, reunidos, por una parte, los señores ministros de Gobierno, de Hacienda, de Guerra y Marina, de Fomento y de Relaciones Exteriores, don Eduardo Mac-Eachen, doctor don Juan Campistegui, teniente general don Luis Eduardo Pérez, don Jacobo A. Varela y doctor don Mariano Ferreira, respectivamente; y por la otra los señores comisionados de la revolución, doctores don Eustaquio Tomé, don Juan José de Herrera, don Carlos A. Berro y don Aureliano Rodríguez Larreta, habiendo canjeado sus respectivos poderes y discutido las condiciones de pacificación del país propuestas por medio de la patriótica intervención del doctor don José Pedro Ramírez y ciudadano don Pedro Echegaray, renunciando todos los orientales a la lucha armada para buscar el triunfo de sus respectivas aspiraciones en el ejercicio del sufragio especialmente garantido por la reforma de las leyes electorales y por el espíritu de concordia cívica que, después de hacerse patente en los más difíciles momentos de la presente guerra civil, tiene su genuina expresión en las diversas condiciones de ese pacto, han acordado lo siguiente:

Artículo 1º El Partido Nacional renuncia a la lucha armada y en consecuencia el ejército revolucionario se pondrá a las órdenes del presidente del Senado en ejercicio del Poder Ejecutivo de la República, quien dispondrá su licenciamiento y el de las fuerzas levantadas por el gobierno para la guerra, tan pronto como tomen

posesión de sus respectivos cargos los nuevos jefes políticos que el Poder Ejecutivo ha resuelto nombrar.

El licenciamiento, previo desarme, donde el Poder Ejecutivo determine, se efectuará en los departamentos a que respectivamente pertenezcan las fuerzas licenciadas.

Art. 2º El Poder Ejecutivo, en su carácter de poder colegislador, prestigiará y sostendrá ante el Cuerpo Legislativo la reforma electoral a cuya sanción se ha comprometido ante el país la mayoría de los miembros de dicho poder, en el manifiesto del 4 del pasado agosto, siendo entendido que se incorporarán a la Legislación vigente las modificaciones ya aprobadas por el Honorable Senado y los proyectos presentados a la Cámara de Diputados sobre representación de las minorías por el sistema del voto incompleto en las elecciones de juntas electorales, de juntas económico-administrativas y de representantes del pueblo.

Esta cláusula, por la garantía institucional de futuro que importa para el país, es la base fundamental y esencial de esta negociación, y el Poder Ejecutivo contrae el compromiso de incluir esta reforma en las actuales sesiones extraordinarias y gestionar su aprobación.

Art. 3º El Poder Ejecutivo, en el libre uso de sus facultades constitucionales, declara que el nombramiento de jefes políticos, a que procederá una vez aprobado este pacto, recaerá en ciudadanos que por su significación y demás cualidades personales, ofrezcan a todos las más serias y eficaces garantías.

Art. 4º El Poder Ejecutivo declara que por el hecho de la cesación de la guerra civil, todos los orientales quedan en la plenitud de sus derechos civiles y políticos, cualesquiera que hayan sido sus actos políticos y opiniones anteriores.

Como consecuencia de esta declaración se mandará sobreseer en toda causa política o militar procedente de la lucha actual, ordenándose que nadie pueda ser procesado ni perseguido por actos u opiniones políticas anteriores al día de la pacificación.

Art. 5º Los jefes y oficiales de línea que por motivos políticos hayan sido dados de baja, quedan repuestos en sus grados en virtud de este convenio, con opción a la liquidación de sus haberes, contados desde el día en que fueron separados del ejército, y esta concesión será extensiva a las viudas e hijos de los que hubieren fallecido.

Art. 6º El gobierno acuerda la suma de *doscientos mil pesos*, que se llevará a cuenta de gastos de pacificación, depositándola en el Banco de la República en donde estará a la disposición de una comisión especial nombrada por los señores Saravia y Lamas, jefes de la revolución.

Art. 7º El Presidente del Senado en ejercicio del Poder Ejecutivo, ratifica el compromiso que espontáneamente ha contraído de adoptar además de las medidas ordinarias, todas las otras que las circunstancias puedan reclamar para desempeñar eficazmente el deber de garantir con perfecta igualdad a todos los orientales, sin excepción alguna, en el libre ejercicio práctico de todos sus derechos políticos.

Firmando en dos ejemplares uno para cada parte, en la fecha arriba expresada.

Eduardo Mac-Eachen — Juan Campistegui
Luis E. Pérez — Jacobo A. Varela —
Mariano Ferreira — Eustaquio Tomé —
Juan José de Herrera — Carlos A. Berro
A. Rodríguez Larreta.

El 19 de setiembre, reunidas las Cámaras de la época en Asamblea General, aprobaron por aclamación el pacto cuya copia antecede.

Sólo se levantó en el seno de ese cuerpo deliberante, para renegar de la concordia, la voz enferma del doctor Julio Herrera y Obes, primer culpable de las desgracias contemporáneas del país.

Cubriendo su rostro de cínico con careta de sentimentalismo

hipócrita, dijo este incorregible: «yo reservo pues mis opiniones personales respecto del pacto que se discute y pido a Dios que él sea en realidad de pacificación estable y verdadera para la República». ¡Diabólicas artimañas urdidas para atraer a sí la masa incandescente de su partido!

Nadie pudo prestar oídos a esas profecías inicuas.

Ellas sólo sirvieron para poner en guardia a la nación contra el furioso enemigo de su felicidad que con el mismo calor que defendiera antes la paz clamaba entonces por la guerra.

Realizando un acto de justicia distributiva debemos decir, que fuera de las partes contratantes, al doctor Rodríguez Larreta, que rompió el hielo de la resistencia con su misión a Aceguá, corresponde lote principal en el buen término de las gestiones, recogido luego por el doctor Ramírez.

Faltaban los trámites finales de simple cumplimiento para coronar la agradecida labor.

El ejército revolucionario ha designado a los coroneles Enrique Yarza, Rafael Zipitría y Pedro Echevarría para recibir los doscientos mil pesos que debe entregar el gobierno.

EL DESARME

El 22 nos movemos hasta la costa del Sarandí donde quedamos dos días. Son estas jornadas vísperas de la separación feliz y triste. Sustituídos los arranques bélicos por las realidades hermosas de la paz, parecería que ya las armas estorban. Acudimos pues a un renacimiento de actividades laborantes; después de siete meses de campaña y de intensas penurias, se vislumbra como una era esplendente, la que se acaba de iniciar bajo auspicios de trabajo y concordia. El 24 empieza a desgranarse la gran familia con el alejamiento del General que delega en el Coronel su representación en las soluciones finales. Fué amarga escena la de esa

fecha; recién entonces supimos hasta donde estaba confundido el corazón de los unos en el corazón de los otros. Nadie intentó reprimir su emoción al abrazar al caudillo de la patria, apurado por montar a caballo para poner término a tan aplastadores impulsos. Saravia y Lamas lloran al abrazarse. En seguida aquél sale acompañado de su escolta y ayudantes, sin volver la cabeza, mientras éste se esconde por momentos entre el monte inmediato para prestar desahogo amplio a su espíritu, que sólo conocía las debilidades del cariño, y mientras los compañeros del Estado Mayor envían al jefe su último mensaje de espontánea subordinación con un *¡Viva el padre de sus soldados!* El ejército ignora esta partida que le arrebataba una idolatría. Del general revolucionario, del audaz guerrillero, del hombre que hizo burla constante de muchos galones mal habidos, del vencedor humano y tranquilo, sólo quedó la memoria inextinguible de sus hazañas en bien de la patria, que sabe al *humilde vecino del Cordobés*, pronto a cruzar llanos y quebradas repitiendo episodios rutilantes, siempre que peligren las instituciones y sufra eclipses el derecho de sus conciudadanos. Caigan bendiciones sobre la frente del encumbrado guardián de la felicidad común.

El 25, bajo los órdenes del Coronel, realiza el ejército su última marcha, pues en la Estación ferroviaria de La Cruz se efectuará el desarme de la hueste invencible presidiendo esa operación el general Benavente, Jefe de Estado Mayor gubernista. ¡Qué tropel de impresiones desatadas nos ahoga cuando podemos distinguir el punto de disolución, invadido por una muchedumbre llegada de Montevideo en tren expreso! La columna se detiene a tres cuadras de la Estación, mientras el coronel, seguido de sus ayudantes, avanza al trote de su tordillo, para recibir órdenes del general Benavente, al cual ya debe subordinación de acuerdo con lo pactado. Siempre molestado por su herida que le dificulta el manejo de las riendas, Diego Lamas se apea sereno, y cuadrándose militarmente extiende la mano al prenombrado, que se la

estrecha con cortesía, y después de disculpar al superior ausente pide instrucciones para proceder al desarme. En pocas palabras queda resuelto el punto: la tropa, mejor dicho, aquel puñado de hombres libres, desfilará por allí dejando las armas al pasar. Así se hace. Más de tres mil personas, ávidas de conocer a los jefes de la reivindicación, mezclan sus delirantes entusiasmos a aquella escena interesante. En esa ocasión acreditamos en todo su vigor el extraordinario prestigio de la causa revolucionaria. Aclamaciones estruendosas, vivas, ofrecimientos multiplicados, se brindaron a todos y a cada uno de los voluntarios. Pero el Coronel recibía las más efusivas demostraciones. La multitud, enardecida por pasiones generosas, detenía el avance de la columna para vitorear al vencedor de Tres Arboles, al herido de Cerros Blancos, al soldado digno en la paz y en la guerra, al héroe de todos los combates, mientras Lamas imperturbable, tocado en su innata modestia por el trueno de aquella ovación ensordecedora, seguía al paso de su cabalgadura, con la vista clavada al frente. El ejército, ya sin armas, se tendió en línea de batalla, como una larga cinta. Aquel espectáculo era sugestivo. Al rato se acampa y a todos los fogones acuden los visitantes anhelosos de conocer anécdotas de la pasada epopeya.

El resultado del desarme lo exhiben las cifras siguientes: 95 carabinas, 237 rémingtons, 46 máusers, 180 lanzas, 30.000 tiros y 300 cartucheras. Muchos han visto en esta desproporción numérica entre la cantidad de revolucionarios y los elementos de guerra entregados, un principio de violación al pacto.

No lo entendemos así. En primer término, bien se sabía al firmarse la pacificación, que obtener la realidad absoluta de un desarme era algo imposible por muchos conceptos. Ni la autoridad de los jefes alcanza hasta desbaratar las estratagemas en contrario de sus subalternos, que sigilosamente descomponen en piezas pequeñas sus fusiles para esconderlos sin dificultad, ni puede exigirse al extremo el cumplimiento de un propósito tan inaccesible

a detenida fiscalización. Verdaderas dificultades presenta el empeño de recoger armas, llenas de reminiscencias honrosas para cada cual, cuando sobran los recursos para burlar ese afán ingenuo.

Así sucedió en el seno del ejército que desde días antes se iba desgranando sin importársele a sus componentes la espléndida paga con tal de salvar los dos compañeros de largas marchas: el flete y el rémington. Sucedió también que otros, como lo dejamos adivinar más arriba, redujeron a pedazos simples sus armas, o las entregaron al cuidado fiel de algún vecino: después vendrían a recuperarlas. Esto basta para explicar parte de la diferencia señalada que pierde aún su importancia recordando la exigüidad de elementos guerreros de la revolución. Al describir la batalla de Cerros Blancos expusimos que allí sólo entraron en línea novecientos veinte tiradores. Para el presente cálculo no agregaremos a ese lote los winchesters por ser armas particulares, pero sí podemos cercenar muchas otras perdidas. Ahora bien, alcanzando a 373 las armas entregadas por la revolución quedaría en el peor de los casos y a ciencia cierta, un saldo menor de quinientas, desaparecidas a causa de las circunstancias lógicas enunciadas. Ahí está acreditada la exageración fantástica nacida alrededor de un acto que poseyó imperfecciones ineludibles y esperadas. Por lo demás, ¿cuál fué el jefe gubernista que hizo entrega total de sus fusiles? Ninguno. Y a decir verdad no incomoda saberlo así, tener conciencia de que en el rancho más miserable, colorado o nacionalista, del país, existe un arma que sólo podrá esgrimirse en defensa del derecho ofendido porque en lo sucesivo no habrá guerras intolerantes de divisa.

Al amanecer del 26 ya nos levantamos echando de menos aquel imperioso toque de *a ensillar* que durante tantos meses mutilara nuestro sueño. Se ha concluído la guerra, las jerarquías están borradas, pero entonces más que nunca se acata a los superiores.

Los paisanos que poseen lote propio de crueles experiencias, difícilmente se convencen de la efectividad del acuerdo patriótico.

Recuerdo de uno que me llamó aparte para preguntarme si la paz era firme, y de *a deveras*, pues de lo contrario, él ya tenía pensado esconderse en la sierra. ¡Cuánta sinceridad cívica en el fondo de esos hombres buenos!

En la tarde se efectúa el reparto de ropas a los voluntarios, prontos ya para partir. Esta memoria nos presta ocasión, que deseábamos, de rendir elogio a dos iniciativas concomitantes de caridad ciudadana.

Referimos a las comisiones de socorros, de damas una y de caballeros la otra, que se preocuparon de arbitrar recursos para los revolucionarios.

La primera de esas corporaciones beneméritas, instalada en Montevideo durante la guerra por el decidido correligionario señor José María Silva y Antuña, estaba constituída de la manera siguiente: Mercedes Delgado de Lamas, presidenta honoraria; Agustina Píriz de MacColl, presidenta; Martina Hiriart de Alonso, vice presidenta; Amalia Meneses de De León, secretaria; Angela Barbat de Trimble, tesorera; Ernestina T. de Burzaco, Elisa M. de Silva y Antuña, Dorila C. de Trápani, Valentina B. de Zubillaga, Josefa E. de Pereyra, Francisca M. de Denis, Luisa P. de Castro, Rosalía M. de Illa, Dolores A. de Rodríguez y Ana R. de Pereyra.

Conjunto selecto de señoras que agregaron multiplicados prestigios a sus propios merecimientos, concurriendo desde su alta esfera a aliviar las necesidades de muchos y muchos hijos del infortunio.

La segunda comisión la constituyeron cuando la paz y a objeto de arbitrar recursos, los siguientes caballeros: Martín Berinduague, Miguel Rey, José Romeu, Eduardo Monteverde, Eduardo Alves, Francisco E. Cordero, Enrique M. Antuña, Manuel R. Alonso, Juan L. Lacuague, José G. Requena y García, Juan M. Castell, Manuel Quintela, Enrique Legrand, Felipe L. Monteverde, Justo P. Linares, Teodoro Berro, Juan B. Morelli, Enrique Dellazoppa, Tomás Casas, Juan R. Albistur, Eduardo B. Anaya, Juan

F. Sánchez, Lauro V. Rodríguez, Doroteo Márquez y Antenor R. Pereira.

A favor de esta iniciativa, lanzada por el digno ciudadano Eduardo Monteverde, se recogieron más de mil trajes completos. La casa de Furest y Cª, sola, dió doscientos cincuenta. ¡Agradecida acción!

El reparto de dinero queda hecho en forma casi diremos brillante.

Los soldados recibieron 30 pesos cada uno; 50 los tenientes primeros y segundos; 80 los capitanes; 100 los sargentos mayores; 120 los comandantes; y 150 los coroneles. Adivinamos que siguiendo con el pensamiento esa escala ascendente se pregunta ya el lector ¿y cuánto correspondió a Saravia y a Lamas? Corresponderles les correspondía mucho, pero ellos no quisieron nada. Raros ejemplos de austeridad y desprendimiento.

¡A LOS HOGARES!

A todos parece triste la última noche de campamento; y sin embargo, ella es la última de vida desencajada.

El 27 de mañana se imparte mandato a los jefes divisionarios de formar en columnas paralelas y por numeración, con el frente a la Estación del Ferrocarril. Así se hace. Entonces el Coronel entrega a cada jefe al mando de fuerzas, copia de una proclama firmada por Aparicio Saravia quien se despide con estas palabras de sus soldados:

«Compañeros. — Ciudadanos:

Cuando obedientes al mandato de la mayoría de los orientales y ante el clamor desesperado del pueblo entero os alzasteis en armas contra un gobierno que ya está juzgado, no eran por cierto nuestros agravios de treinta años los que tuvisteis presente.

Conculcado el voto popular, convertido en arbitrario el sis-

tema político y administrativo, dilapidada la hacienda pública, apartado el ejército de su misión exclusiva y augusta, convertidos los cargos de honor en cargos de granjería, desde el ominoso motín del 75, ésta nuestra patria tan joven y tan viril a la vez, fué presentando una por una todas las fases características de las grandes decadencias históricas.

Soldados del ejército nacional:

¿Qué mayor gloria para vuestras armas y todos los buenos sin distinción de banderas? Encarrilados los poderes públicos en procedimientos que son una satisfacción a las aspiraciones populares, mediante el solemne compromiso de que se incorporará en breve a nuestra legislación electoral ese precepto digno de los pueblos de mayor adelanto político, y firmemente convencida de que ante el resurgimiento de la opinión pública como fuerza eficiente y ante los ejemplos dados, no será posible que queden defraudadas las esperanzas de la República, la revolución depone sus armas, deseando no volver jamás a apelar al supremo recurso de los oprimidos.

Adiós, pues.

Compañeros: Volvamos definitivamente al trabajo, que ennoblece a los hombres y dignifica a la patria. Yo, improvisado general por la fuerza de las circunstancias, abandono las insignias y os estrecho contra mi corazón, sin aspirar a mayor recompensa, porque no la puede haber mayor que la que me proporcionan vuestra lealtad y vuestro cariño.

Aparicio Saravia».

Este hermoso documento fué redactado por el mismo que suscribiera la proclama dirigida a los vencedores de Tres Arboles. Diego Lamas, que tenía su estilo propio, encerró en cuatro párrafos cortos todo un programa de honor, de fidelidad, de altivez, de agradecimiento y de trabajo, preocupándose tan sólo de eclipsar su persona para ceder el goce de los galardones populares a su hermano de patrióticos insomnios. ¡Corazón único aquél!

El ejército recibió entre aclamaciones y sollozos aquella lectura de un gran cariño. La hora de la partida había llegado. Al querido Coronel lo abrazan llorando todos los jefes; pero éste disimula su honda emoción monta en su tordillo de pelea, lo pone al galope y seguido de sus ayudantes pasa revista a la gran familia, llevando la cabeza descubierta y en la mano sana su kepis blanco de los días de campaña. Una aclamación robusta de posteridad, saluda a su paso al idolatrado caudillo, al benemérito servidor de su país, que sin volver la cara sigue su carrera mientras las columnas gloriosas, ya en marcha, envían desde lejos, envuelta en vítores y entusiasmos, la promesa de fanatismos fraternales. Lamas se apea entre unas piedras. Allí, llora por un minuto aquella separación, para recuperar en seguida su habitual calma y dirigirse con un grupo hasta la estación.

Todos nos quitamos la divisa. Ojalá no haya necesidad de volverla a ceñir! A los cuatro vientos se distinguen los núcleos que marchan orgullosos y felices a llenar los pagos con los ecos de una irreprochable leyenda. Cada uno de esos hombres vuelve a sus tareas más libre que antes, para bien de nuestra sociedad y de la República.

El 28 a mediodía, Diego Lamas, que con galones o sin ellos siempre será *el Coronel*, toma el tren que lo debe conducir al sur. Algunos de sus ayudantes lo acompañan. En ese rápido trayecto empezamos a aquilatar la intensidad del prestigio revolucionario encarnado en el Jefe de Estado Mayor, cubierto de flores y abrumado por los homenajes idolátricos, en cada punto de parada.

El coronel Lamas, huyendo siempre a los agasajos de la popularidad, descendió del tren en Las Piedras donde lo esperaba una madre digna de tan noble hijo.

¡Todavía conmueve nuestro espíritu el recuerdo de aquel día esplendoroso que ha sido el mejor de nuestra existencia!

Hemos terminado. Al poner punto final a estas páginas incorrectas diremos que nunca creímos dar tanta extensión al relato de nuestras impresiones. Ahí quedan ellas mal expresadas pero seguramente bien sentidas. Quizá, entre otros, adolecen del defecto de ser demasiado espontáneas; pero este pecado no nos causa mayor alarma, porque, como lo dijimos en el prefacio: «Es necesario que los hombres jóvenes, los hijos de esa vieja Universidad que iluminó nuestros espíritus con las claridades hermosísimas de una instrucción bienhechora, nos acostumbremos a mirar la realidad de frente, sin esquivar sus asperezas, sin aplaudir errores, ni *pequeñeces*, ni tergiversaciones, en homenaje a las exigencias brutales del cintillo y de malvadas tradiciones de partido».

Por inspiración meditada hemos escrito esta obra, que es de simple crónica, pues así se corta la corriente de las adulteraciones interesadas.

Si en parte mínima conseguimos ese resultado, preparando a la vez materiales que utilizarán los historiadores en el futuro, consideraremos bien ganados los ratos de trabajo modesto que estas páginas representan.

A los queridos compañeros que nos han favorecido con datos e informaciones múltiples, les reiteramos nuestro agradecimiento. Ellos son: coronel Gabriel Orgaz y Pampillón, Ernesto F. Pérez, Lisandro Onetti, Tomás Rodríguez Rutter, Lidoro Pereira (hijo), comandante Tiburcio Barrera, Alberto Lerena, Fernando Gutiérrez, Agustín Sierra y Sierra, Manuel Romero, Luis Ponce de León, Ismael Velázquez, Miguel Cortinas, doctor Jacobo Z. Berra, y capitán Isnardi.

EPILOGO

EL FUTURO

Después de dedicar tantas páginas a la exposición de acontecimientos, nos parece indispensable cerrar este modesto libro con algunos comentarios finales, también modestos, pero tímidamente animados de espíritu deductivo.

A buen seguro que la mejor parte de la historia está en su filosofía, que guarda la esencia ejemplarizadora de los hechos descritos para ofrecer enseñanzas depuradas a las generaciones siguientes; y si bien no es nuestro intento abordar un examen que requiere tantas fuerzas intelectuales como críticas — extrañas a nosotros — tampoco desearíamos dejar interrumpida, sin cúspide, la pirámide de sí imperfecta levantada por una constante sinceridad.

Sería tan absurdo como amasar pan sin contingente de levadura, seguir en todo su curso la narración de sucesos interesantes, para cerrarla con el último gesto de la realidad. Menos vano fuera tal vez una malla y fiar en su perdurabilidad aun no teniendo el cuidado de atar sus hilos extremos.

Por eso, pues, porque el espíritu moderno prefiere el nervio a la pulpa, la deducción al concepto fantástico, la experiencia sobre los hechos al empirismo de las circunstancias; porque la historia posee en el presente caracteres de ecuación y pide reflejo de rigideces científicas a las matemáticas; y finalmente, porque creemos que la espontaneidad del juicio, debe acompañar a la

existencia de las propias convicciones, es que no vacilamos en poner chapitel, malo o bueno, a estos dos tomos descriptivos que ha dictado la memoria.

Aunque a retazos, ya hemos enunciado los méritos y prestigios de la revolución. Ahora falta esbozar sus resultados ya visibles en parte. Para llegar a ese corolario de honor, presta ayuda el conocimiento condensado de la época anterior, en su faz política. Nos cuesta exponer que desde treinta y dos años atrás el país arrastraba cadenas, de eslabones cada día más pesados, porque alguno querrá ver en esa manifestación categórica síntomas de fanatismos hirientes, extraños por fortuna a nuestra idiosincracia. Sucesivos fracasos en empresas de amplia regeneración concluyeron por gastar los entusiasmos corporativos y, lo que fué peor, la confianza popular en el éxito. Hasta cierto punto dió pie a esa desmoralización gravísima el final engañador de muchas jornadas viriles. Después de dos años de guerra encarnizada, brisas de intolerancia empañan el brillo de la pacificación de abril de 1872; en 1875 el desastre de la Tricolor divide más a los buenos; la rota del Quebracho, en 1886, sienta como verdad, que servirá de pedestal granítico a las soberbias del militarismo culpable, la triste premisa de la impotencia de las desesperaciones ciudadanas frente a las audacias mercenarias; en 1890 Julio Herrera y Obes concluye con algunas credulidades ingenuas; en 1894 Máximo Tajes traiciona la generosidad cívica de los nacionalistas que fiados en su palabra conceden sus sufragios para la próxima presidencia; desde esa fecha hasta el tremendo arranque, Idiarte Borda, pagado de su victoria-sorpresa, acrece el capital de las angustias públicas ahondando el negro cisma.

Sin contar los embates parciales, estériles para la honestidad política, la enumeración de estas batallas perdidas basta para exhibir claro el motivo de los grandes desencantos públicos. El país, aburrido ante tantos desastres, concluyó por esperarlo todo del capricho gracioso de todos los advenedizos. Así vemos surgir

felices las más audaces prepotencias; y a la tiranía de Máximo Santos, disimulada por los vergonzosos entreactos presidenciales del doctor Francisco Antonino Vidal, hacer escarnio de la nación y del partido favorecido con tan letales herencias.

Como factor aliado de la tendencia degenerada brota en todas partes un malestar económico particular que dejará señales crueles en la fisonomía de las clases productoras, como las puestas por la viruela en el rostro de sus víctimas. Conmovidos así los cimientos de muchas fortunas y en plena laxitud las fuentes de trabajo holgado, ocurrieron defecciones sensibles comprobándose otra vez que nada da pan a los despotismos con más eficacia que la miseria.

Dentro de sus altos beneficios, el torrente de la inmigración extranjera, atraída sólo por intereses muy legítimos de lucro, vino a acentuar las debilidades austeras del medio fundando indiferencias funestas al amparo de la ley egoísta. Las controversias públicas provocan obligaciones, siembran perjuicios monetarios y preparan apurados compromisos. Pues nada; ni los padres, validos de su condición de extranjeros, ni los hijos, formados en la enseñanza insistente de tales doctrinas, intervendrán, en forma alguna, en la elaboración de los sucesos. Esto ocurre por el sur, en los centros urbanos, mientras por el norte, el aliento imperial carcome los fundamentos de la nacionalidad encarnando en todos los vecinos brasileños, que son muchos y acaudalados, el hábito pernicioso de bautizar sus descendientes orientales en las ciudades extranjeras fronterizas.

Diremos también, sin atrevernos por supuesto a calificar una obra importantísima, tan fructuosa en otro sentido, que la propaganda ciegamente hostil iniciada en 1871 contra los partidos existentes, aumentó el general desconcierto al arrojar descrédito sobre los viejos altares. Merecido o no ese proceso siempre abierto, la sinceridad republicana opuso al fanatismo tradicionalista, incorrecto pero poderoso en sus renovadas energías, el fanatismo de la verdad más ideal. Todos los extremos son malos y hasta este último

perjudica cuando se habla a hombres con la cara vuelta para atrás, como las figuras aleccionadoras del Dante, y se bordan principios sobre el paño de democracias inorgánicas. Aquella efusión patriótica; inexorable en su ataque a las viejas agrupaciones, sólo se preocupó de derruir paredes ruinosas concretándose a decretar, nada más, las que debían reemplazarlas. Tal vez no vamos del todo errados en este comentario sin pretensiones, cuando veintisiete años después el doctor José Pedro Ramírez, sumo pontífice de la radiante religión, ha declarado al confesar la hermosa equivocación sufrida, en una carta política explicando su apartamiento del partido constitucionalista, que «no hay que empeñarse en perpetuar una organización ya imposible y sobre todo infecunda».

Los innovadores prepararon, es cierto, positivas concordias al limar con su palabra explícita las asperezas de los bandos rivales, al reducir los prestigios de las divisas en boga y al enaltecer la virtud, cualquiera fuere el color de su engarce cívico; pero en cambio su acción, en este punto débil, no intentó suplantar eficazmente los moldes antiguos que pedían compostura. Quizá a ser menos porfiado el ensañamiento con las causas veteranas, dueñas de elementos populares considerables, pudo obtenerse más nutridos alistamientos; pero la negativa generosa de lo que existía, de las vitalidades tradicionales, y el anatema implacable de todas las mañanas, abrieron un cisma sensible que a todos perjudicaría, porque ni cedieron en la porfía los constitucionales, ni cedieron los adversarios objeto de sus inclemencias altruístas. Pero entonces ocurre que la nueva fracción, sindicada de venturosa e intelectual, arrebata muchos de sus elementos salientes a los rivales que sufren obstáculo en su dirección sin perder mucho en su capacidad numérica porque la masa aun no entiende de esas cosas.

Sin embargo, tales separaciones extienden el desaliento y ya en vez de dos son tres los campeones políticos no siempre aliados para ir contra el vicio.

Juzgamos, pues, que la propaganda desquiciadora de los

partidos viejos al no conseguir extinguirlos sólo obtuvo, aparte de sus evidentes merecimientos de índole distinta, la desorganización funesta de los mismos que, caídos en mayores anarquías, perdieron fuerzas para actuar con vigor. El tiempo probaría que las leyes fatales de la herencia se tuercen pero no se rompen, aunque intenten lo segundo talentos de la mejor agua.

Con motivo de otros apresuramientos idealistas producidos en su país, ha dicho el doctor Carlos Pellegrini, perito consumado en filosofía política, y refiriendo a la famosa Convención Constituyente reunida veinte y tantos años atrás en la ciudad de Buenos Aires: — «Fué aquello un torneo del saber y de la elocuencia y se trabajó para la primera provincia argentina una constitución modelo: sus autores creyeron sinceramente haber establecido la piedra angular del monumento institucional de la República. Se vió más tarde, no sin cierto asombro, que no se había adelantado un paso en materia de prácticas políticas, y si algún cambio se había operado, era tal vez un retroceso. Es que habían olvidado que en cuestiones institucionales vale más una costumbre mediana que cien constituciones buenas y que la conducta de un pueblo obedece más a sus hábitos y tradiciones que a sus leyes escritas».

Coronando luego ese comentario clínico y dirigiéndose a un grupo de jóvenes doctores, agregaba estas sabias palabras de consejo el mismo hombre público: «No incurrais en el error de buscar en la ley escrita el remedio a un mal que está en los hábitos, porque vuestro trabajo será estéril».

Sin quitar un ápice de prestigio consagrado a las propagandas de un generoso idealismo decretó en nuestro país y sin aparecer hostilizando esas corrientes sinceras y de superior alcurnia cívica, ¿no podría referirse también el espíritu de los párrafos educadores que hemos transcripto, a los políticos que en nuestro país creyeron extinguir de golpe los partidos viejos con solo negar su existencia y combatir violentamente su razón de ser? Tal vez

lo prueba en parte así el retorno a las antiguas filas de muchos alejados que después de cuatro lustros han tenido la noble franqueza de reconocer su error, hijo del deseo de perfeccionamientos por suerte cada día menos prematuros, y que vendrán; como tal vez lo prueba este otro párrafo categórico de la carta-renuncia del doctor José Pedro Ramírez, que parece barnizar un desencanto: — «En la vida ordinaria de las sociedades humanas los partidos políticos tienen que ser esencialmente militantes y sus ambiciones deben converger a fines públicos y positivos». Precisamente lo que nunca pudo ser el partido constitucional, que sólo dispuso de cerebro.

En las vaguedades complejas en el orden económico, social y político, buscamos, pues, el secreto de los aplastamientos dominantes en el país.

La campaña bendecida de 1897 limpió de nublados el cielo de la patria y de yerbas malas su camino. Señalemos claramente sus proyecciones de futuro:

Devolvió el pueblo el goce de sus derechos al quebrar la altanería de los mandones.

Puso cimiento sólido a la felicidad de todos los orientales imponiendo el gobierno de coparticipación.

Preparó la regeneración, tan indispensable, de la clase militar al poner en ridículo a los más soberbios representantes del sistema cuartelero.

Ha decretado la efectividad del sufragio libre.

Demostró el poder incontrastable de la opinión.

Salvó el honor de una soberanía en peligro de naufragar.

Ha determinado, al empalidecer la verdad de los asertos constitucionalistas que proclamaban el *horror al vacío moral* de los fieles embanderados, llenos de rencores y de prevenciones sangrientas, la robustez de las causas adversarias, que promete intervención eficaz en la política nacional a los ciudadanos honestos.

Forjó, sobre el yunque de preciosas pruebas, un brazo de hierro que garante el cumplimiento de la ley.

Fué un depurativo y un escarmiento.

Apenas hace un año de la paz y ya son evidentes los progresos políticos alcanzados.

En tan corto período, agitado por sordas turbulencias, se ha puesto cimiento a la moralidad y a la más absoluta honradez en todos los órdenes de la administración. Al presidente Cuestas cabe el inextinguible honor de haber corrido a los mercaderes. Ciertamente que la conducta cívica del primer magistrado adolece de incoherencias y de algunos defectos fáciles de apreciar; pero, sea como fuere, nadie le arrebatará el galardón de merecidas simpatías nacionales.

Durante el estrecho lapso de su mando, han ocurrido sucesos, de importancia meridiana para la suerte futura de la patria. Englobando los hechos, tenemos en el derrocamiento de las Cámaras de Idiarte Borda, efectuado el 10 de febrero de 1898, y en el motín militar del 4 de julio del mismo año, los polos opuestos de la época por cerrarse.

Fué el primero de los enunciados un acto de radiante prestigio que pudo ser aun más popular si producido algunos meses antes.

La subsistencia de un Cuerpo Legislativo que por su farsaica composición entrañaba un desprecio permanente de la soberanía, no era soportable, tanto más cuanto que uno de los decretos más aplaudidos del programa revolucionario fuera el derrocamiento de aquel poder del Estado. Grande responsabilidad iba a echar sobre sus hombros el señor Cuestas prestando simple oído a las tenaces inspiraciones de sus conciudadanos. Por eso se explican sus juicios alternativos. — ¿Quién garantía la fidelidad del ejército? ¿Sobraba para proceder el apoyo veleidoso y entre nosotros frágil de la opinión pública? ¿Podría confiar en la adhesión de su partido, trabajado por hondas descomposiciones? El señor

Cuestas, que también es un colorado definido, vió tal vez en el rompimiento de una leyenda sedentaria de treinta años largos la perspectiva de anarquías mortales entre los suyos, y por eso quiso intentar antes de seguir una conducta radical, el medio siempre pernicioso de las componendas. Olvidaba el mismo que roto el viejo dique el torrente no se detendría hasta alcanzar el deseado equilibrio. Aquel propósito de arreglo amigable y los ribetes de una ambición llevaron al Presidente del Senado en ejercicio del Poder Ejecutivo a iniciar gestiones indecorosas que concluirían por empañar el brillo de posteriores medidas de salvación pública. Referimos a sus manipuleos para obtener mayoría a favor de su candidatura en el seno de las huestes legislativas. Fué aquella una inmoralidad estéril que sólo sirvió para revestir de falsos títulos altivos a los enemigos de la nación. Plantear en estos términos el problema: — si me elegís el 1º de marzo os mantengo en vuestros puestos, pero de lo contrario os arrojo a la calle, era torcer el rumbo legítimo de las aspiraciones comunes y dar bandera de principios al vicio, fuera esto del precedente de censurable presión que sentaba.

Así ciertamente no se cumplían los anhelos del país, que con Cuestas o sin Cuestas, reclamaba la disolución del parlamento negro, como acto de eficaz ejemplo y en homenaje al interés de todos. Pero consejos y solicitudes, además de la hostilidad cerrada de los legisladores, llevaron al supremo a soluciones plenas.

El 10 de febrero, sobre las ruinas de nuestra Bastilla moral, se alzó el edificio de un orden de cosas nuevo que cuesta denominar dictadura sabiendo que en esa renovación aclamada reposa la promesa, ya en algo cumplida, del gobierno del pueblo por el pueblo. Por otra parte, si hubo error en ese suceso trascendental él pertenece al país por entero, a su prensa toda y a sus estadistas, porque pocos movimientos políticos han sido tan unánimes.

A nuestro juicio, este segundo triunfo de la revolución compartido, deber de nobleza es reconocerlo, con un grupo selecto de

la causa dominante, constituye un motivo de honra cívica para el país y entraña una hermosa reconquista.

Muchos lustros habíamos vivido dentro de una subversión constitucional llena de ignominias.

El golpe soberano de febrero arrancó la careta a los enemigos del bien público fundando a la vez la efectiva organización del gobierno dentro de las instituciones.

Como consecuencia de lo sucedido vino el nombramiento inmediato de un cuerpo colegiado que se denominó Consejo de Estado, compuesto de ochenta y ocho miembros, tantos como legisladores.

En su seno tuvieron representación decorosa las diversas fracciones, pudiéndose decir, sin temor de exagerar, que pocas veces contó el país con una Asamblea tan bien coordinada y selecta. Había excepciones perfectamente explicables dada la confusión colorada. El Partido Nacional, que llenó veinticuatro de esas bancas en designación libérrima, no hizo resistencia porfiada a la caprichosa proporción que establecía ese reparto desigual, en vista de lo precario de las circunstancias. Sin embargo, en el documento informante de la negociación concluída se declaraba que ese acuerdo transitorio no conducía a estipular una cifra de representación parlamentaria perpetua: los nacionalistas, pocos o muchos, remitían al futuro, a las luchas del comicio, el fallo de la contienda.

La jornada iba a ser fructuosa. Roto el molde de las viejas intolerancias, aunque sólo en parte la armonía de los partidos fué un hecho sugestivo pudiéndose apreciar entonces de cuerpo entero la efectividad sincera de los ideales nacionalistas. Nuestras autoridades, sin preocuparse de obtener posiciones de fuerza, sólo pidieron y piden al señor Cuestas honestidad y respeto a la ley.

El motín del 4 de julio pudo dar por tierra con todas las aventuras.

La política recta seguida por el presidente provocó inmenso malestar en el seno de su partido. Quitando una fracción redu-

cida, el resto de los colorados conceptuaba un enemigo, un traidor, al mandatario, por haber moralizado la administración aquello, y por iniciar un gobierno de discreta coparticipación, esto.

Los representantes más caracterizados del régimen caído no cesaron pues un instante de conspirar arrastrando en su elaboración siniestra a varios jefes de cuerpo y generales, de los cuales algunos traidores de verdad por segunda vez.

Hasta la víspera del suceso visitaban al ciudadano investido con el mando supremo los militares coaligados para derrocarlo. Al amanecer del 4 de julio Montevideo se despertó bajo el fuego de los cañones. La serenidad práctica del señor Rufino Domínguez y un misterioso desconcierto entre las partes comprometidas pues, *ni eran todos los que estaban ni estaban todos los que eran*, hizo abortar un desahogo funesto y diabólico. La extrema benignidad del gobierno salvó a los desleales que todavía gozan de su jerarquía y desde el destierro, hoy más que nunca, insisten en suplantar a la actual situación.

El ensayo liberticida, descendiente directo y legítimo del motín de 1875 — no en vano fueron sus progenitores Arribio, García, Navajas y otros, — señala una tentativa desesperada de la corrupción derrotada, que tiene divisa gráfica en esta frase de Isasmendi, al abandonar innoblemente su cuartel: *Muchachos, los sargentos han ganado el grado de alféreces y tienen tres mil pesos cada uno.*

Ahí está fiel la consigna del pillaje. Se vendía a Cuestas porque ni despojaba ni dejaba despojar. Para los complicados del 4 de julio no cabe atenuación. Ellos son aún más culpables que los actores en el motín de veintitrés años atrás porque ellos han echado de nuevo al abismo el nombre del ejército.

Al presente, afianzado el principio de autoridad, aunque siempre en peligro de perjudiciales estremecimientos, asistimos a los preliminares de una consagración constitucional del orden de cosas establecido por mandato del país en su parte honesta.

El gobierno, que tiene su mejor apoyo en el Partido Nacional, compacto y fuerte, y que cuenta con enemigos temibles e irreconciliables en las filas rojas, pasa por momentos de amarga zozobra que no será poca fortuna, si se cierran el 1º de marzo de 1899, día de elección del nuevo Presidente de la República. El nombre que desde muchos meses atrás corre de labio en labio para ese puesto, es el de don Juan Lindolfo Cuestas. Los acontecimientos, más poderosos en su curso que las pasiones de los hombres, han hecho de ese ciudadano, a la vejez principista, un candidato impuesto. En efecto, el Partido Nacional y el Constitucional en masa lo proclaman y también un grupo importante del coloradismo. Sólo un suceso de sangre podrá estorbar ese corolario.

A nosotros, por encima de quisquillosidades y críticas parciales, muy merecidas, nos basta saber al señor Cuestas honrado, moralizador y atento a las exigencias populares, para conceptuarlo viable. Por otra parte, el país lo quiso un año atrás y en el día no tiene motivo fundamental para retirarle sus simpatías.

La nación está harta del robo en todas sus fases: del robo de las arcas públicas, del robo del sufragio, del robo constante de su honor. Y Cuestas ha cortado todo eso.

Poco dicen ante esta verdad, que los orientales casi llegamos a creer irrealizable, las intemperancias del hombre, sus molestas vacilaciones, la mala elección de alguno de sus servidores, la absoluta homogeneidad colorada de su ministerio, sus visibles errores y engaños. Sin ser por vía de justificación que no pensamos intentar, haya franqueza suficiente, hasta por parte de sus adversarios, para reconocer que nunca en menos tiempo y en circunstancias más difíciles que las actuales, ha recibido mayores homenajes la opinión pública.

Así, pues, los que tomamos en conjunto las cosas y vemos en el señor Cuestas, un simple eslabón de tránsito entre el mal y el bien absoluto, un puente echado entre ambos campos, que es necesario aceptar a trueque de preferir el tajo espantoso de la guerra,

una relativa encarnación práctica de los ideales revolucionarios, concebimos fecunda y luminosa su próxima administración, cuando las agitaciones pierdan razón de ser y mientras los partidos populares estimulen y secunden la acción gubernamental.

No olviden los teóricos, hostiles a la candidatura en boga, que los extremos se ligan y que su oposición sincera y pura, hija de escrúpulos muy respetables — importantes o no — los aleja de la masa honrada, con perjuicio de todos, y los lleva a aparecer en alianza bastarda con la gavilla de bandoleros históricos. Hagamos nuestro el argumento sensato del tribuno chileno Carlos Walker Martínez, quien en oportunidad semejante, decía tiempo atrás en su país: «¡Cuidado! Por huir de un Prieto o de un Bulnes tendréis un Melgarejo o un Guzmán Blanco.»

Cuidado, repetimos, por evitar los brazos de Cuestas podemos caer en las garras de Julio Herrera o de cualquier audaz. Hasta Isasmendi entra entonces en lucha!

De cualquier modo, feliz o desgraciada la solución del 1º de marzo, aun llegando con tranquilidad a ella y siendo popular el orden creado, marejadas de fondo van a conmover la futura presidencia. El nombre del señor Cuestas es una constante incitación a la guerra para la absoluta mayoría de sus correligionarios que de ningún modo se hallan dispuestos a tolerarlo en el mando, contra la corriente de los anhelos desinteresados. Ya tenemos un preludio siniestro de esa actitud en el motín del 4 de julio que, día más día menos, volverá a retoñar. Contribuye a acentuar esas probabilidades la política indecisa del mandatario, que busca sólo, en la oscuridad y sin linterna, a los hombres que han de servirlo, para elegirlos mal, incapaces o inéditos; que en vez de aceptar el sólido apoyo de los cuerpos de guardias nacionales, que ya tan bien actuaron, se inclina encariñado y temeroso ante los cuerpos de línea, que han sido, son y serán semilleros de desquicio mientras permanezca olvidado el Escalafón; que pierde su tiempo y su prestigio dirigiendo consultas sometidas a los jefes rebeldes

de su partido en campaña; que tolera las imposiciones cuarteleras del general Villar, ofensor flagrante de la ley al poner exigencias políticas ante los ojos del presidente de la república, exigencias que entrañan una aberración militar evocadora de aquella otra antigua, *el gobierno se me ha sublevado;* que dentro de la popularidad vive en un pernicioso aislamiento.

Acreditada ya la corrección de procederes generales del actual jefe de la nación: su respeto a las arcas públicas, a la opinión, al sufragio y su alto espíritu de economía, resulta por cierto muy desfavorable al renombre cívico del partido colorado la anárquica oposición que se le dirige desde el seno de sus mismas filas. Pero este fenómeno que posee lamentable elocuencia, obedece más que a causas políticas a factores sociales aunque se haga todo lo posible por disimular ésto con el manto de aquéllo.

Treinta y tantos años de dominio absoluto han gastado las energías ciudadanas del partido adverso que se consuela evocando al presente las virtudes patricias de Suárez y de don Santiago Vázquez, con pocos imitadores sinceros en sus núcleos. El despilfarro constituído en sistema de gobierno, la ausencia de todo control administrativo, el derroche inicuo de grados militares, pagando así sometimientos, el desprecio soberbio a las demandas populares violentas o reposadas, lo han conducido a un estado de anemia tan intensa que puede causarle la muerte como entidad de peso nacional. Los partidos que no se agitan de continuo lloran sobre sus goznes al intentar moverse como chirrían las puertas abandonadas al ser abiertas de nuevo. Y si hasta el nacionalismo, alejado por decreto despótico del manejo de la cosa pública, hubo de morir de inanición por falta de escena, como también hubo de morir la causa constitucionalista, ¿qué no ha debido suceder con un partido inventor de favores sibaríticos constantes, que dan placer pero que arrancan la vida?

Pues en ese hábito del mando por el mando, en ese cariño judaico a la altura, en esa relajación explicable de las costumbres

austeras, sólo perdurables con baños periódicos de derrota cívica, en esa ligazón casi total al presupuesto, con tantos cordones umbilicales como sean necesarios al interés de las comanditas, vemos el origen de las actuales decadencias coloradas, de la hostilidad hidrofóbica a Cuestas, de todos los atentados pasados y por venir.

No se juzgue empeñada nuestra palabra en rebajar a los unos, corporativamente malos, para enaltecer a los otros, corporativamente buenos.

Fuera de que dentro del mismo Partido Nacional llegaran a comprobarse síntomas del funesto contagio, por felicidad extirpados a tiempo, es evidente que, sin pasiones ni estrecheces calificables de criterio, nos limitamos a señalar un mal orgánico. Más aún; nuestra causa y cualquiera otra hubiera recibido semejante herencia de gangrenas a mantenerse lustros y lustros dentro del erario, aunque para honor de ella creemos que en ese caso, para no suicidarse, habría estimulado las sanas reacciones democráticas.

Verdad amarga pero verdad al fin es que el partido colorado recoge hoy simplemente el resultado de acumuladas irregularidades.

Tomemos dos hombres jóvenes y robustos. Haced más fuerte si lo queréis a uno y dadle dinero, éxitos continuos, francachela y placeres sin término, encendidos los unos en la ceniza quemante de los otros. Que viva pues éste en un mundo sin espinas, mientras el otro, menos vigoroso, cuida de su físico, metodiza sus tareas, alterna las alegrías finales con las satisfacciones depuradas del hogar, y yo os pregunto, ¿cuál será el mejor de los dos al cabo de un tiempo, dónde estará entonces la *mens sana in corpore sano?*

Algo parecido ocurre con nuestras agrupaciones ciudadanas. El partido dominante, señor excluyente del poder, ha gustado de todas las dichas, de todas las enervaciones engañosas de la superioridad impuesta, trasmitida como herencia sagrada de padres a hijos, bajo consigna severa de no dividir asientos con el adversario infortunado; mientras éste, hasta por necesidad económica, ha debido buscar fuente de holguras privadas en el trabajo

humilde y emancipado bajo el convencimiento de que para él decreta sólo dolores la intransigencia roja.

No puede calificarse de errónea la anterior afirmación. Por algo grave ochenta y ocho mil orientales, en su casi totalidad nacionalistas, viven prósperos sólo en la vecindad argentina; y por algo en la actualidad y contra vientos y tempestades, en nuestras filas militan, sin discusión, la mayoría de las capitales nacionales.

Por otra parte, la prueba clara de nuestra larguísima orfandad cívica, cuya responsabilidad pertenece a quienes hacen señorío feudal del mando, está en los reiterados movimientos revolucionarios de color exclusivo unos, y de alianza popular, los otros.

Pero lo más perjuicial del asunto, para el mismo partido colorado, es su inextinguible amor al poder. ¡Increíble empecinamiento! Tan prolongado ejercicio supremo, esa serie de *monarquías militares*, alternadas con pésimas monarquías civiles, no admiten punto final, ni remoto, a juicio de la masa adversaria. El gobierno les pertenece por hecho y por derecho y jamás permitirán su traspaso a *los blancos*, aun dentro de la legalidad estricta. Esas inspiraciones vulgares aliadas a intensos apetitos monetarios, mueven la guerra fogosa dirigida contra la presente administración. ¡Y se supone a Cuestas, que siempre fué colorado furibundo, rendido a *los blancos* por el hecho de reconocer éste en parte a nuestro partido, intervención en la política, intervención ganada — entiéndase como es — en siete meses de campaña ruda que fueron siete meses de victoria.

Este criterio atávico no puede subsistir encarnado en la práctica. Desde hace dos años los acontecimientos han dado un vuelco radical, y en la actualidad el partido nacionalista, guardián celoso del bienestar común, no está dispuesto a tolerar el uso de coyundas ni para sí ni para los demás. Es necesario entonces, a fin de evitar sensibles reivindicaciones sangrientas, que ya no serían de éxito parcial, que la causa dominante aprenda a respetar el libé-

rrimo derecho de todos para inmiscuirse debidamente en el manejo de lo que es de todos, y en consecuencia, la fuerza que existe de reconocer a los partidos populares la representación que les corresponda en el gobierno de la República.

Pero sin hacernos ilusiones, pensamos que si bien una fracción pequeña pero noble del coloradismo acepta con entera sinceridad esa armonía cívica tan auspiciosa, la inmensa parte de aquella masa repudia ese acuerdo decoroso e impuesto, por motivos de orden social y económico esbozados en párrafos anteriores.

De ahí que, volviendo a recoger nuestro aserto, abriguemos el convencimiento de que arranques desesperados de la pasión roja van a poner en apuros al gobierno del señor Cuestas, o a cualquier otro a venir, que mantenga izado en el mástil de la nave gubernamental la bandera limpia de la honradez administrativa.

Hasta el campo neutral de los sepulcros llega el eco de los truenos del interés herido; hasta del cajón de los muertos hacen tribuna los apetitos!

Ahora bien, producido el arranque se abre esta diyuntiva: o triunfa el gobierno, o triunfa la reacción; que se resuelve además en otros puntos complejos.

En efecto, lo primero puede ocurrir de dos maneras: o el gobierno triunfa, de primera intención, con el solo apoyo del ejército y de sus afiliados colorados, o el gobierno triunfa, después de muchos trabajos, con el apoyo robusto del país, que tiene su fuerza más señalada en nuestro partido.

A cumplirse aquel pronóstico, cosa que todos los hombres de bien deseamos, quedaría afianzada la causa dominante que alguna vez alcanzaría entonces a confundir sus éxitos con los éxitos del pueblo, y satisfecho y favorecido el Partido Nacional que sólo pide respeto a la ley y libertad de sufragio para obtener el triunfo definitivo.

Pero, sin querer sentar carácter de pedantes augures, casi avanzamos que los sucesos no se producirán así. Partiendo siem-

pre de la misma base, creemos que en esencia la mayoría colorada forma en la oposición a Cuestas. No es necesario buscar argumentos al efecto en los sucesos oprobiosos del 4 de julio, con arraigo importantísimo en su clase civil y en su clase militar. En consecuencia de este criterio y no reposando confianza en la fuerza de línea, carcomida por mil gangrenas como ha podido y puede verse, pensamos que estaría más próximo, en circunstancias de conflicto, el segundo caso enunciado.

Vamos a él. El desbaratamiento de las maniobras rebeldes con el concurso amplio de legiones ciudadanas, brindaría al país un resultado el más provechoso, porque en esa hipótesis el mandatario, enemistado con gruesa parte de sus correligionarios, por lo menos con la mala, desencantado ante tantas y tan oscuras infidelidades, concluiría por echarse en brazos de la opinión pública. Cortadas las reticencias y vacilaciones que empalidecen la gestión política actual, el combate queda ganado para la causa del bien.

En la situación que comentamos, los sucesos señalarían papel principal a la entidad nacionalista, la única sólida y disciplinada dentro de este escenario. Defensora ella, como lo ha sido siempre, de la pureza donde quiera que milite, sus propios antecedentes, sus compromisos morales y las conveniencias comunes la impondrían el deber de ofrecer su contingente desinteresado al gobierno de la nación. Ingerencia de ese carácter noble y eficaz nunca puede ser perjudicial a los partidos populares.

Encaremos ahora la incógnita bajo su faz sombría: triunfa de sopetón el vicio, sin dar tiempo a nada, adueñándose de la capital en horas, disponiendo de complicidades cuarteleras, como pudo muy bien suceder a mediar energía, el famoso 4 de julio.

En tal supuesto, o el presidente de la República confía su defensa y la de las instituciones al Partido Nacional, o antes de aceptar ese escudo cívico prefiere emprender el camino de la expatriación como el doctor Ellauri en 1875, renunciando a toda perspectiva de honrosa reconquista porque, *con los blancos ni al cielo.*

La emergencia nueva se produciría en el último caso. Fácil es comprender su carácter. Acéfalo el mando supremo, o mejor dicho, en poder de la fracción siniestra, el Partido Nacional estaría obligado a ratificar de nuevo en la práctica su hermoso nombre, saliendo a la candente arena en salvaguardia de los intereses generales. Entonces, como en 1897, él sería el heredero de todas las virtudes heridas y de todos los amores burlados; y entonces a sus unidades quedaría confiada la misión austera de fundar la felicidad común.

Pero formulemos votos porque los acontecimientos desmientan estos pronósticos, de cualquier manera melancólicos, y porque la *verdadera evolución*, que es la ley de las sociedades perfeccionadas y estables, cierre cuanto antes el período ingrato de las turbulencias y del dolor.

Sin embargo, llano o escabroso el camino a seguir, abierto o sombrío el horizonte, uno e invariable debe ser y será el propósito del Partido Nacional: estrechar filas y obtener recursos.

Esto no importa cultivar planes de sorpresa astuta que no serían ni decorosos, ni eficaces, ni concordantes con una historia de pundonor. Ningún aliado más fuerte y más noble que el nacionalismo tendrá y ha tenido el orden reinante, como ya se prueba; pero las agrupaciones políticas no trabajan para el día y mucho menos puede abandonarse al futuro el secreto del futuro, cuando se edifica sobre un terreno expuesto a continuas y peligrosas trepidaciones.

Con el solo despliegue de banderas no se llega a la meta. Los partidos políticos llamados al debate, sea guerrero o pacífico, tienen necesidad de conocer sus elementos y de habilitarlos para la lucha. Si en nuestro medio existiese el freno imponderable de la opinión pública y, como en Estados Unidos, «las costumbres sostuvieran a las leyes, cuyas disposiciones son vivientes allí porque cada ciudadano conoce su precio y está dispuesto a defenderlas», (Macaulay), sería menos exigida la labor silenciosa de las

causas divergentes; pero nadie ignora el desequilibrio político en que vivimos, hoy sólo disimulado por comunes buenos deseos; el colorido alarmante de las intransigencias adversarias, la pesadez creciente de la atmósfera cívica, y el capital de rudas experiencias recogido en multiplicados contrastes.

No es necesario repetir enumeraciones, ya hechas con anterioridad, para saber cuántas veces la buena fe platónica de nuestros correligionarios ha sido víctima de perversos engaños. Pues bien, el término de esas asechanzas impunes se ha cerrado y nuestra causa cumplirá hoy la palabra empeñada mientras se cumpla la recíproca.

De ahí que veamos una garantía de bienestar en el enriquecimiento del Partido Nacional y en sus progresos disciplinarios. La desgracia del país por muchos años ha sido precisamente su protesta indefensa frente a los tripotages con cota de malla. El día en que cada uno de nuestros paisanos, como ya va en camino de suceder, sepa que al alcance de su mano hay fusiles para castigar los agravios inferidos al derecho, ese día habrá concluído la era de lo arbitrario y de los gobiernos personales.

Nunca más que el presente se ha rendido respeto a los pactos suscritos; pero también nunca ha sido más robusta que al presente la organización militar del partido nacionalista.

En la creación económica del Tesoro del Partido, que tan espléndidos resultados empieza a ofrecer, reposa la base de muchas y grandes cosas. Ese sistema de colecta, prestigiado por el calor de las oblaciones espontáneas, desarrolla en los afiliados el culto de sus amores cívicos a la vez que aguza el cumplimiento de sanos afanes.

Ciertamente que no hacemos argumento de estas promisorias opulencias, para afirmar que el porvenir pertenece al Partido Nacional. Son sí sus opulencias austeras y populares las que nos rinden a la convicción de ese irresistible ascenso.

Llevando por bandera el hermoso programa de principios de

1872, por tradición lustros y lustros de virtud que nunca extinguió la monstruosa derrota de una vida, y por realce de actualidad los altos merecimientos de la época, él se halla en condición preferida para cumplir desde el gobierno con las aspiraciones tolerantes y honestas de la nación. La campaña libertadora de 1897 vino a culminar el puro lote. Hubo abundancia de todo lo bueno en esa odisea.

El cuadro de jefes formado entre las luces de esa tormenta legendaria, existe atento aunque deshecho transitoriamente por las exigencias del trabajo que nunca quisiéramos ver de nuevo interrumpidas.

Es cierto que el puesto superior, junto a otra noble jerarquía, está vacío: Diego Lamas ha muerto y con él arrancó el destino la más bella flor de las nativas esperanzas. Aquel gran ciudadano era un freno moralizador dentro y fuera de su partido porque sólo aceptaba la amitad de los buenos y sólo tenía prevención contra los usurpadores, vinieren ellos de donde vinieren. Con la muerte del soldado caballero se perdió un sol; pero en el cielo de la democracia perduran las claridades y se apuntan crepúsculos inextinguibles.

La memoria espartana de Diego Lamas, de ese coloso que sabía vencer en la paz y en la guerra, es manantial de generosas enseñanzas.

Como se llevan las insignias de honor verdadero, todos llevamos escrito en el corazón su recuerdo diamantino. Las ausencias de esa magnitud se lloran con lágrimas de hierro; así deben entenderlo los que fueron sus correligionarios y así deben demostrarlo ellos poniendo el hombro a todas las iniciativas en favor de la causa.

Reiteramos opiniones definidas. Ni el avance aleve, aprovechando la anarquía adversaria, ni la concesión misericordiosa, ni choques ingratos, darán el poder al nacionalismo que tampoco lo querría así; pero sí lo obtendrá en premio a sus cualidades acre-

ditadas, a su alta significación, a sus prestigios y aptitudes, y en cumplimiento a las leyes de la alternativa inherentes a las fecundas agitaciones republicanas.

Y nuestra agrupación marcha tranquila y consciente a la efectividad de sus destinos regeneradores, sin oscurecer su renombre con la sombra de voracidades ambiciosas.

Por lo pronto, ella sostiene sus derechos a la coparticipación en el gobierno con el acuerdo de paz por ambas partes, cumplido hasta la fecha, justo es decirlo, con estricta nobleza. Si la integridad de ese pacto no la ofenden borrascas rojas, las cosas continuarán por tiempo indefinido en ese *statu quo* que ha tenido descendencia patriótica en el acuerdo electoral. Pero desde ya puede suponerse que la libre concurrencia a los comicios de 1901, con registros depurados y sin reatos de circunstancias, mortificantes para el sentimiento ciudadano, fundará la supremacía genuina, legítima y transitoria de algunos de los partidos. Entonces los nacionalistas, que estamos persuadidos de ser la absoluta mayoría del país, saldremos de nuestro error si el sufragio así lo manda ungiendo mayoría de legisladores colorados y por ende imponiendo llano acatamiento a un mandatario de ese color político; o ratificaremos nuestro cálculo sentando por idéntico proceso electoral, a un hombre de las filas donde formamos, en el sillón que honraron Joaquín Suárez y Bernardo Berro.

Aunque suene rara esa afirmación sencilla y democrática a los oídos del coloradismo, educado en la práctica de ideas excluyentes, ya es tiempo de devolver el equilibrio a nuestros debates políticos haciendo de la justicia el fiel de la balanza nacional.

La revolución de 1897 que rescató los fueros de una sociedad hasta entonces ajada en su decoro, sabría retoñar, si fuera necesario, para poner nuevo sello de martirio triunfante a las angustias comunes, si sus brillantes beneficios naufragaran.

Pero eso no sucederá para honor de la concordia efectiva entre los orientales.

No poco ha de contribuir a fundar esas venturas el latido de reconstrucción que en todas las esferas se señala. A buen seguro que ahí estriba el secreto de las felicidades verdaderas.

Nuestro pequeño país es un gran país que para crecer en riqueza y en bienestar sólo necesita de hijos dignos de la madre.

Nos acercaremos a ese fin el día en que sea carne la política verdadera, de índole norteamericana, es decir, inglesa, y polvo la política bastarda de barrio y de comandita; cuando gustemos más de los talleres que de la *Puerta del Sol;* cuando todos seamos ciudadanos verdaderos, y hermanos en el culto de la virtud frente al crímen; cuando la ley suprema del trabajo, que enaltece y educa, brille con luz meridiana.

Trabajemos todos. Trabaje el maestro de escuela que rompe ignorancias y abre corazones en el dominio paradisíaco de nuestras campañas; trabaje el joven titulado que recibió en regalo de su país, por intermedio de la Universidad, esmerada educación; trabaje el pensador dictando leyes sesudas; trabaje el industrial para su beneficio y para el ajeno; trabaje el propagandista consangrando con la práctica sus austeras doctrinas; trabajen los que tienen cerebro para pensar, brazos para mover y responsabilidades que cumplir; seamos todos obreros y ya dirá el porvenir si resultamos felices o no.

Es el hábito de la labor positiva, emancipada del empleo público sedentario y enervante, el que acerca su reinado para honra del país.

Cuando el afán honesto de ser libre e independiente, porque no es libre todo el que se mueve, reemplace al afán codicioso de ocupar, mal o bien, una banca en el parlamento, cuando *los orientales sean tan ilustrados como valientes* y tan amantes del deber como del derecho, entonces estarán en condición de formar a la cabeza de los pueblos de América.

Y bien puede alcanzarlo así un país que nuestros paisanos comparan con *una borla de oro,* los argentinos con una *tacita de*

plata y con *un espléndido jardín*, los brasileños; que es habitado por una raza inteligente y altiva; que goza de posición admirable en la estrategia comercial del mundo; que nació a la vida autónoma entre dianas y repiques.

Comprendiendo verdaderos esos y otros muchos merecimientos, apena el espíritu y provoca arranques de nativa cólera, oír mentar como un remedio a nuestras desgracias de la actualidad, que pasarán como pasan todas las tormentas, el fusionamiento a la República Argentina con abdicación, por supuesto, de nuestra independencia.

Es incurrir en un crimen de lesa patria hablar así, deslizar este contagio disolvente al oído inculto de las multitudes, en el corazón impresionable de los niños y en el alma tibia de los cansados. Nuestra soberanía, ganada en largos años de lucha heroica a golpes de lanza y de altivez, existe porque ella se impuso y jamás por concesión generosa de vecinos que si nos quieren bien por boca de sus pueblos, nos quieren mal por conducto de sus gobiernos.

Ni se concibe a un hijo vendiendo la honra de quien le diera el ser, ni se explica que un ciudadano conciente pregone a voz en cuello el precio de remate de su patria. ¡Alto ahí! ¿O es que deseamos poner en subasta los altares del viejo culto?

No; la República para prosperar no tiene necesidad de aceptar tutores con los mismos vicios e imperfecciones que el pupilo.

Por lo demás, si la materialidad de la existencia holgada condensara los anhelos de dicha, todos seríamos esclavos de los ricos; cosa que no ocurre. Esos señores anexionistas que a las primeras de cambio vuelven la cara hacia la costa argentina en demanda de protección misericordiosa, como si se tratara de la gran democracia del norte, provocan pésimo efecto. ¿Quieren ellos exhibir debilidad soberana imitando el recurso tímido de los representantes ovinos que sólo atinan a bajar hasta el suelo la cabeza cuando los rayos del sol caen fuertes sobre la tierra?

Por ese lado se equivoca lamentablemente el camino, porque no se resuelven con utilidad las dificultades pidiendo, por pereza, a otros que busquen de allanarlas.

Insistamos en la práctica del trabajo remunerativo y en la regeneración de la clase militar — para que los despotismos pierdan su fuente de origen — en vez de engolfarnos en especulaciones que no cuesta mucho llamar delincuentes.

El ejército oriental no existe como entidad superior y hay necesidad imprescindible de fundarlo. Iníciese cuanto antes esa tarea haciendo lema de aquella famosa sentencia caballeresca: «Más vale la virtud de los guerreros que la muchedumbre de ellos»; reconquiste la clase militar sus antiguos prestigios aceptando esta verdad inconcusa que arrancamos a un artículo magistral del doctor Carlos María Ramírez: «en las filas del ejército toda deliberación es un delito»; perdure sólo en su seno, lícita y esplendente, la «honrada ambición» de que hablan los viejos ordenanzas, y entonces podremos declarar templado en toda la extensión de su diámetro el eje del porvenir.

¡Haya honor y gloria para nuestra República Oriental del Uruguay!

APÉNDICE

NOTABLE PROCLAMA

Sabemos que no todos aceptarán nuestra afirmación cuando digamos que para escribir el primer tomo de esta modesta obra no hicimos una sola consulta al coronel Diego Lamas. El respeto fundado que rendíamos al gran caudillo nos apartó siempre de molestar su atención con interrogaciones retrospectivas y fatigosas, a las cuales, por otra parte, jamás hubiera él negado respuesta amable y amplia. Más aún, recién a los dos meses de aparecido el primer volumen y con motivo de un lance desagradable en el que nos apadrinó hablamos con el Coronel de esas páginas narrativas. Lamas sabía querer sin almíbar. Establecemos este antecedente para explicar luego el motivo de una sensible omisión sufrida que nos apresuramos a reparar. Referimos a la proclama dirigida por Lamas a sus subalternos el día 16 de marzo, víspera de la batalla de Tres Arboles. Ese notable documento histórico, fechado en la costa de Rolón, pasó casi desapercibido, pues ni copias se tomaron a tiempo de ser redactado.

Tan fué así que hasta nosotros mismos guardábamos una memoria vaga e indecisa del hecho. Esto no debe extrañar recordando el temperamento sobrio del Coronel, opositor a todo esclarecimiento elogioso. Bien lo demuestra por otra parte su silencio ante las procacidades y calumnias de José Núñez, quien en un folleto circulante se atreve a darlo lejos del Paso y del peligro, contra toda verdad y contra sus mismas declaraciones. Sin embargo,

Lamas poseía una carta autógrafa del jefe de la Isla, publicada en el primer tomo, que, como puede verse, enaltece en grado sumo a su acusado de más tarde; y sin embargo, aquél recién dió a conocer a sus amigos ese testimonio irrecusable, al año justo de la sonada victoria. ¿Qué hay de raro entonces en su indiferente mutismo alrededor de la pieza que más abajo va inserta? La inesperada muerte del Jefe de Estado Mayor, abrió su interesante archivo, ordenado por él en persona, apareciendo recién un papel importantísimo por distintos conceptos.

Dice así esa proclama cuyo borrador original escrito en lápiz de puño y letra de Diego Lamas y con su firma, obra en poder del respetable ciudadano señor Enrique Anaya:

«Soldados del partido nacional:

Venimos a luchar con las armas, ya que los medios pacíficos se han agotado en vano, porque prevalezcan las instituciones patrias, la honradez política y administrativa y el buen derecho de todos los orientales, sea cual fuere su credo o su divisa.

Invoco estos altos propósitos para exigiros subordinación completa, obediencia pronto y exacta a los mandatos de los superiores jerárquicos, orden en el combate y fortaleza en las marchas.

Tened confianza plena en nuestro armamento, más sencillo, más sólido, más económico de municiones y de más fácil manejo que el del adversario; cualidades que equilibran si no superan a las problemáticas ventajas de la repetición. Aprovechad en la pelea los accidentes del terreno para acercaros a cubierto, A MENOS DE *600* METROS, Y VEREIS CONFIRMADO MI ASERTO.

No necesito deciros que la vida de todo prisionero de guerra, de todo enemigo inerme, es sagrada para los valientes y que comete un abuso punible el que exige de las poblaciones más de lo estrictamente necesario para el sostén del ejército y buen éxito de sus operaciones.

Adelante y Dios y la Patria sean con nosotros.

Diego Lamas».

Haciendo abstracción de posteriores pruebas bastaría leer este documento, con caracteres de singular profecía, y conocer luego el resultado y desarrollo del combate de Tres Arboles, que lo ratificó en todas sus partes — como dictado en calidad de ejemplo — para acreditar los talentos militares del coronel Lamas.

Inscrustado de repente en un medio imperfecto, nuevo entre sus soldados nuevos, precisamente el día antes de la batalla redacta él una proclama, que es un modelo de literatura guerrera, para encerrar en un párrafo corto de la misma un proceso científico de las armas rivales y un pronóstico victorioso hijo de extraordinaria intuición, y en otro, exhortaciones espartanas de generosidad con el vencido. ¡Todo eso dicho con lenguaje de imponente modestia!

Muy adverso debe ser el destino de la República cuando tremendas fatalidades la privan de hijos de esa corteza humana, de esa alcurnia militar y de tantas luces morales!

LISTAS DE HONOR

Apenas ha corrido un año y ya la posteridad está hecha para los sucesos de 1897. Haber figurado en las filas de la revolución funda un título que no intentan empañar las pasiones ácidas de partido. Por eso, al finalizar esta obra, nos place exponer íntegras las listas del ejército reivindicador, en homenaje a los humildes voluntarios de ayer, esparcidos hoy como semilla de pundonor ciudadano a los cuatro vientos de la República. Esta nómina, perfectamente fiel, es tomada de los libros del Estado Mayor Revolucionario y desmenuza en nombres al ejército durante el primer armisticio en Aceguá. Refleja luego, la composición veterana de la batalladora falange, pues con raras excepciones de incorporados recientes, ella la constituían, por esa época, soldados que habían hecho toda la campaña.

Por otra parte, hay utilidad en publicar las listas, — formadas con todo espíritu minucioso, a mediados de julio — para

exhibir la verdad de afirmaciones muchas veces repetidas en el cuerpo de esta obra: — el total numérico de los revolucionarios fluctuó siempre entre 1500 y 2000 hombres excepto en la acción de Cerros Blancos donde figuraron 2100 en línea, a pesar de ser en conjunto 2400, pues 300 más o menos, andaban en comisiones que se explican en el relato correspondiente.

He aquí por su orden las listas de voluntarios:

CUARTEL GENERAL

General en Jefe, Aparicio Saravia; coronel Julio Varela Gómez; capitán Abelardo Apolo; tenientes primeros: Juan Antonio Apolo, Rodolfo Ponce de León, Nepomuceno Saravia, Aparicio Saravia (hijo), Eusebio Odriozola (hijo), Alfredo Apolo; abanderado Luis Ponce de León; clases Exaltación Saravia, Enrique Saravia, Severo Díaz; clarines Juan José (Camundá), Marcelino Araujo; tropa Gregorio (Rey de Africa), Dorbal Saravia, Gervasio Irosoca, Silverio García, Alejandro Aguirre, Alejandrino Aguirre, José Aguirre, herido en Aceguá, Romualdo Aguirre.

Agregados que sirvieron de base al plantel de infantería «Patria»: sargento mayor Desiderio Arias; tenientes primeros: Lisandro Onetti y Antonio Constantino; tropa: Juan Borche, José Arriada, Alfredo Nery, Gabriel Fernández, Leoncio Rique, Florentino Luciro, Pablo Saracho. — Total 33.

ESTADO MAYOR GENERAL

Coronel Diego Lamas, jefe, herido en Cerros Blancos; capitanes Luis Pastoriza y Angel Uriarte; tenientes segundos: Rafael Doll, Cayetano Martínez, herido en Cerros Blancos, Guillermo Quintana, Sandalio Roselló, José María Cabrera, Luis Alberto de Herrera, José María Rocha, Cipriano Layera, herido en Cerros Blancos; tropa: Constantino F. Candela, Julio Layera, Esteban Giménez, Juan Loaces, Margaro Cayosa, Telésforo Silva.—Total 17.

SECRETARIA DEL EJERCITO

Secretario General, doctor Eduardo Acevedo Díaz, sargento mayor Norberto Acevedo Díaz; teniente segundo Carlos Roxlo; alféreces: Carlos Acevelo Díaz y Pedro W. Bermúdez; tropa Alfredo Segades. — Total 6.

CUERPO MEDICO

Doctores: Alfonso Lamas, Andrés Ceverio, Arturo Lussich, Joaquín Ponce de León, José L. Baena, Francisco Vidal y Cuervo y Luis de León (estos dos en el Hospital de Cuchilla Seca), habiendo quedado enfermo en Rivera el doctor Alfredo Vidal y Fuentes. — Total 5.

DETALL GENERAL

Teniente Coronel, Lidoro Pereyra, jefe; tenientes segundos: Andrés C. Blanco y Silvano Blanco, alféreces: Lidoro Pereyra (hijo), José María Aguirre; tropa: Ramón Isefi, Santiago Martínez, Reginaldo Verdún, Isabelino González, Pedro Caraballo, Nicolás Varela, Manuel Varela, Nicolás A. Varela, Justo Varela, Cipriano Padilla, Gil Varela. — Total 16.

ESCOLTA DEL GENERAL

Teniente coronel, Abel Sierra, jefe, herido en Cerros Blancos; capitán Domingo Lago; tenientes segundos Camilo Roldo, muerto en Tarariras, Pedro Fraca, Genaro Saracho, José M. González; alféreces: Ramón Saráchaga, Rufino Moreno; tropa: Norberto Ocampo, Vicente Corrales, Wenceslao Pacheco, Floro Lavaga, Lorenzo Aguirre, Fernando Valdés, Bonifacio Viana, Abdon Díaz, Norberto Domas, Paulino Fagundo, Avelino García, Eugenio Ibañez, Domingo Ibañez, Domingo Baez, Fermín Curbelo, Virgilino Silvera, Eusebio Almada, Claudino González, Fermín Lencina. — Total 26.

ESCOLTA DEL CORONEL

Teniente coronel, Manuel Albarracín, jefe, muerto en Nico Pérez; tenientes segundos: Francisco Olivera, Antonio Castillo; alférez, Jesús Castillo; tropa: Eduviges Fernández, Fortunato Arrúe, Alberto Morales, Isaac Figueredo, Jacinto Pérez, Norberto Cabrera, Eustaquio Cabrera, Pedro Corrales, Juan Riestra, Baldomero Arrué, Máximo Larrosa, Protasio Medero, Pedro Barbosa, Maximiliano Igaray, Adolfo Rosano, José María Salvatierra, Alberto Olivera, Eustaquio Hernández, Calixto Cardoso, Ricardo Quintero, Avelino Vega. — Total 25.

PRIMERA DIVISION

Tenientes coroneles: Manuel Rivas, jefe, Abdón Villa, Pedro Sanches, herido en la Sierra del Carmen, Basilio Muñoz (hijo), Pedro Francia; sargentos mayores: Juan Muñoz, doctor Guillermo Moratorio y Palomeque, herido en el Salto, Santos Pereira, Basilio Portillo, Juan Machado, Fernando Rosa, Héctor Rivas Martins, Plácido Galván, Mario Noble, Isidro Rivas, Francisco Rivas, Manuel Francia, Ildefonso Villa, Eustaquio Berdún, Fernando Arévalo, Luis Quiroga, Apolinario Silva, Prudencio Benítez, Simón Rodríguez, Jordolino Fernández, Martiniano Sosa, Eulogio Piñeiro, Enrique Ibañez, Felipe Ferreira, Narciso Rojas, Dionisio Rojas, Pedro Pellejero, Diego Villegas, Adanto Reymundo, Felipe Sánchez, Faustino Viana, Justo Espinosa, Santiago Flores, Leopoldo Sarachi, Felipe Barcelona, Pedro Berón, Jacinto Rondán, Alejandro Espinosa, Antonio Caraballo, Adolfo Grendien, Doroteo Flores, José Saisa, Nicolás Salinas, Victoriano Abalo, Guzmán Bique, Juan J. Izurco, Juan Ausin, Tomás Tabares, Apolinario Flores, Máximo Rosa, Tomás Brasil, Nicolás Velasquez, Manuel Olivo, Meliton Moreira, Francisco Crosa, Fernando Botana, Francisco Velasquez, Froilán Martínez, Felipe González, Gabino Tabares, Zenón Mundo, Nieves Villafán, Sandalio Colman, Isabelino Velas-

quez, Ignacio Cantera, Ubaldo Mundo, Eulogio Flores, Juan Millán, Laurentino Rodríguez, Brígido Dorta, Carlos Rodríguez, Juan Caupé, Ventura Galván, Ciriaco Artigas Flores, Nicolás Quiroga, Juan Clavijo, Sinforoso Saracho Nogueira, Justiniano Gauna, Eliseo Olivera, Carmelo Ribero, Valerio P. Salazar, Juan Monson, Lucio Craigdahillac, Velazco García, Ignacio Flores, Juan F. López, Atahualpa Olivera, Bolívar Olivera, Eliseo Olivera, Luis Saavedra, Manuel Rodríguez, Simón Alvarez, Fructuoso Ortiz, Ignacio Ortiz, Felisberto Ortiz, Pablo Rosa, Ignacio Machimona, Benigno Méndez, Eustaquio Aguilar, Pedro Flores, Romualdo Valbuena, Anacleto Ruiz Díaz, Baldomero Molina, José Delfino, herido, Francisco Toya, herido, Pedro Pérez, herido, Antonio Alvarez, herido, Francisco Rodríguez, herido, Pedro Mainada, herido, Toribio Rodríguez, herido, Pedro Recoba, Santiago Salazar, Silvio Muñoz, Pablo Botana, Teodoro Saracho, Atanasio Acosta, Liberato Arévalo, Gregorio Dueña, Domingo Velásquez, Isabelino Baez, Dionisio Correa, Octavio Crosa, Eladio Rondán, Julián Ramírez, Leodoro Martínez, Eusebio Rivero, Rufino Maldonado, Florencio Varela, Carmelo Sosa, Saturnino Rodríguez, Julián Rondán, Benigno Medero, Atanasio Fonseca, Telefor Magallán, Marcelo Martínez, Mauricio Martínez, Menando Silva, Pedro Silva, Nicanor Silva, Alfredo Techera, Teodoro Monson, Emeterio Negrín, Nicolás Zabaleta, Sabino Casas, David Lima, Paulino Carabajal, Antonio Rodríguez, Juan Sosa, Esteban Borches, Guadalupe Reyes, Basilio Villegas, Damián Viana, Santos Rodríguez, Manuel Maidana, Juan F. Martínez, Eugenio Pomé, Fermín Ramírez, Victorino Tremesano (hijo), Mauricio García, Juan A. Estomba, Juan Tardis, Pedro Pacheco, Ruperto Carbonell, Celedonio Escobal, Mauricio E. Escobal, Rafael Ancheta, Luciano Rosa, Ruperto Nó. — Total 166.

No aparece en lista la segunda división por no haber figurado ella en las filas del ejército después de la batalla de Cerros Blancos.

Días antes de la paz y con aquella numeración, el coronel Nicasio Trías formó una nueva y robusta base.

TERCERA DIVISION

Coroneles: Bernardo G. Berro, jefe, herido en Arbolito, Exequiel Saavedra; tenientes coroneles: Miguel A. Pereira, José Aróztegui; sargento mayor Nepomuceno Denis; Modesto Morales, A. J. Berro, Pedro Berro, Gregorio Guevara; Feliciano Sosa, Victoriano Rodríguez, Costa Yañez, Sabiniano Muñoz, Juan Blanco, Cándido Bentancour, Aniceto Aguilar, Eloy González, Antonio Prieto, Gregorio Espinosa, Luis Brun, Modesto Urán, Manuel Romero, Dionisio Esquivel, Eloy González (hijo), Salas Cardoso, Isabelino Barrios, Pío Espíndola, Felipe Ledesma, Lisandro Sanz, Pedro Santisteban, Agustín Mendoza, Vicente Fernández, Gregorio Barreto, Isabelino Rojas, José Arotegui, Ignacio Silva, Germán Guevara, Juan Ferrés, Luis Barbieri, Francisco Rodríguez, Gervasio Rodríguez, Victoriano Izcuá, Pedro Rodríguez, Doroteo Medina, Pedro Batalla, Fabián Malvarez, Bernabé Malvarez, Próspero Acosta, Carlos S. Berro Antuña, Alejandro Berro, Juan A. Lloveras, Horacio Rivero, Patricio Carrión, Severino Vidal, Antonio Maldonado, Pedro Morales, Juan Brignoli, Albino Pintado, Laureano Espíndola, Ramón Espíndola, Constancio Cardoso, Francisco Medina, Manuel Medina, Juan Pablo Olivera, Lorenzo Estavillo, Alcántaro Rodríguez, Carlos Cavadini, Miguel López, Cecilio Píriz, Sebastián Fleitas, Domingo Pi, Donato Ocampo, Fermín Olivera, Marcelo Pi, Félix Rodríguez, Hilario de los Santos, Carlos Acosta, Jesús Acosta, Gaudencio Ibañez, Antonio Santisteban, Joaquín Domínguez, Antonio Gonzalez, Francisco Ravella, Ramón Vera, Rufino Casares, Fernando Figueredo, Justo Arias, Paulino Estéfano, Francisco Rivero, Nicanor Izcuá, Pedro Campos, Amancio Sosa, Juan Benítez, Anselmo Benítez, Luciano González, Gerónimo Nievas, Santos Malvarez, Victoriano Barragán, Fran-

cisco Baez, Concepción Castro, Benito Rodríguez, Sebastián Isasa, Nicolás Espíndola, Justiniano Medina, Martín Guevara, Carmelo Espíndola, José Suárez, José Mendoza, Pedro López, Luis Pintos, Masalio Tejera, Jacinto Sánchez, Juan Maldonado, Román Calcera, Luis Fernández, Bonifacio Arce, Cándido Píriz, Esteban Coto, Ignacio Villegas, Beatriz Rodríguez, Gumersindo Silva, Juan Ibarra. — Total 124.

CUARTA DIVISION

Tenientes coroneles: Juan José Muñoz, jefe, Juan Pons Olivera; sargento mayor Francisco Pereira; Juan Francisco Milles, herido en Aceguá, Antonio Fernández, Enrique Núñez; Bernardino E. Orique, Nery Mesones, Sifredo Barrera, Rómulo Muñoz Zeballos, herido en Arbolito, Teófilo de Betencourt, José Maunello, Justiniano Rodríguez, Temístocles Ortiz, Carmelo Gallo, herido en Cerros Blancos, Cirilo Garrido, herido en Arbolito, Eugenio Zeballos, Bernardino Ubiedo, Abelardo Martínez, herido en Aceguá, Angel Olascoaga, Ventura Fernández, Joaquín Aguirre, Alfredo Salazar, Abel Ubiedo, José María Arijón, Quintín Perna, Nicolás Lensión, Alejandro Rivera, Pascual Uviedo, Pedro Barrios, Nicolás Reyes, Joaquín Montero, Eugenio Reyes, Dionisio Umpiérrez, Floro Prieto, Ignacio Prieto, Erasmo Beracochea, Francisco Ximeno, Juan Bonilla, Ceferino Vignoly, Celedonio Barrera, Adrián Barrera, Angel Ximeno, Bernardino Molina, Juan Pérez, Quintín Ramos, Virginio Ximeno, Modesto Ximeno, Nicolás Coto, Pablo Melgar, Angel Reyes, Arturo Reyes, Toribio García, Serapio Bonilla, Justo Ximeno, Cloriseo Melgar, Fulgencio Suárez, Eduardo Muñoz (hijo), Leonidas Pereira, Cornelio Ladereche, Patricio Gosurreta, Juan Gosurreta, Manuel Núñez, Ramón Curbelo, Adrián Curbelo, Nemesio Mancue, Pedro Montenegro, Santiago Jaume, herido en Cerros Blancos, Pedro Gosurreta, herido en Aceguá, Elías Araujo herido en Arbolito, Bernardo Barreto, herido en Cerro Colorado, Jacinto Pelúa, herido en Arbolito y en Cerros Blancos, Froilán

Gómez, herido en Cerros Blancos, Tiburcio Pereyra, herido en Aceguá, Alfredo Ferrer, Bernardo Molina, Dionisio Febre, Germán Barreto, Juan Pons Olivera, Ramón Angel Cabrera, Severo Rodríguez, Isidoro B. Iglesias, Enrique Núñez, Cornelio Fagian, Teodoro Silva, Indalecio García, Luis Perrone, Ramón Muñoz, Angel Cardoso, Vicente Párula, Bartolo Amaro, José C. Pérez Alvarez, Florencio Vignoly, Víctor Donelly. — Total 94.

QUINTA DIVISION

Coroneles: Miguel Aldama, jefe, Antonio María Fernández, Rafael Zipitría (hijo), Manuel Castro; tenientes coroneles: Nicolás Botana, herido en Arbolito, Isidoro Noblia, Pedro Echevarría; sargentos mayores: Ventura Latorre, Senen Aparicio, Floro Sabatel, muerto en Arbolito, Dámaso Silva, muerto en la Sierra de Sosa, Benito Teula, Casio Morón, Anacleto Sagarreta, Manuel Aldama, Bernabé Noblia; Carlos Mas, Juan Irrurcha, Carlos E. Valleri, Osvaldo Peyrallo, Luis Rodríguez, José López, Braulio Caetano, Martín Lorenzo, Miguel Corbalán, Jacinto Barreiro, Bruno E. Morales, Luis Daneri, Juan José Segundo, Julio C. Segundo, José M. Robert, José María Echevarría, Tomás Molina, Rodolfo Legeren, herido en Aceguá, Alberto Roger, herido en Aceguá, Angel Echevarría, Severo Casabone, Benigno Saracho, Andrés Peralta, Santos Costa, Luis Saracho, Florencio Guzmán, Francisco Villanueva, Hilario Guzmán, Eduardo Silva, herido en Cerros Blancos, Pío Puerto, Abdon Puerto, Juan González, José Cuello, Pedro Fernández, herido en Cerros Blancos, Juan B. León, Benito Ojeda, Andrés Velazco, herido en Cerro Blancos, Santana Saracho, Toribio Barreiro, Plácido Rodríguez, Simón Ocampo, Dionisio Vega, Francisco Núñez, Santos Villafán, Leopoldo Núñez, herido en Cerros Blancos, Juan Pintos, Manuel Chucarro, Ramón Cabrera, Guillermo Wales, Francisco Herrera, Laudelino Espíndola, Santiago Lima, Juan Pérez, Eduardo Dorán, Rafael Espíndola, Isaac Segredo, Conrado Montiel, Eusebio

González, Ambrosio Herrera, Márcos Wales, Santos Mercadel, Justo Ocampo, José Espíndola, Justo García, Pascasio Suárez, Carmelo Parque, Marcos Ramírez, Anselmo Fernández, Carlos Wales, Federico Zamitt, Nilo Ferreira, Elías Velazco, muerto en Aceguá, Fermín Videla, Feliciano García, Caraccio Alfonso, Nemesio Escarón, Nicolás Berón, Remigio Quichón, Gabriel L. Araujo, Rufino Caetano, Fructuoso Moreno, Paulino Perdomo, Regino Sanavia, Federico Mascarín, Tomás Barreiro, Baldomero Velarde, Francisco Leiva, Antonio Martía, Braulio Guerrero, Lorenzo López, Dionisio López, Fausto Pérez, Severino Hernández, José Hernández, Atanasio Vega, Emiliano Ferreira, Lorenzo Villafán, Julio Pereyra, José Bentos, Juan Chibet, Anselmo Villafán, Mauricio Moreno, Román Peña, Esteban García, Fructuoso León, Severino Suárez, Cleofe Zamitt, Santos Urquiza, Claro Fleitas, Florentino Coito, Casildo Jacos, Pedro López, Eliseo López, Claro Muñoz, José A. Silva, Mariano Silva, Juan C. de León, Primitivo Viana, Juan Núñez, Nieves Franco, Olegario Martínez, Gumersindo Ubalde, Hermenegildo Rodríguez, Julio Aldama, Nicasio Silva, Fabio Irureta, herido en Cerros Blancos, Graciano Romero, id. id., Dionisio Luzardo, id. id., Rogelio Jaunitt, id. id., Francisco Valdez, id. id., Francisco Castro, Rafael Puentes, Ruperto Vega, Luis Ferrer, Manuel J. Rodríguez, Esteban Marmolejo, Juan J. Rodríguez, Primitivo Moreira, herido en Aceguá, Pilar Rodríguez, Ignacio Rodríguez, herido en Aceguá, Domingo J. Larrán, Gervasio Domínguez, herido en Aceguá, Gabino Espíndola, Francisco Castro (hijo), Manuel Castro, Casiano Techera, Francisco Sosa, Inocencio Otegui, Luis López, Aurelio Cáceres, Juan Otegui, Martín Marichal, Alberto Furet, Martín Menéndez, Rodolfo Rivero, Julián Mausian, Pedro Zabala, Sinforoso Toledo, Pedro González, Felipe Marichal, Juan Toledo, Juan González, herido en Aceguá, Carmelo Feo, Constancio Marmolejo, Ramón Dueña, Bruno Olariaga, herido en Aceguá, Baylay Olariaga, Silvestre Feo, Eulogio Pintos, Pedro Esquivel, Eustaquio González, Manuel Techera,

Pedro Sosa, Ventura Saracho, Pablo Saracho, Pedro Alcoba, Lorenzo Medina, Floro Silva, Octavio Ramírez, José L. Oguez, herido en Cerros Blancos, Lino Oguez, Emeterio Oguez, Agapito Dutra, Ulpiano Casañola, Bartolo Ramírez, Gregorio Quiroga, Francisco Pais, herido en Aceguá, Natalio Villasante, Venero Quiroga, Adrián Cáceres, Domingo Jara, Pedro Soria, Higinio Guerrero, Polonio Guerrero, Florentino Cabrera, Regino Ramírez, Enrique Villasante, Salomé Meneses, Rosendo Quiroga, Esteban Quiroga, Pedro Ibañez, Petronilo Ramírez, Florencio Ramírez, Bartolo Ramírez (hijo), Joaquín Pires, Dalmacio Ramírez, Carmelo Gayoso, Luis Cáceres, Miguel Peralta, Calixto Ibañez, Pablo Meneses, Victorio Rivero, Segundo Rivero, Bernardino Recoba, Valerio Casañola, Daniel López, Bibiano Guerrero, muerto en Aceguá, Justo Paez, Román Peralta, Margarito Gayoso, Cato Gayoso, Pedro Lozano, Juan López, Gervasio Irazoqui, Luis G. Vázquez, Pedro Puchet, herido en Aceguá, Felicio Coito, Angel Santana, Luis Ricalde, Brígido Perdomo, Juan R. Miranda, Ventura Latorre (hijo), Alejo Puchet, herido en Aceguá, Juan Soca, Rómulo Mendoza, Rufino Velásquez, Hilario Vásquez, Guillermo Smith, Juan L. Guichin, Luis Guichin, Juan Guichin, Florencio Ibarra, Ildefonso Núñez, Concepción Núñez, Francisco Puchet, Rufino Izquierdo, Pedro Zalazar, Isaias Carballo, José Villarona, Justo Zipitría, Ignacio Recalde, Balbino Carballo, Ramón Ortiz, Rosendo Venero, Ramón González, Demetrio Prado, Senen González, Gregorio Rodríguez, Anselmo Alfaro, Pedro M. Miranda, Cleto Izquierdo, Francisco Gorni, José Arriaga, Juan Borche, Timoteo Sabatel, Manuel Latorre, Tiburcio Vasquez, Meliton Suárez, Amadeo Vidal, Andrés Zipitría, Pedro Casavieja, Palermo Díaz, Juan T. Villanueva, Federico Peña, Pedro González, Salustiano Muniz, Bernabé Noblia, Antonio Miranda, Luis Morán, Francisco Flores, Zoilo Ramírez, Germán Nalerio, Dámaso Aguirre, Juan M. Ferrer, Juan F. Villalba, Justo Pereyra, Paulino Reynaldo, Pedro Alem, Mariano Vera, Eusebio Peña, Alejo Figena,

Alejandro del Horno, Luis Villalba, Froilán Villalba, Maximiano Díaz, Esteban Toledo, Telésforo Miranda, Leonardo Amaro, Ciriaco Martínez, Quirino Barbachan, Manuel Noblia, Luis H. Noblia, Basilio Rodríguez, Isaías Albornoz, Hipólito Ureta, José Arredondo, Laudelino Sotelo, Exequiel González, Bibiano Alvarez, Ignacio Rodríguez, José Varela, Sandalio Susurdey, Robustiano González, Rafael González, Enerjuto Pires, Eustaquio Toledo, Lorenzo Migues, Eusebio Recoba, Pedro Blanco, Daniel Diago, Santiago Soria, Ramón Blanco, Donato Sosa, Oreste García, Ramón Melgar, Florentino Silvera, Ciriaco García, Evangelio Sienra, Blas Blanco, David Ricardi, Juan Susurdey, Isidro Dávila, Ruperto Rivero, Dolores Ramos, Estanislao de Andrea, Benito Varela, Felipe Barranco, Gregorio Conde, León Mirazo, Felipe Araujo, Antonio Izquierdo, Martín Mosquera, Juan F. Pintos, muerto en Cerros Blancos, Inés Silva, Santos Melgar, Eugenio Cabrera, López Martínez, Daniel Cejas, José García, Bonifacio Núñez, Juan Barbosa, Estanislao de la Cruz, Francisco Clavijo, Juan B. García, Isabelino Albarenque, Aniceto Albarenque, Faustino Albaranque, Tomás Rodas, Victorio Marín, Anselmo Marín, Ramón Marín, Joaquín Correa, Damián Fernández, Roberto Prego, Bruno Casco, Nicolás Correa, Fructuoso Luna, Juan Soria, Guzmán Vique, Francisco Franco, Benito Guadalupe, Julian Clavijo, Anito Rodríguez, Ramón Cabrera, Gabriel Martínez, herido en Aceguá, Honorio Aguilar, herido en Aceguá, José S. Tabares, herido en Aceguá, Jacinto Flores, Isaac González, Mauro Zurdo, Gabriel Abalos, Alejandro Medina, Dionisio Soria, Brígido Pérez, José Barreiro, Francisco Corbalán, Felipe de la Chala, Ignacio Leguizamón, Leandro Cáceres, Maximiano Sosa, Carmelo Casavieja, Rosa Casavieja, Agustín Maciel, José Maciel, Floro Burgues, Juan Castro, José Sosa, José García, Pantaleón Fernández, Gabriel Pereyra, Pedro Maidana, Justo Maidana, Adrián Maidana, Juan Maidana, Eulalio Peralta, José Monzon, Pedro Monzon, Luis Monzon, Luis Carballo, Celestino Carballo, Simón Rotel, Bernabé Gayoso, Eulalio Domínguez,

Juan M. Rodríguez, Donato Toledo, Francisco Burques, Pedro de los Santos, Cándido Barreiro, Jacinto Corbalán, Manuel Correa, Ruperto García, Félix Ramos, Froilán Ramos, Mauro Zurdo, Bautista Zurdo, Pedro Ortiz, Tomás Paez, Fermín García, Luis Benitez, Juan Arisbury, Félix N. Botana, Gabino Medina, Emiliano Crosa, Alberto Crosa, Cándido Coirolo, Luis Multini, Leonel Varela, Ramón Cardoso, Ubaldino Varela, Servando Techera, Nieves Cardoso, Basilio Pellejero. — Total 459.

SEXTA DIVISION

Coroneles: Celestino Alonso, Jefe, herido en Arbolito, Celestino Corbo; tenientes coroneles: Tiburcio Barrera, Juan Cabris; sargentos mayores: Aurelio Magariños, Aníbal Chagas; Pío Benítez, Tiburcio Pérez, Guerrilla Gómez, Virgilio Pintos, Eulogio E. Corbo, Ignacio Gomendio, Pedro Chiribao, Ramón Batista, Santos Pintos, Francisco Rodríguez, Temístocles Ortiz, Pedro Montenegro, Victorio Reyes, Indalecio Pérez, Jesús Vera, Félix Chiribao, Rosalio Silva, Eugenio Marín, Juan Pedro Oribe (hijo), Francisco Latorre, Jacinto M. Corbo, Gerónimo Munsia, Juan P. Vázquez, Juan Burgueño, Manuel Barrios, Lorenzo Alen, Juan Alen, Martín Amaral, Gervasio Mariño, Leandro López, Juan Rivero, Ignasio Quintana, Lucio Fuentes, Benigno Sierra, Isemino Maguna, Fernando Diago, Teodoro Tellachea, Isabelino Villalba, Manuel Meléndez, Pilar Martínez, Martín García, Alberto Prego, Antonio Velázquez, Plácido Prego, Rodolfo Prego, Valerio Clavijo, Ramón Burgueño, Vicente Beraga, Cecilio Amaral, Esteban Quintana, Cristóbal Barranco, Juan Rolán, Matías Brun, Pedro García, Aniceto Vázquez, Julián Menchaca, Juan A. Llamas, Felipe Fleitas, Martín Subero, Francisco González, Pedro Melgar, Nicolás Valbuena, Telmo Pintos, Angel Fernández, Pedro Cabris, Felipe Miró, Pedro Indart, Francisco Argeriche, Juan Bacaro, Juan Echetorena, Felipe Martínez, Pedro A. Gallo, Juan B. Nardotti, Leocadio Lavega, Manuel Bentos, Virginio Montes, Juan Zagarte, Manuel Acuña,

Celedonio Vázquez, Juan J. Beltrán, Joaquín S. Silveyra, Isabelino Rodríguez, Bonifacio Barbosa, Alcides Magariños, Doroteo Corbalán, Pedro Benítez, Francisco Montenegro, Miguel Trías, Angel Saavedra, Emiliano Benitez, Eusebio T. Llanes, Miguel Aquino, Ramón Benitez, Santos Benitez, Aurelio Magariños (hijo), Loterio Rivero, Antonio Cañete, Nicolás Cañete, Francisco Maldonado, Pilar Marín, Casimiro Marín, Ceferino Marín, Agundino Marín, Eduardo Abalo, Andrés Pérez, Basilio Pérez, José M. Pérez, Prebiterio Albornoz, Roque Sánchez, Alfredo Perez, Juan Barranco, Gabriel Pérez, Eugenio Reyes, Luis Reyes, Amelio Reyes, Gabino Reyes, Abel Canosa, Jacob Canosa, Eduardo Maneiro, Evaristo Rosas, Pedro Larrosa, Andrés Aparicio, Ricardo Quilques, Juan Correa, Eloy González, Juan Ballarre, Eduardo Clavijo, Ignacio Fernández, Zoilo Fernández, Olegario Rosetti, Martín Orrego, Sabás Cardoso, Marcelo González, Juan Alvarez, Horacio Solari, Braulio Castro, Doroteo Rodríguez, Juan Perdomo, Florencio Ballarre, Angel Beracochea, José Barrera, Jaime Colín, Julián Sosa, Graciano Rodríguez, Natividad Quintana, Martín Pereira, Virgilio Pintos, Aureliano Blanco, Genaro Durán, Dionisio Ramírez, Aurelio Ramírez, Juan Melgarejo, Brunildo Larrosa, Ramón Ramírez, Germán Chirivao, Servando Silva, Feliciano Martínez, Floriano Sánchez, Manuel Rodríguez, Claro Salagian, Manuel Diana, Ramón Martínez, Aurelio Altes, Mariano Sánchez, Benito Villa, Criseldo Gómez, Casiano Gómez, Miguel Portillo, Isidoro Díaz, Juan F. Maldonado, Alcides Dornelle, Juan Arévalo, Isabelino Pereyra, Juan Silveyra, Domingo Llambí, Julián Llambí, Fernando Silva, Sotero Gimenez, Alberto Rodríguez, Lorenzo Casaballi, Jesús Lucero, Jacinto Lucero, Estanislao Núñez, Daniel Sotelo, José Melgarejo, Pedro Zeballos, José Pérez, Ramón Clavijo, Carmelo Amaro, Pedro Barreto, Lucio Altamirano, Antonio Gumendio, Teodoro Collins, Pedro Batalla, Fernando Silveyra, Andion Diana, Quintín Rodríguez, Angel Beracochea, Isaac Chirivao. — Total 205.

SEPTIMA DIVISION

Coronel José F. González, jefe; teniente coronel Cayetano Gutiérrez; Miguel Cortinas, Julio Ferrer, Cleofe Gutiérrez, Luis Chouciño, Juan J. Labeque, Sebastián Ayestarán, Andrés Peraza, Eduardo Robert, Luis Pastorán, Manuel Ayestarán, Exequiel Gutiérrez, José Rodríguez, Teodoro Curbelo, Agapito Lerena, Aníbal Caballero, Juan González, Isidro Altunes, Manuel González, Sigifrido Naya, Luciano Varela, Vicente Nicoletta, Juan Zaragoza, Enrique Silva, Tomás Pérez, Antonio Doblas, Juan Piedrabuena, Juan Arballo, Pedro Breques, Pedro Burgues, Isidro Miranda, José P. Ferrer, Cecilio Maneiro, Juan Villanueva, Faustino Reynoso, Carmelo Aquino, Alejo Rodríguez, Gregorio Aguilera, Ramón Díaz, Andrés Geraldo, Rito Morosini, Pantaleón Peralta, Antonio Peralta, Antonio Rosell, Juan Centurión, Juan P. Franco, Medardo L. González, Fructuoso Franco, Jesús Franco, Manuel Franco, Juan Franco, Santos Retamosa, Dionisio Quintana, Ramón Ifran, Ramón Meidana, Daniel Beretervide, Luis Custare, Feliciano Iza, Juan Moreira, Carmelo Aguirre (hijo), Manuel Felis, Federico Callaba, Gregorio Magallanes, Carmelo Vidarte, Salustiano Bogas, Juan P. Sánchez, Rufino Morosini, Saturnino Alvarez, Cayetano Britos, Juan Bogas, Ladislao Morales, José G. Bermúdez, Pedro Martínez, Pablo Guerrero, Nicolás Guerrero, Maximiliano Esteves, Pedro Camancacho, Juan Rodríguez, Gregorio Aguilar, Nicolás Camacho, Victorio Geraldo, Francisco Aguilar, Valdemaro Menéndez, Casiano Espinosa, Miguel Santa Cruz, Hermenegildo Romero, Ramón Santa Cruz, José Lugo, Manuel García, Avelino Baeza, Domingo Curbelo, Javier Ocampo, Juan Olivera, Sotelo García, Nazario Pereira, Brígido Ferreira, Dámaso Valiente, Fermín Lugo, Ciriaco Díaz, Domingo Rodríguez, Jacinto García, Gregorio Colman, Ambrosio Toscas, Firmiano González, Saturno Callorda, Juan P. González, Ignacio Bueno, Ambrosio Velázquez, Felipe Santucho, José Lugo (hijo), Damián Sánchez, Eusebio Paus, Ignacio Falcón, Martín García, Leopoldo García, Rufino García, Jacinto de los Santos,

Ricardo Ferreira, Pedro García, Julio González, Juan de Dios Castro, Gregorio Lugo, Ramón García, Máximo González, Martín Valiente, Juan Mesa, Sotelo Mauson, Domingo Mauson, Dionisio Bonilla, Rudecindo Mendoza, Juan Bonilla, Gil Carbajal, José Morán, José Morán (hijo), Modesto Morán, Alejandro Galeano, Vicente Domínguez, Antonino Domínguez, Juan Morales, Severiano Medina, Angel Aguilar, Cándido F. Alonso, Lucio López, Simón Correa, Bartolo Alonso, Antonio Molina, Visitación Alonso, Justo Alonso, Delfino Alonso, Bautista Saralegui, Vicente Caballero, Isabelino Peredes, Enrique Vasquez, Gerónimo Betancour, Gerardo Sandoval, Lindolfo Alonso, Fernando Sanquino, Luis Baeza, Juan A. Alonso, Coralio Bentancour, Juan P. Suárez, Isaac Pimienta, Vicente Escudero, Claudio Franco, Juan de Dios Alonso, Joaquín Robert, Zoilo Gutiérrez, Rafael Verán, Amelino Fuentes, Fructuoso Yañez, Ramón Sierra, Pablo Bentancour, Cayetano Gutiérrez (hijo), Miguel González, Andrés Perraza (hijo), Antonio Molina, Fernando Gutiérrez, Eleodoro Gutiérrez, Lindolfo Labeque, Julio Romero. — Total 181.

OCTAVA DIVISION

Coronel Cicerón Marín, jefe; tenientes coroneles: Domingo Conde, Pedro Bastarrica; sargentos mayores: Manuel D. Rodríguez, herido en Tres Arboles, Bernardo González, muerto en Cerros Blancos, Domingo González, Antonio González, Tomás D. Lusquiño, Lorenzo Acosta, Luciano López, Bruno Rondán, Juan C. Delgado, Venancio Ponce, Gregorio Zúñiga, Pedro Sánchez, Celestino Pérez, Adolfo Mayada (hijo), herido en Cerro Colorado y en Aceguá, Juan Martínez, Manuel Pelaez, Manuel García, Alejo B. Moreira, Eugenio Cardoso, Antonio Rodríguez, Benito Cardoso, Tomás Benítez, Rufino Durán, Juan Vera, Laureano Fernández, Eusebio Colman, Bruno Aguiar, Zacarías Arnabal, Fabián Méndez, Gregorio Rodríguez, Doroteo Fernández, Damián Sepergo, Onofre Arias,

Dalmiro Perera, José Castro, Juan García, Heraclio Arias, Juan C. Verde, Esteban Vergara, Ramón Callorda, Máximo Alba, Cándido Prado, Luis Ojeda, Aníbal Danino, Cornelio Mayada, Andrés Peraza, Artidoro Martínez, Rufino Chavarría, Eliseo Danino, Nicasio Bastarrica, José L. Menéndez, Vicente Rodríguez, Nicolás Medina, Valentín Pequeño, José González, Pedro Bogarín, Hilario Quintana, Agustín Conde, Manuel Conde, José López, herido en Aceguá, Carlos H. Delgado, Juan P. Cardoso, Juan N. Tuya, Palmiro Tuya, José Parejas (hijo), David Muniz, Jacinto Colacho, Pedro Franco, Lorenzo Rodríguez, Alejandro Galay, Dalmiro Arnabal, Clemente Cáceres, Nasario Cardoso, Bartolo Tuya, Gregorio Pérez, Marcos Olivera, Lindolfo Rodríguez, Ernesto Haretche, Liborio Collazo, Aurelino Núñez, Liborio Pereira, Mauricio Machín, Adrián Rojas, Luciano González, Carlos López, Ramón Díaz, Pedro Tuya, José Menéndez, Martín Rodríguez, Feliciano Acuña, Carmelo Mendizabal, Justo Cabrera, Elías Ortiz, Máximo Alba (hijo), José Corbalán, Ricardo Urrutia, Martín Parejas, Andrés Angueira, Bernardo Rodríguez, José Ortiz, Florencio Rodríguez, Sinforiano Reyes, Anastasio Chaves, Manuel Pintos, Nicomedes Pérez, José Villero, Mariano Sepergo, Dámaso Castro, Andrés Pelaez, José Rodríguez, Cándido Franco, Simón Franco, Francisco Rodríguez, Ignacio García, Máximo Machín, José Suárez, Santiago Porley, Juan Díaz, Miguel Cabrera, Salvador Morales, Luis Fuentes, Benito Martínez, Salvador Varela, Leoncio González, Luciano Lamarque, Francisco Ascona, Cruz González, Bruno González, Luis Larriera, Froilán Nogueira, Donato Rodríguez, Julio Rondán, Gregorio García, Juan Vergara, Joaquín Sabino, Cosme Rabini, Eusebio Quevedo, José Quevedo, Bernardo González, Claro Martínez, Avelino Cuello, Andrés Martínez, Ambrosio Domínguez, Gabriel Terán, Bernardo Banegas, Ramón Pelaez, Juan Maufre, Valerio López, Evaristo Collazo, Felipe Terán, Jacinto González, Mario Peláez, Nicasio Estigarribia, Leonardo García, Graciano Conde, Alfonso Hernández, Eufrasio Britos,

Cecilio Bermúdez, Justino Bogarín, Ciriaco Reyes, Julián Reyes, Cándido Piedrabuena, Rufino Abreu, Guillermo Garralde, Honorato García, Adolfo García, Deolindo Piedracueva, Antonio Muniz, Tomás Silva, José Sienra, Jacinto Brasuna, Domingo Cuadra, Salvador Mayada, Carlos Durante, Fructuoso Colman, Valerio Reyes, Gregorio Baeza, Severo López, Ramón Pita, Nereo Gómez, Juan Alba, Felipe Recoba, Gabriel Cardoso, Wenceslao Cabrera, Jesús María Costa, Ramón Verde, Gregorio Verde, Pedro Antipuy, Jesús Verde, Gregorio Verde (hijo), Juan Verde (hijo), Cayetano González, José Perdomo, José M. Rodríguez, Cipriano Duarte, Juan Villero, Aurelio Tuya, Fidel Tuya, Luis Muniz, Domingo Pestaña, Eugenio Salles, Ramón Morales, Pedro Arizaga, Paulino Tuya, Eusebio Aguirre, Celestino Velasquez, Adrián Prado, Alfredo Reyes, Pascual Collazo, Juan Parejas, Asisclo Moreno, Alfredo Alonso, Benero Cuello, Manuel Samurio, Fidel Tojo, Maximiliano Núñez, Salvador García, José M. Cabrera, Ramón Reyes, Ramón Barreira, Santiago Núñez, herido, Joaquín Larrea, herido en el Paso de Justillo, Torcuato Arnabal, herido, Pedro Durante, herido, Ponciano Rodríguez, herido en Las Cañas, Camilo Muñiz, Andrés Peraza (hijo), Gerónimo Betancor, Ramón Suárez, Lucas Rodríguez, Ramón Silva, Benito Rodríguez, Leopoldo Rodríguez, Ignacio Manero, Juan Paredes, Basilio Aranda, Floro Lavega, Lorenzo Aguirre, Fermín Curbelo. — Total 245.

Muertos en Cerros Blancos: Bernardo González, Sinforiano Reyes, Rodolfo Rodríguez; en Tres Arboles: Miguel Collazo, Juan Quiroga, Emilio Baillo, Nicomedes Cabrera, Exequiel Gándara; en San Gerónimo: Esteban Saenz; en Las Cañas: Tomás García; en otros encuentros: Julián Lira, Ponciano Ibarra, Jacinto Mignon.

NOVENA DIVISION

Coronel Gabriel Orgaz y Pampillón, jefe; tenientes coroneles: Teófilo Martínez, Anselmo Urán, herido en Aceguá, Antonio

Paseiro, Justo R. Boné; sargentos mayores: Manuel Barbosa, herido en Aceguá, José E. Urán, Adriano Bruno, Manuel Bavio, Nicomedes Samora, herido, Nicolás Enorca, id., Juan Gómez, id., Toribio P. Cibils, id., Hilario Cano Aberasturi, id., Ciriaco Sosa, id., Fructuoso Beledo, id., Pedro Colina, id., Manuel Pampillón, Timoteo Martínez, Nieves Pruenza, Guillermo Carabajal, Doralino Molina, Francisco Pérez, Pedro Acosta, Florentino Olivera, Hipólito Alonso, Augusto Muniz, Cecilio Alonso, Fausto Hornos, Basilio Díaz, Juan Correa, Isabelino Correa, Juan Hornos, Carmelo Rosa, Alejandro Sosa, José Díaz, Gregorio Manrique, Juan Francisco Nogueira, herido, Felipe Ramírez, Agustín Rocha, Ramón Corrales, Pedro Corrales, Juan Almeida, Ciriaco González, J. Martínez y Barboza, Lorenzo Ferrari, José Avellanal, herido en Aceguá, Blás Urán, Calixto Aguilar, Leopoldo Barrios, Zenón Jareta, Martín Ramírez, Fortunato Romero, Manuel Durante, herido, Bernardo García, herido en Aceguá, Gregorio Sellanes, herido en Cerros Blancos, Simón Martínez, César Deleon, Juan Gastón Inda, Beatriz Pereira, Inocencio Acuña, Antonio Cabrera, Bernardino Silva, Isidro Estur, Martín Pereira, José Cordero, Liborio Modernel, Julián Ponce, Salomé Monge, Pedro Patiño, Felipe Mirche, Tomás Maidana, Luis Pérez, Francisco Primo, Teodoro Cervantes, Francisco Julio, Pio Vallejo, José Alvarez, Juan Zeballos, Felipe Zurica, Julio M. Corbalán, Antonio López, José Galarza, Francisco Pagé, Enrique Ramos, Zenón Machuca, Víctor Magones, Patricio Carmona, Hipólito Caballero, Quasimundo Modinel, Próspero Ortiz, Lorenzo Tarrola, Manuel Leguizamón, Crisanto Lescano, Juan Alvarez, Juan Marquez, Bonifacio Alvarez, Luis Esquivel, Higinio Fernández, Eusebio Sosa, Félix Sosa, Andrés Aguilar, Ciriaco Soria, herido, Julio Laurense, id., Antonio Uribe, id., Rufino Pason, id., Severo Gutiérrez, id., Calixto Aguilar, id., Pedro Mas, id., Servando Llesca, id., Adolfo Aguilar, Isabelino Arévalo, Gilberto Serra, Felipe Olivera, Julián Oliverio, Feliciano Otero, Gregorio Ubarne, Ruperto Silva, Agustín Benítez, Margarito

Suárez, Gregorio Romero, Pedro Suárez, Juan Suárez, Timoteo Paz, Anselmo Balom, Zoilo Ramírez, Rufino Jara, Luis Moreira, Desiderio Taballer, Eugenio Pérez, Juan P. Rey, Longil Insire, José Morales, Benito Jara, Cándido Fernández, Ramón Ramírez, Pedro Grequin, Francisco Callero, Ramón Montero, Federico Mendieta, Calixto Barbosa, José Ferrari, José Arzogaray, Amadeo Nievas, Marcos Villegas, Luis Leite, José Gómez, Francisco Tolosa, Justo R. Boné, Froilán Peña, Froilán P. Boné, Justo P. Boné, Eusebio A. Boné, Policarpo Nila, Faustino Echevalier, Pedro Boné, herido, Casimiro Colo, id., Feliciano Brunel, Ramón Silva, herido, Tristán Manrique, Carmelo Caballero. — Total, 163.

Muertos en Aceguá: coronel Nicolás Imas, capitán Mariano Sellanes, alférez Teófilo Martínez (hijo), alférez Nieves Ramírez, alférez Pascual Torres, Arturo Martínez, Pedro Montes de Oca, Isaac Reyes.

PLANTELES

Primer Escuadrón Canelones. — Coronel Nicasio Trías, herido en Arbolito; sargento mayor Antonio Casas; Jacinto Trías, Felipe Barrios, Carlos Escalada, Rosendo Ortiz (hijo), Ramón Rodríguez, Segundo Burgueño, Jacinto Villalba, Salvador Hernández, Pablo Borges, Graciano Rodríguez, Doroteo Trías, Rudecindo Pérez, Modesto Quintana, Aurelio Pérez, herido en Arbolito, Gervasio Burgueño, Gregorio Santellán, José R. Pérez, Bruno Rodríguez. — Total 20.

Muertos: Teniente coronel Nicasio Trías (hijo), en Arbolito; capitán José Cubon, en Carpintería; Pedro Aquino, Pascual Aquino y Alfredo Menchaca, en Arbolito.

Segundo Escuadrón 19 de Marzo. — Teniente coronel Modesto Coito; Miguel Labeque, Eduardo Chalar, Dalmiro Coronel, Manuel Peña, Cincinato Sobero, Sabiniano Pérez, Benito Carrasco, Ramón López, Pedro Vasquez, Fortunato Pérez, Bonifacio Pérez, Angel Rodríguez, Jacinto González, Avelino Machado, Baldomero García,

Manuel Rodríguez, Víctor Tabares, Abdón Bentos, Cecilio Machado, Bruno Machado, Felipe Pelaez, Ramón Gómez, Silverio Carrasco, Félix Rodríguez, Dermidio Mieres, Leonardo Soto, Andrés Fernández, Silverio Escobar, Excelso Rodríguez, Isabelino Rodríguez, José C. de Olivera, Inocencio Patrón, Aparicio Cáceres. — Total 34.

Tercer Escuadrón Paysandú. — Coronel Enrique Olivera; teniente coronel Emilio Rivero; Arturo Ahumada, Enrique Olivera (hijo), Justiniano Olivera, Juan Gómez, José Rodríguez, Benjamín Seró, Martiniano Roquez, Eduardo López, Elías Gatter, Eliseo Marote, Pedro Medeiros, Juan Flores, Fructuoso Cardoso. — Total 15.

Cuarto Escuadrón Tacuarembó.—Tenientes coroneles: Segundo Martínez, jefe, muerto, Juan A. Rodríguez; sargento mayor, Hermenegildo Palomeque; Joaquín Correa, Antonio Correa, Horacio Conde, Isabelino Tolosa, Simón Rodríguez, Cirilo Pérez, Alejandro Landó, Eulogio Velázquez, Albino Soppi, Dionisio Colman, Eusebio Moreira, Rudecindo Olivera, Segundo Martínez (hijo), Pedro Breton, Benito Saldivia, Fructuoso Núñez, Juan Balbuena, Mariano Cabrera, Isaac Juárez, Juan González, Marcelino Acosta, Eduardo Martínez, Vicente Rodríguez, Policarpo Ferreira, Ramón Garmendia, Ramón Chaves, Francisco Lauregui, Victorino López, Hipólito Pérez, Bruno Birriel, Alberto Dávila, Roque Blanco, Rufino Guevara. — Total 36.

Quinto Escuadrón Rocha. — Coronel Enrique Yarza, jefe; sargentos mayores: Rosalío A. González, Marcelo González; Andrés P. Matta, Celedonio Pereyra, Juan P. Pereyra, Ramón Pereyra, Antonio Pereyra, Rufino Rocha, Constancio Rodríguez, Santiago Eguzquiza, Estanislao Pereyra, Ignacio Silva, Fermín Romero, Celestino Alguri, Genuino Decuadra, Alfredo S. Vigliola, Pascual Espeleta, Valois Acuña, Ciriaco Pereyra, Pedro Castano, Juan de León, Juan P. Aguirre, Ramón Saráchaga, Bernardo Rocha, Tomás Baigorria, Marcos Sosa, Casimiro Rivas, Carlos Paz, Máximo Mar-

tínez, Prudencio Delgado, Sotelo Recoba, Ventura Amorín, Teodoro Martínez, Emilio Corbo, Pedro Pereyra, Pantaleón Laguna, Adrián Espeleta, Irineo Nabuco, Atilio Sopeña, Ignacio Pereyra, Pedro Ricamonti, Eduardo Ricamonti, Fructuoso Echichuri, Generoso Cuello, José Pérez, Aquilino Montenegro, José Regueira, Adolfo Latorre, muerto en Santa Clara. — Total 49.

Ahí está, en formación modesta, el ejército ciudadano que dió cinco batallas y numerosos combates sangrientos en siete meses de campaña constante. Esas listas arrojan un total de mil novecientos dieciséis hombres.

¡Sea el porvenir bastante propicio para nuestra linda tierra al punto de no requerirse jamás armar otra vez, con fines de reivindicación institucional, tantos brazos útiles y robustos!

INDICE

INDICE

Aparicio Saravia en Río Grande 7

Preparativos finales 12

La invasión 15

Paseando la bandera 18

Justino Muniz 23

La batalla de Arbolito 29

Comentarios 37

Una retirada elocuente 41

Aparicio Saravia 46

Un castigo saludable 49

La vuelta hacia el sur 52

Las cóleras de Núñez y otros 54

La intriga de Corrales 59

A la perdición 69

INDICE

En Artigas 72
El acta de disolución 81
Dispersos y desorientados 85
Esfuerzos finales 90
La cruzada de Martirena 95
Juicios políticos 99
Reconciliaciones vergonzosas 106
San Gerónimo 112
Melitón Muñoz 116
Rufino Domínguez 119
Cerro Colorado 122
En Caraguatá 127
Proyectando una hazaña 129
La toma de la «Artigas» 136
En aguas argentinas 142
Lo de siempre 147
Ante el Derecho Internacional 152
Amorín en armas 159
La odisea de Benítez 164
Combate del Maturrango 171
Movimientos gubernistas 177
Movimientos revolucionarios 184
Impresiones 189

Cerros Blancos 193
Un brillante repliegue 201
¿Victoria o fracaso? 205
Estadística triste 213
Guaviyú 220
La conducción de los heridos 228
Julio Barrios 232
Carmelo Cabrera 235
Cuñapirú 237
¿Y el ejército de Villar? 243
João Francisco 246
Honroso documento 250
La sorpresa de Borges 256
El sitio de Salto 261
Hervidero 265
La expedición Smith 269
La causa del fracaso 275
Pasaje del coronel Imas 281
El gran ejército burlado 286
Hilachas 290
En Carpintería 297
Entre bañados 303
La moción Irigoyen 308

INDICE

La ley de imprenta 312
Aceguá 315
Arturo Ramos Suárez 320
Cuatro sacrificados 325
Alberto Maldonado 328
Ramón Orique y Nicolás Imas 332
Armisticio y bases de paz 337
Los comisionados Golfarini y Herrera 346
Disolución del Comité 355
Nuevas gestiones y su fracaso 362
En los fogones 368
Tarariras 374
Hasta la sierra del Carmen 381
Frente a Nico Pérez 387
Sitio de Minas 392
El drama del 25 de agosto 396
La misión Ramírez 401
Paipaso, Sepulturas, Paso de la Laguna 405
El pacto de paz 410
El desarme 414
¡A los hogares! 419
Epílogo. — El futuro 423
Apéndice. — Notable proclama 447
Listas de honor 449

